Jean Lombard

LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

¿QUIEN INSPIRO LA REFORMA?

La Dietz de Worms

¿Y LA REVOLUCION?



ESPINOZA

WEISHAUPT

JEAN LOMBARD COEURDEROY

LA CARA OCULTA DE LA HISTORIA MODERNA

TOMO I

D I L I F O L L A C
Bogotá, Colombia.
1.989

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

PREAMBULO

Aunque tenga cinco siglos de antigüedad, la "saga" del capitalismo no es menos actual. En estas páginas que le ofrecemos el lector encontrará, en vez de una historia fría de las doctrinas económicas, una relación vivaz, sobre la marcha de los acontecimientos a través de los cuales podrá seguir el juego de las fuerzas que promovieron su desarrollo.

En el momento de cerrarse el camino de las especias y de abrirse nuevos mundos al afán de expansión del hombre, se formó una oligarquía que, para conquistar el poder, suscitó y animó contiendas religiosas y movimientos de subversión que le permitieran derrocar a los gobiernos legítimos para ocupar su sitio.

El mismo espíritu místico alentó a los "lollards" de Inglaterra, a los "husitas" de Praga, a los "anabaptistas" de Munster y a los rebeldes del Bundshuh alemán, a esta serie de revueltas campesinas o "jacquerias" de tendencias comunistas, esperando y obrando en favor del advenimiento de "una nueva Jerusalem".

Estos movimientos seudo-religiosos y mesiánicos tenían por objeto sacudir y destrozar la organización social cristiana de la Edad Media, para instaurar una Reforma capaz de abolir las restricciones a la usura y al préstamo con interés, a borrar la noción del "justo precio", a romper el estrecho cuadro de las corporaciones gremiales, con vista a permitir la constitución a la vez de empresas industriales bajo control financiero en vez de profesional y de grandes compañías de comercio monopolistas en forma de sociedades anónimas, y a despojar a los productores manuales, o "gentes mecánicas" —por otra parte apartados de la gestión de los municipios— de la protección de sus "cofradías", es decir de las hermandades o seguro social de la época.

En este proceso, sea en Francia Francisco I, sea en Inglaterra Enrique VIII adoptaron la misma táctica. Lo que permitió, primero en Amsterdam (gracias a la revuelta de los Países Bajos contra España) como luego en Londres con Cromwell (gracias a la revolución de los "puritanos" de la City), bajo la protección de la familia advenediza de Orange, sustituida a la dinastía legítima de los Estuardo, la instalación, durante el siglo XVII, de Bolsas y de Bancos centrales, donde funcionaba ya el capitalismo moderno, con sus papeles desprovistos de carácter personal (según el modelo del "mamré" judío), sus sociedades anónimas, su orgía de especulación, sus tráficos al descubierto, sus valores de viento... y como contrapartida, un tercer estado en vía de proletarización, y sus cortejos de parados frente a una oligarquía restringida de

"elegidos del señor", "benditos por la fortuna", manipulando una burguesía, unos funcionarios, unos militares y unos gobernantes "títeres" sometidos al todopoderoso Dinero.

Desde esta época se cavó un profundo foso social entre clases enfrentadas, que las sociedades secretas, Rosa-Cruz, Francmasonería o Iluminados de Baviera utilizaron como madera propicia para encender una serie de revoluciones en América (1776), Suiza (1782), Holanda (1785-87), Francia (1789) y en toda Europa (1792-1815), revoluciones cuyo resultado no será de liberar el pueblo, sea políticamente, socialmente o económicamente, sino de empeorar su condición real. Como por ejemplo la Revolución francesa, cuya famosa ley Le Chapelier (del 14 de junio de 1791) —que Napoleón no tuvo el valor de reformar— dejó al individuo aislado, a la merced de la explotación desenfrenada de los empresarios del siglo XIX, adeptos del "sweating system" o sistema del sudor.

Después del fracaso del intento de imponer este sistema seudo-democrático por la fuerza a toda Europa, después del fracaso de la revolución jacobina y de las guerras napoleónicas, se impuso al continente la hegemonía del sindicato de la Alta Finanza, de los Boyd y Ker, Baring, Hope, Parish, etc., y luego de la dinastía de los Rothschild, reyes de los banqueros imponiendo su voluntad a los reyes, desprovistos de real poder. Así llegó el capitalismo a su apogeo en la primera mitad del siglo XIX. Antes de intentar, después de 1840 y especialmente en 1848, de imponer su dominación, aprovechándose del marxismo para derrocar a los gobiernos y arruinar la libre empresa, para someter la humanidad entera a un régimen colectivista de inspiración faraónica (el propio régimen impuesto en la Antigüedad por José al pueblo de Egipto).

¿Acaso pertenece a tiempos cumplidos aquella historia? Nada de eso, es historia muy actual, que necesitamos conocer para hacer frente a los tiempos de crisis sin fondo que nos esperan. Una nueva era, que con signo opuesto a la que favoreció el desarrollo del capitalismo, ha dejado de estar en plena expansión. Pues al contrario, en la era actual "empieza el mundo limitado" —"l'époque du monde fini commence!"—, como dijo Paul Valéry, siendo a veces el poeta mucho mejor profeta que el economista "experto".

¿Cuáles son los desórdenes que caracterizan esta crisis?

— La ausencia de un patrón monetario válido, capaz de medir las divisas, patrón que renda inútil la inflación —el recurso a la lámina de billetes— cuando en vez de reducirla se la mantiene... quizá porque permite presentar como crecimiento aparente un estancamiento o un retroceso real (en términos constantes), o disfrazar, en varios países, a través de tardíos aumentos salariales, una continua disminución del poder adquisitivo. Defectos que un real patrón de valores haría desaparecer, desvelando inmediatamente el fraude y obligando a corregirlo.

Ya ineficaces desde el abandono del patrón-oro por Gran Bretaña y los Estados Unidos (15 de agosto de 1971), los acuerdos de Bretton Woods han sido sustituidos sólo por un patrón elástico (una cesta compensada de divisas de carácter variable), patrón basado en unos Derechos especiales de Giro, que no constituyen otra cosa que una nueva forma de inflación —la de reservas— añadida a la inflación fiduciaria de billetes y a la de créditos, pues

se han otorgado proporcionalmente a reservas reales en el F. M. I. (en oro y divisas), sin representar ningún valor real. Siendo esta medida nada más que un expediente provisional, que proporciona un suplemento ficticio de reservas, capaz de corregir el creciente déficit de pagos de los Estados Unidos —la rana que se quiere tan gorda como el buey, según la fábula—, déficit debido a inversiones excesivas (1), de las compañías multinacionales y de sus tentáculos, tratando de controlar o dominar sectores cada vez más amplios de la economía, no sólo occidental, sino también de los estados del Este y de los países en vías de desarrollo, situación anterior al alza de los precios del petróleo, pero empeorada por ella y por la constitución de stocks con vista a una posible tercera guerra mundial.

Para frenar y reducir las consecuencias de estos desórdenes del dólar (cuya caída utilizan como medio de "dumping" los especuladores de Wall Street que dirigen las finanzas americanas), la Europa residual intenta otra vez crear (como ya lo había intentado Pompidou para el 15 de junio de 1971) su propia moneda, su ECU, escudo, pero incompleto, pues como los D. E. G. del F. M. I. elástico, sigue las variaciones de una cesta compensada, en vez de constituir una moneda de cuenta pura (como la libra "tournois" de Tours en la Francia medieval, según la cual se evaluaban todas las monedas señoriales, corrigiendo así sus "modificaciones" o devaluaciones). Un escudo defendido por un Fondo especial, según el ejemplo del Fondo de Intervención en defensa del dólar (de 30 mil millones de dólares, cuyas dos terceras partes han sido ya "comidas"), que pretende luchar contra la especulación, nutriéndola, en vez de yugular los excesos del desorden de los cambios, cuya libertad se debe justificar sólo por el pago de intercambios reales de mercancías o por inversiones a corto o largo plazo, a exclusión de los movimientos puramente especulativos de una ingente magnitud de euro o de petrodólares, fortuna anónima y errante (2), cuyo volumen alcanzó 720 mil millones de dólares (el 31 de marzo de 1970, en vez de 688 el 31 de diciembre de 1977), frente a 331,3 de liquidez en el F. M. I. y 330 de compromisos (que aumentaron en el 25 % durante estos tres meses (Michel Lelart, en "Le Monde" del 14 de noviembre de 1978). ¡Una situación explosiva que puede llegar a la catástrofe!

— Desorden de las Bolsas, que ya no cumplen con su misión de proporcionar los recursos del ahorro a los empresarios, ahogados por otra parte por créditos otorgados con tipos de interés usurarios, pues desalientan a los ahorradores, al robarles sus economías (400 millones en España entre 1973 y 1978, de manera que de 100 pesetas invertidas en 1974 sólo quedaban 20 en noviembre de 1978), y conducen al control y a la nacionalización insidiosa de las empresas, a través de las intervenciones de los bancos y del Estado comprando valores con el pretexto de sostener las cotizaciones.

— Crecimiento incesante del paro (18 millones en la O. C. D. E. y 6 en la C. E. E. (3), debido en gran parte a una concentración y racionalización

---

(1) De 1.900 millones en 1958 a 13.000 en 1970 y a 20.000 en 1972.

(2) Pasó de un millón en 1959 a 60 en 1971 y 100 millones de dólares en mayo de 1973.

(3) Siendo los países más afectados el Canadá (con 8,5 %), Italia (con 7,5), los Estados Unidos (con 6), Francia (con 5,7, o sea 1,3 millones), Gran Bretaña (con 5,6). En cuanto a Alemania, bajó de 4,7 a 4,3, pero prescindiendo de los servicios de 1,3 millones de extranjeros. Con 7,71 %, España tiene más de un millón de parados.

excesiva de las empresas industriales y agrícolas, obedeciendo las consignas de unos tecnócratas en busca de mejorías teóricas de los medios de producción, sin la correspondiente preocupación de las consecuencias sociales de las medidas que imponen.

Entonces, ¿por qué no se remedia con más vigor una situación que sigue empeorando gravemente? ¿Por ignorancia de los expertos? ¿por impotencia de los gobiernos? ¿O bien porque estos desórdenes, cuidadosamente mantenidos, se consideran necesarios para conducir a la aceptación de un régimen "mundialista", ya planificado desde siglos, y que las sociedades secretas y la Alta Finanza pretenden imponer, volens-nolens, y por todos los medios (incluida una tercera guerra mundial) a la humanidad?

Concebido por la Rosa-Cruz de Juan-Valentin Andreas y de Amos Komenski (Comenius), simbolizado por la pirámide coronada por el "ojo" masónico de los Iluminados, completado por el lema "Novus Ordo Saeclorum MDCCLXXVI annuit coeptis" (que el Iluminado Jefferson puso al revés del sello de los Estados Unidos el 15 de septiembre de 1789, y Roosevelt al verso de los billetes de un dólar del "New Deal" en 1933), el Nuevo Orden económico y social mundial pretende imponernos —así como lo escribió el general Albert Pike, G. M. del Supremo Consejo de Charleston y G. M. de la obediencia luciferiana del "Palladian Rite", a Mazzini, el 15 de agosto de 1871— a través de tres guerras mundiales seguidas por tres revoluciones a lo largo del siglo XX... régimen siempre inspirado en el establecido por José en el Egipto de los Faraones.

Régimen impuesto a unos gobiernos debilitados por la subversión, por la impotencia de partidos seudo-democráticos, incapaces de formar unas mayorías estables, maniobrados bajo mano, cuando parecen opuestos, por los mismos poderes internacionales, C. F. R., grupo de Bilderberg o Comisión Trilateral, etc., a unos gobiernos conducidos al borde de la bancarrota por la demagogia y entregados por los préstamos imprudentemente pedidos al control de expertos del F. M. I., modernos escribas que aplican sus recetas, sin la debida consideración a las condiciones sociales locales... a unos gobiernos así condenados a la impotencia.

Este régimen, lo conocemos. Es la dictadura anónima e irresponsable de la Alta Finanza, empleando sus "ojeadores" marxistas para aplastar a las clases medias, destruir la libre empresa y reducir —¡en nombre de los Derechos del Hombre, poco importa!— la persona humana, rescatada y ennoblecida por el cristianismo, al papel de mera máquina de producción, de matrícula sin nombre, sometida a las "normas" y al despotismo de tecnócratas tan irresponsables como sus patronos supremos. ¡La peor forma de Dictadura, la del Dinero, que no tiene cara!

El autor espera que sus lectores —especialmente los jóvenes— encontrarán en sus libros la información necesaria para oponer a esas "metas" condenando la humanidad a un retroceso sin precedentes, la restauración de los órganos indispensables al verdadero progreso, basado en nuestras mejores tradiciones, en nuestros valores cristianos y nacionales.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (I)

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

cabeo.—Derrota y ejecución de Carlos I.—Dictadura implacable contra los irlandeses y los «Niveladores».—Por boca del Protector, Dios manifiesta su voluntad (!).—Un fracaso: la Unión del protestantismo en torno a Londres.—Un éxito: el regreso de los judíos a Inglaterra.—La alianza con Manasse ben Israel abre a la «City» los mercados del mundo.—Carlos II, restaurado con el dinero de Amsterdam.—Carlos II se defiende contra Shaftesbury y la reacción protestante.—Guillermo III de Orange triunfa sobre Jacobo II.—La colusión Marlborough-Salomon Medina.—La Banca restaura el Templo.—Impera la especulación.—Locke, teórico de un parlamentarismo oligárquico, intolerante y corrompido.—El «contrato» reemplaza a la legitimidad.

CAPÍTULO XI.—SERIE DE FRACASOS EN FRANCIA: «GRAN PROYECTO» DE ENRIQUE IV: MANEJOS ANTIESPAÑOLES DE RICHELIEU; LA FRONDA, REVOLUCION FALLIDA.

El «buen rey Enrique» trae la paz y la prosperidad.—...pero arrastra detrás de él las deudas del rey de Navarra.—Barnaud y Sully le arrastran al «gran proyecto» que provoca su muerte.—Aunque rodeado de intrigantes, Luis XIII mantiene la distensión.—Richelieu, nacionalista ambicioso, ¿«dirigido» por Fancan?—El «equilibrio», mediante la división de Alemania.—Una guerra desdichada.—Un déspota implacable.—Complaciente sólo con los enemigos de España.—Malas finanzas: Alonso López y Bullion.—Gondi fomenta la fronda contra Mazarino.—Condé y su inquietante entorno, levantan a los príncipes contra el rey.—Burdeos, reducto de la revolución fallida.

CAPÍTULO XII.—COALICIONES Y CRUZADA ORANGISTA CONTRA LUIS XIV.

El rey se atrae a los escritores.—Impone el orden y la justicia.—Mete en cintura a los especuladores.—Atrae de nuevo a la nobleza, a la Corte y al ejército.—Apoya a la Iglesia «galicana» contra jansenistas y protestantes.—Neutralizada Inglaterra, Luis XIV se engrandece en los Países Bajos y en Flandes.—Pero las «reuniones» preocupan a Europa.—La cruzada protestante se organiza.—La coalición orangista se reforma a propósito de España.—Aislado, Luis XIV resiste a la invasión.—Impone a Felipe V en Madrid.—Francia, financieramente agotada.—Arrendatarios y negociantes engordan. Samuel Bernard y los banqueros protestantes, todavía más.—Quiebra de la plaza de Lyon.—Desmaretz restablece la situación.

CAPÍTULO XIII.—LA CORRUPCION DE LA REGENCIA ENTREGA A FRANCIA Y A EUROPA A LAS INTRIGAS DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

Se enfrentan dos herederos: los duques de Maine y de Orleans.—Lord Stairs juega y gana. — Entente cordiale: Hannover-Orleans, Dubois-Stanhope. — Una Regencia al estilo inglés.—Corrupción y especulación: John Law y el Mississipi.—Triunfo del Dinero y de las sociedades secretas.

SEGUNDA PARTE

LA MASONERIA EXTIENDE SU REINO

CAPÍTULO XIV.—DESDE LONDRES, ISRAEL HABLA AL UNIVERSO: LA MASONERIA TEJE SU TELA DE ARAÑA.

La Francmasonería introducida por los ex-agentes franceses en Londres.—Las logias especulativas bajo control orangista.—Dotada de «Constituciones», la Francmasonería se multiplica.—...Propaganda del «Club del Entresuelo».—Montesquieu difunde las «ideas inglesas».—El «libertino» Voltaire, admirador interesado de Londres.—Especulador y amigo desafortunado de los judíos.—El desarrollo de las logias en Francia.—Ramsay propaga los altos grados.—...Primeros pasos de la Francmasonería alemana.—Hund y la «Estricta Observancia» templaria.—Brunswick le suplanta.—...El Gran Oriente unifica la Francmasonería en Francia.—En la hora de Independencia americana.—Las logias «de Antiguos» y Franklin inspiran a los insurgentes.

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: ISTAMBUL, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

CAPITULO I

EN EL AMANECER DE LA ERA MODERNA

CUANDO LOS CAPITALES ESPAÑOLES EMIGRAN HACIA CONSTANTINOPLA

Para los historiadores, la caída de Bizancio y el descubrimiento de América marcan el principio de la era moderna. Pero otro acontecimiento contemporáneo, la expulsión de los moros y de los judíos de España, al provocar un éxodo enorme de capitales hacia Constantinopla, va a ejercer, detrás de bastidores, una influencia no menos decisiva para el futuro de la Humanidad.

* * *

La caída de Bizancio cierra la ruta de las especias

Cuando se desmoronó Bizancio en 1453, hacía un siglo ya que agonizaba.

Su excepcional posición en la confluencia de dos continentes fue causa de su fortuna, pero le obligó a enfrentarse a la vez en Europa y en Asia con sus adversarios. Así expuesto, era un milagro que el imperio griego haya sobrevivido un millar de años al desmoronamiento de su hermano de Occidente.

Amenazado en Europa, primero por los búlgaros, y en la mitad del siglo XIV, por los serbios de Esteban Duchan, como lo había sido en Asia por los persas y los árabes, no se encontraba en condición de resistir los ataques de los turcos osmanlis. Minado por peleas de clanes y por interminables debates sobre menudencias teológicas, tal era su debilidad que consideraba como una amenaza posible a su autoridad política, a su prosperidad comercial, o bien a su independencia religiosa, los mismos apoyos que recibía de Occidente.

Después de imponerse en Constantinopla, ¿no habían ocupado los latinos Grecia y Morea? Apenas acababan los mercenarios «almogávares» catalanes de relajar la presión turca en Asia Menor, cuando el emperador Miguel IX mandó degollar en un banquete a su jefe, Roger de Flor, que pretendía el título de César, en 1311.

Aliados pocos seguros, los venecianos eran peligrosos competidores en el Mediterráneo. El apoyo de los genoveses había sido pagado por la apertura, ruinosa, de un puerto franco en Galata. El comercio languidecía. Unas compañías francesas, italianas o españolas controlaban el tráfico internacional. El tesoro, en las últimas no podía cubrir los gastos necesarios para reconstruir la flota. Suprema humillación, durante una estancia en Venecia, el emperador Juan V había sido detenido como deudor incapaz de desinteresar a sus acreedores.

Como último recurso, quedaba la habitual llamada a la Cristiandad: la Cruzada. Después del fracaso en Nicopolis en 1396 de una expedición al mando del rey Sigismundo de Hungría, la derrota infligida a los turcos de Bayaceto en Angora (en 1404) por los mongoles de Tamerlan le valió a Constantinopla un respiro del cual se aprovechó Manuel II para buscar ayuda. Durante más de dos años recorrió los países occidentales, sin recibir más que buenas palabras.

Entretanto, alrededor de la metrópoli, prácticamente aislada de su imperio, el cerco se apretaba. Para conseguir el trono Juan Cantacuzene, proclamado co-emperador con Juan V Paleologo, llegó en su locura hasta el punto de introducir a los turcos en Europa, casando a su hija con uno de ellos. Fuertemente instalados en Gallípoli (1354), extendieron rápidamente su base de operación, sometiendo a los serbios y a los búlgaros. En 1430, se apoderaron de Tessalónica. Se cerraba el tornillo sobre la capital.

Entonces Juan VIII llamó al papa Eugenio IV y una última cruzada se puso en marcha desde el Danubio y los Balkanes, pero terminó con la derrota de Varna en 1444. En ella no habían participado las mayores potencias occidentales. Para incitarlas a un esfuerzo más serio hubiera sido necesario concluir una Unión entre las Iglesias. Lo entendían muy bien los últimos emperadores de la dinastía de los Paleologos, pero numerosos bizantinos preferían el yugo turco a una sumisión a Roma aborrecida. No existía más esperanza.

Empezó el bloqueo. Establecida a lo largo de la costa y en un fuerte bastión, edificado entre el 15 de abril y el 31 de agosto de 1452, una artillería turca, muy potente, bombardeó la ciudad. Como unos navíos genoveses, cargados de abastecimientos, consiguieron forzar el cerco de una flota otomana de 300 buques (más numerosos que eficaces) y unirse con los 26 navíos bizantinos al amparo de la Cuerna de Oro, Mehmet II, furioso, mandó llevar por tierra 72 galeotas para completar el cerco de la rada. En el tercer asalto, la débil guarnición, integrada por 6.000 milicianos griegos, apoyados por pequeños elementos de Génova y de Pisa —3.000 extranjeros en total—, sucumbió. Pisando los cuerpos del genovés Giustiniani, herido, y del emperador Constantino XI, muerto, 12.000 genízaros turcos y una multitud de auxiliares «bachi-bouzouks» invadieron la ciudad, saqueándola y matando a sus habitantes.

Era el 29 de mayo de 1453. Quedaba cortada la ruta de la seda y de las especias: lo hubieran podido proclamar los retóricos políticos de la época.

El dinero judío ayuda a Colón a abrir el paso hacia el Oeste

Interrumpido desde el siglo XI en el itinerario Constantinopla, Kiev, el Báltico, Flandes, el tráfico hacia el Oriente se reanudó luego, procediendo de Siria o de Alejandría, hacia Venecia y Génova, en dirección a Brujas, centro del comercio internacional de la época. En el siglo XIII se estableció otra corriente hacia Barcelona, mientras Venecia, vía Ausburgo y Nüremberg, a través de la Europa central, mantenía lazos con Lübeck en el Báltico.

Más tarde, las perturbaciones resultantes de la Guerra de los Cien Años desviaron el comercio de las ferias de Champaña. Entonces se hizo el tráfico preferentemente por vía marítima: Castilla, Portugal, Zelanda e Inglaterra (estas últimas en detrimento de la Hansa) incrementaron su flota y se aprovecharon ampliamente de la situación.

En estas circunstancias, el dominio turco sobre Constantinopla y el Mediterráneo amenazaba peligrosamente los intercambios entre Europa y el Oriente. Venecia, liberada de un competidor marítimo y comercial, consiguió mantener en sus manos (gracias a una convención con los turcos, concluida el 18 de abril de 1454, puesta en entredicho por un conflicto en 1464, pero confirmada el 25 de enero de 1479) la salida del tráfico de la seda, y disfrutó así de una prosperidad efímera.

Pero hacía falta imperativamente restablecer una ruta normal de intercambios, libre de la hipoteca musulmana. Entonces se empeñaron en buscar una hacia el Oeste los países más interesados y mejor situados, España y Portugal, disponiendo en Cádiz y Lisboa de los puertos, en la salida del Mediterráneo y frente al Atlántico, en posición de enlazar con las costas de Europa y de Africa, y disponiendo también de importantes capitales. Así Cristóbal Colón consiguió abrir a Occidente el nuevo mundo.

Se ha debatido mucho sobre su verdadera nacionalidad, aunque no sea la cuestión de interés primordial, pues que, genovés o mallorquín, fue España la que comanditó y dirigió sus expediciones. Pero lo que llama la atención, al estudiar más detenidamente los protagonistas de la empresa, es el papel excepcional cumplido por los medios conversos o judíos de la Península en el descubrimiento de esta futura Tierra Prometida (1).

(1) La hipótesis más probable (de Cecil Roth, Salvador de Madariaga, etc.) le considera como hijo de una familia judía establecida desde un siglo en Génova. Procedían de Mallorca, como antes los cartógrafos Cresques, Abraham y su hijo Yehuda (mestre Jacomé), traídos como íntimos consejeros suyos a Vila de Infante, cerca del puerto de Lagos, por don Enrique el Descubridor (nieto por su madre de Juan de Gand, duque de Lancaster). Esta opinión viene corroborada por los siguientes rasgos: 1) su perfil hebraico (en la única medalla auténtica que se conserva de él); 2) su apellido, Colombo en Italia, luego Colom en Portugal (cuando el rey João le negó su apoyo en 1484), Colomo y Colón (de 1480 a 1492) en España; 3) luego su idioma: nunca escribió en italiano, sino en castellano; 4) su mesianismo cosmográfico (las islas de la Mar, séptima parte del planeta), inspirado por Isaías (XI, II) y Esdras (IV, cap. 6, par. 42 y 47), y por el «Imago Mundi» del cardenal Jean d'Ailly; 5) su afán de privilegios exorbitantes: almirante del Mar Océano, virrey, ennoblecido, gobernador vitalicio de las Islas y de Tierra Firme, y 6) el apoyo de los marranos de la Corte.

Pero si Colón fue el promotor de la expedición, los que la realizaron fueron los hermanos Pinzón, navegadores y propietarios de dos de las tres carabelas, requisados para liberarse del pago de una multa.

Le suministraron sus instrumentos de navegación, pues el astrolabio náutico fue mejorado (en 1484) por José Vecinho, astrónomo y médico del rey Juan II de Portugal, el matemático Moses y dos de sus colegas cristianos, trabajando según las tablas del «Almanach perpetuum», de Abraham ben Samuel Zacuto, profesor de matemáticas y astrología en la Universidad de Salamanca. De origen judío también los que introdujeron a Colón en la Corte: el dominico Diego de Deza, arzobispo de Salamanca, el confesor de la reina, hermano Hernando de Talavera, y el chambelán del rey, Juan Cabrero. Y los que recogieron los fondos para la primera expedición: Luis de Santángel, descendiente de rabino, banquero y secretario del rey, tesorero de la Santa Hermandad, y Gabriel Sánchez, tesorero de Aragón que adelantó 17.000 florines). A estos protectores suyos, Colón, agradecido, dirigió sus primeras cartas (15 de febrero de 1493). Entre los 120 miembros de la tripulación cinco o seis eran marranos: el veedor Rodrigo Sánchez (de Segovia, aparentado a Gabriel), el cirujano Marco, el médico, mastre Bernal (que luego intrigó contra Colón), Alfonso de la «Calle», Rodrigo de Triana, el marinero que descubrió la «¡Tierra!» en San Salvador, y el intérprete (en hebreo, árabe...) Luis de Torres, que fue el primero en pisar el suelo, el 12 de octubre de 1492, fiesta de Hoshanna Rabba (Levinger, *A History of the Jews in the U. S.*, pp. 34 y 35). Por una coincidencia curiosa (subrayada en una carta de Colón a los reyes en su diario), el mismo secretario real Juan de Coloma (judío por su madre) firmó el 31 de marzo de 1492 el decreto de expulsión de los judíos de España, y el 17 de abril la «capitulación» (convención) con Colón, quien zarpó el 3 de agosto (el día siguiente de su éxodo final).

No es de extrañar la importancia de este papel, si se tiene en cuenta su influencia preponderante en las finanzas y el comercio exterior de los estados de la Península en esta época, como la de sus comunidades sobre sus gobiernos.

La preponderancia de los judíos subleva al pueblo

En Castilla, cuando en 1280 una asamblea judía se reunió en Huete, para sustituir por una contribución global la tasa de tres maravedís «per capita» a la que estaban sometidos, se evaluaba su población (según Graetz) en 850.000 jefes de familia (o sea cuatro a cinco millones de una población total de 25, al principio del siglo XIV, antes de la peste negra) y la cantidad pagada por ellos al tesoro en 2.780.000 maravedís.

Disfrutaban del favor del rey Alfonso XI (1325-1350), que llamó a José ibn Efraïm Benveniste Hallevi, de Ecija, como tesorero y consejero íntimo, y a Samuel ibn Wakar, como médico, astrólogo y astrónomo. En vano las Cortes de Valladolid (pidiendo que se observaran las ordenanzas de las de Zamora en 1312) protestaron en 1329 contra este estado de cosas. En 1339, uno de sus antiguos protegidos, siendo ministro, Gonzalo Martínez de Oviedo, después de volverse contra ellos pereció en la hoguera por haber intentado sublevar a la Orden de Alcántara (de la cual era G. M.) contra el rey. En 1348, las Ordenanzas de Alcántara, prohibiendo la usura y reduciendo las deudas, quedaron sin aplicar.

Bajo Pedro el Cruel empeoró la situación en tal forma que desembocó

en una guerra civil. Instaurado en la edad de quince años, el joven rey (2) cayó pronto bajo la influencia exclusiva de Samuel ben Meir Ha-Levy, que nombro su tesorero y primer ministro, y de Abraham ibn Zarçal, su médico y astrólogo. Convocaron un congreso judío en Toledo e incitaron al soberano a lanzarse, a través del Africa del Norte, a la conquista de Jerusalem. Considerándose ya como el jefe incontestado del Judaísmo, Samuel pagó de su bolsillo la edificación de una sinagoga (la del Tránsito) en Toledo. Pero luego, denunciado por uno de sus correligionarios y acusado de robar el tesoro real, pereció torturado y se descubrió que su fortuna constaba de 230.000 doblones, 4.000 marcos de plata, 125 cajas de preciosos tejidos, oro escondido y 150 esclavos (1360).

Verdaderos amos del reino de Castilla («vivían tantos judíos en la Corte de don Pedro —escribe Graetz—, que sus detractores la calificaban de Corte judía»), los judíos hacían gala de un lujo escandaloso: «edifican palacios, salen en suntuosas carrozas, cubren a sus esposas y a sus hijas de oro, perlas y piedras preciosas», escribe Salomon Alami en su *Espejo moral*. Encabezada por un alcalde o «juez», su comunidad disfrutaba de un régimen judicial especial. En Castilla, como en Aragón, Valencia y en Cataluña, tenían derecho de Alta Justicia «salvo sanción del juicio por el rey, que siempre se obtenía, sea a través de un cortesano judío, sea por dinero».

Desgraciadamente reinaban por el terror: envenenaron al tutor del rey, don Juan de Alburquerque, mandaron asesinar al arzobispo y al decano de Santiago, al abad maestre de San Bernardo, escaldar a un clérigo de Santo Domingo de la Calzada y a otro en Miranda de Ebro (fue «asado» un compañero suyo), desterrar a los obispos de Calahorra y de Lugo. En contra de tantas atrocidades, la reina madre, doña María de Portugal, Enrique de Trastamare y sus medio-hermanos (bastardos de Leonor de Guzmán) apoyados por unos 7.000 caballeros concentrados en Medina del Campo, reaccionaron tendiendo una trampa al rey y a sus consejeros en Toro, se apoderaron de ellos (que escaparon luego de sus celdas a precio de dinero) y provocaron un «pogrom» que hizo un millar de víctimas en Toledo (1355).

Sin embargo, cuando Pedro, enamorado de María de Padilla (bien vista por sus amigos), abandonó a su esposa Blanca de Borbón (hermana de la reina de Francia, casada con él el 3 de junio de 1353), la mandó encarcelar en Sidueña (en mayo de 1359) y ahorcar en su celda (en 1361) porque pretendía limpiar su entorno, el papa Urbano V se conmovió, excomulgó al tirano y ofreció la corona a Enrique de Trastamare, proclamado rey el 16 de marzo de 1366, con el apoyo de Francia, de Aragón y de Navarra. Con la ayuda de las «compañías» de Beltran du Guesclin, Enrique expulsó a Pedro de Burgos, Toledo y Córdoba (en mayo de 1366). Entonces sus amigos, al darse cuenta de que había perdido la partida, le abandonaron y negociaron con Enrique la capitulación de Sevilla, pero él consiguió escapar, gracias a una querida suya, judía, que le advirtió a tiempo. Refugiado en Portugal, y luego en la Guyena (inglesa), tomó otra vez las armas, con el apoyo del príncipe «negro» y del rey moro de Granada, y derrotó a sus adversarios en

(2) Como se sospechaba, podría ser un niño judío sustituido a una infanta, la cual se casó después con un judío, y dio a luz al rabino Salomon Ha-Levi, más tarde convertido bajo el nombre de Pablo de Sa María... y arzobispo de Burgos.

Nájera (el 13 de abril de 1367), pero, abandonado en agosto por sus mercenarios ingleses que no habían cobrado su sueldo, fue vencido en Montiel (el 14 de marzo de 1369) y pereció el 22.

Entonces los judíos probablemente ¿perdieron toda influencia sobre el nuevo monarca? Pues no. Si las Cortes de Toro les obligaron a llevar la rebanada (1371), unos se mantuvieron en la Corte, como Samuel Abrabanel, almojarife o tesorero, y José Pichón, de Sevilla. Este último, después de ser sentenciado por Enrique a pagar una multa de 40.000 doblones por malversación, vino a ser condenado por los rabinos y ejecutado, sin la autorización del nuevo rey Juan I, en 1379. Pero el soberano reaccionó en seguida, condenó a los rabinos y les despojó de su jurisdicción penal.

Sin embargo, hasta el advenimiento de la reina Isabel, continuaron disfrutando del favor de los soberanos. Con excepción del corto período, siguiendo la muerte de Enrique III en 1406, durante el cual la regente Caterina de Lancaster (a iniciativa de un renegado, Pablo Sa María [o Salomon Levi de Burgos]) puso de nuevo en vigor las restricciones antaño impuestas por el rey Alfonso X el Sabio al estatuto de los judíos. Pero se encuentran otra vez en la Corte, después de la mayoría de Juan II: Abraham Benveniste, gran rabino y juez supremo, José ibn Schem Tob y José Nassi, encargados de la gestión de las finanzas. Enrique IV, príncipe impotente y depravado (1457-1474), llama a Jacob ibn Nunes, gran rabino como médico, y como consejeros a unos descendientes de judíos, Juan Pacheco, marqués de Villena, su hermano don Pedro Girón (futuro G. M. de Calatrava) y Diego Arias de Avila.

En el reino de Aragón —con excepción de Navarra, sometida a un régimen francés mucho más estricto— los reyes llevaban hacia ellos una actitud tan favorable como en Castilla. Fue el caso de Pedro III, de Alfonso III (que ayudaron con fuertes préstamos en sus luchas contra los varones de la Unión) y de Pedro IV. Fueron consejeros (como Hasdai ben Abraham Crescas bajo Juan I), médicos, tesoreros, astrólogos y, a veces, bayles o secretarios de la administración local. Ahora bien, las instituciones aragonesas tenían un carácter muy liberal. Desde 1064, en Cataluña (según Graetz), los delegados de las ciudades ocupaban escaño en las asambleas, lo que pone en duda los títulos de Inglaterra como madre del régimen representativo o parlamentario. Entre el rey y los varones de Aragón se mantenía un equilibrio muy precario. Entonces surgió la idea de crear entre ellos un árbitro: el «Justicia mayor» o Juez supremo (1265). ¿No fue esta institución original, probablemente de inspiración hebraica, la que sirvió de modelo a la futura Corte suprema —colegial— de los Estados Unidos?

En cuanto a Portugal, los judíos formaban allí un verdadero Estado dentro del Estado. Encabezaba su comunidad nacional un gran rabino —ar rabi mor— designado por el rey: administraba justicia, promulgaba ordenanzas, disponía de un sello. Le seguían en sus desplazamientos un juez —ouvidor—, un canciller, un secretario y un ejecutor (como un lictor). Y tenía siete lugartenientes en cada uno de los distritos del país. El rey Fernando (1367-1383) tenía cantidad de judíos en su entorno, como su consejero y confidente David Negro y su tesorero don Juda. Al fin del siglo XIV, el rey

Juan I tomó bajo su protección a los refugiados de España, cuando se produjeron allí alborotos y matanzas.

Pues, si los soberanos les protegían, el pueblo que explotaban les odiaba y se enfrentaban a las denuncias de los renegados y a los esfuerzos de los misioneros y predicadores para convertirles. Al principio del siglo XIV, en Aragón, el dominico Ramón de Peñaforte había alentado mucho el estudio del árabe y del hebreo. Siguiendo sus consejos Ramón Martín (que entendía este idioma mejor que San Jerónimo) despojó la literatura bíblica y rabínica, tratando de descubrir en ella el anuncio de la misión de Jesús en los textos dedicados a la llegada del Mesía. Publicó sus conclusiones en dos libros con títulos vengadores: *Capistrum Judaeorum* (el bozal de los judíos) y *Pugio Fidei* (el puñal de la Fe).

Pronto su situación empeoró peligrosamente. Los disturbios sociales que acompañaron la crisis económica casi general del final del siglo XIV se produjeron en España, como en la mayor parte de Europa, con su cortejo de alborotos, de saqueos y de matanzas de judíos. En Sevilla, la multitud encolerizada por un archidiácono, Ferrán Martínez, se abalanzó sobre la comunidad judía (que contaba entonces 7.000 hogares) (1.391). Luego se extendieron los motines a Córdoba, Toledo, Valencia (cuya comunidad de 5.000 miembros no se manifestó más) y a Barcelona (donde perecieron varios centenares y otros 11.000 pidieron ser bautizados), a Lérida y a Gerona. Mientras en Aragón y Portugal la estricta vigilancia de los soberanos impidió los disturbios.

Entonces San Vicente Ferrer se empeñó en convertir a los judíos y a los musulmanes de la Península. Alentado por el papa Benedicto XII de Avignon y por la regente Caterina de Lancaster, predicando en las sinagogas y en las mezquitas, organizando coloquios para discutir del Mesía y del Talmud, entre 1412 y 1415, Vicente Ferrer consiguió convertir a más de 20.000 judíos de Castilla y de Aragón. Pero ¿qué valían estas conversiones, muchas veces obtenidas por el temor o el interés material? O bien los renegados o marranos luchaban contra sus excorreligionarios con el ardor de neófitos (como Pablo de Sa María, recomendado por Benedicto XIII al rey Enrique III, o Jerónimo de Sa Fe, médico del mismo papa); o bien jugando un doble juego, llegaban a las mayores dignidades de la Iglesia y del Estado, manteniendo en su corazón los lazos de solidaridad que les unían a sus hermanos de origen. Así podían ocupar puestos de responsabilidad en las Cortes o en el Consejo de Estado o numerosas sedes episcopales, aunque muy sospechosos.

Su influencia era tal que fue necesario el apoyo de dos de ellos, Pedro de la Caballería y sobre todo Abraham Senior, para que Isabel la Católica consiga casarse, a pesar de la oposición de su hermano Enrique IV, con el infante de Aragón, Ferdinando (cuya bisabuela era, por paréntesis, una judía, Paloma, seducida por Federico Enríquez, almirante de Castilla). Abraham Senior administraba las finanzas del Estado, asociado con Isaac Abrabanel (expulsado de Lisboa después de la desgracia del duque Fernando de Braganza, después de la entronización del rey Juan II (en 1483). En su campaña contra los moros de Granada, los subsidios de Abraham habían proporcionado a los soberanos una ayuda decisiva.

La Inquisición castiga a los falsos conversos; los judíos son expulsados

Pero los Reyes Católicos no ignoraban el peligro de tan grande influencia de los marranos en el Estado como en la Iglesia, cuando sucedieron a Enrique IV el 12 de diciembre de 1474. Unos incidentes entre cristianos y conversos se habían producido en Toledo (el 21 de julio de 1467), en Córdoba (el 14 de marzo de 1472) y en Segovia (el 16 de mayo de 1474). Durante una estancia de Isabel en Sevilla en julio de 1477, el dominico Alonso de Ojada le pidió instituir la Inquisición, no tanto para perseguir a los judíos declarados, sino más bien para descubrir a los falsos conversos, a veces disimulados bajo la sotana de los sacerdotes o de los obispos. Pues entonces, de una población total de 20 millones de habitantes España contaba con 200.000 judíos fieles de la sinagoga y tres millones de marranos. El obispo de Cádiz fue encargado de informar sobre la cuestión. Sixto IV acordó su autorización el 1 de noviembre de 1478, pero no la utilizó Isabel hasta el 26 de septiembre de 1480. Entretanto los turcos se habían apoderado de Otranto (el 11 de agosto de 1480). Atacaban Rodas. La amenaza otomana se hacía sentir sobre todo el Mediterráneo. El reino de Granada ofrecía al sultán una cabeza de puente ideal. A la necesidad interna se añadía el peligro exterior. Había tocado la hora de actuar.

Fue en Sevilla donde la Inquisición empezó a funcionar. Se produjeron 15.000 detenciones y se decretó la expulsión de los judíos de las diócesis de Sevilla y Córdoba en 1482. Los conversos replicaron con unas conjuraciones, reprimidas por unas ejecuciones: la de Diego de Susan (que poseía una fortuna de 10 millones de maravedís) y de sus cómplices, que fomentaban un alboroto en Sevilla (en febrero de 1481) y la de seis conspiradores en Toledo en 1485. Al recibir protestas (el obispo de Segovia, Arias de Avila, hijo de judíos, había buscado refugio cerca de él) el papa Sixto IV se negó a extender la Inquisición a Aragón y exigió que se reforme la de Castilla. Así fue nombrado el dominico Tomás de Torquemada, de sesenta y tres años y de espíritu ponderado, inquisidor general en octubre de 1483, y Sixto IV autorizó la actuación del Santo Oficio en Aragón. En esta provincia, dominada por una plutocracia de conversos, la reacción fue tan viva que se asesinó a uno de los inquisidores, Pedro Arbues (el 14 de septiembre de 1485). La represión fue dura: 300 ejecuciones. Pero, aunque haya participado en el complot, se le perdonó la vida al banquero Luis de Santángel, uno de los comanditarios de Colón, reconociendo sus servicios.

El balance de la Inquisición, durante los trece años que Torquemada dirigió los once tribunales del Santo Oficio —prácticamente hacia el final del reinado de Isabel la Católica— se saldó con las siguientes cifras: 100.000 pleitos, 17.000 sentencias al destierro, 2.000 a muerte. Lo que no da prueba de una severidad excesiva, en una época que no conocía la tolerancia, pues los pleitos de brujería causaron 30.000 víctimas en Inglaterra y 100.000 en Alemania. Al activo de la Inquisición, se debe reconocer que ahorró a España los horrores de las guerras de religión y mantuvo la unidad espiritual del país, sin comprometer ni su desarrollo cultural, ni su equilibrio financiero y económico, pues el siglo siguiente pasó a la historia como un siglo de oro.

Aunque sea un converso, el sucesor de Torquemada, el dominico Diego

de Deza, arzobispo de Sevilla, tuvo la mano más dura. La conquista de Granada, donde muchos irreductibles habían encontrado refugio, dejó a los Reyes Católicos enfrentados con un problema de asimilación muy difícil de resolver, tanto para los judíos como para los musulmanes. Boabdil capituló el 25 de noviembre de 1491. Pocos días antes, el 16 de noviembre, en Avila, dos judíos y tres conversos, inculpados por la muerte de un niño cristiano, habían sido ejecutados. Entonces se adelantaron los decretos de expulsión. El 31 de marzo de 1492, el edicto de la Alhambra fijó un plazo de cuatro meses para que los judíos se convirtieran o abandonaran el país. Los soberanos no se dejaron ablandar, ni por la oferta al rey de 300.000 ducados por Isaac Abrabanel, ni por las gestiones de Abraham Senior cerca de la reina.

Cinco meses más tarde Cristóbal Colón desembarcó en el litoral del nuevo mundo (el 12 de octubre de 1492). De manera que se pudo decir que su primera expedición fue financiada por los judíos de España, y la segunda (desde octubre de 1493 a la primavera de 1496) con los fondos a ellos confiscados.

Portugal les ofrece un asilo precario

Unos 50.000 se bautizaron: entre ellos Abraham Senior, cuya familia, bajo el nombre de Coronel, asumió luego importantes cargos. Pero numerosos marranos, acosados por los crecientes rigores de la Inquisición durante el reinado de Felipe II, emigraron en el curso y sobre todo al final del siglo XVI. En cuanto a los otros, los 200.000 ó 300.000 no convertidos, buscaron un refugio provisional o permanente, más allá de las fronteras. Pero les estaban cerrados los principales estados de Occidente: Inglaterra les había expulsado en 1290; Francia, donde habían sido acosados durante todo el siglo XIV, siguió su ejemplo el 17 de septiembre de 1394; como luego muchas ciudades alemanas: Colonia (1424-25), Ausburgo (1439-40), Estrasburgo (1438), Erfürt (1458) y más tarde Nüremberg (1498-99) y Rastisbona (1519).

Navarra ofreció a 12.000 un refugio precario, pues el rey Ferdinando de Aragón les presionó para que vuelvan a tomar el camino. En Francia sólo les quedaban abiertos los estados pontificales (Aviñon y el Condado Venaissin) y la Provenza. En Italia, Génova les recibió muy mal pero les acogieron Pisa, Roma (donde les admitió el papa Alejandro VI Borja, a pesar de la oposición de sus correligionarios) y sobre todo Nápoles, donde Ferdinando I recibió a Abrabanel (antes que se marchara a Venecia).

En Africa del Norte, ya se habían establecido en Fez y en Argel unos judíos de Andalucía, escapando de los motines de final del siglo XIV. Unos 20.000 buscaron refugio ahora en Marruecos y otros 10.000 en Argelia. La comunidad de Fez será integrada por 5.000 familias; un español, Simón Durán, encabezaba la de Argel. Otros se marcharon a Tripolitania o a Egipto.

Pero los dos más importantes grupos del éxodo se dirigieron hacia Portugal y Turquía (95.000 cada uno). Más enérgico con ellos que su predecesor Alfonso V, el rey Juan II de Portugal, muy dedicado a las grandes empresas marítimas, apreciaba sus conocimientos matemáticos y astronómicos: mandó

a unos a Asia, para descubrir el país del «preste Juan». Sin embargo les impuso una tasa de entrada y limitó su estancia a ocho meses. Y como entretanto se declaró la peste, fueron expulsados, bajo la amenaza de ser vendidos como esclavos. Su primo Emanuel, que le sucedió en octubre de 1495, daba muestras de tendencias más liberales; retuvo cerca de él a Abraham Zacuto antes que se marche a Túnez y Turquía. Pero su matrimonio con la infanta Isabel de España le incitó a alinear su política con la de los Reyes Católicos. El 24 de diciembre de 1496 promulgó un decreto de expulsión de los judíos, dándoles un plazo de tres meses para abandonar el país a través de tres puertos, Lisboa, Oporto y Setúbal. Pero sólo les fue abierto el primero, y, entre los que allí se amontonaron, se obligó a 20.000 a bautizarse. El año siguiente intervino un edicto de tolerancia, protegiéndoles durante veinte años contra la acusación de seguir practicando sus antiguos ritos. Pero los refugiados de España abandonaron el país en agosto de 1497.

Ahora bien, Portugal siguió siendo uno de los centros de la actividad financiera, económica y marítima de los marranos. Durante los reinados de Juan II y de Emanuel el Afortunado (1493-1521), el régimen económico prevaleciente era el de monopolio. La trata de los negros de Guinea, que recluta entre 10.000 y 12.000 esclavos al año, era dirigida por una administración pública. Monopolio también, la Casa de India, creada en 1502, para el negocio de ultramar. Y también el arrendamiento de las especias, tráfico cuyo centro mundial es Lisboa, donde se cambian los paños de Flandes y los tejidos de lujo italianos contra los productos coloniales.

Existe un intensivo movimiento comercial entre Lisboa, Venecia y Amberes. Controlando el negocio de la seda, Venecia importa de Asia a final del siglo XV mercancías por un valor de 10 millones de ducados. Allí se establecerá finalmente, después de una corta estancia en Nápoles, el financiero español Isaac Abrabanel, el ex-tesorero de Isabel la Católica, y dos de sus hijos en Génova y Salónica. El jefe de familia, antes de morir en 1509, sabrá ganar influencia sobre varios senadores de la ciudad de los duces.

Desde Lisboa se exportan especias a Amberes por un valor de 200.000 a 300.000 ducados al año (trayendo un beneficio de entre 100 y 200 por 100). En total, los intercambios entre Portugal y la gran plaza belga alcanzan las cifras de 1.300.000 ducados de exportaciones y 1.800.000 de importaciones. Tan importantes lazos de intereses explican el porqué de la preferencia de los marranos para Amberes y los Países Bajos, cuando huyeron de los rigores de la Inquisición.

Bajo el reinado de Juan III (1522-1557), casado con una infanta española, Caterina, se iniciaron gestiones para la extensión de los tribunales del Santo Oficio a Portugal. No fue fácil obtenerla. Un emisario real, Enrique Núñez, mandado cerca de Carlos V, no pasó de Badajoz, pues le mataron unos marranos disfrazados de franciscanos. A pesar de la oposición de varios cardenales (Egidio de Viterba, Jerónimo de Ghinucci, Campeggio, etc.), el papa Clemente VII autorizó en 1531 la introducción de la Inquisición. Pero, de espíritu liberal, anuló su decisión tres años más tarde, después de una intervención de Duarte de Paz, comendador de O Ordem do Cristo, heredero de la Orden templaria en Portugal.

Unos meses más tarde, bajo el pontificado de Pablo III (1534-1549), los medios contantes y sonantes de que disponía Duarte produjeron maravillas. Se decía por otra parte que el nuevo papa reservaba sus favores a los judíos con preferencia a los cristianos. Cuando el cardenal Pucci (previamente gratificado con una pensión por Duarte) le propuso liberar a los 1.200 marranos portugueses detenidos, el pontífice se apresuró a aceptar. Fue necesario todo el peso de una intervención de Carlos V y la provocación de un marrano de Lisboa, que fijó un libelo contra Cristo en la puerta de la catedral, para introducir la Inquisición en Portugal. Pero la anexión del país por España bajo Felipe II (en 1580) precipitó la emigración de los marranos portugueses hacia Amsterdam, Hamburgo y luego Londres.

... y Turquía les ofrece un paraíso

El grupo de refugiados de la misma importancia (95.000) que se dirigió a Turquía y a los países del Islam no conoció tantas vicisitudes.

La comunidad judía de Constantinopla había recibido la caída del Imperio de Oriente como una bendición del Señor. En un centro de negocios en el cual proliferaban griegos, sirios (fenicios) y armenios, sus oportunidades eran limitadas y la competición tremenda. Siempre el Imperio les consideró como sospechosos. Porque coaligados con los «azules» y el general Bonose, mataron 10.000 cristianos en Antioquía e hicieron perecer al patriarca Anastasio en septiembre de 610. Porque, después de la ocupación de Jerusalem por los persas en 614, participaron en la matanza de los cristianos de la Ciudad Santa. Porque en el momento de la invasión siria por los árabes, les proporcionaron información, traficaron con ellos de esclavos y de botín, y a veces lucharon con ellos. Al aprender sus desmanes, el emperador Heraclio los obligó a bautizarse o abandonar el país en 634.

En Occidente, los soberanos no actuaban de otra manera: Dagoberto, rey de los francos, en 629, como los reyes visigodos de España, Sisenando, en 633, Chintila, en 638, y sobre todo Wamba, en 681. En 694, el 17.º concilio de Toledo confirmaba y endurecía esta legislación, y denunciaba la conspiración de los judíos de la península con sus correligionarios de la Tingitana (la provincia africana de Tánger) para introducir el Islam en España. Abierto a sus pérfidos consejos, el rey liberal Witiza (entronizado en 702), al desmantelar las ciudades, facilita su empresa. Pero como la nobleza y el pueblo se levantan contra él (709), le abandonan. Al principio de 710 el judío Eudon se apodera de él, luego le mata y le sustituye por un conde hispano-romano, Rodrigo (hijo de Teodofredo, rival de Witiza, cegado por orden de su padre Egica), mal considerado por los visigodos, que le confía el puesto de «jefe de los notarios» o ministro de Estado. Entonces toma forma el complot. Mientras se aleja buena parte del ejército en una campaña contra los vascos, y se confía el mando del resto a Sisberto y al obispo Oppas (hermanos de Witiza), el conde Julián, de Ceuta (de origen bereber), abre el paso al lugarteniente de Mussa, Tarik ben Ziyad (descendiente judío de la «Kahena», convertido al Islam) y a 4.000 guerreros bereberes. Reforzado hasta 25.000 hombres, el ejército musulmán se enfrenta en Guadalete, cerca de Jerez, con un ejército cristiano dos veces más numeroso.

Pero, en el segundo día de la lucha (21 de julio de 711), el obispo Oppas y los nobles visigodos vuelven sus armas contra Rodrigo y le aplastan. Dejando las ciudades en manos de guarniciones judías, los invasores llegan a Toledo, cuyas puertas les abren sus aliados para Ramos de 712. Y como los senadores huyeron a Amaya, en los montes cantábricos, queda vacante el poder... y lo ocupan (3).

Ahora bien, volviendo a Bizancio, ¿no habían sido (según Theophanes y San Esteban el joven) los reales instigadores de la querella de las «Imágenes», que provocó el cisma entre las Iglesias de Oriente y de Occidente? En 717, el emperador León III el isauriano salvó Constantinopla, asediada por los árabes por segunda vez (había sido rechazado un primer ataque en 673). En 722, este «basileo» restableció el edicto de Heraclio contra los judíos. Entonces un renegado sirio, llamado Beser (amigo de un judío de Tiberíades que instigó al jalifa Yezid a mandar destruir las «imágenes» en 723), le alentó a seguir este ejemplo. Al principio de 727, León III mandó destruir el icono de Chalcé de la puerta de bronce del palacio sagrado, e inspirándose en las prohibiciones del Antiguo Testamento contra los ídolos (Exodo, XX, 4, 5), evocando a Ezechias, arrancando del Templo la serpiente de bronce, obtuvo la prohibición de las «imágenes», primero por el Senado (el 17 de enero de 730) y luego por el concilio. Unico «basileo» en 740, Constantino V, un sectario de tendencias heterodoxas, monofisitas, invocó las decisiones del concilio de Hieria (en 754) para perseguir a sus adversarios, y especialmente a los monjes del Stoudion. La lucha iconoclasta, interrumpida, después de la muerte de León el Jazar en 780 por la emperatriz Irena, se reanudó bajo el reinado de León el armenio (entre 815 y 842).

Considerados como responsables de estas divisiones y disturbios, en Bizancio los judíos eran tan mal vistos por los emperadores como por el pueblo. Sin embargo, cerca de 2.000 familias judías vivían en Constantinopla y otras en Salónica y Teba (donde trabajaban la seda y la púrpura), sometidas a pesados impuestos y sin acceso a funciones públicas.

Cerca de ellos, la actitud de los turcos era completamente distinta. Médico personal del sultán Murad II en Andrinópolis, uno de sus correligionarios de origen italiano, Jacobo de Gaëta (nacido en Italia entre 1425 y 1430), gozaba de la entera confianza del conquistador Mehmet II, del cual fue consejero íntimo durante treinta años. En el cerco de Bizancio, el fiel Jacobo, que le ayudó él mismo en la edificación de su fortaleza dominando el Bósforo, reclutó en Italia los técnicos que necesitaba: Cirineo de Ancona, experto en planes y fortificaciones, fundidores de cañones, como un tal Urbano (de Transilvania), Jörg de Nüremberg y otros alemanes e italianos. La pieza gigante y las otras bocas de fuego martilleando la ciudad, eran obra suya, como más tarde (en julio de 1456), las 27 gruesas piezas, los siete morteros y los otros 300 cañones que destruyeron Belgrado.

Por eso, del saqueo de Bizancio, la comunidad judía del barrio de Balat fue prácticamente la única que escapó. En adelante su representante oficial

(3) Se leerá con provecho, en el libro de Maurice Pinay *Complot contra la Iglesia*, la narración detallada de esta maquinación.

o «Kahiya» (Moïses Capsali, gran rabino formado en escuelas alemanas) fue admitido en el «Divan», con precedencia sobre el patriarca griego. Del sultán, los judíos obtuvieron el derecho de nombrar a sus rabinos y de repartir sus propias tasas. Un verdadero paraíso se abría para ellos. En una carta circular, dirigida en 1454 a sus correligionarios de Renania, de Suabia, de Estiria, de Moravia y de Hungría, Isaac Sarfati (procedente de Francia pero de origen alemán) elogiaba sus delicias. Fueron muchos los que respondieron a su llamada (antes de la llegada de los refugiados de España). De manera que la comunidad de Istambul no tardó en contar 30.000 miembros, la de Salónica se triplicó y otras se establecieron en Tebas, Patras y Negroponto, en Grecia y en Amasia, Brusa, en Asia Menor.

Ahora bien, Jacobo de Gaëta, ya recompensado en 1452 por una exención general de impuestos actuales y futuros para él y para su familia, no cesaba de ganar nuevos favores de Mehmet. Como médico personal, le acompañaba por todas partes. Nombrado «defterdou», es decir, chambelán y tesorero, recibió los títulos de bajá y luego de visir. Mehmet le consultaba sobre las finanzas, sus proyectos económicos, sus empresas comerciales. De manera que este astuto «maitre Jacques» se servía de su crédito para obtener unos jugosos arrendamientos en favor de sus correligionarios, las salinas de Enos, por ejemplo, que llevaban 90.000 ducados al año al tesoro otomano. También, con la caída de Bizancio, el comercio de los eunucos y de los esclavos —casi un monopolio para ellos— se había recobrado muchísimo.

De los 50.000 habitantes que permanecieron en la ciudad, a excepción de pocas colonias cristianas, florentinos en Pera, genoveses en Galata, unos pocos venecianos, los únicos elementos griegos que escaparon de la matanza y de la esclavitud, fueron los que dieron prendas al enemigo por su oposición a la unión con Roma, tal como el nuevo patriarca, el monje Gennadios. Algunos pagaron cara su falta de vergüenza: por ejemplo, el gran almirante y «megaduc» Lucas Notaras, que, a pesar de preferir el turbante turco a la mitra romana, no salvó su cabeza, pues le fue cortada, lo que puso fin a sus escrúpulos en materia de sombreros.

Mientras participaban más y más en los negocios del Imperio otomano, los correligionarios de Jacobo prestaban en todas las esferas un apoyo creciente a la potencia turca. Mientras, en los estandartes del Islam, desde la caída Bizancio, se levantaba al lado de la luna creciente una estrella simbólica, la flota turca nacía de las ondas.

Esta repentina vocación de los otomanos para la mar no tardó en despertar la curiosidad de los historiadores. Para uno de los biógrafos de Mehmet II, Babinger «se llega a pensar que una influencia extranjera debió ayudar a la creación y perfeccionamiento de la flota de guerra otomana». Durante el cerco de Bizancio, su insuficiencia había sido lo bastante demostrada. Nadie puede dudar de que en este caso, también, su fiel Jacobo prestó al sultán el precioso apoyo de sus avisos y de sus numerosas relaciones. Construida según los modelos bizantinos, la flota turca (que no será perfeccionada antes del reinado de Solimán el Magnífico) se compone en 1455 de 25 trirremes, 50 birremes, un centenar de pequeños navíos; en 1464 el número de trirremes subió a 45; se han edificado un puerto en Istambul (en 1462-63)

y una base en Gallípoli (en 1469) para las galeras; unos judíos, griegos y algunos turcos integran las tripulaciones; los combatientes son unos «azab» (libertos, los rivales de los genízaros); el almirante (en 1465) es un renegado español o catalán, Younous bajá, pero en 1469 es un gran-visir, Mahmud bajá. En 1480, son dos las escuadras turcas en el mar: mientras una se apodera de Otranto, la otra fracasa contra Rodas.

En materia diplomática, no fue menor la actividad de Yacub bajá. Entreteniendo continuas relaciones con el «baile» el representante de Venecia y utilizando la «Puerta» y la «Serenissima República» a unos judíos como intermediarios en sus difíciles transacciones. Son tan estrechas sus relaciones, que un refugiado florentino, Lando degli Albizzi, concluye con Yacub en 1471 una convención en buena forma... para envenenar al sultán. ¿Acaso tuvo escrúpulos? Pues Mehmet II no murió, ni en mayo de 1472, ni en 1475, cuando otro de sus médicos judíos había sido contratado para la misma misión. Pero fue envenenado, el 4 de mayo de 1481, por un médico persa, a instigación de su hijo Bayaceto, tan devoto y amigo de los derviches, como su padre era escéptico en materia de religión. Yacub no pudo salvar a su amo, ni tampoco ocultar su muerte bastante tiempo como para permitir a su otro hijo, Djem, ocupar el trono. Fatal contratiempo. Duramente atacado por Achik bajá zadé y sus derviches, cayó, en compañía del gran visir, bajo los golpes de los genízaros, estos pretorianos del Islam, que proclamaron a Bayaceto, mientras Djem huía a Italia. Por una curiosa pero justa vuelta del Destino, el nuevo sultán conoció (el 26 de mayo de 1512) de mano de su médico judío y de su hijo Selim I, la misma muerte que había reservado a su padre.

La preeminencia de los judíos sobre el Imperio turco estaba ya sólidamente establecida cuando llegaron los primeros refugiados de España. La expansión otomana en el Mediterráneo oriental fue obra de Selim. Después de vencer a los mamelucos en Alepo en 1517, extendió su autoridad a Siria, Palestina y Egipto. Los judíos, que habían denunciado a la «Puerta» las conspiraciones de los mamelucos, se beneficiaron de la expansión turca. Abraham de Castro se encargó de acuñar las nuevas monedas egipcias. Un refugiado español, David ibn Azi Zimra, acogido en el Cairo por el príncipe, naguid o reis, Isaac Schalal, encabezó la colonia, mientras se reconstituía la comunidad de Jerusalén y un grupo importante se establecía en Damasco. Bajo los sultanes Bayaceto II, Selim I y Solimán, la influencia de los judíos no cesó de aumentar. Sus médicos formados en Salamanca, José Hamon y su hijo, gozaban del favor de Selim I y de Solimán. Su preponderancia en el comercio al por mayor y al por menor se afirmó pronto, pues disponían de grandes medios.

Los «sefardim» en hebreo, de «sefarda» España, formaban entonces una verdadera aristocracia, contando en sus filas a descendientes directos de David. Durante la Edad Media, mantuvieron el contacto con la Antigüedad grecolatina y también con el Oriente, de manera que pudieron beber en todas las fuentes de la cultura. Por eso muchos se destacaron en la filosofía, sea racionalista (tal Maïmonides), sea mística (como en la Kabala), o bien en las ciencias, la medicina, la matemática, la astronomía, la astrología. Entre ellos, muchos, formados en la intriga política, habían disfrutado de una real influencia en la península. Muy experimentados en los negocios, poseían todavía.

a pesar de las pérdidas ocurridas en la liquidación de sus bienes, una cantidad de capitales evaluada en más de 30 millones de ducados, es decir, tres veces el valor de las importaciones anuales de Venecia procedentes de Oriente, o una suma equivalente al enorme tesoro de 25 millones de florines acumulados por los papas de Aviñon, a la muerte de Juan XXIII, en una época en la cual los recursos del tesoro no pasaban de 800.000 ducados en Venecia (en la mitad del siglo XV), de dos a tres millones en Turquía (según Bessarion) y de 13 millones de reales en España en 1.482.

Financieros de los Sultanes, les entregan Argel y construyen la flota perdida en Lepanto

Después de reorganizar sus comunidades y de asentar su influencia sobre el país, hicieron rápidamente de Turquía el centro de su actividad internacional. Y dedicaron sus esfuerzos a incrementar el poderío militar y naval del Imperio otomano, campeón de sus futuras luchas contra España y el Imperio alemán.

Gracias a ellos, fue dotado el ejército turco de armas perfeccionadas. Fabricaron para él cañones y pólvora y le enseñaron a utilizarlos. Al abrir su campaña contra Hungría, Solimán el Magnífico podía enorgullecerse por su artillería, la mejor de la época. Pero sobre todo se empeñaron en modernizar la flota y en extender el dominio turco en el Mediterráneo.

Arrastrada por el empuje de la reconquista, España se había establecido en la costa de Africa. Después de un primer fracaso en 1503, llegó a ocupar Orán en 1509, luego Bugia en 1510, Trípoli en 1511. En la entrada del puerto de Argel había edificado en un islote un fuerte, el «Peñón». Asustadas por los progresos de los españoles, las comunidades judías del Maghreb buscaban a un protector y dirigían sus miradas hacia Turquía.

Así favorecieron la instalación en Argel del corsario Barbarossa, vasallo de la Puerta. Nacido en Lesbos, de un sipahi y de una griega, Jaïreddin se había unido a su hermano Arudj en la isla de Djerba para ejercer la piratería, bajo la autoridad del bey de Túnez, y luego del sultán. Guerreó sucesivamente contra los genoveses que ocupaban Djidjelli y en 1516, con el sostén de 14 navíos turcos, contra los españoles de Bugia. Luego se presentó en Argel, donde organizó, bajo el nombre de «orjak», una especie de junta de corsarios y de genízaros que se cargó el puerto y la ciudad. En tiempo justo. En 1518, Carlos V dirigió contra Argel, bajo el mando del marqués de Moncada, una expedición de 30 navíos y ocho galeras, pero el temporal dispersó la flota y obligó a un reembarco difícil de los primeros contingentes ya en tierra.

Gratificado con el título de beylerbey por Selim I, Barbarossa consiguió extender su autoridad sobre Tremecen, previamente vasalla de los españoles de Orán. Pero tuvo que reprimir un levantamiento de los moros, alentados por el bey de Túnez, y hasta una sublevación en Argel contra el yugo turco. Decepcionado por el carácter versátil de sus habitantes, abandonó la ciudad para replegarse sobre Djidjelli. Pero su ausencia fue corta. Tres años después,

penetraba otra vez en Argel, culpable de haber acogido con cañonazos a uno de sus navíos, volviendo de España con refugiados. Y consiguió expulsar a los españoles; cogido entre los fuegos cruzados de sus navíos y de la artillería de los fuertes, el «Peñón» tuvo que capitular.

Entonces la confianza de Solimán llamó a Barbarossa a un más alto destino. Uno de sus lugartenientes, judío, Sinan Tchaouch, que había encontrado en Djerba y mandado ya en misión cerca de la «Puerta», vino a buscarle en agosto de 1533 para llevarle a Istambul. Para luchar contra el famoso almirante genovés Andrea Doria, que acababa de apoderarse de Patras en Morea, el sultán quería confiar al corsario de Argel, con el título de «Kapudan bajá» o gran almirante, el mando de su flota. Barbarossa, que la consideraba poco eficaz, la reorganizó con el apoyo del gran visir Ibrahim (un renegado cristiano): se construyeron en un tiempo «record» 84 galeras de nuevo modelo (con seis remeros por remo) y galeotas de 20 bancos de remeros. Entonces se entabló en el Mediterráneo, entre el genovés y el berberisco, un duelo, o mejor dicho un carrusel, con tantas fintas y huidas que se les sospechó a los dos de actuar con tientos para seguir siendo indispensables a sus amos. Sin embargo, hubo algunos encuentros hasta que por fin, con 500 navíos bajo Andrea Doria y 30.000 hombres al mando del marqués del Guasto, Carlos V en persona se apoderó de Túnez el 30 de mayo de 1535; por poco escapó Barbarossa.

Pero dos años más tarde dos escuadras turcas (de 150 y 120 galeras, respectivamente) se preparaban a unirse en Valona para desembarcar a 100.000 hombres en el Napolitano, mientras 50.000 franceses debían atacar el norte de la península italiana. No obstante, Francisco I, detenido por los consejos del condestable de Montmorency, renunció a esta locura, por temor al riesgo que presentaba para la Cristiandad. Entonces los turcos volvieron sus armas contra los venecianos e intentaron apoderarse de Corfu. Así que los dos almirantes se encontraron enfrentados en el golfo de Arta. Por un lado, una flota pesada integrada por 80 navíos venecianos, 36 galeras pontificales, 80 españolas, 10 maltesas, 60 genovesas, 50 portuguesas y 60.000 hombres. Por el otro, Barbarossa, asistido por todos sus lugartenientes (entre los cuales Sinan y Turgut o Dragut), al mando de una escuadra homogénea pero reducida, de 122 navíos. El 25 de septiembre de 1538, después de perder unas unidades delante de Preveza, Doria se retiró sin gloria. Y delante de Argel, defendido por Hassan bajá, el temporal dispersó otra vez la flota de Carlos V (65 galeras, 460 buques de carga, 37.000 hombres).

Su última empresa importante condujo a Barbarossa a Marsella, donde se presentó en 1543, con 110 galeras y 40 galeotas. Muy asustado por la presencia de su molesto aliado, Francisco I tuvo que evacuar la población de Tolón para permitirle invernar. Temiendo una reacción del papa y de la opinión cristiana contra él, el rey volvió la actividad de Barbarossa contra Niza, entonces posesión de Carlos de Saboya. La ciudad capituló pero la ciudadela resistió, y Barbarossa levantó el cerco al aproximarse un ejército de socorro. Y hasta se negó a enfrentarse con Doria, para no comprometer el rescate de su teniente Turgut, caído en manos de los genoveses.

El mismo Turgut le sucedió como almirante cuando murió, dos años

más tarde. En 1560 infligió cerca de Djerba a la flota del duque de Medinaceli y del sobrino de Doria un desastre que costó la vida a 18.000 cristianos. Cayó en Malta en 1565, cuando los caballeros de San Juan opusieron una valerosa y victoriosa resistencia al empuje de 30.000 turcos y de sus 180 navíos. Todavía más grave que este fracaso, la victoria ganada por don Juan de Austria en Lepanto en 1591 hubiera debido ser fatal para la flota turca, que perdió en la batalla 200 navíos y 30.000 hombres. Lo cierto es que recibió un golpe capaz de detenerla, pero no decisivo. Dos años más tarde ya estaba rehecha.

Lo que permite medir la amplitud de los medios puestos a disposición del Imperio otomano, en esta época. Manteniendo tal esfuerzo en su favor, los judíos veían aumentar sin cesar su influencia cerca de los sultanes y entretanto la inmigración continuaba, trayendo ricas y potentes familias.

Los Mendes-Nassi, potencia internacional

Entre las cuales, la de los Mendes-Nassi conoció una fortuna excepcional. En 1553 llegaba a Istambul doña Gracia Mendesia, acompañada por su sobrino Joao Miques y un séquito de quinientos judíos hispano-portugueses e italianos. Pertenecía a la famosa familia portuguesa de los Benveniste, y era viuda del rico banquero Francisco Mendes-Nassi, comanditario habitual de Francisco I (lo que le valió una enviada prosperidad). Uno de los miembros de la familia, José Nassi, establecido en Turquía gracias a la recomendación de diplomáticos franceses, se ganó la confianza del sultán. Pero, después de la entronización de Enrique II en Francia, el viento se volvió: negándose a reembolsar una deuda de 150.000 ducados el rey confiscó los bienes de los Mendes. Entonces, llevando con ella a su cuñado Diego y a sus sobrinos, doña Gracia se fue primero a Amberes (donde Joao Miques consiguió ganarse el favor de la regente, María de Hungría, hermana de Carlos V), luego a Venecia (que debió abandonar por ser denunciada por su hermana) y a Ferrara, donde el duque de Hércules de Esta ofrecía un abrigo seguro a los judíos perseguidos.

Finalmente, se estableció en Istambul y casó a su hija Reyna con su primo José, favorito de Solimán, que le había concedido un territorio cerca del lago de Tiberíades (donde introdujo el cultivo del moral y la industria de la seda, y, precursor de los sionistas, intentó atraer a sus correligionarios). Selim II le nombró duque de Naxos y de las islas Cicladas (1561), de las cuales designó como gobernador a un Coronel, descendiente de Abraham Senior. Ahora bien, este José de Naxos se manifestó pronto como una potencia internacional. Correspondía con el papa y varios soberanos. Decidía de la paz o de la guerra. A través de él, el emperador Ferdinando I, después de sus derrotas de Hungría, solicitó la paz de la Sublime Puerta. Fomentó una expedición contra Chipre, y mientras las tropas turcas atacaban Nicosia y Famagusta, manejó que se volcara el arsenal de Venecia. Esta vez, la Serenessima República replicó expulsando a los judíos (1571). Pero dos años más tarde esta medida fue abolida, gracias a la intervención del rival de José Nassi, Salomon Aschkenazi (germano), ex-médico del rey de Polonia, entonces consejero del gran vigir Mohamed Solloko. Este Aschkenazi, cuando murió el rey de Polonia, Sigismundo-Augusto, último representante de la dinastía

de los Jagellones, dispuso de su trono en 1572 en favor del duque de Anjou, Enrique, hijo de Caterina de Médicis, en competición con Maximiliano II de Austria y el zar de Rusia, Iván el Cruel.

¿No escribía, pues, este mismo Aschkenazi, sin ninguna modestia al futuro Enrique III en mayo de 1573?: «Vuestra Majestad debe en gran parte a mi intervención su entronización, pues mi acción ha sido preponderante». Introducido en esta época, el régimen electivo (del rey) fue fatal a este país, cuya decadencia provocó. Pero ofrecía a las numerosas comunidades judías locales, y a sus comanditarios exteriores, inesperadas posibilidades de intrigas.

* * *

Entonces una de las consecuencias del éxodo de los judíos hispano-portugueses fue el establecimiento en Turquía de un centro de operaciones de primera importancia contra España, el Imperio y la Cristiandad. Fenómeno histórico que no se debe minimizar.

En el momento en el cual los grandes descubrimientos y la explotación de nuevos continentes provocaban hondos trastornos en la vida económica, financiera y social del mundo, la acción de estas fuerzas, reagrupadas, disponiendo de apoyo provisionales o permanentes en Venecia y otras ciudades italianas, Amberes y luego Amsterdam, y finalmente Londres, se va a ejercer en el plan intelectual, como en el religioso y en el político.

A través del Renacimiento, de la Reforma, de la revuelta de los Países Bajos y de las revoluciones en Inglaterra, no cesaron de obrar con vista a destruir la antigua estructura social y a edificar sociedades de fachada seudodemocrática, pero en realidad estrechamente sometidas a la preponderancia de las oligarquías financieras internacionales.

CAPITULO II

AL AMPARO DEL RENACIMIENTO: PENETRACION DE LAS ACADEMIAS PLATONICAS EN ITALIA

En el plan literario y artístico, llamamos Renacimiento al período de honda transformación que, en los siglos XV y XVI señala el principio de la edad moderna.

Abriendo brechas en las murallas y destruyendo los torreones, el cañón deja limpio el sitio para la edificación de castillos o de palacios con el único cuidado del arte y de la elegancia. Con el arcabuz queda inútil la armadura del caballero. El aflujo de metales preciosos, la inflación de metálico, la expansión del comercio internacional arruinan las clases dirigentes de la sociedad medieval. Los reyes de la época son los hombres de negocios y los financieros. Generosos mecenas alientan y mantienen a los eruditos y escritores con tanto más gusto que éstos les ayudan, zapando las estructuras sociales, religiosas y políticas que les molestan en el desarrollo de sus empresas.

El éxodo de los letrados bizantinos, huyendo de la invasión turca, permite la proliferación de academias «platónicas» en Italia. La imprenta facilita la difusión de los antiguos textos y de las ideas nuevas. El estudio de las letras de la Antigüedad, el humanismo preparan la laicización de la cultura, la sustitución de la «Ciudad del Hombre» a la «Ciudad de Dios». El desbordamiento de las pasiones, el libertinaje señalan el triunfo del individualismo sobre las apremiantes reglas sociales. Arrastrados por el empuje de los nacionalismos, los príncipes y soberanos de Occidente derrocan la frágil estructura de la Cristiandad.

Trabajada por insidiosas propagandas, corroída por la ambición política, el nepotismo, la simonia, la corrupción, la Iglesia, comprometida en los escándalos del Papado, se revela incapaz de dominar a sus adversarios. **La Reforma será la consecuencia más lógica, el resultado más claro del Renacimiento.**

* * *

Los refugiados de Bizancio, promotores de un Renacimiento laico

La palabra «Renacimiento», aplicada al arte (arquitectura, escultura, pintura), que conoció efectivamente una transformación de sus estilos al final del siglo XV y en el XVI, se justifica ampliamente. Pero si se pretende extenderla a la erudición, a la cultura, al estudio de la Antigüedad, no se debería decir «el» Renacimiento, sino el último de toda una serie, pues se puede considerar sin paradoja la Edad Media como un Renacimiento continuo. ¿No fueron épocas de auténticos renacimientos las de Carlomagno, de Alcuino y de los monjes irlandeses, la de Santo Tomás de Aquino, de Alberto el Grande y de la síntesis escolástica, la de Roger Bacon, la de Alfonso X de Castilla, el «sabio», bebiendo en las fuentes bizantinas, árabes y judías para volver a encontrar el legado de Atenas, de Roma y de Alejandría?

Lo que diferencia la última de las otras, su única originalidad parece que consiste en rechazar la tutela de la Iglesia, quebrantando así la únidad espiritual de Occidente, mientras los anteriores se habían integrado en el patrimonio común de la Cristiandad. La tradición de los estudios latinos y griegos continuaba vivaz en la Edad Media. Precursores del Renacimiento, Dante y Petrarco, en el siglo XIV, despreciando el idioma vulgar habían puesto de moda la lengua de Cicero. No obstante, el primero buscó su inspiración en fuentes francesas, como la «Divina comedia» de Raul de Houdan. En cuanto al segundo, que estudió en Bolonia, Montpellier y Roma (en 1337), fueron sus obras italianas, más espontáneas, las que le valieron su fama. En Boccacio (1313-1375) ya se notan unas flechas contra la Iglesia. El cuento de los «Tres anillos», sacado de las «Cien antiguas Novelas» (núm. 72), otra vez en el «Decameron» (nov. 3) presenta a un judío, un musulmán y un cristiano, juntos, y sirve de pretexto a burlas sobre la moral cristiana y la actividad «diabólica» de los servidores de la religión.

Sin embargo, el movimiento no alcanza amplitud hasta la llegada a Italia de los helenistas designados para negociar sobre la Unión de las Iglesias entre Bizancio y Roma. Florencia, capital de la Banca, como Venecia y Génova lo eran del comercio peninsular, vino a ser entonces la cuna de las academias platonicianas. Desde 1396 el canciller de la Señoría, Coluccio Salutati, había atraído en la ciudad a Manuel Chrysoloras como profesor de griego. Su sucesor, Leonardo Bruno, fue el que bautizó la cultura neo-clásica con el nombre de «humanitas», usado por Cicero para calificar el helenismo.

La reunión del concilio entre ortodoxos y católicos, transferido desde Ferrara en 1439, provocó el aflujo hacia Florencia de 700 bizantinos del séquito del emperador Juan II Paleologo y del patriarca de Constantinopla. Si la asamblea fracasó en su misión sobre cuestiones tan espinosas como el «filioque» del Credo de Nicea y la Primacía del papa, dejó detrás de ella en Italia letrados cuya influencia fue considerable. Amo de la Señoría, Cosme de Médicis se empeñó en retenerlos.

Florencia, República oligárquica, protege a humanistas y judíos.

Entonces poblada por 150.000 vecinos, entre los cuales 30.000 vivían del negocio de la lana y de la transformación de paños brutos en tejidos de

lujo, Florencia contaba, alrededor del Mercado nuevo, 80 escritorios de cambiadores, cuyo volumen de operaciones alcanzaba dos millones de florines. Después de alejar a la nobleza y a la burguesía mediana, la oligarquía financiera o «popolo grasso» dominaba la ciudad con el apoyo de la multitud. Hasta 1435, dos grupos antagonistas se disputaron la influencia. Hasta que, plutócrata y demagogo, Silvestre de Médicis consiguió arrojar al hampa al asalto de las casas rivales de los Albizzi y de los Pazzi (en junio de 1378).

Se engordó luego, gracias a la protección de los papas. Banquero y tesorero de Juan XXII, Juan de Médicis se encargó de las transferencias que necesitaba el concilio de Constanza (1414-1418), durante el cual el nuevo elegido Martin V confirmó los privilegios otorgados por el emperador Sigismundo a los judíos de Alemania y de Saboya. El mismo pontífice intervino de nuevo (el 23 de febrero de 1422) en favor de los judíos de Austria, expulsados dos años antes por el duque Alberto, después de la sublevación husita. Elegido gonfalonero de justicia en 1421, Juan de Médicis gozaba de una fortuna de 180.000 florines; su banco disponía de 16 sucursales en Europa.

Su hijo, Cosme el Anciano, se engordó de la misma manera, durante el concilio de Basilea en 1431. Su participación en la Casa era de 235.000 florines en 1440. Gobernando a través de terceras personas, astuto y cauteloso, Cosme manifestaba el mayor respeto por las formas democráticas del gobierno de Florencia; República de Gremios —las Artes—, la Señoría era en apariencia dirigida por unos Consejos tan numerosos que paralizaban su acción. Integraban el Consejo supremo 12 miembros (cuatro representantes de los cuatro barrios, dos de las siete artes mayores, y seis de las 14 menores), elegidos para dos meses y no reelegibles, tenían funciones más honoríficas que efectivas. Asesoran a la Señoría: un podestat de justicia criminal (noble), un capitán de Hacienda (plebeyo), cada uno asistido por un Consejo; un Gran Consejo de 100 Buenos Hombres; un Consejo de los 16 gonfaloneros, al mando de las cuatro compañías de milicias de cada uno de los cuatro barrios; y todavía otros Consejos, de los ocho y luego de los 10, de los sacerdotes, de la guerra, de la paz, los ocho de guardia, los seis de mercancías, los seis de recursos. Sin embargo, la asamblea que designa a los elegibles, entre los cuales los «elegidos» son sorteados en las urnas o bolsas, detiene el poder efectivo. Puede ser una «balia», reunión extraordinaria de los ex-gonfaloneros y de los magistrados, o bien, en tiempo de Lorenzo de Médicis, una asamblea de 200 miembros, escogidos por unos 40 grandes electores prealablemente designados por cinco fieles de los Médicis. Luego le sustituirá una manera de «sanhedrin» de 70 miembros, reanudada por cooptación, encargada de designar, durante cuatro años, a todos los magistrados.

El gran número de cargos, sometidos a una rápida rotación, permite satisfacer, al lado de los obligados y deudores del amo, a una gran cantidad de clientes. Sustituyendo al impuesto proporcional sobre la renta («catasto») un impuesto progresivo («scala»), evaluado arbitrariamente por los agentes del fisco («estimo»), Lorenzo perfecciona los medios del reino de su padre, pues dispone de la amenaza de aplastar bajo el peso de las tasas y sobretasas a todo competidor o adversario suyo. Usa de todos los expedientes modernos: conversión de las rentas, moratoria de intereses de la Deuda, devaluación de la moneda (por una quinta parte).

Ocurre el caso de que levantan la cabeza sus enemigos, como en 1435; entonces Cosme se «ausenta» durante un año en Padua y Venecia, esperando a que sus agentes de ejecución limpien la plaza para volver sin mancharse las manos (1434). Diez años más tarde, una asamblea depuradora despeja la atmósfera y asegura su poder. En 1476, Lorenzo actúa de la misma manera. A consecuencia de una conjura de los Pazzi, fomentada con el apoyo del papa Sixto IV y del rey Ferrant de Nápoles, su hermano Julián cae apuñalado en el mismo coro de la catedral, y él también está herido (26 de abril de 1478). En represalia los fieles de los Médicis proceden a unas 270 ejecuciones hasta el 18 de mayo. Considerado como cómplice, el arzobispo, ahorcado como los otros conjurados, balancea sus medias moradas en lo alto de la Señoría.

Ahora bien, cuando se reúne el concilio de 1439 (del 16 de febrero al 6 de julio), la República plutocrática de Florencia está fuertemente mantenida en las manos de los Médicis. Mecenas, Cosme el Anciano se interesa por los humanistas: más que letrado es un coleccionador, busca manuscritos griegos, árabes, siriacos, caldeanos, compra bibliotecas (como la de Nicolo Nicoli). Atrae a los helenistas refugiados. Ofrece una cátedra en el «Studio» o Universidad a Francesco Filelfo, vecino de Venecia, yerno de Chrysoloras (aunque tendrá que expulsarle más tarde por haberse adherido al clan de los Albizzi). Sin embargo, esta Universidad (que su hijo Lorenzo transferirá en Pisa) no es el único objeto de sus cuidados.

Le prefiere la Academia platoniciana, que tiene cenáculo en su propia casa, en los jardines de Careggi, en el palacio de la via Larga. Su fundador, Georgios Gemistos, llamado Plethon, acompañó al emperador en el concilio. Nutrido en las doctrinas filosóficas y sociales del neo-platoniciano Proclus organizó (según el modelo de la academia de Plato) una sociedad secreta, un círculo de discípulos cerca de Esparta. Entre sus iniciados se encontraba Bessarion de Trebizonda, arzobispo de Nicea, promovido a cardenal por el papa Eugenio IV. Instalado en Venecia, Bessarion difundió la obra de Plato en Occidente (sus colecciones han sido el núcleo de la biblioteca de San Marco).

Al marcharse Gemistos (nombrado juez supremo por un déspota griego de Mistra, murió allí cerca de 1452), le sucedió en la dirección de la academia Marsilo Ficin (hijo de un médico de Cosme), traductor también de Plato. Teólogo y filósofo, autor de «Diálogos» y de las «Institutiones platonicae», este canónigo de San Lorenzo (que no era ateo, ni tampoco incrédulo) intentó, bajo el título «De la religión cristiana», una ambiciosa simbiosis de las religiones y doctrinas, en la que distribuye generosamente su incienso entre Zoroastre, Mercurio Prismegista, Orfeo, Aglofanes, Pitagoro, Plato, Porfirio, Dionisio el Areopagita, Plotin, la Gnosis, la astrología, la teoría de los números. De modo que su doctrina es una mosaica. No consigue reproducir la síntesis operada por la Iglesia, cuando las controversias entre Origenes y Celsa y otros autores judíos de la época, o en los tiempos de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, asimilando a Plato e integrando a Aristóteles.

Gran coleccionador de manuscritos como su padre, Lorenzo de Médicis manda a Juan Lascaris en su busca. Poeta y letrado de calidad, el Magnífico mantiene en el «Studio» de Florencia a Andronico de Thessalonica y a De-

metrio Chalcondyle. Entre sus amigos íntimos, acoge a Luigi Pulci (creador del personaje del gigante «Margutte») y a Angelo Poliziano, su secretario, preceptor de su hijo Pedro.

Pico de la Mirandola, propagador de las «quimeras» de la Kabala

A los veintiún años de edad, en 1484, penetra a su vez en el cenáculo el conde Juan Pico de la Mirandola. Antes, estudió en Bolonia y Ferrara, aprendió el árabe y el hebreo en Padua (la Universidad veneciana, famosa en medicina, pero fuertementemente matizada de incredulidad y herejía), pues su fundador, Pietro de Albano (Pomponato), se nutría en las doctrinas escépticas y racionalistas de Averroës, el médico árabe Ibn Rosch, famoso cerca de 1150. Su escuela fue, durante el siglo XVI, un vivero de pensadores modernos, basando su ciencia solamente sobre pruebas experimentales: Cardan, Cremonini, Giordano Bruno.

Dos judíos, protegidos de Lorenzo de Médicis, contribuyeron a la formación del joven prodigio. Elia del Medigo, procedente de una familia alemana emigrada en Creta, profesor de Padua y Florencia, le ayudó a penetrar las doctrinas de los filósofos judíos, griegos y árabes de la Edad Media, por ejemplo Maïmonides y Avicena. Para iniciarle en la Kabala, es decir, a la tradición oral tardíamente transcrita por el rabino Moïses de León en el siglo XIII, tuvo como guía a Yohan Alemani ben Izsak, un judío de origen provenzal, vuelto de Constantinopla para establecerse en Florencia. Puesto en contacto por él y por su maestro en arameo Flavius Mitridata, otro judío kabalístico encontrado en Perusa, con unos estudios esotéricos, como el comentario de Menachem di Recanati sobre el Pentateuco, el tratado de Eleazar de Worms sobre Plato, Pitágoras, la Kabala, las Escrituras, el «libro de los Grados», de iniciación a la suprema sapiencia de Phalaquera, el joven conde de la Mirandola se creyó poseedor de la tradición caldea y egipcia, transmitida por Abraham y por Moïses, antes de transcrita en las obras (apócrifas) de Esdras.

Animado por el deseo de comunicar sus descubrimientos y de intentar, él también, una síntesis «concordia» de las religiones de la Antigüedad, del judaísmo y del cristianismo, Pico presentó sus doctrinas, bajo la forma de 900 proposiciones, prologadas con un discurso sobre la dignidad humana, que pretendió defender en Roma en noviembre de 1496). El papa Inocente VIII se lo prohibió y 113 de sus proposiciones fueron condenadas el año siguiente. Se inclinó, pero, siempre con el concurso de Alemania, escribió bajo el nombre de «Heptaplus» un estudio sobre los siete días de la Creación, inspirado por el «Sepher Yetsirah», este libro anterior al Zohar, que, según Eliphas Levi, no se puede descifrar sin la ayuda de los jeroglíficos de Enoch.

Acusado de herejía, Pico, cuya casa servía de lugar de reunión a otros judíos, Jehuda Abravanel, Abraham Parissol y a un converso, Raimundo de Moncada, buscó refugio en Francia, donde se le internó en el torreón de Vincennes. De vuelta a Florencia, murió a los treinta y dos años, envenenado por su secretario, porque acababa de abandonar a los Médicis para adherirse al partido de Savonarole, el monje agitador que había contribuido a llamar de nuevo en la ciudad. Primer cristiano iniciado en la Kabala, Pico de la Mirandola contribuyó, con el judío alemán converso Paulus Riccius, profesor

en Pavia, a la difusión de sus doctrinas entre los católicos, Egidio de Viterba (1472-1523), general de los Agustinos, discípulo de Elias del Medigo y de Elias Levitas, como los precursores de la Reforma, Reuchlin en Alemania (1480) y Lefèvre d'Etaples en Francia (1491-1492).

El favor de los Médicis, por otra parte, no se extendía a todos los eruditos sin distinción. El viejo Cosme mantenía apartado a un antiguo banquero, Gianuzzo Manetti, conocedor del griego y del hebreo, que tradujo los salmos y atacó a los judíos en sus obras teológicas. Pero como buscaba a un latinista capaz de contestar con elocuencia a una homilía de Aeneas Sylvius (el futuro papa Pío II), entonces secretario del emperador Federico II, y no encontró a otro, tuvo que resignarse en llamarle.

Ahora bien, el palacio de la vía Larga se abría muy libremente a los judíos. Lorenzo tenía mucho afecto a Bartolomea di Nassi, cuyo nombre evoca el de una famosa familia de banqueros. Los dos médicos que le asistieron en su última enfermedad, Pedro Leoni y Lazaro o Lazarus, eran judíos; este último, por otra parte, sometiéndole a un tratamiento a base de perlas molidas, acabó con su vida (9 de abril de 1492). Y los capitales judíos recibían una acogida alentadora en el territorio de la Señoría. Yehiel, instalado en Pisa, después de suplantar a un correligionario suyo que poseía cuatro escritorios en Florencia, disponía de bastantes fondos como para «dominar el mercado de dinero de toda la Toscana». Mantenía estrechas relaciones con el financiero español Isaac Abrabanel.

Bien acogidos por los príncipes, los judíos oprimen al pueblo

Mientras ejercían su influencia sobre los humanistas, los judíos, conscientes de la importancia de la imprenta recientemente descubierta, utilizaron este medio de difusión para actuar sobre el movimiento intelectual de la época. Este nuevo gremio escapaba del control corporativo y necesitaba al principio de unos fondos relativamente importantes. Por eso los judíos italianos fueron los primeros en beneficiarse de la invención de Gütenberg. Tomaron la iniciativa de abrir imprentas en Reggio, Mantua, Ferrara, Pieva di Sacco, Bolonia, Soncino, Iscion y Nápoles, lo que les permitió controlar la difusión de los textos antiguos y de las ideas nuevas.

En Venecia, el movimiento humanista, impulsado por el impresor Alde Manuce, se manifestó antes de todo por la publicación de obras antiguas. ¿No proporcionaban las colecciones llevadas por el cardenal Bessarion unos textos griegos de mayor importancia? Pero la academia platoniciana, fundada por el mismo Manuce, no conoció tan grande irradiación como la de Florencia. En cuanto a los judíos, la Serenissima República se encontraba dividida. El dux Andreas Gritti aceptó que su médico Jacob Mantino le dedicara sus obras. Varios financieros, como más tarde los Nassi, ligados a los Albizzi de Florencia, ejercieron una real influencia. Pero Venecia, dirigida con vigor por el Consejo de los Diez, que limitaba los poderes de los duces y controlaba rigurosamente a los 480 senadores, y servida por una policía y una diplomacia sin par, era lo bastante fuerte como para defenderse. Fue allí que, en 1516,

se obligó a los judíos a vivir en un barrio reservado o «ghetto». Dos veces, en 1550 y en 1571, fueron expulsados del territorio de la República.

Ahora bien, en la península entera, los príncipes les acogían de buena gana. ¿No ayudaban a sus amos, proporcionándoles los fondos necesarios al mantenimiento de sus «condottieri», de sus mercenarios, como a la satisfacción de su afán de lujo? Además los príncipes, que consideraban a los papas como a unos rivales peligrosos, estaban naturalmente inclinados a alentar a los humanistas en sus tendencias hostiles a la Iglesia.

En Ferrara, sea Leonello, crespo bastardo de Nicolás de Esta (discípulo del humanista Guarino da Verona), sea el heredero legítimo Hércules (cuya codicia es proverbial), los duques protegen sin distinción a letrados y judíos. Son reyes los usureros. No tienen freno. Uno de ellos, Buono Aïuto (Buena Ayuda) —todo un programa—, retiene 30 por 100 de interés en sus préstamos. Con tal tasa, los hidalgos deseosos de presentarse con holgura en la corte, pronto se ven reducidos a pedir limosna. Los Gonzague de Mantua (gozando de una fortuna bastante mediocre) tratan a los judíos con el máximo respeto. Allí, entre 1450 y 1490, Messer Leon actúa como médico y rabino. De manera que en la mitad del siglo XVI Mantua competirá con Cremona como centro de publicaciones judías. Al ejemplo del Talmud, editado en esta última ciudad por Emanuel de Benevento, publicó el Zohar.

En Milán, donde la tiranía sanguinaria de Felipe Visconti cedió el paso a la dura mano de los condottieri Sforza, Galeas protege también a humanistas y judíos; escoge como médico a Guglielmo (Benjamin) di Portaleone. Pero no tiene suerte con su ex-preceptor Cola Montanus, que se vale de su influencia sobre sus discípulos para fomentar conjuraciones republicanas, evocando el ejemplo de Bruto.

Sin embargo, después de los Médicis, el mayor mecenas de los humanistas es el rey Alfonso de Aragón, quien, desde 1443, ocupa el trono después de la expulsión de la dinastía de Anjou. Se trata de un libertino, moral e intelectualmente, protector de Lorenzo Valla, discípulo de Epicurio, autor de unos «Diálogos sobre la voluptuosidad». Para ayudar a su amo contra el papa Eugenio IV, Valla ataca la autenticidad del donativo de Constantino, uno de los principales títulos que establecen el poder temporal de la Santa Sede. Y otra de sus obras, «Del libro albedrío», será la fuente donde beberá Erasmus más tarde. En 1458, Ferrant, un bastardo, sucede a su padre Alfonso. Se trata de un violento y de un ateo; durante su reinado alternarán fiestas y sublevaciones. Sus amigos íntimos son judíos. Portaleone, su médico. Consejero financiero del virrey don Pedro de Toledo, Samuel Abrabanel acumula en Nápoles una fortuna de 200.000 cequis. Su casa es el punto de cita de los letrados judíos y cristianos de todo el Sur de Italia.

Cortesanos de los financieros, protegidos por los príncipes como los judíos de Corte, los humanistas del Renacimiento no se señalan por su originalidad. Serviles imitadores de la Antigüedad, sus obras, embarazadas con un baratillo clásico y retórico inútil, parecen tan superficiales como pretenciosas. Los de menor vuelo son unos dómines pedantescos. Pero presumen de espíritus libres, de gens-de-lettres liberados de la tutela eclesiástica, de no-conformistas, en

un período en el cual el no-conformismo, muy de moda en Italia, corrompe las buenas costumbres de la juventud. Y también de intelectuales de cepa superior, mirando al pueblo con desdén: «Sentir como el pueblo es una cosa vil», escribirá el tan delicado Erasmus.

Un Franciscano se yergue contra los usureros

Que se encuentre bajo la autoridad de Repúblicas plutocráticas o de déspotas «alumbrados», el pueblo, si acaso tiene la palabra, aprecia poco tal régimen. Pues se siente estrujado, sin defensa contra los usureros. Cuando se le da la oportunidad reacciona. De sus miserias los franciscanos tienen piedad. Cuando los espíritus distinguidos —sobre todo si llevan la sotana como Erasmus o Rabelais— se burlan de los monjes, gordos y pingües, blandamente adormecidos en sus monasterios, entre ellos los mendicantes, para amordazar a los usureros, se improvisan financieros.

Bernardino de Feltra llamó a la cruzada contra la usura (1484) y la Tercera Orden franciscana organizó unos Montes de Piedad. El primero, en Perusa en 1463, tuvo un capital de 1.200 florines, pero al préstamo gratuito se debió renunciar y cobrar un interés módico para cubrir los gastos de gestión. El capítulo de los franciscanos en 1493 y el papa León X (Médicis) en 1515 aprobaron estas medidas. A través de cuestaciones y procesiones se recibieron ofrendas y donaciones; las corporaciones apoyaron el movimiento; unas hermandades se organizaron en mutuales. La institución se extendió rápidamente a Italia entera, no sin provocar graves remolinos.

En Milán, Galeas Sforza acalló la voz de Bernardino de Feltra. El dux Moncenigo y el Senado de Venecia mandaron al podesdat de Padua reprimir con el máximo rigor los alborotos que allí se produjeron. En Florencia el príncipe y la Señoría se alzaron en defensa de los judíos con tanta vehemencia que Bernardino les acusó de haberse dejado comprar por Yehiel de Pisa. Los Ocho prohibieron su campaña. Se intentó envenenarle con fruta que le ofrecieron. Hasta la huida de Pedro de Médicis fue imposible abrir un Monte de Piedad en la ciudad. Pero cuando Savonarole estableció allí un régimen popular, denunció a los usureros, que (gracias al cálculo de intereses compuestos) cobraban hasta el 33 por 100 de sus créditos. Entonces el fogoso dominico, en tono de profeta, expulsó a los judíos del territorio de Florencia para Navidad de 1495. Pero tres años más tarde fue ejecutado (el 23 de mayo de 1498). Antes el papa Alejandro VI (Borja) le había excomulgado por haber tolerado que dos monjes se provocasen con una hostia en una prueba por el fuego que terminó en una sangrienta refriega. Volvieron los judíos.

CAPITULO III

FRANCISCO I, PALADIN DESAFORTUNADO DE LOS BANQUEROS, SE VE REDUCIDO AL PAPEL DE BRILLANTE SEGUNDON DE LOS TURCOS

También fuera de Italia, caminaban las ideas modernas del Renacimiento.

En la Europa central, el emperador Carlos IV de Luxemburgo fundó una Universidad en Praga, su hijo, el emperador Sigismundo, llamó a su Corte a Pier Paolo Vergelio y a un discípulo de Chrysoloras, Aeneas Sylvius Piccolomini. La Universidad de Heidelberg siguió el movimiento. A instigación de Aeneas, el hijo de Federico III, Maximiliano, protegió también a los humanistas.

En Francia y en Inglaterra, entretanto, Francisco I y Enrique VIII llevaban las esperanzas de los novadores.

* * *

Banqueros y refugiados italianos empujan a los reyes de Francia a la península

Iniciadas bajo el impulso de poderosos intereses italianos en Francia y con el entusiasmo de la juventud, las campañas de los reyes Valois en la península, tenían como meta, en fin de cuentas, la unión, a través de los Alpes, de los dos pueblos, bajo la autoridad del rey de Francia, soberano «alumbrado», amigo de los humanistas.

Cuando cruzó los montes en 1494, para defender sus derechos (heredados de René d'Anjou) sobre el reino de Nápoles, el joven Carlos VIII, en su afán de acción y de gloria, se dejaba atraer por el encanto del Mediterráneo. **Llamado por Leudovico el Moro de Milán y por el papa Inocente VIII, a instigación del cardenal Della Rovere (futuro Julio II), ¿quizá acariciaba también el sueño de liberar a Constantinopla y ceñir la corona imperial? El ideal** de las Cruzadas podía todavía seducirle.

Pero los designios de los banqueros y hombres de negocios que financiaron su expedición eran mucho más triviales: destruir la preponderancia económica de Venecia y reconquistar los mercados de Levante. Mucho antes de la penetración militar francesa en la península se habían reagrupado en Lyon los refugiados italianos en Francia. Situada en la encrucijada de los caminos, de París vía el Bourbonnais, de las ciudades del Rin y de los Países Bajos vía Borgoña y Champaña, de Ginebra, de Saboya, de Italia, y hacia España, a través del Languedoc, famosa por sus ferias de cambio (abiertas cuatro veces al año desde 1463), la ciudad del Ródano era un centro de negocios de primera importancia.

Desterrados por las luchas civiles, los emigrados florentinos, atraídos por Luis XI, desde 1466, afluyeron en la ciudad en tal número que en 1470 tenían su propia parroquia y un cónsul y cuatro procuradores administraban su comunidad. Mantenían relaciones permanentes con Venecia, Roma, Nüremberg, Brujas, Amberes y Londres, donde tenían sucursales. Durante la primera mitad del siglo XVI, cuando el capitalismo naciente ejercía una influencia creciente sobre los Estados modernos, se impusieron a los reyes de Francia, tal como sus competidores de Ausburgo, los Fugger, a los emperadores. Al lado de dos bancos de los Médicis (uno de los cuales dirigido por Cosimi Sasseti) se encontraban las casas rivales de los Pazzi, Casini, Portinari; con los Capponi, que recibieron de los reyes de Francia el gobierno de Florencia, financiaron a Carlos VIII. También contribuyeron Agostino Chigi, de Siena (que ocupara una posición importante en Roma, bajo Julio II), y los Sauli, hombres de negocios en Borgoña y Provenza.

Vanas demostraciones de prestigio, sino de gloria, estas empresas italianas pronto se revelaron muy decepcionantes. Sus paseos militares se iniciaban con entradas triunfales: de Carlos VIII en Milán, Florencia y Nápoles en 1494; la de Luis XII, pretendiendo defender los derechos de su abuela Valentina Visconti en Milán (1499), Nápoles (1503) y Génova (1507). Pero apenas quitados de en medio sus rivales del momento, unos de estos príncipes o papas que habían llamado a los franceses, molestos por su presencia, volvían sus armas contra ellos, formando alrededor de Venecia (1509) y de la Santa Sede unas ligas que se transformaban en coaliciones en las que participaban el emperador, los reyes de España y de Inglaterra. Entonces, abandonando sus efímeras conquistas, el ejército real tenía que abrirse paso, la espada en la mano, a través de un país que amenazaba con cerrarse sobre él. Y cada vez se reproducía el mismo esquema.

Sin embargo, la hija de Luis XI, Ana de Beaujeu, y la reina Ana de Bretaña tenían bastante juicio como para señalar a Carlos VIII y a Luis XII los riesgos de esta política. Y Francia era lo bastante fuerte como para aguantar la carga correspondiente. Restaurada por Carlos VII, definitivamente unificada por Luis XI con el predominio de la autoridad real impuesta a los feudales, era entonces, con sus veinte millones de habitantes, la nación más poblada de Europa. A pesar de los disgustos de las campañas de Italia, Luis XII, soberano de un pueblo feliz, pasó en la historia apodado el «Padre del Pueblo».

Dominado por las mujeres y por los hombres de negocios, Francisco I, decepcionado en sus ambiciones imperiales

Entonces el reinado de Francisco I se abría bajo los mejores auspicios (1515). Brillante jinete, fogoso cazador, valeroso en la lucha, galante con las mujeres, fino letrado, buen hablador, amigo de los artistas y a veces poeta, Francisco de Angulema correspondía al ideal del perfecto caballero, del hidalgo ejemplar. Príncipe encantador, ha seducido por su penacho hasta la mayoría de sus biógrafos. Héroe bendecido por los dioses, ¿no debía la Fortuna favorecerle en sus peores trances?

Pocas influencias en su entorno eran capaces de disuadirle de semejantes aventuras. Criado en la intimidad de su madre y de su hermana, Francisco I quedó muy ligado con ellas durante toda su vida. Ambiciosa, autoritaria, de una codicia legendaria (acumuló una fortuna de millón y medio de coronas), «Regente» en todo momento y no sólo en ausencia del rey, Luisa de Saboya dominaba la mente de su hijo, tanto por sus propios avisos como por los consejos del canciller Duprat, ex-preceptor y primer ministro. Su hermana Margarita le adoraba tal su Dios, comulgando con él en el culto de las ideas nuevas, protegiendo a los humanistas y a los herejes sin distinción contra las sanciones de la Sorbona y de los Parlamentos, sustrayéndoles a la justicia, salvándoles de la hoguera. Nadie podía luchar contra la influencia preponderante de su familia, ampliada a los Alençon (después del enlace del insignificante duque con Margarita el 9 de octubre de 1509) y a unos grandes funcionarios colmados con donaciones, Robertet (secretario de Estado ya bajo Carlos VIII), el financiero Gaillard, cuyas familias eran entrelazadas hasta con la familia real, a través de una bastarda del conde de Angulema.

Con ellos nadie podía enfrentarse. Ni las reinas, la dulce y discreta Claudia de Francia, la digna y devota Leonora de Portugal, hermana de Carlos V. Ni las amantes reconocidas: Francesca, condesa de Chateaubriant, duquesa de Valentinois, y más tarde Ana de Heilly, duquesa de Etampes. Solo en el Consejo, frente a los Lescun, Lautrec (hermanos de Mme. Chateaubriant), el condestable Ana de Montmorency trató de imponer, a lo largo del reinado y también bajo Enrique II, sabios consejos de prudencia, anteponiendo el Piamonte y Saboya a las conquistas lejanas de Milán o de Nápoles, y frenando a su soberano, cuando su alianza con los turcos le merecía ser excomulgado por la Cristiandad.

Pero desde la primera campaña, famosa por la victoria en Marignan de las lanzas de la «gendarmería real» sobre el «bosque» de las picas suizas, puso la mano en el engranaje, en el cual los reyes de Francia y los banqueros fueron arrastrados, hasta derribarse todos juntos en la bancarrota de 1557, bajo Enrique II, preludio a la liquidación de las aventuras italianas, concluida por el tratado de Cateau-Cambrésis, en 1559.

La conquista del Milanés en 1515 absorbió 10 millones de coronas (pedidas prestadas por Jacques de Beaune, ex-tesorero de Ana de Bretaña, el futuro Semblançay). Entonces, a los anteriores comanditarios de Carlos VIII se añadieron, bajo Luis XII los Albizzi de Florencia, y bajo Francisco I los Salviati, los Guadagni y los judíos Mendes Nassi. Así, durante la primera mitad

del siglo XVI, nuevos inmigrados italianos, de Florencia, de Siena, de Nápoles, hincharon las filas de la alta finanza lionesa.

Entonces, con la próxima sucesión de Maximiliano de Austria se abre por un duelo entre Francisco I y el futuro Carlos V, la era de la rivalidad y de la contienda entre las casas de Francia y de Austria. En previsión de la competición, la Corte de Francia, prudente, trata de atraerse el favor de los banqueros por unos enlaces matrimoniales. En la primavera de 1518, Lorenzo de Médicis se presenta en Amboise para casarse con Magdalena de Bolonia (Boulogne) (cinco días después de su muerte, un año más tarde, su esposa dará a luz una hija, Catalina de Médicis, futura reina y regente).

En el momento de iniciarse la gran feria de la elección imperial en Francfort en 1519, la posición financiera de Francisco I no parece mala. Se acumuló un tesoro de tres millones de florines para apoyar las promesas de Bonnivet, que intriga en Alemania y presiona a los siete electores, con el concurso de Joachin von Moltzen, Ulrich von Hutten y Franz von Sickingen. Delante del embajador inglés, Tomas Boleyn, el ambicioso rey de Francia se jacta, si sale elegido, de «entrar en Constantinopla antes de tres años». Pero los príncipes alemanes no ven con buenos ojos el apoyo que le presta el papa León X (Médicis) y le acusan de provocar la división de su país. Y vacilan tanto más que los fondos esperados todavía no han sido transferidos. Carlos de Austria, cuya campaña ha sido dirigida por su tía, la astuta Margarita, gobernadora de los Países Bajos, paga al contado, entonces se lleva la Corona (el 28 de junio de 1519). Sus banqueros, los Fugger, los Welser de Ausburgo ya estaban en la plaza; les costó la operación 850.000 florines.

Despechado por su fracaso, Francisco I secuestra en 1521 los bienes de unos banqueros florentinos en Lyon, Burdeos y París, pero los devolverá cuatro años más tarde. Y les pedirá otra vez en Lyon las 200.000 libras necesarias para cubrir los gastos de la lujosa entrevista del Campo de los Paños de Oro: vana tentativa para deslumbrar a Enrique VIII. Antes y después, durante dos entrevistas más discretas, en Canterbury y cerca de Calais, Enrique VIII y Carlos V se ponen de acuerdo a espaldas del malogrado Francisco.

Devora su fortuna en Pavia

Para entrar otra vez en campaña, hace falta dinero para pagar a los mercenarios extranjeros que componen (aparte de las compañías de ordenanza y de las cuadrillas de peones) la mayor parte del ejército, piqueros suizos, lansquenetes alemanes: dos millones. Se emite un empréstito de 250.000 libras de rentas 10 por 100 sobre el Hotel de Ville de París, garantizado por la gabela de la sal y las «aides» (tasas indirectas). Todo se engulle allí: 300.000 coronas de un fondo napolitano, 107.000 libras ahorradas por Luisa de Saboya, que va hasta ofrecer casarse con el rico condestable de Borbón. Y como éste se atreva a negarse, le persigue en justicia; de manera que el último de los grandes feudales no tardará en pasarse al enemigo.

Entretanto el mariscal de Lautrec, hermano de Mme. de Chateaubriant, vencido en la Bicoque (1522) abandona el Milanés. Se disculpa acusando

a Semblançay, que no le transfirió las 400.000 coronas que necesitaba para pagar a sus tropas. Víctima de su confusión entre sus propias cuentas, sus préstamos personales (1.574.000 libras), los de Luisa de Saboya (707.000 libras) y los del Estado, envidiado por el canciller Duprat, el desdichado tesorero, perseguido, será ejecutado en 1527 y su fortuna (900.000 coronas) será confiscada.

Ahora bien, Enrique VIII declara la guerra e invade Picardía. Inmediatamente hacen falta 2.400.000 libras, que Babou, sucesor de Semblançay, proporciona como puede, con medios poco confesables. Pero su tesorería está a flote cuando Francisco I emprende otra vez en Italia la campaña que terminara con el desastre de Pavia (23 de febrero de 1525). Herido, prisionero de Lannoy, uno de los más valerosos capitanes de Carlos V, en Pizzigettone, el primer gesto de Francisco I es de confiar su sortija a Frangipani, uno de los caballeros de su séquito, para mandarla al sultán Solimán II. Cogido en la trampa el Rey muy Cristiano concluye un pacto con el diablo aliándose con el sultán infiel. La necesidad impone su ley.

Siguiendo el enérgico impulso de la regente Luisa de Saboya, Francia, en un unánime sobresalto nacional, resiste a la invasión. En Madrid, a donde conduce a su prisionero, Carlos V pretende que abandone Borgoña. Con la connivencia de Borbón, los imperiales, ingleses y españoles se disponen a despedazar el territorio nacional. Para hacer frente al emperador, todos los medios, hasta los más discutibles, son legítimos.

Mendes-Nassi le impulsa a la alianza turca

La primera reacción de Francisco I parece chocante. Pero no debe extrañar. En 1511 ya su madre ¿no había mandado a un cordelero, Jean Thenaud, al Cairo, flanqueado por unos marranos? ¿No se habían presentado embajadores turcos en el campo delante de Pavia? El banquero del rey, Francisco Mendes Nassi, ¿no sostenía relaciones permanentes con el sultán y con sus correligionarios de Istambul? ¿No le es fácil a este «corredor» entremeterse? Y ¿no es el momento propicio? Solimán, a quien una coalición europea podría aplastar, tiene todo interés en apartar a Francia de ella. Además este sultán, hijo de una francesa, no mira con malos ojos esta alianza. Francisco I, por su parte, gana a un asociado capaz de amenazar las espaldas del emperador y de obligarle a dividir sus fuerzas. También los banqueros de Lyon tienen algo que ganar en el asunto: gracias a los privilegios otorgados al rey de Francia, protector de los cristianos, por las «capitulaciones», ¿no podrá Marsella competir con Venecia? (pues los franceses obtendrán una reducción del 5 por 100 de los aranceles y una exención de impuestos de cinco años). En cuanto a los Nassi, el primo José y la viuda de Francisco se beneficiarán del apoyo total de los diplomáticos franceses para emigrar a Turquía. Así la tractación venía en provecho de todos. Iniciada por un refugiado español, Rincón, en 1528, continuada en 1532 por Marillac y La Forest, y en 1535 por una misión extraordinaria, llegó a la conclusión de una alianza en febrero de 1536. El año siguiente unos plenipotenciarios turcos se presentaron en la Corte francesa.

De ahora en adelante, hasta el final del reinado de Enrique II, se sucedieron en Istambul las misiones diplomáticas francesas, mientras el general de las galeras del rey llevaba al Kapudan bajá el apoyo de su modesta flota. Pero era una alianza contra natura, esa, cuyas ventajas, quizá más engañosas que sustanciales, venían anuladas por seguros inconvenientes. Repugnaba a muchos, alejaba de Francia no sólo los pueblos cristianos, sino el papa, tan flojo que sea, y hasta los luteranos alemanes, amenazados directamente por los asiáticos. Pues, el año que siguió a Pavia, Solimán invadió Hungría. El 29 de agosto de 1526, infligió una aplastante derrota a Ferdinando de Austria en Mohacz. Apoyando las pretensiones de Szapolyia, voïvode de Transilvania, al trono de Hungría, puso cerco a Viena, mientras que sus temibles irregulares, los «akindjis», émulos de los hunos, saqueaban los campos. La resistencia de los austríacos y la intervención de Carlos V consiguieron alejar este azote (29 de septiembre de 1531).

De vuelta a Francia después de firmar el tratado de Madrid, Francisco I hizo denunciar sus cláusulas más leoninas por el Parlamento y los notables que contribuyeron al rescate de sus hijos (el Clero con 1.300.000 y el Estado llano con 1.200.000). Luego, en el tratado de Cambrai, libremente negociado entre Margarita de Austria y Luisa de Saboya, Carlos V renunció a sus pretensiones sobre Borgoña. Detenidos como rehenes por España, el delfín y su hermano volvieron a Francia, después de pagar su rescate, el 2 de julio de 1530. Y el enlace entre Francisco I y Eleonora de Portugal confirmó la tregua entre los dos antagonistas. En este nuevo clima, el rey de Francia tuvo que apoyar con veinte navíos la expedición de su cuñado Carlos V contra Argel y dejarle las manos libres para desembarcar en Túnez el 30 de mayo de 1535, pero para evitar una ruptura con la Sublime Puerta mandó a Solimán un embajador extraordinario, La Forest, caballero de San Juan de Jerusalem.

Y cuando dos años más tarde el conflicto se reanima, también se reanuda la cooperación. Pero, con excepción de los cruceros en común en el Mediterráneo, no vale más que en el terreno diplomático. Cuando se intenta traerla en el militar, no conduce a ninguna parte. Una victoria franco-turca sería un desastre para la Cristiandad, desastre en el cual Francia misma resultaría envuelta. Entonces, según los consejos de Montmorency, se debe renunciar a los planes de una campaña en la cual 50.000 franceses en el norte de Italia debían ayudar a 100.000 turcos desembarcados en el Napolitano en 1537. ¿Cuál hubiera sido la suerte de Roma en parecida empresa? Creando el vacío por delante de los imperiales en Provenza, Montmorency consiguió detener la invasión.

Otra crisis se produce en 1543. Francisco I manda al sultán el tránsfuga español Rincón, pero atravesando Italia le matan unos esbirros del marqués de Vasto, lugarteniente de Carlos V. Este asesinato provoca guerra e invasión. Las tropas del emperador llegan a Chateau-Thierry y Enrique VIII, buscando su parte de los despojos, cerca a Bolonia. Felizmente, la victoria del duque de Enghien en Cerisoles (1544) restablece un poco la situación. Pero otra vez se llama a los turcos. En la galera de mando de Barbarossa, el capitán Paulin les conduce. Pero no se sabe qué hacer con ellos. No pueden atravesar Francia para intervenir en Picardía. Más vale lanzarles al ataque de Niza, entonces se evacua Tolón para que invernen allí. Al aproximarse un ejército

español de socorro y la flota de Andrea Doria, se marchan: y se respira mejor. A pesar de la decepción de Barbarossa, la alianza subsiste. Cuando surgen dificultades para concluir el arreglo de Crespy con Carlos V (el 18 de septiembre de 1544), Gabriel de Luitz, señor de Aramon, emprende otra vez el camino de Istambul, y después de la entronización de Enrique II, en abril de 1548, el acuerdo será todavía reforzado.

Enrique II, librado de su esposa Catalina de Médicis por su amante Diana de Poitiers

Al fallecer el 31 de marzo de 1547, Francisco I dejaba a su sucesor una situación financiera bastante apurada: dos millones de escudos de deudas cerca de la banca de Lyon. Enrique, delfín cuando murió en 1536 su hermano mayor (más aparentado con las tendencias de su padre), de espíritu ponderado, pero de carácter tenaz, bien aconsejado por su amante Diana de Poitiers ya asumía un papel moderador al final del reinado. Aunque conservaba cierto rencor al emperador, por causa de su estancia forzada en Madrid, y que demasiados lazos familiares y financieros le impidieron deslizarse a tiempo de las aventuras italianas.

¿No se había celebrado su matrimonio con Catalina de Médicis (en 1533), como la prenda de la unión de los dos países bajo la autoridad de un solo soberano? En el Consejo, los miembros de la familia de Lorena, el cardenal y Francisco de Guise (que nutría ambiciones sobre el Napolitano) favorecían las empresas peninsulares, así como los exiliados y los banqueros italianos, reagrupados alrededor de la reina. El representante del banco Guadagni, Albisse del Bene, era casado con una de sus damas de honor. Garantizaba los empréstitos reales. A través de las manos de los hermanos Nassi (judíos florentinos establecidos en Venecia) transitaban todos los fondos destinados a los diplomáticos y a los ejércitos franceses en Italia. Desde allí, se transferían a Ferrara (donde el duque Hércules de Esta, suegro de Francisco de Guise, que a veces los recibía, intentaba quedarse con ellos). Luego un obispo, tesorero, los distribuía, según las necesidades, entre cardenales, embajadores y capitanes, hacia Roma, la Mirandola, Parma o Siena.

Catalina de Médicis había sido criada por su tía Clarisa, casada con Felipe Strozzi, el hombre de negocios más rico de Europa después de los Fugger, fallecido en la cárcel en 1538. Consagrada como reina, se sentía agradecida a los representantes de esta familia (que adelantó los 80.000. ducados de su dote cuando se casó). Entonces, tres de los cuatro hijos Strozzi intentaron hacer carrera en Francia, mientras Roberto seguía dirigiendo el banco en Roma, Venecia y Lyon. Y lo consiguieron: Piero (ateo, pretencioso, insoportable) llegó a mariscal; Leone, a capitán general de las galeras, y Lorenzo, a cardenal. Como lo cuenta Lucien Romier, estos desterrados tenían «sinagoga» en la casa del poeta Luigi Alemanni, de origen judío, íntimo consejero de Catalina. Pues a la «maga» florentina le gustaban kabalistas y astrólogos en su entorno.

Como el conflicto se encendió de nuevo en Italia en 1551, bajo el pretexto de defender los derechos de Ottavio Farnese sobre Parma (amenazada por el

papa Julio II), Alemanni se marchó a Génova para pedir paso para el ejército francés y para sus aliados turcos, el derecho de anclar en el puerto una flota de 137 navíos, al mando de Dragut y de Sinan, que cruzaba frente a la costa pontifical. Fracasó en su misión (en julio de 1551). En el mes siguiente, d'Aramon, embajador francés en Istambul, suscitó un escándalo al pedir a los caballeros de San Juan la devolución de Trípoli a los turcos. Y la oposición de los venecianos obligó a abandonar otros proyectos de ataque a Nápoles con el concurso de los turcos.

Estas maniobras suscitaban una reprobación general, pero los bancos florentinos de Venecia y de Lyon persistían ofreciendo fondos y empujando a la acción. Al final del verano de 1553, las tropas francesas desembarcaron en Córcega con el apoyo de la flota turca y se apoderaron de la isla (colocada por el banco genovés de San Jorge bajo la autoridad de los duces). Luego los franco-turcos ocuparon la isla de Elba (dependencia de la Señoría). Estas inoportunas empresas levantaban contra los franceses, tanto a Génova como a Florencia.

Las torpezas de Piero Strozzi cerca de los sieneses sublevados contra Florencia y sus fracasos militares de 1554, resultaron en la capitulación de Siena (el 17 de abril de 1555). Entonces, después de la abdicación de Carlos V, la tregua de Vaucelles restableció una paz precaria pero provechosa para Francia, que conservaba los tres obispados de Metz, Toul y Verdún y seguía ocupando Saboya y Piamonte. Las intrigas del cardenal de Lorena, con vista a formar una liga alrededor del papa para reanudar la empresa contra el Milanés y Nápoles parecían abandonadas. Pero todavía los financieros estaban en la alerta. La empresa no fue sino aplazada.

Seguían los preparativos. Varias veces se había intentado crear una Banca real, sea en Lyon (1544), sea en París (1548), pero sin éxito. En 1555, fue lanzado en Lyon un empréstito, llamado del «gran partido». Al año siguiente, Niccolo Alemanni, el confidente de Catalina, y más tarde Strozzi, volvieron al ataque. Los comanditarios habituales proporcionaron 300.000 escudos. Se emitió un empréstito de un millón de francos; se incrementó el tipo de la tasa en tres a cuatro sols por libra. Y una vez reunido el «nervio» de la guerra, fue tarea fácil buscar un pretexto.

Enrique II liquida la pesada sucesión de su padre

Para castigar al papa Pablo IV, culpable de haberse atacado a los Colonna, clientes de España, el duque de Alba invadió en septiembre de 1556 los estados pontificales. Por otra parte, abandonando el clan francés, los Farnese se habían reconciliado con el emperador, que les devolvió Plasencia y Novara. Lo que bastó para justificar otra intervención en Italia del mejor jefe de guerra de la época, Francisco de Guisa, que se había cubierto de gloria al defender Metz contra los imperiales en 1553. Pero, falta de instrucciones, no pudo aprovechar la oportunidad de ocupar el Milanés y dominar a Florencia. Como su suegro el duque de Ferrara y el sobrino del papa Caraffa le prestaban un apoyo poco firme, hizo una demostración contra el Napolitano y retrocedía hacia el norte, cuando se le mandó volver con toda prisa.

Mientras Guise daba este paseo militar más allá de los Alpes, Emanuel-Filiberto de Saboya había aplastado al ejército del viejo condestable de Montmorency delante de Saint-Quentin, el 10 de agosto de 1557. De manera que los imperiales amenazaban la capital. Tomando el mando del ejército de socorro reagrupado en Compiègne, Francisco (a iniciativa de Enrique II) se apoderó de Calais el 13 de enero de 1558. El peligro había sido grande. Y la lección fué entendida.

Cuanto más que había sido cara. Ya habían sido convertidas en 1557 obligaciones a corto plazo al 10 ó 14 % en renta, perpetual al 5 %. Entonces se presentó la factura a los Estados generales reunidos en París el 5 de enero de 1558. Consintieron una contribución de siete millones en oro, pero a los banqueros de Lyon que pedían 1.600.000 libras de intereses atrasados, no acordaron más de 400.000. Como Carlos V en 1552 y Felipe II en 1556 (y luego en 1575 y 1596), Enrique II se encontraba en quiebra. Al fallecer en julio de 1559, sus deudas alcanzaban la cifra de 40 millones de libras. Los apuros de sus comanditarios los Guadagni, los Albizzi, provocaron una serie de bancarrotas y una verdadera crisis internacional.

Por el tratado de Cateau-Cambrésis, negociado por el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André, prisioneros, y firmado el 3 de abril de 1559, el rey de Francia conservaba sólo Calais y algunas plazas en el Piamonte. Devolvía el Luxemburgo, la Saboya, el Piamonte (ya acostumbrado a la administración francesa), Córcega y las últimas plazas de Toscana todavía ocupadas. Liquidador de las ambiciones italianas de sus antecesores, Enrique II se decidió a firmar la paz a todo precio, porque también en el interior del país se registraba el fracaso de la política seguida por su padre.

CAPITULO IV

DESPOTA «EVANGELICO», FRANCISCO I PREPARA EL CAMINO A LA REFORMA Y A LA REVOLUCION

Protector de los artistas y de los humanistas, Francisco I enriqueció por cierto el patrimonio de Francia. Mecenas y gran constructor, reagrupó en Fontainebleau, en torno a Leonardo da Vinci, a Benvenuto Cellini, a gran número de artesanos italianos. A las influencias mediterráneas, a la moda del clasicismo, la arquitectura, tributaria del clima y ya inclinada a simplificar el estilo gótico, resistió mejor que la pintura y la escultura.

En el principio del siglo XVI ya se manifestó cierto afán para los estudios clásicos. La Universidad de París, aunque la ciudadela de la escolástica, acogió como su rector en 1513 a Girolamo Aleandro el joven, que enseñaba el griego desde 1508 en el colegio de La Marque con tal éxito que le escuchaban 2.000 estudiantes. Pero Francisco I temía las tendencias demasiado ortodoxas de la Sorbona. Al ejemplo de los príncipes italianos y de los banqueros de Lyon, deseaba que se desarrollase una cultura independiente del control de la Iglesia. Por esta razón creó unas cátedras de conferenciantes reales, núcleo del Colegio de Francia. Su primera estrella fue Guillaume Budé (discípulo de Juan Lascaris), el primer helenista de Europa, tal como Erasmo, su rival, era el primer latinista. Allí, Agagio Guidacerio y Paolo Paradisi enseñaban el hebreo.

Además, seguían la Corte ambulante de los Valois muchos escritores y poetas. Los Ronsard, Du Bellay (sobrino del cardenal), Clément Marot y sus émulos de la Pleïada contribuyeron al brillo de esta sociedad amable del entorno de los soberanos. No se apreciaba menos su talento, si con su ironía atacaban no sólo los vicios de su época, sino también sus instituciones más venerables, y en primer lugar la Iglesia. Aunque los más famosos, Erasmo o Rabelais llevaban precisamente el hábito religioso.

* * *

Precursores prudentes de los novadores: Erasmo, por su ironía...

Hijo de sacerdote, criado por los Hermanos de la Vida Cristiana de Deventer, Erasmo de Rotterdam entró en el convento de los canónigos Celestinos de Steyn, con la intención bien determinada de salir de allí lo más pronto posible. Monje, «por nacimiento» pero sin vocación, prefería el estudio a la oración, su comodidad a la austeridad, los viajes a la enclaustración. Soportó muy mal la rutina del colegio de Montaigu en París, donde el obispo de Cambrai le mandó para perfeccionar su formación clásica. El papel de cura o de pedagogo no convenía a su carácter.

Desprovisto de recursos personales, encontró en la función de preceptor el mejor medio de satisfacer su afán de vagancia y su inclinación a la «dolce vita». Su primer discípulo, lord Mountjoy (que le pensionó durante toda su vida), le llevó a Londres en 1499, y luego a Oxford y Cambridge. Entre 1507 y 1509, los hijos de un médico italiano y el joven Alejandro Stuart le condujeron a Italia: Bolonia, Venecia, Padua, Siena y Roma recibieron su visita. De manera que se encontró con casi todos los humanistas de su tiempo. Muy ligado en Inglaterra con Tomas More, John Colet, John Fischer, Richard Pace y el arzobispo Warham (que le gratificó su primer beneficio), conoció en la península a Alde Manuce, Juan Lascaris, Aeneas Sylvius y Egidio de Viterba. Sin embargo, no simpatizó ni con Guillaume Budé, su rival en erudición, ni con Gerónimo Aleandro, cuya ciencia teológica y filológica era mucho más segura que la suya.

Las debilidades de su carácter, servil, insinuante, lisonjero, interesado, solicitante, tan cauteloso que parecía cobarde, molestaban a sus mejores amigos. Las compensaban las mejores dotes del espíritu: la penetración, la agudeza, la ponderación, la flexibilidad. Epistolista de gran clase, brillante en la conversación, sobresalía en el diálogo. Cuando estudiaba en Lovena, en 1504, le impresionaron mucho las obras de Lorenzo Valla, este secretario del rey Alfonso de Aragón, autor de un «De voluptate», poco recomendable por sus virtudes pero muy erudito, que había dirigido su humor crítico contra Aristóteles y la escolástica y evocado ya la cuestión del libre albedrío.

Erasmo se hizo famoso, publicando una colección de «adagios» (o refranes) en París (1509) y en Venecia. Luego, en sus «antibárbaros» elogió la cultura de los humanistas, oponiéndola a la ignorancia de los monjes. Y manejando la sátira, según el ejemplo de Luciano, para atacar a la sociedad de su tiempo, redactó en Inglaterra un «Elogio de la Locura» (inspirándose en «La Nave de los Locos», de Sebastiano Brant de Estrasburgo) que dedicó a Tomas More (en 1509). Pero, siempre cauteloso, esperó la oportunidad que le ofreció el conflicto entre Luis XII y el papa Julio II, para publicar en París, dos años más tarde, este panfleto que suscitó gran escándalo.

Ocupando una cátedra de griego en Cambridge, dotado de un beneficio por el arzobispo Warham, antes de instalarse en Lovena, se dedicó a la exégesis. Preparó una edición del Nuevo Testamento, en la que inspirándose en notas y comentarios de Lorenzo Valla presentaba el texto griego de los Evangelios, frente a la traducción latina, dejando aparecer unos errores de la versión oficial de la Vulgata. Pero antes de publicar esta larga obra en

casa de Froben, en Basilea en 1516, tomó la precaución de dedicarla al papa León X. Le valió la hostilidad de los teólogos, del inglés Lee, del español Stunica, de la Universidad de Alcalá y de sus colegas de Lovena. Tanto más cuanto que seguía burlándose del Clero. Entre 1518 y 1533 se publicaron sus «Coloquios», diálogos en los que intervenían gentes de toda clase para criticar, con bromas de libertinos, la comedia humana de su tiempo.

Los luteranos, a los que despejaba la vía, Melanchton, Lutero, Ulrich von Hutten, reconociendo en él un posible aliado, trataron de atraérselo. Y como se resistía, intentaron comprometerle publicando su correspondencia. Pero se endureció en su neutralidad, aconsejando a Lutero renunciar a sus violencias, y a los príncipes y al emperador usar de clemencia para con los disidentes. Y finalmente, para dar prendas de su ortodoxia, tuvo que discutir con Lutero sobre el libre albedrío.

...Rabelais, por su desenfado...

En muchos rasgos comunes, la posición de Rabelais se parecía a la de Erasmo: en la boca de estos dos monjes reacios al convento las mismas críticas contra la Iglesia y la sociedad, la misma inclinación hacia el «evangelismo» y la libertad de conciencia, la misma reticencia frente a las exageraciones del luteranismo, y la misma reprobación de las guerras civiles o extranjeras.

Hijo de un abogado de Chinon, el joven Rabelais, discípulo de los franciscanos de Fontenay-le-Comte, aprendió el latín, el griego y el hebreo. Correspondía con Budé y mantenía contacto con los humanistas de su provincia, togados en su mayoría. El obispo Geoffroy d'Estissac le tomó bajo su protección y le admitió en 1518 en la abadía benedictina de Maillezais, simpatizante a las ideas galicanas y evangelistas. Entonces efectuó su «giro» universitario de Francia, que le puso en contacto con los juristas en Poitiers (4.000 estudiantes), en Burdeos con un consejero en el Parlamento, Briand Vallée du Douhat, discípulo de Pitágoras, en Agen, con Scaliger, de vuelta de Padua con unas ideas de Averroes, casi ateas, en Tolosa con Etienne Dolet, impresor, adherido a la Reforma, luego en Bourges, Orleans y París, donde frecuentó el barrio latino.

Tenía treinta y seis años cuando se orientó hacia la medicina. En poco tiempo terminó sus estudios en Montpellier, donde explicó, en 1530 y 1537, en el texto griego las principales obras de Hipocrata y de Galiano, lo que contribuyó a disminuir el prestigio que tenían Avicennas y los autores árabes sobre los alumnos. Nombrado médico en el Hotel-Dieu de Lyon, editó en casa de Gryphe las obras de sus maestros griegos. Fue allí, durante una estancia en la Corte, que se encontró con el obispo de París, Jean du Bellay, diplomático y futuro cardenal, a quien acompañó dos veces en Roma (en enero de 1534, dos meses, y en julio de 1535, siete meses). No tardará en necesitar la protección de este prelado liberal, cuyo hermano Guillaume, nombrado gobernador de Torino, se llevó con él a Rabelais, en 1540.

Después del escándalo provocado por la fijación de carteles injuriosos para la Iglesia por los Reformados en 1535 (los «placards»), la vigilancia había

sido reforzada por la Sorbona y los Parlamentos. Publicada por primera vez en 1532, la farsa de «Pantagruel» (inspirada en una crónica popular de Gargantua) fue condenada por la Sorbona como obscena. Como también el «Gargantua», dos años más tarde. Rabelais, entonces asiduo de un cenáculo de humanistas en Lyon, donde se reunían un marrano, Antonio de Gouvea (ex-estudiante en Padua, convertido por Pomponacio al racionalismo), Bonaventure des Périers y Etienne Dolet, abandonó la ciudad y decidió expurgar sus dos primeros libros.

Antes de publicar otros dos, buscó las protecciones necesarias. Gracias al cardenal Du Bellay, había sido nombrado en 1543, como la gran mayoría de los «lectores reales», magistrado en el Consejo de Estado (maître des Requêtes), título honorífico que le permitió obtener en septiembre de 1545 un privilegio real para la impresión de sus libros. El tercero («Tiers Livre») se anunciaba por un poema dedicado a la reina de Navarra. En agosto de 1550, el cardenal de Chastillon, al cual dedicó su «Quart Livre», obtuvo del rey Enrique II que sea reanudado el privilegio. Lo que no impidió la condenación de estos últimos libros (aunque un poco edulcorada). De manera que, a la muerte de Francisco I, Rabelais, temiendo algún disgusto, buscó refugio en Metz en marzo de 1546. Pero volvió más tarde a Francia, donde terminó su vida como cura de Meudon.

Se le ha presentado, a veces, como un precursor del ateísmo moderno. Sin embargo, no se atrevió a ir más lejos que su maestro Erasmo. Muy distintos por su carácter, cada uno expresa su genio según su temperamento. A la mordaz ironía del erudito amable, espíritu delicado y cosmopolita, se opone el desenfado, la bufonería, la carcajada «gala» del maestro Alcofribas, hombre de la tierra del Poitou, letrado de foro, facultativo de hospital, buen bebedor y alegre compañero. Pero sus ideas siguen una evolución paralela. Emulos de Luciano, se burlan de su época, se mofan de los monjes inútiles e ignorantes, de los «bonetes cuadrados» de la Sorbona, de los obispos llevando casco, de los papas codiciosos, atacan a los falsos profetas, las constituciones humanas, las invenciones depravadas, los cultos a la Virgen, a los santos, a las reliquias, las peregrinaciones, las indulgencias y pretenden depurar a la religión. Adheridos a un deísmo impreciso, en su ideal «evangélico» rehabilitan la naturaleza humana, abogan en favor de una regla moral individual y abren el camino a la libertad de conciencia. Pero también se alejan del fanatismo y de la intolerancia de los reformados. En su «Quart Livre» Rabelais denuncia tanto a los «papimanes» y al tributo anual de 400.000 ducados pagado anualmente a Roma, como a los «papefigues» y «démoniacles Calvin» e impostores de Ginebra. Replican ellos, acusándole de atea: «como des Périers, como Gouvea, Rabelais empezó probando el Evangelio. Pero su ironía sacrílega les condujo al ateísmo y al materialismo» (escribe Calvino en 1550, en «De scandalis»).

... reaniman la lucha ancestral de los judíos contra la Iglesia

Cada uno a su manera, Erasmo y Rabelais se inscriben en una maniobra de gran estilo con vista a desacreditar a la Iglesia, su jerarquía y sus sacerdotes. De Luciano aprendieron a manejar el sarcasmo. De Origenes recibieron

las críticas insinuantes que siembran la duda sobre los textos sagrados, de Origenes, oportunamente puesto de moda en este momento: traducido del latín por Jacobo Ginuta en 1536. Extendiendo la acción de Lorenzo Valla y de los escépticos italianos, de Pogge (autor de las «Bufonadas»), de Castiglionchio, de Bruno, del pretencioso periodista Filelfo, de Platina, de Pomponius Leto, de Pontana, de Pomponazzi, miembros de las Academias platonicianas de Nápoles, Florencia o Roma, desacreditan a los dignatarios de la Iglesia y a los monjes.

A los menos prevenidos de los historiadores, esta propaganda, animada sin pausa durante dos siglos (desde 1350 hasta 1550), pareció perfectamente bien orquestada. Descubrieron en el Renacimiento la acción subteránea de una especie de Contra-Iglesia, abriendo el camino a la Reforma, derrocando la estructura y la jerarquía del Catolicismo para aplastar a la Cristiandad, así dividida. Hicieron una pregunta, a la cual el filósofo Darmestetter contestó en su «Ensayo sobre la historia del pueblo judío», en los siguientes términos (p. 186):

«El judío sabe cómo desvelar los puntos débiles de la Iglesia; es el maestro del incrédulo; todos los rebeldes del espíritu vienen a él, sea en la sombra, sea abiertamente. Está obrando en el inmenso taller de blasfemia del emperador Federico (Federico II de Hohenstaufen) (1) y de los príncipes de Suabia y de Aragón; es él quien forja todo este arsenal mortífero de razón (duda) y de ironía que legara a los escépticos del Renacimiento, a los libertinos del Gran Siglo, y tal sarcasmo de Voltaire no es otra cosa sino el último y sonado eco de una palabra murmurada seis siglos antes, en la sombra de un ghetto, o todavía anteriormente en los tiempos de Celsa y de Origenes, en la misma cuna de la religión de Cristo.»

¡Todo comentario debilitaría un texto tan elocuente!

Francisco I domestica a la jerarquía eclesiástica

Una vez desacreditada la Iglesia y extendida la duda en los espíritus, gracias a la actuación conjunta de las Academias platonicianas y de los huma-

(1) El emperador Federico II de Hohenstaufen (1194-1250), nieto de Federico Barbarossa e hijo de Enrique IV, era discípulo de Averroes. Protector del mago y astrónomo Michael Scott (traductor de Avicena y de Aristóteles), llamó cerca de él en su nido de águila de Castel de los Montes (cerca de Andrin, en Apulia), como en Palermo y Foggia en Sicilia, a astrólogos y adivinos, en su corte cosmopolita y judaizada. Al promulgar en Malfi un nuevo Código, trató de organizar su imperio en forma federal. Al marcharse en cruzada, reclutó a una Legión musulmana para facilitar su entrada en Jerusalem. Luego convocó en San Juan de Accra, en 1228, alrededor de una Mesa Redonda, representantes de los Templarios, Hospitaleros, Rábita españoles, Batingiuls (Huzamitas), Feïtas sarracenos y turcos para preparar las bases de un pacto secreto con vista a instaurar una religión universal. Estos ambiciosos proyectos, sus lazos con el sultán del Cairo, Al-Kamil, y el emir Fahr-ed-Din, sus contactos con el sucesor de Hassan Sabah (G. M. de los Assacis), sus intrigas, sea con los Templarios y el sultán de Bagdad, sea con los Teutónicos y el sultán del Cairo, le merecieron varios avisos de los papas Gregorio IX (que denunció el 20 de abril de 1236 los acuerdos concluidos entre los Templarios y el sultán de Damasco, y luego con los Assacis contra el príncipe cristiano de Antioquía), Inocente III y Honorio III. A pesar de la intervención en favor del emperador del G. M. de los Teutónicos, Herman von Salza, Inocente IV condenó a Federico II y le mandó destituir por el concilio de Lyon en 1245.

nistas, entonces se desarrolla la maniobra tanto en el plan religioso como en el político. Se atrae la atención primero de los eruditos y luego, gracias a la imprenta, de la opinión pública sobre los textos bíblicos, de tal forma que se pueden oponer a la Iglesia instituida los Evangelios y luego la Biblia, mientras príncipes y soberanos, imponiéndose a sus iglesias nacionales, se levantan como rivales del pontífice romano en el mismo terreno religioso.

En esta fase de la operación, nadie se encontraba mejor situado que Francisco I para jugar el papel principal. Para eso todo le predestinaba. La ambición de su madre (más regente que el rey) para su «César», que espera compensar su fracaso en la elección imperial, ejerciendo en su reino, en detrimento de los «cuerpos sociales» y de las más sanas instituciones, un poder absoluto. Le empujan también la influencia y las «metas» de los hombres de negocios tan ligados a él. Y por fin las convicciones e inclinaciones de su hermana, Margarita de Angulema, tan protectora de los reformados como de los humanistas.

Sin embargo, en este terreno religioso, el primer gesto de Francisco I consiste en firmar un acuerdo con Roma. A la Pragmática Sanción de Bourges, promulgada por Carlos VII el 7 de julio de 1438 (garantizando las libertades galicanas), sustituye un Concordato, negociado en Bolonia con León X (Juan de Médicis) el 11 de diciembre de 1515, en la euforia de la victoria de Marignan. Eco del Concilio de Basilea de 1431 (que intentaba frenar la autoridad de la Santa Sede), la Pragmática había abolido unos recursos pontificios como las anatas, y devuelto a los monjes la elección de sus abades y a los canónigos la de los obispos. En consecuencia, algunos desórdenes se produjeron, pero así la Iglesia galicana había sido preservada de los excesos provocados por el tráfico de las indulgencias y de más escándalos en las elecciones obispales. Descontento con este estado de cosas, el astuto pontífice propuso al soberano una honesta combinación, en provecho de los dos, sino de la Iglesia de Francia.

Alentado por la promesa del sombrero cardenalicio, el obispo Gouffier, consejero del rey, se apresuró a facilitar su conclusión. Por este compromiso, el papa recobraba las anatas y las reservas, mediante lo cual abandonaba al rey el derecho de nombrar a 10 arzobispos, 83 obispos y 527 abades y autorizaba el régimen de la encomienda (que permitía a los titulares de beneficios de hacerse reemplazar en sus funciones eclesiásticas). Satisfecho en su orgullo y en sus necesidades apremiantes de dinero, Francisco I firmó el Concordato sobre estas bases el 15 de diciembre. Por el lado pontifical, la ratificación tuvo lugar en el Concilio de Letrán, el 19 de diciembre de 1516.

Pero estas disposiciones provocaron en Francia una gran reprobación general. Un mes después de la entronización del rey, el Parlamento de París había protestado ya contra la creación de oficios, la nominación de beneficiarios incompetentes, los donativos del rey en favor de su madre (varios ducados), de su cuñado el duque de Alençon (la sucesión de Armagnac) y de unos miembros del clan financiero aliado con la familia real. Ahora he aquí que, en su marcha hacia el absolutismo, alentado por su madre, el gran bastardo de Saboya y el canciller Duprat, el rey dispone de un nuevo y potente medio de reino, la alta autoridad sobre el Clero, y una manada de dignidades y pre-

bendas eclesiásticas que distribuir. Sólo después de muchas presiones el Parlamento consintió en registrar este Concordato, el 22 de marzo de 1518.

Desde el punto de vista de la Santa Sede, quizá este Concordato, con sus concesiones, impidió que Francisco I siguiera el ejemplo de Enrique VIII, rompiendo con Roma, pues ya estaba satisfecho. Pero los gastos los pagó la Iglesia de Francia, quedando desmantelada frente a la Reforma. De ahora en adelante, la lista de los beneficios se transformó en una lista de pensiones. Dignidades y prebendas recompensaban a los servidores del soberano, sus consejeros, sus diplomáticos, sus favoritos italianos, sus clientes, unos hidalgos locales, sacerdotes a veces sospechosos de herejía, Caracciolo en Troyes, Marillac en Viena, Juan de Monluc en Valencia. Contra la acumulación de beneficios, el absentismo que resultaba del régimen de la encomienda, el bajo Clero, miserable, protestó. Si todos los pastores no fueron indignos, buena parte de ellos abandonó su rebaño, descuidó la formación de los sacerdotes cuya disciplina fue relajándose, dejaron decaer las iglesias. Un tal estado de cosas facilitó singularmente la tarea de los predicantes de la Reforma.

Su hermana protege a los «innovadores» de la escuela «evangélica» de Meaux.

Bajo la protección eficaz de Margarita, hermana del rey, actuando en completo acuerdo con él y con su madre, la primera ola de la Reforma, la de los «evangélicos», de los «bíblicos», recibe un apoyo oficial. Casada primero con el insignificante duque de Alençon (9 de octubre de 1506 al 11 de abril de 1525) y luego con Enrique de Albret (3 de enero de 1527), letrada en latín, griego y hebreo, de inclinación mística (autora de un libro, «El espejo del alma pecadora», que condenara la Sorbona), la futura reina de Navarra está completamente adherida al ideal de los «innovadores».

Lefèvre d'Etaples es el inspirador de este grupo gravitando en torno de Guillaume Briçonnet, abad de Seint-Germain des Prés y luego obispo de Meaux. Como la mayor parte de los humanistas, viajó mucho: en Pavia y Padua, estudió Aristóteles con Argyropoulos (1485), en Venecia se encontró con Alde Manuce, Ermolao Barbaro y Guarino; visitó varias veces Roma y Florencia; Marsile Ficin le inició al neo-platonismo, Pico de la Mirandola a la Kabala y a las doctrinas esotéricas (1492-1500); se reunió en Bolonia con el jefe del Renacimiento alemán, Nicolás de Cusa (1509). Gracias a su formación matemática su lógica es buena, escribe poemas de estilo adornado pero no tiene nada de exegeta, siendo sus conocimientos de hebreo demasiado rudimentarios y su sentido crítico poco acertado. No obstante, comenta las Sagradas Escrituras, difunde los Salmos (1509), las Epístolas de San Pablo (1512), estos textos de predilección de los Reformadores, de los que se presenta como un precursor, al exponer la doctrina de la justificación por la fe. Pero su afán de independencia no le conducirá hasta la ruptura con Roma.

Briçonnet, jefe del grupo, pertenece por su familia a esta oligarquía de toga y de finanzas, tan potente en la Corte. Nombrado abad de Saint-Germain des Prés en 1507 llama cerca de él a humanistas como Guillaume Budé o el hebraísta Vatable, pero también a los más audaces de los innovadores: el

predicante Gérard Roussel, capellán de Margarita, Pierre Caroli, Michel d'Arande, Guillaume Petit, confesor del rey, Josse Chichtove, llegado de los Países Bajos, y hasta el delfín Guillaume Farel, el más encarnizado de los luteranos franceses. En la querella de los inquisidores alemanes contra Reuchlin, hebraísta, precursor de Lutero, Lefèvre y Guillaume Petit, apoyados por el rey, se dedican a bloquear (desde 1514-1515) la acción de la Sorbona, consultada por el Vaticano.

Siguiendo a Briçonnet, nombrado obispo de Meaux en marzo de 1516, en su carrera, el grupo se reconstituye allí, donde Lefèvre se reúne con él en 1521. Se extiende, obtiene la colaboración de Martial Mazurier, la protección de obispos «innovadores», los Du Bellay en París y en el Mans, Lenoncourt en Châlons, Sadolet en Carpentras. Siendo encargado de nombrar a los obispos, el rey escoge a candidatos de su gusto. Así se organiza el movimiento «evangélico». Sus predicantes Caroli, Michel d'Arande recorren el país. Se difunde ampliamente la traducción francesa del Nuevo Testamento, obra de Lefèvre d'Etaples (1523), lo que vale a los propagandistas de sus doctrinas el apodo de «Biblianos».

El obispo de Meaux, asistido por Lefèvre como vicario general, presenta su diócesis como un modelo de la nueva ola: persigue a los cuestadores, denuncia el culto de los santos, prohibe varias diversiones, nutre su rebaño de la Biblia, distribuye los Evangelios, organiza predicaciones y lecturas públicas, introduce el francés en la liturgia y prepara las almas a la unión con Dios, aniquilándose y «esperando su Salvación sólo de su Fe en Cristo». Este mismo año, 1523, la Sorbona le condena para el principio, en forma muy moderada.

El rey no se atreve a proclamarse patriarca

Ahora bien. Se presenta la oportunidad de empujar la Reforma en el plan nacional y real. Francisco I, en conflicto con el papa, prohibe el 18 de junio de 1523 la salida hacia Roma de especies, de oro o de plata. Estimando el momento favorable, Briçonnet intensifica las gestiones para inducir al rey a proclamarse jefe de la Iglesia de Francia. Se beneficia del apoyo de Margarita, aconsejada por su nuevo capellán el agustino Michel d'Arande. En una carta del 11 de noviembre 1521, el obispo la amonesta: «¡Trabajad en la obra de Dios (¡Opus Dei!), a que sea servido y honrado de otra manera que lo está en este reino!» En enero de 1522, Margarita le obtiene una audiencia del rey. En marzo se convocan unas asambleas provinciales, pero se renuncia a la empresa. Decididamente, Francisco I no se atreve en el camino seguido por Enrique VIII. Pero sigue tolerando una propaganda que inclina, cada día más, hacia el luteranismo.

Desde 1519, se distribuyen en Francia los panfletos de Ulrich von Hutten, así como los de su traductor, Nicolas Berquin (la «Farce des theologastres», por ejemplo). A instigación del normando Nicolas Beda, que dirige la lucha contra los heréticos, la Sorbona reacciona, mandando detener a Berquin (8 de julio de 1523), condenando en noviembre a Caroli y Mazurier (se retractan), prohibiendo la traducción de los libros santos (25 de agosto de 1523). Pero está alerta Margarita: el rey reclama a Berquin y apenas ella llega a Lyon

(donde se trasladó la Corte) los innovadores reiteran su propaganda, predicando Maigret en Lyon y Sébiville en Grenoble, mientras sus propios dominios, Bourges, Alençon, constituyen verdaderos focos de herejía.

El rey no modifica esta línea de conducta, sino sólo bajo la presión de necesidades exteriores. En octubre de 1524, se acerca a Clemente VII y se coaliga con él el 12 de diciembre. Entonces, no puede ignorar ni las abjuraciones del nuncio Aleandro, ni el eco de los acontecimientos de Alemania, donde la agitación religiosa desemboca en una guerra social. En agosto y en diciembre, son detenidos Sébiville y Maigret. El 23 de febrero de 1525, el rey, derrotado en Pavia, cae prisionero. Teniendo las manos libres, el Parlamento y la Sorbona se apresuran a castigar con rigor. El 3 de octubre de 1525, se le intima a Briçonnet justificarse y se dispersa el grupo de Meaux. Lefèvre, Roussel y Caroli huyen a Estrasburgo. En enero de 1526, Berquin queda detenido otra vez y sus escritos son condenados el 12 de marzo. ¿Será el final de los «evangélicos»?

Todavía no. Liberado, el rey vuelve el 17 de marzo de 1526, y tienen una estrepitosa revancha. Un golpe de fuerza libera a Berquin el 19 de noviembre. Vuelven los emigrados... con honores. A Lefèvre se le nombra preceptor de los príncipes; a Gerard Roussel, capellán de Margarita; a Caroli, predicante en París; a Michel d'Arande, obispo de Saint-Paul Trois Châteaux. Ahora el poder se vuelve contra la Sorbona y Beda (18 de marzo de 1527).

Pero es una revancha efímera. Se necesita otra vez tratar al Vaticano con miramientos. En torno a Clemente VII, la Liga de Cognac reagrupa a los príncipes italianos contra el emperador (21 de mayo de 1526). Por falta de un apoyo francés suficiente, la empresa conducirá a un desastre, al saqueo de Roma por los lansquenetes de Frünsberg, colocados bajo el mando nominal del condestable de Borbón, completamente desbordado por sus tropas. Pero facilitó la negociación con el emperador, que permitió la vuelta de los príncipes franceses, retenidos como rehenes en Madrid. Para pagar su rescate, el Clero ofreció 1.300.000 libras, pero con la condición de extirpar la secta luterana (20 de diciembre de 1527). En febrero de 1529 se concluyó la paz en Cambrai entre Luisa de Saboya y Margarita de Austria. Los príncipes volvieron. Francisco I se casó con Eleonora de Portugal, hermana de Carlos V.

Su doble juego sumerge a Francia en las guerras de religión

Jugar un doble juego ya no es posible. A las provocaciones de los Reformados, que mutilan imágenes en París (2 de junio de 1528), el rey, furioso, replica con una procesión expiatoria. Encarcelado y juzgado en marzo de 1529 por encubrir libros luteranos, se ejecuta a Berquin con tanta celeridad que el rey ni siquiera tiene tiempo de intervenir (17 de abril). Esta vez queda roto el grupo de Meaux. Lefèvre d'Etaples busca refugio en Nérac cerca de Margarita (ahora reina de Navarra) en 1530. En Lyon, está aterrado el grupo antaño tratado por Rabelais, del cual formaba parte el marrano portugués Antonio de Gouvea.

Entre los innovadores, mientras los más tibios se esconden, los otros se

vuelven resueltos hacia la Reforma luterana, intentando disponer de bases para su propaganda en el extranjero, en Alsacia, Suiza, Alemania. Se distribuyen las obras de Lutero y de Melanchton en Francia por intermedio de estudiantes extranjeros, de impresores, de mercaderes, de vendedores ambulantes o de mercenarios. En sentido contrario, unos estudiantes franceses se registran en las universidades reformadas de Basilea, Estrasburgo o Wittemberg, donde Lambert de Aviñon toma contacto con el más iluminado y virulento de los luteranos, Carlstadt (1523-24). Tránsfuga del grupo de Meaux, el delfín Guillaume Farel estudió, bastante mal, el hebreo y el griego en Aviñon (1517); discípulo de Lefèvre d'Etaples y luego de Lutero, no es un erudito pero con sus arengas enardecidas y su carisma impresiona a la multitud. Y sabe tejer una trama política. Desde Basilea en 1524, Neuchâtel en 1530 y Ginebra en 1535, crea y dirige una organización oculta cuyos agentes preparan en Francia el advenimiento de la Iglesia del Evangelio.

En cuanto a Margarita, cuya influencia llega a ser preponderante después de la muerte de su madre (22 de septiembre de 1531), su celo no tiene pausa. Aunque su acción se oriente más bien hacia el exterior. Ella, que (lo veremos más abajo) nutrió en su seno a Ana Boleyn antes que tenga esta última un papel determinante cerca de Enrique VIII), vuela en socorro del rey de Inglaterra en el asunto de su divorcio, que debe examinar la Sorbona. Su oposición ofrece a los reformadores un buen pretexto para quebrantar su resistencia. Budé, Sadolet, Guillaume Petit, Guillaume Roussel, Du Bellay entran en campaña. A los ataques contra este último el rey replica nombrándole como obispo de París (en septiembre de 1532). Se destierra a Beda, que continuaba protestando (en mayo de 1533). La Sorbona contesta condenando el libro de Margarita «El espejo del alma pecadora», pero se inclina ante el arbitrario real. Aprovechándose de un corte intermedio —debido al acercamiento con Clemente VII en Marsella el 1 de febrero de 1533 y a los excesos de lengua del nuevo rector Nicolas Cop, que acompaña a Calvino en su huida, el desdichado Beda vuelve a París en enero de 1534... para encontrarse encarcelado otra vez en marzo de 1535. Se le mandará terminar su vida en el Mont-Saint-Michel, donde podrá meditar sobre los peligros corridos por los defensores de la ortodoxia bajo la autoridad de algunos soberanos «alumbrados».

Siempre a iniciativa de Margarita, Providencia de los Reformados, se establecieron más estrechos contactos con los luteranos alemanes. Desde Estrasburgo, en 1526, Hohenlohe entabló relaciones con ella. El año siguiente se concluyó una alianza con el landgrave de Hessa, con vista a restaurar a Ulrich von Wurtemberg en sus estados. Unos meses más tarde, se envió a Hohenlohe a Alemania para alentar a los príncipes a rebelarse. Después de la Dieta de Espira (19-22 de abril de 1529), se dirigieron estímulos y promesas de apoyo a los que en adelante se llaman «protestantes». Así que no son vanas las llamadas de Melanchton a Francisco I como a Enrique VIII (16 de febrero de 1531). El rey promete su concurso a los reformados que forman la Liga de Smalkalde (25 de febrero de 1531).

Los mejores diplomáticos de Francia, los Du Bellay, asesorados por un equipo muy activo, Gervais Waïn, Jean Gunther, Ulrich Geiger, Jean Sturm, van a emplearse durante tres años (de 1532 a 1534) a atraer a los doctrinarios

más moderados del luteranismo, Bucero de Estrasburgo y Melanchton. Sin éxito por otra parte, pues permanece la oposición al culto de los santos y a los sacramentos. Y se enfrentan con la intransigencia del suizo Zwingli y de sus discípulos «sacramentarios» y a la oposición violenta de los exiliados franceses dirigidos por Guillaume Farel.

Para torpedear las negociaciones en curso no vacilan en recurrir a una provocación. Durante la noche del 17 al 18 de octubre de 1534 un violento panfleto contra la misa, escrito por un ministro de Neuchâtel, Marcourt (autor de un libro contra el Clero titulado «El Libro de los Mercaderes»), viene simultáneamente fijado en carteles en París, en varias ciudades provinciales y hasta en la misma puerta de la habitación real. Esta vez, pasa de lo permisible: el rey se enfada de veras, y poco dispuesto a tolerar tal golpe a su política, decide un castigo ejemplar. Mientras se suceden las procesiones expiatorias, manda detener a 200 personas y ejecutar a 20. Agente de Farel, Esteban de La Forge, quien alojó a Calvino, muere en la hoguera (el 15 de enero de 1535). Se persigue a Caroli. Marot busca refugio en Ferrara, cerca de Renée de Francia, condesa de Esta. Después de una gira en provincia, Calvino encuentra un seguro amparo en Nerac, con Margarita, antes de cruzar la frontera suiza.

Pero el rey, por lo menos hacia los niños terribles de la Reforma, no tiene rencor; pasada su ira, perdona: el 16 de julio de 1535, el edicto de Coucy suspende las persecuciones y otorga una amnistía. Sin embargo, las tentativas para el diálogo con los luteranos alemanes, sea invitando a Melanchton a París (23 de junio de 1535), sea mandando otra vez a Du Bellay cerca de los Confederados de Smalkalde en diciembre, fracasan por falta general de confianza.

Entonces, Francisco I no puede eludir las aperturas del papa, decidido a conseguir una reconciliación con el emperador. Después de entrevistarse con Pablo III en Niza (el 18 de junio de 1538), Francisco I se encuentra con Carlos V en Aigues-Mortes Ahora, sin escapatoria posible, se trata de organizar la lucha contra la herejía. Se encarga el dominico de París, Mathieu Ory, de dirigir una Inquisición (menos dura que el brazo secular). Una serie de edictos (16 de diciembre de 1538, 24 de junio de 1539; 1 de junio de 1540, el edicto de Fontainebleau) extiende la competencia del Parlamento no sólo a los casos de sedición, sino al conjunto de la represión. Como criterio de ortodoxia la Facultad de Teología establece un formulario de 24 artículos mientras se redacta un Indice de los libros condenados y de los «que piensan mal».

En París, el auvernés Lizet reduce los trámites; mientras, la Cámara ardiente disculpa a los dos tercios de los inculpados, de los 1.500 a 2.000 luteranos traídos en justicia entre 1540 y 1550. Se estrangula previamente, por humanidad, a los pocos sentenciados a la hoguera. Se señalan los Parlamentos de provincia por su moderación. A excepción del de Aix en Provenza, famoso por su severidad contra los «valdenses». El decreto de Merindol (18 de octubre de 1540) sentencia a muerte en rebeldía «al baile» (Senescal) y a 21 vecinos y ordena la expulsión de los otros. Francisco I interviene, otorga un plazo pero, durante cuatro años, continúan las provocaciones. Entonces, d'Oppède, presidente del Parlamento, pide la intervención de la tropa: dos

pueblos, Villelaure y Lourmarin, resultan incendiados; Merindal, arrasado; Cabrières, tomado por asalto: la represión hace un millar de víctimas.

Luego Enrique II, al reanudar la lucha contra Carlos V en 1549, deseoso de ganarse la simpatía de los luteranos, sacrificó a d'Oppède y a Guérin. Otra medida «liberal», devuelve a los tribunales eclesiásticos la competencia en asuntos de herejía, salvo en casos de sedición (10 de noviembre de 1549). Pero el respiro es de corta duración. Margarita, por otra parte, sin influencia sobre el nuevo rey, ha muerto en 1549 y, con ella, los reformados han perdido a su protectora. Diana de Poitiers les combate. El edicto de Chateaubriant (11 de junio de 1551) y el de Compiègne de 1557 refuerzan las medidas contra la herejía. Luego sobrevienen la derrota de Saint-Quentin (10 de agosto de 1557) y la bancarrota. La influencia de los Guise crece en el Consejo. Uno de ellos, el cardenal de Lorena, ya marchó a Roma en diciembre de 1555. En el Vaticano, Pablo IV (Juan Caraffa), apoyado por Ignacio de Loyola y sus jesuitas pone fin a las dilaciones de sus antecesores. A instancia de Enrique II la Inquisición se introduce oficialmente en Francia, encargándose de ella los cardenales de Lorena, de Borbón y de Chatillon.

Pero ya es tarde: cerca de la sexta parte de la población, dos a tres millones de personas, ha sido contaminada por la Reforma. Una sucesión de graves incidentes revela al rey la extensión del mal: una asamblea de protestantes en calle Saint-Jacques (5 de septiembre de 1557), la adhesión de Antonio de Borbón, rey de Navarra, a la Reforma (marzo de 1558), unas gestiones intempestivas de los príncipes luteranos alemanes (conde palatino, duque de Sajonia, marqués de Brandenburgo, duques de Zweibrücken y de Würtemberg) en favor de sus correligionarios franceses (19 de marzo de 1558), sospechas contra d'Andelot, hermano del almirante de Coligny (durante cinco años prisionero en España, luego acusado de adherirse a los alemanes), procesiones de varios millares de reformados, cantando salmos, en el Pré aux Clercs, en las puertas de París, bajo la protección de caballeros armados, resultando en una refriega con la policía el 19 de mayo de 1558. Unos parlamentarios, tal como el consejero Anne du Bourg, critican abiertamente la represión, que intentan frenar: Enrique II les manda detener el 10 de junio de 1559.

Crisis del Clero

Estos pródromos de guerra civil denuncian un profundo malestar social. En este terreno también el legado de Francisco I parece muy difícil de soportar. De sus locas empresas, de su falta continua de recursos y de su sed de absolutismo, sufrieron todas las clases sociales. Reina el desorden por doquier.

El Concordato sólo agravó la crisis del Clero (cuyas consecuencias ya hemos analizado) denunciada por los Estados y por la Asamblea de Tours en 1485 y 1493. Al final de siglo XV la Iglesia en Francia no tenía jefe, neutralizándose el primado de Lyon y el arzobispo de Reims por sus rivalidades; el título de metropolitano, ostentado por los arzobispos, no correspondía a ninguna función efectiva. Entre 1501 y 1510, sólo el legato, cardenal de Amboise, representa al Clero francés frente al papa. Desde el Concordato los obispos están en las manos del rey que les nombra; muchos son incli-

nados a las nuevas ideas. El cardenal de Tournon tiene a un marrano, Denys Coronel, como secretario; gobernador de Lyon protegerá al incrédulo Esteban Dolet (que será ejecutado en 1542); aunque después de 1540, luchará contra la herejía. En fin de cuentas, el número de obispos que pasaron a la Reforma resulta bastante reducido: un cardenal (Chatillon), cuatro obispos y cinco sospechosos de un total de 113.

Los canónigos forman el elemento más sano del Clero secular. Todavía quedan una tercera parte de los beneficios reservados a los graduados de la Universidad, y la Sorbona no está ganada al adversario. En París, de un total de 8.000 estudiantes, sólo un millar se puede considerar en 1560 como de malas tendencias. Las Facultades de Derecho y de Medicina son más conmovidas, particularmente en provincias como Orleans, Tolosa y Montpellier, donde la herejía, alentada por la presencia de numerosas comunidades judías, ha sido latente durante la Edad Media.

Entre las Ordenes religiosas, los Benedictinos de Cluny, de Citeaux, se empeñaron en restablecer su disciplina interior. Pero a veces las Ordenes mendicantes contribuyen a agravar el desorden, por sus continuas rivalidades y sus críticas contra los seculares, que abren el camino a los predicantes del «Evangelio». Agustinos y Franciscanos, más unos regentes de colegio, proporcionarán a la Reforma su más importante contingente de ministros.

Ruina de la nobleza

En la quiebra del Estado, la nobleza ha sido la clase social más disminuida. Volvió arruinada de las guerras de Italia. Hidalgos y mercenarios sin pagar protestan y se agitan: o se enrolan con los españoles o se adhieren a los hugonotes. La monarquía está financieramente acorralada. El servicio de la Deuda absorbe sus recursos. Se emitieron por ocho millones de libras de rentas sobre el Hotel de Ville y se pidieron prestados a los banqueros 19 millones, al 16 %. En el momento de desencadenarse la guerra civil, la deuda alcanza 44 millones de libras, cuyo peso Catalina de Médicis hará soportar por el Clero, en los Estados de Pontoise, en 1561. La moneda no escapa de la crisis, entre 1520 y 1560 el valor de las especies divisionarias cayó de 8 a 1,50; los escudos «al sol», devorados por los pagos al exterior y la especulación, han desaparecido; les sustituyeron monedas extranjeras disminuidas. Sólo los banqueros se aprovechan de tal situación. El Parlamento de París lo atestigua en diciembre de 1563: «El negocio del dinero aumenta. Significa el fin del tráfico honesto, la ruina de la nobleza y del trabajo, pues está principalmente en manos de extranjeros» (italianos y alemanes).

El alza del coste de la vida, la depreciación de los censos y rentas territoriales reducen a los hidalgos a la miseria. Desaparecen sus derechos de justicia. A veces no se respeta su exención fiscal: por ejemplo, con una contribución extraordinaria de un año de renta en 1558. Sus bienes salen disminuidos con la partición de las herencias. Desde el Concordato, sus cadetes encuentran menos puestos eclesiásticos. Todo negocio les queda prohibido sin derogar, lo que suscita la protesta de la nobleza de Tours en 1560. Todo al contrario, los enriquecidos, togados o mercaderes se ennoblecen, rescatando

feudos, u obteniendo diplomas y letras patentes, o sencillamente comprando cargos con su dinero.

Sobre esta nobleza, empobrecida o descontenta, la acción de la Reforma (bien acogida muchas veces por las damas) encontró bastante éxito. De ahora en adelante se enfrentan dos clanes opuestos: los Guise y los Montmorency contra los Borbón-Chatillon, dos clanes que dividen el país apoyándose cada uno sobre estados extranjeros. Acercándose a la Liga católica y a España, los primeros intentan socorrer a la reina madre de Escocia, María de Lorena, asediada en Leith en enero de 1560, y apoyar a María-Estuardo. Los segundos, empeñados en paralizar esta política, desencadenan la conjuración de Amboise (16 de marzo de 1560) en el momento más oportuno, acuden a la alianza protestante, solicitan la protección de los príncipes luteranos de Alemania, entran en tratos con Inglaterra, intentan arrastrar a Francia en una guerra de liberación de los Países Bajos sublevados contra España, reciben, tal Condé, subsidios de Isabel I (a la que entregan el Havre en 1562 para conseguir su apoyo). Arde una guerra civil internacional y tiene como campo de contienda, Francia.

Coligny, demasiado sensato, no consiguió mantenerse en cabeza de la nobleza protestante. Catalina de Médicis apreciaba al almirante por su ponderación, la sinceridad de sus convicciones religiosas y su lealtad hacia la corona. Adherido a los Reformados, después de la denuncia de la tregua de Vaucelles (que había contribuido a negociar con su tío Montmorency), Coligny obtuvo para sus correligionarios el derecho implícito de libertad de conciencia individual por el edicto de marzo de 1560 y gracias a la promulgación del edicto de tolerancia del 7 de enero de 1562 (a consecuencia del coloquio de Poissy, en el otoño de 1561). Pero se encontró muy pronto desbordado por sus amigos, y tuvo que ceder la preeminencia a los Borbones, príncipes de sangre real, descontentos con su papel puramente honorífico. Empujado por su esposa Juana de Albret, hija de Margarita de Angulema, y todavía más fanática que su madre, Antonio de Borbón, rey de Navarra, se adhirió a los Reformados en marzo de 1558 (quizá la torpeza del papa Julio II, al excomulgar a Juan de Albret en 1512, y al mandar a Ferdinando de Aragón invadir el reino de Navarra, contribuyó a esta decisión). Pero Antonio, de carácter incierto y vacilante, se dejó dominar pronto por Condé.

Ningún escrúpulo podía detener a este príncipe temerario y ambicioso en sus ataques contra la Corona. Participó en todos los complots, en la conjuración de La Renaudie, así como en la loca aventura de Amboise y en la tentativa de Maligny para apoderarse por sorpresa de Lyon y proclamar allí un «cantón» de tipo suizo (agosto de 1560), empujó a los Estados de Pontoise a instaurar una monarquía constitucional (1561). Para este representante del ramo menor de la dinastía, la Reforma no representaba más que un pretexto para conquistar el trono. Después del edicto de enero y de la matanza de Vassy, se dejó proclamar «Protector general» de las iglesias de Francia y preparó abiertamente la guerra civil. En todo el país le seguían unos 2.000 hidalgos, en su mayor parte codiciando las riquezas de la Iglesia, cuya influencia local permitió ganar varias regiones al «Evangelio». Tal fue el caso de su hermano Francisco de La Rochefoucauld en Poitiers, de François d'Andelot, hermano de Coligny, en Nantes, de Margarita de Francia, casada con

el duque de Saboya, en Bourges, del príncipe de Orange en su feudo, de Juana de Albret en Bearn. Olvidándose de su misión, que consiste en defender el reino contra las empresas extranjeras, la nobleza, dividida, prestaba su espada a la guerra civil.

Foso entre la gente de toga y de finanzas y el Tercer Estado

En el seno del Tercer Estado, es la guerra social la que se prepara, a mayor plazo. El foso se profundiza entre la oligarquía financiera y mercantil, apoyada por una clientela privilegiada de gente de toga, y, por otra parte, la clase media de burgueses y artesanos, ampliada a la gente común.

Una clase de hombres de negocios gordos, detentores de los capitales monetarios, ya está constituida. Entre ellos unas familias se destacan: los Pocher, Briçonnet, Beaune (Semblançay) en París y en Tours, los Du Peyrat en Lyon, los Pincé en Angers, los Bonald y Vigoroux en Rodez, los Roquette y los Assézat en Tolosa. Entrelazados por matrimonios (Briçonnet, Semblançay, Gaillard, Robertet, Bohier), controlan la administración como las finanzas, y gracias a su competencia y al apoyo de la gente de toga, se apoderan del gobierno de las ciudades, primero en el Sur, y luego en las capitales, Lyon, Ruan, París, y en el Norte.

Mientras la burguesía mediana sufre de la crisis financiera, del peso exagerado de las tasas (sobre todo en Normandía y Languedoc) y de la pérdida de sus mercados por consecuencia de la guerra, nace en los Estados de 1558 un cuarto Estado, el de los togados, de la gente de justicia y hacienda, compradores de las funciones, de los oficios que la monarquía pone en subasta para obtener recursos. Tal es el número de los consejeros en el Parlamento que toman escaño por semestre. Se duplican «bailes y senescales» por «presidiales» (tribunales de primera instancia). Abogados y fiscales pululan en la misma proporción. Lo mismo pasa en Hacienda, en la Corte de Ayudas (tribunal fiscal), en la Cámara de las Monedas. Aumenta en tal forma el número de cobradores y tesoreros que se constituyen en la contabilidad dos equipos, uno para los años pares y otro para los impares. Se duplica o se triplica el número de los «elegidos» o repartidores de los impuestos. No hace falta decir que la gestión no mejora, pero quizá las irregularidades, sí. La venalidad de los oficios, quita toda autoridad al gobierno sobre unos agentes propietarios de su función y prácticamente inamovibles. Así administración y hacienda se transforman en una «feria pública» en la que el tráfico viene a ser oficial y el abuso de las «especias», donativos, regalos y otras tantas propinas, legítimo. Así, por otra parte, se aleja a la burguesía de unas actividades económicas mucho más útiles para la sociedad.

Novatadas contra corporaciones y cofradías

El poder manifiesta su injerencia creciente en la vida de los gremios en la misma forma, es decir, creando unos oficios inútiles. Las funciones de cobradores de tasas, de jurados veedores, de corredores especializados se transforman en oficios otorgados por el rey, mediante especies. El número de

intermediarios administrativos aumenta, arrastrando la correspondiente alza de los precios, formación de monopolios, la tendencia a recortar los salarios para mantener el provecho, a multiplicar los pleitos. Exentos de todas estas reglamentaciones quisquillosas, el gran comercio, entre las manos de los extranjeros, se beneficia de un privilegio de hecho.

En efecto, un sector, alentado por el Estado, se desarrolla, cada vez más amplio, fuera del cuadro corporativo. Se extiende a las minas, la metalurgia, la cristalería, los textiles, la papelería, la jabonería, las construcciones navales. En esta economía precapitalista, los grupos concesionarios, integrados por comanditarios italianos o por señores, pañeros o mercaderes, se enfrentan con las comunidades obreras.

Por su acción personal, el soberano contribuye a zapar las prerrogativas de las corporaciones. El es el primero en transgredir sus reglas, no sólo en favor de los artistas o artesanos que llama desde el extranjero, sino también de los que, mediante especies, obtienen letras de maestría, directamente de él. Sin previo aprendizaje, sin examen y sin obra maestra, estos privilegiados se benefician del derecho de crear empresas, en detrimento de los principios mejor establecidos de la organización profesional. Este modo de proceder, introducido por Luis XI, se extendió bajo Francisco I en una forma exagerada.

En el plan social, también el rey combate las cofradías, sociedades de mutual asistencia, cuya acción completa la de las corporaciones. El Parlamento ya se había opuesto el 28 de julio de 1500 a la creación de nuevas hermandades. Bajo el pretexto de reducir los gastos de recepciones y banquetes (el 15 de marzo de 1524) primero, y en una forma general por el edicto de Villers-Cotterets, en 1539, el rey prohibió las cofradías en todo su reino. Protesta la rica y potente corporación de los pañeros y obtiene dos años más tarde que se anule la medida (en lo que le toca), mientras las otras (cumpliendo con una función necesaria) renacen a pesar de las prohibiciones repetidas por el rey en 1560, 1566, 1576-79.

Paralelamente con las cofradías, unas amicales o asociaciones de gremios («compagnonnages») agrupaban a artesanos u obreros de astilleros, de imprentas, de la moneda, de los textiles, de la metalurgia, de la cristalería. Les prohibió una sentencia del Châtelet del 10 de marzo de 1506. Estas medidas alentaron la formación de grupos clandestinos, o sectas de forma sindical, entre las cuales unas permanecieron neutrales, cuando las otras participaron en la guerra religiosa que se iniciaba.

Víctimas de las novatadas del Estado, injeriéndose en sus asuntos, los productores de los gremios se veían reducidos a gente de segunda categoría, marginada por los togados y los hombres de negocios. Se hacía más y más difícil acceder a la maestría. Las condiciones de vida empeoraban: se calculó que, sobre la base 100 en 1330, el poder adquisitivo cayó a 65 en 1480 y a 30 en 1550-60, antes de hundirse hasta 16 en 1598. Los salarios no habían seguido el proceso. Así que entre los recursos de la clase mercantil y los de los artesanos y obreros, la diferencia aumentaba sin cesar. En la misma época las ordenanzas reales excluían a los trabajadores manuales (llamados «gens me-

chaniques») de los consejos municipales, es decir, prácticamente de la administración comunal, pues las asambleas generales tendían a desaparecer.

Mientras tanto los campesinos se aprovechaban de los apuros de la nobleza para liberarse de sus trabas y enriquecerse con el alza de los productos, la miseria aumentaba en las ciudades. Reaparecía la peste. Reinaba mucha inseguridad. Se producían alborotos. En París, en 1500, por causa del trigo. En julio de 1514, en Agen, contra los impuestos, y durante algún tiempo los sediciosos dominan la ciudad. Pero la más sintomática es la revuelta de Lyon, la «grande Rebeine», en abril de 1529. Centro de la finanza cosmopolita, lugar elegido por los impresores y los propagandistas de las ideas nuevas, la ciudad está especialmente «trabajada» por los agentes extranjeros. Son expulsados treinta agitadores. Sin embargo, una sublevación provocada por la carestía de la vida y primero dirigida contra los acaparadores de trigo, se desarrolla, a instigación de los obreros impresores y tintoreros, en circunstancias bastante sospechosas. Se atacan los conventos de Cordeleros de la isla Barba, se niega el pago de los diezmos. Sin esperar la intervención real, el Consulado municipal reprime el motín con energía y manda ejecutar a uno de los cabecillas, Jean Mussy (que primero huye cerca del duque de Saboya). No fue más que una alerta. Pero los agitadores estaban probando sus fuerzas.

Otros movimientos se producirán más tarde, a instigación de Inglaterra. En 1542, cuando Enrique VIII y Carlos V se disponen a dividir entre ellos los despojos de Francia, las antiguas provincias de los Plantagenêts, reclamadas por el soberano británico, empiezan a «moverse». En La Rochela se produce una revuelta contra la «gabela» de la sal; en Burdeos, perece un teniente del rey. Cuando la segunda guerra contra Inglaterra en 1548, se notan nuevos alborotos contra la gabela, en el momento de la reocupación de Bolonia.

Sin embargo, en su conjunto y principalmente en París, las corporaciones gremiales apoyaron decididamente a la Liga y se alzaron en contra de los hugonotes.

* * *

Pero frente a la guerra civil que sigue la muerte de Enrique II (10 de julio de 1559) la reina Catalina de Médicis queda impotente. Desprovista de convicciones religiosas marcadas, su carácter la predispone a la moderación. Aprovechándose de sus sustos de mujer estéril al principio de su matrimonio, Margarita de Angulema la había inclinado hacia los Reformados. Con las mismas tendencias, Margarita de Francia, hermana de Enrique II, duquesa de Saboya en 1559, ejerce también una real influencia sobre ella. Le maneja entrevistas secretas con varios protestantes de París. Ella misma recluta como canciller a su confidente Michel de l'Hospital, conocido por su inclinación liberal. Pero Catalina no se deja atraer por el fanatismo de una Jeanne de Albret.

Desearía restaurar la unidad dentro de la tolerancia. Se empeña en crear un tercer partido entre los dos que se desafían con el fin de salvaguardar la autoridad real y de ejercer el papel de árbitro que es el suyo. Pero se

deja desbordar por los acontecimientos. Fracasará. Y Francia pagará el pesado legado de Francisco I con los horrores y las matanzas de las guerras de religión, con la pérdida de su unidad espiritual y con una grieta social de tremendas consecuencias en el porvenir.

Sólo una de las metas de los innovadores no fue conseguida: Su Majestad muy Cristiana no rompió con Roma, siendo este papel reservado al «Defensor de la Fe», Enrique VIII de Inglaterra.

CAPITULO V

MIENTRAS ENRIQUE VIII JUEGA A LOS PONTIFICES Y ROMPE CON ROMA...

En estos primeros años del siglo XVI, Inglaterra ofrecía a las empresas dirigidas contra la Iglesia y el Papado un terreno más favorable que Francia. Desde hacía ciento cincuenta años, la herejía clavaba allí sus raíces. Había suscitado una grave agitación social. Desgarrada por la guerra «de las dos rosas», aplastada por el contragolpe de sus derrotas en Francia, la nobleza feudal, al degollarse en un baño de sangre, había arrastrado con ella a la dinastía legítima. Empujado por una clase de enriquecidos desprovistos de escrúpulos, codiciando los bienes de la Iglesia, el rey, advenedizo también, inclinaba en presentarse como el jefe de la Iglesia.

En conexión con Praga, Wiclef siembra la revuelta religiosa en Inglaterra

En la segunda mitad del siglo XIV ya el país había sido trastornado por una primera revolución religiosa y social. Discípulo de Ockham, antes de enseñar en Oxford la filosofía, John Wiclef se reveló pronto como uno de los precursores más atrevidos de la Reforma. Gracias a unos cortesanos de Ana de Bohemia, primera esposa del rey Ricardo II, mantenía lazos con los futuros medios «husitas» de Praga. Con gran habilidad se aprovechó de la intervención intempestiva del papa Urbano V, reclamando a Inglaterra el pago de treinta y tres años de atrasos del «tributo» prometido a la Santa Sede por el desdichado Juan sin Tierra, para publicar en 1378 un libro, «De Iglesia», en el cual negaba el libre albedrío, oponía la «asamblea de los elegidos» a la jerarquía sacerdotal, denunciaba (aunque él mismo acumulaba curatos y prebendas) los excesos del Clero y atacaba al papa. Sin embargo se le trató con miramientos porque analizando en otra obra suya, «De Officio Regis», la función real, defendía la teoría de la independencia del poder soberano, considerado como procedente de derecho divino, frente al papa. Más atrevidos todavía, algunos de sus discípulos, animadores del grupo de los «lollards», inspirándose en el Antiguo Testamento, pretendían restablecer la observancia del sábado judío y prohibir el consumo de carne de cerdo.

Pero esta agitación religiosa, apoyada por los «poor preachers», los pobres predicantes y los monjes mendicantes, degeneró pronto en revuelta social abierta. Encabezaba esta «jacquerie», con Wat Tyler, un sacerdote, discípulo de Wiclef, John Ball. Provocada por la imposición de una capitación extraordinaria destinada a financiar la guerra de Francia, esta revuelta se propagó a 28 condados del Sureste antes de estallar sobre Londres, donde los amotinados degollaron al arzobispo Sadbury, canciller, y se apoderaron de la Torre. Para apaciguar a los revoltosos el joven rey Ricardo II tuvo que prometerles la concesión de cartas municipales y el rescate de los derechos serviles. Promesas que se apresuró a denunciar el Parlamento, tan pronto como fue matado Wat Tyler.

La guerra de las dos rosas diezma a la nobleza inglesa

Pero, de esta prueba, la monarquía había salido humillada, combatida por su nobleza, pronto desgarrada en una lucha inexpiable. Empezó la contienda durante la minoría de Ricardo II, hijo del Príncipe Negro y de la hermosa Joan Plantagenêt, proclamado a los siete años, a la muerte de su abuelo Eduardo III. Su tutela compartieron sus dos tíos, Juan de Gante, duque de Lancaster, y Eduardo Langley, duque de York. Pero el hijo de Juan, Enrique Bolingbroke, expulsado por causa de sus intrigas, pero apoyado por el Clero y los burgueses de Londres, se rebeló contra Ricardo, le derrotó y se apoderó de su persona en Flint en 1399. Así el usurpador Lancaster subió al trono como Enrique IV (1 de octubre de 1399).

Con una autoridad tan mal sentada, amenazado en todo momento por las conspiraciones y por la agitación de los «lollards», este rey sin legitimidad quedó bajo la dependencia del Clero y del Parlamento. Su hijo Enrique V consiguió fortalecer su trono, gracias a sus conquistas en Francia. Mientras los nobles se engordaban con su botín en el continente, una milicia de arrendatarios libres, los «yeomen», mantenía el orden en Inglaterra, contenía a los escoceses en su «frontera», mientras extendía sus bienes. Pero este equilibrio, tan provechoso para todos, no sobrevivió a la derrota. El milagro de Juana de Arco y el restablecimiento nacional, obra de Carlos VII, sonaron el toque de agonía del clan de los Lancaster y de los Beaufort.

Como para añadir a su desgracia, la dinastía ilegítima se encontraba representada por un rey de tal debilidad mental que su lucidez sufría frecuentes eclipses. Curiosa revancha del Destino. La derrota que un rey loco, Carlos VI, llevó antaño a Francia, la hija de este mismo rey y de Isabel de Baviera, Catalina de Francia la llevó a su vez a Inglaterra, transmitiendo a su hijo Enrique VI la misma tara hereditaria. Encerrada en un castillo del país de Gales, pero consolada por un compasivo carcelero, dio a luz a Owen Tudor, padre de la futura dinastía.

Por el momento, el pobre Enrique VI, confinado en el estudio y la devoción, se encontraba muy incapaz de enfrentarse con el temporal. Su esposa, Margarita de Anjou, de estirpe aragonesa y lorena, tanto más fuerte cuanto él más débil, pero francesa, pues sospechosa, al tratar de restablecer la paz aumentaba estas sospechas. Fue así como, entre 1450 y 1485, la nobleza feudal

inglesa, tan codiciosa como cruel, pérfida y pronta a la traición, siguiendo la rosa roja de los Lancaster y Beaufort o la blanca de los York y Neville, se mató sin piedad, mientras la miraba la burguesía, prudentemente apartada del conflicto.

A las derrotas de Francia, respondían sublevaciones en Inglaterra. Al aprender el fracaso de Formigny y la capitulación de Ruan (15 de abril de 1450), Ricardo de York desencadenó la primera. Un agitador, Cade, condujo a Londres una multitud de 20.000 campesinos, que saquearon las tiendas; furiosos, los burgueses reaccionaron y les expulsaron. Después de la rendición de Burdeos (23 de junio de 1451), nueva amenaza, alejada por la detención de Ricardo. Un mes después de la derrota de Talbot en Castillon (17 de julio de 1453), Enrique IV pierde sus facultades. Nombrado «protector» o regente del pequeño Eduardo (27 de marzo de 1454), Ricardo, alentado por su cuñado Warwick, se niega a devolver los poderes cuando el rey recobra la razón. El 23 de mayo de 1455, la nobleza de Lancaster sufre una derrota en Saint Albans. Sigue el guión.

En 1459 Richard exige la corona, derrota a los de Lancaster en Blare Heath y Northampton, donde el rey cae prisionero (14 de julio de 1460). Pero el Parlamento no concede a Ricardo más que el título de «Protector» y la reina en persona aplasta a su ejército y le mata en Wakefield (el 30 de diciembre de 1460). Y mientras el Parlamento proclama a Eduardo VI (el 14 de marzo de 1461), el 28 los dos clanes libran una lucha encarnizada en Towton and Saxton, cuyo balance es de 36.000 muertos, entre los cuales 28.000 de Lancaster. Y el baño de sangre sigue: delante del bosque de Exham (8 de mayo de 1463), en Nottingham, Barnet (donde Warwick perece), hasta que sucumbe el partido de Lancaster en Tewskesbury el 4 de mayo de 1471; el príncipe de Gales es asesinado, y el rey Enrique IV matado en su calabozo (el 23 de mayo).

Durante algún tiempo, con la confiscación de los bienes de sus adversarios, se fortalece la autoridad de los York. Pero los excesos de Ricardo III, usurpando el trono (22 de junio de 1483) y mandando asesinar a sus sobrinos, le condujeron al desastre de Bosworth (22 de agosto de 1485). Vencedores los galeses, bajo su estandarte del dragón rojo, llevaron al trono a Enrique Tudor, el pequeño sobrino de Owen. Casándose con Isabel de York, hija de Eduardo IV, Enrique VII trató a la vez de legitimar su usurpación y de facilitar la reconciliación entre los dos clanes.

Los advenedizos Tudor, aliados de los comerciantes de la «City» y de los «innovadores» de Oxford

Advenedizo, el nuevo rey llama en su entorno a otros advenedizos que le deben todo. Gracias a una red de espías bien montada, escapa de numerosos complots yorkistas. Codicioso y astuto, arruina a los restos de la antigua aristocracia con apropiadas medidas económicas y severas multas. Así llega a ser, detrás de la Iglesia (que posee una tercera parte del patrimonio del reino) el más potente terrateniente. Y el primer acreedor de la Corte. Los comerciantes de la City que no cesaron de prosperar, a pesar de la guerra

de las dos rosas, pueden contar con su apoyo. ¿No constituyen los aranceles la mayor parte de los recursos del Tesoro real? Ahora bien, el comercio internacional está en pleno desarrollo: con Flandes, Amberes y Brujas (gracias al «Intercursus magnus», tratado de comercio firmado en 1496); con Italia (Venecia, Florencia y Pisa); con los puertos hanseáticos.

Desde la mitad del siglo XIV, la exportación de los paños brutos compite con la de las lanas hacia Flandes, cuyo monopolio es de la Compañía de la «Etapa». Desde los reinados de Eduardo II y de Eduardo III se ha protegido la fabricación de estos paños. Los comerciantes a la aventura («merchant adventurers») se encargan de transportarlos y de venderlos al exterior. Se les transforma en Florencia, cuyos banqueros, como los Frescobaldi (a pesar de la quiebra del sindicato florentino en 1339), son todavía poderosos en Londres. Deseoso de favorecer estas empresas, Enrique VII cuida mucho de desarrollar una flota capaz de proteger su marina mercante.

Y en el orden moral se interesa también por las ideas nuevas. Con Richard Fox, su principal consejero el canciller Warham, arzobispo de Canterbury, protege a los «alumbrados» de la época. Primero abogado, luego embajador en Borgoña, este prelado transforma su casa de Londres, Lambeth House, en el centro de la nueva cultura del «new learning». El arzobispo atrae, acoge, pensiona y protege a los adeptos de este grupo, cuyo más brillante representante es John Colet. Hijo de un lord-mayor de Londres, estudiante en Florencia, luego profesor de griego en Oxford, este eclesiástico de ideas atrevidas, comentador de las Epístolas de San Pablo, se empeña en transformar la enseñanza y los métodos pedagógicos. Cinco años antes de Lutero se atreve a criticar los excesos de la Iglesia, con tanta más audacia cuanto que se sabe apoyado, pues el rey le confía la educación de su hijo.

En tales condiciones, la llegada al trono de Enrique VIII (el 26 de abril de 1509) abre a los humanistas ingleses un futuro lleno de promesa. A Tomas More se le nombra sheriff del condado de Londres. El futuro autor de la «Utopía» (publicada en Lovena en 1516) y su amigo Colet llaman a Erasmo, que recibe una cátedra en Cambridge. Grocyn y Linacre completan el grupo, que pone de moda la exégesis de los textos sagrados, mientras William Tyndale los populariza, traduciendo la Biblia al inglés. El joven príncipe, rico, pues dispone de los dos millones de libras acumulados por su padre, quiere que su corte compita con las más brillantes de la época (las de Borgoña y Portugal) y establezca su fama de soberano «alumbrado».

Si de los York heredó cierta indolencia, y de su padre su curiosidad intelectual, Enrique reproduce por su temperamento el tipo galés de pelo rojo de su abuelo Owen Tudor, el hijo del carcelero de la reina Catalina. Hinchado de orgullo, se muere de miedo frente a la menor amenaza contra su trono o su persona, huye delante de la revuelta de los aprendices de Londres (1 de mayo de 1517) o delante de la «suette», una mala gripe. Descubre entonces —mandando ejecutar por ejemplo a Buckingham el 13 de mayo de 1521— detrás de un semblante más bien bonachón una crueldad sin freno subrayada por un vil cinismo.

Respetuoso de las últimas voluntades de su padre, deseoso de mantener

la alianza española y de no dejar escapar una dote de 200.000 escudos de oro, se casó con Catalina de Aragón, enlazada primero durante unos meses con su hermano mayor Arturo (fallecido el 2 de abril de 1502), y entregó su confianza a uno de los más activos agentes de la Corona, advenedizo como él, intrigante y codicioso, pero lleno de recursos, Tomas Wolsey.

Wolsey, corrompido y decepcionado, yergue a Enrique VIII contra Roma

Hijo de un tratante de ganado de Ipswich, secretario de Fox, este joven eclesiástico consiguió, a los treinta años, llamar la atención de Enrique VII, que se obstinaba en su intención de casarse con Juana la Loca. Después de cumplir una misión delicada en Gante cerca del emperador Maximiliano, Wolsey había sido gratificado, por su habilidad y celo, con el puesto de capellán del rey en 1507. Entonces su ascensión fue de las más rápidas: decano de Lincoln, luego arzobispo de York en 1514, cardenal, canciller en 1515, legado permanente del papa en Inglaterra entre 1518 y 1529, lleva la vida más desenfrenada, manteniendo, con 800 servidores, concubinas y sus niños y edifica residencias tan suntuosas, Hampton Court y Whitehall, que se transformaron más tarde en palacios reales. Pero su rapacidad es proverbial. De todo saca dinero. Cuando, después de la espantada de los franceses en la «jornada de las espuelas», el ejército inglés ocupa Tournai, Wolsey, organizador de la expedición, recibe las rentas de la ciudad. Después de la ejecución de Petrucci en mayo de 1517, recoge los recursos del obispado de Bath. De todos recibe donativos, sea del rey de Francia (2.800 libras), sea del emperador. De cada negociación saca beneficio. Por ejemplo, en el tratado de Moore (30 de agosto de 1525), Inglaterra firma con Francia una paz por separado, mediante una contribución de 1.700.000 escudos «al sol» (entre los cuales 130.000 «soles» van a parar al bolsillo de Wolsey). Verdadero amo de la Iglesia de Inglaterra por sus funciones de canciller y, a la vez, legado, va más lejos: al disolver 29 conventos, da la señal de la expoliación de los monasterios.

Da prueba de tanto más celo al servir a su amo cuanto que su ambición le conduce a conseguir la tiara. Cuando los privilegios de la Iglesia se encuentran en entredicho por causa de la muerte sospechosa del libertino Ricardo Horne (descubierto ahorcado en su celda de la torre «lollard» de San Pablo, al final de 1514), no vacila en apoyar la supremacía de la jurisdicción real. Aun cuando se marchan Warham y Fox, en este asunto, él se queda en su sitio. Se lo agradece Enrique VIII, logrando para él el sombrero de cardenal, antes de apoyar su candidatura a la sucesión de León X (1 de diciembre de 1521), por una distribución de 100.000 ducados a los miembros del Sagrado Colegio, y luego a la de Adriano VI (14 de septiembre de 1525). Animado por esta esperanza, fue para ganarse la simpatía del papa que el rey escribió (con la ayuda de Tomas More y de su grupo) la «Assertio Septem Sacramentorum», ruidosa defensa de los siete sacramentos contra los ataques de Lutero contra la Iglesia en la «captividad de Babylonia». Adornado con el título de «Defensor de la Fe», en recompensa de esta valiosa actitud, Enrique tuvo que registrar el fracaso de su candidato, al cual los cardenales prefirieron a Julio de Médicis (Clemente VII).

Así decepcionados en sus ambiciones romanas, el ministro y su amo siguen practicando en Europa una política de equilibrio. Reducida a unos tres millones de habitantes, Inglaterra no puede imponer su voluntad a una Francia que cuenta 14 ni a una España de ocho. Sólo puede pretender a una posición de árbitro. Ya lo había comprendido Enrique VII. Enrique VIII y Wolsey siguen esta misma política. Viene a encontrarse Luis XII en mala postura cuando intenta en vano reunir un Concilio en Pisa, entonces un ejército inglés desembarca en Francia. Pero cuando Ferdinando de Aragón, después de ocupar Navarra, relaja su presión, entonces Wolsey se aproxima a Francia, aconseja a Enrique casar a su hermana María más bien con Luis XII que con Carlos de Austria. Sobreviene la entrevista del Campo de los Paños de Oro, pues inclina otra vez la balanza hacia Carlos V, pero como los votos de los 17 a 18 cardenales de los cuales dispone el emperador van a Julio de Médicis, entonces el ejército inglés amenazando a París se para y da media vuelta en seguida. No sobrevive la alianza española al rechazo por Carlos V del matrimonio con María de Inglaterra a la que prefiere a la rica heredera, infanta de Portugal (10 de marzo de 1526).

Pero estas vacilaciones diplomáticas provocan inevitables repercusiones matrimoniales, cuyos gastos paga la reina Catalina de Aragón. En 1503, para no dejar escapar, después de la muerte de Arturo, ni su dote, ni la prenda de alianza que representaba con España, Enrique VII había decidido de su enlace con el nuevo heredero del trono. Aunque la unión de su hija con Arturo no había sido probablemente consumada, la reina Isabel de Castilla, antes de morir en 1504, había obtenido del papa Alejandro VI una dispensa para este matrimonio. En cuanto a Enrique VII, había manejado a su hijo una puerta de salida, firmando una protesta contra sus esponsales. Y hasta su matrimonio, en 1509, Catalina, prácticamente privada de todo subsidio, había vivido unos años difíciles. Con cinco años más que su real esposo, no podía pretender seducirle por su belleza (aunque le dio muchos niños, entre los cuales sólo la princesa María sobrevivió). Pero tuvo que sufrir el contragolpe de la decepción de Enrique y de Wolsey cerca del emperador, de su resentimiento contra España y del acercamiento con Francia iniciado por el tratado de Moore (30 de agosto de 1525).

En el entorno del rey, más que nunca influenciado por el grupo de Oxford, partidario de la paz, Tomas More y otros, se puede notar la aparición de nuevas tendencias políticas y religiosas. Decepcionado en sus ambiciones pontificales, Wolsey, acariciando el proyecto de proclamarse patriarca, empuja a su amo a considerarse como el jefe de la Iglesia de Inglaterra. Luego sugiere la posibilidad de un matrimonio con Margarita de Angulema, la hermana de Francisco I, viuda del duque de Alençon y protectora de los reformados. ¡La alianza de los grupos de Oxford y de Meaux, qué programa más atractivo! Así se llega a la idea del divorcio.

La coquetería de Ana Boleyn hace el resto

Entre los jóvenes cortesanos, de cultura italiana y de maneras francesas, letrados y a veces poetas, que divierten al joven soberano, se encuentran Francisco Bryan, Tomas Wyatt y Jorge Boleyn. Estos Boleyn (o Bohlen

o Boulan), que se insinúan poco a poco en los favores del rey, eran comerciantes en lanas, muy ligados con Holanda. Entre sus abuelos, contaban un lord-mayor de Londres. Jorge, cuyo padre Tomas había sido armado caballero por Ricardo III, al casarse con Isabel Howard, hija del conde de Surrey (famoso por haber reprimido una revuelta en Irlanda), fue admitido en la Corte (cuando vivía de modo muy mediocre en su casa de Hever). El favor continuo y la curiosa fidelidad de Enrique VIII, que tuvo como amantes, sucesivamente, a la madre, luego a la hija mayor María antes de ligarse con Ana, aseguró la fortuna de la casa.

Las dos hijas habían acompañado a Francia a María, la hermana del rey, prometida a Luis XII, en 1514. María Boleyn, de vuelta en 1520, buena chica, supo atraer al rey sin tratar de ejercer ninguna influencia sobre él; la casó con Jorge Carey. Ana, que permaneció en Francia, cerca de Claudia de Francia y luego de Margarita de Angulema, recibió allí una educación muy completa que la preparó perfectamente para su futuro papel. Tenía veinte años cuando volvió a Inglaterra en 1522. El rey la había encontrado por primera vez en un torneo, en el Campo de los Paños de Oro, en el séquito de la duquesa de Alençon. Morena y atractiva, llamaba la atención por el resplandor de sus ojos y la vivacidad de su espíritu. Entre 1523 y 1525 supo atizar la pasión de Enrique sin ceder a sus atenciones; no se departía de su reserva sino en presencia de unos amigos íntimos, como por ejemplo Henry Percy, futuro duque de Northumberland, o Francisco Wyatt. Temiendo su creciente influencia, Wolsey, después de alejar a Percy, no consiguió casarla.

Más y más enamorado, exacerbado por la coquetería y los prudentes retractos de su dama, Enrique se sintió de repente atormentado de manera intolerable (después de veinte años de matrimonio) por su conciencia que le reprochaba convivir con la que quizá había sido la esposa de su hermano. ¿No condenaba el Levítico tal clase de unión? ¿No había incurrido así en la ira de Dios? ¿No era prueba de esto la maldición sufrida por su prole legítima (mientras una doncella de honor, Isabel Blount, había dado a luz un hijo suyo)? De modo que el divorcio se imponía a él como un deber, deber político y hasta religioso, de lo cual se dejaba persuadir sin gran dificultad.

Entonces se inició este largo proceso que, hábilmente explotado por los consejeros perdularios introducidos en su entorno, le condujó hasta la ruptura con Roma. En mayo de 1527, Warham y Wolsey preparan el expediente. Se suceden las misiones, unas sin el conocimiento de Wolsey (la de Knight que fracasa por completo en febrero de 1528) y otras por su intermediario, entre las cuales la cuarta (de Gardiner y de Fox) obtiene del papa Clemente VII el envío de los cardenales Campeggio y Campana a Inglaterra. Delante de la Corte de Encuesta, reunida en Blackfriars (el 18 de junio de 1529), la reina se niega a comparecer, el obispo Fischer se recusa; después de la audición de unos rechonchos servidores tratando de establecer supuestas relaciones de Catalina con Arturo, se aplaza el proceso después de una intervención de Carlos V. Campana se marcha. Wolsey, comprometido por una carta suya denunciando a Ana en Roma como «una rabiosa luterana», cae en desgracia. Debe abandonar su cargo y tendrá sus bienes confiscados en beneficio del rey, quien manda detenerle como traidor, porque al reunir su

corte de legado en Inglaterra ha violado el estatuto de «Praemunire». Muere en Leicester, el 29 de noviembre de 1530, en el camino de la Torre.

El honesto Tomas More, sacrificado

Se constituye un nuevo equipo, en el cual, Tomas More toma —por muy poco tiempo— los sellos, Tomas Cromwell conquista el poder. Pacifista, idealista, el honesto Tomas More es un extraviado en esta galera. Cuando en 1516 su amigo Colet denunciaba los excesos de la Iglesia y oponía sus métodos modernos de enseñanza a las férulas de la escolástica, se había adherido a la obra de los innovadores, a sus críticas de la sociedad, publicando en Lovena la «Utopía». Curiosa mezcla de sueños platónicos y de consejos tan prácticos que parecen cínicos, que dan prueba de la experiencia del síndico de Londres encargado de negociar en Brujas con Tunstall un tratado de comercio con España (en 1515).

Un tal Rafael Hytlodée fue el supuesto inspirador de este libro en Amberes, donde pululaban toda clase de agitadores. Describe una sociedad igualitaria, cuyos jefes y príncipes son elegidos. Instituyendo el trabajo forzoso, se elimina la miseria. Ha sido abolida la propiedad privada. Las comidas se toman en comunidad. Se practica la tolerancia religiosa, dedicando al Ser Supremo, bajo el nombre de Mithra, el culto a la naturaleza, a la cual pertenece, «el imperio soberano sobre todo el mundo».

Sin embargo, el autor no pierde el contacto con el suelo. Las recetas de gobierno que prodiga, entonces no a su isla imaginaria, sino a la Isla británica, abandonan todo carácter humanitario. Vean ustedes: en el terreno económico, según el más ortodoxo mercantilismo, obtener, gracias a crecientes exportaciones, la mayor cantidad de oro y plata; en el terreno financiero, conservar las especies monetarias en el tesoro público, que se encarga de su gestión, utilizando billetes como medios corrientes de pago. En cuanto a la expansión colonial, debe seguir el siguiente principio: «si los colonizadores se encuentran con un pueblo capaz de admitir sus instituciones y costumbres (los Utopianos) forman con él una sola comunidad social, pero si se enfrentan con una nación que rechaza las leyes de la Utopía, la deben expulsar del país que quieren colonizar». ¿No será más tarde el caso de América?

Nuestro autor condena la guerra. Considera que el pacifista no puede admitirla sino por razones económicas, por ejemplo «si los comerciantes de una nación amiga han sufrido injustas vejaciones», y sostenerla sólo con su dinero, pero no con su propia sangre, sino con la de mercenarios, que llama «Zapoletes». Entonces los Utopianos «les seducen con brillantes promesas, y luego les exponen en los puestos más peligrosos. Así la mayor parte perecen y no pueden reclamar lo prometido». Además de los «zapoletes» los Utopianos emplean, en caso de guerra, las tropas de los Estados que quieren defender, luego las legiones auxiliares de sus aliados y finalmente sus propios ciudadanos... Sólo en caso de extrema necesidad estos prudentes insulares luchan en su propio territorio. Pasado el tiempo, parece que estas lecciones de un puro idealista no fueron perdidas para sus conciudadanos.

A pesar de tan desenfrenado cinismo, Tomas More merece el respeto por su actitud intransigente frente a los que intentaban destruir la unidad cristiana provocando la ruptura con Roma. Ignorando presiones y amenazas, se mantiene siempre fiel a la Iglesia, rechaza la limitación de los poderes de los obispos y prefiere dimitir en 1532. Cuando se niega a reconocer al rey como jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, se le cuestiona en Lambeth House, se le encarcela en la Torre y, en julio de 1535, se corta de un hachazo esta venerable cabeza que se resistió a inclinarse delante del arbitrario real. Simultáneamente perece el obispo Fisher, que había escapado anteriormente de una tentativa para envenenarle.

Agente de los judíos de Amberes y de Venecia, Thomas Cromwell conduce a Enrique VIII al divorcio y al patriarcado

Entonces Cromwell, nombrado canciller del «Exchequer» (Tesoro) el 12 de abril de 1533, aplica con la máxima determinación su programa destructor. Es un agente listo para todo de la peor categoría. Hijo de un cardador de lana de Putney, borracho, este joven pillo tuvo que exiliarse para escapar de la justicia de su país. En Florencia, después de servir como mercenario contra los franceses, se encuentra desprovisto de todo cuando el banquero Frescobaldi (siempre en negocios con Inglaterra) le confía 16 ducados de oro y un caballo para cumplir una misión en Amberes. En esta gran ciudad cosmopolita, obtiene un empleo de «comerciantes ingleses». Luego vuelve a Italia, como contable en casa de un hombre de negocios de Venecia, y después de una breve estancia en Roma, se establece en Middelburgo en Zelanda. A los veinte años, en 1512, reaparece en Londres como comisionista y su matrimonio con una rica viuda, cuyo padre es un comerciante en lanas, le proporciona el dinero y las relaciones en el extranjero que le hacían falta.

Al prestar dinero a gentes de la casa de Dorset y del arzobispo Warham, consiguió penetrar cerca de Wolsey (1514). El cardenal le empleó como fiscal, alguacil, intendente del arzobispado de York y finalmente como veedor de las Ordenes menores, cuya disolución debía permitir la creación de nuevos colegios en Ipswich and Oxford (1525). Agente sucio, dependiente de usureros, espía, Tomas Cromwell encontró así su vocación. El duque de Norfolk, tío de Ana, que, apoyado por los Boleyn, intentaba torpedear a Wolsey, quitándole el control del servicio secreto, buscó el concurso de Cromwell, obteniéndole un escaño en el Parlamento como representante de Taunton, pagando sus estudios de derecho en Gray's Inn, e introduciéndose como secretario del rey. Ya está el pícaro en el mejor sitio para realizar su misión: romper con Roma: someter la Iglesia de Inglaterra al arbitrio real, quebrantando la resistencia de su jerarquía, reformar sus dogmas y confiscar sus bienes.

Si no se puede negar la impopularidad, que le valen a la Iglesia sus riquezas, ni la falta de consideración de la que padecen los monasterios, no existe una fuerte corriente hacia la Reforma y la tradición de los «lollards» no suscita más mártires. Entonces la acción de Cromwell y de los Boleyn procede del exterior, de estos medios de negocios y de finanzas que conoció en Florencia, en Venecia y Amberes, medios enlazados con los «innovadores»

de Francia. En Inglaterra se trata de influir sobre el rey, a través de su pasión por Ana, de su ambición de llegar a ser el amo espiritual de su reino, y por fin de su codicia.

Cromwell engorda a la «Gentry» con los despojos de la Iglesia

Para alcanzar estas «metas», no se llama a las convicciones, sino a la codicia de la nueva aristocracia, la «Gentry», y de la gran burguesía de negocios que, una vez comprometidas en el reparto de los despojos del Clero, formaron la base más fuerte del régimen. Pero temen reacciones populares, que no faltaron en producirse más tarde, cuando la sublevación de los condados de Lincoln y de York y de la peregrinación de Gracia (1536). Para prevenirlas e imponer la voluntad real, Cromwell, inspirándose en los métodos italianos, implanta en el país la red policíaca más amplia y apretada; sus espías, sus ojos y sus orejas están «en las tabernas, las iglesias, los molinos, las granjas, las herrerías, en el campo y en las ciudades, en el umbral de los panaderos, astres, candeleros, a esquina de las calles, de los puentes, de los recintos, bajo los pórticos y sobre los barcos» (Richings, p. 130). El terror policíaco y la intervención de mercenarios extranjeros van a cortar toda resistencia.

En todos los más elevados puestos, Cromwell nombra a adictos suyos. A Tomas More, ejecutado, sucede Tomas Audley (1532), a Warham (fallecido en agosto de 153), Tomas Cranmer, capellán del rey, como arzobispo de Canterbury en marzo de 1533. Se trata de un sacerdote casado con la sobrina, Margarita, del teólogo Hosmer, cuando estudiaba en Nüremberg la doctrina luterana. Con su sutileza dialéctica, su falta de escrúpulos y su experiencia personal, será un auxiliar muy eficaz en el asunto del divorcio, del que puede decidir a título de primado de Inglaterra.

La consulta de las Universidades, sugerida al principio por él, no había sido concluyente. La sexta misión en Italia, la de Tomas Boleyn, marido complaciente, indigno padre (cuyo servilismo ha sido premiado con la función de tesorero en 1522 y sucesivamente con los títulos de vizconde de Rochford y conde de Wiltshire y de Ormond, en 1530), fracasó tanto cerca de Carlos V en Bolonia como en el Vaticano. El papa intimó a Enrique la orden de comparecer en Roma y replicó al reconocimiento del rey como jefe de la Iglesia por el Parlamento en 1531, negándose formalmente a consentir el divorcio (al principio de 1532).

Entonces el desenlace se precipita. Enrique toma pretexto de la respuesta negativa de Catalina tanto a reconocer su nueva dignidad como a aceptar una separación amigable, para alejarla definitivamente. Por fin, Ana Boleyn, cediendo a su impaciencia, se reúne con él en Hampton Court y recibe el título de marquesa de Pembroke (1 de septiembre de 1532). Cranmer regulariza esta situación con un matrimonio secreto el 25 de enero de 1533. Presidida por este singular prelado, una Corte eclesiástica reunida en Dunstable proclama la nulidad de la unión del rey con Catalina. En consecuencia, Ana recibe la corona el 31 de mayo. No sobraba tiempo. Al nacer el 4 de septiembre su hija Isabel, la futura reina, tenía dos meses de adelanto para ser

considerada como legítima, y por eso el astuto embajador de Carlos V, Chapuys, la apodaba la «pequeña bastarda» en sus informes.

La victoria de los Boleyn es el triunfo de la Reforma. La misma arma que sirvió para aplastar a Wolsey se blande contra todo el Clero. Se le acusa de haber violado el estatuto de «Praemunire» al permitir que la jurisdicción pontifical se ejerciera en Inglaterra. Entonces se le impone una multa de 400.000 coronas, para empezar, y se le obliga a reconocer al rey como «Protector y Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra». Ahora y en adelante, los obispos tienen que obedecer no al papa, sino al rey, que permite aplicar las Ordenanzas eclesiásticas (1532). En su servilidad los representantes del Clero proponen abolir las «anates» (recursos de los obispados vacantes, que se pagaban al Vaticano). En 1533 y 1534, el Parlamento agrava estas medidas, suprime la jurisdicción papal, impone el acta de supremacía, la nulidad del matrimonio con Catalina, el acta de sucesión en favor de la joven Isabel, la negación de la autoridad del «obispo de Roma». En 1535, con las leyes de represión de los crímenes de alta traición, empiezan las persecuciones. Horriblemente torturados, los monjes de Charter House y de Sión, los obispos Fisher y Tomas More (cuya cabeza cortada fue expuesta en la picota), abren el camino a nuevos mártires. Mientras tanto, «evangélicos» puros ocupan los obispados: Latimer en Worcester, Shaxton en Salisbury, Edward Foxe en Hereford (en el intervalo de sus visitas a los luteranos de Alemania, a Bucero en Estrasburgo y a la Liga de Smalkade). Ya están los lobos disfrazados de pastores.

Su tardía vocación eclesiástica lleva a Cromwell a la alta función de «Vicario general del Jefe Supremo de la Iglesia Anglicana». De manera que preside la Asamblea del Clero, presenta para la elección de los obispos y controla al Clero. Pero sobre todo está encargado de liquidar a los monasterios y ejerce estas funciones con tanto celo como competencia y método. Una encuesta de cuatro meses, a cargo de veedores, dignos acólitos del vicario general, verifica sus recursos y concluye con un «libro negro» relatando las abominaciones que justifican su reforma. Mientras se libera de los votos a los monjes de edad inferior a veinticinco años, el Parlamento de 1536 suprime las casas disponiendo de menos de 200 libras (quedan disueltas 327). Luego, sin pausa, durante cinco años, los 1.200 conventos que poseía Inglaterra vienen a ser confiscados y vendidos en subasta. El último fue el de Waltham el 23 de marzo de 1540. Al tratar de resistir, los abades de Reading, de Colchester y de Glastonbury fueron ejecutados. La «Corte del incremento de los ingresos de la Corona» (sic) no dedicó estos recursos extraordinarios a obras de beneficencia, sino que, fiel al programa trazado, liquidó estos bienes a bajo precio (aunque el Tesoro recibió un millón y medio de libras). Las dos terceras partes de las tierras cayeron en manos de prebendados que compartieron los despojos: banqueros, comerciantes, «yeomen», o sea los más firmes apoyos de los advenedizos Tudor.

Paralelamente a la liquidación de los bienes de la Iglesia se procedía a la depuración de la liturgia y del dogma. El obispo Latimer inició en 1536 la lucha contra las «imágenes» que se extendió, según la prescripción de Cromwell de 1538, a las reliquias, los donativos, las peregrinaciones. En cambio, se ordenó exponer la Biblia en todas las iglesias (traducida al inglés

por Tomas Matthew, en la versión de Tyndale para el Nuevo y de Coverdale para el Antiguo Testamento). Pero, para impedir la difusión de doctrinas disidentes (el rey trata a los heréticos con el mismo rigor que a los católicos), se necesita una definición del dogma. La declaración de 1536 en diez artículos no conserva más de tres sacramentos: el bautismo, la penitencia y la Eucaristía, pero al Libro de los Obispos vuelven siete, en 1537.

Entre tanto, los condados de Lincoln y de York se han sublevado; 35.000 campesinos, reagrupados por Robert Aske, hicieron frente en Doncaster a 8.000 hombres del ejército real mandados por Norfolk. Se fingió tratar con el jefe de los rebeldes para burlarle; luego se reprimió el movimiento con la máxima crueldad. El rey temió lo peor. En 1539, a iniciativa suya se restablecen, por el Estatuto de los Seis artículos, la presencia real, la comunión en una sola especie, el celibato del Clero, los votos religiosos vitalicios, las misas privadas, la confesión verbal. Se amenaza a los disidentes con severas sanciones. Se obliga a Cranmer a abandonar a su esposa; Latimer y Shaxton dimiten.

Excomulgado después de la ejecución de Tomas More y del obispo Fisher, Enrique VIII teme cada día más que, a instigación del papa, se forme una coalición contra él entre el emperador y el rey de Francia. Ahora, he aquí que la obra empieza a devorar a sus autores. La primera amenazada, Ana Boleyn, se ve abandonada por su partido. Convencido, después de un mal parto, que tampoco ella le dará un heredero, el rey se aparta de ella, que, temiendo lo peor, le tolera una amante por ella escogida, miss Shelton. Ocurre la muerte repentina de la reina Catalina (el 6 de enero de 1536). El embajador Chapuys cuenta que el embalsamador descubrió su corazón negro, se extiende el rumor de que ha sido envenenada y se acusa a Ana, siempre muy impopular, de haber intentado deshacerse de su rival y de la princesa María.

Su amo lo sacrifica (Cromwell) a sus desórdenes

Ahora Enrique se enamora de una hacanea seca, Jane Seymour, que lleva a sus padres a palacio. Pronto en adivinar los deseos de su amo, Cromwell teje, él mismo, la trama que perderá a Ana Boleyn. Convoca al músico Mark Smeaton (denunciado por sir Tomas Percy), le tortura para que confiese sus relaciones, y las de Morris, de Brereton y de Wyatt con la reina. El 2 de mayo de 1536, Ana, conducida a la Torre, está cuestionada por Cromwell, Cranmer y Norfolk. Después de una farsa de juicio (en el cual su padre tiene la vergüenza de participar), es ejecutada el 15 de mayo de 1536. Al día siguiente, Enrique VIII, vestido de blanco, se casa con Jane Seymour. Ya embarazada del futuro Eduardo VI, perecerá al dar a luz (el 24 de octubre).

Cromwell en persona será la próxima víctima. Aprovechándose de las relaciones bastante buenas entre Jane Seymour, los imperiales y la princesa María, trató, pero en vano, de obtener que ésta reconozca la supremacía religiosa de su padre. Y mientras continúa la persecución tanto contra la familia católica del cardenal Reginald Pole (emigrado desde hace mucho tiempo en Francia) como contra Lambert y otros heréticos, Cromwell se empeña

en concluir una alianza con los príncipes protestantes de Alemania. Espera que la unión con Ana de Clèves, cuyos esponsales se concluyen en diciembre de 1539, sellará esta alianza. Pero no sellará otra cosa que la suerte de Cromwell; abandonado en su turno por Norfolk. Con esta princesa, demasiado fea, el rey se casa pero a disgusto. Se interesa más por la joven (de dieciocho años) Catalina Howard, alegre y coquetona.

Norfolk, como se trata de una sobrina suya, favorece esta intriga, tanto más que se dio cuenta en París de que se exageraba mucho el riesgo de una coalición contra Inglaterra. Para defender su crédito amenazado, Cromwell imagina confiscar los bienes de la Orden de los Hospitaleros de San Juan de Jerusalem para entregarlos como pasto al Moloch real. Pero no bastó para salverle. Se le intimó a apartar a Ana de Clèves, y el 10 de junio Norfolk le detuvo en el mismo Consejo y le mandó ejecutar (a pesar de sus súplicas) el 28 de julio de 1540. Naturalmente Enrique se apresuró a confiscar sus bienes y a casarse con Catalina Howard, mediante una renta de 4.000 libras concedida a Ana de Clèves que aceptó, feliz de salir tan bien de tan mal paso.

De todos modos, parece que Enrique no fue nunca capaz de jugar el papel de don Juan (según una carta producida por su cuñada lady Rochford, en el proceso de Ana Boleyn, sus facultades eran muy inferiores a su reputación). Ahora, pasado el tiempo, le convenía mejor el papel de Géronto. Catalina (¿no le correspondía a su edad?) cometió algunas imprudencias con su galán, el joven Culpeper. Como los reformados la consideraban hostil a la Iglesia nacional, un cortesano protestante se apresuró a denunciarla a Cranmer. Y la intriga se terminó con la serie habitual de ejecuciones (1 de diciembre de 1541).

Esta vez el rey esperó hasta el 12 de junio de 1543 para casarse con Catalina Parr, ya viuda dos veces, que jugó el papel de aya y amiga de los príncipes herederos, María, la joven Isabel y el pequeño Eduardo. Aunque emparentada con los católicos Essex, se inclinaba hacia los innovadores, lo que debía cumplacer a su real amo. Sin embargo, las «Instrucciones para cada cristiano», promulgadas por Enrique VIII en marzo de 1543, parecían retroceder sobre las anteriores. ¿Se trataba de volver a la ortodoxia o sencillamente de una maniobra oportunista? La mejor hipótesis debe ser la segunda. En el interior se producía, alrededor del obispo Gardiner, cierta reacción católica con la que debía contar el rey. Y en el exterior se acumulaban las amenazas: próxima convocatoria del Concilio de Trenta, preparativos de desembarco de los franceses después de la paz de Crépy con el emperador (julio de 1544). Enrique replicó apoderándose de Bolonia (14 de septiembre de 1544). Conquista efímera y operación ruinosa para el Tesoro: la ciudad que había costado cinco millones de coronas debió ser devuelta mediante dos millones. Pero, después de concluir la paz con Francia en 1546, una vez disipados sus temores, Enrique VIII, fiel a sí mismo, reanudó su política, apenas interrumpida por necesidad.

No cesó de proteger a Cranmer, ni tampoco de sacar venganza de Reginald Pole, refugiado en Francia y ahora cardenal, mandando ejecutar a su madre la condesa de Salisbury y a lord Grey. A pesar de varias tentativas, Pole consiguió escapar de sus asesinos. Menos feliz el cardenal Beton, jefe de los

católicos escoceses, pereció apuñalado por los agentes secretos del rey de Inglaterra (1546). Mientras tanto continuaban las confiscaciones en provecho del Tesoro de los bienes de las «chantrias», capellanías, hospitales y otras asociaciones corporativas o de socorro (1545).

El nuevo equipo de innovadores, entorno del soberano, ahora propone abolir la misa. Para Hertford y Lisle, que dirigen a estos heréticos, Norfolk parece demasiado moderado. Bastan unos excesos de lenguaje de su hijo Surrey para despertar las sospechas, siempre latentes, del rey. Se ejecuta el 19 de enero de 1547 al seudo conspirador. Y sólo la muerte del rey, ocurrida el 28 de enero, salvará al mismo Norfolk, sentenciado este mismo día, aunque haya sido el mejor servidor de la Corona.

Sangriento balance de su reinado

Así terminaba un sangriento reinado, cuyo balance (coste de la ruptura con Roma) es el siguiente: En vidas humanas: dos cardenales, 18 obispos, 13 abades, 575 sacerdotes, 50 doctores, 12 lores, 20 barones, 335 hidalgos, 124 burgueses, 110 damas de condición, disidentes de toda confesión y clase social, de los católicos a los anabaptistas, inmolados en el altar del Pontificado nacional y del Becerro de Oro. En exacciones financieras: después de dilapidar los fondos procedentes de la confiscación de los bienes primero de los monasterios, luego de las chantrías..., el soberano alimentó su tesoro, depreciando su moneda. En consecuencia, entre 1500 y 1560, los precios se han duplicado (o más) y el coste de la vida casi triplicado. Y, por fin, en desórdenes sociales: enriquecimiento de una clase de pequeños hidalgos, los «squires», de hacendados libres, los «yeomen», y de comerciantes, adquiridores de los bienes del Clero, que cierran sus tierras para reservarlas al ganado, en detrimento de los campesinos, reducidos a unos salarios de miseria, fijados por el Parlamento, cuando no se les echa a la calle, donde se encuentran con los 5.000 monjes, 1.600 hermanos y 2.000 hermanas expulsados de sus conventos. La confiscación de los bienes de las «guildas» (gremios) y la limitación de los salarios de los artesanos van a agravar estas medidas antisociales y extender el paro y la mendicidad hasta tal punto que se hará pronto necesaria una ley de los pobres «poor law».

Unos Regentes ávidos aplastan la revuelta popular

Pues la minoría de Eduardo VI, niño enfermizo de nueve años, deja el poder en manos de unos Regentes, los Seymour, los Dudley, y de una pandilla de luteranos fanáticos y rapaces, cuyas exacciones hacen palidecer las del reinado anterior. Falsificando el testamento de Enrique, Hertford se proclama «Protector» y duque de Somerset. Mientras los obispos de Winchester y de Londres, Gardiner y Bonner, toman el camino de la Torre, Cranmer llama otra vez a Latimer, ofrece a Bucero una cátedra en Cambridge y consulta a Calvino, deroga los seis artículos, autoriza el matrimonio de los sacerdotes, prohibe las «imágenes», reforma la liturgia, imponiendo un libro de plegarias, uniforme y estrictamente protestante (9 de junio de

1549)... y suprime todas las asociaciones, guildas, colegios o hermandades de gremios, de carácter religioso.

Pero eso pasaba de los límites. Empujados por móviles tanto sociales como políticos, los campesinos de Norfolk y de seis condados del Oeste (de Devon y Cornualla, en particular) se rebelaron. John Dudley, conde de Warwick, les aplastó (en julio y agosto de 1549) con un ejército de mercenarios de toda procedencia, pero derrocó a Somerset en diciembre, le envió a la Torre y le mandó ejecutar (22 de enero de 1552) y reanudó las persecuciones. Bajo la influencia del obispo Hooper, de John Knox y de los jefes protestantes de Suiza, el nuevo Protector (ahora duque de Northumberland) mandó detener al obispo Tunstall, promulgó una Confesión de Fe de 42 artículos de carácter radical (que rechaza la presencia real, suprime la misa y el altar —reducido a una sencilla mesa— y los ornamentos), en 1553.

Ahora bien, la muerte repentina del débil Eduardo, agotado por el exceso de trabajo intelectual al que se le había sometido (6 de julio de 1553), comprometió los planes de los Reformados. En vano Northumberland intentó disimular durante unos días el fallecimiento, para dar tiempo a proclamar a Jane Grey (nieta de la hermana de Enrique VIII, María), que acababa de casar con su cuarto hijo; sus partidarios se dispersaron cuando se aproximó a Londres la princesa legítima María, hija de Catalina de Aragón, que, sin oposición alguna, hizo su entrada en Londres.

Distensión hasta la boda de María Tudor con Felipe II

Escuchando los consejos de prudencia del embajador de Carlos V, Renard, María dio prueba al principio de mansedumbre y de tolerancia. Sólo Northumberland pagó con su vida su loca aventura; se perdonó a Jane Grey. En un país todavía católico en una proporción de 75 %, el restablecimiento de la misa y del celibato de los clérigos no encontró ninguna oposición. Sólo los refugiados protestantes de toda nacionalidad, flamencos, franceses, alemanes, en número de 15.000, se agitaban en Londres. Bajo el reinado de Eduardo VI, Inglaterra había sido su Tierra Prometida. María les expulsó. Tomaron venganza de ella en una campaña salvaje de panfletos y libelos, preludio a los futuros desencadenamientos de la «conciencia universal». No obstante, los poseedores de bienes eclesiásticos recibieron la promesa de que sería respetado el «statu quo». Esta política moderada de restauración religiosa no parecía levantar mayores obstáculos. El Parlamento de 1554 aceptó el principio de la reconciliación con Roma (por unanimidad en los Lores; por unanimidad menos un voto en los Comunes), de manera que el cardenal Reginald Pole, devoto amigo de la reina, volvió en calidad de legado para otorgar solemnemente a Inglaterra, el 30 de noviembre de 1554, la absolución pontifical.

No muy fuerte en este terreno, la oposición prefería apelar al sentido nacional espantadizo de los ingleses, a su odio instintivo hacia España. Entretanto, obligada a esconderse, se empeñó en conservar unas palancas de mando para preservar las posibilidades de Isabel, su triunfo en el juego. El obispo Gardiner, católico, y canciller, controlaba oficialmente el servicio secreto de la Corona. Pero el secretario de Estado William Cecil, hombre de

confianza del regente Eduardo Seymour, duque de Somerset, magistrado inclinado hacia los Reformados, director de este servicio, consiguió mantenerse en su puesto y cubrió a sus agentes. Cuidaba de la futura reina, cerca de la cual maniobraban los embajadores de Francia y de Venecia. El duque de Noailles incitó a Isabel a casarse con Courtenay. La reina María se asustó, y deseosa a la vez de dar un heredero a la Corona y de ganarse el apoyo de España, se dejó arrastrar por el embajador Renard y por su preceptor, Luis Vives (que fue también preceptor del príncipe), a casarse con Felipe II.

Fue un error trágico. Ya que, cuando su entronización, el Parlamento se disponía a exigirle que no contrate un matrimonio español. Felipe, que conocía la codicia de la clase dirigente inglesa, trató de ablandarla, llevando con ostentación cantidades de oro a la Torre, y ofreciéndole brillantes y alentadoras perspectivas de comercio con los Países Bajos. De nada sirvió. El odio a España fue más fuerte. A la noticia del matrimonio se levantó una revuelta, alentada por otra parte por los embajadores de Francia y de Venecia. Suffolk sublevó a los Midlands, Carew al Devon, mientras sir Tomas Wyatt arrastró a los reformados de los condados de Kent y de Sussex hasta las puertas de Londres. El movimiento fracasó y se inició la represión. Fueron ejecutados Wyatt y Jane Grey. Isabel encerrada en la Torre y luego relegada en Woodstock. Ahora bien, después de convencerse Felipe II (después de un falso embarazo) de que María no podía dar a luz un heredero, liberó a Isabel porque esperaba casarla con su general Emanuel-Philibert de Saboya, para cortar el camino del trono a María Estuardo.

Entonces, a la represión política siguió la persecución religiosa. La reina, perseguida en su juventud, abandonada por su marido, envejecida precozmente, no podía resistir la ola de venganza que sumergía al país. A instigación de los obispos Gardiner y Bonner (que fueron víctimas de los Reformados bajo Eduardo VI), alentados por el legado Reginald Pole, un «estatuto del Parlamento» del 20 de enero de 1555 desencadenó el proceso de «castigo de los heréticos». Unos después de otros, los jefes protestantes perecieron en la hoguera: Hooper, Taylor, Saunders, Rogers (colaborador de Tyndale en la traducción del Nuevo Testamento), y luego Ridley, Latimer y Cranmer (el 21 de marzo de 1556). Por causa de estas ejecuciones (277, entre las cuales 102 en el obispado de Londres) se calificó a María Tudor de «María la Sangrienta», pero este calificativo, ¿no lo mereció mucho más su padre Enrique VIII, que inmoló a 1.259 personas? Complaciente, la historia oficial se lo perdonó, ¿quizá porque actuaba «en el sentido de la historia»?

La torpeza del papa Pablo IV (Caraffa), enemigo declarado de España, profiriendo amenazas contra los poseedores de bienes eclesiásticos, y la malograda intervención de las tropas inglesas en Francia (impuesta por Felipe II), que terminó con la ocupación de Calais por el duque de Guise, comprometieron totalmente la obra de restauración católica en Inglaterra. A la muerte de María (17 de noviembre de 1558) el camino quedó abierto a los Reformados. Bajo el reinado de Isabel, dispondrán allí de una base ideal para su acción en Europa.

CAPITULO VI

... LOS PONTIFICES JUEGAN A LOS REYES... Y ESCANDALIZAN A LA CRISTIANDAD

Mientras los soberanos jugaban a los pontífices, los pontífices, decaídos de su papel de árbitros de la Cristiandad, se preparaban al de soberanos en el plan restringido de la península italiana. Su pretensión a la supremacía temporal les había sido fatal. Oponiendo el papa y el emperador, según los deseos de los enemigos de la Iglesia, su único resultado consistió en dividir la Cristiandad.

* * *

La Iglesia es mujer: se apoya sobre el poder temporal

Siguiendo el ejemplo de su modelo Constantino, Carlomagno trabajó para edificar la «Ciudad de Dios», realizando la unidad bajo la preponderancia del emperador. Su obra no le sobrevivió. La debilidad senil de Luis el Piadoso cerca de su esposa infiel, Judith, resultó en la partición de Europa, fuente de incesantes guerras y origen de los modernos nacionalismos.

La Iglesia siguió al Imperio en su decadencia y sólo fue restaurada con él por Odón I, coronado el 2 de febrero de 962. Se restableció el orden en los obispados y los monasterios, y, bajo la protección de las armas imperiales, se pudo reanudar la conversión de las marcas orientales por los misioneros. Gracias a la perfecta cooperación entre el aquitano Gerbert, llegado a ser el papa Sylvestre II, y el emperador Odón III, la unión de los pueblos cristianos pareció reconstituida bajo la dirección común de sus jefes espiritual y temporal (993-1003) (a pesar de las intrigas de los Crescenzi).

Pero de nuevo los desórdenes de la Iglesia hicieron peligrar la Cristiandad y necesitaron la intervención del emperador. Tres papas habían sido elegidos simultáneamente: Benito IX (de los condes de Tusculum, elegido a los doce años en 1032, depuesto en 1044, reelegido y redepuesto entre marzo y mayo

de 1046)... Sylvestre II (romano, entre enero y marzo de 1045) y Gregorio VI (en 1045). Este último, Juan Graziano, se pretendía reformador, pero había comprado la tiara de Benito IX con el apoyo financiero de su pariente el judío Baruch, banquero del Papado, convertido bajo el nombre de Benito Cristiano, estirpe de la familia Pierleoni (1 de mayo de 1045). Enrique II, apoyado por el maestre de Cluny, Odilo, consiguió del concilio de Sutri (el 20 de diciembre de 1046) que los tres antagonistas sean depuestos, en favor de Clemente II. Pero una muerte repentina interrumpió la obra de este último y el emperador consintió en la elección de Bruno (de Egisheim-Dagsburg), obispo de Toul, bajo el nombre de León IX (1049-1054). Con este pontífice, los monjes de Lorena, partidarios, con Pedro Damien e Hildebrand, de una honda reforma de la Iglesia, entraban en escena.

Hildebrand y los normandos, instrumentos de los judíos Pierleoni contra el Emperador

Hostiles al «cesaropapismo», su acción perseverante tenía por objetivo la supremacía pontifical. Campeón de esta doctrina, Hildebrand la reseñó en su «Dictatus Papae», cuando ciñió la tiara. Ex-secretario de Gregorio VI, le había fielmente acompañado en su exilio de Colonia. De nuevo influyente en la Corte, apoyado por León, hijo de Baruch, que ampliaba su partido gracias a oportunos enlaces entre patricianos y judíos, actuó primero a través de terceros interpuestos. En 1057, consiguió la elección (irregular, pues faltaba el consenso del emperador) de Esteban IX (Federico Gozzelon), hermano del duque Godefroy de Lorena (que le nombró administrador de la Iglesia), y, el 24 de enero de 1059, la de otro protegido de este príncipe, Nicolás II (Gérard de Borgoña).

Siempre a instigación suya, el Concilio de Latran adoptó, en Pascuas de 1059, dos decisiones de capital importancia: la de reservar sólo a los cardenales, escogidos por el clero y el pueblo de Roma, la elección del Soberano pontífice, y la de prohibir la investidura laica de los obispos y abades que, en la jerarquía feudal, obtenían su poder temporal de sus señores directos. Tales decisiones habían sido posibles sólo gracias al apoyo militar de Roberto Guiscard, jefe de los normandos de Italia, que se proclamó vasallo de la Santa Sede para obtener el título de duque y así legitimar sus conquistas por el tratado de Melfi (en julio de 1059). Después de la muerte de Nicolás II (27 de julio de 1061), Alejandro II (Anselmo de Baggio, obispo de Luca) sale elegido en las mismas condiciones, mientras la emperatriz regente Inés, los Crescenzi y los Tusculum apoyan al antipapa Honorius II (que fue depuesto por el concilio de Mantua en 1064).

Y siempre bajo la protección de la espada normanda, el mismo Hildebrand llega al pontificado después de una elección escandalosa (el 22 de abril de 1073). Una manifestación «espontánea» y tumultuosa, en las exequias de su predecesor, le impone a los cardenales. No se debe olvidar que precisamente **uno de los objetivos de la Reforma era el de sustraer el papado a la presión de las facciones de la nobleza y del pueblo de Roma. Pero, ¡qué importa! Ex-colaborador de un antipapa judío reformista y simoniaco a la vez,** Hildebrand no se deja parar por tales escrúpulos. «Vox populi, vox Dei».

¡La voz del pueblo será la de Dios! ¿No es sacerdote? Pues bien, un mes más tarde recibe los órdenes... ¡y la tiara!

Entonces Gregorio VII desarrolla sus ataques contra el Imperio, debilitado por la minoría de Enrique IV y, más tarde, por el deseo de divorcio de este príncipe. El, tan complaciente cerca de Guillermo de Normandía (que alentó en conquistar a Inglaterra en 1066), manifiesta su intransigencia hacia el emperador. En el sínodo de Roma (24-26 de febrero de 1075) prohibe a los soberanos investir a los obispos. Despuesto por la Dieta de Worms (el 24 de enero de 1076), excomulga a Enrique IV y le arrastra a pedir su perdón en Canossa (25 de enero de 1077). Y excomulgándole de nuevo (el 7 de marzo de 1080) le suscita un rival, Rodolfo, que será matado el 15 de octubre siguiente. Entonces, el emperador replica, deponiendo al pontífice en Maguncia, suscitando la elección del arzobispo de Ravena, Guibert (Clemente VII), en Bressanone (en junio de 1080), atacando a Roma (el 22 de marzo de 1081), donde penetra el 3 de junio de 1083 en la ciudad y el 21 de marzo de 1084 en el Latran, mientras Hildebrand busca refugio en el castillo San-Angelo, bajo la protección de Pierleoni, y llama en su apoyo a los normandos. Robert Guiscard, con un ejército de 6.000 jinetes y 30.000 peones, que saquean la ciudad, le libera el 28 de mayo y le conduce a Salerna, donde fallecerá el 25 de mayo de 1085.

Bajo su reinado, las iniciativas de sus amigos «lorenos» a veces se revelan muy atrevidas. Singularmente las de la Orden de los Canónigos de San Agustín (creada por Nicolás II y Gregorio, según proyectos establecidos por Crodegang y Amalario de Metz en tiempos de Luis el Piadoso). En 1083, por ejemplo, Manegold de Lautenbach, preboste de los Agustinos de Marbach en Alemania, reduce el poder real a un «contrato» con el pueblo, tesis cuyo corolario permite al pueblo destituir al rey. Un tercer-orden va todavía más lejos, pues desea establecer la comunidad de los bienes.

Muy despreciado durante su vida —con mucha razón—, Gregorio VII pasó a la historia con el calificativo de «Grande». Sin embargo, sus pretensiones a la supremacía temporal (señaladas por la adjunción de un círculo de corona en su tiara) arrastraron desastrosas consecuencias: cisma de Oriente, provocado, el 16 de julio de 1054, por la intransigencia de los legados Humbert de Marmoutier y Federico de Lorena cerca del patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario. Querella de las Investiduras, hasta el concordato de Worms (23 de septiembre de 1122) y el Concilio del Latran (1123), reanimada, entre 1154 y 1177, por la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio.

Un papa judío: Anacleto II

Desde este momento la influencia de los Pierleoni aumenta sin cesar. Hijo de Leo, Petrus Leonis ha recibido del papa Urbano II (1088-1099) la guardia del castillo San-Angelo; anima al partido pontifical de Pascal II (1099-1108) y muere «cónsul de los Romanos» el 2 de junio de 1128. Mientras su hija se casa con el normando Rogelio de Sicilia, su segundo hijo, Pierleoni II (discípulo de Abelardo, de tendencias arianas, en París), nombrado cardenal por Pascal II en 1116, y luego legado en Francia y en Inglaterra pretende

la tiara. Mientras el canciller Aymeri y sus amigos tratan de cortarle el paso, transportando al moribundo Honorius II al monasterio de San Gregorio y forzando la elección (sólo por seis votos) de Gregorio Papareschi bajo el nombre de Inocente II (1130), él fuerza las puertas de San Pedro y del Latran y se hace proclamar bajo el nombre de Anacleto II por 23 cardenales y se apodera del tesoro de la Iglesia en Santa María la Mayor. Así un judío, todavía fiel a sus tradiciones, ocupa la sede de San Pedro.

Inocente II, refugiado en el palacio Frangipani, consigue, no obstante, el apoyo de San Bernardo de Clairvaux y de San Norberto de Magdeburgo. En Francia el rey Luis VI y su consejero el abad Suger consiguen que el concilio de Etampes se pronuncie a su favor. Así lo hace también en Alemania el concilio de Wurzburgo. Y al final de 1131, en el concilio de Reims, las iglesias de Inglaterra, de Castilla y de León le llevan su adhesión. Entonces el emperador Lotario penetra en Roma con su ejército y recibe la corona de manos de Inocente II. Pero Pierleoni se mantiene en el castillo San-Angelo y un ejército al mando de Rogelio de Sicilia le libera. Y al año siguiente, otra expedición imperial fracasa en la misma forma. De manera que Anacleto II morirá, el 25 de enero de 1138, todavía en la sede pontifical. Sin embargo, su sucesor, el cardenal Gregorio (De Tusculum) Victor IV, se deja convencer por San Bernardo de la conveniencia de renunciar a sus pretensiones (entre marzo y mayo de 1138). Pero, mientras el concilio ecuménico del Latran anula las actas de Anacleto II en 1139, el fogoso abad, demasiado pronto en perdonar a los judíos, aconseja a Inocente II dar prueba de clemencia cerca de los Pierleoni.

. . . y una República en Roma

¡Fatal debilidad! El hermano de Anacleto, Giordano, que preparaba desde hacía diez años un movimiento revolucionario, lo desencadena en 1143, suprime la prefectura urbana, reconstituye el Senado, proclama la República romana. Así, once meses después de su entronización, el sucesor de Inocente II, Lucio II, cae mortalmente herido al tratar de escapar de su capital. Elegido en 1145, un monje humilde, Bernardo Paganelli, Eugenio III, refugiado en Viterba, consigue reducir a Roma por el hambre y forzar una negociación. Pero una sublevación dirigida por Arnaldo de Brescia (a instigación de un judío toledano que vive en Roma desde 1140, Abraham ben Meir ibn Ezra), le expulsa de nuevo. Hasta que un cuerpo expedicionario francés, enviado por el rey Luis VII le reinstalará el 28 de noviembre de 1149. Esta vez, Rogelio de Sicilia, empeñado en la idea de convertir a los judíos, no se mueve en defensa de su cuñado. No obstante, siete años más tarde, el pobre Eugenio se encuentra de nuevo refugiado en Anagni, donde muere (1153).

Después del efímero pontificado de Anastasio IV (1153-54) el cardenal inglés Nicolas Breakspeare, elegido papa bajo el nombre de Adriano IV (1154-59), consigue por fin dominar la revuelta. Después de una reyerta en la cual ha sido herido el cardenal Guido, condena Roma al interdicto y llama al emperador Federico Barbarossa, que se apodera de Arnaldo de Brescia (también discípulo de Abelardo) y le manda ahorcar en Roma en 1155. Así durante cuarenta y cuatro años de desórdenes, los papas legítimos han sido

expulsados de la Ciudad Eterna. Tales fueron los frutos amargos de la seudo-Reforma, que debía liberar al Papado de la influencia imperial y de las competiciones de la nobleza italiana, el balance negativo de su promotor Hildebrand, gran divisor de la Cristiandad (1).

Quizá encontraremos la explicación de la singular complacencia de los historiadores cerca de Gregorio VII en los «Ensayos» de Darmestetter (1892), que, en su deseo de conducir a la Iglesia «en la vía de los Profetas», elogia a Hildebrand y le propone como ejemplo para «contratar un nuevo arrendamiento de vida» con las potencias ocultas.

Jerarquía y democracia frente a frente: Cluny y Citeaux

Su obra divisora, Gregorio VII la extendió hasta en el seno del movimiento monástico. La Orden de Cluny estaba adherida a la Reforma, pero en la unión de los poderes. Hildebrand se empeñó en suscitar disidencias en su seno. En Alemania, su legado Bernardo de Marsella alienta a Guillermo, abad de Hirschau, para que destaque del tronco principal y reagrupe cerca de él a 150 comunidades que luego serán utilizadas para combatir al emperador durante la querella de las Investiduras. En Francia, una disidencia provocada en Molesmes por el superior designado por Gregorio VII, el champañés Roberto, conduce después de un pugilato entre monjes, a la creación de la abadía de Citeaux (las cañas) en 1098. Protegida por Hugo de Champaña, la nueva fundación estaba ya decayendo cuando Bernardo de Clairvaux y sus hermanos, nobles de Borgoña, se introdujeron en ella en 1112. La dura austeridad, la pasión mística y el afán de profeta del futuro San Bernardo llevaron a la institución su poder de irradiación, al mismo tiempo que la orientaron hacia el estudio del hebreo y la investigación de las doctrinas esotéricas del Templo de Jerusalén.

Enteramente comprometidos en el camino trazado por Gregorio VII, los Cistercienses se adhirieron a los principios de general elección defendidos por los «lorenos»: elección de sus priores por los monjes, del gran abad por el capítulo general, del papa por los cardenales solos. La organización de los monjes blancos, su inclinación hacia el ascetismo contrastaban con las preferencias de los monjes negros de Cluny, Orden fundada el 11 de septiembre de 910 por Guillermo de Aquitania y unos caballeros borgoñeses, fuertemente jerarquizada, cuyos grandes abades —según un excelente principio— designaban a sus sucesores hasta 1109. Esta continuidad en la acción, su deseo constante de mantener la unión entre los poderes espiritual y temporal, así como la paz entre los príncipes, su afán de desarrollar la cultura, el arte y la civilización, hizo de Cluny (que contaba en 1100, 1.450 casas pobladas por 10.000 monjes) el verdadero heredero de la empresa de Carlomagno, gran organizador de Occidente.

Bajo su impulsión, los primeros cruzados repelieron al Islam en España y consolidaron sus conquistas con una repoblación, alimentada por las peregrinaciones a Compostela. Con el empuje que tenía, esta acción, próxima de

(1) El lector encontrará en *Complot contra la Iglesia*, de Maurice Pinay, la narración detallada de estos desórdenes.

sus bases, se hubiera extendido normalmente al Africa del Norte, si el empeño de la Cristiandad no hubiera sido desviado por las grandes cruzadas hacia el Oriente cercano.

Cruzadas y contactos esotéricos entre Templarios e Ismaelitas

Conmovido por la gran miseria de los peregrinos a Tierra Santa, como por las llamadas del «Basileus» Alexis Comnéne, pidiendo ayuda, un papa cluniacense, Urbano II, se dejó arrastrar en esta aventura (27 de noviembre de 1095), cuyos futuros caminos ya habían sido reconocidos por una expedición de los normandos en el Asia Menor. A la ardiente fe que movía «la Gesta de Dios por los Francos» se mezclaban unas altas ambiciones y unos intereses de los más terrenos: la esperanza de reunir bajo la autoridad moral de la Santa Sede soberanos y feudatarios asociados en la misma empresa, de ocupar a unos turbulentos cadetes, de buscar una salida a los excesos de las pandillas de varones y bandidos que asolaban el territorio, pero también el deseo menos perdonable de quebrantar al feudalismo, aplastándole con deudas, y de explotar el celo de los cruzados para el mayor provecho de las ciudades marítimas italianas. Mejor informado, el gran abad de Cluny, Pedro el Venerable, se negó a participar en la asamblea de Vézelay, que preparaba, el 31 de marzo de 1146, la segunda cruzada, a instigación del papa cisterciense Eugenio III y de Bernardo de Clairvaux, muy imprudentemente comprometido, desde el principio del siglo, en los asuntos islámicos.

Pues los sultanes fatimidas del Cairo, amenazados como los bizantinos por el empuje de los turcos seldjukides, alentaban a los cruzados en su empresa. De raza árabe, pero mulsumanes disidentes, perteneciendo al rito chiita (fiel a los descendientes de Ali y a la secta ismaélica, penetrada por influencias esotéricas y judaicas) (2), estos soberanos «alumbrados», aconsejados por unos gran-visires persas, servían unos grandes designios universalistas, hacia los cuales trataban de atraer a los cristianos. En circunstancias muy sospechosas, Bernardo, autor de un «Elogio de la nueva Caballería», inspirada en los «ribats» del Islam, otorgó su patrocinio a la Orden del Templo, creado en 1119, reconocido en 1128 —en pleno período de desorden del Papado— entre cuyos fundadores se encontraba André de Montbard, su tío materno.

Réplica cristiana de los «Assacis» musulmanes —los «asesinos» del «Anciano del Monte»—, guardián también del «Templo del Mundo», esta milicia combatió con valor contra los turcos, pero con miramientos hacia los árabes, sus «hermanos de misión». Por su doble juego y sus malogradas intromisiones, comprometió muchas veces la diplomacia de los Cruzados, torpedeó la empresa de conversión de los mongoles (la gran oportunidad perdida de Occidente) y contribuyó decisivamente al fracaso final del establecimiento cristiano en Tierra Santa, cuyo último baluarte, San Juan de Accra, capituló

(2) Obeid Allah, fundador de la dinastía en 909 (después de visir del califa Al Moutadhid, entre 892 y 902), considerado como iman mesiánico o «mahdi», era hijo de una judía. Escogió como consejero a Isaac ben Soleiman Israëli (845-940) y admitió a los judíos en las funciones públicas. Fiel a su tradición, su segundo sucesor, Ismaël Almanzor, llamó a Abusahal Dunasch, de Mesopotamia (900-980), como médico y astrónomo. De manera que cuando Hakim pretendió restablecer en 1008-1010 las restricciones impuestas por Omar a los judíos en 638, y expulsarlos en 1014, pereció asesinado en 1020.

en 1291. Refugiada en Chipre, sede de su Consejo secreto, la Milicia templaria dedicó los inmensos recursos de que disponía (ahora sin ninguna justificación) a derrocar a los tronos, primero en Francia y luego en Europa, Pero, quebrantada su empresa por Felipe el Hermoso, la Orden arrastró en su caída a su aliado el papa Bonifacio VIII (1307-1311).

Fracaso de las pretensiones del «sinarca» Bonifacio VIII al Imperio

Después de empujar a la abdicación a Celestino V, el eremita Pedro de Morrone (comprometido con otros franciscanos, los «espirituales», en la empresa visionaria de Joaquin de Fiore, que había anunciado para 1260 el advenimiento de la era del Espíritu Santo), Benoit Gaëtani llegó al pontificado, gracias al apoyo de Carlos de Anjou. Ambicioso, tajante, tiránico, Bonifacio VIII (1294-1303) se había adherido a las más extremas concepciones teocráticas, adornando su tiara con una tercera corona (símbolo del poder político), ostentando, en el jubileo de 1300, las prendas imperiales, y blandiendo las dos espadas. Este César de carnaval, comprometido en los más extravagantes proyectos esotéricos de tendencia «johannita», como la creación de un pontíficado de tres cabezas (en nombre de San Pedro, de San Juan y de Santiago), y la organización en el mundo, sobre las ruinas de los tronos, de un régimen de sinarquía teocrática, desacreditó al Papado. Por haber intentado derrocar a los reyes, condenó a sus sucesores al exilio de Aviñon, durante sesenta y ocho años (1309).

Estos pontífices, cuyo prestigio había disminuido, reforzaron sin embargo su autoridad «interior», mientras aumentaban sensiblemente los medios financieros a su disposición. Desde el Concilio de Viena, que disolvió la Orden templaria en 1311, ningún otro se reunió. De manera que el papa, elegido por los cardenales por una mayoría de los dos tercios, impuesta por el compromiso de Venecia de 1177 con el Imperio y por el concilio del Latran de 1179, el papa entonces secundado por sus propios consejeros, gobernaba sólo por el intermediario de sus oficinas. Su tesoro se hinchaba sin cesar. El diezmo, impuesto destinado a alimentar a las cruzadas, fue mantenido cuando se terminaron. Todo servía de pretexto a contribución: «servicios comunes» sobre los prelados; «annates» sobre los beneficiarios menores; «vacantes» sobre los beneficios sin titular; «derechos de despojos» sobre los legados de los clérigos fallecidos, que sea o no verdad que el papa Juan XXII, amigo del alquimista Nicolas Flamel, consiguió fabricar oro, lo cierto es que al fallecer (el 4 de diciembre de 1334) dejó la cantidad, enorme para la época, de 25 millones de florines (unos cinco mil millones de francos de 1958). Estos excesos de la fiscalidad pontifical suscitaron duras críticas de Guillermo de Ockham, uno de los precursores de la Reforma.

Después de una primera tentativa de vuelta a Roma, preparada por el cardenal Albornoz, bajo Urbano V, pero muy efímera (1367-1370), Gregorio IX consiguió volver y mantenerse en la Ciudad Eterna (el 17 de enero de 1377). Sin embargo, falleció demasiado pronto como para restaurar la Iglesia como deseaba (27 de septiembre de 1378). De manera que el virus electoral continuó zapando el colegio cardenalicio, aumentado de doce miem-

bros en el siglo XIII hasta veinte en el XIV. Como ustedes saben, a la palabra docta «cardenal» corresponde la vulgar «carnal»... ¡y la carne es débil!

Desórdenes del Sacro Colegio y de los Concilios

Dedicado a combinaciones e intrigas, el Sacro Colegio regatea su elección al futuro papa e intenta imponerle, como en 1352, humillantes condiciones o «capitulaciones». La anarquía italiana predomina una vez más, durante cincuenta y dos años el gran cisma de Occidente divide a la Cristiandad. Se oponen dos dinastías pontificales: la de Roma, con Urbano VI (1378), Bonifacio IX (1389), Inocente VII (1404), Gregorio XII (1406), y de nuevo la de Aviñon, representada por Clemente VII y Bendito XIII (1394-1422). Un concilio convocado en Pisa en marzo de 1409 no tiene otro resultado que la elección efímera de un tercer papa, Alejandro V, pues los otros dos no han podido ser depuestos.

Como ocurre tantas veces en la historia de la Iglesia, se necesita de la intervención laica para poner fin a los desórdenes de los clérigos. A iniciativa del emperador Sigismundo de Luxemburgo, rey de Hungría, un concilio reunido en Constancia en 1414 consigue a duras penas designar, el 11 de noviembre de 1417, al cardenal Colonna, como papa Martin V. Por fin en Occidente se ha restablecido la unidad (con excepción de la elección de un antipapa, Feliz V, sobre Eugenio IV, en marzo de 1439). Pero ¿a qué precio? Al tratar de imponer su supremacía en el terreno temporal, que no es el suyo, el papa no sólo perdió su papel legítimo de árbitro de la Cristiandad, sino que comprometió hasta su autoridad espiritual, ahora contestada.

Ya viejas de un siglo, las tesis de Marsile de Padua y de Guillermo de Ockham que oponían al pontífice romano la asamblea de los fieles, representada por sus delegados en el Concilio, reaparecen en Constancia (1414-1418) y en Basilea (1431). Allí se proclama la superioridad del Concilio. Los jerarcas de la Iglesia toman asiento «por naciones», los legistas extienden los derechos de los soberanos y disminuyen la autoridad pontifical en materia judicial y fiscal. La «Pragmática Sentencia» de Bourges refleja esta tendencia (en 1438). Contra la invasión turca que sumerge Europa, el papa resulta incapaz de imponer el Acta de Unión concluido en Florencia (el 5 de julio de 1438) con la Iglesia de Oriente, incapaz de suscitar nuevas cruzadas para salvar a Constantinopla.

¿Pontífices o príncipes?

En su mayoría los papas de la segunda mitad del siglo XV y del XVI se comportan no como pontífices, sino como príncipes italianos del Renacimiento. Casi todos humanistas, en su mayoría edificadores, se empeñan en devolver a la Ciudad Eterna su fama de capital de la cultura y de las artes. Con excepción de unos pocos, son gente viviendo en el siglo, cuya primera preocupación consiste en colocar a su familia, hijos y sobrinos. Soberanos temporales, no sólo deben defender y aumentar sus estados, sino también promover la unificación de Italia (bajo su control, si fuera posible). Expues-

tos de manera más y más apremiante a la amenaza turca, su voz no encuentra eco alguno cuando dirigen sus llamamientos a una Cristiandad ahora dividida entre naciones egoístas y rivales. Estas tareas les absorben y les apartan de sus responsabilidades espirituales: la lucha contra la herejía, la reforma de la Iglesia. Su política cuesta cara, necesitan de cantidades enormes y para conseguirlas parece que todos los medios valen: venalidad de los oficios, venta de indulgencias, etc. Frente a tales escándalos, los innovadores y los reformados tienen el juego fácil.

Papas humanistas

Humanista, activo colaborador de los concilios de Ferrara y Florencia con los bizantinos, verdadero creador de la Biblioteca Vaticana, Nicolás V (1447-1455) no se satisface con buscar manuscritos y pensionar a los escritores. Mantiene la mejores relaciones con los miembros de la Academia platónica de Roma, los Pomponius Leto, Perotto, Platina (1421-1481), que visten a la antigua moda y tratan de restablecer las fiestas paganas. Alienta a Lorenzo Valla, aunque el hombre de confianza del aragonés de Nápoles sea un adversario declarado de la Iglesia. Su generosidad fue muy mal premiada: uno de sus protegidos, Esteban Porcaro, un pobre «iluminado» maniobrado por potentes cómplices, intentó asesinarle, como Brutus, en 1453.

En su seno, la Curia nutría a sus peores enemigos. Llegado al papado bajo el nombre de Pío II (1458-1464), Aeneas Sylvius Piccolomini, diplomático, memorialista y geógrafo, espíritu de lo más culto, muy destacado por la pertinencia de sus ideas políticas, comete la imprudencia de abrirles las puertas del colegio de los «abreviatores». Ocurre que el veneciano Pablo II (1464-1471), gran coleccionador, intenta controlar de nuevo la secretaría; entonces Pomponius Leto, Platina y los miembros de su Academia romana se rebelan, conspiran en las Catacumbas, asedian durante veinte noches al desdichado pontífice en el Vaticano, pero por fin les castiga y les encarcela en el castillo de San Angelo (1468). Sin embargo, el débil Sixto IV (1471-1484), general de los franciscanos, protegido por el cardenal Bessarion, les perdona y les devuelve sus funciones: Platina, un libertino declarado, asume el cargo de bibliotecario del Vaticano.

León X (1513-1521), Juan de Médicis, nombrado cardenal a los trece años, había estudiado con Angel Policiano y Marsile Ficin. Fastuoso y pródigo, bonachón y liberal, este hombre gordo se dedicaba a extravagantes festividades gastronómicas. Le gustaba la música de toda clase, las comedias ligeras (como la «Mandragora» de Maquiavelo), los bailes más o menos mitológicos. Mecenas de los artistas, acogía sin gran discernimiento las dedicatorias de Erasmo como las de los más virulentos autores de la Reforma (así Ulrich von Hutten, uno de los inspiradores de Lutero, publicará bajo privilegio pontifical sus famosas «Cartas de los hombres oscuros», uno de los más violentos panfletos contra la Iglesia). Este papa mantenía en su entorno una nube de servidores (hasta 683), de parásitos de toda clase, bufones, astrólogos, sin olvidar a los judíos, con los cuales trababa la mejor amistad.

Numerosos pontífices de este tiempo se dedicaban al estudio de los astros,

así por ejemplo Julio II y Pablo III. A excepción de Pío II, que denunció a la magia. Protector de los judíos, Martin V (1417-1431), el elegido del concilio de Constancia, lo fue dos veces al promulgar el 31 de enero de 1419 y el 23 de agosto de 1422 dos bulas para protegerles contra la reacción provocada por la herejía y luego la revuelta «husita». Sixto IV se dejó atraer por la misteriosa Kabala. Bonet de Latis, un judío de Provença, fue médico y astrólogo de Alejandro VI y de León X. Entretanto, Simeón Sarfati había sido médico de Julio II.

Clemente VII (1523-1534), hijo natural de Juliano de Médicis (hermano de Lorenzo el Magnífico), fiel a su tradición familiar, acoge de muy buena gana a los judíos. Un iluminado, David Reubeni le propone expulsar a los turcos de Tierra Santa con el apoyo de un ejército judío. Otro intrigante, Salomón Molcho, introducido por el cardenal Lorenzo Pucci (amigo de Reuchlin y de los marranos), viene a ser denunciado; entonces el papa, para salvarle de la hoguera, le esconde en su casa. Dos veces este papa, a instigación de varios cardenales (entre los cuales Campeggio y Antonio Pucci, sobrino de Lorenzo) parará la acción de la Inquisición en España.

Su sucesor Pablo III (1534-1549), muy aficionado a las fiestas, continúa esta política. Nacido Alejandro Farnese, había estudiado con Pomponius Leto y debía su ascensión al favor de su hermana la hermosa Giulia, amante de Alejandro VI Borja. El reformista Sadolet, obispo de Carpentras (que elevó más tarde a cardenal), le acusaba de distribuir más favores a los judíos que nunca papa hizo a cristianos. Su médico, Jacobo Mantino, era judío. Cubrió mucho tiempo con su protección (y la de los cardenales Ghinucci y Jacobacio) a los marranos portugueses. Fue necesaria la intransigencia de Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús en 1540, y la del cardenal Caraffa (futuro Pablo IV) para obligarle a introducir la Inquisición en Roma y a convocar el Concilio de Trenta (1542).

Cuando ciñó la tiara (1555-1559), Pablo IV reanudó con la tradición de Inocente IV (bula «Impia Judaeorum perfidia» del 9 de mayo de 1244), de Nicolás IV (bula «Turbato Corde» del 5 de septiembre de 1288) y de Pablo III (bula «Illius Vices» del 12 de octubre de 1535), y sometió a los judíos de sus estados a las antiguas leyes canónicas (bula «Cum nimis absurdum» del 12 de julio de 1555). Vendieron sus casas (por la quinta parte de su valor), 500.000 coronas de oro, mientras los bienes de los de Ancona fueron confiscados. Unos y otros buscaron refugio cerca de los duques de Urbino y de Ferrara (hasta el momento de la reunión de las posesiones de este último a los estados de la Iglesia en 1597). Pues, con excepción de Sixto V (1585-1590), franciscano, que confió a un marrano portugués, López, la gestión de sus finanzas, los sucesores de Pablo IV siguieron su política. El dominico Pío V (1566-1572), bajo la influencia de San Carlos Borromeo y del Theatino, la reforzó a tal punto que la comunidad de Roma se redujo a 1.500 almas. Y Clemente VIII (1592-1605) dio prueba de la misma severidad.

Papas edificadores y malgastadores

Protectores, a veces imprudentes, de los humanistas y de los judíos, generosos mecenas como los príncipes de su tiempo, los papas del Renacimiento fueron también grandes edificadores. Cuando Eugenio IV consiguió establecerse de nuevo en Roma en 1443, la ciudad se encontraba muy deteriorada. Se empeñó en reconstruirla. Pisanello, Jean Fouquet, Donatello y fray Angélico trabajaron para él. Nicolás V concibió el proyecto del palacio del Vaticano y de la basílica de San Pedro. Aparte de la capilla «sixtina» que lleva su nombre, Sixto IV, sacando mucho dinero de los recursos del jubileo de 1475, restauró iglesias, hospitales, puentes y llamó a una pléyade de artistas: Mino da Fiesole, Venocchio, Ghirlandajo, Botticelli, el Perugino, Pinturicchio, Roselli, Signorelli. Su sucesor Inocente VIII edificó el palacio del Belvedere. En cuanto a Alejandro VI, mandó adornar con frescos de Pinturicchio los departamentos de los Borja y terminó el techo de Santa María Maggiore. Llamado por el Miquel-Angelo iba a formar, con el ilustre Rafael y Bramante (arquitecto del Vaticano y de San Pedro), una trilogía de artistas sin par bajo Julio II. Metrópoli de las artes, Roma conoció entonces su apogeo.

Papas roídos por las necesidades de sus familias

Se necesitan grandes medios para mantener este lujo y tantas liberalidades. El deseo de colocar bien una familia ambiciosa, generalmente codiciosa y a veces molesta, exige también valiosos recursos y da lugar a toda clase de preocupaciones. Pues estos pontífices de una época célebre por el ardor de sus pasiones y el relajamiento de sus costumbres, se encuentran cargados de familia. Calixto III, de origen español (1455-1458), Alfonso Borja, sintiéndose algo aislado en Roma, llamó cerca de él a unos parientes, entre los cuales el famoso Rodrigo Borja, futuro Alejandro VI. Aeneas Sylvius Piccolomini, durante el Concilio de Basilea, tuvo dos hijos ilegítimos, pero después se enmendó, recibió las órdenes y, a pesar de una cierta inclinación en favorecer a sus parientes, mantuvo como papa Pío II una vida piadosa y decente.

Con Sixto IV (Francisco della Rovere), de origen liguro, se desencadenan los daños del nepotismo. De sus dos hermanos y cuatro hermanas, el papa tiene quince sobrinos o sobrinas. Julian della Rovere y los Riario reciben el sombrero de cardenales. Los últimos se señalan por su libertinaje y sus crímenes. Así comprometen al papa en el complot de los Pazzi que culmina en el asesinato de Julián de Médicis, en la misma catedral de Florencia (1478).

Pero he aquí que aparte de sobrinos entre los cuales, uno, bastardo, llegará a cardenal), Inocente VIII (emparentado con la familia genovesa de los Doria) enriquece la Corte pontifical con una nueva institución: la de los príncipes de la sangre. Se le calculaba siete hijos ilegítimos. El establecimiento de varios de ellos se celebró como una fiesta dinástica: el matrimonio de Franceschetto con la hija de Lorenzo el Magnífico, por ejemplo. El nombramiento de Juan de Médicis (el futuro León X) como cardenal a los catorce años, confirmó esta alianza. Una hija del papa, Teodorina, casará a su propia heredera con Luis de Aragón.

Sucesor de Inocente VIII, el indigno Alejandro VI sobrepasó tan molesto precedente. Hacía cuatro años que era cardenal y poseía ya dos niños ilegítimos cuando su amante Vanozza Catanei dio a luz a sus cuatro más célebres hijos. Tres de ellos se enlazaron con príncipes. Juan se casó con una sobrina de Fernando el Católico, fue duque de Candia y príncipe de Benevento, antes de morir asesinado. Geoffroi tuvo por esposa a una hija ilegítima del rey Alfonso II de Nápoles, Sanzia. En cuanto a Lucrecia, tuvo a tres maridos sucesivamente: el duque Juan Sforza de Pesaro, del cual divorció, el duque Alfonso di Bisaglio, hijo ilegítimo de Alfonso II, que pereció estrangulado, y el duque de Ferrara, Alfonso I de Este. Y por fin César, nombrado cardenal en 1493, que emprendió (por la espada y el veneno, como verdadero discípulo de Maquiavelo) la tarea de unificar Italia, alrededor de un Estado pontifical extendido y fortalecido, que hubiera quizá secularizado, si el Destino se lo hubiera permitido.

A pesar de la reacción decidida de Julio II, que no otorgó favores a sus parientes (Galeotto, Francesco Maria della Rovere) sino cuando se los merecían..., la familia de Médicis sacó bastante provecho del pontificado de León X: su primo Julio, hijo ilegítimo de Julián, nombrado arzobispo de Florencia y cardenal, será el papa Clemente VII; otros primos también cardenales (Luigi di Rossi, Inocente Cibo, nieto de Inocente VIII). Al hermano del papa, Julián, le tocó un rico matrimonio con Filiberta de Saboya y el ducado de Nemours. Y otro regalo de príncipe: el ducado de Orleans, quitado a Francisco della Rovere y ofrecido a Lorenzo de Médicis, hermano de Catalina.

Pero no se cerró así la lista de los bastardos pontificales, pues se abrió de nuevo con Pablo III. Ya sabemos que la carrera de Alejandro Farnese había sido favorecida por la inclinación de Alejandro VI hacia su hermana Giulia (de la que tuvo dos hijos). Pero el mismo tenía tres hijos y una hija ilegítimos cuando se enmendó y fue, tardíamente, ordenado sacerdote. Gonfalonero de la Iglesia, el mayor, Piero Luigi, siguió a César Borja en sus empresas y luego participó con los Imperiales en el saqueo de Roma. Jugando con generosidad el papel de abuelo, Pablo III gratificó con unos sombreros de cardenales a sus nietos: Alejandro a los catorce años, Guido Ascanio Sforza (hijo de Constanza) a los dieciséis, Renuccio a los quince, así como Niccolo Gaëtani. Cuando ya era convocado el Concilio de Trenta, Julio III (1550-55) actuó todavía de peor manera: nombrando cardenal no sólo a un pariente indigno, Fulvio della Crogna, sino... al guardián de sus monos, Inocente del Monte... lo que escandalizó al Sacro Colegio.

¿Cuál podía ser el prestigio espiritual de tales pontífices? Sin embargo, la mayor parte de ellos, como príncipes temporales, se empeñaron en defender y extender sus estados, y a veces intentaron unificar Italia bajo su autoridad.

Papas políticos, más que pastores

Nicolás V se empeñó en restablecer la paz a la vez con el aragonés de Nápoles y con Alemania (al coronar en Roma al emperador Federico III el 19 de marzo de 1452) y constituyó para mantenerla una gran Liga con Flo-

rencia, Milán, Venecia y Nápoles. Pablo II (1464-1471) supo fortalecer su autoridad sobre la administración romana. Pero, al tratar de imponer la supremacía del Papado sobre los otros estados de la Península, Sixto IV se dejó arrastrar por su sobrino Riario en conjuraciones contra los Médicis y una lucha contra Ferdinando I de Aragón. Luego las intrigas de César Borja, con vista a conquistar Italia, ocupan todo el pontificado de su padre Alejandro VI.

Reagrupados alrededor del cardenal Julian della Rovere (el futuro Julio II), los opositores provocaron la intervención de Carlos VIII en el Napolitano. Pero la Santa Liga, formada por el papa en Venecia (el 31 de marzo de 1495) con Milán, Venecia, los Reyes Católicos de España y el emperador Maximiliano, obligó al rey de Francia a una pronta retirada. Sin embargo, deseoso de contratar una contragarantía de este lado, Alejandro VI se acercó a Luis XII, cuyas ambiciones sobre Milán y Nápoles alentó. Así su hijo César, nombrado duque de Valentinois por el rey de Francia y casado con Carlota de Albret, pudo tajarse en Romaña un ducado hereditario, cuna de su futuro «Estado». Lo extendió con masivas confiscaciones, en detrimento de las familias de la aristocracia, Savelli, Gaëtani, Colonna. Así expropiados los ducados de Nepi, Urbino, Camerino fueron regalados al «infante romano», Juan, bastardo del papa. Varios cardenales, Orsini, Ferrari, Michele (sobrino de Pablo II) perecieron asesinados o envenenados y con sus despojos César financió sus empresas.

Pero tanto el puñal como el veneno son armas peligrosas para los que las manejan: buen ejemplo de esto es la muerte de Juan, duque de Candia, hijo del papa. A la muerte de su padre, víctima de malaria (o si no por la absorción de confitura especialmente «preparada» para el cardenal Adriano de Corneto), César, enfermo también, no pudo actuar. Después del efímero pontificado de Pío III, sobrino de Pío II (del 22 de septiembre al 18 de octubre de 1503), Juliano della Rovere (de vuelta después de diez años de exilio) impuso a César un compromiso: recibió, mediante la entrega de los votos españoles, la función de gonfalonero. Pero para poco tiempo. El temible Julio II, el papa cubierto con su casco, no necesitaba a nadie para mandar su ejército. Obligó a César a devolver lo tomado a la fuerza; le detuvo en 1504, escapó pero para ir a morir sin gloria en Navarra (1507). Para aplastar a Venecia después de excomulgarla (siendo el interdicto una de las armas del arsenal pontifical), Julio II se adhirió a la Liga de Cambrai formada por Luis XII. Pero después de concluir la paz el 15 de febrero de 1510, se volvió contra su aliado y con el apoyo de Venecia, de España y de Inglaterra, reanimando la Santa Liga, llamó a los suizos para expulsar a los franceses (en junio de 1512). Gran capitán y estadista, supo conquistar la independencia política de la Santa Sede.

Para mantenerla, entre los reyes de Francia (Luis XII y Francisco I), Enrique VIII de Inglaterra y los emperadores (Maximiliano I y Carlos V), León X anduvo con rodeos durante toda su vida con la agilidad política de los Médicis. Su sobrino Clemente VII intentó hacer lo mismo, pero sus intrigas y medias vueltas hacia el rey de Francia o el emperador, alternativamente, terminaron mal. Pues la querella con los Colonna desembocó en el saqueo de Roma por los imperiales (6 de mayo de 1527). Cuando se restableció la paz entre los príncipes cristianos con los tratados de Barcelona (29 de junio

de 1529), de Cambrai (5 de agosto de 1529) y de Bolonia (23 de diciembre de 1529), Carlos V, coronado emperador el 24 de febrero de 1530, consiguió imponerse. Para este papa sin firmeza ni rectitud, el interés familiar superaba toda otra consideración: la restauración de su sobrino Alejandro Farnese como duque hereditario, el matrimonio de su bisobrina Catalina con el futuro Enrique II de Francia constituyeron los únicos éxitos de su reinado.

Defensores de la Cristiandad contra los turcos

Príncipes temporales, defensores de la independencia italiana, alertas a las amenazas que se acumulaban contra la península, los papas del Renacimiento sólo cumplen con su misión de guías de la Cristiandad cuando denuncian el peligro turco. Pero en un período ya dominado por las competiciones nacionales, sus llamadas a la cruzada no encuentran ningún eco.

Antes de la caída de Bizancio (1453), Eugenio IV (1431-1447) no ahorró ningún esfuerzo para atraer a una sola fe no sólo a los ortodoxos, convocados en los concilios de Ferrara y Florencia (1431), sino a todas las comunidades orientales. Su legado Cesarini pereció en la matanza que siguió a la derrota de los Cruzados en Varna (10 de noviembre de 1444).

Mientras Aeneas Sylvius Piccolomini, futuro Pío II, gastó sus tesoros de elocuencia, en las dietas imperiales de Rastisbona, Francfort y Wiener-Neustadt (desde abril de 1444 a marzo de 1455), para alertar a la Europa central, los estados italianos, reagrupados en la Liga formada por Nicolás V, se preocupaban más en preservar sus relaciones comerciales con los turcos que en organizar su propia defensa.

Español, Calixto III (Alfonso Borja, 1455-58) se dedicó únicamente a la cruzada. Predicando con su ejemplo, mandó a su escuadra cruzar el archipiélago griego en 1456. Delante de Belgrado, asediada por Mehmet II, el legado Carvajal y el intrépido Juan de Capistran se encontraron al lado de Juan Hunyades, cuando, con sus húngaros, despejó la plaza (22 de julio de 1456). A pesar de la incomprensión de los alemanes y de su querella contra Alfonso I de Nápoles, Calixto III apoya con todas sus fuerzas la resistencia del héroe albanés Scanderberg contra los invasores turcos. Harto de predicar en el desierto, incapaz de sacudir la indiferencia de los príncipes que convocó en vano en Mantua en 1459, Pío II fallece en Ancona el 15 de agosto de 1464, en una suprema tentativa de arrastrar a su flota y a la de Venecia contra los Infieles. Pablo II no tiene más suerte en sus esfuerzos para apoyar a Scanderberg, cuya muerte abre Albania a los turcos (1468), o para acercar entre sí a los estados italianos (1470).

Sin embargo, el enemigo está en las puertas y un momento, bajo Sixto IV, dentro de la plaza, pues se apodera de Otranto con un golpe de mano feliz. Entonces, Italia se asusta. Pero, mientras en España los Reyes Católicos, temiendo la aparición de los turcos en el Mediterráneo occidental, reanudan la Inquisición (1478-1483) contra el adversario interior y precipitan su acción contra la gran cabeza de puente formada por el reino de Granada... en la península italiana, apenas recobrado Otranto, el esfuerzo recae.

Aparte de imprecaciones verbales, los turcos tenían poco que temer de Inocente VIII: no podía atreverse a comprometer el pago de la sustancial pensión anual de 45.000 ducados que recibía del sultán Bayaseto para mantener prisionero a su hermano y rival desdichado el príncipe El Djem, desencadenando una cruzada contra el turco. Por su parte, Alejandro VI no vacila, de acuerdo con Ludovico el Moro, en incitar a la Puerta a atacar a Venecia (1498).

Al esforzarse en cumplir estricta y exclusivamente con sus deberes de pontífice, sin tolerar ninguno de los excesos que corroían la Iglesia, Adriano de Utrecht (9 de enero de 1522-14 de septiembre de 1523) se destacaba por su honestidad neerlandesa de la corrupción romana. Pero su reinado, demasiado breve, no le permitió realizar ninguno de sus proyectos. Para frenar el avance de los turcos, que se habían apoderado de Rodas en diciembre de 1522, facilitó un acercamiento entre Francisco I y Carlos V y apoyó a los húngaros, primeros amenazados. Temiendo luego un desembarco turco en Apulia, Pablo III intentó formar contra ellos, el 8 de febrero de 1537, una Liga con el emperador Ferdinando I de Austria y Venecia, pero bastó con la derrota de Prevesa para que esta última abandone la coalición.

Pero «comidos» por los cardenales; sin fuerza contra la herejía

Empapados en todas sus preocupaciones seglares, familiares, artísticas y políticas, los pontífices del Renacimiento no tenían tiempo que dedicar a su misión religiosa: la reforma de la Iglesia y la lucha contra la herejía pasaban al segundo plano. Elegidos, a veces, después de tractaciones simoníacas, rodeados por codiciosos cardenales, sus enormes necesidades financieras les hacían muy vulnerables.

Desde que recibió de Alejandro III (en 1179) el privilegio de exclusividad en la elección pontifical, el Sacro Colegio no cesó de aumentar su poder, en detrimento de el del papa, cuya autoridad y riquezas pretendía compartir. Nicolás IV le había otorgado la disposición de la mitad de los recursos de la Iglesia. Bonifacio VIII había aceptado que la gestión de esta caja especial sea confiada a un camarero nombrado por el Colegio. Los Concilios de Constancia y de Basilea confirmaron su preponderancia. En número de 24, los cardenales debían ser escogidos en consistorio, en proporción de cada «nación». Considerados por el doctrinario Pedro de Ailly como de derecho divino, se arrogaban el derecho de nominación de los obispos y de los abades. En cada elección pontifical presentaban sus exigencias.

Nicolás V, enriqueciéndoles, calmó su apetito. Pero a su muerte (1455), como a la de Calixto III (1458), como en 1464 o en 1471, estos príncipes de la Iglesia, representantes, casi siempre, sea de los soberanos de su «nación», sea de la alta aristocracia italiana, pretendían imponer al nuevo elegido «capitulaciones» destinadas a reducir su autoridad y a modificar el carácter monárquico del gobierno de la Iglesia.

Para obtener la tiara, Sixto IV tiene que comprar sus votos; y para recobrar sus fondos, tiene que vender sus nominaciones. En 1484, el cardenal Cibo,

Inocente VIII, se compromete, si queda elegido, a limitar a 25 el número de los miembros del Sacro Colegio. En este escrutinio, los cardenales Juan de Aragón, hijo del rey Ferante de Nápoles, y Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro, se destacan por su venalidad. Para la elección de Alejandro VI, que costará 150.000 ducados al candidato, en 1492, se abre una verdadera feria, en la cual sólo cinco cardenales se abstienen de participar. En compensación, los nuevos promovidos, en 1501 y en 1503, tienen que echar dinero en la caja que debe alimentar las empresas de César Borja, mientras los más desdichados deben devolver a la fuerza, bajo la amenaza del veneno.

Pero he aquí, bajo León X, que las mismas armas se vuelven contra el papa. En abril de 1517, el Médicis escapa de una conjura de los cardenales Alfonso Petrucci, Rafael Riario (pariente de Sixto IV) y Bendinello Sauli. Descubierto el complot, se ejecuta al primero. La alerta ha sido caliente en Roma y el escándalo enorme en Europa. Duramente sacudido en su indolencia, León reacciona de una manera doblemente interesante para él. Designando en julio de 1517 una hornada de 31 cardenales, aumenta su autoridad sobre un Colegio ampliado y devaluado... y llena su hucha. En 1526 también su sobrino Clemente VII será objeto de otro complot, urdido por el cardenal Pompeio Colonna, cuyo desenlace, después de varias peripecias, será el saqueo de Roma.

Entretanto, los cardenales acometían en su agonía al pobre Adriano VI, para que les confiese el sitio en el cual debía haber disimulado su «tesoro», pues para sus ojos cúpidos, la vida austera de este humilde servidor de Dios no podía obedecer a otro móvil sino a la codicia. Y sigue la feria de tal modo que justifica el epigrama del poeta Joaquin du Bellay (sobrino del cardenal), cuando la elección de Pablo IV (Caraffa) en 1555: «¡y para menos de un escudo, diez cardenales en venta!».

Como para escapar de la tutela de esta ávida dirección colegial, los pontífices diluyen el virus multiplicando las nominaciones, en tal forma que el número de cardenales, de 12 al principio, aumenta hasta 70 bajo Sixto V. O sea un Colegio según el modelo del «Sanhedrin» (el Colegio supremo de los sacerdotes de Israël), lo que debe complacer a la vez a este papa bastante inclinado hacia las ideas teocráticas, y a su factotum y consejero financiero el marrano López.

Por lo tanto, los papas se empeñan en tratar los asuntos serios sólo con sus colaboradores directos. Cámara secreta, Consejo privado se oponen al Consistorio, cuyo papel se reduce a registrar las decisiones. En 1487 el número de los secretarios se eleva de seis a 30. Un camarero secreto dirige entonces las finanzas del Vaticano. Las oficinas gobiernan, se organiza la Curia, lo que cuesta caro. Para apaciguar las protestas de los cardenales, se les colma con pensiones y beneficios, lo que cuesta todavía más caro.

Para satisfacer tales exigencias no bastan los recursos ordinarios de la Iglesia. Las cuatro tesorerías, las aduanas, la gabela de la sal y los feudos suministraban 125.000 ducados al final del siglo XV. Los diezmos proporcionan más, siendo la contribución de Francia sola de 30.000 libras, o sea 150.000 ducados, en 1500. Se eleva la tarifa de los derechos de cancillería sobre bene-

ficios, dispensas, etc., pero los príncipes mordisquean algo y se oponen a su transferencia, si sobreviene un conflicto. Así que no basta todavía.

Entonces se recurre a los expedientes clásicos de la época, y primero a la venalidad de las funciones. Sixto IV, Inocente VIII, Alejandro VI venden los oficios de la Curia, así como los sombreros de cardenal, lo que suministra, en 1501, 200.000 ducados. Y como la política de prestigio, de ostentación y de «grandeza» cuesta más y más cara, se entra en deudas. Los banqueros tienen la palabra: los Médicis, Spanocchi, Strozzi, de Florencia; los Doria, Sauli, Giustiniani, de Génova; Piccolomini, de Siena, y los Fugger, de Ausburgo, acuden en auxilio. Pero como prenda se apoderan de los recursos de la Santa Sede: intensifican el tráfico de cartas y bulas con una ruidosa publicidad. Bajo Inocente VIII, los secretarios de la Curia organizaron la venta de bulas falsas. De manera que se pudo escribir de este papa que «abrió una taquilla de mercedes, en la cual se recogían las multas después de tarifar los crímenes».

Bajo Alejandro VI, se dedican las misiones y prédicas de los monjes mendicantes a la propaganda de las indulgencias. Apoyado por el sistema bancario de los Médicis, León X, después de dilapidar el tesoro acumulado por Julio II, intensifica este tráfico de bulas de provisión, de cartas de cuesción y de indulgencias, de dispensas y exenciones. Se sigue percibiendo la tasa para la cruzada; se crea una nueva, el dinero para la edificación de San Pedro, y continúa la venta de dignidades.

* * *

A través de su corrupción y escándalos de toda clase, la Roma pontifical del Renacimiento se ha depreciado en todo el Occidente. Autores de libelos (que ella misma mantiene a veces en su secretaría) amplifican y difunden el eco de sus ignominias. Tal como el Pogge, que (después de haber aprendido el hebreo con un judío converso, durante el Concilio de Constancia) se hace famoso con sus «Facéties» (bufonadas), contando las anécdotas más escandalosas de la Corte romana. Las exigencias exorbitantes del fisco romano suscitan la oposición de los príncipes. Las campañas para la venta de las indulgencias proporcionan a los Reformados un pretexto ideal para acusar a la moderna Babilonia de traficar con la religión. Y cuando Lutero en una carta compara a León X con Ezequiel, rodeado de alacranes, este papa tan endeble contesta a tal injuria con esta sola observación: «¡Hermano Martin es un bello genio!».

En tal clima, la Contra-Iglesia tiene el juego fácil en el momento de desencadenar su ofensiva.

CAPITULO VII

ANIMADA POR LA ROSA-CRUZ, LA REFORMA DIVIDE A LA CATOLICIDAD

Para la historia oficial, dos grandes figuras dominan el movimiento de la Reforma: Lutero y Calvino. En la Dieta de Worms la gran voz de Lutero despierta el volcán de la herejía (18 de abril de 1521). Desde este momento una amplia grieta divide a la sociedad cristiana. Y cuando, con su largo cortejo de matanzas, de revueltas, de guerras y de ruinas, el cataclismo, por fin, se apacigua, la doctrina evangélica y reformada, definida por Calvino, teje, a medida de la burguesía de negocios y de finanzas, cuyo reino se fortalece, un traje de semblante austero, pero de sisa tan flexible, tan cómodo para el negocio, que su moda se extiende rápidamente hacia las Américas.

Biógrafos e historiadores de las ideas, con tendencia a cristalizar los acontecimientos alrededor de un personaje o de una doctrina, acentúan todavía la deformación de la historia arrastrada por una perspectiva abierta sobre el pasado, al revés.

Pues bien, la Reforma no resulta de la acción de un hombre, ni de una doctrina. No lleva con ella nada original. Al destruir la «catolicidad» el carácter universal de la Iglesia, al provocar una ruptura con Roma, aleja el cristianismo de sus aportes universales, de las más antiguas tradiciones egipcias, griegas o persas, y bajo el pretexto de volver a la pura doctrina de origen, lo reduce a las únicas fuentes hebraicas de la Escritura, de la Biblia, del Antiguo Testamento. Lejos de enriquecerlo, restringe su trascendencia a una visión estrecha y seca.

Esta nueva síntesis, llevada por muy antiguas corrientes de herejía, no es obra de unas personalidades, tan fuertes que sean, sino de cenáculos, de grupos, de fuerzas lentamente formadas y actuando en la sombra de manera convergente y continua contra el enemigo común: la Iglesia. Gnósticos, y maniqueos, cátaros, valdenses, «pobres y mendicantes», «espirituales», «johannistas» y kabalistas, místicos de tradición árabe o judía mezclan sus aportes e influencias en el seno de las sociedades secretas. Hasta que una de ellas, la «Hermandad de la Rosa-Cruz», realizando la síntesis de estas fuerzas y ac-

tuando a la vez en los planos político y religioso, se revela como la verdadera animadora de la Reforma, como más tarde de la revuelta de los Países Bajos y de las revoluciones de Inglaterra.

* * *

La Iglesia, en lucha contra los gnósticos, los maniqueos y los albigenses

Desde su cuna, la Iglesia se encontró arrastrada en sentidos diferentes y hasta contradictorios. Mientras Simón-Pedro estuvo a punto de hundirla en la sinagoga, Pablo, ciudadano romano y apóstol de los Gentiles, se empeñaba en extender al mundo entero la llamada de Cristo. Mientras el Evangelio de San Juan y su Apocalipsis reflejan las tradiciones esotéricas del Logos, del Verbo y de Hermes Trismegiste, el de San Mateo fue el vehículo de las influencias persas y el de San Lucas el eco de las doctrinas helenísticas.

La Escuela griega de Alejandría, nutrida de las tradiciones religiosas de la Antigüedad, de Orfeo a Filon, pasando por Pitágoras, Plato y Xenocratas, inspiró la reacción de las sectas gnósticas contra la alteración del cristianismo naciente por el judaísmo. Empeñándose en llegar a conocer el mundo suprasensible, la Gnosis estudia la primitiva sapiencia secreta, común a la mayor parte de las religiones antiguas, y practica la visión mística. Sus principales representantes manifiestan muy diversas tendencias, que se trate de Simón el Mago (fallecido en 64), profeta a la griega, a veces taumaturgo, flanqueado por su profetisa Elena, del pitagórico Basilides (muerto hacia 130), fiel intérprete de los números, exegeta del Evangelio, del comunizante Crapocratas (del siglo II), del sabio filólogo Marciano (nacido en 80, que opuso a San Pablo con el Antiguo Testamento), de Valentino (bajo Adriano, 117-138) o de Ptolomeo, menos nutridos de mitología pagana y ya favorables a la tesis de la salvación por el espíritu «pneuma», más bien que por las obras (tan característica de los futuros jefes del protestantismo).

Pero todos creen en la existencia de poderes intermediarios, machos o hembras, los «eones», agentes del Todo-Poderoso en la obra de la creación, y en la reencarnación de las almas o metempsicosis. Consideran como maldita la obra de procreación y según su modo de interpretación de la doctrina, sus discípulos oscilarán entre la práctica del más severo ascetismo o el desencadenamiento de sus instintos sexuales. Al modo de Zoroastre, se representan el mundo como el teatro de una lucha sin piedad entre un Dios bueno y un demonio malo, y no vacilan en identificar con este demonio, con Satanás, el «Jahvé» del Antiguo Testamento, el dios perverso de los judíos, que oponen al Dios bueno del Evangelio de Cristo.

Aunque más inclinada hacia Zoroastre, la doctrina de los Maniqueos, enseñada en Persia en el siglo III por un médico, Manès o Manicheo, liberado por una rica viuda, que pereció desollado vivo con puntas de cañas en 276, se emparenta en muchos puntos con la de los Gnósticos. Culto del sol y de los astros, panteísmo, oposición y lucha entre los dos principios de la luz y de las tinieblas, aversión para el matrimonio, hostilidad a las leyes judaicas

las caracterizan. Perseguidos por los emperadores romanos, y en particular por Diocleciano en 390, los maniqueos se mantuvieron en Bizancio en el siglo VII. Se les llamaba pabloceanos, del nombre de su amo Pablo de Samosate, o quizá de San Pablo, cuyas epístolas evocaban, como el evangelio de San Lucas, en apoyo de su doctrina.

Deportado en Tracia por los «Basileis» de Bizancio, como guardias de la frontera contra los Eslavos, se les llamó Bogomiles (del nombre de un pope del siglo X), búlgaros, o «bougres». A través de la Bosnia y de la Dalmacia, llegaron a Lombardía; en Milán se les llamaba «patarinos» o mendigos (gueux). Algunos alcanzaron Orleans, donde trece, canónigos, perecieron en la hoguera, por orden del rey Roberto el Piadoso en 1022. Al final del siglo XII, se esparcieron en Provenza, Languedoc y en las ciudades textiles de la alta Italia, del Mediodía y de Flandes. Su jerarquía de tres grados: creyentes, elegidos y perfectos, se encontrará más tarde entre los Catarros —los puros— y los albigenses. Como también sus prácticas antisociales (aversión hacia el matrimonio, suicido ritual por «endura», etc.) y su hostilidad doctrinal contra Jahvé, Abraham, Moisés y los profetas de Israel, considerados como unos fautores de Satanás.

Condena a los albigenses, judaizados

Pero como un odio común —en este caso a la Iglesia— puede imponerse a los sentimientos y principios mejor anclados, encontramos sin paradoja a los Catarros, ahora fusionados con los valdenses, del lado de los judíos en la agitación albigense que se desarrolló en el Mediodía al final del siglo XII, sin encontrar resistencia seria. Con la ejecución del sacerdote P. de Bruys (que pereció en la hoguera en 1130) y la encarcelación de su amigo Enrique de Lausana (que había saqueado las iglesias y quemado las cruces durante veinte años sin ser molestado) no fue quebrantado el movimiento. En 1167, los heréticos reunieron un concilio en San Feliz de Caraman, para organizar la Contra-Iglesia en diócesis.

Puesto que se beneficiaban de las más altas complicidades en esta provincia de Languedoc, que Michelet no vacila en calificar de «Judea de Francia» (en el tomo II, p. 404 de su «Histoire de France»). No se debe olvidar que una de las quejas mantenidas contra los jefes del albigeísmo, los Trencavel, vizcondes de Béziers y Carcasona y Raimundo VI de Tolosa, fue precisamente la creciente influencia de los judíos en la administración de sus dominios.

Después del fracaso de las predicaciones de los Cistercienses y las dificultades encontradas por la naciente Orden de Santo Domingo (creada en 1205 y reconocida sólo en 1215), se necesitó del asesinato del legado Pedro de Castelnau por un escudero de Raimundo VI en Saint-Gilles, el 3 de enero de 1208 para desencadenar la «cruzada» de junio de 1209. La campaña, al mando de Simón de Montforte, se terminó por el aplastamiento de los señores meridionales en Muret en 1213, la restauración de la Iglesia en el concilio de Montpellier en 1215 y la implantación de la autoridad real entre 1226 y 1229.

Infiltraciones de las sectas: Templarios, Espirituales

Así se cortó el camino a la herejía declarada, amenazadora. Sin embargo, otras tendencias peligrosas continuaban caminando subterráneamente dentro de la Iglesia. El ideal de pobreza y de misticismo que, al ejemplo de los monjes mendicantes, anima a muchos fieles de la Edad Media, a veces les arrastra lejos de la ortodoxia.

Un delfín, Pedro de Vaux o Valdo, rico comerciante de Lyon, después de traducir la Biblia en lengua vulgar, empezó predicando en 1176 el Evangelio de la Caridad, y denunciando a la Iglesia y a sus riquezas. Llamado al orden por el papa en 1184, entró en disidencia, proclamando que todo fiel, inspirado por el Santo Espíritu, puede interpretar las Escrituras, y redujo a casi nada los sacramentos. Los pobres de Lyon enjambraron en el exterior, hasta en Italia, en Bohemia y en Polonia. Al lado de los «patarinos» de Milán se encontraron pobres en Verona, en Bergama, y unos «bajolasi» en Toscana y en Galicia.

En los Países Bajos, las comunidades libres de «Beguinos» y de «Bégards» creadas al final del siglo XI, consagradas con votos de continencia y dedicadas al cuidado de los enfermos, tampoco escapan un siglo más tarde a esta contaminación, que se nota hasta en la Tercer Orden franciscana.

Las sectas «johannitas» y «espirituales», alentadas por los sueños místicos, se han multiplicado. El nombre de Juan —que se trate del bautista o del evangelista—, que significa en caldeo «paloma de fuego» —paloma del Espíritu Santo— y en hebreo «favorecido del Señor», evoca el símbolo del Fuego-Principio, de la Luz. La piel de borrego que vestía el bautista, también es el símbolo, como el «Aries» del Zodiaco (que corresponde al toisón de oro de los alquimistas y de los Rosacrucianos), de este mismo Fuego-Principio, personificado en la Antigüedad por Heracles y Hércules. Con estos símbolos, con el uso del bautismo, las doctrinas «johannitas» reanudaban con las tradiciones egipcias, lo mismo que la noción del «Logos» del Verbo, evocaba a Hermes Trismegiste. Se emparentaba también con la enseñanza de Zoroastre, dando como origen a la Creación, obra del Ser Supremo, la Luz, que engendró a Ormudz, el cual por su «Verbo» dio a luz al mundo. Y todavía más, a Mitra, mediador entre el Dios bueno (opuesto al Dios malo del Antigua Testamento) y los hombres.

Entonces entre «johannitas» y gnósticos existía cierto parentesco. Unos y otros habían recogido al principio los restos de las sectas esotéricas judías, eseniana y nazareana, procursoras del cristianismo; naaseniana y ophita, fieles al culto de la serpiente, símbolo del conocimiento divino. Así no es de sorprender que logias johannitas de compañeros, clasificados en tres grados, colocadas bajo el patrocinio de San Juan, de San Andrés y de San Jaime, hayan prefigurado la Masonería.

Estas tendencias, condenadas por el papa Alejandro IV en el concilio de Arles (en 1260-61), se manifestaban también en el movimiento templario, al lado de las ideas panteístas de Amaury de Bène y de David de Dinant, cuya lectura era aconsejada a los caballeros. Estas tesis pretendían que, como Dios lo es todo, cada hombre es la encarnación del Espíritu Santo. Habían sido

condenadas por primera vez por Inocente III y por segunda vez por Felipe-Augusto en 1210. Al crear sus «Hermanos del Libre Espíritu», Ortlieb, catedrático en Estrasburgo, se inspiró en ellas. Los «hermanos» se propagaron mucho en Alemania e Italia; algunos de ellos recomendaban la comunidad de las mujeres.

Poco después de la fundación de su Orden (creada en 1210 y reconocida por la Santa Sede en 1215-16), una fracción de los franciscanos se dejó atraer por las visiones de Joaquín de Flore (1143-1202), abad de un convento cisterciense de Calabria, que, después del reino del Padre (Antiguo Testamento) y del de su Hijo, anunciaba para el año 1260 la Era del Espíritu Santo y de la Libertad del Evangelio Eterno. Por esta razón se llamaban «espirituales» Gerardo de Bergo, San Donnino y los hermanos menores que seguían esta doctrina.

Pensaban que su Orden sería llamada a sustituir a la jerarquía oficial de la Iglesia. En la elección del eremita Pedro de Morrone al pontificado en 1294, vieron el cumplimiento de sus profecías. Sus elementos más extremistas, los «Hermanos apostólicos», dirigidos por el artesano Segarelli y fray Dolcino, predicaban el comunismo. Sublevaron a los campesinos de las regiones de Novara y de Verceil. Se habían atrincherado en una montaña que llamaban «Jerusalén», cuando fueron aplastados en 1306.

Mientras tanto, en Inglaterra, otros franciscanos jugaban un papel muy activo en las intrigas políticas y manifestaban ideas a veces muy atrevidas. Después de estudiar el hebreo con los judíos (numerosos en Oxford, donde llegaron desde Ruan, en el equipaje de Guillermo el Conquistador), Robert Grossetête, canciller de la Universidad, exponía muy audaces teorías sobre la metafísica de la Luz y apoyaba a toda fuerza el movimiento dirigido por Simón de Montforte, conde de Leicester, contra el rey Enrique III y en favor de la convocación de los Comunes, entre 1265 y 1295.

Un precursor: Roger Bacon

Su discípulo Roger Bacon (1214-1294), que había estudiado en París con Alejandro de Hales y Alberto el Grande, espíritu muy adelantado para su tiempo, sorprende por el acierto de sus anticipaciones: los buques de vapor, los ferrocarriles, los globos, las escafandras, la pólvora, las leyes de la reflexión y de la refracción en óptica, el papel de centro nervioso del cerebro, etcétera. Trata de aplicar su espíritu moderno no sólo a todos los terrenos de la ciencia, sino también al estudio de las Escrituras, con el método de una exégesis racional. Apoyado al principio por el papa Clemente IV (el que alentó a Carlos de Anjou en sus locas ambiciones sobre Bizancio), a quien había dedicado su «Opus maïus» o Gran Obra, fue finalmente condenado por la Iglesia en 1277, por ser demasiado adherido a la astrología.

Este curioso franciscano, considerado por los Rosacrucianos como uno de sus padres intelectuales, nos introduce en una secta, cuyo papel va a ser determinante en los próximos acontecimientos. Según Wronski, citado por «Sedir» («Histoire et Doctrine des Rose-Croix», p. 7), las asociaciones místicas

de este tipo intentan «participar en la obra de la creación, dirigiendo el destino religioso, político, económico e intelectual de nuestro planeta. Suscitadas según las necesidades del momento, estas sociedades secretas ejercen su influencia sobre las fracciones más diversas —a veces aparentemente opuestas— en el sentido necesario al desarrollo previsto de los acontecimientos».

Así es que, durante el siglo XIII, la Rosa-Cruz prepara la síntesis de los movimientos heréticos que acabamos de mencionar, gnósticos, Catarros, valdenses, albigenses por una parte y, por otra, de las tendencias «espirituales» de algunos monjes, «johannitas» de los Templarios, y por fin de las tradiciones esotéricas de la Kabala judía y de las ciencias ocultas, como el hermetismo, la magia y la alquimia.

Orígenes de los Rosa-Cruz: alquimistas y kabalistas

Bajo el signo de la Rosa... imagen mística para los ortodoxos de la Madre del Salvador, pero también... para los paganos de Venus y de la alegría terrestre... para los kabalistas, representación según el Zohar de la «Shekinah» o esplendor divina, triple especificación de la natura-esencia y según las láminas de Khunrath, discípulo de la misma escuela, rosa de cinco pétalos (símbolos del Hijo, del Adam-Kadmon, del Hombre-tipo, intermediario entre el «Aïn-Soph», Dios-Padre de la Esfera superior, y el Santo Espíritu, «Aeureth», de la Esfera inferior)... se preparan los ataques contra Roma y algunos pequeños grupos se reúnen en los países de Occidente desde la segunda mitad del siglo XIII.

Su primera manifestación de actividad es de orden literario. Dos clérigos, Guillermo de Lorris (entre 1225 y 1240) y Juan Clopinel o Juan de Meung (entre 1275 y 1300), este último doctor en teología, publican bajo el nombre de «Novela de la Rosa» una enorme compilación de 22.000 versos, en la que ridiculizan con más o menos prudencia la Iglesia y la sociedad de su tiempo, denuncian el celibato de los clérigos y abogan en favor de la comunidad sexual. Mientras tanto otros clérigos recorren el mundo, y al contacto del pensamiento árabe y judío, propagan ideas muy atrevidas.

Al franciscano inglés Roger Bacon, «doctor admirabilis», corresponde el catalán Raimundo Lulle (1235-1315), «doctor illuminatus». Miembro de la Tercera Orden hacia 1260, después de una juventud borrascosa, se creyó designado por Dios para la conversión del Islam y pagó con su martirio sus tentativas para organizar misiones en el Oriente. Encargado primero por Jaime II de Aragón de abrir en Mallorca una escuela de lenguas (con el acuerdo del papa Juan XXI y el apoyo del general de los franciscanos), fracasó en sus intentos de imponer sus métodos en París (donde profesó hasta 1287) y en Montpellier. No fue más feliz en sus empresas cerca de los Infieles, en Túnez en 1291, luego en Chipre, en Asia Menor y en Armenia, en 1300. Fue autor de obras de forma simbólica («Ars compendiaria inveniendi veritatem») o enciclopédica («Arbol de Sciencia»), pero supo defenderse de la influencia de las doctrinas materialistas de Averroës, que atacó varias veces. Sobre todo por sus inclinaciones místicas y simbólicas, reflejó los modos de pensar del Oriente. En Mesina, tuvo contactos con la Corte del emperador Federico II, así como en Italia, con unos grupos de «físicos».

En Roma se encontró con Arnaldo de Villeneuve (1240-1313), médico, alquimista y astrólogo, que había entrado en tratos con sociedades pitagóricas y alquimistas (con los cuales se pretende que efectuó una transmutación). Después de ejercer la medicina en París, Barcelona y Montpellier, se refugió en Sicilia cerca de Ferdinando de Aragón. Entre 1309 y 1311 se encontró con Lulle en la corte de Roberto de Nápoles y de Federico de Sicilia. Adepto de Joaquín de Flore, Arnaldo fue sucesivamente médico de Pedro III, de Jaime II de Aragón, de los papas Bonifacio VIII, Benito XI y Clemente V. Por sus lazos y sus tendencias, se sitúa en el mismo centro de la intriga que estamos estudiando.

¿Quiere decir esto que ya existía una Hermandad de la Rosa-Cruz en esta época? Quizá sí, a la vista de un manuscrito sobre la alquimia que designa a un obispo de Treveris, von Falkenstein, como «Imperator» de una sociedad de este tipo (1250). Lo cierto es que el hermetismo se está poniendo de moda entre los monjes. En Saint-Bertin, por ejemplo, Basileo Valentin, el príncipe von Walkenried, dom Gilbert («abbas aureus» en 1264), el abad Alelmus I, el maestro Alberto el Grande se dedican a estas prácticas.

En el siglo siguiente, Nicolas Flamel (1330-1418), célebre alquimista, pretende haber descubierto en un manuscrito hebreo el secreto de la piedra filosofal y del elixir de larga vida. Librero y pedagogo, se casó con una burguesa acomodada, dama Pernelle, y sus liberalidades a las iglesias le valieron según el rumor público la fama de haber descubierto la transmutación del oro, que practicaba utilizando cierto polvo rojo como catalizador. Quizá se pueda explicar de otra manera su fortuna (unas 5.000 libras de renta en valor del siglo XVII), por una buena gestión de sus intereses, y también un poquitín de usura, y los provechos sacados de la administración de unos bienes judíos secuestrados en esta época. Tampoco se ha establecido que fuera el autor de «la Muse chimique» y de otras obras herméticas, y no nos sentimos obligados a creer que sus exequias fueron simuladas y que todavía vivía, trescientos años más tarde... en cualquier sitio de la India. Sin embargo, eso dice su leyenda.

En cuanto al verdadero origen de la Orden, si se cree lo que escribe «Sedir», historiador de la Rosa-Cruz, buena parte de sus secretos fueron enseñados por los árabes de Damasco a un viajero germano en 1378, y, según Michel Maïer, el año 1413 sería el de origen del movimiento. De todos modos, en esta época aparecen pequeños grupos. Una sociedad rosicruciana existe cerca de 1410 en Italia; un poco más tarde, en 1453, Bernardo de Trevisan encuentra allí a un grupo de 14 ó 15 alquimistas, que poseían la piedra filosofal. Se detecta su presencia en Flandes en 1430, en Alemania cerca de 1459. En este mismo momento los «Buenos hombres» de Tolosa, y las «Fideli d'Amore» de los cuales habla Dante, que llevan una rosa como emblema, tienen lazos con la naciente secta.

A principio del siglo XVI, el movimiento se organiza, enlazado con los grupos «evangélicos», precursores de los Reformados. Entonces Enrique Cornelius Agrippa von Nottesheim manifiesta su actividad. Nacido en Colonia en 1486, discípulo del abad de Sponheim, Johann Trithemius, profesor en Dole, y luego en Colonia, sacó sus doctrinas de tres fuentes: la enseñanza de Reuchlin, el famoso hebraista alemán cuyo cenáculo inspiró la Reforma...

la tradición judaica de la Kabala... y los escritos esotéricos egipcios de Hermes Trismegista. Autor de una obra titulada «De philosophia oculta», se empeñó en constituir grupos secretos en París, luego en Alemania, en Londres en 1510 y en Italia. Unos corresponsales internacionales, los capelianos, enlazaban estos grupos entre sí. Sucesivamente secretario de Maximiliano I, consejero de Carlos V, fue médico de Luisa de Saboya. Francisco I, después de encontrarle en Lyon, le llamó como médico y astrólogo. Gracias a Agrippa, los primeros rosacrucianos se beneficiaron en Francia de la protección de la reina de Navarra, de los cardenales de Lorena y de Tournon.

El proceso de Juan Reuchlin o los preliminares de la Reforma

Anunciada por el movimiento «evangélico» dirigido por las escuelas de Meaux y de Oxford, la Reforma empezó en Alemania por el estallido del escándalo Reuchlin. Ligado a los humanistas como Lefèvre d'Etaples y Erasmus, Juan Reuchlin de Pforzheim (1455-1522), apodado Capnion, ocupaba en el Renacimiento alemán, después de Nicolás de Susa, un sitio importante como filólogo. Después de seguir los cursos de Gaguin en París, había estudiado en Orleans y Poitiers, viajado a Roma y Florencia en 1482, de nuevo a Florencia en 1490, tomado contacto con los neo-platonicianos, estudiado con el griego J. Argyropoulos, encontrado a Marsile Ficin y a Pico de la Mirandola. Después de aprender el hebreo con Jacob Loanz, médico del emperador Federico III, en Linz, se perfeccionó en este idioma con Obadia Sforno, cuando representaba al Elector del Palatinado cerca de Alejandro VI (entre 1498 y 1500). Estableció su fama de sabio al publicar una gramática hebraica en marzo de 1506. Después se dedicó a la Kabala, publicando un libro, «De arte cabbalistica», dedicado al papa León X Médicis por el intermediario de su amigo Pedro Glatinus, mientras su discípulo Wilmandstadt coleccionaba también las obras kabalísticas.

Fue entonces cuando se le pidió su opinión sobre la oportunidad de devolver a los judíos de Francfort (después de una gestión de éstos cerca del emperador Maximiliano en 1509-1510) sus libros confiscados por los dominicos de Colonia y por una comisión integrada por el inquisidor Hochstaten, el profesor Arnaldo de Tongres, el autor Ortuin de Graes, ayudados por dos judíos conversos, José Pfefferkorn y Víctor de Karben. Tomó partido contra la supresión del Talmud, y para replicar a Pfefferkorn escribió un panfleto titulado «El Espejo de los Ojos» (en septiembre de 1511). Apoyado por el humanista Hermann von Busche y por Ulrich von Hutten, se le intimó a comparecer delante del inquisidor Hochstraten (en septiembre de 1513), pero, gracias a la intervención del arzobispo de Maguncia, Uriel von Gemmingen, salió de este mal paso. Aprovechándose de esta ventaja, Reuchlin escribió a Bonet de Lattes, médico judío de León X, pidiendo la nominación de unos árbitros favorables a su causa. Este papa Médicis, amigo de los judíos, designó primero al obispo de Worms, un Dahlberg, coleccionador de manuscritos hebraicos, y luego al obispo de Spier, cuyos dos representantes condenaron a los dominicos.

Entonces se constituyó —como una prefiguración de la Reforma— una verdadero partido de Reuchlin: unos humanistas, como Hermann von Busche,

Ulrich von Hutten, Crotus Rubianus (Juan Jaeger); príncipes y nobles, el duque Ulrich de Würtemberg, el conde von Helfenstein en Ausburgo, el conde von Nuenar; patricios como Welser, Birkheimer y Peutinger, de Rastisbona, Nüremberg y Ausburgo, y hasta monjes, el general de los Agustinos, Egidio de Viterba (discípulo y protector del gramático judío Isaac Levita, instigador de una traducción del libro kabalístico «Zohar»), y, por odio a los dominicos, el patrono de los franciscanos en Roma, el cardenal Grimani, también aficionado a la Kabala.

Sin embargo la Sorbona, a instigación de G. Petit, confesor del rey Luis XII, condenaba el «Espejo» de Reuchlin (en agosto de 1514). A lo cual Crotus Rubianus replicó con una sátira titulada «Epistolae obscurorum Virorum», mereciendo esta disputa el nombre de querella de los obscurantes. Gracias al apoyo de León X, la maniobra seguía desarrollándose. Mientras el emperador Maximiliano se negaba en Francfort a expulsar a los judíos de Rastisbona, de Francfort y de Worms (como lo había pedido Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia, en una asamblea convocada por él, el 7 de enero de 1516), el concilio del Latran manifestaba su hostilidad al inquisidor Hochstraten. En cuanto a Reuchlin, dedicaba al papa de Médicis otra obra titulada la «Ciencia de la Kabala» (procediendo de las peores fuentes, José Gignatilla de Castilla y el apóstata Pablo Riccio). Al autorizar la publicación del Talmud de Babylonia por Daniel Bomberg, en Amberes en 1519. ¿no manifestaba León claramente cuáles eran sus inclinaciones?

Lutero, introducido en escena por los Rosa-Cruz

En este año 1519, abierta el 12 de enero por la muerte del emperador Maximiliano, se produce la entrada en escena de Lutero. La elección al Imperio, el 28 de junio, de Carlos V, un flamenco y un español, provoca una reacción del nacionalismo germánico. Animados por los Rosa-Cruz, los amigos de Reuchlin encabezan el movimiento. El 24 de junio de 1519, el duque Jorge de Sajonia reúne en un coloquio con el dominico Juan Eck, teólogo católico de Ingoldstadt, a Lutero, flanqueado por su joven amigo y futuro lugarteniente Felipe Melanchton (traducción al griego de Schwarzerd o tierra negra), bisobrino de Reuchlin, por su rival Carlstadt (o sea Bodenstein, archidiácono de Wittemberg, inclinado al profetismo, autor de un libro, «De spiritu et litera», publicado en 1517) y por el rector de la Universidad de Wittemberg, en el Ayuntamiento de Leipzig.

El 26 de octubre de este mismo año, Ulrich von Hutten, humanista y polemista nacionalista (el mismo que hemos visto incitar a Francisco I a presentar su candidatura al Imperio), expone sus proyectos a Lutero y le llama a participar en su campaña contra la Roma «mercantil y rapaz» de los pontífices, con Crotus Rubianus, otro amigo de Reuchlin, autor, entre 1515 y 1517, de las «Epístolas de los hombres obscuros». Franz von Sickingen, un caballero aventurero y saqueador, y otros nobles, bizqueando sobre los bienes de la Iglesia les prestan su apoyo.

Entre éstos, Ulrich von Hutten, Crotus Rubianus y también Andreas Carlstadt mantienen relaciones con la Rosa-Cruz. En cuanto a Lutero, hablan bas-

tante claro sus armas: un corazón, calado por una cruz y rodeado por una rosa, con estos versos: «Des Christen Herz auf Rosen geht / Wenn's mitten untern Kreuze steht», mientras su cota de mallas lleva una cruz y cuatro rosas. Pertenece a la secta, como más tarde tantos otros jefes protestantes (mencionados por Fr. Hartmann en su «Pronaos»): Zwingli de Zürich, Oecolampadius de Basilea, sacramentarios, que niegan la presencia real y en general todo lo que la Biblia no menciona; Bucerus, ex-dominico de Estrasburgo, mucho más moderado; Nicolas Patarius, M. Tubner, H. Cellarius, Th. Münster.

Lutero no se impone como teólogo, sino como tribuno popular, por su elocuencia fogosa y su lenguaje crudo de profeta. Antes del «Los von Rom!» (¡Fuera de Roma!), su grito de reunión es el slogan, la consigna nacionalista: «Deutschland, erwache!», ¡Germania, despiértate! Hijo de campesinos, duramente criado en su casa y en la escuela, quedó muy impresionado, espantado por los rayos, postrado por la muerte de un amigo; vive con el miedo del diablo y tiembla con el temor al Dios cruel de la Biblia, que podría negarle su gracia. Pues todos sus maestros le inclinaron hacia la Biblia y la idea de la predestinación: los «Hermanos de la Vida común» de Magdeburgo, los franciscanos de Eisenach, los agustinos de Erfurt. Lo que de teología conoce, se lo enseñó Gabriel Biel, catedrático de Tubingen. Esta enseñanza, sus lecturas, le conducen a la convicción de que sólo la Fe y la Gracia pueden garantizar la salvación. Se apoya en San Pablo: «El justo vivirá por la Fe»; en San Agustín: «la salvación es obra del solo Dios»; en San Bernardo, que considera las buenas obras inútiles, siendo la Fe, donativo de Dios, la única que nos puede salvar.

Sus maestros deben varias de sus ideas al franciscano de Oxford, Guillermo de Ockham (que abandonó Aviñon en 1328 para reunirse con Marsile de Padua —discípulo del filósofo árabe Ibn Rosch o Averroës— en casa de Luis de Baviera, entonces en lucha contra el papa Juan XXII), por ejemplo, la idea de que las Escrituras son la única base de la religión, y la de que el Estado domina el Clero, hasta que la monarquía electiva prepare el resbalón hasta la soberanía popular. De Gerson procede la doctrina de la predestinación. Guillermo de Ockham y Duns Scot le enseñaron que inteligencia y Fe son incompatibles y también que la autoridad del pueblo de los fieles (no se llama todavía pueblo de Dios) supera la del papa.

En el mismo sentido, se hizo sentir sobre él la influencia de Nicolás de Lyra (hasta el punto de que escribió un historiador judío: «si Lyra no lyrasset, Luther non luterasset»); del quietista alemán Tauler, de Basilea; de Erasmus, que tratará de cubrir su acción; de Lefèvre d'Etaples, su émulo francés. Se acercó al estudio del hebreo en 1509 y se nutrió de Reuchlin. Encargado de la cátedra bíblica en la Universidad de Wittemberg (de reciente creación en 1502), se inspiró en los comentarios del sabio rabino Raschi (escritos en Francia en el siglo XI), estudió los salmos y las Epístolas de San Pablo, y negó el libre albedrío.

Wiclef y el precedente «husita»

Entonces Lutero se lanza en su lucha contra Roma, siguiendo a Wiclef, este otro discípulo de Ockham, que desencadenó en 1328 el movimiento

«lollard» en Inglaterra, y al ejemplo de Juan Huss y de los nacionalistas checos, sublevados contra el papa y el emperador. ¿Es que la historia se reproducirá? Para Wiclef, la Biblia, cuya exégesis había sido puesta de moda en Oxford por Roger Bacon, era la fuente única de la doctrina cristiana. Había alentado la traducción de la Vulgata al inglés. Había negado ya el libre albedrío, la transubstanciación, algunos sacramentos, la confesión, la confirmación, la extrema-unción, el culto a los santos, el celibato de los sacerdotes. La agitación «lollard» había provocado una revuelta campesina, pronto ahogada en sangre (1381-82). Sucesor de Wiclef, el jefe de los «lollards», lord Cobham, pereció en la hoguera en 1417.

Gracias a los lazos establecidos entre las universidades de Oxford y de Praga por la esposa del rey Ricardo II de Inglaterra, Ana, hermana del rey de Bohemia Wenceslao, la obra principal de Wiclef, el «Trialogus», llevada a Praga por un Checo, Jerónimo, fue traducida por Juan de Hussinecz o Juan Huss (1369-1415). Esta semilla no podía caer en terreno más favorable. Del liberal Carlos I de Luxemburgo (1346-1378) (más tarde el emperador Carlos IV) los checos acababan de obtener la creación de un arzobispado y de una Universidad en Praga (1344-48), mientras que la Bula de Oro de 1356 rehabilitaba su idioma y otorgaba a los campesinos un estatuto que les permitía defenderse contra la infiltración de los colonos alemanes.

Bajo el reinado de Wenceslao IV (1378-1419), hombre débil, inclinado a la ebriedad, rodeado de ministros anticlericales, el nacionalismo checo se volvió contra la Iglesia, integrada por 2.100 sacerdotes y 100 conventos (para tres millones de habitantes) y que poseía la tercera parte de las tierras. En 1393, fue maltratado el arzobispo, y el vicario general ahogado. Y cuando en 1412, Juan Huss empezó, en la capilla de Bethleem, centro de propaganda y de agitación innovadora, violentas predicaciones en favor de las tesis de Wiclef, y cuando, excomulgado, replicó con mascaradas contra la Roma pontifical y el tráfico de las indulgencias, la Universidad de Praga le prestó su apoyo con entusiasmo. Pero cometio la imprudencia de presentarse en el Concilio de Constancia y a pesar de la intervención del emperador Sigismundo en su favor, fue detenido y mandado a la hoguera (6 de julio de 1415).

Su ejecución provocó una reacción violenta: por parte de la nobleza, con participación de 450 señores, y por parte del pueblo que invadió el ayuntamiento de Praga (el 30 de julio de 1419) y lanzó a los consejeros por la ventana. Sublevación de todo un pueblo pero dividida entre dos tendencias, una moderada, de los «utraquistas», que exigían la comunión bajo las dos especies, escogiendo un cáliz como emblema, y otra extremista, de los «Taboristas» (según el nombre dado al campo donde se habían atrincherado), igualitarios o «niveladores», nutridos en el Antiguo Testamento, adamitas y nicolaítas. Bajo el mando de jefes como Zizka y Procopio el Grande, de real valor militar, constituyeron una temible infantería, protegida por carros de guerra, dotada de fusiles y artillería, tuvieron en jaque a las tropas imperiales de Sigismundo y derrotaron a un ejército de 130.000 cruzados en 1431, antes de ser aplastados cerca de Lipan en mayo de 1434. Entonces el Concilio de Basilea concedió a los moderados la comunión bajo las dos especies, mientras que los «Hermanos moravos» llevaban a Lusacia su semilla de herejía, antes de adherirse a Lutero.

Ahora bien, la acción de Lutero en su lucha contra Roma reproducirá las mismas fases que las de Wiclef y de Juan Huss: propaganda inspirada por el Antiguo Testamento, campaña contra las indulgencias y los excesos de la Iglesia, agitación nacionalista, guerra social, para llegar a la instauración de regímenes en los cuales los príncipes impondrán su preponderancia en materia de religión.

Formado por unos maestros inclinados hacia la herejía, animado por su violento temperamento de polemista y de profeta, hondamente herido por los escándalos de la Roma pontifical (durante una breve estancia en 1510, que hizo allí para defender la estricta observancia en la organización de la Orden de los agustinos), Lutero se rebela contra la predicación de una indulgencia el 31 de octubre de 1517 (una peregrinación a las reliquias que acababa de comprar el Elector Federico de Sajonia), fijando como carteles en Wittemberg unas 95 tesis vengadoras sobre los tráficos eclesiásticos. Entre otros figuraba la predicación por el dominico Juan Tetzel (según una bula del 31 de marzo de 1513) de una indulgencia cuyo producto debía ser repartido entre el papa, el emperador Maximiliano y el joven Alberto de Brandeburgo (hermano menor del Elector Joachim), titular a los veintitrés años de los arzobispados de Magdeburgo, de Maguncia y del obispado de Halberstadt (con su participación, el prelado debía reembolsar unos 10.000 ducados prestados por los hermanos Fugger de Ausburgo para comprar estas funciones acumuladas). Buen ejemplo para amotinar a la opinión alemana, lista para levantarse contra la Roma codiciosa y corrompida y contra los italianos despreciados. Hasta el Clero denuncia el sistema fiscal de la Curia, que bajo el pretexto de reservas, de indultos, de exenciones, de anates, de colación de beneficios, de diezmos... le «come» una tercera parte de sus recursos.

En el momento en que Lutero lanza su «Llamada a la nobleza de nación alemana», el equilibrio del país está roto: frente a un emperador más y más débil los príncipes fortalecen su poder y miran con codicia hacia los bienes de la Iglesia; las ciudades se manifiestan cada día más potentes. Banqueros y hombres de negocios dominan a una autoridad política vacilante. La burguesía mercantil no aguanta las reglas corporativas que, imponiendo el justo precio, garantizando la calidad de productos baratos, limitan el provecho. Como en los centros de la Alta Finanza, anhela los fructíferos juegos de la especulación al alza o a la baja, del acaparamiento, del monopolio, del fraude y de la explotación de los pobres y de los débiles.

La Reforma está pendiente. Y no sólo religiosa. Mandando reeditar por Froben en 1518 su «Enchridion Militis Christiani», Erasmus delinea su programa y cubre a Lutero con su fama de moderado. Incitándole a la prudencia, le abre la vía cerca de los potentes.

Así es el hombre que la Rosa-Cruz y los nacionalistas alemanes (herederos de estos Templarios, antaño lo bastante poderosos más allá del Rin para bloquear las medidas decretadas contra su Orden) (1), empujan delante de

(1) La acción dirigida por el arzobispo de Magdeburgo contra los Templarios alemanes, había sido quebrantada por la resistencia del arzobispo de Maguncia y de los príncipes. Fuertemente instalados en Maguncia, Treveris y Luxemburgo, los caballeros se atrevieron a presentarse, bajo el mando del comendador de Renania, en armas, por delante de la comisión sinodal de Maguncia.

ellos, calificándole ya de «Padre de la Patria». Requerido en Roma en julio de 1518, intimado por Caïetano a retractarse, el 22 de octubre de 1518, fija en la puerta de la catedral de Ausburgo su llamada al papa. Pero Juan Eck obtiene del pontífice la bula «Exsurge Domine» (15 de junio de 1520) que le fija un plazo de sesenta días para someterse. Y como las gestiones intentadas en su favor fracasan, entonces se vuelve hacia Alemania, levantándola contra Roma.

Mientras Ulrich von Hutten difunde sus panfletos y proclama: «¡Recordad que sois germanos!», Lutero publica, en agosto de 1520, su «Manifiesto a la nobleza cristiana de nación alemana». ¡La tea que encendió el fuego! Se distribuyen cuatro mil ejemplares en seis días. El 10 de diciembre de 1520, se quema solemnemente en Wittemberg la bula «Exsurge Domine». El Elector Federico de Sajonia expulsa a los nuncios Caracciolo y Aleandre, que le pedían que mande detener a Lutero y quemar sus libros.

Entonces, tiene que intervenir el emperador en persona. Carlos V convoca al rebelde a comparecer, con salvoconducto, delante de la Dieta de Worms. Se presenta, acogido en su camino por ovaciones populares y penetra en la ciudad el 16 de abril de 1521, acompañado por un ruidoso cortejo de 2.000 partidarios suyos. Sin embargo, al día siguiente, delante de la Dieta aparece vacilante, tergiversa, solicita un plazo. Pero el 18, ya muy seguro de sí mismo, mantiene formalmente su actitud. Distingue entre sus estudios evangélicos, sus obras contra el papado y sus escritos polémicos, recusa la autoridad del papa y de los concilios y proclama «¡su conciencia cautiva de las palabras de Dios!». Y se marcha de la Dieta, entre dos setos de brazos levantados —manifestación de victoria entre los antiguos sajones. Pero, temiendo por su seguridad, sus amigos le llevan a la Wartburg, refugio donde se quedará del 4 de mayo de 1521 hasta el 1 de marzo de 1522, mientras se promulga contra él un edicto imperial el 15 de mayo y que otra bula, «Decet Romanum Pontificem» le condena, el 29 de abril.

Aunque sea monje, soporta muy mal su reclusión en la Wartburg. (Luego su matrimonio, a los cuarenta y dos años de edad, con Catalina de Bora, que tenía veintiséis, ablandará felizmente su carácter). Devorado por sus instintos, amenazado por sus demonios, consigue sin embargo luchar contra la pereza trabajando. Traduce al alemán el Nuevo Testamento; «Soy el Profeta de los Alemanes», dirá en 1531. Prepara un «Tratado sobre la autoridad secular», que publicará en diciembre de 1522. Sus ideas, sus intenciones, su programa se precisan. Entre 1517 y 1520, su acción se ejercía en favor de una reforma, no de la creación de una nueva Iglesia, destacada de Roma. En «la cautividad de Babylonia», en 1520, opone a la jerarquía romana una Iglesia mística, invisible, desencarnada, integrada por la Unión en Dios de elegidos iguales, libres de interpretar la palabra del Señor, cada uno según su conciencia. Mientras polemiza con Erasmus, defensor del libre albedrío (4 de septiembre de 1524), oponiéndole su tratado sobre «el albedrío siervo», su concepción de la Iglesia reformada se inclina pronto hacia una Iglesia de Estado (31 de diciembre de 1525).

La campaña contra Roma conduce a una Iglesia colocada bajo la autoridad de los príncipes

El que recomendaba en Wittemberg en 1522 la constitución de comunidades religiosas eligiendo a sus propios jefes, ahora ve en los príncipes los protectores naturales de la nueva religión contra los opositores. «Un príncipe no puede sufrir en un lugar más de una sola predicación», escribe al nuevo elector Juan de Sajonia, el 9 de febrero de 1526. Sus instrucciones de 1527 van en el mismo sentido. Sus escritos de 1529, 1530 y 1533 establecen que el poder absoluto de los príncipes está plenamente fundado en Dios. Su autoridad sobre el pueblo es soberana: «más vale que los tiranos cometan cien injusticia contra el pueblo, que el pueblo una sola contra los tiranos», declara. Y más todavía: «qué son los príncipes en este mundo: dioses; y el vulgo: Satanás». Al terminar esta evolución, todo depende del Estado: los bienes, la jurisdicción, la autoridad sobre los consistorios instalados en 1539. El príncipe escoge a los ministros, como a los veedores, es el verdadero jefe de la Iglesia.

Es que él mismo (mantenido con el dinero de Lucas Cranach) ¿no debía a la protección del duque de Sajonia el haber escapado de las amenazas del papa y del emperador? Y mientras tanto, la anarquía propagada por unos reformados, y la revuelta de los campesinos, ¿no han probado, que, sin la autoridad de los príncipes, la causa de la Reforma se hundiría en el desorden? Desde 1521, un viento de rebeldía sopla sobre los agustinos, entre los cuales algunos cuelgan los hábitos. Carlstadt, canónigo de Wittemberg, ataca el celibato de los sacerdotes, bajo el pretexto de que los votos de castidad respondían a un sentimiento de orgullo. Pronto a aplicar su teoría, se casa. Al final de este año 1521, se deja arrastrar por Nicolás Storch y otros dos lugartenientes de Münzer, que destruyen las imágenes y saquean las iglesias en la misma Wittemberg. Melanchton queda aterrado. Lutero interviene el 6 de marzo de 1521 en Wittemberg, luego en Zwickau, Erfurt, Weimar e Iena, donde tiene una reyerta con Carlstadt.

Puesto que la agitación de Münzer inclina hacia la sublevación social. Pastor en Zwickau, este iluminado se cree profeta, se rodea de doce apóstoles y 72 discípulos, y levanta el pueblo, obreros textiles y campesinos de Suabia, contra el orden establecido. En la conferencia de Memmingen (el 7 de marzo de 1525) los campesinos exigen el derecho de elegir a sus pastores... la supresión del diezmo sobre el rebaño, la abolición de la servidumbre, la autorización de cazar, de pescar, de cortar leña en el bosque; el restablecimiento de las tierras comunales, la supresión de la mano-muerta. Se extiende el movimiento a Mulhouse. Parece una nueva fogata de la insurrección del «Bundshuh» de 1492.

La represión es brutal. Aplastados en Frankenhausen, los rebeldes abandonan a tres mil de los suyos en el campo de batalla. Se degüella a Thomas Münzer, caído prisionero. El número de ejecuciones alcanza 20.000 en Alsacia, 6.000 en Würtenberg, 11.000 en Franconia y 10.000 en Suabia. En total, la guerra de los campesinos costó 100.000 víctimas. Frente al temporal, primero vacila Lutero, siendo su posición falsa, denunciada por unos, apoyada por otros. Entonces lanza una exhortación a la paz, evocando el Evangelio,

que condena la revuelta (al final de abril de 1525). Y luego, cuando se desencadena la represión, fulmina y proclama, el 30 de mayo de 1526: «si viene a ser convencido alguien de rebelión... todo cristiano puede y debe degollarle». Y con su violencia habitual, alienta a los señores: «¡Exterminad! ¡Descuelguen!».

¡Fuera los sueños evangélicos! La interpretación individual de los Evangelios cede el paso al lema «¡tal príncipe, tal religión!», prefiguración de la tesis de la Dieta de Ausburgo de 1555: «cujus regio, hujus religio!». La Iglesia mística de los «elegidos» lo cede a una jerarquía de ministros nombrados por el Estado. Por la voz de Lutero, el nacionalismo germano toma contra Roma la revancha de los Sajones, antaño convertidos a la fuerza por Carlomagno. La Reforma luterana, oriunda de los estudios bíblicos de Reuchlin, nutrida por el judaísmo en su cuna (los comentarios de Raschi), se prepara a transponer en provecho suyo la doctrina del pueblo elegido. Lejos de aceptar, así como lo harán anglicanos y calvinistas, el papel a la vez humilde y provechoso de lugarteniente del judaísmo, aplicará al mismo pueblo alemán el mesianismo y el racismo de Israël, de manera que el pangermanismo y el racismo nazi serán los lejanos legados, pero directos y auténticos, de la doctrina bíblica.

Inspirado inicialmente por el judaísmo, Lutero se vuelve contra él

De la Biblia al racismo. De la judeofilia al antisemitismo. Fiel a sus maestros, Lutero había tomado primero su defensa en un ensayo titulado «Jesús nació judío» (1527). Levantándose contra los malos tratos que les reservaban los papistas, los obispos, los sofistas, los monjes «preferiría ser un puerco que un cristiano», escribía con una pluma grosera. «Los judíos son de la misma sangre que N. S., y si parece decente glorificarse de su carne y de su sangre, los judíos pertenecerían más que nosotros a Cristo... En consecuencia, creo que debemos tratarles con bondad, que debemos aplicar, no los órdenes del papa, sino la ley cristiana del amor y acogerles con benevolencia».

¿Procedía esta simpatía de la esperanza que entretenaba entonces de convertirlos? Pero, al contrario, fueron ellos los que trataron de conducirle al judaísmo; tres letrados judíos efectuaron una gestión en este sentido, gestión inútil. Nombrado por Carlos V gobernador de la judería alemana, Josselin Loans de Rosheim, sobrino del médico de los emperadores Federico y Maximiliano, tuvo la idea de pedir su apoyo a Lutero en favor de sus correligionarios, acusados a la vez por los nobles de financiar la revuelta de los campesinos, y por el pueblo que les sospechaba de connivencia con los ricos, y sobre todo amenazados de expulsión por el duque de Sajonia, Juan el Sabio, en 1537.

Era conocer mal a Lutero, que le echó fuera brutalmente. Cambiando totalmente de ánimo, el jefe de la Reforma no vacila ahora en pedir su expulsión en un panfleto titulado «Sobre los judíos y sus mentiras» (1542). «Se lamentan de que les mantenemos en servidumbre, cuando nosotros podríamos lamentarnos por haber sido perseguidos y martirizados por ellos durante cerca de trescientos años». Iba repitiendo que según el Talmud y los

rabinos era lícito para los judíos matar a los «goyim», saquearlos y robarlos. Entonces aconsejaba quemar el Talmud, incendiar las casas judías y apriscarlos, a su vez, en unos establos.

Cabe decir que en estos tiempos toda Europa se alzaba contra los judíos, acusados —no sin alguna apariencia de verdad— de servir como espías y quinta columna a la invasión turca (1530). Para responder del asesinato de un niño, 36 de ellos habían perecido en la hoguera el año anterior en Moravia. A consecuencia de un incendio habían sido expulsados de Praga en 1542. Berlín les cerraba sus puertas, en represalia de las malversaciones cometidas por el ministro de Hacienda del Elector de Brandeburgo Joaquín II, mientras el emperador Rodolfo II les expulsaba por su parte del archiducado de Austria.

Como había hecho Mahoma antes que él

Esta evolución de Lutero acerca de los judíos recuerda de manera sorprendente la de Mahoma, en los primeros tiempos del Islam, volviéndose en Medina contra el judaísmo, que había concebido y nutrido su misión, al principio. Formado por el rabino de la Mecca, el futuro profeta, modesto «anunciador» y sencillo «avisador», empezó tratando de difundir entre los árabes la doctrina del «Libro», la revelación mosaica que acababa de asimilar. Registrando el poco éxito de su misionero en su propaganda oral, el rabino decidió escribir una primera traducción al árabe en un «Corán» perdido luego, antes que Mahoma, reproduciendo una parte de esta obra, relate la crónica de su religión naciente en su Alcorán oficial, como en un Libro de Actas de los Apóstoles.

Pero llegado a Medina, y sometido a la influencia del arabismo, del nacionalismo árabe en lucha contra las tribus judías que le mantenían en vasallaje, Mohamed se levantó contra sus maestros, como el apóstol y el profeta de los árabes. El Islam, «la Vía», la sumisión a la voluntad del Jahvé judío se hizo panarabismo, voluntad de unión árabe y de conquista. El día en que la plegaria cesó de dirigirse hacia Jerusalem para volverse hacia la «kaaba», la piedra negra, el teodolito de la Mecca, en el cual el «Ramadán» (el ayuno) se instauró, en el cual la gran fiesta de los «Muslimin» o musulmanes, el Aïd-el-Kebir, no coincidió más con la Pascua judía, ese día el Islam rompió con el judaísmo antes de revolverse contra él (2).

He aquí ahora que Lutero, como un eco, responde a su vez: «¡Yo soy el profeta de los alemanes!» (1531). Y que, siguiendo el ejemplo de los jefes

(2) Al ser sometido, primero, a la influencia del primo de su esposa Khadidja, el koreichita Waraka ibn-Naufal, convertido al judaísmo, y asistido mucho tiempo por un secretario judío, Mohamed, en 622, en Yathrib, orientó la pregaria hacia Jerusalem e hizo coincidir el ayuno de la Achura con el Yom Kippur. Pero como los judíos habían suscitado contra él al khazradjita Abdallah ibn-Ubey, se revolvió contra ellos, los atacó violentamente en el surat «de la vaca», alejó de Jerusalem la pregaria (el 11 de febrero de 624), instituyó el «Ramadhan» (el 15 de marzo) y persiguió a sus tribus: los Kaïnukaa d'Ibn-Ubey, después de la victoria de Badr (en el invierno de 624), los Benou-Nadhir, que conspiraban contra él, en 625, los Kuraiza, de cuyos reductos se apoderó durante el asedio de Medina (627), y finalmente, los de Khaibar, en 628.

de las tribus árabes, los príncipes germánicos toman las armas contra el papa y el emperador para engordarse con los despojos de la Iglesia. El primero en dar el ejemplo es en 1526 Alberto de Brandeburgo, Gran-Maestre de los Teutónicos, al secularizar los bienes de su Orden antes de casarse. Entonces Felipe de Hesse se convierte a la Reforma, lo que le vale que Lutero bendiga su bigamia. En octubre de 1526, Juan, hermano y sucesor de Federico el Sabio, como Elector de Sajonia, va más lejos: impone la reforma luterana en sus estados. Mientras que Lutero organiza la nueva Iglesia con su institución pastoral de 1527, la Sajonia y la Hesse, coaligadas en Gotha y Torgau en febrero de 1526, constituyen el núcleo de la oposición.

Francisco I en ayuda de los protestantes contra Carlos V

Ya pueden contar con el apoyo de Francisco I. En 1527, concluye una alianza con el landgrave de Hesse, con el fin de restablecer a Ulrich von Würtenberg en sus estados. El año siguiente Hohenlohe se marcha a Alemania para alentar la revuelta, y mientras, en la Dieta de Espira, el gabinete de Carlos V, inspirado por el espíritu humanista de Erasmus, inclina hacia la conciliación las propuestas de Ferdinando de Austria, más duras se enfrentan a una oposición activamente apoyada por Francisco I. Contra el recez (la decisión) de la Dieta, el 19 de abril de 1529, la Sajonia electoral, la Hesse, el margrave Jorge, el príncipe de Anhalt, los delegados del duque de Luneburgo y de 16 ciudades (entre las cuales Estrasburgo, Ulm, Nürenberg) «protestan» y constituyen el 22 de abril una Liga común de defensa.

Así nace el protestantismo. Aunque no se rompen los contactos con el emperador, gracias a los buenos servicios del conde de Nassau-Dillenburg, hermano de Enrique de Nassau, primer gentilhombre de Carlos V. Puesto que el conde Guillermo de Nassau, padre del Taciturno, inclinado hacia la Reforma, pero en conflicto con la Hesse, trataba de ganarse el apoyo del Elector de Sajonia. A la solicitud de convocar una asamblea germánica para discutir de la Reforma (1524), Carlos V había tratado de escapar, pidiendo al papa que se abra un Concilio ecuménico en Trenta. Pero, cansado de luchar, aceptó la controversia en la Dieta de Ausburgo de 1530. A la asamblea el dominico Juan Eck presentó el 14 de marzo de 1530 una declaración de 404 artículos, a la cual replicó, en nombre de los «protestantes» (del príncipe Elector Juan de Sajonia, del margrave Guillermo de Brandenburgo, de los duques Ernest y Franz de Lüneburgo, del landgrave Felipe de Hesse, del príncipe Wolfgang de Anhalt, del conde Alberto de Mansfeld y de los delegados de Nürenberg y de Reutligen), Melanchton con la «Confesión» de Ausburgo, «Credo» de la Reforma en 28 artículos.

Humanista, bisobrino de Reuchlin, Felipe Schwarzerd (1497-1560), catedrático en Tubingen y luego en Wittenberg, aficionado a la astrología, había redactado ya en 1521, a los veinticuatro años, bajo el título de «Lugares comunes», una primera exposición de la nueva Fe. El 1 de octubre de 1529, ya le había llamado en Marburgo Felipe de Hesse en una suprema tentativa de conciliación entre las tesis de Lutero y las de los «sacramentarios», Zwingli y Oecolampade de Basilea, que negaban la presencia real. Predicador en Zürich, Zwingli, al ejemplo de Lutero, había denunciado las indulgencias en

1518. Seis años más tarde, casado, atacó a las «imágenes», negó toda otra autoridad que las Escrituras, decidió no conservar más que dos sacramentos (el bautismo y la cena) —lo que le valió ser apodado «sacramentario»— y organizó, bajo el control de los burgueses, una Iglesia de Estado, en la cual más tarde se inspiró Calvino. Había difundido ya sus ideas en Berna, Lausana, Ginebra, Basilea, Saint-Gall, Mulhouse y Estrasburgo, cuando pereció en la batalla de Cappel, el 11 de octubre de 1531, matado por los contingentes de los siete cantones católicos. Interesado en el mantenimiento de la Confederación helvética, Francisco I había preferido no intervenir en este asunto.

Así, Melanchton, aunque moderado, apoyado por Martin Bucer, ex-dominico de Estrasburgo, dispuesto a hacer concesiones sobre la disciplina, la liturgia y hasta en ciertos puntos de doctrina (con excepción de los santos y de los sacramentos), para responder a las tentativas de conciliación gestionadas por los agentes de Francisco I, Guillermo du Bellay, Gervasio Wäin, Juan Gunther, Ulricho Geiger y Juan Sturm (en 1532 y 1533), no tuvo éxito en sus tentativas de mediación. Si Du Bellay consiguió la restitución del ducado de Würtenberg a Ulrich, fracasó en el plan doctrinal, por causa de la oposición de los partidarios de Zwingli y de las intrigas de Guillermo Farel y de los refugiados franceses. De manera que el Elector de Sajonia se opuso al viaje de Melanchton a París, invitado por Francisco I (el 23 de junio de 1535).

Cuando por fin el papa Pablo III convocó el Concilio, el 2 de junio de 1536, los «protestantes» de 1529, coaligados en la Liga de Esmalkade el 27 de febrero de 1531, ahora reforzados por Felipe de Grubenhagen y los delegados de Magdeburgo, Bremen, Estrasburgo, Ulm, Constancia, se negaron a participar y atrajeron a los disidentes moderados de Bucer, por la «concordia» de Wittenberg (1536), o sacramentarios de Zwingli en 1537. Y en el campo opuesto, Ferdinando —a quien se confiaron los asuntos de Alemania— reagrupó a los católicos en una Liga, concluida en Espira en marzo de 1538 y fundada en Nürenberg el 10 de junio del mismo año, alrededor de los duques de Brunswick, de Baviera, de Sajonia y de los arzobispos de Salzburgo y Magdeburgo. De manera que, ahora, los dos adversarios se enfrentaban.

Supremas tentativas de conciliación tienen lugar en Haguenau (el 12 de junio de 1540), luego en Worms el 20 de octubre, donde, en presencia del canciller Granvelle, el judío converso Gerard Veltwyk, consejero imperial, intenta aproximar a los puntos de vista, pero los artículos propuestos como base de acuerdo son rechazados por la Dieta reunida en Ratisbona el 5 de abril de 1541. No obstante, el emperador no se resigna a la guerra, de manera que sus preparativos no están terminados, cuando se desencadena el conflicto, después de un viaje del cardenal legado Farnese en Roma, el 17 de junio de 1544.

Entonces, al tratar de recobrar sus tierras, el duque Enrique de Brunswick será vencido y hecho prisionero por los confederados de Esmalkade (el 19 de octubre de 1545). Pero por fin Carlos V interviene, obliga al Elector palatino y al duque de Würtenberg a someterse, y luego, forzando el cruce del Ebro, derrota en Mühlberg (el 24 de abril de 1547) al Elector de Sajonia, hecho prisionero y sustituido por Mauricio de Sajonia, después de la capitu-

lación de Wittemberg (19 de mayo de 1547). Felipe de Hesse, también prisionero, se enmienda.

Gracias a esta victoria, el emperador parecía imponerse a los protestantes en el momento en que, con el fallecimiento de Enrique VIII (el 28 de enero de 1547) y el de Francisco I (el 31 de marzo de 1547), uno después de otro, perdían sus mejores apoyos exteriores. Pero de este éxito no se sacaron las consecuencias; puesto que la Dieta de Ausburgo rechazó el compromiso religioso titulado «Interim», destinado a permitir la presencia de los estados de la confesión de Ausburgo —es decir, de los protestantes— en el Concilio de Trenta. Y si concedió algunos subsidios, rechazó también la creación de un ejército al mando del emperador, quitándole así todo medio de imponer su autoridad. Unos años más tarde, después de la ocupación de los obispados de Metz, Toul y Verdun por Enrique II de Francia, confirmada por el tratado de Chambord (15 de enero de 1552), Carlos V tuvo que reconocer su impotencia en la lucha contra el protestantismo. La paz de Ausburgo del 25 de septiembre de 1555 consagró este fracaso: siendo las dos confesiones igualmente reconocidas en Alemania, según el principio ahora establecido: «tal príncipe, tal religión». Decepcionado por tantos esfuerzos inútiles, Carlos abandonó a Ferdinando los asuntos de Alemania el 12 de septiembre de 1556, antes de que sea elegido su sucesor en el Imperio. en febrero de 1558.

La resistencia victoriosa de los príncipes a la autoridad imperial decadente, aseguraba la existencia de la religión luterana en Alemania, confirmándola en su carácter nacional, germánico y nórdico, pero limitando la zona de su extensión a Alemania y a los países escandinavos.

* * *

La teocracia calvinista, dueña intolerante de Ginebra

Iba a tener mucha más irradiación la religión calvinista, directa heredera de las escuelas de Meaux y de Oxford, fiel al carácter bíblico y universal de su enseñanza. Lefèvre d'Etaples, en lo que toca a la doctrina, y Guillermo Farel, en materia de organización religiosa y política, fueron los precursores de Calvino, que no dio prueba de originalidad sino en la instauración de un régimen teocrático muy estricto, pero templado por una gran flexibilidad económica, que le valió la simpatía de una gran parte de la burguesía mercantil de Occidente.

Hijo de un procurador del obispado de Noyon, Calvino (3), nacido el 10 de julio de 1509, estudió en el colegio Montaigu de París hasta 1528 con Antonio Coronel, que ejerció una gran influencia sobre su formación filosófica, luego en Orleans, el derecho con Pedro de l'Etoile, en Bourges con Alciat, y de nuevo en París, después de la muerte de su padre el 26 de mayo de 1531, el griego con Dane, el hebreo con Vatable. Su primo Pedro Olivetan y su amigo luterano alemán Melchior Wolmar ya le habían inclinado hacia la Reforma, cuando se alojó en París en septiembre de 1532 en casa del pañero Esteban de la Forge, protestante célebre.

(3) Calvin, o Cauin, o Cohen, será aclamado como judío por los B'naï B'rith en París, en 1936, según William Guy Carr, «Pawns in the Game», pág. 20.

Cuando su amigo Nicolás Cop, rector de la Universidad, hijo de un médico del rey, fue perseguido por causa de su famoso «sermón evangélico» (1 de noviembre de 1533) y tuvo que refugiarse en Basilea, y cuando Esteban de la Forge, detenido, pereció en la hoguera, Calvino se escondió. Buscó refugio primero en Angulema, cerca de Du Tillet y luego en Nérac, donde reencontró a Lefèvre d'Etaples en la corte de Margarita. Después del escándalo de los carteles (en octubre de 1534) se reunió con Nicolás Cop en Basilea, donde continuó estudiando el hebreo con Sebastián Munster, discípulo de Reuchlin. Allí prologó una traducción de la Biblia, obra de su primo Olivetan, y terminó su obra maestra, la «Institución cristiana» en (agosto de 1535), que dedicó a Francisco I y publicó en edición latina en marzo de 1536.

Aprovechándose del edicto de Tolerancia (de julio de 1536), proyectaba volver a Noyon, cuando al pasar por Ginebra le detuvo Guillermo Farel, que necesitaba de un ayudante para ganar la ciudad a la Reforma. Ciudad imperial, gobernada por su obispo, asistido por tres concejos, el pequeño, el de los 60 y el de los 200, Ginebra era confederada («eidgenossen» en alemán, origen de la expresión «hugonotes» aplicada a los Reformados) con Berna, reformada, y Friburgo, católico. Al llegar Calvino, los burgueses, a instigación de Guillermo Farel, ya habían expulsado a su obispo en 1534 y resistido victoriosamente el año siguiente, gracias al apoyo de Francisco I, a las tentativas del duque de Saboya para restablecer la autoridad legítima.

Tal es el éxito de los evangélicos, que el Concejo de los 200 pretende decretar su fe obligatoria en febrero de 1537. Pero resisten los «libertinos» de tal modo a la reforma de las costumbres que la mayoría cambia en 1538. Entonces Calvino vuelve a tomar el camino del exilio y vive durante tres años con Bucer en Estrasburgo, una comunidad modelo en la cual se inspiró. Allí publica en 1541 una edición francesa de su «Institución cristiana» en un manual de 800 páginas. Al principio muy próximo a Lutero y Melanchton, que había encontrado en 1541 en Worms y Rastisbona, ahora se aleja de ellos sobre la predestinación y se acerca a Farel, Bucer y Zwingli, manteniendo sólo dos sacramentos, el bautismo y la Cena. Su obra no es original, cuando a veces contradictoria, pues su creencia en la predestinación no concuerda bien con el papel que reconoce a la voluntad. Sobre la ciencia no tiene ideas muy concretas. Cree en las brujas y decreta medidas muy severas contra ellas (cuando la peste, sentencia a 14 al cautiverio con los hierros). Se dedica a la astrología, pero ignora a Copérnico. Buen analista, de una lógica implacable, sobre todo es un dialéctico sin par. Realista, formado por Lefèvre d'Etaples en las ideas platonicianas, hábil en informarse y en maniobrar a los hombres, empleará a fondo sus dotes de estadista para instaurar en Ginebra un gobierno teocrático en el cual la aristocracia cerrada a los «elegidos» del Señor domina la ciudad y donde su carácter orgulloso, intolerante y vindicativo se manifesta sin freno.

De vuelta en Ginebra el 13 de septiembre de 1541, concede a los Concejos de los 20 y de los 60, dóciles a las sugestiones del Consistorio, la iniciativa de las leyes y el derecho de proponer a los candidatos a la elección de síndico. Desde el primer momento, Calvino tiene la mano muy dura: manda colgar a Gruet, amigo de Dolet, por haber fijado un cartel hostil a los pastores.

Y, aunque no haya ganado las elecciones de 1553, castiga sin piedad a Michel Servet, oriundo de Tudela en España, médico del arzobispo de Viena, a punto de descubrir la circulación de la sangre (pero inclinado hacia el platonismo en sus estudios bíblicos) y denunciado por un secretario suyo, que manda a la hoguera el 27 de octubre de 1553, para intimidar a los libertinos. Si un humanista como Castellion le ataca, le expulsa. (Refugiado en Basilea, este autor abogará por la tolerancia en su «Consejo a Francia desolada», en 1562). Expulsa también a sus otros adversarios, La Mare, Alciat, Gentilis. Y después de ganar las elecciones de 1554, ya el amo de Ginebra, erige la intolerancia en dogma, que el tratado «De haereticis a civile magistratu puniandis», pone en artículos. Tres y luego los cuatro síndicos que tiene en su mano, un Consistorio integrado por 12 antiguos y seis pastores, asistidos por otros pastores, doctores y diáconos, forman el instrumento de reino de la teocracia calvinista.

Este gobierno se apoya en los emigrados extranjeros refugiados en Ginebra, que disponen en 1546 de 12 de los 13 ministros. Contra estos intrusos, que pretenden regir las costumbres de la ciudad, las antiguas familias, los Arneaux, los Perrin, los Vandel, los Favre reaccionan. El pueblo también, que les grita: «Venís hacer aquí sus sinagogas, después de expulsar a la buena gente». En febrero de 1551, Ami Perrin, capitán general de los arcabuceros, es elegido primer síndico, pero dos años más tarde lo son también cuatro «calvinianos» y después de una revuelta fracasada, los jefes opositores buscan refugio en Berna. Entonces Calvino elimina toda oposición: los emigrados vuelven, libertinos y malcreyentes expulsados o castigados, una censura severa se ejerce sobre los libros y una pesada envoltura de austeridad cae sobre la ciudad, ahogándola.

Pero estos elementos cosmopolitas que dominan ahora en Ginebra, donde crean el 5 de junio de 1559, bajo la dirección de Teodoro de Bèzes, una Academia famosa por sus estudios hebraicos, y que cuenta con 1.500 estudiantes, ayudan singularmente en la expansión de la doctrina del reformador en el extranjero. Su influencia se extiende en los Países Bajos, donde un flamenco, Utenhove, difunde las tesis bíblicas sobre el Rhin, antes de pasar a Inglaterra, mientras un polaco, Laski (que Calvino encontró en Bonn), «trabaja» la Frisia... El 31 de mayo de 1549, un acta de Unión, firmado en Zürich, da a Calvino la supremacía sobre varios movimientos protestantes. En la misma época, sus discípulos penetran en Inglaterra. Cuando el Protector (Somerset) quiere reformar la liturgia, Bucer se presenta en Canterbury en compañía de Pedro Martyr (de Basilea), de Laski, Vermigh y de todo un séquito de alemanes, franceses, flamencos. Warwick, sucesor de Somerset (que derribó en diciembre de 1549), aplica íntegramente la Reforma. Brook traduce las obras de Calvino; en agosto de 1550 se abre en la Corte una iglesia de su obediencia. Los preceptores de Eduardo VI, Cox y Cheke, se adhieren a su doctrina. Cuando llegara al trono María Tudor y expulsara a los predicantes, John Knox, Wittigham, Cheke, Gilby, buscarán refugio en Ginebra, la Mecca del protestantismo.

Un protestantismo internacional, complaciente para los hombres de negocios bendecidos por el Señor

Aparte de su influencia doctrinal, por la que se impondrá en Francia a los Reformados, sobre todo después de 1550 (el primer sínodo nacional tuvo lugar el 25 de mayo de 1552), el calvinismo tiene una notable atracción sobre la gente de negocios. Pues Calvino, tan estricto en materia moral, manifiesta la mayor comprensión en materia económica. ¡Qué ganga, qué regalo para los hombres de negocios y de finanza ofrecen la supresión de las trabas corporativas, consecuencia de la doctrina escolástica sobre el justo precio, la abrogación de las leyes de la Iglesia prohibiendo la usura y hasta el préstamo con interés, y qué alentadora para ellos esta forma evolucionada y moderna del protestantismo!

Las prescripciones del Concilio de Nicea de 775, condenando la usura y prohibiendo el préstamo con interés, fueron confirmadas por todos los concilios, sobre todo el del Latran de 1179. Gregorio IX las transcribió en sus «decretales» en 1234 y el concilio de Viena las mencionó también en 1311. El año siguiente, Clemente V condenó los estatutos municipales que trataban de eludir estos decretos.

Se debe reconocer que las doctrinas que consideran el dinero como estéril «argentum parere non posset», tenían su origen en los filósofos de la Antigüedad, en Aristóteles como Plato. En Roma, Cato y Cicero denunciaron los desmanes de la usura, causa de muchos alborotos. Sucesivamente los padres de la Iglesia, San Ambrosio, Crisóstomo y los escolásticos adoptaron la misma postura intransigente que la Universidad de París todavía mantenía intacta en 1532.

Sin embargo, las leyes canónicas habían sido algo relajadas. Se admitía el pago de una indemnización a título de compensación del riesgo «damnum emergens», de falta de beneficio «lucrum cessans», de participación en el provecho, las pérdidas y los seguros, «trinus contractus». Se autorizaba la comandita «a la gorda aventura». Más allá del derecho romano, que toleraba el préstamo a interés, «usura», pero condenaba la usura «foenus», más allá de las leyes hebraicas, que sólo prohibían la usura «entre judíos», Lutero todavía condenaba la usura.

Pero en esta materia Calvino, lo mismo que Melanchton y Bucer, por otra parte, se manifiesta mucho más flexible. Discípulo de los juristas Pedro de l'Estoile en Orleans y Alciat en Bourges, colocado, en la intimidad del comerciante Pedro de La Forge en París, y entre los burgueses de Estrasburgo de Ginebra, en contacto con la realidad económica, tiene ideas muy precisas sobre el tema. Que ignore sistemáticamente la tradición escolástica no puede sorprendernos. Pero que tampoco cuenten para él las prohibiciones del Antiguo Testamento asombra en un apóstol tan convencido de la vuelta a las fuentes antiguas.

Pues son bien claros los textos bíblicos: «Si prestas dinero a mi pobre pueblo que está contigo, no lo harás como usurero» (Exodo, cap. 22, v. 25). «No entregarás dinero con usura (a tu hermano) y no de tus vituallas con sobra»

(Levítico, cap. 25, v. 35 a 38). «Podrás dar a usura al extranjero, pero no prestarás con usura a tu hermano» (Deuteronomo, cap. 23, v. 10 y 20). Lo mismo Ezequiel (cap. 18, v. 8 y 17, y cap. 22, v. 12) y los Salmos (55, v. 12). Sin embargo, Calvino no se molesta por tan poco. He aquí cómo expone el tema en una carta titulada «De Usuris responsum», dirigida el 7 de noviembre de 1545 a su amigo Claudio de Sachin: «En primer lugar, no hay en las Escrituras testimonio por el cual toda usura sea totalmente condenada» (?). El texto del Deuteronomo tiene un valor «político», es decir, adaptado a las circunstancias del momento: «Es de notoriedad pública que las usuras han sido prohibidas al pueblo antiguo, dirá Calvino, pero se debe confesar que esto fue parte de la política judaica. De donde resulta que las usuras no se deben condenar hoy día, en cuanto no contravienen a la equidad y a la unión fraterna».

Por cierto, «sería deseable que se echen las usuras fuera del mundo, y que sea borrado su nombre, pero como esto es imposible, hay que ceder a la utilidad común». Y debatiendo el Salmo 55 (v. 12), como la misma palabra hebrea significa «fraude», pretende que sólo el abuso es condenable. «Por lo cual, dice Calvino, no reconozco que "las usuras" sean sencillamente prohibidas, sino en cuanto son contrarias a la equidad y caridad». A nuevos tiempos, nueva moralidad. ¿No es distinta la coyuntura? «Aquí se objeta que también hoy día las usuras deben ser ilícitas, sigue Calvino, por la misma razón que estaban prohibidas a los judíos, porque también entre nosotros existe unión fraternal. A lo cual contesto que existe diferencia en la coyuntura política. No hay similitud en la coyuntura».

Pues Calvino comparte (con otros humanistas, Hutten y Erasmus, por ejemplo, aunque con prudencia) las ideas que su amigo legista Carlos Dumoulin expondrá el año siguiente (1546) en su obra «Tractatus contractum et usurarum», en favor del préstamo con interés. Rechaza la tesis de Aristóteles sobre la no-productividad del dinero. Al contrario, escribe: «¿No es el dinero, como mercancía, la más fructuosa que podemos tener?» Y, haciendo la distinción entre préstamos al consumo o a la producción, llega a invertir la ley antigua: «Concluyo ahora que de las usuras se debe juzgar, no según una cierta y particular sentencia de Dios, sino sólo según la regla de equidad». Así lo reclaman la coyuntura y la necesidad: «En vista de que los hombres no pueden traficar y negociar entre unos y otros de otra manera, hace falta cuidarse siempre de lo que es lícito y hasta donde se puede llegar» (Revelaciones del profeta Ezequiel, Ginebra, 1565).

Mejor dicho, lo que estaba prohibido, con excepciones, se considera lícito... dentro de ciertos límites, por otra parte muy difíciles de mantener. Tal principio debía ser particularmente bien acogido en Ginebra, donde en 1444 el papa Feliz V había tenido que intervenir para suprimir la autorización del préstamo con interés, insidiosamente introducida en los estatutos municipales, y donde la Reforma no había sido llevada por humanistas sin influencia, sino por gordos comerciantes, los Tucher de Nürenberg en 1526, los Baudichon de Maisonneuve, los Robert Vandal, y donde dos tentativas de creación de un Banco del Estado tendrán lugar, en 1568, con ocasión de un empréstito en Basilea y en 1580, para investir los capitales de los negociantes.

Realista hasta el punto de escribir que «a veces sería deseable que los predicantes sean comerciantes», Calvino confirmó su posición de principio en una carta a Morel, que le pedía «si los ministros ¿pueden entregar dinero con provecho?», aunque en punto tan delicado manifiesta la máxima prudencia: «No me atrevería a decir que no es lícito, pero por otra parte, considerando las calumnias y escándalos que podrían resultar, preferiría no contestar a esta cuestión. Lo más seguro y expediente sería de no entrar en tales contratos y prácticas». Sin embargo, concluye: «No veo por qué tal hecho debería ser condenado en general. No obstante, quisiera que se observara tal moderación, que, en vez de buscar únicamente el provecho, no se pase, cuando se entrega dinero a alguien comerciante, hombre de bien, de hacerle confianza para que él realice un provecho equitativo».

Al principio así formulado: «El provecho, realizado por el que presta dinero sin hacer daño a nadie, no debe tenerse como usura ilícita» (en su carta a Claudio de Sachin), Calvino aportó una primera restricción: «No apruebo que alguien se proponga vivir del oficio de usurero», conforme con esta otra opinión: «los señores usureros, sentados en su banco sin hacer nada, reciben el tributo del trabajo de todos los otros». Luego precisó los límites que se debían observar en tal materia: «que no se tome usura del pobre», que no sea en detrimento de la caridad, «que nada se concluya que no corresponda a la equidad natural», «que se saque del dinero prestado una cantidad igual o mayor», «que la palabra de Dios sea nuestra regla», «que consideremos lo expediente para el interés público» (repercusión del tipo de interés sobre la economía), «que no se pase de la mesura fijada por las leyes de la región o del lugar». Así se redujo este tipo al 5 % en Ginebra en 1538, 1543, 1545 y 1547, mientras Carlos V fijaba el máximo al 12 % y Enrique VIII al 10, en 1545.

Así quedaba derrocado el principal dique que defendía la sociedad contra la nueva ola del capitalismo. Para Calvino, por supuesto, esta sociedad debe ser esencialmente «económica», orientada hacia la productividad, diríamos ahora. «Es preceptivo, escribe, para alimentar a los hombres en sociedad y paz, que cada uno posea lo suyo, que se hagan compras y ventas, que los herederos reciban sus legados, que se admitan donaciones, y que cada uno pueda enriquecerse, según su industria, vigor, habilidad u otro medio. Después de todo requiere la política que cada uno goce de lo suyo». En cuanto al comercio, se le debe rehabilitar: «No se debe condenar a la mercancía, de por sí, visto que es provechosa y necesaria a la República».

Calvino está de acuerdo con Lutero para despreciar la contemplación y proclamar que sólo el trabajo es del agrado de Dios: «Moïses, escribe, añade que la tierra fue entregada al hombre para que la trabaje. De donde resulta que el hombre ha sido creado para dedicarse a trabajar y no para vivir como perezoso y ocioso». Y más: «La bendición del Señor está sobre las manos del que trabaja, siendo objeto de su maldición la pereza y ociosidad». De manera que para condenar a los monjes, este escritor, habitualmente tan estricto, se deja arrastrar a tanta tosquedad como Lutero: «¿Cómo pueden jactarse los monjes de venderlo todo (las indulgencias)? La mayor parte de ellos, porque no tenían nada que comer en sus casas, se metieron en conventos como en porquerizas bien provistas».

Rechazando así la primacía de lo espiritual, la Reforma según Calvino legitima el préstamo con interés, con condición que favorezca la producción y respete algunas formas. Con el tiempo se acentuarán los rasgos de esta moralidad utilitaria. La austeridad calvinista, al luchar contra el lujo, los placeres inútiles, el deporte, el arte, la literatura, ayudará a frenar las expensas, alentará al ahorro y favorecerá la acumulación de caudales. Hasta que las sectas puritanas adelanten otro paso hacia el capitalismo, al reanimar la idea bíblica, según la cual la riqueza representa para los elegidos la marca tangible y palpable de la bendición del Señor.

* * *

Alejándose así de la «Ciudad de Dios», ideal ofrecido por San Agustín a la sociedad medieval, he aquí que una parte disidente del mundo cristiano (para la cual el Antiguo superaba al Nuevo Testamento) desembocaba en la «Ciudad del Oro», conduciendo el camino del puritanismo directamente al capitalismo, es decir, a una forma de sociedad dominada por el Dinero.

A pesar de su fracaso con Lutero, los judíos, según Darmestetter (p. 268), resultaron los principales beneficiarios del cisma de la Cristiandad. «La Reforma, escribe, arrastró para ellos dos consecuencias. Por una parte, sin conseguir su emancipación, ganaron en cierta medida una paz de la que no habían gozado durante siglos, pues el furor de exterminación se apartó de ello, dirigiéndose hacia otras víctimas. Por otra parte, el Renacimiento y la Reforma pusieron de moda el estudio del hebreo y de la ciencia judaica... la Biblia de Lutero salió de los comentarios de Rashi. La Kabala se apoderó de los entusiastas que intoxicó con sus humos, inspirándoles las ideas más fulgurantes y atrevidas («son los judíos los únicos que conocen el verdadero nombre de Dios», dijo Reuchlin), el Antiguo Testamento suplantó al Nuevo».

Explotando la ventaja obtenida en el plan religioso y la confusión de una Cristiandad dividida contra sí misma, se apresuraron en instaurar, primero en los Países Bajos, y luego en Inglaterra, gobiernos de su devoción, encargados de mantener un clima político y económico favorable al desarrollo de sus ambiciones.

CAPITULO VIII

LA REVUELTA DE LOS PAISES BAJOS: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM, TRES ETAPAS DEL ASCENSO DE LOS BANQUEROS INTERNACIONALES

Contra España que acababa de expulsarlos, era natural que los judíos refugiados en Turquía y en Italia se empeñaran en sublevar a las poblaciones extranjeras sometidas a la autoridad de Madrid, en la periferia de sus dominios. Entonces, antes de atacarse al reino de Nápoles, provocaron la revuelta de los Países Bajos, anexionados a España por la accesión de Felipe el Hermoso al trono de Castilla en 1504.

El momento era favorable. Siendo el emperador, enfrentado en el exterior con la invasión turca y en el interior con los desmanes de los protestantes, mal obedecido por los príncipes, apremiado por inextricables dificultades financieras, paralizado, casi acorralado a la bancarrota. Aprovechándose de la propaganda «evangélica» ya desarrollada en el país, parecía posible la creación de una plaza financiera de primer orden, que sería en el Norte de Europa. casi igual a Venecia. Aunque se había escogido para establecerla primero Amberes, como esta región permaneció católica, entonces se estableció finalmente en Amsterdam.

* * *

Amberes, centro cosmopolita de comercio

Las ciudades flamencas, integradas por potentes corporaciones, ya infiltradas por los Templarios en la época de Felipe el Hermoso, y celosas de su independencia, siempre se manifestaron turbulentas y prontas a la rebelión. Allí la Reforma se extendió rápidamente y de forma extremista, cuanto más fácilmente que Carlos V había confiado el gobierno de los Países Bajos (el 3 de enero de 1531) a su hermana María, viuda del rey de Hungría. Ahora bien, la nueva regente, amiga de Erasmus (que le dedicó un libro, «De vidua christiana»), era conocida por su inclinación liberal. Los lutera-

nos, al principio protegidos por el señor de Sedan, Roberto de La Marck, se aprovecharon de esta oportunidad para establecerse en el país, donde se encontraron muy pronto desbordados por los anabaptistas, extremistas cuyo mesianismo igualitario se aparentaba al comunismo.

Su agitación encontró un terreno propicio, gracias a las transformaciones económicas y sociales que afectaban entonces al régimen urbano. Amberes, puerto franco, estaba a punto de derrocar a Brujas como depósito internacional de mercancías. Desde su expulsión de Portugal, los judíos de Lisboa habían transferido a Amberes el tráfico de las especias. Estos negocios, muy provechosos (pues se trataba de un beneficio del 100 al 200 %), representaban un movimiento anual de 200.000 a 300.000 ducados. Después de la confiscación por Carlos V en 1528 de la fortuna de unos comerciantes judíos de Amberes, este tráfico será controlado por los financieros de Nürenberg. En el conjunto de estos intercambios, Portugal exportaba por un valor anual de 1.300.000 ducados e importaba por 1.800.000.

Allí está instalada la finanza cosmopolita que controla el mercado español: casas alemanas de Ulm y Ausburgo, los Mauting en 1479, los Hochsteter en 1486, los Függer en 1508, los Welser en 1509, luego los Herwart, Seiler, Mannlich, Haug, Tucher; casas italianas, los Frescobaldi y Gualterotti de Florencia, los Chigi de Siena, los Bonvisi de Luca, los Affaitadi de Cremona (1525), los Lomellini, Centurioni y Grimaldi de Génova; casas españolas, los Del Vaglio, Diego de Haro, López Gallo, al lado de los marranos Marco Pérez y Diego Mendes. Las ferias de cambio, abiertas desde 1415, compiten con las de Lyon. Una nueva bolsa o lonja se edifica en 1531. Allí se practican operaciones de cambio, de arbitraje (cuyo producto puede llegar al 20 % en veinte días), se negocian seguros marítimos, se emiten loterías (1565-67) y se desencadena la especulación. Allí Thomas More se encuentra con «Hytlodée», el inspirador de su «Utopía». Allí los «merchant adventurers» ingleses instalan «l'Etaple», la Etapa, donde mandan paños brutos destinados a recibir el apresto y la tintura. Allí Thomas Cromwell, después de su estancia en Venecia, trabajó como secretario de los comerciantes ingleses (entre 1502 y 1510) antes de establecerse en Middleburgo en 1512 y de empezar su tortuosa carrera.

De esta transformación económica pagan los gastos los de los gremios y de la burguesía local. Mientras los primeros se ven apartados de la administración municipal y padecen de los privilegios exorbitantes de algunos maestros, los segundos se encuentran suplantados en los más importantes negocios por una nueva clase de advenedizos sin raíces locales. Así se amplía el foso que separa a los hombres de negocios y de finanza, capitalistas en hierba, de los decaídos de las corporaciones, potenciales proletarios. El alza de los precios, consecuencia del incremento de la circulación de los metales preciosos (desde 1530), se agrava por la incapacidad de los estados de reembolsar sus deudas. Carlos V había conseguido, gracias a su matrimonio con la Infanta de Portugal (el 10 de marzo de 1526), salvar provisionalmente sus finanzas (que administraban dos puros judíos, Alfonso Gutiérres y Juan de Vizmediano). Pero se encontró en 1552 en la imposibilidad de devolver 600.000 ducados prestados por los banqueros de Amberes. Tres años más tarde abdicaba y dejaba a Felipe II los Países Bajos (25 de octubre de 1555). Entonces se suceden las bancarrotas: la de Enrique II (de Francia) en 1559, las de Felipe II

en 1556, 1567, 1575 y 1596. Estas crisis imponían una carga más y más insoportable para las clases laboriosas y provocaban un clima muy peligroso de inseguridad social.

Mientras tanto, comerciantes alemanes y marranos españoles divulgaban las ideas reformistas luteranas o calvinistas. Incitaban a sus empleados a seguir la propaganda evangélica y, aprovechándose de que el gobierno vacilaba en castigarlos por miedo a arruinar el comercio, protegían a los predicantes. Así no se aplicaban unos edictos de expulsión de los marranos, porque Carlos V debió abandonar a los «échevins» (concejales) de Amberes la persecución de los sospechosos. Imprentas clandestinas funcionaban en el puerto, mientras los libelos protestantes venían distribuidos desde Emden, favorablemente situada en la frontera de Frisia.

Subversión anabaptista; revuelta de Gante; intrigas de los Grandes

Es allí que el anabaptismo se instala en 1529. Siguiendo a Melchior Hofmann, 3.000 revoltosos que se llaman «infantes de Israël» se esparcen por el Zuydersee. Dos años más tarde Amsterdam es el centro de la nueva doctrina. Unos profetas anuncian el fin del mundo y el advenimietno del reino de Dios. En esta espera proclaman la supresión de la propiedad, la abolición de los tribunales, del ejército, del Clero, y, en nombre de Dios, nunca más, amos. En 1533, Jan Mathys se subleva en Haarlem y el año siguiente los anabaptistas están a punto de apoderarse de Amsterdam; se salda la represión con 617 ejecuciones. El 15 de junio de 1535, aprovechándose de que el Norte sufre de la guerra con Dinamarca y del cierre del Sund, ocupan Munster.

En la mitad de agosto de 1538, la ciudad de Gante, que negaba desde dos años el impuesto pedido por María de Hungría para resistir los ataques de Francisco I, se subleva también. Y la resistencia de la gente de negocios se transforma en insurrección popular. Pero Carlos V reacciona rápidamente, penetra en la ciudad el 14 de febrero de 1540, manda detener a los agitadores y suprime los privilegios de esta comunidad el 15 de abril. Pero luego, después de la bancarrota de 1552, deja el gobierno de los Países bajos a Felipe, el 25 de octubre de 1555.

Se aprovechan del cambio los señores del Consejo de Estado para exigir que sean sometidos los asuntos a sus deliberaciones. Y cuando una nueva regente, Margarita de Parma, hija bastarda de Carlos V, de origen belga, viuda de Alejandro de Médicis, casada otra vez con Octavio Farnesio, se encarga del gobierno en 1559, con el cardenal Granvelle, se enfrenta a los «Grandes» coaligados con Guillermo de Orange y, en Madrid, a una camarilla favorable a la conciliación, dirigida por Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II. Cerca de la regente, posee un «ojo» suyo en la persona de su sobrino Tomás Armenteros. Tratando de ganar a los Grandes se les distribuyen gobernoratos, pensiones y liberalidades. Pero ellos alientan a los Estados a exigir la retirada de los 3.000 españoles de guarnición. Se niega el envío de refuerzos a los católicos de Francia. Entonces, la creación de 14 nuevos obispados por una bula del papa Pablo IV (el 12 de mayo de 1559) es la chispa que enciende el fuego y consagra el fracaso de esta política «liberal». Los monjes

se resisten a ceder sus abadías a estos obispos. Y los nobles se ponen rabiosos al ver escapar de sus manos los obispados, en favor de unos pobres sacerdotes más o menos ligados a la Inquisición. Que baste con este pretexto para desencadenar la rebelión, cuando existía la Inquisición desde cuarenta años y que los edictos sobre la religión no habían provocado ninguna seria reacción, parece demostrar el carácter artificial del movimiento.

El 23 de julio de 1561, el conde de Egmont y el príncipe de Orange, que se había casado con Ana de Egmont y pretendía a la función de «stathouder», apoyados por Amberes y los Estados de Brabante, dimiten del Consejo y constituyen en Breda una Liga de unos 2.000 nobles, que exige la salida de Granvelle. Armenteros, que consiguió envolver a la regente en sus redes, lleva de Madrid la orden de expulsar al cardenal, que abandona Bruselas el 13 de marzo de 1564. Por su parte, Egmont obtiene instrucciones favorables de Gonzalo Pérez, pero, al final, Felipe II se niega a convocar los Estados.

Guillermo de Orange encabeza la rebelión de los nobles

Esta decisión provoca un «tollé» entre los nobles, que encabeza Guillermo de Orange. Lo que caracteriza a este nuevo jefe de los Reformados, además de su notoria incapacidad militar y de su ambición desenfrenada, es su completa falta de convicción religiosa. Nacido luterano en la familia de Nassau-Dillenburgo (en 1533), se volvió católico y se le mandó a Bruselas para confirmarle en esta religión, con el fin de recoger el legado de su primo René de Châlons, matado en 1544. Así llegó a ser el más rico señor del país. Fiel adepto de Baco, pero aficionado al «confort», hizo del hotel de Nassau una curiosidad, al instalar una inmensa cama donde sus amigos y comensales podían «dormir la mona» a gusto. Famoso también por sus deudas, mantenía las mejores relaciones con unos usureros y muchos financieros.

Siempre oportunista y buscando apoyo entre los protestantes de Alemania, acababa de volverse a casar con una luterana, Ana, hija de Mauricio de Sajonia, el 24 de agosto de 1561. Y como se deterioraba la coyuntura, pensó que todos los concursos serían necesarios, no sólo de los luteranos, sino de los calvinistas. Pisando los talones a los hugonotes franceses refugiados después de la matanza de Vassy (2 de marzo de 1562), una multitud de misioneros formados en Ginebra, Lausana y Estrasburgo había caído sobre el país, distribuyendo libelos, impresos en Sedan. Como los comerciantes alentaban a los predicantes, el calvinismo se extendió rápidamente en las ciudades textiles de Flandes, Lila, Armentières, Audenarde, como en los puertos de Holanda y Zelanda. Se produjeron alborotos en Tournai y sobre todo en Valenciennes, donde la multitud soltó a dos heréticos de la cárcel el 27 de abril de 1562. Entre Inglaterra y los Países Bajos se intercambiaban constantemente los refugiados. La entronización de María Tudor provocó un aflujo de refugiados ingleses, hacia Emden. Luego, bajo Isabel, vino el reflujo, con el refuerzo de refugiados holandeses, 10.000 en 1560, 30.000 en 1562, llevando consigo sus industrias en Londres, Sandwich, Colchester y Norwich.

Aprovechándose del descontento popular, provocado por el alto precio de la vida (el precio de los cereales se duplicó en 1566), los agitadores calvi-

nistas, el abogado Gilles Le Clerq de Tournai y los dos hermanos Maenix concluyeron en Spa en julio de 1565 un «compromiso» según el modelo de las «confederaciones» de hugonotes. Jóvenes hidalgos, conducidos por Luis de Brederode, Bergh y Luis de Nassau, hermano de Guillermo de Orange, se adhirieron al movimiento. Cuando, el 15 de abril de 1566, una delegación de 200 de ellos, vestidos de gris, la barba cortada «a la turca», enarbolando la alforja y la escudilla como signos de reconocimiento, vino a presentar una petición a la regenta, el ministro Berlaymont, al burlarse de ellos, gritando «¡No son más que mendigos!» («Gueux»), les bautizó y calificó al movimiento que se quedó con este nombre. Seguirá a esta gestión un acuerdo concluido en Saint-Trond entre nobles y calvinistas, estos últimos suministrando a los primeros el dinero que les faltaba.

Los «Mendigos» y la represión

Entonces las primeras exacciones desencadenan la revuelta. Centenares de refugiados salen de Inglaterra y vuelven a los Países Bajos (Tournai, Lila, Valenciennes, Amberes). En Armentières (el 10 de agosto de 1566) y Amberes pandillas de iconoclastas saquean iglesias y conventos. Mientras Orange finge restablecer el orden en Amberes, Margarita de Parma recurre a los contingentes llevados desde Alemania por Mansfeld para despejar Bruselas y exigir la expulsión de Luis de Nassau y de los pastores extranjeros (el 8 de octubre de 1566). Lo que provoca una desbandada hacia Emden, Colonia e Inglaterra.

La llegada del duque de Alba, el 30 de octubre de 1566, con regimientos españoles, da la señal de la represión. El 29 de agosto de 1567, sucede a la regente y el 9 de septiembre manda detener en Bruselas a los condes de Egmont y de Hornes (que serán degollados en junio de 1568). El príncipe de Orange huye a Dillenburgo. Entre enero y marzo de 1568, entre dos mil y seis mil rebeldes son ejecutados por el Consejo de los desórdenes. Parece que el duque ha aplastado la revuelta.

Unas «brigadas internacionales»: los «Mendigos de mar»

Pero comete una torpeza enorme, al exigir de los Estados de Bruselas (el 21 de marzo de 1569) la creación de nuevos impuestos (del tipo de las alcabalas). Descuento único de un centésimo sobre muebles e inmuebles, y contribución del diezmo sobre la venta de muebles y del vigésimo sobre los inmuebles. Así desollados, los comerciantes protestan más que contra la represión. La revuelta se reanima. Mientras tres columnas de «mendigos de los bosques» fueron fácilmente reducidas por las tropas del duque de Alba, en Artois, en Gueldres y en Frisia (durante la primavera de 1568); mientras el príncipe de Orange perdió, sin luchar, un ejército de 35.000 hombres, difícilmente levantado y mal pagado, disuelto por deserciones y enfermedades... ahora se organizan contra los españoles los «mendigos de mar» (julio de 1568). Con base en Emden, pero utilizando también los puertos ingleses (gracias a la complicidad de Isabel), estas brigadas internacionales de piratas llevan una guerra de corsarios muy dura. Cuando Inglaterra tiene que cerrar sus puertos, el

1 de abril de 1572, Guillermo de La Marck se apodera de Brielle, en la desembocadura del Mosa; Flesinga y la isla de Walcheren caen en manos de los «mendigos». La Noue ocupa Valenciennes; Luis de Nassau, Mons; Orange penetra en Gueldra y convoca en Dordrecht a los delegados de Holanda, de Zelanda, de la Frisia y de Utrecht, oponiendo esta asamblea a los Estados oficialmente reunidos en Guda por el gobierno.

Pero, otra vez, sus talentos militares no igualan sus ambiciones. Después de gastar en Rüremonde un tiempo precioso, se deja sorprender de noche delante de Mons y debe huir para salvarse. En el campo reformado, la noticia de la matanza de la Saint-Barthélémy (24 de agosto de 1572) añade a la confusión; los jefes calvinistas franceses refluyen hacia el Norte (la Noue, Villiers, Duplessis-Mornay). La ciudad de Haarlem capitula después de una resistencia de siete meses, pero Alkmaar resiste y la escuadra de los «mendigos de mar» inflige una severa derrota al almirante Boussu, que cae prisionero delante de Eukhuizen.

Una vez más, y casi en el momento de tener éxito, fracasó la campaña de represión conducida por el duque de Alba con las tropas españolas. Cabe decir que, desde Madrid, fue eficazmente contrarrestada por las artimañas del marrano Antonio Pérez, hijo de Gonzalo, encargado de la cancillería en 1570, y por el servicio de Información mantenido en España por el príncipe de Orange. Llamado volver el 17 de noviembre de 1573, Alba de sesenta y cinco años de edad, abandona los Países Bajos el 18 de diciembre. Su sucesor más joven (cuarenta y cinco años), Requesens, procede de Milán; amigo de los jesuitas, intentará aplicar una política moderada, conforme a las instrucciones del secretario de Estado Ruy Gómez, asustado por los gastos de mantenimiento de un ejército de 60.000 hombres contra los rebeldes. Esta plaga de dinero paraliza la acción de Requesens. La derrota infligida en Romerswael por los «mendigos de mar» de Boisot a la escuadra española que intentaba socorrer a Middelburgo, capital de la Zelanda, asediada, alienta a los Reformados. Disponiendo de un subsidio de 100.000 florines recibido del mariscal de Retz, Luis de Nassau emprende una campaña en las provincias del Sur, pero Sancho de Avila le corta el paso en Mook, cerca de Nimega, destruye su ejército y le mata. Pero las tropas españolas que no han percibido su sueldo, se amotinan en Amberes. En estas circunstancias se interpretan como signos de debilidad la supresión del Consejo de los desórdenes y las concesiones tardías en materia de impuestos, otorgadas por Felipe II a los Estados de Bruselas (10 de marzo de 1574). Orange replica convocando a otros Estados en Rotterdam, mientras un sínodo calvinista se reúne en Dordrecht.

Obedeciendo al viento como una veleta, Orange se ha convertido ahora al calvinismo. El éxito de los habitantes de Leyden, que rompen sus diques para recibir los socorros de los «mendigos de mar» (el 2 de octubre de 1574), tiene una gran repercusión en el país. El año siguiente, por falta de dinero Mondragón no puede llevar a cabo su ofensiva, apuntando a cortar la Zelanda de la Holanda. Financieramente, España está acorralada: al final de 1575, en bancarrota, debe anular los empréstitos contratados durante los quince años anteriores. El fallecimiento de Requesens (el 5 de marzo de 1576) agrava el desorden; ni siquiera hay dinero para pagar sus exequias.

Antonio Pérez, desenmascarado

Don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, recoge este pesado legado. Llega en medio de una completa anarquía. Las tropas amotinadas están refugiadas en Amberes; en Bruselas, como los miembros del Consejo están encarcelados, los Estados generales se han reunido por iniciativa propia (en septiembre de 1576). Como colmo de desgracia, la traición está en Madrid, donde Antonio Pérez, que paraliza la acción de don Juan en los Países Bajos, se atreve a mandar asesinar a su secretario Escobedo (31 de marzo de 1578). Por fin se descubren las maquinaciones del desleal secretario de Estado; queda detenido con su amante la princesa de Eboli, el 26 de julio de 1579, pero escapa y pide en Aragón la protección del «Justicia mayor» (este «lord Justice» que la tradición judía ha conseguido establecer como supremo árbitro de las instituciones aragonesas), antes de que encuentre asilo en Pau, cerca de Catalina de Bourbon.

Ahora que el mal ya está hecho, ¿cómo salvar la cara? Se firma un compromiso entre las diecisiete provincias católicas del Sur y las calvinistas del Norte. La «pacificación de Gante» da la ilusión de la paz (31 de octubre de 1576). El 12 de febrero de 1577, don Juan reconoce lo dispuesto por este acuerdo y se compromete a despedir las tropas españolas; entonces se escapa a Bruselas. ¿Será el abandono vulgar? Pues no, todavía la partida no está jugada.

La pacificación fracasa; retirada de las tropas españolas

Para los Reformados, la victoria resulta más nefasta que la derrota. El triunfo del príncipe de Orange, que hace una entrada solemne en Bruselas el 13 de septiembre de 1577, su ambición desenfrenada, las tendencias ultrademocráticas de los «monarcomaqués» de su entorno calvinista, los excesos cometidos por sus tropas y por sus auxiliares escoceses, indisponen a católicos y moderados. Alejandro Farnesio se aprovecha de esto para maltratar en Gimbloux (el 31 de enero de 1578) al ejército de los Estados. Don Juan, quizá envenenado por Antonio Pérez, se muere (1 de octubre de 1578). Y con una agudeza muy italiana, su hábil lugarteniente concibe después de todo una política adaptada a la situación real de los Países Bajos: hacer algunas concesiones, hasta retirar, si hace falta, a las tropas españolas, para dar paso a la gente del país, pero oponer los católicos del Sur a los calvinistas del Norte, para salvar lo salvable.

Apoyada eficazmente por los «descontentos», Champagney, Martigny, los militares, esta política no tarda en concretarse: el 6 de enero de 1579, el Artois, Douai y el Henao forman la Unión de Arras. A la que replican los Reformados el 23, firmando la Unión de Utrecht. Entre los estados del Norte y del Sur, ya se hizo la escisión. Entonces Alejandro Farnesio concluye la paz de Arras (17 de mayo de 1579): dentro de un plazo de seis meses, los contingentes extranjeros deberán salir del país, se reconoce prácticamente el Estado borgoñés, quedan restablecidos los antiguos privilegios y libertades, pero un dique fuerte se edifica contra las empresas de los Reformados.

El cansancio de la guerra, que gana al pueblo, obliga a estos últimos a aceptar concesiones muy próximas a la tolerancia. La «Religionsfrid», sometida por el príncipe de Orange a los Estados el 10 de julio de 1578, autoriza el ejercicio libre del culto católico donde lo pedían al menos 100 casas y restablece las libertades individuales y políticas bastante comprometidas en los sitios donde se había establecido exclusivamente la dominación calvinista. Sin embargo continúa el carrusel de los pretendientes a los que tenía que recurrir Orange para cubrir su propia autoridad. El joven archiduque Matías de Habsburgo consiente en jugar este papel sin gloria durante tres años (septiembre de 1577 a septiembre de 1580). Pero se encuentra con competidores, suscitados, sea por Inglaterra o por Francia. Isabel y los calvinistas (que dominan Gante desde 1578) empujan la candidatura de Juan-Casimiro, conde del Palatinado (29 de mayo de 1578), mientras el duque de Anjou, llamado por Lalaing, comandante del ejército de los Estados, a instigación de Margarita de Navarra, viene allí a probar fortuna. De acuerdo con Orange, se titula «Defensor de la Libertad de los Países Bajos» (del 13 de agosto de 1578 al 27 de junio de 1580). Continuando su intriga, corteja a Isabel, sin éxito por otra parte, y de vuelta, se enfrenta con los de Amberes que le niegan los créditos necesarios para entrar de nuevo en campaña. Comprometido con él, Orange trata de mejorar su prestigio, casándose con Luisa de Coligny, hija del almirante, aliada con Condé. Pero cae apuñalado por el mensajero que le lleva la noticia de la muerte del duque de Anjou (10 de julio de 1584).

La «valonización» triunfa

Aprovechándose de esta coyuntura favorable, Alejandro Farnesio emprendió la reconquista de las provincias católicas. Ocupó sucesivamente Maëstricht (29 de junio de 1579), Tournai (30 de noviembre de 1581), Ypres, Brujas, luego Gante y Bruselas (10 de mayo de 1585), Malines el 17 de julio y por fin Amberes. Temiendo lo peor, Isabel, que mantenía una brigada de 5.000 voluntarios en los Países Bajos, tuvo que apoyar a Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo y de Ana de Sajonia, que contenía difícilmente el avance del adversario. Tropas inglesas ocuparon la isla de Walcheren y Berg-op-Zoom, mientras los Estados generales reconocían como gobernador al favorito de la reina, Robert Dudley, conde de Leicester (4 de febrero de 1586). El 21 de octubre de 1589, Mauricio de Nassau consiguió ocupar Nimegue, protegiendo así el camino del Norte.

El fallecimiento de Alejandro Farnesio (3 de diciembre de 1592), sustituido el 3 de junio por don Pedro de Azevedo, conde de Fuentes, hasta que el archiduque Alberto de Austria tome en sus manos el gobierno, y la recrudescencia de las dificultades financieras, que, después de la bancarrota de 1596, condujeron a España a concluir con Francia la paz de Vervins (2 de mayo de 1598), confirmaron a cada uno en sus posiciones y aconsejaron el «estatu quo». El 6 de mayo de 1598, los Países Bajos se beneficiaron de una cierta autonomía bajo la autoridad de los archiduques, mientras Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, mantenía la suya sobre las provincias del Norte, calvinistas. Una tregua, concluida para doce años el 9 de abril de 1609, consagró este estado de hecho.

Amsterdam suplanta a Amberes

La evolución de los acontecimientos que acabamos de contar obligó a los protagonistas de la revuelta a modificar sus planes. Saldándose la operación con un medio fracaso, puesto que Amberes permaneció en manos de los católicos, tuvieron que trasladar hacia Amsterdam sus proyectos de instalación de la base que querían establecer en el Norte de Europa.

Como la familia de Orange-Nassau les ofrecía toda clase de garantías, la creación de las nuevas instituciones políticas y financieras que necesitaban fue rápida. Ni Mauricio de Orange, ni más tarde Enrique y Guillermo II, disimulaban su simpatía hacia los judíos. En pocos años, el aflujo de refugiados hispano-portugueses primero, y luego alemanes, fue muy importante. Después de un primer fracaso, sufrido por Samuel Pallache, cónsul marroquí, en una tentativa para introducir a unos marranos en Middelburgo, unos marranos portugueses, Jacob Tirado y su hija María Nunes, de una gran belleza, arrancados por el temporal en Inglaterra, habían sido presentados a la reina Isabel, antes de llegar a Emden para ser conducidos a Amsterdam por Moïses Uri Hallevi en 1593. Favorito de la reina-virgen, el conde de Essex, acompañado por Ludovico de Nassau, tuvo la galantería de traer de su expedición a Cádiz en 1596 un segundo equipo de refugiados, entre los cuales el kabalista Alonso de Herrera, descendiente del famoso capitán Gonzalvo de Córdoba. Llegaron después la madre de María Nunes, Mayor Rodríguez, y sus hijos, la familia Franco Mendes, Manuel López Homen y Miguel López. Así reforzado, Jacob Tirado abrió la primera sinagoga en 1598, es decir, en el mismo momento de estabilizarse la situación de los Países Bajos.

En 1604 se produjo un nuevo éxodo de marranos portugueses (entre los cuales 150, sentenciados a muerte por haber vuelto al judaísmo, pero indultados por el papa), y una segunda sinagoga fue edificada por Francisco Mendes Medeyros. En 1614, Manuel Pimentel o Isaac Abenuacar, protegido por Enrique IV que le llamaba «el rey de los jugadores», y en 1616 Elia Felice Montalto, médico de María de Médicis, fueron enterrados en Amsterdam. Abraham Zacuto Lusitano, biznieto del astrónomo, se instaló allí, donde tenía estrechas relaciones con el conde palatino Federico, el que desencadenó la guerra de los Treinta años. Total, en pocos años Amsterdam contó 400 familias judías. Al principio del siglo XVIII vivían allí 24.000 judíos. Otra comunidad se instaló en Rotterdam, con Abraham y David Pinto. En Haarlem, las tentativas del humanista Scaliger para crear otra fracasaron.

Este aflujo no era tan importante por su número, sino por los medios financieros y las relaciones de que disponía. Así llegaban a Amstedam valiosos capitales, lo mismo que se abrían a Holanda los mercados de las Indias, donde los judíos portugueses tenían corresponsales por todas partes. Gracias al desarrollo de su marina y a la creación de grandes compañías de comercio, los Países Bajos van a ponerse en condiciones de quitar a Portugal, aliado de España, el comercio de las Indias y de penetrar en el Brasil. Después de la infiltración de marranos en Pernambuco y de la nominación de Juan-Mauricio de Nassau como gobernador (1624-1636), 600 portugueses de Amsterdam se dirigieron hacia la América del Sur, bajo la dirección del hakham Isaac Aboab de Fonseca (1642): allí explotaron plantaciones de caña de azúcar.

Así nació el capitalismo moderno

Así fue llamada Holanda a jugar un papel marítimo y comercial mundial, y Amsterdam, antaño simple mercado del trigo del Norte como Middelburgo lo era del vino, se convirtió en una plaza financiera de primer orden, y en la primera ciudadela del capitalismo moderno. En menos de diez años se edificaron sus tres bastiones: la Compañía de las Indias orientales, creada en 1602, el Banco de Amsterdam, fundado en 1609, y la Bolsa, abierta en 1611.

Las Compañías de las Indias orientales y occidentales son sociedades de comercio destinadas a suplantar y suprimir a las antiguas «guildas», de las que se diferencian en el sentido de que, en vez de asociaciones de comerciantes son sociedades financieras y sociedades anónimas, lo que es nuevo en esta época. Desde 1407 el Banco de Génova había adoptado esta forma, pero ahora se trataba de sociedades de comercio, cuyas participaciones tomaban la forma sea de acciones nominativas, sea de obligaciones (de cantidad redonda y redactadas con la cláusula al portador, de manera que eran transmisibles por simple endoso). Esta cláusula al portador, corriente en la Edad Media sobre los pagarés a la orden, casi desapareció hasta que vino otra vez de moda en Holanda no sólo en estas obligaciones, sino en los valores de Estado, las pólizas de seguros, los recibos de los Montes de Piedad. Según el modelo de las Compañías de las Indias, también fue creada la Compañía de Pesca de la ballena.

¿Cuáles eran entonces los principales accionistas de estas sociedades anónimas? La influencia de los inmigrados judeo-portugueses sobre las dos Compañías era preponderante. Luis de Geer juega en ellas un papel casi igual al de los Rotchschild más tarde. De esto tenemos tres testimonios formales. En cuanto a la Compañía de las Indias orientales, Pinto señala que los judíos detienen una parte importante de las acciones, y que por esta razón el gobernador Cohen en Java y varios directores han sido escogidos por ellos. En lo que toca a la de las Indias occidentales, los instigadores de una carta de los directores a Stuyvesant, gobernador de la Nueva-Amsterdam (más tarde Nueva-York), para recomendarle a los primeros emigrantes judíos a los Estados Unidos, eran los numerosos accionistas judíos de esta sociedad. (Luego estos emigrantes se esparcieron hacia Long Island, Albany, Rhode Island y Filadelfia). Y por fin, el informe dirigido por Manassé ben Israël a Cromwell para obtener del Protector la readmisión de los judíos en Inglaterra (1657) declara que sus correligionarios ejercen un verdadero control sobre estas sociedades de comercio, cuyos mercados ofrece abrir a la Inglaterra puritana. Durante doscientos años, esta oligarquía financiera dominará las colonias neerlandesas.

Pero el torreón del sistema es el Banco de Amsterdam, nacido en 1609. Organizado como un Banco municipal, está colocado bajo la dirección de los cuatro burgmestres anuales. Como el Banco del Rialto (de los Centurioni), de Venecia, lleva sus cuentas no en moneda corriente, sino en moneda de cuenta (constante) del Banco. Pronto, sus reservas alcanzaron 3.000 toneladas de oro. Tenía cerca de 2.000 clientes. Fueron organizados, según el mismo modelo, el Banco de Hamburgo, diez años más tarde, y los de Rotterdam y Nüremberg, en 1621.

Dos años después del Banco, abre la Bolsa y trabaja en la fiebre. Centro de comercio y de los metales preciosos y gran mercado financiero, colocará empréstitos por un valor de 250 millones de florines, hasta 1770. En el año 1763, conocerá una verdadera avalancha sobre los valores. Pero desde el lanzamiento de las acciones de las Compañías de las Indias, el agiotaje y la especulación no tienen freno. Una ordenanza de los Estados generales prohíbe (el 26 de febrero de 1610) vender más acciones de las que se poseía (operaciones al descubierto). A no ser respetada, tiene que ser repetida en 1621, 1623, 1677 y 1700. Se especula sobre todo, según venía la moda, no sólo sobre valores o mercancías, sino sobre los tulipanes (a pesar de la reglamentación fijada en 1637, se produjo un krach) y hasta sobre los dientes de ballena (en 1670). Extendiendo su actividad de manera a ayudar a los plan-teadores que explotaban las colonias, la finanza holandesa inició operaciones hipotecarias a mitad del siglo XVIII. Un Banco, creado con este fin, entró en quiebra entre 1770 y 1780. De cien millones de florines invertidos, sesenta lo fueron en Surinam, colonia predominantemente judía.

Con tan intensa actividad bancaria, Amsterdam fue el campo de ensayo de las técnicas financieras modernas. Una literatura especializada fijó sus principios y expuso sus métodos. Un refugiado francés, Saumaise, confirmó las tesis de Calvino, en su tratado «De usuris», para calmar los escrúpulos de los comerciantes deseosos de conciliar sus intereses con su conciencia. El préstamo con interés, dijo, no está en contradicción ni con el derecho natural ni con el derecho divino. En cuanto a las operaciones bancarias, las describió en un manual que permaneció en uso durante largo tiempo, la «Dissertatio de Foenore Trapezitorum» (exposición sobre el interés de los banqueros). Estas dos obras fueron publicadas en 1638 y 1640 en Leyden, donde una Universidad había sido creada el 8 de febrero de 1575. Otro autor, don José de la Vega (un judío portugués), escribió en Amsterdam en 1688 un excelente libro sobre los negocios de bolsa y transacciones sobre los valores, titulado «Confusión de confusiones». Y otro judío portugués, Josef de Pinto, completó esta documentación técnica con un tratado sobre el crédito y la circulación.

Una nueva Jerusalén

Los judíos hispano-portugueses ejercían por otra parte una influencia preponderante sobre la plaza de Amsterdam, que llamaban su «nueva y grande Jerusalén». En los siglos XVII y XVIII, los Pinto, los Belmonte, los Bueno de Mesquito, los Francisco Melo son los primeros financieros de la Europa del Norte. Administran las finanzas de la casa de Orange, alimentan las cajas de los soberanos de Inglaterra, de Prusia, de Sajonia, etc., se preparan a extender sus operaciones en Alemania, en Austria y hasta en los Estados Unidos, donde apoyan las casas Neufville, Hope y Cía., etc. Les encontramos maniobrando en las revoluciones de Inglaterra. En Holanda ocupan una situación preeminente, humillando a todo el mundo con su lujo. Los más hermosos palacios de Amsterdam y de La Haya fueron sus residencias: el palacio del barón Belmonte, van den Heer de Pinto, van den Heer d'Acosta. Al final del siglo XVII se evaluaba la fortuna de Pinto en ocho millones de florines. Cuarenta de estas familias hispano-portuguesas participaron en la fundación

del Banco de Hamburgo en 1619. Autorizados primero por el Senado local a vivir allí como comerciantes portugueses, doce de estos judíos contaron entre los fundadores de este Banco.

Un informe del embajador francés en La Haya describe sobre la marcha cómo funcionaba su comunidad de Amsterdam: «Se entretienen con lo que llaman su congregación de Venecia... (que) enlaza el Occidente con el Oriente y el Mediodía... la congregación de Salónica... la de Amsterdam rige todas las partes del Norte... de manera que en materia de comercio y de noticias, se puede decir que son los primeros y mejores informados de todo lo que se mueve en el mundo, con lo cual edifican su sistema de cada semana (determinan su táctica) en las asambleas que tienen muy a propósito, en la mañana del sábado, es decir, el domingo, mientras que los cristianos de todas las sectas están ocupados con los deberes de su religión. Estos "sistemas" (consignas) destilados con alambique por sus rabinos y jefes de congregaciones, se distribuyen en la tarde del domingo y sus corredores y agentes... que, después de concertarse entre ellos, difunden separadamente las noticias acomodadas según sus fines, que empezarán a aplicar el lunes por la mañana, según la disposición de los espíritus en lo que toma a cada tema: venta, compra, cambio y acción, pues como siempre disponen de multitudes y provisiones, pueden, según su información, dar el golpe sea en el activo, sea en el pasivo, o muchas veces los dos al mismo tiempo».

Dada la importancia de su papel en tales asuntos, ¿no debe extrañar que estos métodos financieros sean embebidos en tradiciones hebraicas? ¿Que la nueva «Ciudad de Mammo» tenga el siguiente árbol genealógico: «Judaísmo = Puritanismo = Capitalismo»? En la tradición hebraica la creencia en la supervivencia del alma tiene su origen sólo en Esdras (445 antes de Cristo), siendo un aporte tardío, procediendo del parsismo. Lo domina todo el espíritu de finalidad: el pueblo, dedicado a la ejecución de un plan que debe permitir su dominio sobre el mundo, como cada uno de los individuos que lo componen, empeñados en la búsqueda de la riqueza, insigne favor y marca de la bendición del Señor, todos tienen la voluntad tendida hacia unas metas que deben ser alcanzadas por todos los medios. El judaísmo siempre reaccionó contra las influencias exteriores, por el Deuteronomo contra el culto de Baal, por el código de los Sacerdotes contra Babilonia, por los Tannaim contra la cultura helenística y el cristianismo naciente, por el tratado de Maïmonides, los Turim de Ascher, el Schulchan Aruch de Karo contra la civilización española. Pero fue durante el exilio de Babilonia —en este país cuyos templos eran verdaderos bancos— que la comunidad judía, dirigida con autoridad por el príncipe del exilio y los dos «gaones» o rectores de su Universidad, y profundamente marcada por el Talmud, tomó conciencia del papel internacional que era capaz de ejercer, gracias a los medios financieros de que disponía, y gracias a su unidad, cuidadosamente mantenida por su aislamiento a través de una dispersión que le ofrecía tantas antenas en el exterior.

En las escrituras judaicas abundan los textos que presentan la riqueza como una bendición de Dios. Los Salmos: «Feliz el hombre que teme al Eterno y se alegra en seguir sus mandamientos; la abundancia y la riqueza serán en su casa» (CXII, 1, 3). Los Proverbios: «Conmigo son las riquezas y la gloria, los bienes duraderos y la justicia» (VIII, 18); «la riqueza es la

corona del sabio» (XIV, 24); «el fruto de la humanidad y del temor al Eterno, es la riqueza, la gloria de la vida» (XXII, 4). El Libro de la Sapiencia: «La Sapiencia me valió todos los bienes posibles e inmejorables riquezas» (VII, 2). El Libro de Jesús, hijo de Sirach: «Si uno está honrado en la pobreza, cuánto más lo será en la riqueza» (X, 33). Pues bien, según el profeta Isaïa (cap. LX), al pueblo elegido son prometidas las riquezas de las naciones: «los pueblos entregarán ellos mismos su oro y su plata a Israël». Tanto más que ninguna prohibición viene en frenarles en los tráficos de dinero... cuando se trata de los otros, de los gentiles: «Podrás prestar con interés al extranjero, pero no a tu hermano» (Deuteronomo, XXIII, 20). Y también (Levítico, XXV, 14): «nadie debe agraviar a su hermano, pero se puede perjudicar a un no-judío, vendiendo a él a un precio más caro».

Lejos de detenerles, como las leyes religiosas lo hacen con los cristianos, la tradición judía les incita más bien a entregarse a los tráficos de dinero. La libertad de comercio, ya preconizada por el Talmud, la reclama también el Schulchan Aruch de Karo. Inculcada por sus libros santos, esta formación les permitió suplantar a los griegos y a los sirios que tenían entre sus manos el comercio internacional en la Antigüedad. Llevan en estas relaciones comerciales un espíritu muy particular: lo mismo que en política prefieren considerar, en vez de la persona humana viviendo en su medio familiar y profesional, un individuo abstracto frente al Estado, en materia de negocios, sustituyen a las relaciones personales, comprometiendo la honradez de los contrayentes, por una obligación escrita anónima, un título de deuda de forma jurídica. Lo que explica la aparición en Amsterdam, en el período que nos ocupa, o la extensión del uso de fórmulas comerciales o bancarias nuevas, cuya paternidad se les atribuye.

Se trata, por ejemplo, del papel «al portador», ya citado por el Talmud (Baba Ba ta, fol. 172) y después por los rabinos Ascher (125061327, rep. 68.6 y 68.8) y José Karo (XVIé), en el Choschan Mischpar (65.10). Esta clase de firmas en blanco, que se aparentan con el «mamré» de los judíos polacos, se difunden en las ferias de cambio de Amberes en el principio del siglo XVI. La circulación de los «pagarés» al portador fue autorizada por una ordenanza de Carlos V en 1536 y por las costumbres de Amberes de 1582. Esta cláusula, ampliamente utilizada por los judíos, les permitía, sea de evadir sus capitales en caso de necesidad, sea de recibir mercancías bajo un nombre cristiano, sea de especular fácilmente en bolsa sobre las mercancías o los valores.

Otra práctica bancaria, el endoso de las letras de cambio, fue reconocida sin reserva por primera vez en Holanda en 1651. Se habían empeñado los judíos en tratar de introducirlas en Italia, entre 1420 y 1550, cuando unos municipios les pidieron fundar unas oficinas de préstamos. Pero el Senado de Venecia prohibió su uso el 14 de diciembre de 1593. Lo mismo que se opuso en 1421 a la creación de recibos impersonales de bancos, distintos de los recibos de depósitos, una especie de prefiguración de los billetes de banco.

Poco a poco, bajo su influencia, las costumbres comerciales tradicionales, mantenidas por una estricta reglamentación sobre el precio y la calidad de los productos, no resistían al afán de provecho. Se atacaba la teoría del «justum pretium», del justo precio que condenaba los beneficios ilícitos; en

su «Compendio», escrito en 1561, Saravia della Calle introducía ya la futura noción «liberal» de la fijación del precio por la ley de la oferta y de la demanda. Se admitían rápidamente prácticas antes consideradas como desleales. Tráfico de sucedáneos, industria de mermas, fabricación de mercancías inferiores (camelote), ventas con pérdidas, destinadas a dominar un mercado para luego fijar precios arbitrarios en posición de monopolio, ventas a plazos, etcétera. Aparecían bazares y toda clase de tiendas de baratillo, escapando del control de las corporaciones.

Al amparo de la «Reforma» religiosa, una revolución financiera y comercial está desarrollándose, que va extenderse al terreno social y político. Desde la mitad del siglo XVII, la influencia moral de los judíos en los Países Bajos es tan grande que los juristas y filósofos toman como modelo de la constitución holandesa las leyes de los antiguos hebreos. Una idea domina este sistema: la del contrato (berit'h en hebreo). Lo mismo que la tradición mosaica impuso la noción de un contrato ligando a Iahvé con el pueblo elegido, lo mismo que cada miembro de la comunidad considera que se le abre una manera de cuenta corriente en el cielo, lo mismo el principio de un contrato entre el individuo —ciudadano abstracto— y el Estado debe ser introducido en el mundo moderno. Será la obra de la revolución puritana.

Pero, por el momento, en materia social, el régimen instaurado en Holanda no tiene de libertad más que la palabra. Edifica la preponderancia de una oligarquía reducida, ama del comercio, de la finanza, de la magistratura, sobre todo el país. Unos banqueros, unos gordos comerciantes, cuyas riquezas crecen de día en día, reinan sin contrapeso sobre un ejército, una marina, una administración, rodeadas por el nepotismo y la corrupción, sobre una burguesía de rentistas dóciles, sobre un proletariado formado por los escombros de las corporaciones, aumentando en número sin cesar, cobrando salarios bastante buenos, pero expuesto a un paro endémico. La libertad individual está tan poco respetada que los burgomestres tienen la posibilidad de expulsar a los indeseables, sin ningún trámite.

* * *

Tal es el sistema de gobierno que se trata ahora de introducir en Inglaterra, donde el terreno ha sido ya bien preparado por la reforma de Enrique VIII y de Thomas Cromwell, y por la ósmosis, las idas y vueltas de reformados entre los dos países que marcaron el reinado de Isabel I. Los Rosa-Cruz, ya en acción en la revuelta de los Países Bajos, se preparan para jugar un papel preponderante en las revoluciones de Inglaterra.

CAPITULO IX

LOS ROSA-CRUZ EN ACCION EN LAS REVOLUCIONES DE INGLATERRA

La entronización, el 17 de noviembre de 1558, de Isabel I, «la pequeña bastarda», hija de Enrique VIII y de Ana Boleyn, ofrecía a los Reformados una sólida base en Inglaterra. La joven reina quedaba marcada por las vicisitudes de una joventud atormentada. Físicamente, había sido profundamente sacudida por su atrevido «flirteo» con el hermoso almirante Thomas Seymour quien, después de comprometerla bastante y de haber quitado de enmedio oportunamente a su esposa Catalina Parr, desapareció ejecutado por su hermano el regente Eduardo Seymour, duque de Somerset. Y moralmente, había heredado de su detención en la Torre y de su reclusión en Woodstock (después de la sublevación de Thomas Wyatt) un reflejo bien anclado de disimulación.

Isabel y su equipo: William Cecil y Francis Walsingham

Hizo de sus protectores durante este período de duras pruebas, como es natural, sus consejeros más escuchados. En primera fila, el joven y astuto sir William Cecil. Oriundo de una familia galesa, llegada a Londres en el séquito de Enrique VII Tudor, y engordada con los despojos de la Iglesia, yerno de sir Anthony Cooke (ex-preceptor de Eduardo VI y de Isabel), asumió antes de los treinta años los cargos de secretario del regente sir Eduardo Seymour, de secretario del Consejo privado, y luego de primer secretario de Eduardo VI. Fingiéndose adherido a María Tudor, había practicado un doble juego sutil, para vigilar mejor a Isabel. La reina le manifestó su gratitud otorgándole la dignidad de secretario de Estado, que conservó durante cuarenta años, y el título de barón de Burghley. Mantiene en sus manos, con el tesorero Parry, el servicio particular de contraespionaje de la reina, «la defensa del Estado», legado por Cromwell, y distinto del servicio de Información oficial, bajo control del Consejo privado. Además tiene escaño en este Consejo y es miembro de la Cámara baja, lo que le permite mantener el contacto con esta asamblea, cuya acción orienta.

Los otros hombres de confianza de la soberana son Nicolás Bacon, el marqués de Winchester y Thomas Gresham. Como favorito, la «reina-virgen» mantiene en su entorno a lord Robert Dudley, cuyo abuelo había sido degollado por concusión al advenimiento de Enrique VIII, y el padre, duque de Northumberland, ejecutado a consecuencia del complot en favor de su nuera Jane Grey bajo María Tudor, y por esta razón el joven Robert había sido encerrado en la Torre, en compañía de Isabel. Como se ve, sus antecedentes ofrecían una total garantía. En cuanto a su devoción hacia la reina, no la compartía con nadie desde que su esposa, Amy Robsart, había perecido al caer desgraciadamente de las escaleras de su castillo en septiembre de 1560. En consolación, la reina le otorgó el título de conde de Leicester.

Tales fueron los colaboradores que ayudaron a Isabel a edificar las bases del Imperio británico. Puesto que su reinado vio nacer el «Intelligence Service» y las grandes empresas marítimas, mientras se estrechaban los lazos financieros con Holanda y que Inglaterra, ofreciendo un punto de apoyo a todos los Reformados, conquistaba Escocia para el protestantismo y abría el camino a los Rosa-Cruz y a la Francmasonería.

Se debe la organización del «Intelligence Service» al ex-embajador en Francia, sir Francis Walsingham, llamado a colaborar con sir William Cecil en 1573. Emparentado con sir John Carey (el esposo de María Boleyn), con gran aptitud para los idiomas, había estudiado no sólo el derecho en Padua, sino también los más modernos métodos italianos de espionaje. Allí reclutó luego muchos de sus agentes, por ejemplo Tomaso Franciotto, protestante de Luca y tránsfuga de los servicios franceses (a los cuales perteneció durante cuarenta años), Jacomo Manucci, un florentino (especialista de los golpes temerarios del servicio «acción»), Sassetti y otros. Después de viajar desde 1556 por Alemania, Suiza y Francia, de regreso en 1560 a Inglaterra, donde permaneció como segundo secretario de Estado hasta 1590, empezó a organizar en 1580 un servicio permanente de espionaje, con la colaboración de unos 60 agentes titulares y de docenas de auxiliares, con ramificaciones en las regiones más apartadas de la Europa católica, y hasta en el mismo Sacro Colegio. Pronto sucederá a Burghley y sir Thomas Smith en la dirección de la organización.

Después de casar a su hija con sir Philip Sydney, sobrino de Leicester (que convirtió al puritanismo), la influencia del subsecretario de Estado fue tal que, a veces, podía permitirse sobrepasar las instrucciones de la reina. Gracias a él, cuando el conflicto con España era más fuerte, los banqueros Fugger abrieron sus cajas a Isabel mientras sus colegas de Florencia y de Génova negaban a su adversario los créditos a largo término que solicitaba. Gracias a él también, y a su agente Pellegrini (alias Anthony Standen, ex-compañero de Darnley en 1587), la lista de la Armada fue conocida por los ingleses y el marqués de Santa Cruz, su almirante, murió de repente, antes de zarpar.

La lucha por Escocia

Pero sobre todo, Cecil y Walsingham ejercieron sus talentos en los asuntos de Escocia. A través de su abuelo Jaime IV Estuardo, casado en 1503 con

Margarita, hija mayor de Enrique VII y hermana de Enrique VIII, María Estuardo había heredado el trono de Escocia, siete días después de nacer, a la muerte de su padre Jaime V, «rey de las Comunas y de los pobres», que se empeñó en defender contra los excesos de una nobleza sin freno (9 de noviembre de 1542). La regencia, negada al cardenal Benton, que murió asesinado por los agentes de Enrique VIII el 29 de mayo de 1546, fue concedida, con el acuerdo de Jaime Hamilton, conde de Arran, a la madre de la joven reina, María de Lorena. Gobernó con la colaboración de consejeros franceses, d'Oyssel, Roubaix. Cuando murió Enrique II de Francia (8 de julio de 1559), con el advenimiento de Francisco II, casado con María Estuardo desde el 24 de abril de 1559, los lazos entre Francia y Escocia fueron todavía más estrechos.

En contra de esta alianza íntima se formó una coalición bajo la dirección oculta de Jaime Stuart, prior de Saint Andrews, futuro conde de Mar y de Murray, entre los Douglas, los Argyll y otros nobles codiciosos de bienes eclesiásticos y los predicantes de la Reforma, dirigidos por John Knox, discípulo de Calvino, escapado de las galeras francesas (1547-1559). Inglaterra tenía un claro interés en apoyar la revuelta, desencadenada por un motín iconoclasta en Saint Andrews. El tesorero Thomas Gresham se encargó de pedir prestados en Amberes los subsidios necesarios para la compra de armas y municiones. Aunque su cuñado Nicolás Bacon no fuera en favor de una intervención directa, William Cecil empujó a la reina a concluir el tratado de Berwick con los miembros de la Congregación. Con el propósito de neutralizar la réplica francesa, los agentes de Isabel suministraron fondos a los hugonotes y les empujaron a desencadenar las guerras de religión, con la reyerta de Amboise.

Mientras tanto, en Escocia la lucha fue muy breve. El país no opuso gran resistencia a las tropas de invasión inglesas, al mando de lord Grey (24 de marzo de 1560). María de Lorena falleció el 11 de julio. Leith capituló. Firmado el 6 de julio, el tratado de Edimburgo, prescribió la evacuación simultánea de Escocia por los ingleses y los franceses y el desmantelamiento de Leith. María Estuardo, viuda a los dieciocho años, al fallecer Francisco II el 5 de diciembre de 1560, desembarcó en Leith el 19 de agosto de 1561 y mandó a Maitland ofrecer a Isabel la ratificación del tratado de Edimburgo, mediante el reconocimiento de sus derechos de heredera a la corona de Inglaterra.

Isabel se negó a incurrir en tal riesgo. Tanto más que la posición de María no parecía bien asentada en Escocia. Como consejero, la reina disponía del regente, Jaime Estuardo, bastardo de Jaime V y de una noble escocesa, Margarita Erskine, más tarde, conde de Murray. Si por entonces tenía relaciones difíciles con Knox (que no consiguió imponer su «Libro de disciplina» a los Estados), el primer «laird» de la Congregación, engordado con bienes eclesiásticos, gratificado por los subsidios de Isabel, constituía todo lo contrario de un apoyo seguro.

¿Quizá el matrimonio de María podría arreglar las cosas? La joven reina, que rehusó a Dudley, el favorito de Isabel, aceptó casarse con Darnley, efebo de diecinueve años, hijo del conde de Lennox (refugiado cerca de Enrique VIII después de rebelarse contra los Estuardos) y de Margarita Douglas, nieta de

Enrique VII. Este matrimonio, que reunía los derechos a las dos coronas de Inglaterra y de Escocia, se celebró el 29 de julio de 1565. María se aprovechó de la ocasión para separarse de los servicios de Murray y escoger como secretario al italiano Riccio, cantor y algo trovador.

La eliminación de María Estuardo

Mientras Murray levanta a los nobles y John Knox amotina al pueblo, William Cecil atiza el despecho de Darnley para tramar el asesinato de Riccio, que Ruthven mata en Holyrood, a los pies de la reina, el 9 de marzo de 1566. Cecil está también enterado (a través de Maitland) del complot, que, a instigación de Bothwell, provoca la muerte de Darnley. Cuando María se casa con Bothwell, tres meses después de la muerte de su marido (15 de mayo de 1567), esta imprudencia provoca un «tollé» general. Entonces Cecil tiene el juego fácil, apoyando la rebelión de los «lairds» confederados, que provoca la huida de Bothwell y la derrota de las tropas de María en Longside. La reina de Escocia, cuya correspondencia cae en manos de sus enemigos el 20 de junio, después de escaparse de Lochleven, toma la fatal decisión de entregarse a Isabel. Su rival la mantendrá encarcelada durante dieciocho años y medio, primero en Carlisle, luego en Bolton, donde, separada de su entorno, será sometida a una vigilancia constante.

Explotando su ventaja, Isabel lleva a María ante una comisión de encuesta. La primera, presidida por Norwich, se deja ablandar. La segunda, convocada en Westminster, obedece a las instigaciones de Cecil. Se sacan las cartas comprometedoras, auténticas o forjadas, de la cajita embargada, se declara a los «lairds» escoceses inocentes del crimen de rebelión, y no se retiene ninguna acusación precisa contra María, pero se la detiene en el castillo de Chatsworth y se la empuja a abdicar en favor del joven Jaime VI. ¿Verdadero o seudo heredero suyo? Puesto que su legitimidad ha sido puesta en duda por algunos historiadores: mientras María estaba refugiada en el castillo de Jedburgh, ¿pereció o no su niño (cuyos restos se descubrieron en 1830 en el castillo de Edimburgo), siéndole sustituido por el hijo de la condesa de Mar, una Erskine? En apoyo de esta tesis se invoca el semblante del futuro Jaime VI con los Mar y sus divergencias de carácter con los Estuardos.

En todo caso, la reina de Escocia no se resigna a abdicar y unas conjuraciones siguen formándose alrededor de ella. Alertado por Leicester, Cecil consigue reprimir la revuelta de Durham, inspirada por Norfolk, en relaciones con el duque de Alba. Northumberland está entregado por los escoceses, Norfolk detenido en la Torre (en julio de 1569), y comprometido por unos papeles del banquero florentino Roberto di Ridolfi, agente del Vaticano, será ejecutado el 2 de junio de 1572.

Entretanto, Jaime IV había sido proclamado rey de Escocia el 29 de julio de 1567, pero, uno después de otro, los regentes habían perecido, Murray el 23 de enero de 1570, Lennox el 5 de septiembre de 1571, y después de la muerte de Mar el 29 de octubre de 1572, Morton le había sucedido. Entonces catorce años pasan antes que se reanude la causa de María. Esta vez, Walsingham prepara las redes en las que se envolverá la desdichada reina de Es-

cocia. Asustado por el peligro español, por las intrigas pontificales, por la actividad de los jesuitas, la revuelta de Irlandia, y la persistencia de las conjuraciones, el Parlamento vota una ley castigando de muerte a los que tuvieran un papel, mismo pasivo, en un complot. Precisamente, en estos, momentos, un cierto Babington está tramando algo. Para comprometer a María, Walsingham recurre a un agente doble, Morgan, quien, desde París, transmite dentro de un tonel de cerveza un proyecto de revuelta, incluyendo el asesinato de Isabel. María vacila, luego lo aprueba, y así se condena. Babington detenido, empieza el proceso. ¿Pero cómo hacer desaparecer a su rival sin mancharse las manos? Sobre todo cuando el carcelero de María, sir Amyas Paulet, se niega a resolver el problema de modo discreto, como lo esperaba Isabel. Entonces le toca a Walsingham escapar de sus responsabilidades. Se da por enfermo, de manera que su ayudante, William Davison, obtiene que la reina de Inglaterra firme la orden de ejecución (luego, cuando se le notifique el suplicio, pretenderá que su buena fe ha sido sorprendida, y manifestará la más violenta indignación).

En cuanto a Escocia, todas las precauciones habían sido tomadas anteriormente. De carácter cauteloso y socarrón, criado en el temor, educado en el sentido presbiteriano y constitucional por Jorge Buchanan y Teodoro de Bèze (que escribió para su real discípulo su «De jure Regni apud Scotos»), Jaime VI había sido colocado primero bajo la autoridad del conde de Mar (entre el 5 de septiembre de 1571 y el 27 de octubre de 1572), luego del conde de Morton, regentes. Pero, por el asesinato de Darnley (el 3 de junio de 1581), mandó detener y ejecutar a Morton a instigación de su consejero Esmé Estuardo, señor de Aubigny, católico, llegado desde Francia en 1579. Entonces los «lairds» de Escocia no vacilaron en raptar al rey en Ruthven, el 22 de agosto de 1582, para expulsar a Aubigny, conde de Lennox. De esta manera, poco antes de la ejecución de María Estuardo, Isabel no encontró oposición para la firma en Berwick de una alianza defensiva con Jaime VI, que aceptó de ella una pensión de 4.000 libras. La Iglesia presbiteriana de Escocia, la «Kirk», ligada por un contrato o «covenant» de tendencia republicana, se alineó con la Iglesia anglicana para someter a los católicos a las mismas incapacidades que les había impuesto William Cecil (24 de marzo de 1596).

Isabel, providencia de la Reforma

De ahora en adelante, la solidaridad reformada funciona en Escocia, alejando el peligro que representaba este país en la retaguardia de Inglaterra. Libre de preocupación por este lado, fuertemente apoyada por los financieros de Amberes y de Amsterdam, Isabel se presenta entonces como la providencia de los reformados. Manteniendo con firmeza su autoridad sobre su Iglesia, exigiendo de los sacerdotes y funcionarios el juramento de «supremacía», por el cual la reconocían como «gobernadora de la Iglesia anglicana», imponiendo, gracias al Acta de uniformidad aprobado por el Parlamento, a todos los fieles un solo ritual, un solo libro de plegarias —el de Cranmer—, podía permitirse apoyar en el extranjero a los Reformados de toda tendencia.

La hemos visto en acción en los Países Bajos, autorizando la impresión en Inglaterra de los panfletos destinados a atizar la revuelta, permitiendo a la City armar pandillas privadas para apoyar a los «mendigos de mar», antes de alentar a hidalgos y gentes de guerra ingleses a alistarse en el ejército de Guillermo de Orange, suministrando armas y lana a los insurrectos, mandando un subsidio de 20.000 libras al príncipe Juan-Casimiro, hijo del Elector palatino, para pagar a sus reitres. Como había fingido casarse con el duque de Anjou (futuro Enrique III) para mejor frenar sus intrigas en 1572, pretende lo mismo con Francisco, duque de Alençon, proclamado en agosto de 1578 «defensor de la libertad belga», para mandar luego a este pretendiente ocasional a Holanda, con un viático de 60.000 libras (a final de 1581). Muerto Alençon, asesinado Guillermo de Orange, teniendo que comprometerse directamente, firma el 7 de agosto de 1585 una alianza con los reformados y pone a su disposición un cuerpo de 6.000 hombres de a pie y 1.000 de a caballo, al mando de su favorito Leicester. Pero el éxito de este último cerca de los Estados generales que le proclaman gobernador y capitán general, atrae contra él los rayos de la irascible reina.

Lo mismo luteranos alemanes como calvinistas franceses saben que pueden contar con la reina de Inglaterra. Los franceses encuentran cerca de ella apoyo diplomático, subsidios y hasta intervención activa. Después de un acuerdo con un enviado del príncipe de Condé y del almirante de Coligny, Briquemault, en abril de 1562, desembarca 6.000 hombres en el Havre el 20 de septiembre, bajo la promesa de intercambiar este puerto contra Calais. Una vez firmada la paz en Ambroise en marzo de 1563, el Havre será recuperado el 28 de julio. Unos diez años más tarde, a pesar de mantener relaciones correctas con Carlos IX, no vacila en permitir a Montgomery reclutar en Inglaterra voluntarios para provocar una sublevación en Normandía. Cuando se trata de sostener la causa protestante, no se deja detener, pues, por ningún escrúpulo.

En los Países Bajos como en el mar, como más allá del mar, su gran enemigo es España. Contra ella la empuja a comprometerse a fondo la oligarquía dirigente, ya establecida en Amberes y Amsterdam. Y también le alienta el nacionalismo británico, tan en alerta desde el reinado de María Tudor y la injerencia de Felipe II en los asuntos de Ultra-Mancha. Reanudando el sueño del almirante Thomas Seymour, la Inglaterra de Isabel toma conciencia de su vocación marítima.

Soberana del mar y de la trata de esclavos

Ya en los tiempos de Enrique VII una flota real había zarpado al mar. Enrique VIII la amplió, la proveyó con cañones, la dotó de un arsenal, Woolwich, y de una base, Portsmouth. Pero fue en el reinado de Isabel que las clases dirigentes, hidalgos y gordos comerciantes volvieron su interés hacia el mar. Lo curioso es que estos precursores de los puritanos —pues se trataba de reformados muy devotos— se interesaron primero, según el ejemplo de los judíos en la alta Edad media, en este tráfico de carne humana que fue la trata de los negros. Claro que el comercio de «madera de ébano» era de los más fructíferos. Varios capitanes de navío, mi-aventureros, mi-piratas, se

habían especializado en el suministro a la América ibérica, a cambio de oro, de plata, de piedras preciosas, de esclavos que sacaban de Africa. En el camino, atacaban y robaban a los galeones españoles que encontraban.

Comerciantes de la City y grandes señores se hicieron sus comanditarios. El más famoso de ellos, John Hawkins, fue subvencionado desde 1564-67 por la reina, que no vacilaba en practicar por su cuenta la piratería en tierra. Cuando unos buques españoles, que llevaban al duque de Alba para pagar el sueldo de sus tropas 800.000 ducados prestados a Felipe II por los banqueros de Génova, buscaron refugio en un puerto inglés, Isabel se apoderó de la mona. Y como Felipe replicó poniendo el embargo sobre los haberes británicos en los países Bajos, Isabel, como medida de retorsión, encajó los haberes españoles en Inglaterra, por una cantidad superior.

Estos intercambios de cortesías, la prohibición por España de todo intercambio entre Inglaterra y los Países Bajos, conducían fatalmente a un conflicto en el mar. Ligada con los hugonotes franceses de La Rochela y con los «mendigos de mar» de Holanda, Isabel lo preparó. Encargado desde 1578 de vigilar las construcciones navales, Hawkins dotó la escuadra británica con buques bajos, manejables, poco expuestos al temporal, dotados de una fuerte artillería, muy temibles para los pesados galeones españoles.

Otro negrero, ahora corsario, Drake, introducido por Walsingham cerca de la reina en noviembre de 1577, recibió la misión de dar la vuelta al mundo con cinco buques ligeros. Pronto su fama hará palidecer la de Hawkins. Con el fin de prevenir la concentración de la Armada española, el 17 de abril de 1587, Drake atacó, sin declaración de guerra, con 23 navíos (entre los cuales cuatro de la marina real), a 80 navíos en Cádiz, incendiando 24, pero fracasó delante de Lisboa, de donde zarpó la Armada en junio de 1588, para ser dispersada por el temporal cerca de las costas británicas.

Acompañado por el conde de Essex, favorito de Isabel, el almirante fracasó otra vez delante de Lisboa, pero consiguió desembarcar en Cádiz el 3 de junio de 1596 y mantenerse allí durante quince días. Siendo decididamente el «gran viento de la historia» hostil a España, fue otra vez el temporal el que destruyó una segunda armada española de cien navíos que cruzaba en alta mar frente a la península al final de 1596, y una tercera que amenazaba a Inglaterra. Así fue como Boreas confió a Albión el esceptro de Neptuno y le abrió las puertas del nuevo mundo.

Adaptarse a este nuevo papel suponía una profunda transformación de la sociedad inglesa. Operó esta muda en estrecha cooperación con los Países Bajos y según el modelo suyo.

Thomas Gresham, padrino de un capitalismo «a la holandesa»

Al subir al trono Isabel, Inglaterra necesitaba de una urgente restauración financiera. Enrique VIII, cuyo presupuesto quedaba alimentado principalmente por las aduanas, vivió de expedientes durante todo su reinado: subasta de los bienes monásticos confiscados y cascada de devaluaciones. Sanear la mo-

neda fue obra del tesorero Thomas Gresham. En septiembre de 1560, este gran argentero, autor de la famosa teoría «la mala moneda echa a la buena» (que, al ser atesorada, desaparece), sustituyó a las antiguas especies depreciadas por una nueva moneda «pura» (sterling) y estable. Se relajó la tesorería con empréstitos en Amsterdam. Disponiendo sólo la Corona, como recursos anuales, además de 200.000 libras de las aduanas, de 50.000 libras de contribuciones otorgadas por el Parlamento. Total del cual se debían descontar los intereses al 8 ó 9 % de 700.000 libras de deudas contratadas con los banqueros de Flandes y Hamburgo. Entonces los bancos que cooperan con el tesorero de la reina son controlados por lombardos, flamencos, holandeses, judíos y algunos escoceses. El crea compañías de seguros, funda el «Royal Exchange» (la Bolsa), la Bolsa de Comercio en 1567, y obtiene del Parlamento en 1571 que el tipo de interés sea fijado por la ley al 10 % como techo.

A iniciativa suya, desde 1560, se procede a grandes inversiones para el desarrollo de las explotaciones mineras: cinc de los alrededores de Bristol, cobre del Cumberland, estaño y hierro de Cornualla, plomo de los Mendips, carbón del Northumberland, de Durham, de los Midlands. Empresas que escapan del control de las corporaciones, despojadas por otra parte en favor del Parlamento de sus poderes en lo que toca a la fijación de los salarios y de los precios, y a la reglamentación de las condiciones de trabajo. Hasta los artesanos, cuyo estatuto se modifica en 1563, se ven colocados bajo el control del Estado, que determina sus condiciones de aprendizaje y les autoriza a establecerse. De estas medidas los refugiados protestantes, inmigrados en Inglaterra, son los principales beneficiarios.

La nueva industria siderúrgica se organiza en sociedades por acciones, como asimismo las compañías marítimas. Aparte de las compañías «reguladas», sometidas a las reglas corporativas («merchant adventurers», Este, Báltico, Rusia y Levante), las nuevas se constituyen en sociedades por acciones de tipo holandés, como la Compañía de las Indias orientales creada por Isabel en 1600, de la Africana, y, dos generaciones más tarde, de la Compañía de la Bahía de Hudson. Nuevas corrientes se establecen. Desde 1567, los pañeros ingleses orientan su comercio hacia Hamburgo como hacia Amsterdam. Mientras los buques de Venecia cesan sus viajes hacia Inglaterra (1587), nace un intercambio de tipo colonial. De 1597 en adelante, Bristol se enriquece como mercado del tabaco y Liverpool como centro del tráfico de esclavos.

Así se forman capitales, cuyos poseedores, banqueros, «orfebres», armadores, comerciantes y «squires» amplían la «gentry», la oligarquía de advenedizos, engordados por los bienes del Clero bajo Enrique VIII. Estas nuevas clases dirigentes, con inclinaciones protestantes avanzadas, no son de una fidelidad absoluta hacia la Corona. En todos los terrenos miran hacia Holanda, ya se trate de jardinería, de agricultura, de arte o de ciencia, de navegación, de política, de filosofía o de religión. Las grandes dinastías del reinado de Isabel, los Russell, Cavendish, Seymour, Bacon, Dudley, Cecil, Herbert, formadas por simples hidalgos o «squires», ya estaban marcadas por sus lazos con los hombres de negocios o de finanzas. Los que, después de la muerte de Bughley, toman el relevo en el entorno de la reina tienen afinidades puritanas confesadas y su devoción a la monarquía no es tan segura. Mientras el nuevo favorito de la reina, Robert Devereux, conde de Essex, yerno de Leices-

ter (y su sucesor en el favor de Isabel), conspira contra su soberana, su influencia crece.

Caído en desgracia por causa de sus fracasos en España, Essex había sido condenado por primera vez en 1600 a la destitución por haber firmado con Tyrone en Irlanda un vergonzoso tratado y por haber vuelto sin órdenes para hacerlo. La reina se negó a reanudar su monopolio para la importación de los vinos que alimentaba fructuosamente su cajita. Entonces se coaligó con Jaime VI de Escocia y con el partido secreto de los puritanos apoyados por Walsingham. Se representó en las calles una obra dedicada a Essex, en la cual se obligaba a un rey a abdicar. Una conjuración, urdida por Essex en persona, provocó una tremenda sublevación en la City. Era demasiado. El favorito fue sentenciado por sus pares a la decapitación (25 de febrero de 1601).

El nuevo equipo, formado por Robert Cecil, segundo hijo de Bughley y sucesor de Walsingham, Walter Raleigh y Francis Bacon, equipo muy ligado a Holanda, sometido a la influencia de la Rosa-Cruz, prepara el camino a la revolución puritana y prelude a la organización de la Francmasonería.

Barnaud, mensajero de los Rosa-Cruz

Cerca de Isabel, rodeada por algunos judíos, como su médico López (modelo del Shylock de Shakespeare), como cerca de Enrique IV de Francia, los agentes de la Rosa-Cruz eran muy activos. De ellos el más conocido es Barnaud (1535-1601), que de 1560 en adelante viajó durante cuarenta años por toda Europa. Se encontró en España con «alumbrados», tuvo tratos con cenáculos hermetistas en Alemania, y desveló que en este país, el jefe del Santo Imperio, el emperador Rodolfo, el duque de Baviera, Federico, duque de Würtenberg, Enrique-Julio, duque de Brünswick, y Mauricio, langrave de Hesse, apoyaban el movimiento. En nombre de una sociedad protestante, ofreció oro a Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, y a Enrique IV. Un manifiesto, impreso en Guda (Holanda) el 1 de enero de 1601, pedía a los iniciados de Francia y de Holanda prestar su apoyo a estos dos príncipes. Por otra parte, se considera a Barnaud como el inspirador del «gran designio», proyecto de República universal, quizá igualmente aceptado por Isabel de Inglaterra, que preveía la constitución de Europa en unos quince estados, con una Dieta y unos poderes ejecutivo, legislativo y judicial, designio que costó la vida a Enrique IV, al provocar la puñalada de Ravaillac.

Pues bien, la Hermandad de los Rosa-Cruz era muy potente en los Países Bajos. Sorbiere (1605-1670) consideraba Holanda como su país elegido. Allí, Descartes, después de buscarlos en Francfort en 1619, al volver de sus campañas con las tropas del duque de Baviera, trató de establecer contactos con ellos y les dedicó un tratado matemático de Polibio. Desde 1526, una logia había sido abierta en Amsterdam, según el modelo de las academias del Renacimiento italiano; se llamaba «Fredrik's Vredendal», y reapareció un siglo más tarde en La Haya, en 1637. Estas cámaras de retórica, estas sociedades de pensamiento, estupendos medios de penetración y de propaganda, se multiplicaban. Se debe notar que su tramitación sigue el mismo camino que la

carrera de Thomas Cromwell: Venecia, Amberes o Amsterdam, y después Londres.

Antes de iniciarse las revoluciones de Inglaterra, el movimiento de la Rosa-Cruz sale un poco de su misterio y se da a conocer difundiendo algunas obras. Según John Toland en 1720, el primer libro sobre la sociedad fue publicado en Venecia. Sin embargo, fue en Cassel donde se dieron a luz sus primeras obras. En Cassel donde, desde 1601 (en el momento en el cual se encuentra en Italia la huella de un «rex physicorum» y en Francia la de un «Parlamentum hermeticum»), existía un capítulo de la Orden que se reunió en 1615, bajo la presidencia del conde Mauricio de Hesse-Cassel, con asistencia del primado Federico-Enrique, el futuro «stathouder» de los Países Bajos, el landgrave Louis de Hesse-Darmstadt, el marqués Juan-Jorge de Brandenburgo, el Elector Federico III y el príncipe Cristian de Anhalt, en compañía del médico Michel Maïer, del sabio Rafael Eglinus, del teólogo Antonio Thys, del profesor Jonsman y de Juan-Valentín Andreas.

Juan-Valentin Andreas: su teórico

Este último es precisamente el autor de los dos principales libros publicados en esta época sobre la Orden de la Rosa-Cruz: la «Fama Fraternitatis» y la «Reipublicae Christianopolitanae Descriptio». Nieto de Jacob Andreas, rector de esta Universidad de Tubingen donde brilló Melanchton, Juan-Valentín nació, el 17 de agosto de 1586, de María Moser y de Johan Andreas, pastor en Herrenberg, alquimista, ocultista, amigo y protegido de Federico I de Würtenberg. De regreso con su familia a Tubingen, después de la muerte de su padre (1601) había sido expulsado dos veces de la famosa Universidad. La primera, por una cuestión moral, y había continuado sus estudios en Estrasburgo (1607). La segunda, porque el rector le sospechaba, a él y a sus amigos, Christopher Besold (nacido en 1577), pitagórico y cabalista (se convertirá al catolicismo en 1630) y los austríacos Tobías Hess y Abraham Hölzel, alumbrados, de simpatías activas hacia las doctrinas místicas y monistas de Johannes Arndt (1555-1621), autor del «Libro del verdadero Cristianismo», publicado en 1605, protegido por el príncipe prusiano von Mansfeld, de Valentín Weigel (1575-1624), pastor de Zchospau en Sajonia, cuyas obras aparecieron entre 1604 y 1609, maestro del ilustre Jacob Boehme (1575-1624) y animador de la secta de los «Entusiastas» y de Policarpio Leysear el anciano. El libro de Simón Studion «Naometria», anunciando la nueva Jerusalén y dirigido contra el papa, se había dado a luz en 1604 y el del alquimista alemán Benedikt Toepfer, apodado «Figulus», prediciendo la reformación general del mundo, acababa de ser publicado en Basilea en 1607-1608. La autoridad estaba alerta. Durante algún tiempo, el príncipe Federico de Würtenberg recogió a Juan-Valentín como preceptor, pero murió en 1608.

Entonces Andreas recorrió Europa, visitando Francia, Italia del Norte y España (1610), Lausana y Ginebra, donde el calvinismo trató de atraerle (1611), y de nuevo París, y, con Besold, Italia (1612) (donde en Nápoles, Juan-Bautista Porta, antes de morir en 1615, fundaba una «Academia di Secreti», bajo el nombre de Cámara de Hermes). De vuelta en Tubingen, a instigación de su maestro Mathieu Hafenreffer, Juan-Valentín emprende la pu-

blicación de unos escritos destinados a ampliar el reclutamiento de la secta, que provocarán ásperas polémicas contra ella. Se trata, en 1614, en casa de Wessen, en Cassel, de la «Reformación general», obra satírica de tendencias democráticas, abogando por la creación de un «Congreso universal», cuyo plan se aparenta con la «Utopía» de Thomas More (1480-1535) y de la «Ciudad del Sol» de Campanella (1568-1639). La traducción de las «Noticias del Parnaso» («De Ragguagli di Parnaso»), publicadas en Venecia en 1612 por Trajano Coccalini, enemigo rematado de España, que murió el año siguiente, apaleado a muerte en la capital de los «duces», ocupa la primera parte de este libro que aboga en pro de la redistribución de las riquezas y de la supresión del uso del oro y de la plata.

Entre las páginas 91 y 128 se encuentra insertado un opúsculo titulado «Fama Fraternitatis Rosae Crucis», narrando la historia legendaria del fundador de la Orden de la Rosa-Cruz. Al ejemplo de Joaquín de Flore, que visitó también la tierra Santa, este hidalgo alemán, Cristian Rosenkreuz, orfelino, criado en un convento, acompañó en Oriente a otro hermano, P. A. L., que murió en Chipre. Continuando su viaje, solo, a Damasco y Jerusalén, el precursor de la secta entró sucesivamente en contacto, en Arabia, con los sabios de Damcar, discípulos de los astrólogos sabeos de Harran, que le iniciaron durante tres años y le comunicaron los secretos del «Liber Mundi», luego en Egipto y sobre todo en Fez, donde se quedó dos años con los «elementarios», dedicados a la magia. Esta enseñanza, completada por un cierto Teofrasta, le reveló la armonía y la unidad del mundo, y le inspiró un plan de reforma universal, política, religiosa, científica y artística.

A través de España, donde sus esfuerzos no fueron entendidos, regresó a su patria, donde, cinco años más tarde, fundó la «Casa del Espíritu Santo» y reunió a sus primeros discípulos (1410) designados por iniciales: G. V.; I. A. e I. O. (muerto en Inglaterra, cuyo sucesor será un matemático, P. A.), luego C. H., jefe elegido de la Hermandad; G. V. M.; P. G.; R. C. (Rosencreutz) junior, heredero del Santo Espíritu; F. B. M. P. A., pintor y arquitecto; G. G. M. P. I., cabalista; P. D. y su sucesor, A. Estos hermanos, dedicados a la cura de los enfermos y obligados a reunirse una vez al año, debían iniciar cada uno a un heredero espiritual. Practicaban el lema: «Nacimos en Dios; morimos en Jesús; y volvemos a vivir por el Espíritu Santo», en el que aparece la influencia mística de Jan Ruysbroeck (1293-1381), autor del «Adornamiento de las nupcias espirituales», del maestro Eckart, de Tauler y de los cenáculos de Basilea y de Estrasburgo. La Obra oculta de la Orden está colocada bajo la protección del Dios de Israël: «Sub umbra alarum tuarum, Jehova».

Una reedición de la «Fama», de 1615, acompañada (entre las páginas 43 y 64) de una «Confesio Fraternitatis Roseae Crucis», menciona como fecha de nacimiento de Cristian Rosenkreuz el año 1378. Se buscó su identificación con el más joven de los von Roesgen, cuyos padres habían sido exterminados en su castillo de Germelshausen, después del asesinato del legado Pedro de Castelnau en 1208, que desencadenó la guerra de los albigenses. Según las «Bodas químicas» publicadas por Andreas en casa de Zetzner en Estrasburgo en 1616, como un manuscrito del año 1459, Christian Rosenkreuz reclutó sus discípulos en 1410, fundó su Orden en 1430, recibió el «Toisón de

Oro» en 1459, y murió a la edad de ciento diez años. Ciento veinte años más tarde, como previsto, en 1604, el hermano N. N., arquitecto, descubrió el mausoleo simbólico del fundador, que Thomas Vaugham describió en 1652.

Los Rosa-Cruz salen de la sombra

Pues había llegado el momento de ampliar la acción de la secta, reclutando hermanos y organizándolos, burlando la vigilancia de las autoridades religiosas y políticas. Ferviente adepto, Juan-Valentín Andreas —cuya sortija llevaba como engarce una cruz de San Juan, adornada con cuatro rosas abiertas en sus ángulos— se empeñó en ejecutar esta gran Obra, «quizá más grande que la edificación del Templo tan deseada por David», llegará a escribir más tarde a Comenius. Pero al iniciarla disimula su importancia, presentándola, del mismo modo que Erasmus, como un simple juego del espíritu, «ludibrium». ¿A instigación de quién? De Cristopher Hirsch, catedrático en Rosa y Eisleben, y de Johannes Arndt, contesta Gottfried Arnold («Kirchen und Ketzer Historien», 1699). Ahora bien, Andreas dedica a Arndt su «Reipublicae Christianopolitanae Descriptio», espejo de la Ciudad futura, de la Nueva Jerusalén terrestre publicada por Zetzner en 1619.

Como la «Fraternidad» había provocado tantas sospechas como sonrisas, Juan-Valentín se empeñó en crear una Orden semisecreta, primer círculo exterior de resonancia de los Rosa-Cruz. Animado por el noble sajón Wilhelm Wense, el cenáculo de Tubingen, en el cual se encuentran, alrededor de Andreas, Johannes Wied, el editor de los místicos alemanes, Christopher Besold, el catedrático Martin Rümmelin, el preceptor Jorge Zimmermann, manifiesta una intensa actividad. Provisto de una recomendación de Tobías Adami, de Altenburgo, Wilhelm Wense encontró en Nápoles al monje-agitador Thomas Campanella (1568-1639), precursor del existencialismo y del comunismo (cuyos manuscritos Adami había llevado a Tubingen [1613-14]). Como etiqueta el grupo adopta el título de su obra «La Ciudad del Sol», que va aparecer en Francfort en 1623.

De 1617 en adelante, empieza el reclutamiento. Se acumula un tesoro de guerra de 18.000 goulden y los manifiestos se suceden: la «Invitatio ad Fraternitaten Christi» (1617, en Zetzner), la «Christiani Amoris dextra porrecta» («La mano derecha tendida del Amor cristiano», 1620), plan de organización propuesto por Wense. Luego, en 1628, una reedición de la «Invitatio» (acompañada en 1629 por el «Verae Unionis in Christo Jesu Specimen» o «Proyecto de una verdadera Unión en Jesucristo»), dedicada al príncipe Augusto de Brunswick. Mientras tanto Andreas fortalece su autoridad, reduciendo a una troika el círculo director de la Orden: Saubert, el patricio Conrad Baier y el teólogo Christopher Leibnitz (los dos de Nürenberg). Con el apoyo de otro patricio de Nürenberg, Pöhmer, de Heinrich Hein, de Dorpat y, sobre todo, del checo Komenski, apodado Comenius, una intensa propaganda se desarrolla, hasta en Inglaterra y en los países escandinavos.

Pero el desencadenamiento de las guerras que asolan Alemania perjudica este desarrollo. Entonces, para enturbiar las ideas, Andreas se burla, él mismo de ellas, en su «Turris Babel» (la Torre de Babel) en 1619. Diez años más

tarde, decepcionado por el poco éxito de sus «Uniones cristianas», considera la oportunidad de confiar su sucesión a Comenius. Apreciando el camino recorrido, escribe el 27 de junio de 1642 al príncipe Augusto de Brunswick que la Sociedad proyectada «desde hace diez años (en realidad eran veinticuatro) siguió siempre una vía subterránea». Otra carta, del 19 de marzo de 1645, revela la existencia de otra sociedad, llamada «Antilia», que tendrá su sucursal en Inglaterra.

Entonces, ¿cómo puede creerse autorizado Paul Arnold, otro historiador de la Rosa-Cruz, que se pretende hipercrítico, en declarar a la vez que el movimiento no fue otra cosa que una comunidad mística, nunca organizada, y sin existencia secreta? Quien quiere probar demasiado no prueba nada. ¡No se puede pedir a una sociedad secreta publicar sus estatutos y revelar cuál es su centro y la lista de su comité ejecutivo!

La carta de Andreas del 27 de junio de 1642 no menciona más que unos treinta nombres de sus colaboradores: Johannes Arndt, su maestro; Johann Gerhardt, de Iéna (nacido en 1582), autor de un tratado sobre el esoterismo de la Escritura santa, adversario del jesuita Robert Bellarmino (1542-1621) en el coloquio de Durlach, uno de los negociadores de la paz de Dillingen; Christopher Schleupner, de Hof; Johann Saubert, de Nürenberg; Polycarpe Leiser, de Leipzig; Daniel Senert, de Wittemberg; Laurentius Laelius, de Hindsbach; Wilhelm Wense, que ya conocemos como Tobías Adami, de Altenburgo; Conrad Theodoricus; Balthasar Gockelius, de Ulm; Thomas Wegeli; Mathias Bernegger (1582-1640), austríaco, que vive en Estrasburgo, amigo de Kepler, de Galileo y de Grotius; Christopher Besold, el íntimo de Juan-Valentín; Wilhelm Schickardus; Tobías Hess, ya citado; Johan Jacob Heinlin, de Tubingen, hebraísta y cabalista; Wilhelm Bidenbach, de Stuttgart; Georg Acatius Enenchel, barón de Hohenack; Daniel Hiker, de Linz; Michael Teller, de Viena; Baltas, barón de Sekendorff, de Viena; Joachim Wickefort, de Amsterdam; Erhard Wachtel, de Durlach; a los que tenemos que añadir el patricio Conrad Baier y el teólogo Christopher Leibniz, los dos de Nürenberg. Tales son los miembros visibles del Estado Mayor del movimiento.

Al mismo tiempo, la organización de la Orden se precisa. En 1622, contaba 77 miembros principales, cuyo «imperator» era Johann Carl von Frisau. Según Naudé, que les denuncia el año siguiente, los hermanos disponían de tres «colegios» en esta época, uno en París, otro en Canadá y el otro en una isla de la India, donde se dice que los verdaderos maestros de la Orden han emigrado después de la guerra de los Treinta años, en 1648 (H. Neuhaus). Entre los hermanos, Robert Fludd distingue dos categorías: los «Aureae Crucis Fratres», que son teósofos, y los «Roseae Crucis Fratres», cuyos estudios se limitan a las cosas «sublunares» (1).

---

(1) Según «Sedir», se mencionan como miembros de la Fraternidad en 1614 a: Thomas Langschrit, Tobias Schwalbenäst, Hugo Aedilis, Carolus Lohrol, Tobias Katzlein o Hildebrandt, Tobias Riamesin (viajó hasta Aden), Johannes Hasenfuslein, Fred Dollenhut (viajó a Ormuz, Canona, Calcutta), Leonardus Quadschalk. A los cuales, Maïer añade: Julius Camillus, Roger Bacon, médico y astrólogo, Barthol Carrichter, Coelus de Budda, Francisco George, Thomas Vaughan (Eugenius Philalethe), que escribió sobre *ellos*, Henri Madathanus, autor del *Siglo de Oro*, alquimistas como Chortalasseus o Grashof, Ambrosius Soebmacher. En 1618 y 1626, Elman Zatta se encargó de reunir a los hermanos.

Paracelso, alquimista y renovador de la medicina

Desde sus más antiguos precursores, como Roger Bacon, el «doctor admirabilis», ¿quiénes fueron sus maestros? ¿Y cuáles sus tradiciones, sus ideas, sus tendencias, sus metas? Entre ellos se destacan en primera fila Paracelso y sus discípulos, Boehme y van Helmont. Curiosa figura la de este Paracelso, médico y alquimista, dedicado a la astrología, a la magia y a la Cabala. Hijo de un médico de Suabia, Aureol Theophraste Bombart von Hohenheim, nacido en Einsiedeln, cerca de Zürich, en 1493, tenía como biz-tío a un Gran Maestre de los Caballeros de San Juan de Jerusalén (Hospitaleros). Sus estudios, iniciados en Basilea en 1510, siguieron en 1511, durante once años, en Wurzburgo, donde tuvo como maestro al abad de Sponheim, Juan Trithemius, alquimista y cabalista, profesor de Agrippa von Nettesheim, este Cornelius Agrippa que hemos encontrado ya en el entorno de Francisco I.

Profundamente marcado por esta enseñanza y por sus estudios en el laboratorio del alquimista Fugger, en Schwatz (Tyrol), abierto a todas las curiosidades, el joven Hohenheim emprendió una serie de viajes y aventuras que le condujeron sucesivamente en 1517 a Viena, Colonia, París, Montpellier, en 1518 a Lisboa, Oxford y los Países Bajos, en 1519 a Dinamarca, Suecia, Prusia, Bohemia, Polonia, Lituania. Luego a Istanbul en 1521 (donde recibió la «piedra filosofal» de Salomon Trimosinus) y hasta entre los Tártaros. Como cirujano militar al servicio de Venecia en 1522, siguió la campaña en el Napolitano y sacó su diploma medical en Salerno. Terminada la guerra, se instaló en Friburgo en 1526 y luego en Estrasburgo. Erasmus, después de llamarle a Basilea para curar al impresor Frobenius, le proporcionó una cátedra en la Universidad de esta ciudad. Pero la enseñanza distribuida en lengua vulgar, en alemán, por este «Lutero de la medicina» provocó escándalos. Paracelso, cuyo apodo significa «contra Celso», denunció las doctrinas corrientes con tal violencia, sobre todo las de Galiano y de Avicena, y suscitó tantos odios que, al cabo de veinte meses, tuvo que abandonar la ciudad. Buscó refugio primero en Moravia y Carintia, luego en Colmar en 1528 y en Nürenberg en 1529, donde redactó sus principales obras antes de reanudar su vida errante. Se le encuentra en Saint Gall en 1531, Pfeffer en 1535, Ausburgo en 1536, Villach en 1538. Mantuvo relaciones con el archiduque Ferdinando de Austria y falleció en 1541.

De carácter bohemio y aventurero, su formación ocultista y sus métodos favoritos de comparación en busca de analogía, le llevan hacia conceptos un poco nebulosos. Aplica al hombre, considerado como una parcela del mundo, la idea que el microcosmos debe ser similar al macrocosmos, o sea que el infinitamente pequeño responde a la imagen del infinitamente grande. Pero su experiencia de alquimista le inspira en medicina ideas originales y fecundas. Se empeña en demostrar las posibilidades terapéuticas de los metales y de las plantas, teniendo en cuenta el parentesco entre los astros, los metales y las varias partes del cuerpo; entonces practica curas a base de oro, de hierro, de plomo, de antimonio, de mercurio (contra la sífilis), emplea el opio bajo forma de láudano, y el alumbre para cicatrizar las heridas. Llama la atención sobre los elementos activos, las «archeas», auxiliares de la nutrición y de la reconstitución de los tejidos.

Sus actividades diversas reflejan con bastante exactitud las de la Hermandad de la Rosa-Cruz, de la cual fue el «monarcha secretorum» o «reorganizador». En el cuadro de sus estudios, como en la amplitud de sus proyectos, este movimiento presenta un carácter universal. Su cosmogenia, su filosofía se inspiran de Moïses y de Salomón, de la Biblia, de la Cabala, de la Gnosis, de las ideas «johannitas» y «espirituales» de Joachim de Flore y del dominico Tauler de Estrasburgo. Obran en favor de la institución de una religión universal, cristiana pero hostil al papa (entonces muy aparentada a las iglesias reformadas), manteniendo sólo dos sacramentos (el bautismo y la cena), y preparando el advenimiento de los tiempos anunciados por el Apocalipsis, la 6.ª Iglesia o «filadélfica», la 7.ª o «laodiceana», anunciando, como lo hará Paracelso, la llegada de un Mesías, «Elías artista», residente en lo que llama «el sol rojo».

En política, enlazándose con el imperio romano y la 4.ª monarquía, obra en favor de la institución de una monarquía universal, de una «sinarquía» en el plan social, de una «fraternidad universal» en el plan humano. Dedicados al estudio del hombre y del mundo, y de todo lo que contribuye a aumentar el dominio del primero sobre el segundo, sus adeptos practican las ciencias ocultas y la medicina. La Cabala, que les enseña las doctrinas de la Emanación, el papel del «Logos», del Espíritu y de los Elohim» o potencias divinas en la creación y la evolución del Cosmos, las varias jerarquías de ángeles ascendientes y decadentes. La doctrina de Pitágoras, de la que sacan la interpretación de los números. La astrología, que desarrollan, gracias a los instrumentos que les ayudan a observar las estrellas. La magia, cuyas nueve variedades conocen, sea la magia supersticiosa, la magia humana, de tradición platoniciana, o la magia celestial, en la cual Moïses y sus 70 «ancianos» del Sanhedrin, San Juan el Evangelista, San Pablo y sus «discípulos escogidos» fueron iniciados.

Se les supone las dotes de ubicuidad y de invisibilidad, la de leer el porvenir e interpretar los sueños, la de las lenguas. Manejan una luz invisible, poseen la ciencia de las correspondencias (Michel Maïer), obtienen visiones, utilizando un producto llamado «azugre glorioso» (Sincerus Renatus). La alquimia, practicada bajo sus aspectos astrológicos, les permite obtener, por disolución, el «mercurio doble», y, por coagulación, la «piedra filosofal». En el asedio de Hulst, en Flandes, en 1596, experimentaron un instrumento capaz de destruir los edificios.

En medicina, se cree que poseen el «elixir de larga vida», porque alcanzan cierta longevidad, luchando contra la descalcificación de los huesos y la coagulación de la sangre, utilizando un «calórico» como regenerador, y algunas raíces de plantas activas sobre los hombres y las mujeres, así como gotitas de oro en ciertas épocas. Fabrican píldoras que sustituyen a los alimentos. Tienen el poder de curación. Sus viajes, sus conocimientos ocultos crean una leyenda alrededor de ellos (de la cual se aprovechan algunos charlatanes para engañar a la gente), mientras que en torno de sus jefes se forman sociedades de estudios científicos y filosóficos, de influencia judía, cristianas pero hostiles a la Iglesia, de inclinación reformada.

Discípulos de Paracelso. alemanes, holandeses, ingleses se hacen ardientes

propagandistas de la Fraternidad. Intervienen en la polémica desencadenada por la publicación de los libros y manifiestos de Juan-Valentín Andreas. En París, pequeños carteles, fijados en agosto de 1623, dirigidos a las personas que quisieran entrar en contacto con los diputados del Colegio de los Rosa-Cruz o «invisibles», suscitaron un escándalo. El periodista Gabriel Naudé les denunció en su «Instruction à la France» (1623). Los padres Garasse y Gaultier siguieron su ejemplo en 1624 y 1633. Aunque las Provincias Unidas, según Simon Sorbiere les acogen de buena gana, los Concejos Unidos de Holanda, de Zelanda y de Frisia condenan en 1623 su actividad, «perjudicial al interés del Estado», y entregan a la hoguera el 25 de enero de 1628 al pintor Torentius (van der Beek) y a su joven amigo Coppens.

Sus amigos les defienden. Como es el caso de Theophile Schweighardt (autor, en 1618, del «Espejo de la Sapiencia rosicruciana»); de Irenaeus Agnostus («Speculum Constantiae», 1618, «Fons Gratiae», «Thesaurus Fidei», 1619); de Aegidius Gutmann, de Ausburgo, en Suabia, protegido del príncipe palatino Federico V; del landgrave Mauricio de Hesse; del príncipe de Anhalt (autor de Comentarios sobre el Génesis, 1619); de Michel Potier, que publica en Alemania un «Compendium philosophicum (1610), un tratado sobre la piedra filosofal, dedicado a los Rosa-Cruz (Francfort, 1617), y una «Philosophia pura» (1619). Aparentado también a la secta, por su parte Enrique Khunrath (1560-1605), médico y alquimista de origen sajón, autor de un libro titulado «Anfiteatro de la Sapiencia eterna», se hizo famoso con sus «Pentacles», interpretación esotérica del Cosmos, publicados con el acuerdo del emperador Rodolfo. Pero entre los herederos y los lugartenientes de Paracelso se destacan sobre todo el alemán Jacob Boehme (1574-1624), cuyas obras místicas sobre el ocultismo, «De signatura rerum», «Mysterum magnum», y sobre la piedra filosofal, «Aurora», han establecido la reputación, y el holandés van Helmont (1577-1644), que fue condenado por la Inquisición en Bruselas en 1632.

Penetración en Inglaterra: Michel Maïer, R. Fludd, J. A. Komenski

La Orden se expandió en Inglaterra, gracias a Michel Maïer. Nacido en el Holstein en 1568 (falleció en 1622), médico en Rostock antes de ser llamado por el emperador Rodolfo II y de entrar al servicio del landgrave Mauricio de Hesse, este adepto protestante, que hemos mencionado ya varias veces, publicó sus obras principales, «Arcana arcanissima», en Londres en 1612, y las otras, como «Themis aurea» sobre las leyes de los Rosa-Cruz, entre 1616 y 1622, en Oppenheim y Francfort. En 1620 se encontró con Robert Fludd en Londres. Los dos, animados por el mismo celo, se dedicaron a una propaganda muy activa y establecieron las bases de una acción que condujo, veinte años más tarde, al desencadenamiento de las revoluciones de Inglaterra.

Nacido en el Kent, en 1574, estudiante en Oxford, apodado «de Fluctibus», Robert Fludd había viajado por Francia, España, Italia y Alemania (entre 1599 y 1605). Nutrido con las doctrinas neo-platonicianas, de Hermes Trismegista y de la Cabala, estudió medicina, física, alquimia, matemática y mecánica. Con sus métodos experimentales fue el precursor de Newton y descubrió el barómetro. Sus obras, cuya idea dominante consiste en enlazar

el mundo físico con el supranatural, fueron impresas, como las de su maestro y amigo Michel Maïer, por Jean de Bry, en Oppenheim y Francfort (el «Tractatus theologo-philosophicus» en 1617, la «Philosophia sacra» en 1626, la «Philosophia mosaïca» en 1638). Mantuvo una polémica con Gabriel Naudé en 1623, y defendió la Orden en su «Tractatus apologeticus». Falleció en Londres en 1637.

Hábilmente secundado por un equipo de activos propagandistas, abrió Inglaterra a la influencia de los Rosa-Cruz, de los Sabios «Sapientes», así como les designaba en 1633, de los «Sophos» como Andreas les llamaba en su «Llave filosófica» en el mismo año. Y, en el estilo profético que pronto será el de Cromwell, añadía que si conviene esperar los tiempos anunciados por los magos, «parece que sea próximo el plazo de esta última monarquía anunciada por el sueño del Rey según Daniel II». De todos modos, se empeñaba en aproximarlos. Según sus indicaciones, el alemán Joaquín Frizius expuso en el «Summum bonum» el plan de la nueva sociedad (1629). Otro alemán instalado en Londres en 1628, en el momento de estallar la crisis parlamentaria, Samuel Hartlib, entró en tratos con John Beale y con el escocés John Durie. El también describió, bajo el nombre de «Macaria», el futuro estado cristiano (1641) y reagrupó a sus amigos en una sociedad llamada «Antilia» (como la sociedad anterior alemana), mientras otros adeptos creaban «The Fraternity of the Holy Cross».

Ahora bien, en este mismo año 1641, en el que estallan las revoluciones de Inglaterra, entra en escena en Londres uno de los principales jefes del movimiento Rosa-Cruz, el checo Johann Amos (¡este nombre vale todo un programa!) Komenski, apodado «Comenius». Nacido en Moravia el 28 de marzo de 1592, de padres adheridos a los «Hermanos moraves», estudiante en Heidelberg, encontró en Austria en 1619 a Juan-Valentín Andreas, trabó amistad con él y vino a ser su principal lugarteniente. Expulsado de Bohemia en 1628 (a consecuencia de la derrota de la Montaña blanca el 8 de noviembre de 1620, 2.000 familias checas fueron desterradas a Sajonia en 1627), fue promovido (el último) obispo de la secta «morava» en 1632 y se dedicó a la tarea de preparar los espíritus por nuevos métodos educativos a la Unión de las Iglesias y al advenimiento de una República universal, metas supremas de los Rosa-Cruz. Tal es el objeto de sus libros: «Didactica magna», «Janua Linguarum» (1631), «Pansophia Prodomus» (1639).

Llamado por Samuel Hartlib a Inglaterra, trabajó activamente, en 1641 y 1642, en el acercamiento de las capillas protestantes, en aconsejar al Parlamento sobre el nuevo régimen que se debía establecer (presentándole más tarde en 1647 sus «Consideraciones sobre la Reformación de la Iglesia y del Estado»), y en instituir en Londres, según el ejemplo del «Templo de la Sapiencia», de Salomón, un «Collegium Lucis» (Colegio de la Luz) para formar una «Academia celestial», «cuyo principio ha sido marcado por la Fraternidad de la Rosa-Cruz, hace medio siglo» (en «The way of Light», 1662, y «Panergesia», porción de una obra más amplia, «De rerum humanarum emendatione catolica», 1666). Y completando su acción, incitó a Leibnitz a fundar la Academia de Berlín. Entretanto, había rechazado la proposición de John Winthrop de dirigir la Universidad de Harvard en América en 1642. Y como sus tentativas para predicar la tolerancia durante la guerra de los Treinta

años («Pansophia Dyatyposis», 1643) fueron tan vanas como sus esfuerzos para influenciar al Clero luterano en Suecia en 1642, Polonia en 1648 y Hungría en 1650, vivió en Amsterdam, desde donde ejerció una muy amplia actividad política, hasta su fallecimiento en Narden, el 15 de noviembre de 1671.

El camino abierto por Francis Bacon

Con el fin del reinado de Isabel sonó la hora de la penetración de la Rosa-Cruz en Inglaterra. No sólo los exaltados metidos en el complot de Essex, sino la joven guardia del entorno de la reina habían puesto sus esperanzas en el advenimiento de Jaime VI de Escocia. Sociedades de pensamiento y grupos científicos se multiplicaban en Londres. En un libro titulado «Nova Atlantis», la Nueva Atlántida, redactado en 1617, publicado en 1635, el ex-canciller Francis Bacon de Verulam describía, bajo el nombre de «Casa dé Salomón», un colegio de sabios, llevando capas rojas y una cruz roja sobre la cabeza, instalados en la isla de Bensalem (Hijos de la Paz), donde doce padres viajeros llamados «mercaderes de la Luz» difunden las doctrinas del judío cabalista Joabin, de los cuales Francisco era, quizá, el jefe o «Tirsan».

El autor, hijo del guardia de los sellos de Isabel, Nicolás Bacon, y de Ana Cook (nacido en Londres en 1561, fallecido en 1626), después de estudiar en el Trinity College en Cambridge en 1573, tuvo una carrera difícil. Encargado de misión cerca del embajador en Francia (entre 1576 y 1579), perteneció al Servicio de Información de la Corona, antes de inscribirse en Gray's Inn (1580-82), donde estudió Derecho sin conseguir éxito como abogado, de manera que a los treinta y un años solicitaba todavía un puesto de su tío Burley, gran tesorero. Elegido en 1593 diputado del Middlesex en los Comunes, vinculó su fortuna a la del conde de Essex, que no obtuvo para él la función de «sollicitor general» que apetecía, pero le gratificó con una pequeña finca. Sin embargo sus necesidades traspasando sus recursos, perseguido por unos usureros, fue encarcelado dos veces como incapaz de pagar sus deudas (1598). Temiendo ser comprometido en el complot de Essex, tuvo la bajeza de volverse contra su protector, le sobrecargó en el proceso como consejero de la reina, reclamó para él la pena capital y no vaciló en deshonrarle en un libelo.

Tal era el personaje que la entronización de Jaime I (el 24 de marzo de 1603) y la protección del favorito George Villiers, conde de Buckingham, levaron sucesivamente a la dignidad de abogado de la Corona (1604), de «sollicitor general» (1607), luego de «attorney general» (1613), de guardia de los sellos (1618) y por fin de canciller y de lord de Verulam (1 de septiembre de 1618). Cabe señalar que el agente Francis Bacon se había distinguido en 1603, al denunciar la conjuración de Raleigh, Grey y Cobham contra la vida del rey. Pero con los honores no cambiaron sus costumbres. Hasta el punto de que una comisión de encuesta nombrada por el Parlamento en 1621, le acusó de venalidad y concusión. Condenado el 3 de mayo al pago de una multa de 40.000 libras y a la detención en la Torre, se salvó de estas medidas, por gracia especial de su soberano, pero tuvo que renunciar a todas sus dignidades y desaparecer oficialmente de la escena.

Curiosa paradoja, el más famoso de sus primeros libros (1597) se titulaba «Ensayos de moral y de política». De todos modos, lo esencial de su obra: el «Tratado sobre el progreso de las Ciencias» (dedicado a Jaime I en 1605), sus «Pensamientos sobre la interpretación de la Naturaleza» (1607), su «Ensayo sobre la Sapiencia de los Ancianos» (1609), y sobre todo el «Novum Organum» (1620), iba dedicado a la exposición, con inclinación claramente materialista, de un «nuevo» método, experimental e inductivo de estudio de las ciencias. Aunque él mismo no sea un sabio, pues ni estudió seriamente, ni descubrió nunca nada. Tampoco eran teólogos o filósofos muchos de los «evangelistas» o reformados. Puesto que el Renacimiento nos ha acostumbrado a este tipo de «intelectuales» de moda y andando «en el sentido de la historia», que no se puede confundir con verdaderos eruditos ni auténticos pensadores.

De todos modos, su «Nova Atlantis» inspiró la creación cerca de 1645 de un «Invisible College» por Robert Boyle (1626-1691), físico conocido por sus estudios sobre la atmósfera y el vacío. De esta reunión de sabios salió la «Royal Society» o Academia británica. De inspiración rosicruciana, muchos cenáculos científicos, clubs y sociedades de pensamiento ven entonces la luz. Desde la crisis parlamentaria de 1628-30, se constituían unos grupos ocultos. El mismo Paul Arnold reconoce que «no es imposible que los defensores del ideal rosicruciano... hayan contribuido a suministrar a los primeros clubs o logias una parte de sus ideas». John Heydon divulga en 1652 la primera traducción al inglés de la «Fama Fraternitatis» y, plagiando la «Nueva Atlántida», publica en 1660 un «Voyage to the Land of the Rosicrucians», cuyo mejor adornamiento es un Templo de la Sapiencia. Bajo el apodo de Eugenius Filaleta, el escocés Thomas Vaughan (nacido en 1622) difunde escritos seudo-alquímicos (1655) y, en su «Introïtus apertus»..., «anuncia la próxima llegada de Elías Artista y el advenimiento de la Nueva Jerusalén», bajo la dictadura de Cromwell, mientras su homónimo Irénée Filaleta, mejor dicho, George Starkey, zarpa para anunciar la buena noticia en las Américas.

Elias Ashmole organiza las academias premasónicas

Le toca a Elias Ashmole (1617-1692) la misión de abrir en Inglaterra este areópago de sabios en el cual sueñan los innovadores y de despejar el camino a una Orden ampliada —segundo círculo de resonancia y de propaganda de la Rosa-Cruz—. Nacido en Litchtfield, de familia judía aunque convertida al catolicismo, este anticuario, amigo de los astrólogos y alquimistas, iniciado en una logia masónica en Warrington (Lancashire) el 16 de octubre de 1646 (según sus Memorias, publicadas por el Dr. Campbell en Londres en 1717), toma la defensa de los Rosa-Cruz, y especialmente del hermano I. O. (que salvó al conde de Norfolk y curó al médico de la reina Isabel), en el prólogo de su libro «Theatrum Chemicum» (26 de enero de 1651-52). El 13 de mayo de 1653, siempre según sus Memorias, maestro William Blackhouse (1593-1662), alquimista y Rosa-Cruz, su iniciador le designa como a su hijo espiritual. Entonces funda, según el modelo de esta «Casa de las Ciencias», creada por los Fatimidas ismaëlitas en el Cairo (que visitaron los Templarios), donde «el elemento semítico reagrupaba todos los conocimientos humanos», una «Casa de Salomón» en la cual se encuentran los hermanos War-

ton, el matemático William Oughteed, los teólogos John Herwitt y John Pearson, el astrólogo William Lilly. El 11 de marzo de 1682 presencia una tenida de logia en el Mason's Hall de Londres.

Puesto que los miembros de las sociedades ocultas se empeñaban en penetrar dentro de la francmasonería operativa, con el fin de reunirse con más facilidad y de disimular mejor sus actividades, que no eran puramente científicas. Con la entronización de Jaime VI de Escocia, ahora Jaime I de Inglaterra, sus maniobras encontraban un terreno mucho más propicio. En los tiempos de Robert Bruce, de origen flamenco, rey desde 1274, Escocia había sido muy acogedora a los templarios en fuga. Un grupo de caballeros, procedentes de Douai, manifestó su gratitud al rey, ayudándole a vencer a los ingleses en Bannockburn. Para recompensarles, Robert Bruce consintió en la creación de la Orden de San Andrés del Cardon (1314). Luego llamó para sus construcciones gente de los gremios de Brujas, que constituyeron también en 1314 la logia de Heredom de Kilwinning en Edimburgo, cuyos patronos hereditarios eran, desde Jaime II (en 1438), los Saint-Clair, condes de Orkney. La mayor parte, pues, de los edificadores, como los llamados desde Tierra Santa en 1154 para edificar la capilla de Fleet Street en Londres, eran «francos», es decir, que cuando estaban colocados bajo el control del Templo, o cuando vivían, como en París, en su «enclos» (terreno, regalado por Luis VI, que incluía la tercera parte de la ciudad), gozaban de privilegios especiales, lo que les valió el nombre de francmasones.

No cabe duda que, desde la Edad Media, fueron el vehículo de algunas sociedades secretas. Era una tradición muy antigua. Semejante cosa pasó con los Ismaëlitas, que, de algún modo, correspondían en el Islam a los Templarios. Así, bajo la autoridad del Iman oculto, jefe de la secta, el daï Hamdan Quarmath había organizado a los obreros y campesinos de Mesopotamia en sociedades secretas en forma de hermandades (compagnonnages) de tendencia igualitaria, los «Carmatas». En París, en 1170, se abrió un asilo que albergó, más tarde durante tres noches, a los transeúntes, compañeros de la gira a Francia. ¿Quiénes eran estos compañeros? Existían, en la ribera derecha, los «Compañeros del Deber» (que pretendían proceder de los Templarios), como los «Loups-Garoux», huraños, los «Drilles», compinches, los «Maîtres Jacques», de Molay o de Sourré; los «Pères Soubise», de Rohan-Soubise; y en la ribera izquierda, los Compañeros del Deber de Libertad o de Salomón, y los «Loups-Garoux», que eran iniciados. La agitación persistente de estas sociedades explica las reiteradas prohibiciones contra estos grupos de París en 1306, en 1382 (después de dos años de alborotos), el decreto del 13 de julio de 1501, especialmente dirigido contra las asambleas de masones, albañiles y carpinteros, y el general del 15 de marzo de 1524, confirmado por la ordenanza de Villers-Cotterets de 1539 (consecuencia de la revuelta de Lyon) y por el edicto del 18 de diciembre de 1541.

La maestranza de los picapedreros estaba generalmente colocada bajo la protección de los «Cuatro coronados», mártires de Diocleciano, en Venecia, en 1317, como en Inglaterra, al final del siglo XIV y en Amberes en el XV. En Italia, esta corporación se transformó en Academias, que aceptaban la participación de unos «aficionados» en sus trabajos, en 1563 por ejemplo. En Alemania, los estatutos de las logias o «Hütten» (siendo la más antigua

la de colonia en 1250) habían sido revisados, sucesivamente en Estrasburgo en 1275, Rastisbona en 1459, Spier en 1469 (entonces se trató también de las francesas, inglesas e italianas), y por fin en Basilea en 1563.

En Inglaterra, donde la palabra «lodge» aparece en 1292, y la de «freemasons» en 1376, una ordenanza de los masones de York en 1352 regía la Orden. Allí también se había restringido su acción: en 1425, a instigación del obispo de Winchester; durante la minoría de Enrique VI en 1436-37; en 1495, bajo Enrique VII, que prohibió las señales de reconocimiento. Wolsey, en 1509, reagrupó la corporación entera en una sola gran «guilda» bajo el patrocinio de San Juan. Bajo Isabel, que disolvió una de sus asambleas en York el 27 de diciembre de 1561, la Orden se desdobló entre York y Londres en 1567, con el conde de Bedford y Thomas Gresham, respectivamente, como Gran Maestres. Por otra parte en la capital, desde 1375, los miembros de las asociaciones profesionales de «misterios» habían sustituido a los otros ciudadanos en la asamblea municipal.

En Escocia, el rey Jaime V (1513-1542) encargó a Sinclair reclutar en Italia a albañiles que organizó en cofradía con carta; en el siglo XVII, se admitieron allí también «aficionados» aceptados. Jaime VI, ahora Jaime I de Inglaterra, nombró a Inigo Jones maestre de la corporación, con misión de organizar logias según el modelo de las academias italianas, del tipo de esta «Compañía de la Paleta», creada en Florencia en 1512, bajo el vocablo de San Andrés, asociación de apariencia masónica en la que se reunían sabios y notables. Varias veces, Jaime I intentó reaccionar contra la amenaza puritana. Cuando rey de Escocia, en 1599, intentó oponer a la teoría del «covenant» (o pacto) de Knox una teoría del absolutismo presentada en forma bastante pretenciosa en un opúsculo titulado «Basilicon Doron». Pero cabe decir que, por su cobardía, su falta de rectitud, su semblante pedantesco, sus modos y costumbres bastante repugnantes, que le entregaban a la influencia de sus favoritos, Robert Carr, conde de Somerset, y luego George Villiers, conde de Buckingham, su personalidad alejaba en vez de atraer simpatías.

Aunque los católicos no vacilaron en atentar dos veces contra su vida (conjuración de Walter Raleigh; complot de Guy Fawkes o de las «pólvoras», el 5 de noviembre de 1605), la hostilidad contra ellos disminuyó un poco después de la muerte de Robert Cecil, conde de Salisbury (24 de mayo de 1612). El rey debía enfrentarse con otros adversarios. Había intentado en 1604 imponer a los protestantes la obligación de «conformarse» con la autoridad de los obispos, y en 1606 establecer el principio de la monarquía de derecho divino. Se encontró en conflicto con el Parlamento en 1607, sobre un convenio comercial con España, en 1610 sobre sus prerrogativas en materia de impuesto, y en 1621, porque se negó a declarar la guerra a España. Dos veces mandó a unos parlamentarios a la Torre: cuatro en 1614, siete en 1621 (entre los cuales John Pym, futuro jefe de la Revolución). Acababa de llevar a la Cámara de los Lores una hornada de nuevos «pares», impugnaba las pretenciones judiciales de los «500 reyes» de los Comunes y amenazaba a sus enemigos de la posibilidad de una restitución de los bienes eclesiásticos. Pero, al contrario de lo que esperaba, este temor condujo a la «gentry» y a los gordos comerciantes a un acercamiento con la oposición puritana.

CAPITULO X

CROMWELL TRATA CON MANASSE BEN ISRAEL: LONDRES SE CONVIERTE EN EL TEMPLO DEL CAPITALISMO INTERNACIONAL

La muerte de Jaime I (el 27 de marzo de 1625) y la entronización de Carlos I, casado con Enriqueta de Francia, acentuó todavía más este movimiento. Por cierto, el nuevo rey, por su porte de noble caballero como por la dignidad de su vida, se contraponía a su predecesor. Pero las convicciones católicas ostentadas por la reina y la influencia preponderante tanto del intransigente arzobispo Laud como del fastuoso y liviano Buckingham suscitaron pronto los temores y la animosidad de sus súbditos. De golpe, los Parlamentos de 1625 y 1626 negaron los subsidios pedidos, y tomando pretexto de los fracasos de Cádiz y La Rochela, el de 1627 se atrevió hasta presentar al soberano una «Petición de Derechos» (28 de mayo de 1628). Al asesinato de Buckingham, el rey replicó con la disolución del Parlamento en 1628 y consiguió ganarse el concurso del autor de la petición, Wentworth, a quien elevó a la dignidad de conde de Strafford.

La «City» y John Pym animan la revuelta parlamentaria

Esto no era más que una advertencia. La agitación se reanimó, alimentada por los fanáticos de Escocia que provocaron, los días 23 de julio, 25 de septiembre y 18 de octubre de 1637, reyertas en la catedral de Edimburgo, bajo el pretexto de una modificación a un verso del Libro de Plegarias, decretada por el arzobispo Laud. Como de costumbre se gritó «Covenant». Y se concluyeron algunos pactos entre las varias órdenes (28 de enero, 1 y 2 de marzo de 1638) y los puritanos de Londres. La vuelta de los contingentes escoceses de su servicio en el continente obligó a Carlos I a inclinarse, firmar el tratado de Berwick y convocar al Parlamento.

Es lo que deseaban los conjurados, cuyas disposiciones ya estaban tomadas. Las sociedades «de pensamiento», inspiradas por los Rosa-Cruz, tenían

ya los espíritus bien preparados, de manera que los comités formados por los hombres de negocios de la City podían entrar en acción. Con el apoyo de la Compañía de las Indias, un «caucus» o junta central fue constituida, disponiendo de una caja negra, de un servicio de información y de una red de propaganda, de «predicantes», alimentada según un plan fijado en Preston entre los beneficiarios de las confiscaciones eclesiásticas. En el seno de la «Providence Cy», creada para la explotación de las islas Bahamas (y quizá con el fin de proceder a unas experiencias políticas al otro lado del Atlántico), se encontraban los principales cabecillas del movimiento: John Pym, un hombre gordo que sacaba su autoridad de su elocuencia, John Hampden, Oliveiro Saint John, rodeados por un importante grupo de la «gentry», el conde de Warwick, el conde Holland, el conde de Essex, lord Sayr and Sele, lord Brooke, lord Mandeville, William Waller, sir Nathaniel Rich: el núcleo de la Revolución.

Mientras los presbiterianos de Escocia se sublevaban contra la reforma de la liturgia, los comerciantes de la City, no menos puritanos pero con los pies en tierra, se levantaban contra los impuestos, los monopolios reales, los derechos de aduanas, etc. Poco les importaba que Carlos I y su Consejo privado hayan emprendido un gran plan de obras para ayudar a los indigentes entre 1629 y 1640. Una tasa, la de veinte libras sobre las construcciones navales, les molestaba particularmente. Dando el ejemplo, John Hampden se negó a pagarla. Entonces, John Pym, elegido «speaker» (presidente) del Parlamento, reclamó el 17 de abril de 1640 el derecho para la Asamblea de votar el impuesto, la persecución de los ministros y el reconocimiento de la inmunidad parlamentaria. A estas reivindicaciones imperiosas, el rey replicó con una disolución. A este «corto» parlamento, sucedió otro, «largo», convocado el 3 de noviembre. Siempre con el apoyo de los escoceses, cuya amenaza pesaba sobre la frontera, y recurriendo a una que otra demostración popular para impresionar a los Comunes, esta asamblea obtuvo del rey que el Parlamento sea convocado cada tres años, que no pueda ser disuelto sin su consentimiento y, por fin, que el primer ministro Strafford y el arzobispo Laud, sacrificados a la venganza de la oposición, sean sentenciados a muerte (el 10 de mayo de 1641). Sin embargo, cuando Pym, para satisfacer a sus aliados escoceses, atacó a los obispos se enfrentó con la resistencia de los Lores.

Entonces el Parlamento se aprovechó de una revuelta en Irlanda (en la cual perecieron 30.000 ingleses) para intentar tomar el control del ejército encargado de la represión. Y para apoyar una nueva lista de reivindicaciones, la «gran amonestación» y obtener la designación de Lunsford como capitán de la Torre, Pym organizó otra «jornada». A instigación de los comerciantes de la City, varios millares de aprendices, de dependientes, de «courtauds de boutiques» (rechonchos de tiendas) se manifestaron en las calles de Londres los días 10 y 28 de diciembre de 1641. Como tenían el pelo raso, se les llamó «cabezas redondas», nombre por el cual se designó a los puritanos.

Por fin, alentado por la reina Enriqueta, Carlos I decidió reaccionar. Se decretó la acusación, el 3 de enero de 1642, de lord Kimbolton (Mandeville), Pym, Hampden, Haselring, Holles y Strode, miembros de los Comunes, que debían ser detenidos el día siguiente. Pero, por desgracia, la condesa de Carlisle, dama de honor y amiga de Pym, le advirtió. La operación falló. Los

parlamentarios amenazados buscaron refugio en la City. La reina pasó el Estrecho para encontrarse en lugar seguro. Atemorizada, la Cámara de los Lores aceptó la exclusión de los obispos. El 2 de junio, Pym dirigió al rey un ultimátum, de tono republicano, en 19 artículos. El 4 de julio constituyó una Junta de Salvación pública y designó a Essex como comandante en jefe del ejército del Parlamento.

Olivier «Cromwell», nuevo Macabeo

Así se levantó el estandarte de la rebelión. Las armas tenían la palabra. Sonó la hora de Cromwell. Por el momento, cuando Fairfax sustituyó a Manchester destituido, Cromwell tenía grado de coronel (2 de marzo de 1643), con diez escuadrones bajo sus órdenes, y no llegará a comandante en jefe hasta 1648. Pero durante la campaña su prestigio se afirmó e impuso al ejército parlamentario su carácter de fanatismo puritano, luchando bajo el estandarse del «Lion of Judah», al grito de «Lord of Hosts» (traducción de «Sabaoth» o Dios de los Ejércitos) o de «Religión», para establecer el reino de los santos. De manera que el historiador judío Graetz dice de él (t. V, página 164): «Cromwell y sus oficiales eran verdaderos soldados de Dios, que habían sacado la espada en defensa de una causa justa y elevada y que soñaban organizar un Estado fundado sobre la religión y la moralidad. Como antaño los Macabeos, los guerreros puritanos tenían "el gladio en la mano, y en la boca, alabanzas a Dios"».

El nuevo Macabeo, Olivier Cromwell, nacido el 25 de abril de 1593 en los pantanos de Huntingdon, tenía como bisabuelo paterno a este Richard Williams que Thomas Cromwell adoptó, por ser su sobrino (el hijo de Morgan Williams y de Catalina Cromwell), haciéndole participar en los despojos de la Iglesia (monasterio de Hinchinbrook, abadía y tierras de Ramsey). El abuelo de Olivier, Enrique, se mereció por su afán de lujo el apodo de «caballero de oro». Uno y otro se habían casado con hijas de lord-mayores de Londres. Y el hijo de Robert Cromwell, Olivier, había apretado todavía más la alianza entre la «gentry» y la City por su matrimonio con Isabel Bourchier, hija de un rico peletero de la capital (22 de agosto de 1620). Elegido diputado en 1628, contaba en la segunda asamblea (el «largo» Parlamento) diecisiete primos o aliados, entre los cuales Edmund Waller, John Hampden, Olivier Saint-John (luego llegaron a veinticuatro). Entonces, su familia estaba colocada en el centro de la intriga parlamentaria.

Por el momento, su carácter suscitaba inquietud; un médico que le examinó antes de su elección le encontró palúdico, sufriendo de melancolía, en expectación de la visión, sino de la llamada de Dios. Diez años más tarde escribirá a su prima (el 13 de octubre de 1638): «(Dios) me permite ver la luz en su Luz». Como su maestro Beard, cree en las brujas y se empeña en luchar contra ellas. Sus enemigos notan que la fecha del 3 de septiembre vuelve en su destino como un intersigno (Worcester, Drogheda, Dunbar, su muerte) y le acusan de haber concluido un pacto con el diablo.

Pero en la acción es cuando manifiesta su personalidad. Ha sido formado en el arte militar por el coronel Dalbier (de origen holandés, lo mismo que

su primo Robert mandó un regimiento al servicio de Holanda), que será su ayudante e instruirá sus tropas de élite, sus famosas «Côtes de Fer» («Ironsides» o costillas de hierro). En el campo, posee ojeada buena, espíritu de decisión con una voluntad férrea y una crueldad sin freno. Al principio de la campaña, su caballería, bien entrenada, da la ventaja a Carlos I. Pero es incapaz de atacar a Londres. Después de la batalla de Edgehill (23 de octubre de 1642) las fuerzas del Parlamento, apoyadas por un ejército escocés (desde que Pym firmó un pacto con los presbiterianos el 25 de septiembre de 1643), se reagrupan, apoyándose sobre dos bastiones principales, los Midlands y los condados del Este, de los cuales se encarga Cromwell. Este último, después de conseguir la destitución de lord Willoughby, llega a teniente general, primero de la caballería (22 de enero de 1643) y luego de todo el ejército (25 de enero de 1644). Con esta función secunda al comandante en jefe, lord Manchester, con el cual tiene algún parentesco. La victoria de Marston Moor (el 2 de julio de 1644) consagra su reputación militar y vale a sus jinetes el apodo de «Ironsides», que les otorga el príncipe Rupert, comandante del ejército real.

Empujando su ventaja en el terreno político, Cromwell, después de reorganizarlo según el «nuevo modelo» (por la ordenanza del 19 de febrero de 1645), trata de disponer de un ejército que sea su instrumento personal, independiente a la vez de los presbiterianos y del Parlamento. Otra ordenanza (del 3 de abril de 1645) decreta la incompatibilidad entre mandos militares y funciones civiles. A excepción de Cromwell, naturalmente. De todos modos, Thomas Fairfax conserva el mando nominal. Y se produce la victoria de Naseby (14 de junio de 1645), en la que, reproduciendo la maniobra de Marston Moor, Cromwell consigue destruir al ejército real.

Derrota y ejecución de Carlos I

Alrededor de Carlos I, todo se hunde. Busca refugio cerca de los escoceses, el 5 de mayo de 1646, antes de llegar a ser un rehén, cuya posesión el Parlamento y el Ejército se disputan ásperamente (1). Para cortar las negociaciones entabladas entre la Asamblea y el rey (en mayo de 1647) Cromwell manda raptar a Carlos I (el 2 de junio), pero este escapa (el 15 de noviembre), busca refugio en la isla de Wight y firma un compromiso con los escoceses. Pero, después de la derrota del ejército de Hamilton por Cromwell el 17 de agosto de 1648 en Preston, el guión se reproduce. Como el Parlamento concluye con el rey el tratado de Newport, el ejército rapta a Carlos, penetra en Londres el 2 de diciembre, y el coronel Pryde expurga el Parlamento «rabadilla», dejando sólo 50 miembros.

(1) La negociación dio lugar a un intercambio de cartas entre Cromwell (16 de junio de 1647) y el judío holandés Ebenezer Pratt (12 de julio). «Mediante ayuda financiera, propondremos el retorno de los judíos a Inglaterra, escribía Cromwell, lo que es imposible mientras viva Carlos. Pero no puede ser ejecutado sin proceso, y ahora faltan los motivos. Entonces se aconseja sea asesinado, pero no queremos participar en buscar un asesino, aunque estamos dispuestos a ayudar para que escape». Propuesta que Pratt acepta: «Concederemos ayuda financiera en el momento de cesar Carlos y de admitir a los judíos. Su asesinato sería demasiado peligroso. Se le debe dar una oportunidad para que se escape». (Según lord Alfred Douglas, «Plain English» del 3 de septiembre de 1921, y datos de los archivos de la sinagoga de Muljeim (Holanda), caídos en manos de L. D. van Valckert en Amsterdam.)

Se inicia el proceso del rey, paralelamente condenado por otra parte durante un «prayer meeting», una asamblea de plegarias del ejército en Windsor el 1 de mayo de 1648, reunión en la cual Cromwell declaró a sus lugartenientes que «era su deber pedir a Carlos Estuardo, hombre sanguinario, cuenta de la sangre que había derramado y del mal que había hecho». Considerándose siempre como el brazo de Dios, el jefe puritano, antes de poner mano sobre el rey, había escrito a uno de sus amigos, Hammond, el 25 de noviembre de 1648: «Ha sido presente entre nosotros, y gracias a la Luz de su Cara, hemos prevalecido».

Los Comunes decidieron el 23 de diciembre de 1648, a pesar de la oposición de los Lores, citar al rey, acusado de traición al Parlamento, delante de su Alta Corte de Justicia, constituida el 2 de enero de 1649. Se encargó a un jurista holandés (¡otro más!) redactar el acta de acusación. Se trataba del Dr. Isaac Dorislaus, agente de Manasseh ben Israël en Inglaterra, cuyos servicios han sido ya utilizados en varios asuntos con los Estados generales de las Provincias Unidas. Más tarde pagará con su vida su intervención, pues será asesinado en La Haya. El proceso es impopular. Los mismos miembros de la Corte no manifiestan mucho celo: de 135, no pasa el número de presentes de 58, a excepción del día de comparecencia de Carlos I, donde son 65 (ni siquiera la mitad).

Excepcionales precauciones militares son tomadas, por miedo a una reacción espontánea de la multitud. Hay tropas por todas partes de Londres. Varios incidentes se producen en el mismo tribunal. Como, al leer el acta de acusación, el presidente Bradshaw, un fanático, declara hablar «en nombre de los Comunes ensamblados en Parlamento y del buen pueblo de Inglaterra», desde una tribuna lady Fairfax le interrumpe gritando: «Es una mentira, ni la mitad, ni la cuarta parte del pueblo de Inglaterra. ¡Cromwell es un traidor!». Ahí el comandante de la guardia, Axtell, otro fanático, perdiendo su flema, manda a sus hombres disparar contra la valerosa manifestante: ninguno se mueve. Sin embargo fue pronunciada la sentencia el 27 y la ejecución tuvo lugar el 30, bajo la protección de numerosas tropas para reprimir la indignación popular. A baquetazos se abolió la monarquía el 17 de marzo y se proclamó la república o «Commonwealth» el 19 de mayo.

Dictadura implacable contra los irlandeses y los «niveladores»

Pero el régimen que se instaura no tiene nada común con una democracia; es una dictadura militar, y de las más duras. Feroz contra los católicos irlandeses, severa para los presbiterianos de Escocia, sin piedad para los extremistas igualitarios, los «niveladores».

Contra la Irlanda sublevada se decide una expedición de castigo. Cromwell finge no estar dispuesto a mandarla, pero, durante una «reunión de plegarias» sus oficiales se lo piden. Dios ha hablado. Cromwell se inclina. Típico ejemplo de su modo de proceder. Poseído de un verdadero furor destructivo, igual al de la matanza de los Amalecitos, conduce la campaña tal como un azote de Dios, cometiendo más y más atrocidades. Matanzas en Drogheda y en Wexford, la población disminuida en una tercera parte, las dos terceras partes

de las tierras confiscadas, innumerables deportaciones, unos prisioneros vendidos como esclavos (lo mismo que los escoceses cogidos en la batalla de Preston en 1648, o bien mandados como mercenarios a Venecia, o enviados como «madera de ébano» a las Antillas), expedición de mil «doncellas» irlandesas a la Jamaica, para el uso de los colonos de esta isla. Ninguna consideración de humanidad o de moralidad puede detener la «espada del Señor».

Al contrario, en Escocia se finge volver a traer a los extraviados al buen camino, antes de castigarlos. A los rebeldes que respondieron a la llamada de Carlos II (después que reconoció a la religión presbiteriana en el tratado de Breda del 1 de mayo de 1650), Cromwell manda primero predicantes, antes de recurrir a la fuerza, y aprovechándose de un error táctico de su jefe Leslie, les derrota en Dunbar (3 de septiembre de 1650). Varias veces Cromwell frustra las intrigas de los presbiterianos con los extremistas de la City contra el ejército.

Pero él también ¿no está expuesto a verse desbordado por sus propias tropas? Animado por el coronel John Lilburne (fabricante de jabón en la vida civil) y por el doctrinario John Wildman, un grupo democrático e igualitario se está formando dentro del ejército, el partido de los «levellers» o niveladores. Este grupo, cuyo líder era desde 1642 el republicano Henry Marten (educado en la tradición de Ginebra, de Venecia y de Holanda), contaba en 1646 treinta y cuatro diputados en el Parlamento. En el ejército, unos «agitadores» o comisarios políticos compartían estas ideas y empujaban hacia la institución del sufragio universal. Se encuentra su influencia en la serie de declaraciones en las cuales el ejército tomaba posición frente y a veces contra el Parlamento. Tales son: la «amonestación» de 1646, el «compromiso» la «declaration of the Army», los «heads of proposals» de 1647 y el 9 de octubre de este mismo año, «the Case of the Army» de John Wildman, escrito después de la reunión de una junta reducida de siete «agitators» en Putney, seguido por dos proyectos de constitución bajo el título de «Agreement of the People», en 1648. Un grupo conocido como los «diggers» (roturadores) tiene ideas más extremas. Su jefe, Gerard Winstanley, aboga en pro de un verdadero comunismo agrario, con abolición de la moneda, la elección de los funcionarios, la creación de graneros colectivos y la puesta en aplicación del principio «a cada uno según sus necesidades».

Apenas proclamada la República, la agitación de los «niveladores» toma inquietantes proporciones. En el Surrey, en abril de 1649, Winstanley y Everard (que se dice profeta, anuncia la próxima llegada del milenario, y declara a sus jueces que pertenece, como la mayoría de los sajones, a la raza de los judíos), intentan levantar al pueblo. El 26 de abril, unos motines de soldados apoyan el movimiento. El 1 de mayo, los niveladores publican un manifiesto, «el Pacto del Pueblo» (Covenant en inglés, «berith» en hebreo), en el cual piden la convocatoria anual del Parlamento. Desfilan, llevando como emblema sobre su vestido negro una cinta verde. Esta conmemoración de la fiesta hebraica tradicional de la primavera ¿no será el origen de las jornadas revolucionarias del 1 de mayo? Contra el peligro comunista Cromwell reacciona con la máxima energía. No entiende confundir mesianismo religioso con ataques contra la propiedad. Después de matar a los cabecillas militares de la revuelta en Corkbushfields, el 17 de mayo, diezma a los

amotinados en Burford. Más tarde, el 4 de septiembre de 1654, Cromwell condenará en el Parlamento a los niveladores y a los sectarios del V Imperio con estas vehementes palabras: «¿Quieren, acaso, introducir la ley mosaica para despojar a la gente de sus propiedades?» «Nos dicen que no nos pertenece fijar la ley (sobre el diezmo y la cancillería), que debe ser abrogada... y que debemos introducir la ley judaica... ¡He aquí una cosa que merece la intervención del magistrado!»

No obstante, Cromwell y sus auténticos puritanos son también devotos de los judíos. Por cierto, en este partido teocrático el carácter religioso suplanta al político, Por lo menos aparentemente, puesto que se necesita una mística para sublevar al pueblo. John Hampden (el que protestó contra la tasa sobre las construcciones navales) lo confesaba cínico a un amigo que le preguntaba si no sería mejor hablar menos de religión: «Sin estas reiteradas protestas sobre el tema de la religión, no estaríamos nunca seguros de mantener al pueblo a nuestro lado». Y como todos los predicantes no eran apóstoles, esta propaganda costaba cara. He aquí un testimonio sobre la marcha de esto, extracto de una carta dirigida por el mismo Cromwell (el 11 de enero de 1635-36) a Mr. Storie, comisario del Parlamento a la venta de los bienes episcopales, a la enseña del «Perro» en la Bolsa de Londres, para pedirle el nervio de la guerra: «Seguramente, Mr. Storie, sería cosa triste ver periclitar una predicación; quitar la subvención, sería abandonarla; pues ¿quién va al combate a sus propias expensas?» La City lleva la bolsa de la Causa. En la correspondencia del Protector de vez en cuando aparecen los nombres de estos ricos comanditarios. Un tal Willhill pide al Parlamento una compensación por haber prestado su fortuna al movimiento. Otra vez Cromwell recomienda a la viuda de un teniente coronel, un gordo comerciante, Cowell, muerto en la lucha.

Y la City sabe muy bien lo que quiere. Se puede considerar a John Milton, el autor del «Paraíso perdido», como el teórico político del partido puritano, entre 1641 y 1671. Secretario de Cromwell y del Consejo, asumía funciones oficiales. Denuncia a los obispos, proclama el derecho de interpretación individual de las Escrituras, pero su cultura humanista le inclina hacia las libertades esenciales, entre las cuales, la de la prensa. Replicando a una apología del rey, después de su ejecución («Eikon Basiliko»), en un libreto titulado «Eikonoklastes», defiende el principio de la soberanía popular.

Por boca del Protector, Dios manifiesta su voluntad (!)

Ahora bien, el régimen instaurado por Cromwell no resulta más liberal que el gobierno de Calvino. Como la voluntad de Dios no se puede discutir, un régimen teocrático debe ser autoritario. En realidad, muy pocas personas manejan las palancas de la Revolución. Carlyle, editor de la correspondencia de Cromwell, estima que esta junta se compone de un centenar de miembros, entre los cuales son cincuenta los más activos. Los observadores extranjeros tampoco se engañan. Cromwell lo confiesa en uno de sus discursos en el Parlamento: «En Inglaterra, son unos cinco o seis astutos los que lo hicieron todo, pretenden en otros países». Interpretación trivial de los acontecimientos contra la cual se indigna: «¡Vaya blasfemia! Porque hombres sin Dios

en el mundo... ¡no saben lo que es recibir contestación de Dios ni oír las palabras del Espíritu de Dios!» ¡Y basta! Quién se atrevería a oponerse a un tal hombre, que se cree el intérprete, el brazo del Señor.

De manera que nada puede pararle en su acción. Ni la resistencia de los hombres. Ni cualquier escrúpulo moral. ¡La Necesidad es la ley! Lema que él mismo proclama en el Parlamento el 17 de septiembre de 1656: «Para justificar las acciones humanas, el motivo de la Necesidad está por encima de toda consideración de las leyes establecidas». De libertad religiosa, ni hablar. «Si por libertad de conciencia, escribe a los irlandeses, entienden la libertad de decir misa, creo preferible hablar con franqueza advirtiéndoles que donde manda el Parlamento de Inglaterra, esto no será permitido». ¿Las libertades políticas? Las aplasta. Un Consejo de Estado de 41 miembros es su único instrumento de gobierno. El 20 de abril de 1653, barre los últimos restos del Parlamento «rabadilla», azotándoles con estas sencillas palabras: «Voy a poner fin a su habladuría. No conviene que se queden más tiempo aquí». Después de licenciar así a los diputados, confiesa que quisiera «un poder un poco monárquico». ¿Una justificación? Siempre la misma: «¡El Señor me coge de la mano y me manda hacer lo que hago!» Entonces: «No constituyen más Parlamentos. Váyanse fuera. Dejen el sitio a unos más honestos!»

Mientras un gracioso, a manera de broma, fija a la puerta de la Cámara un letrero que dice «Se alquila», Cromwell se empeña en reclutar a los «Elegidos» entresacados con cuidado, llamados a componer esta asamblea de «Santos», según el corazón de Harrison y de los adeptos de la V.ª monarquía, del «milenario» anunciado por el profeta David y por el Apocalipsis. Lambert y el ejército se encargan de designar a los 150 «elegidos» entre los candidatos propuestos por las Iglesias independientes. A éstos les acoge el Protector con un interminable ditirambo que concluye así: «Están llamados para ser fieles a los Santos, que han sido los instrumentos de su elección». Sin embargo, los miembros de este Parlamento de los «Barebones», los «descarnados» no ocuparán su asiento durante más de cinco meses, a pesar de su docilidad incondicional. Pero Cromwell les explica: «Aunque les había dicho que estaban en un Parlamento libre, creía que, al mismo tiempo, Yo era el Protector y la Autoridad que les había convocado, que detenía el gobierno en virtud de un derecho divino y humano». Y añade: «Dios y el Pueblo me quitarán mi oficio, de otra manera, no lo abandonaré». Del pueblo, en cuanto tiene el ejército en su mano, este republicano de derecho divino no tiene que cuidar. En cuanto a Dios, Cromwell se identifica demasiado con El para que sea posible un desacuerdo. «Después de decir esto, Yo, o más bien el Señor, exigimos de ustedes...», declara, atronador, al Parlamento.

El 12 de diciembre de 1655 se le nombra lord Protector vitalicio. Se reduce el Consejo de Estado a 24 miembros. Se divide el país en doce regiones, controladas por mayores-generales. La dictadura militar es total. Un Parlamento elegido el 3 de septiembre de 1654, para tres años con censo (fijado en 200 libras de rentas), queda disuelto el 22 de enero de 1655. A los católicos y anglicanos se les mantiene apartados. Cuando la necesidad de subsidios para la guerra contra España impone nuevas elecciones en el verano de 1657, de 400 diputados, se invalida a 100, por no ser del agrado del poder se detiene

a Vane. La autoridad de Cromwell sale otra vez reforzada, aunque rechace la Corona (el 26 de junio de 1657). Se restablece la Cámara de los Lores y queda disuelto otra vez el Parlamento el 4 de febrero de 1658.

Un fracaso: la Unión del protestantismo en torno a Londres

Del poder absoluto que se otorgó Cromwell a sí mismo, ¿qué hizo? De las dos metas que se había fijado, si no alcanzó la primera, realizar en torno a Londres la Unión de los estados protestantes, consiguió la segunda: concluir con los judíos un pacto sellando su alianza con Inglaterra. Dos metas en las cuales se encontraban íntimamente mezclados el fanatismo religioso y las preocupaciones mercantiles... como en todo buen puritano.

Si se tienen en cuenta los estrechos lazos que unían Inglaterra con Holanda, el papel primordial de las Provincias Unidas en la revolución puritana, de la cual habían *sido* la base de operación tanto religiosa como política, financiera y militar, la Unión entre los dos países parece responder a la lógica más consecuente. Con la muerte de Guillermo II de Orange (6 de noviembre de 1650), stathouder de Holanda, casado con una hija de Carlos I de Inglaterra. se presentaba una buena oportunidad. Cromwell intentó aprovecharla. Pero los dos emisarios que mandó a La Haya el año siguiente se enfrentaron a la desconfianza de los republicanos holandeses y sobre todo a la competencia comercial y marítima que iba a producir un conflicto entre las dos potencias protestantes. A la ruptura de las conversaciones en julio, Cromwell replicó en octubre de 1651 con el Acta de Navegación, que estableció el monopolio del pabellón. Lo que condujo a una guerra que los puritanos hubieran debido considerar como fratricida, a no hacer callar sus escrúpulos... «por su amor a la más bella amante de la Cristiandad... el Comercio» (como lo proclama uno de ellos en el Parlamento, en mayo de 1652). Cuando cesaron las hostilidades, el 5 de abril de 1654, la Unión había fracaso, pero las victorias de Blake daban a Inglaterra la supremacía naval.

Valiéndose de la solidaridad protestante ¿conseguiría Cromwell establecer una República hermana en Francia? Apoyada también por Holanda, la Fronda era un movimiento absolutamente paralelo a las revoluciones de Inglaterra. En 1651, Vane cruzó el Estrecho para establecer contactos con el cardenal de Retz y los partidarios de Condé, respondiendo a la llamada de los judíos hispano-portugueses de Burdeos. Otros emisarios, el pastor de la Iglesia francesa de Londres, el «grison» Stouppa en 1654, luego el escocés Lockhart, sobrino de Cromwell por su esposa, en 1656, continuaron las conversaciones. A la llamada de Burdeos, uno de los más sólidos bastiones de la Fronda, Inglaterra estaba dispuesta a responder. Después de haber colonizado Guyana durante la guerra de los Cien años, ¿no iba a rechazar este puerto? Pero Condé fracasó en su empresa y las necesidades de la lucha común contra España provocaron un acercamiento entre Inglaterra y Francia. El tratado del 23 de marzo de 1657, que prometía a Cromwell Dunquerque y Mardyck, consagró el fracaso de su cruzada protestante. Será más feliz con los judíos de Holanda, que pagaron con una estrecha alianza comercial y política el regreso de sus correligionarios a Inglaterra.

Un éxito: el regreso de los judíos a Inglaterra

Hacía tres siglos y medio que no podían vivir en el país, pues Inglaterra se había adelantado a los otros estados de Occidente, expulsándoles en 1290 (como lo hará Francia en 1394 y España en 1492). Tal había sido su preponderancia, que se había producido una reacción fatal. Guillermo el Conquistador, cuya empresa había sido vivamente empujada por el papa Hildebrand (pues los normandos le sirvieron de espada en Italia) en 1066, llevó a los judíos en su equipaje. Para ellos, la población de la Isla, incompletamente civilizada por una presencia romana demasiado breve, apenas pulida por los monjes irlandeses, trayendo un retraso de mil años de civilización sobre los otros pueblos de Occidente, fue una presa fácil.

De manera que acumularon pronto grandes riquezas. Pasado un siglo, su fortuna mobiliaria, evaluada en 240.000 libras, excedía de la tercera parte de la de los Gentiles (700.000). Poseían palacios en Londres, ejercían una gran influencia sobre la aristocracia, y bajo la dirección de rabinos como Jacob de Orleans hicieron bastantes prosélitos entre los «indígenas». No fueron molestados durante las dos primeras cruzadas. Pero, con ocasión del coronamiento de Ricardo Corazón de León, estallaron los primeros alborotos (3 de septiembre de 1189). Cuando una delegación judía quiso presentar regalos al soberano, el arzobispo de Cantorbery, Baudoin, se opuso a este homenaje y exigió la expulsión de los judíos. En consecuencia se produjo un motín, en el cual cruzados y populacho saquearon e incendiaron sus casas, matando a gran número de ellos. Así iniciado, el movimiento continuó. Aunque Ricardo persiguió a los cabecillas y declaró a los judíos inviolables, apenas se marchó a Palestina, los alborotos se reanimaron en provincia: en Lynn, Norwich y sobre todo en York, donde Bendict y Josse poseían unos palacios. Refugiados en el castillo, quinientos perecieron de hambre. A la mañana siguiente, Día de los Ramos de 1190, les tocó el turno a los de Bury Saint-Edmunds.

Otorgándoles un estatuto en 1194, el rey consintió en protegerlos, pero sacando de ellos una buena renta. Juan sin Tierra y sus barones, apoyados por el cardenal Langton (designado por el papa Inocente III como arzobispo de Cantorbery), no les llevaban en su corazón y les estrujaban sin piedad. Con el mismo fin, Enrique III (1216-1272) organizó metódicamente su comunidad. Colocado a su cabeza un gran rabino controlaba el pago de las tasas. Se convocó a una asamblea judía para votar una contribución al rey. Durante un período de siete años, le pagaron 422.000 libras; por su parte, Aaron de York, uno de los más ricos, entregó 30.000 marcos de plata al rey y 200 marcos de oro a la reina.

Así siguieron las cosas, hasta el momento en que el desequilibrio económico del final del siglo XIII produjo una ola de desórdenes sociales, y, en Inglaterra, «pogroms» en York, Northampton, Exeter, Lynn, Norwich, Bury Saint-Edmunds y las ciudades del Noreste. La conversión al judaísmo del monje Robert de Reddings, hebraista, y su boda con una judía, provocó una violenta campaña de los dominicos, apoyados por la reina madre Leonora. Acusados de introducir moneda falsa y de recortar la local, numerosos judíos fueron detenidos el 17 de noviembre de 1278 y trescientos declarados culpables. Se ahorcó a muchos. Se expulsó a diez mil, cuyos bienes fueron con-

fiscados. Y, a iniciativa de Duns Scot, el teólogo de Oxford, el rey Eduardo I convocó (con autorización del papa Honorius IV), en Exeter en 1287, un sínodo que decidió aplicarles todas las decisiones de los concilios. Alentado probablemente por sus banqueros florentinos, los Frescobaldi y su grupo, los Bardi, los Peruzzi y otros, el rey ordenó encarcelarlos, para liberarlos luego contra moneda contante y sonante... y condenarlos a ser expulsados, el 9 de octubre de 1290. Entonces 16.500 de ellos abandonaron el país.

Ahora eran todopoderosos en los Países Bajos, y la revolución puritana, que les debía todo, estaba dispuesta a reabrirles las puertas de Inglaterra. Nutridos con la Biblia, que les inculcó el respeto al pueblo elegido, son convencidos los puritanos de la necesidad de acoger a los judíos, para permitir la próxima llegada del Mesías y el cumplimiento de las profecías de Daniel y del Apocalipsis. En este punto están todos de acuerdo, desde los moderados presbiterianos y los independientes, hasta los «niveladores» y los anabaptistas. Eduardo Nicolás, al dirigir al «largo» Parlamento una solicitud en favor «de la noble nación judía y de los hijos de Israël», era realmente el intérprete de todos.

«Un predicador puritano, según dice Graetz (t. V, pág. 165), expresó el deseo de llegar a ser el servidor de Israël y de servirle de rodillas. Como los sermones, la vida pública recibió una marca israelita. Si los miembros del Parlamento hubieran hablado hebreo, uno hubiese podido pensarse en Judea. Un escritor expresó el voto de celebrar el sábado en vez del domingo como día de descanso. Otros formularon el deseo de que Inglaterra adoptara las leyes políticas de la Tora». En esta misma línea, los miembros del Parlamento de los «Barebones», designados por Cromwell en 1653, propusieron muy seriamente que el Consejo de Estado esté compuesto por 70 miembros, según el modelo del Sanhedrin de Jerusalén.

Entonces, los judíos de Holanda no podían encontrar a interlocutores mejor dispuestos a su favor. Conscientes del apoyo prestado a la Revolución, no habían esperado una autorización oficial para infiltrarse otra vez en Inglaterra. Los lazos cada día más estrechos entre la City de Londres y la Bolsa de Amsterdam, la ayuda financiera concedida al «largo» Parlamento, siempre corto de dinero, justificaban plenamente la tolerancia de la que se beneficiaban. El más potente entre ellos, marrano, Antonio Fernández Carvajal, se había instalado en Londres entre 1630 y 1635. Rico armador, se casó con la hija del embajador de Portugal, Antonio de Souza, con cuya complicidad se transformó la capilla portuguesa en sinagoga, donde se reunían los judíos seudo-conversos. Se les denunció, pero la intervención de los ricos comerciantes de la City les sacó de apuros y el Parlamento obligó a sus acusadores a callarse.

Al desencadenarse la Revolución, nuevas olas de inmigrantes desembarcaron, sobre todo en 1643. Carvajal, «the great Jew», primer suministrador del ejército parlamentario y principal comanditario de la República, actuaba como su jefe de fila. En 1649 formó parte del grupo de cinco comerciantes designados por el Consejo de Estado (el seudo-Sanhedrin) para proporcionar el trigo destinado al ejército. Entonces importaba por un valor anual de 100.000 libras. Es decir, que tenía el riñón bien cubierto.

La alianza con Manasseh ben Israël abre a la City los mercados del mundo

En este momento comenzaron las negociaciones oficiales, conducidas por Manasseh ben Israël (1604-1657), famoso judío de Amsterdam, casado con la biznieta del filósofo Isaac Abrabanel. Inclinado al misticismo, Manasseh no era alejado a la esperanza mesiánica del «milenario» que animaba a los puritanos. En la forma siguiente, el historiador judío Graetz narra sus gestiones: «En 1650, Manasseh plantea oficialmente el asunto delante del Parlamento y del Consejo de Estado comunicándoles un tratado en latín titulado "La Esperanza de Israël" (un ensayo sobre las diez tribus perdidas, supuestamente descubiertas en América), así como un informe de su mano, intentando probar que antes de regresar a su país de origen, los judíos tenían que ser diseminados de una extremidad a otra de la tierra... Entonces solicitó del Consejo de Estado y del Parlamento que autorizaran la entrada de los judíos en Inglaterra (de la cual habían sido expulsados tres siglos antes), otorgándoles el derecho de practicar libremente su religión y de edificar sinagogas» (Graetz, t. V, págs. 166 y 167). Solicitud que recibió una favorable acogida y a la cual lord Middlesex había contestado muy amablemente a su autor... pero que se archivó provisionalmente, al estallar el conflicto entre Inglaterra y Holanda.

Apenas restablecida la paz, se reanudaron estas conversaciones. Tres meses después de su entronización, Cromwell reanimó el asunto dirigiendo a su asamblea de fieles, el 4 de julio de 1653, una prédica enardecida sobre el Salmo 68. Y vaticinando tal un profeta: «Este Salmo, por cierto una gloriosa profecía sobre las iglesias del Evangelio, de lo que estoy convencido, podría ser también una profecía sobre los judíos. Profetiza que el Señor "haría volver de nuevo a su pueblo de lo más profundo del mar, como antaño condujo a Israël a través del mar Rojo". Y puede ser, como piensan algunos, que Dios mande volver a los judíos "desde las islas de la mar" a su propia casa y conteste a su llamada, lanzada "como de lo más profundo de la mar". Pero hay en este Salmo otros versos oportunos: "los reyes" de los ejércitos huyeron pronto y la que vivía en su casa se partió sus despojos"». Eso para Carlos I. Y concluye el Protector: «De verdad el triunfo de este Salmo es extremadamente alto y grande; ¡y Dios lo cumple en este momento!»

Lo cierto es que el Parlamento concede a Manasseh el pasaporte solicitado. Pero él no se presenta, sino un marrano, Manuel Martínez Dormido. Al místico, los judíos de Amsterdam habían preferido sustituir un hombre de negocios. Dormido deslumbró al Consejo de Estado con «las ventajas considerables» que los marranos de España y de Portugal, gracias a sus capitales y experiencia de los negocios podían llevar a Inglaterra. Así se suelta el anzuelo. Pero, a pesar de los esfuerzos de Cromwell, esta primera solicitud fue rechazada en noviembre de 1654. Pasó un año. En el otoño de 1655, Manasseh reanudó el ataque. Provisto de plenos poderes de todos sus correligionarios de Europa, se presentó en Londres, encabezando una delegación, en la que figuraba Jacob Sasportes, ex-rabino de varias ciudades africanas. «Remitió un mensaje a Cromwell y mandó difundir una declaración impresa en la cual exponía los motivos que abogaban en favor del regreso de los judíos y refutaba las objeciones que se podían presentar en contra. Los mo-

tivos invocados se pueden resumir en dos principales, uno místico y otro económico». «Actualmente, dice, nuestra nación se encuentra dispersada por todas partes y vive en todos los países florecientes de la tierra, en América como en las otras tres partes del mundo. Sólo la importante y potente Gran Bretaña no posee judíos. Para que pueda venir el Mesías, trayendo nuestra liberación, es necesario que estemos también establecidos en este país». «Al concluir, hacía hincapié del desarrollo que los judíos podrían asegurar al comercio de Inglaterra» (Graetz, t. V, págs. 169 y 170). Este último era el argumento más convincente.

Como Cromwell no era insensible a esta clase de razones, ayudó a Manasseh tanto como pudo. Su secretario Hugh Peters y Harry Martens, miembro del Consejo de Estado, se encargaron de preparar un ambiente favorable. Por fin, el 4 de diciembre de 1655, una comisión convocada en Whitehall tuvo que contestar a estas dos cuestiones precisas: «1) ¿pueden los judíos establecerse legalmente en Inglaterra? 2) y, si la contestación viene a ser afirmativa, ¿bajo cuáles condiciones serán autorizados a regresar a este país?» «Desde el principio del debate, los representantes del Estado declararon que ninguna ley se oponía al regreso de los judíos, pues el edicto de proscripción de 1290 no había sido refrendado por el Parlamento. Los delegados de Londres reservaron su opinión. En cuanto al Clero, aunque reformado, se pronunció enérgicamente en contra de los judíos. Y a pesar de la presencia de tres disidentes nombrados por el poder en sus filas, no cambió de opinión en la sesión siguiente, presidida por Cromwell. Entonces el Protector declaró clausurada la deliberación, reservándose la posibilidad de resolver por sí solo la cuestión» (Graetz, t. V, págs. 170 y 171).

En fin de cuentas, el Consejo de Estado permitió la estancia de los judíos en Inglaterra, sin autorizarles a celebrar su culto sino privadamente. Un panfletista a sueldo, Thomas Collier, fue encargado de contestar a los libelos publicados por William Prynne contra los judíos. Para otorgarles nuevos favores, Cromwell tomó pretexto de la confiscación de los bienes de un comerciante portugués, Robles, durante la guerra entre Inglaterra y Portugal en 1656. Declarado Robles no católico, sino judío, el Consejo de Estado levantó el embargo, con la consecuencia de que los marranos, quitándose la careta, volvieron al judaísmo. Gracias a las gestiones de Carvajal y de Simón de Cáceres (pariente de Espinosa, que había ayudado a Cromwell en la compra de Jamaica), obtuvieron pronto un cementerio especial (en febrero de 1657) y la autorización de celebrar su culto y sus festividades públicamente. Y Cromwell hizo a Manasseh ben Israël el favor de gratificarle con una pensión anual de 100 libras.

A falta del Mesías, cuya llegada había anunciado para el año 1648, Manasseh, mal profeta pero feliz negociador, podía vanagloriarse de haber celebrado las nupcias de Inglaterra con Israël. Eclipsando a Amsterdam, Londres será, durante dos siglos y medio, el centro mundial de operación de la alta finanza judía. Lugarteniente del pueblo elegido, el pueblo británico, ahora consciente de su vocación, se prepara para edificar un Imperio marítimo, comercial y colonial, sin precedente en la historia. Cualesquiera que sean sus regímenes políticos, se mantendrá bajo la influencia de Israël.

Carlos II restaurado con el dinero de Amsterdam

Lo demuestran muy claramente las circunstancias que envolvieron la restauración de Carlos II, el golpe de Estado de 1688 y la entronización de Guillermo III de Orange.

El 8 de septiembre de 1658 falleció Cromwell, teniendo a su lado a Thurlos, jefe de su servicio de Información (que le permitió escapar del complot de Ormond, varios meses antes). Vivió sus últimos años envuelto en precauciones, en una atmósfera tensa. La pesada envoltura puritana que oprimía la buena y alegre vieja Inglaterra, «good old merry England», pesando sobre las espaldas del pueblo británico que, «comiéndose la religión con el pan», ahora tenía náuseas. De manera que Richard, hijo de Cromwell, no consiguió mantenerse más de dos años.

Desbordado por su ejército dominado por Lambert, se marchó después de disolver el Parlamento el 13 de octubre de 1659. Lambert y su consejo de oficiales, amos aparentemente de la situación, constituyeron un Comité de Seguridad. Entonces intervino el general Monk. Ex-oficial del ejército real, en el cual sirvió en Holanda en 1629, después de dos años de detención en la Torre, se había adherido al Parlamento en noviembre de 1646. El Protector, que no confiaba en él, le apartó, empleándole en Irlanda y Escocia. Después del fracaso de la insurrección intentada por George Booth en favor de Carlos II, Monk se decidió a actuar pero con la mayor prudencia. Pretendiendo defender los derechos del Parlamento violados por Lambert, se puso en marcha el 18 de noviembre de 1659, a la vez que continuaba la negociación, restableció el «Rump Parliament» (Parlamento rabadilla) el 25 de diciembre, pero luego cruzó la Tweed el 1 de enero de 1660, para reunirse con Fairfax en York antes de penetrar en Londres con 6.000 hombres, el 3 de febrero de 1660, aplastando unos alborotos y veleidades de resistencia de los aprendices y otras «cabezas redondas» de la City.

Una asamblea libremente elegida sustituyó al «Rump Parliament», disuelto el 16 de marzo. Mientras se organiza una milicia monárquica y se coge a Lambert en su huida, el Pretendiente, en Bruselas, se prepara a regresar. Convocado el 26 de abril, el nuevo Parlamento proclama a Carlos II rey de Inglaterra el 8 de mayo de 1660. Un viático de 50.000 libras en letras prestadas por Amsterdam a la City, cubre los gastos de instalación del nuevo soberano. Sin el apoyo de la finanza de Amsterdam, el golpe de Estado no hubiera sido tan fácil. Pero, probablemente, se habían ofrecido todas las garantías necesarias. «Cuando no era más que pretendiente, escribe Graetz (tomo V, págs. 173-174), Carlos II, que necesitaba siempre dinero, había tomado contacto con los judíos de Amsterdam y les había prometido, en el caso de restauración de la monarquía, autorizarles a establecerse en Inglaterra, si le proporcionaban subsidios y armas. Mantuvo su palabra. En el momento de ser entronizado, autorizó a muchos judíos a instalarse en Gran Bretaña, sin esperar que una ley fije formalmente su situación».

La boda de Carlos con Catalina de Bragancia, princesa de Portugal, fue ocasión para la entrada de una nueva hornada de ellos. En primera fila los hermanos Da Silva, encargados de la transferencia y gestión de la dote de la

reina. Luego llegan, desde España y Portugal, los Mendes y los Da Costa, que se fusionan en una misma razón social. Y después, enardecidos por estos ejemplos, unos «ashkenazim» (de origen alemán) menos ricos y brillantes que sus primos hispano-portugueses («sefardim» en hebreo), se introducen también en Inglaterra, estrechando los lazos entre Londres y Hamburgo. Uno de ellos, Benjamín Lévy, jugará un papel de primer plano.

Carlos II se defiende contra Shaftesbury y la reacción protestante

Entonces no se podía reprochar a Carlos II Estuardo su falta de liberalismo en cuanto a los judíos: bastantes prendas les había dado de su buena voluntad. Pero la fe católica, ostentada por su hermano Jaime, duque de York, y la influencia sobre el soberano de su favorita, Luisa de Kerouaile, provocaban la desconfianza y las sospechas de la oligarquía reinante. Aunque la designación como canciller en 1672 de Ashley Cooper, ahora conde de Shaftesbury, debía tranquilizar a los protestantes. Intrigante, corrompido, pero tolerante con los no-conformistas, amigo de John Locke (médico, poeta y filósofo), que llamó como secretario del Consejo en 1673). Shaftesbury descubrió pronto su juego al mandar votar por el Parlamento el «Bill of Test» que excluyó a los católicos de las funciones públicas (incluido el duque de York). Intentó oponerse a la boda de Jaime con la muy católica hermana del duque de Módena, y por eso debió abandonar su cargo. Pero muy provisionalmente.

Volvió en 1679, y consiguió de los Comunes, el 20 de mayo, la exclusión de Jaime de York de la sucesión al trono. A esta provocación Carlos II replicó disolviendo, un mes después, el Parlamento. Así se iniciaba otra prueba de fuerza. El rey apartó al duque de Monmouth (hijo natural que tenía de Lucy Walters), candidato de Shaftesbury, y mandó volver de Bruselas al duque de York para nombrarle virrey de Escocia, lo que levantó vehementes protestas de Titus Oates y de los «whigs» (liberales que llevaban pelucas) de la City. En octubre, estos «whigs», victoriosos en las elecciones, consiguieron la adopción del «bill» de exclusión, que los lores rechazaron, cuando lord Russell se los presentó. Y no cedió el rey, de manera que el duque de York regresó a Londres el 27 de mayo de 1682. En cuanto a Shaftesbury, perseguido por complot y participación en la actividad de sociedades secretas, huyó a Holanda con su fiel Locke, y falleció allí el año siguiente. Sunderland, un ambicioso sin convicciones religiosas, le sustituyó en la cancillería (16 de junio de 1683). Pero la oposición no desarmaba. En represión de una conjuración en Newmarket (el 26 de junio de 1683), fue ejecutado lord Russell y Monmouth exiliado.

Guillermo III de Orange triunfa sobre Jaime II

Después de la muerte de Carlos II (16 de febrero de 1683), a quien su hermano Jaime II reemplazó en el trono, Monmouth intentó desembarcar en Inglaterra (el 11 de junio de 1685), pero vencido en Sedgemoor, fue cogido y ejecutado en su torno. Ahora el campeón de la oposición es Guillermo III de Orange, stathouder de Holanda, que se casó con María, hija del duque

de York y de Ana Hyde, protestante, en 1677. ¿Conseguirá realizar la unión de Inglaterra y de Holanda, bajo el predominio de los financieros de Amsterdam y de Londres, estrechamente coaligados?

Las imprudencias de Jaime II, cuya política tiende abiertamente hacia la restauración del catolicismo, facilitan su tarea. Aparta a lord Rochester, designa a una mayoría de católicos (entre los cuales el padre Peters, jesuita) en su Consejo privado, recluta a oficiales católicos y tropas irlandesas, pretende instaurar la libertad de enseñanza. Esto es demasiado. La opinión protestante se encabrita. La oligarquía reacciona. El nacimiento de un príncipe de Gales, asegurando el futuro de la dinastía, le incita a precipitar los acontecimientos. El 30 de junio de 1688, Shrewsbury, Devonshire, Danby, Lumley, Compton, Russell y Sydney invitan a Guillermo de Orange a que desembarque en Inglaterra.

Se juega el último acto de las Revoluciones de Inglaterra. Como Jaime II se negó a pedir la ayuda de la flota de Luis XIV, la intervención de un pequeño contingente extranjero basta para que estalle el ejército real, listo para desbandarse. El primero en desertar fue Churchill. Debía la confianza del rey a su hermana, que, a pesar de ser fea, había sido su amante. Nombrado teniente general el 16 de noviembre, le había jurado una especial fidelidad: debió escoger con excepcional prudencia a los coroneles de los tres regimientos que opuso al avance de Guillermo de Orange, desembarcado el 15 de noviembre, pues desertaron y trataron de arrastrar también a la infantería, que resistió. El 22 intentó retener al rey en Warminster para entregarlo al Pretendiente, y el 23 se pasó al enemigo.

De esta manera empezó la carrera del futuro Marlborough. Mientras tanto, con la complicidad del obispo de Compton, su esposa se marchó de Londres, en compañía de la princesa Ana (la futura reina), hija del rey y de Ana Hyde, casada con el príncipe George de Dinamarca desde el 28 de julio de 1683. Abandonado por los suyos, Jaime II mandó a la reina y al príncipe de Gales a Francia. Guillermo le dejó escapar y se hizo proclamar como rey de Inglaterra en enero de 1689. Una suprema tentativa de Jaime Estuardo para poner el pie en Irlanda terminó con la derrota de La Boyne, el 12 de julio de 1689, y la capitulación de Limerick el 4 de octubre de 1691.

La colusión Marlborough-Salomón Medina

La entronización de Guillermo de Orange cierra el período de las Revoluciones de Inglaterra y consagra la supremacía, al otro lado del Estrecho, de un régimen capitalista, estrechamente emparentado con la alta finanza de Amsterdam. Al servicio de la empresa orangista, todos los medios disponibles en los Países Bajos, diplomáticos, navales, militares, financieros, habían sido movilizados.

Fagel, ex-partidario de Jean de Witt, jefe del partido popular, adherido a Guillermo, había persuadido por su elocuencia a los holandeses de aceptar los sacrificios necesarios para el éxito de la expedición. El diplomático holandés Dykvelt condujo la intriga que consiguió coaligar contra Jaime II

líderes políticos como el tory Danby, el moderado Halifax, jefes militares como el general Churchill, el almirante Herbert y dignatarios eclesiásticos como el obispo Compton. Unos riquísimos judíos de Amsterdam prestaron grandes cantidades. «Uno de ellos, Isaac o Antonio Suaso adelantó dos millones de florines sin interés ni exigir ninguna prenda» (Graetz, t. V, pág. 233). No obstante, la inversión era buena.

El y sus correligionarios, toda la nueva ola que, acompañando a Guillermo de Orange, desaferraba entonces sobre Inglaterra, serán pagados al céntuplo. Al lado del generoso Suasso, de Moses Machado (favorito del príncipe), de los Belmonte (van Schenenberg), familia de embajadores, se destacaba Salomón Medina, llamado en la función de consejero financiero de la Corona, antes de ser elevado a la dignidad de caballero por la reina Ana, el primer judío, no converso, a ser admitido en la nobleza. «The great contractor», el gran adjudicatario, se disponía a acumular una fortuna como principal suministrador del ejército. Banquero de Churchill, ahora duque de Marlborough, le gratificaba con una pensión anual de 6.000 libras para disponer de la prioridad de las noticias militares, lo que le permitía especular con toda seguridad. El hombre de confianza de la reina Ana (coronada el 8 de marzo de 1702), Manasseh López, quedará fiel a esta tradición al difundir el falso rumor de la muerte de la reina, con el fin de realizar una provechosa razia sobre los valores de Estado después de provocar su caída. Sampson Gideon (1699-1762), «the great Jew broker», el gran corredor judío, actuará más tarde de la misma manera.

En la Bolsa de Londres, el «Royal Exchange», fundada por Thomas Gresham el 23 de enero de 1571, destruida en el incendio de la City el 3 de septiembre de 1666 y reconstruida, la especulación no conoce freno. Cuando era todavía prohibida a los judíos, Sol Dormido consiguió que se le admita en 1657. Transformada en «Change Alley» en 1698, ahora la han invadido, hasta el punto de que se llama una parte del edificio «Jews walk», el pasillo de los judíos. En 1697, entre 100 corredores, 20 son extranjeros o judíos. Una generación más tarde, cerca de 1730, pululan tanto que un contemporáneo escribe «the Alley throngs with Jews», que no cabe sitio para todos, que una parte de ellos, traficando de letras, se transforman en agiotistas. Pronto serán más potentes todavía en la Bolsa de Londres que en la de Amsterdam.

Desencadenan especulaciones sin freno. Para jugar al alza o a la baja, todos los medios valen: falsas noticias militares, informaciones tendenciosas o totalmente erróneas, combinaciones inconfesables de pandillas negras, etcétera. En cuanto a ellos, prudentemente, se comprometen sólo a sabiendas, de manera que salvan su gran fortuna. ¿No tenían razón, estos comerciantes ingleses, escribiendo en un informe de 1656, que los judíos iban a acaparar todo el comercio, eliminando a los ingleses? Y estos parlamentarios que abrogaban en 1754 una ley, adoptada el año anterior, y facilitando la naturalización de los judíos, por miedo a que suplanten a los ingleses «oust the natives from their employment». Puesto que en 1730, 6.000 de ellos, de los más ricos y activos, vivían en Londres.

La Banca restaura el Templo

En el momento en que en Oriente modernos profetas, tal Sabbataï Cevi, iban anunciando para el año 1666 la llegada del Mesías (según San Juan), en que el mismo Sabbataï se proclamaba profeta en Esmirna en octubre de 1665, que corría el rumor en todas las bolsas del mundo, en Amsterdam, Hamburgo, Londres, Burdeos, del próximo regreso a Jerusalén y de la restauración del Templo, la expectación de los «ungidos» por el Señor no fue totalmente frustrada. Creando en 1694 el Banco de Inglaterra ¿no edificaban en su provecho el más moderno de los Templos? Si, en la Antigüedad, en Mesopotamia como en Egipto, el Banco estaba dentro del Templo, ¿la situación ahora no era invertida, con el Templo en el Banco?

Las inmensas necesidades creadas para alimentar la cruzada de Guillermo III contra Luis XIV permitieron realizar este proyecto soñado desde tanto tiempo por los financieros y los hombres de negocios. En 1651, un libelo de Balthasar Gerbier pidió la fundación de un banco. En 1658, Samuel Lambe remitió una petición en el mismo sentido. Los judíos procedentes de Holanda que tuvieron un papel preponderante en la gestación de este Instituto de Emisión, eran sus inspiradores.

Desde que el rey Carlos I había metido mano sobre lingotes depositados en la Torre, por un valor de 130.000 libras, se había esfumado la confianza en el Tesoro y la Moneda y los capitales habían buscado refugio en casa de los «orfevres» así transformados en banqueros. En 1627, Carlos I se reservó el monopolio de las operaciones de cambio, que recobraron cuando murió, practicando a la vez el descuento y la usura. A los depositores, que atraían con alentadoras promesas, remitían recibos o «goldsmith's notes», prototipo de los futuros billetes de banco. El desarrollo del comercio, bajo la República, las necesidades de dinero de la Restauración y los empréstitos consecutivos a las guerras orangistas prometían pues sustanciales beneficios para los detentores de capital. Entonces se recurrió a todas las modalidades de empréstito: anualidades a corto o largo plazo, anualidades vitalicias, tontinas y loterías, y por fin se sacó dinero de la institución del Banco de Inglaterra.

Puesto que fue a cambio de un adelanto de 1.200.000 libras (al 8 %) al Tesoro que los fundadores del Banco, entre los cuales William Paterson (primer director durante un año) y numerosos judíos de la City, consiguieron la autorización de organizarse en Banco, con once años de validez. Se esperaba el saneamiento de la moneda, una reducción del tipo de interés y facilidades de tesorería, consecutivas a la emisión de billetes. Pero al Banco no se le otorgó un monopolio y no se le concedió privilegio hasta 1897. Un nuevo acuerdo, entonces negociado, mediante otro empréstito de 1.000.171 libras, prorrogó su plazo, le concedió un monopolio de hecho y le autorizó a emitir billetes, a concurrencia del capital de origen y de las suscripciones recibidas. Al final del año, sus billetes se tomaban al par y sus bonos del Tesoro cotizaban 1,20.

No fueron decepcionadas las esperanzas de sus fundadores, puesto que el tipo de interés bajó de 8 % en 1709 a 5 en 1722 y a 3 en 1742; en cuanto al volumen de circulación, alcanzó, en millones de libras, de 1,8 en 1718

a 4 en 1730, 6 en 1761, 10,6 en 1791, 15 en 1800 y 27 en 1815. Varias veces, el navío fue sacudido por el temporal: hundimiento de la Compañía de los Mares del Sur en 1720, motines en 1780, y, después de un período de prosperidad sin precedente entre 1786 y 1792, un «krach» o bancarrota de los pequeños bancos de condados en 1793, a consecuencia de la pululación de estos organismos y de sus emisiones inconsideradas (100 ceses de pagos y 26 bancarrotas).

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, Escocia tuvo su propio banco en 1685, edificado por John Holland. No recibió privilegio hasta 1717, después de la proclamación de la Unión entre los dos reinos el 6 de marzo de 1707. Pero se adelantó al de Inglaterra, al abrir en Edimburgo en 1760 la primera Cámara de Compensación o «Clearing house» (siendo la de Londres de 1773). Cabe notar que los escoceses, cuya codicia es proverbial, eran, entre los «nativos», los más aptos a resistir la triunfante invasión.

Pues el enriquecimiento de los recién llegados fue rápido. Si se reconoce la credibilidad de Piccioto, al principio del siglo XVIII, en Inglaterra eran 100 las familias judías disponiendo de 1.000 a 2.000 libras de renta anual y 1.000 las que disponían de 300. Los Mendes Da Costa, Moses Hart, Aaron Francks, el barón de Aguilar, Moses López, Pereira, Moses (o Anthony) Da Costa (que fue director del Banco de Inglaterra al final del siglo XVII) contaban entre los hombres de negocios más ricos de la City.

Impera la especulación

Cuando aumenta la fiebre en estos medios, con el asunto del Pacífico (1717-1720), los judíos son la primera potencia financiera del país. Ellos solos toman la cuarta parte del empréstito contratado por el gobierno, bajo garantía del producto de la tasa territorial. En este momento crítico, Sampson Gideon (1699-1762), «consejero del gobierno», amigo de Walpole, es el «pilar del crédito del Estado». En 1745, facilita un empréstito de 1.700.000 libras. Después de su muerte, los hermanos Francis y Joseph Salvador, a pesar de la competencia de los correderos del Stock Exchange (1792) como Abraham y Benjamin Goldsmit, mantienen su preponderancia, hasta que, al principio del siglo XIX, la estrella de los Rothschild sube al cenit de la Alta Finanza. Si Londres fue, en los siglos XVIII y XIX, «el mayor mercado financiero del mundo, lo debe principalmente a los judíos» (Sombart, «Les Juifs et la vie économique»).

Su influencia era también considerable en el comercio. Bajo Cromwell, en 1657, la Compañía de las Indias orientales (cuyo «joint stock» había sido constituido en 1612) se transformó en sociedad por acciones. En 1650, se autorizó la cesión de participaciones a los extranjeros, con la condición de que sean miembros de la sociedad. Se habían formado grandes fortunas, cuyos detentores, tal como sir Joseph Child, podían permitirse comprar a los cortesanos, antes de 1688, y a los parlamentarios, después.

He aquí cómo escribe el elogio de la mercancía de calidad inferior: «Si queremos conquistar el mercado mundial, debemos imitar a los holandeses,

fabricando tanto las peores como las mejores mercancías, porque es la única manera de satisfacer a todos los mercados y a todos los gustos». La reputación de los comerciantes ingleses sufrirá muy pronto con la aplicación de semejantes avisos. La falsificación y el fraude van a ser «the besetting sin of English tradesmen», el vicio inveterado de los comerciantes ingleses. Pues la influencia judía no era tan saludable como provechosa. Se revela en los métodos comerciales —la publicidad aparece en Inglaterra al final del siglo XVII— como en las modas —fue un judío quien abrió el primer café en Oxford en 1650-51.

En la sociedad inglesa de la época, una estrecha alianza existe entre los gobiernos y los magnates de la finanza y del negocio. No hay duda de que las Revoluciones de Inglaterra prepararon la instauración de una oligarquía capitalista. Jaime, duque de York, había sido gobernador de la Sociedad africana, accionista de la de las Indias orientales. Marlborough sucederá al príncipe Rupert como gobernador de la Compañía de la Bahía del Hudson. Pero, en lo más bajo de la escala social, un millón de habitantes (de un total de cinco) viven más o menos de la caridad pública. He aquí, según las tablas de Gregory King, cuál era en 1688 la posición e importancia relativa de las varias clases y grupos sociales en Inglaterra. Nobleza o «gentry»: 186 lords, 1.400 con títulos nobiliarios, 3.000 «squires» o escuderos, 12.000 hidalgos. Burguesía: 10.000 miembros del Clero, 10.000 funcionarios, 10.000 de toga, 10.000 comerciantes. Fuerzas armadas: mar, oficiales, 5.000 y marineros, 50.000; tierra, oficiales, 4.000, soldados, 35.000. Clases medias: libres arrendatarios, 160.000, colonos, 150.000, tenderos, 50.000, artesanos, 60.000. Pueblo bajo: obreros y empleados, 364.000; labradores e indigentes, 400.000. En Escocia los mineros viven como siervos ligados a su explotación. Para contrarrestar la formación de un proletariado miserable en las grandes ciudades, una ley de Carlos II permite rechazarles hacia su parroquia de origen.

Puesto que la capital, centro marítimo, comercial y manufacturero hacia 1700 se extendió desmesuradamente, en comparación con el resto del país. La City cuenta 200.000 habitantes, el gran Londres 674.000. Cuando las ciudades de segunda categoría caen a 30.000, como Bristol y Norwich, seguidas por Liverpool y Plymouth (base naval). Esto, a pesar de la peste de 1665 y del incendio de 1666 (que destruyó durante cinco días el barrio entre la Torre y el Templo), de los cuales la quinta parte de la población ha sido víctima. Veintiséis «aldermen» y 200 consejeros municipales administran esta aglomeración, monstruosa para la época. Como los magnates del negocio, los primeros son «whigs», es decir, liberales o radicales, y los segundos, «tory» o conservadores, siendo el número de electores muy reducido, pues se aplica el sufragio censatario.

Esta división política se agrava por el juego de los intereses opuestos y por el desequilibrio entre la capital y los campos. Tenedores y pequeños propietarios de fincas, roídos por la extensión de los grandes dominios y agobiados por la tasa territorial, tienen la impresión de pagar los gastos de las guerras ideológicas y comerciales de Guillermo de Orange y de engordar a los suministradores y financieros, en mayor parte extranjeros, que alimentan estas guerras. Expresan su amargura, votando «tory».

Locke, teórico de un parlamentarismo oligárquico, intolerante y corrompido

Que esta oligarquía mercantil al estilo de Venecia haya sido ofrecida como modelo de democracia liberal, no deja de extrañar. Fue el fruto de una hábil propaganda, cuyo mérito pertenece a John Locke, que, contestando al panfleto de Milner «Tatriarcha» (1680) y a los detractores del nuevo régimen, criticado por los «tories» Sunderland, Danby, sir John Trevor, publicó en 1690 dos tratados sobre el gobierno civil, en defensa de Guillermo de Orange.

Nacido el 29 de septiembre de 1632 en Wrington, cerca de Bristol, debía a la protección del «coronel» Popham (bajo cuyas órdenes su padre había servido como capitán en el ejército parlamentario) sus estudios en el colegio de Westminster, luego en Oxford, donde aprendió el latín, el griego, el hebreo y la medicina. Pero, de complexión delicada, no pudo dedicarse a esta última carrera. Entonces, a veces poeta, y siempre «filósofo», mantuvo contactos con unos miembros del «Invisible College», entre los cuales Robert Boyle, hijo del conde de Cork, el matemático sir Robert Murray, unos presidentes de la «Real Society» (Academia), lord Brenton. En estos círculos típicamente «Rosa-Cruz», obedeció a la influencia de los «latitudinarios» de Cambridge, partidarios de la libre interpretación de la Biblia, y se inició en la metodología experimental de Francis Bacon. Durante dos viajes a París en 1662 y 1675-79, introducido por Pierre Bayle, encontró a unos físicos, a los astrónomos Cassini y Clairs Romer, al médico Cuenellou, Nicolás Thainard (autor de la «Armonía de la Escritura Santa»), a Melchisedec Thévenot, bibliófilo, y a Justel, bibliotecario del rey y amigo de Pierre Bayle; siempre evolucionando entre los mismos grupos.

Después de orientarse hacia la carrera diplomática, encontró su propio camino en la intriga y en la propaganda política. Recomendado por un co-discípulo, sir William Godolphin, acompañó a sir Walter Vane en una misión en Berlín. Al regresar en 1665, lord Ashley Cooper (luego conde de Shaftesbury en abril de 1672) le escogió como médico y luego como secretario, de manera que fue su eminencia gris, mejor dicho, su ángel negro. Comprometido en todas las conspiraciones de este intrigante político, compartió todos sus avatares: favor, desgracia, vuelta en favor, persecuciones, etcétera. Cuando fue descubierto el complot de Rye house (en julio de 1683), tuvo que huir lo más pronto posible.

Refugiado en Holanda, encontró de nuevo a su amigo el doctor Guenellon y al «arminiano» Limboch. Luego, de Amsterdam se retiró a Cléves en 1685 (donde tuvo tiempo de estudiar la «Biblioteca escogida» de Jean Le Clerc, catedrático de hebreo en Amsterdam e imitador del «Journal des Savans», publicado en 1665 por Denis Le Salle, consejero en el Parlamento de París). En su «République des Lettres» Pierre Bayle iba a seguir su ejemplo en marzo de 1684. En estas tentativas, obra de Academias de inspiración R. C., se encontraba el germen de la Enciclopedia.

Pero, con el inminente desembarco orangista, Locke vuelve a la política activa, dentro de su especialidad, es decir, la propaganda, la acción psicológica, diríamos ahora. En febrero de 1687, se reúne con Burnett (futuro cro-

nista de la expedición) y el atrevido Mordaunt (más tarde lord Peterborough), quien le presenta a Guillermo III. Empieza su carrera de «ministro de Información». Sin olvidar que primero es filósofo y que su especialidad es la psicología. Su «Ensayo sobre el Entendimiento humano» aparece en 1690. Es obra de diletante, sin gran profundidad, de inspiración nominalista, reduciendo a la percepción el origen de las ideas.

Ahora se interesa en la actualidad, financiera, como religiosa o política. Sus «Consideraciones sobre la baja del interés» (1691) reúnen un haz de objeciones a los proyectos del riquísimo sir Josiah Child. Más tarde, con sus amigos los comerciantes Paul Daranda, Firmin, Freke, participa en las conversaciones que preparan la creación del Banco de Inglaterra (1694), dedica un folleto, el año siguiente, a la cuestión de la circulación monetaria; inspira en 1697 la decisión de los «lords Justices» sobre la refundición de las monedas y el lanzamiento de un empréstito de 1.200.000 libras dando en prenda la tasa sobre las ventanas.

En cuanto a la religión, cuando dedica una serie de cartas al tema caliente de la tolerancia, no se trata de principios (como en las obras de Claude Joly), sino más bien de oportunismo político. Si quiere quitar a Holanda la dirección del mundo protestante, Inglaterra debe manifestar alguna tolerancia, cerca de los disidentes, frenar su emigración y atraer a los inmigrantes. En esta posición, prestigio e interés económico coinciden. Con este fin, Locke redacta su «Ensayo sobre la Tolerancia» (1666) y luego sus cartas (1688-89) para fundamentar esta política. ¿Quizá se inspira en el «Comentario filosófico» de Bayle sobre el «Compelle intrare», escrito tres años antes? Bayle extiende su liberalismo a los socinianos, a los paganos, a los judíos y a los musulmanes, pero no a los católicos. Como cualquier puritano, como Locke, cuidadoso de mantener el orden público, que excluye también a los «niveladores» y a los partidarios de la V.ª monarquía.

Mientras tanto, las medidas de excepción siguen aplastando a los católicos. El desembarco de Jaime II en Irlanda sirve de pretexto para confiscar sus bienes y compartirlos «entre amigos». Celebrar la misa, o enseñar a los niños, se castiga con prisión. Mandar a sus niños a estudiar en el extranjero, se sanciona con una multa. A falta de juramento previsto por el Acta «Bill of Test», no se autoriza a los católicos poseer ni comprar inmuebles (1699-1700). La tolerancia de la que habla Locke, pues, es una tolerancia de sentido único, designada para evitar una ruptura entre las sectas protestantes. Singular manera de aplicar la teoría de la separación de lo civil y de lo espiritual, que Locke defiende por otra parte.

Sobre otros puntos, su desacuerdo con Bayle (1647-1706) se acentúa. Como turiferario titular del régimen, tiene que distanciarse de un republicano que proclama, con lógica, el libre examen en materia de fe, incompatible con la obediencia pasiva en materia política. Se aparta también de los puritanos avanzados, de los presbiterianos del tipo Cartwright (adeptos de una teocracia calvinista según el modelo de Ginebra), de los independientes como Robert Brown, que pretenden mantener la comunidad de los fieles, sólo por el ligero lazo de una vaga fraternidad en Cristo. Se aleja de sus propias tesis, expuestas en 1679 en un folleto titulado «Atlantis» exponiendo el ideal de una

sociedad organizada en «decurias» (grupos de diez casas) sometida por sus veedores a una disciplina rigurosa, y despreciando por completo las libertades individuales más esenciales.

El «contrato» reemplaza la legitimidad

Ahora su papel consiste en defender delante de la opinión el régimen instaurado por Guillermo de Orange, que después de todo no es más que un usurpador. ¿Qué título tiene para gobernar? En esta Inglaterra tradicional, cuyas leyes mejor establecidas son costumbres, este título existe, en letras negras sobre papel blanco. Es un manifiesto, una Declaración de Derechos, redactada por Somers y aceptada por Guillermo III el 13 de febrero de 1689. Dice que el rey, ni puede suspender la aplicación de las leyes sin el consentimiento del Parlamento, ni otorgar dispensas, ni establecer tribunales de excepción para causas eclesiásticas, ni recoger impuestos, ni mantener un ejército permanente, sin autorización parlamentaria. Se afirma el derecho de petición al rey. Se exige la libertad de las elecciones y de los debates parlamentarios, la frecuente reunión del Parlamento «... and so on».

Este título es un contrato («berith» en hebreo), en el cual no falta la cláusula de rescisión. También es una «capitulación», que hace de esta monarquía «constitucional y parlamentaria» una monarquía disminuida, en la que el soberano, reducido al papel de presidente de un Consejo de Administración, parece el testaferro de un sindicato financiero, el apoderado de la oligarquía reinante, en realidad todopoderosa. Corona que el advenimiento de un Jorge de Hannover, gordo y bobo alemán, incapaz de seguir los debates del Consejo, depreciará todavía más.

Entonces Locke hará hincapié de este contrato en la defensa del régimen que presenta bajo el título de «Tratado sobre el gobierno civil» (1690). Idea de base de esta «política sacada de la Escritura Santa», idea fundamental de la Reforma y del puritanismo: el «berith hebraïco», el pacto, el «covenant» de los presbiterianos, el «contrato» de Locke y más tarde de Rousseau. Desde 1579, Duplessis-Mornay, émulo de Buchanan («De Regimine apud Scotos»), exponía en sus «Vindiciae contra tyrannos» (Venganzas contra los tiranos), cuyo título sólo es un programa; que existían entre los hebreos «dos clases de alianzas en la entronización de los reyes: la primera entre Dios, el rey y el pueblo (a lo que el pueblo será el pueblo de Dios), la segunda entre el rey y el pueblo, es decir, que el pueblo obedecería fielmente al rey, que le mandaría con justicia». Los libros santos enseñan cómo contribuyen los pueblos en hacer a los reyes, como resulta de la elección de Saül, designado por el Señor, ungido por Samuel, aceptado por el pueblo; modalidades también observadas por David, Salomón y Roboam... Y de sacar la conclusión, en cuanto a la segunda alianza (entre el rey y el pueblo), «pertenece legítimamente a todo el pueblo o a los Estados que lo representan... la autoridad de reprimir a quien falta (a su promesa)».

Pero en este último punto no se realiza el acuerdo. De la teoría del contrato, cuyo principio había sido puesto por Sandys en el Parlamento en 1614, algunos sacan una teoría del absolutismo. Tal es la tesis de Grotius (1583-1645),

quien considera que, una vez concluido el contrato, el pueblo ha renunciado a su derecho y entonces el soberano ya no tiene freno. La misma idea sostiene Hobbes en sus varias obras, «The Elements of Law, natural and politic» (1640), el «De Cive» (1642) y sobre todo el «Leviathan» (1651). De lo que el contrato significa la renunciación por el ciudadano de su derecho natural, resulta que el Estado dispone de un poder absoluto, en detrimento de la libertad política, que tiene el deber de vigilar las opiniones (¿qué es lo que queda entonces de la libertad de pensar?), de interpretar las Escrituras (¿«quid» de la libertad religiosa?), ¿y qué es lo que ocurre con la propiedad, si todos los bienes pertenecen al dominio «eminente» del Estado?

Otros, como Joly, intentan conciliar derecho natural y derecho divino: «que los reyes tengan al principio sus poderes de los pueblos, no quiere decir que no los tienen inmediatamente de Dios». Davenne, más claramente en favor de la soberanía popular, proclamaba, al contrario, en 1650 («Del poder que poseen los reyes sobre los pueblos»): «los reyes no hicieron los pueblos, sino los pueblos los reyes; los príncipes no son más de lo que quieren los hombres». En el mismo sentido, Jurieu expone en su 16.ª carta pastoral (Rotterdam, 1688-89) que la soberanía reside sólo verdaderamente en el pueblo y que este último tiene derecho de cambiar la forma del gobierno. En cuanto a Espinoza, escribió en 1670 en su «Tratado teológico-político», que los soberanos son los depositarios y los intérpretes del derecho civil, como del derecho sagrado, pero que por lo tanto nadie puede despojarse totalmente de su derecho natural, lo que implica en este republicano, inclinado al libre pensamiento, la persistencia de todas las libertades.

Entonces, cuando Locke expone sus teorías, la opinión protestante ya ha evolucionado mucho. En consecuencia, por cierto, de la revocación del edicto de Nantes (18 de octubre de 1685), pero quizá más delante del ejemplo de las revoluciones de Inglaterra, que condujeron a la ejecución de un soberano y al derrocamiento de la dinastía legítima. Con el propósito de disculpar a los ingleses, Jurieu escribe que ningún gobierno es de derecho divino. Si actúa el príncipe como un tirano y amenaza con destruir la sociedad, entonces sus súbditos tienen el derecho de sublevarse contra él.

Locke se apoya igualmente sobre el derecho de las gentes y de la naturaleza, reuniéndose con la tesis isabelina de Hooker. Exponiendo en el prólogo de su obra sus motivos para escribirla dice: «Espero que este tratado bastará para establecer el trono de nuestro rey actual Guillermo, para justificar su título por el consentimiento del pueblo, única fuente de un gobierno legítimo». Lo mismo que Hobbes publicó el «Leviathan» para defender los derechos de Carlos II a la Corona. Pero Locke pretende que los títulos de Guillermo de Orange, resultado de un contrato realmente firmado y sellado, no podrían ser mejor establecidos.

Para él, los principales derechos naturales, el de propiedad, los de la familia, son anteriores a la sociedad. Si cada hombre renuncia a su poder de aplicar la ley natural y la concede a la colectividad, o más bien a la mayoría, al contrario el poder de esta colectividad no puede extenderse más allá del bien común. La ley debe ser igual para todos y los impuestos aceptados por el pueblo. La autoridad se comparte entre tres poderes: el ejecutivo, heredi-

tario, que convoca y disuelve a los otros dos en ciertas épocas; la asamblea de la nobleza hereditaria, y la asamblea de los representantes del pueblo. El rey y el Parlamento son co-depositarios del poder supremo, pero esta autoridad es de carácter fiduciario, de manera que el pueblo se reserva el derecho de recobrarla, si el rey no observa el contrato.

En cuanto a las libertades y garantías, el régimen distingue entre dos clases sociales. Componen la primera: la nobleza, el Clero, la «gentry», los burgueses y comerciantes, protegidos en su persona y sus bienes por tres garantías, la «Gran Carta», la petición de los derechos, el «bill of Rights». El segundo grupo, el de los labradores, de los obreros, de los pobres, se encuentra colocado fuera del derecho común, sometido a la tiranía del «justice of peace», acechado por el «veedor» de los pobres o por el «rapto» para la marina del rey.

Dos pesos y dos medidas imperan también en el terreno religioso. Tolerancia para unos: se permite el culto público a los presbiterianos, independientes y «quakers», es decir, a todas las denominaciones más o menos disidentes. Ni el pagano, ni el musulmán, ni el judío se encuentran excluidos de los derechos civiles, por causa de religión. Pero católicos y ateos son considerados fuera de la ley. Aunque se levantan protestas contra la admisión de los judíos y musulmanes, como la del archidiácono anglicano Jonas Proast (en abril de 1690), explicando con gracia el porqué de estas disposiciones: «Es verdad que tal libertad puede servir el negocio y el comercio, que algunos colocan ante toda otra consideración». Otros, como John Hutton (en una carta al director del «Trinity College», doctor Charlett), consideran a Locke y a Shaftesbury como «tan rematados ateos como Espinoza», y más corrompidos que cualquier secta de filósofos paganos.

Pues la corrupción reina por todas partes. El mismo Locke se da cuenta de su predominio. Un folleto sobre la constitución legal de la antigua Inglaterra, publicada en 1695, reconoce que los diputados y altos funcionarios están tan podridos como en los tiempos de Carlos II. Guillermo III confesó a Burnett que para salvar al país hay que comprar los votos en el Parlamento. Y Locke escribe: «si los ministros principales y sus subordinados pudieran persuadirse de una vez por todas que no son honores, jarreteras azules, favores del príncipe, pensiones, gratificaciones, puestos, fincas confiscadas... sino persecuciones, multas, sentencias de cárcel, a la cuerda o al hacha, las que esperan a los prevaricadores, ya veríamos pronto a otra clase de gente».

Cinco años después del advenimiento de la dinastía orangista, el nuevo régimen se mira en el espejo. Tiene semblante poco halagador. ¡Pero qué importa! Durante todo el siglo XVIII, Europa resonará por un himno sobre las libertades inglesas, entonado por la Francmasonería, nacida en Inglaterra, hasta que la Revolución, la grande, estalle en 1789, como la conmemoración del centenario de 1688.

CAPITULO XI

SERIE DE FRACASOS EN FRANCIA: «GRAN PROYECTO» DE ENRIQUE IV; MANEJOS ANTIESPAÑOLES DE RICHELIEU; LA FRONDA, REVOLUCION FALLIDA

Durante todo el siglo XVII, las empresas paralelas a las de Inglaterra, cuyos éxitos acabamos de exponer, se saldaron en Francia con una serie de fracasos. Fracaso del «gran proyecto» de Enrique IV, cortado por la puñalada de Ravaillac. Fracaso relativo con Richelieu, quien, a pesar de su entorno muy sospechoso, bloqueó el avance de la Casa de Austria, entreteniendo en Europa el foco de conflicto de la guerra de los Treinta años, pero sin comprometer, por su estrecho nacionalismo, los intereses superiores de la Cristiandad. Y fracaso total de la Fronda, de las intrigas de Retz y de Condé, de los príncipes, de las amazonas y del Parlamento, de los revoltosos de París y de los comuneros de Burdeos, en sus tentativas para imitar las revoluciones de Inglaterra. En reacción contra estos desmanes, bajo el largo reinado del gran rey Luis XIV, la impotencia de los conjurados fue total. Se debió esperar la Regencia y la entrada en escena del ramo menor de los Orleans, herederos de los Condé y Conti, para implantar en el país el aparato masónico encargado de preparar la revolución.

El «buen rey Enrique» trae la paz y la prosperidad

Enrique IV tuvo que pagar con su abjuración, el 25 de julio de 1593, la entrega de las llaves de su reino. Consagrado en Chartres, el 27 de febrero de 1594, se empeñó, con toda su energía, su fineza y su sencillez, en rehacer la unidad perdida y en curar las heridas de Francia. Tarea difícil. A pesar de su habilidad y moderación, tanto los príncipes como las ciudades no se adhirieron sino mediante especies. Reunidos en Ruan, los notables evaluaron el gasto total de este rescate en seis millones y medio de escudos (entre los cuales 482.000 para la capital).

El oportunismo de su conversión, sus persistentes lazos con las potencias protestantes no inspiraban confianza. El fanatismo no deponía las armas; durante todo su reinado, atentados y conjuraciones se sucedieron. La ejecución de Jean Chatel (el 27 de diciembre de 1594) sirvió de pretexto a la expulsión de sus maestros, los jesuitas. Le siguió Jean Guesdon (el 16 de febrero de 1596). Luego un italiano, en Meaux, al final de 1596, y, después de la publicación del edicto de tolerancia de Nantes (13 de abril de 1598), un cartujo de esta ciudad, Pierre Ouin. Y, uno después de otro, Ridicauwe, jacobino de Gante (3 de abril de 1599), Nicole Mignon (2 de junio de 1600). Siguieron las conjuraciones, en 1602, 1604, 1606, cuyo animador fue el mariscal de Biron, un protestante seudoconverso al catolicismo, pero más bien ateo, manipulado por el matemático y astrólogo La Brosse y un mago llamado César. En Auvernia, Bouillon, d'Entragues fomentó alborotos, con el apoyo de España. Por fin, otro atentado, de un normando, Saint-Germain de Racqueville, tuvo lugar el 3 de mayo de 1608. No faltaban discípulos, émulos de Jacques Clement, asesino de Enrique III (el 1 de agosto de 1589) a los apologistas del regicidio, sean hugonotes, como Duplessis-Mornay («Vindiciae contra tyrannos», 1579), o sean de la Liga («De justa Reipublicae christianae in reges impios et haereticos authoritate», 1598).

Prudente, el rey anda con rodeos entre los dos partidos, se empeña en desarmar los espíritus, en promover una real distensión. En el Consejo de doce miembros que le rodea se encuentran, al lado de sus amigos Rosny (Sully) de Bellièvre y de Sillery, católicos como Villeroy y el presidente Jeannin. Para evitar las intrigas de clanes, se han apartado a los grandes nobles y a los del Clero. Se vigila a las grandes ciudades (Limoges, Lyon, Amiens) reduciendo el número de sus electores y de sus concejales; se practica mucho la candidatura oficial.

Después de tantos años de contienda civil, de tantas ruinas, una población disminuida (en tres millones), el clima social se ha deteriorado. Pandillas de campesinos atacan a los nobles en el Limousin, son 8.000 en Limeuil, 20.000 en Bergerac, un encuentro tiene lugar en Saint-Crepin d'Auberoche (el 26 de agosto de 1595). Los soldados licenciados se hacen bandoleros. Los gremios urbanos padecen del paro. La nobleza, cuyas rentas y arriendos se han depreciado, vende o hipoteca sus bienes, o recurre a préstamos con interés hasta el 30 %. El Clero cede bajo el peso de sus cargas: tiene que pagar 40 millones sobre sus recursos anuales (seis millones de escudos de oro). Al contrario, los financieros, traficantes y la gente de toga se han engordado.

La acción emprendida por el «buen rey Enrique» y su fiel Sully para restaurar la vida rural ha quedado famosa. Aplican con éxito las recomendaciones de Olivier de Serres, que preconiza el regreso a la tierra. Por otra parte, el rey, inspirándose en Barthelemy Laffemas, alienta la creación de manufacturas, capaces de fabricar artículos que se importan del extranjero, como sederías, paños, telas, tapicerías, cristalerías. Otras medidas, más discutidas, obedecen a semejantes motivos: extensión de la reglamentación corporativa a los artesanos por un edicto de 1581. Otro, de 1597, somete también a los comerciantes y maestros a esta reglamentación imponiéndoles un derecho de investidura.

En materia de finanzas, también se emprende un esfuerzo meritorio para aliviar las cargas. En 1594, el tipo de interés retrocede del 8 ó 10 al 5 y 6 %. Se impone en 1601 un techo de 6,25 % al tipo de interés de las rentas. Se conceden reducciones de impuestos. Se reducen en veinte millones los atrasados de la «talla» (pecho) en 1600, y luego en 4,2 millones de libras en tres años. Durante el reinado, mejoran las finanzas. En 1597, frente a 16.300.000 escudos de gastos, no se registraban más que 10.300.000 de ingresos, y en 1607, de un presupuesto de 30 millones de libras, se disponía de créditos para las carreteras y las construcciones navales y se conseguía ahorrar cada año un millón, de manera que Enrique IV había acumulado un tesoro de guerra de doce millones, cuando murió.

... Pero arrastra detrás de él las deudas del rey de Navarra

Pero los compromisos contratados por el bearnés durante la guerra civil sobrecargaban el tesoro y el dominio real. Seguía costando caro el apoyo concedido al rey de Navarra por las potencias protestantes. Cifraban estas deudas: 7.370.000 libras a Inglaterra, 35.823.000 a los cantones suizos, 14.689.000 a los príncipes y ciudades alemanas, 9.275.000 a los Países Bajos. Como prenda de estos empréstitos, unos impuestos se habían alienado en las manos de la reina de Inglaterra, del Elector palatino, del duque de Würtenberg, de la ciudad de Estrasburgo, de los suizos, de Venecia, del duque de Florencia, y en el interior del reino de «Madame», hermana del rey, del condestable, etc. Para rescatar el dominio real, como lo proyectaba Sully (nombrado surintendente de las Finanzas en 1596), se necesitaban dieciséis años de paz para reembolsar el adelanto necesario. Pero los lazos que mantenía Enrique IV con las potencias protestantes no le permitían andar por este camino.

Mientras tanto, los rentistas sobre el Hotel de Ville pagaban los gastos de esta política. Como los atrasos alcanzaban 60.765.000 libras en 1605, protestaron con una manifestación. Gracias a una astuta operación de visa el total de estas rentas fue reducido de 7.800.000 libras a 3.444.000. Pero en el período de diecisiete años, desde 1595 a 1611, no cobraron más de once trimestres. Entonces gruñían en contra de los financieros. En un libro titulado «El secreto de las finanzas francesas», Froumenteau denunció sus desmanes en 1586. Según sus cifras, desde la muerte de Francisco I, la Corona había gastado 260 millones de escudos sobre 400 de ingresos, cuando el pueblo, estrujado por los arrendatarios, había pagado 15.246.300.000 escudos. Siendo la carga de los impuestos cada día más pesada. Las «tallas» (pechos) habían aumentado de 7.120.000 libras en 1576 a cerca de 18 millones en 1588; la gabela de la sal, de un millón a 3.403.278 libras. El «gran partido» o consorcio de la sal, organizado en sociedad por acciones, se encontraba bajo el control del duque y la duquesa de Joyeuse, del surintendente de Finanzas d'O, del canciller Chevarny y otros. Los banqueros, italianos en su mayoría, los Gondi, Sardini, Adjacet, Zamet y Compañía, realizaron colosales fortunas.

A la opinión que protestaba y gritaba al escándalo, Enrique IV fingió dar satisfacción, encargando una Cámara de Justicia de una encuesta sobre las malversaciones de los tesoreros. Pero se terminó por una transacción: los financieros compraron su impunidad con un pago de 1.200.000 escudos. ¿Qué

podía el rey contra un Zamet, por ejemplo? Nacido en Luca, llevado por Catalina de Médicis en su séquito, adelantó al bearnés durante la guerra civil los fondos que necesitaba para reclutar a suizos. Naturalizado en 1581, amigo de Enrique III y luego de Mayenne, negoció la reconciliación de este último con Enrique IV en 1592, lo que le valió el título de barón de Murat. Pero, más que a este título, debía la consideración de la que disfrutaba, a su fortuna, evaluada en 1.700.000 escudos. Consideración de los grandes, d'Epernon, Montmorency, Bassompierre, que se encontraban en su casa. Consideración del rey, que le confiaba sus amantes y su esposa. Hasta el punto de que se le sospechó haber envenenado a Gabriela d'Estrées que intentaba casarse con el rey, y haber participado en la conjuración de los Entragues, explotando la promesa imprudente firmada por Enrique IV de casarse con su hija si le daba un heredero. Luego hospedará durante quince días a María de Médicis antes de su matrimonio; la reina se lo agradecerá, escogiendo a su hijo como capellán, y él mismo, director de la abadesa de Port-Royal, Angelica Arnaud, será el introductor de la Orden del Oratorio en este convento, cuna del jansenismo. Por otra parte, el fastuoso banquero tuvo como amante a Madalena Le Clerc du Tremblay, aparentada a la eminencia gris de Richelieu. ¡Curiosa coincidencia!

Tampoco el buen rey Enrique consiguió deslizarse de su entorno como rey de Navarra. En el terreno interior buscó la tolerancia, y de esto no se le puede culpar. Su médico, Martin, que sabía el árabe y el hebreo, siguió las controversias entre Duplessis-Mornay y du Perron. Entonces el rey confirmó la pacificación con los protestantes (4 de julio de 1591) por el Edicto de Nantes (del 13 de abril de 1598).

Barnaud y Sully le arrastran al «gran proyecto» que provoca su muerte

¿Por qué no pasa lo mismo en el exterior? En este terreno, ya conocemos la influencia que ejerció el Rosa-Cruz Barnaud sobre el rey. Aunque haya firmado la paz con España en Vervins el 2 de mayo de 1598, mantiene su ayuda a los estados protestantes. Apoya a los Países Bajos con sus subsidios (bajo el pretexto de reembolsar sus deudas), con socorros en víveres y municiones. Les propone en 1604 el envío de 6.000 hombres, con el fin de conquistar la costa entre la Zelanda y Francia. El 11 de febrero de 1605, promete ayudarles a conquistar las provincias españolas, mediante la cesión de Flandes y de las provincias de habla francesa. Y hasta las propone su candidatura como soberano, para aplazar la paz con España que finalmente les ayuda a negociar (9 de abril de 1609).

En cuanto a los príncipes protestantes de Alemania, sigue la misma política. Cuando se abre la sucesión de Jean-Georges, duque de Clèves y de Juliers, como cuando el emperador Rodolfo interviene en Danauwerth, donde habían sido atacados los católicos. Enrique IV empuja a los reformados, el 4 de mayo de 1608, a reconstituir una Liga, la Unión evangélica, concluida el 29 de enero de 1610 para un período de diez años entre el Elector palatino, los margraves de Anspach y de Baden-Durlach, el conde palatino de Neuburg, el duque de Würtenberg, el landgrave de Hesse, Maurice, las ciudades de Estrasburgo, Ulm y Nürenberg.

El 25 de marzo de 1609, muere el duque de Clèves y se activan los preparativos de intervención. Por el tratado de Halle (11 de febrero de 1610) se promete a los príncipes protestantes alemanes el apoyo de un contingente de 4.000 hombres y de 1.000 caballos. Pero Jaime I de Inglaterra se niega a romper con España y mandar también a 4.000 hombres. Y los holandeses siguen su ejemplo. En Italia, el rey de Francia no tiene más aliados que al duque de Mantua y a Carlos-Emanuel de Saboya, que le pide 14.000 hombres (25 de junio de 1610). El aumento de las cargas militares ya arrastra dificultades financieras: en 1602, el escudo de oro pierde de su valor en moneda de cuenta, pasando de 60 a 65 sols tournois; en 1609, se prepara una devalorización, reduciendo el título de las especies.

Al desencadenar el asunto de Juliers, Enrique IV piensa ya en la extensión del conflicto. Ahora se trata de remodelar Europa, conforme con el «gran proyecto». En este asunto, no coinciden los historiadores en sus opiniones. Unos, como Pfister, lo consideran como un sueño utópico. Para otras, como Mgr. Baudrillart, la política de Enrique IV en Alemania tiene por fin mantener el equilibrio europeo y la tolerancia religiosa. Y otros más lo explican todo por la decepción amorosa del «Vert galant» (galante verde), persiguiendo a la joven Carlota de Montmorency, arrastrada a los Países Bajos por su marido Condé, intentando hacerla escapar de las empresas del rey.

Sin embargo, a pesar de la conclusión con España de la paz de Vervins, la diplomacia de Enrique IV sigue trabajando en la realización de este «gran proyecto». Sully se extiende con satisfacción sobre el asunto en sus Memorias. Preparar el aplastamiento de Austria y de España, realizando la Unión de los Estados protestantes, con el fin de liberar a Europa de la hegemonía de los Habsburg, tal era el primer objetivo. Para alcanzarlo, de acuerdo con la Inglaterra de Isabel y de Jaime I, apoyarse sobre Escocia, Suecia, Dinamarca, ayudar a los holandeses para apoderarse de los Países Bajos, a los suizos en ocupar el Franco Condado, el Tirol y Alsacia, restaurar los reinos de Bohemia y de Hungría, expulsar a los españoles de Flandes y de Italia y rechazarlos detrás de los Pirineos.

Luego, reorganizar el continente entre quince estados o dominios: seis monarquías hereditarias: Francia, España, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardía (incluyendo Saboya y el Milanés); seis monarquías electivas: Roma y Nápoles, Venecia, el Imperio, Polonia, Hungría y Bohemia, y tres repúblicas federativas, la Helvética (Suiza, Tirol, Franco Condado, Alsacia), la Bélgica (Holanda y Países Bajos) y la Itálica (Génova, Luca, Florencia, Módena, Parma y Plasencia). El conjunto formando —con la exclusión de Moscovia y Turquía— una sola República cristiana, en la cual se admiten con igualdad las religiones católica, luterana y calvinista. Siete concejos (inspirados en las antiguas «anfictionias» griegas) dirigen este embrión de Sociedad de Naciones, un Gran Consejo de 40 miembros y seis Consejos regionales.

Lejos de quedarse en el estadio de «sueño utópico», este plan Rosa-Cruz en el espíritu, sugerido primero por Barnaud a la reina de Inglaterra y al rey de Francia, realmente inspiró durante varios años la diplomacia de Enrique IV. En 1597, ya Georges Ancel viajaba a Alemania para reanudar relaciones con los príncipes protestantes. A pesar de las dificultades, consecutivas

a la liquidación de las deudas del rey de Navarra (no se terminará hasta 1815), a pesar del apoyo dado por los alemanes al duque de Bouillon en sus revueltas de 1603 y de 1606, ya sabemos que el tratado de Halle selló, antes de la guerra, la alianza con los miembros de la Unión evangélica. Con Inglaterra, el mismo Sully se encargó de negociar, primero con Isabel en 1601, y con Jaime I después de su entronización, con Cecil en junio de 1603. El arreglo de las deudas reales y la ayuda a Holanda habían sido los temas de las conversaciones, como también el examen de los proyectos secretos que acariciaba tanto (como lo precisa en sus Memorias).

Que haya sido preparado a instigación o sólo con el apoyo del duque de Epernon (descendiente del legista de Felipe el Hermoso, Guillaume de Nogaret) el atentado que, a través del puñal de Ravaillac, cortó la vida del rey, terminó con el «gran proyecto». Regente, María de Médicis redujo el conflicto en la proporción de una guerra local, que paró en seguida, después de ocupar Juliers, el 1 de septiembre de 1610.

Aunque rodeado de intrigantes, Luis XIII mantiene la distensión

Bajo la influencia de Villeroy, de Sillery y del presidente Jeannin, el Consejo secreto, del cual Sully había sido apartado antes de marcharse el 26 de enero de 1611, mandaba volver los contingentes al servicio de Holanda, relajaba las alianzas protestantes y preparaba los matrimonios españoles. Pero la política de paz, marcada por la unión de Luis XIII con Ana de Austria, celebrada en Burdeos el 28 de noviembre de 1615, encontraba cierta oposición por parte de los protestantes y por parte de los príncipes, siempre prontos a aprovecharse de una Regencia para aumentar su influencia sobre el Estado.

Sin embargo, al mismo tiempo que el Parlamento proclamaba la mayoría de Luis XIII el 2 de octubre de 1614, los Estados generales, reunidos primero en Sens el 10 de septiembre y luego en París el 16 de octubre de 1614, hostiles a los príncipes en su mayoría, habían fortalecido la autoridad real. De sus debates el joven Luis XIII había sacado la conclusión proclamando, el 24 de marzo de 1615, su intención de abolir la venalidad de las cargas (pero hacía falta 200 millones de libras para conseguirlo), de convocar a una Cámara de Justicia (para obligar a los arrendatarios de impuestos a restituir lo robado) y de reducir el peso de las pensiones (lo que no podía satisfacer a los grandes).

Desgraciadamente, el entorno de María de Médicis merecía toda clase de críticas. Su dama de honor, Leonora Galigaï, había puesto en manos de su marido Concini, futuro mariscal de Ancre, la palanca del gobierno con la regente. Y como en los tiempos de Catalina de Médicis, la Corte se encontraba invadida por cantidad de intrigantes interlopes: el médico judío Elías Montalto, el astrónomo Cosme Rugieri, entre otros. Hasta el punto de que el Parlamento se asustó y reclamó, en una amonestación del 22 de mayo de 1615, que sean buscados los anabaptistas, judíos, magos y envenenadores que se habían infiltrado en París.

Los príncipes tenían el juego fácil. Después de un primer manifiesto de febrero de 1614, Condé lanzó otro, el 9 de agosto de 1615, contra el mariscal d'Ancre. El 2 de noviembre, concluyó una alianza con los protestantes, se acercó a Longueville, Vendôme y Mayenne. De tal manera, que sospechoso de ambicionar el trono, fue encarcelado el 1 de septiembre de 1616. Para los protestantes, el duque de Bouillon dirigía el juego. Príncipe de Sedan, por el favor de Enrique IV, casado por segunda vez con Isabel de Nassau, hija de Guillermo de Orange, se beneficiaba de muchos apoyos exteriores, por ejemplo de su sobrino el elector palatino Federico V (cuya madre también era emparentada a los Orange), sobrino de Mauricio de Nassau (casado con Isabel, hija del rey Jaime I de Inglaterra) y tutor de Enrique de la Tour d'Auvergne, conde de Turenne, estaba verdaderamente colocado en el centro del movimiento protestante.

Había fundado en 1608 una Unión calvinista en Alemania, y a la muerte del emperador Mathias se había empeñado en cortar el camino a Ferdinando de Styria, candidato de los jesuitas al Imperio. Como este último fue nombrado rey de Bohemia en junio de 1617 y de Hungría el 16 de mayo de 1618, los checos se sublevaron y le depusieron el 18 de agosto de 1619, con el apoyo del ejército de la Unión, al mando de Mansfeld, Thurn y Bethlen Gabor, príncipe de Transilvania. Juntos, amenazaron Viena, pero como el candidato de la Liga católica, dirigida por Tilly, Maximiliano de Baviera, se retiró, Ferdinando de Habsburgo fue elegido por la unanimidad de los electores reunidos en Francfort (el 28 de agosto de 1619).

De manera que un buen día se despertó el joven Luis XIII como árbitro escogido por los dos antagonistas, entre el conde Fürstenberg, por parte de Ferdinando II, y el duque de Bouillon, por parte del Elector palatino. El informe presentado por el primero denunciaba el complot tramado contra los reyes en Venecia, con centro en Holanda. Se pretendía crear repúblicas, según el modelo de los cantones suizos, de las ciudades italianas y de las ciudades libres alemanas, con el apoyo de los hugonotes franceses. En cuanto a Bouillon, pedía al contrario la intervención francesa como árbitro en Alemania en contra de la Casa de Austria, según la tradición establecida por Francisco I, Enrique II y Enrique IV. La influencia del nuncio Bentivoglio sobre Luynes inclinó la decisión en favor del emperador: se mandó una misión a Alemania para abogar por la reconciliación. Y como la Unión protestante negoció en Ulm el 3 de julio de 1620, el Elector palatino se encontró aislado. Y la derrota de los checos en la Montaña Blanca (8 de noviembre de 1620), en la cual Ernest de Weimar y el joven príncipe de Anhalt cayeron prisioneros, selló el fracaso de la maniobra protestante.

Mientras triunfaba el emperador, Francia, dividida en el interior, lejos de jugar el papel de árbitro en Europa, se encontraba reducida a la impotencia. De todos modos, al entrar en Pau (el 15 de octubre de 1620) y ocupar el Bearn, Luis XIII había neutralizado uno de los bastiones de los reformados, pero el pretendiente al trono de Navarra, Enrique de Rohan, levantó el estandarte de la rebeldía. Reunidos en La Rochela, sin autorización, el 25 de diciembre de 1620, los tribunos republicanos de las ciudades del Mediodía, apoyados por oportunas «jornadas» populares, preparaban abiertamente la guerra civil. Después de ocupar Privas en febrero de 1621, la asamblea adoptó

el 10 de mayo una orden general por la cual quedaba organizado el protestantismo francés en ocho distritos confederados contra la monarquía: así se proclamaba un Estado dentro del Estado.

¿Richelieu, nacionalista ambicioso, «dirigido» por Fancan?

Contra Luynes y su política de «entente» con España, una campaña de libelos nacionalistas se desencadenó de repente, preparando la entrada en escena de Richelieu. Pues la primera tentativa del obispo de Luçon para alcanzar el poder se saldó con un fracaso lamentable. Arrastrado por una ambición sin freno, su impaciencia le perdió. Para ganarse la confianza de María de Médicis, se comprometió con los Concini y debió apartarse. Por su padre, Armand du Plessis de Richelieu, nacido en París el 9 de septiembre de 1585, pertenecía a una familia de nobles fieles a Enrique II y a Enrique IV, unos «monárquicos». Por su madre, Susana de la Porte, descendía de un abogado célebre en el Parlamento de París. Sus estudios en el Colegio de Navarra y en la Academia militar de Pluvinel le habían preparado a la carrera de las armas, cuando después de tomar su hermano Alfonso el hábito de cartujo, tuvo que sucederle en el obispado de Luçon para mantener en la familia este beneficio. Resentirá durante toda su vida las huellas de esta doble vocación.

Nombrado obispo en 1606, tomará muy en serio su función. Discípulo de Jacques Hennequin y de Richard Smith, se inclina hacia el galicanismo y se opone a los jesuitas. Protegido por el cardenal du Perron, es amigo del obispo de Poitiers La Rocheposay y del decano de Luçon, Bouthillier. Se encuentra con Du Vergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran, amigo de Jansenius. Para establecer un seminario en Luçon, llama al padre Berulle, fundador de la Orden del Oratorio, que abre allí su segundo convento; este futuro cardenal está muy bien relacionado con la reina. Pero sobre todo Richelieu se acerca al que será su eminencia gris, el capuchino François Le Clerc du Tremblay, hijo de un presidente en las encuestas del Parlamento y de María de La Fayette. Personaje curioso y hasta inquietante por algunos rasgos, que el padre Joseph. Después de obrar en favor de la reforma franciscana, se empeña en crear misiones para el Levante, funda en 1617 una Orden de la Milicia cristiana (¿quizá con reminiscencia al Templo?) y alienta la idea de cruzada contra los turcos, que acoge Carlos de Gonzague, duque de Nevers. Pero posee también buen sentido de la realidad y una propensión hacia las intrigas más complicadas, que le designa para muchas misiones diplomáticas.

Como él, el obispo de Luçon se siente destinado a un papel importante. Alejado de la capital, tasca el freno, hasta que, designado como delegado de los Estados generales de 1614, llama la atención de María de Médicis por su elocuencia y su buena disposición hacia la Corona. Ignorando las advertencias de su tío el comendador de La Porte, caballero de Malta, poniéndole en guardia contra Concini, consigue penetrar en el Ministerio. Claude Barbier, un protegido de Leonora Galigaï, le obtiene el puesto de intendente de las finanzas de la reina y luego el de secretario de Estado (el 14 de noviembre). Aunque su nominación haya sido bien acogida por los españoles, revela pronto su tendencia al reanudar las relaciones con las potencias protestantes, man-

dándoles a hombres nuevos: La Noue en Holanda, Miron en Suiza, y Schomberg, un viejo servidor de Enrique IV, en Alemania.

Pero, con el asesinato de Concini, todo su edificio se derrumba. Exiliado en Aviñon en abril de 1618, Richelieu tiene todo el tiempo necesario para meditar sobre los inconvenientes de confundir precipitación con ambición y para convencerse de las ideas políticas de Enrique IV, al leer las «Negociaciones» del presidente Jeannin y las cartas del cardenal de Ossat. Por otra parte, su desgracia no se prolonga. María de Médicis, empujada a cometer imprudencias por consejeros menos hábiles, ha huido. Entonces se llama otra vez a Richelieu el 16 de marzo de 1619, esperando que la incitara en más ponderación (lo que no será siempre el caso).

Fue entonces cuando una campaña de panfletos, alimentada por el entorno de la reina madre, Chanteloup, Marcel, Mathieu de Morgues, preparó su regreso al ministerio. Se sucedieron llamadas a los «buenos franceses» (es decir, a los nacionalistas, hostiles a España); las «Verdades cristianas», «el discurso de la Francia moribunda al rey»... y cuando apareció detrás de Richelieu un agente oculto que le inició en los secretos de la política internacional y a veces le impuso consignas formales. Dorval Langlois, señor de Fancan, canónigo de Saint-Germain l'Auxerrois, era un clérigo muy libre de ideas clericales, enemigo de los jesuitas, del nuncio y de los «santurrones». Hombre de negocios de la condesa de Soissons, fue mandado a Suiza por Longueville para negociar entre el duque de Saboya y los señores de Berna (en 1617). Su hermano, administrador de los intereses de Richelieu, mantuvo relaciones constantes con los reformados de Alemania. En cuanto a él tuvo contactos con los jefes protestantes, en Holanda, en los Países Bajos, en Suiza, en Inglaterra, y en Alemania con Mansfeld, el Elector palatino por una parte y por otra con el tercer partido germánico, el arzobispo de Colonia y Maximiliano de Baviera, que le pagó una pensión (de la cual existe como prueba un recibo de 45.000 libras). En agosto de 1621, escribió a Richelieu en un tono muy libre, dándole directivas imperativas.

Llamado por La Vieuville, el 29 de abril de 1624, en el «Consejo de los Despachos» de nueva creación (para no permitir que penetre en el «Consejo secreto de los Asuntos»), Richelieu, nombrado cardenal el 5 de septiembre de 1622, continuará recibiendo «notas» de Fancan, que redactará, al final de 1625, un memorándum abogando en pro de un acercamiento con los rebeldes protestantes para armar la guerra contra los españoles. Fancan, siempre partidario de una entente con Inglaterra, critica más tarde el acuerdo firmado contra ella por Fargis con el ministro español Olivares (20 de marzo de 1627), desaconseja el enlace de Gaston d'Orléans con Mlle. de Montpensier, denuncia la influencia de los jesuitas sobre el rey y se opone al relajamiento de las alianzas protestantes. Hasta el punto de que Richelieu, irritado, temiendo una nueva campaña de panfletos, decide castigarle. A instigación de Berulle, del nuncio Spada, de Marillac, y quizá del mismo padre Joseph, manda encarcelarle en la Bastilla (el 4 de junio de 1627, donde morirá menos de un año más tarde. Entre sus papeles, inventariados por Nicolas Fouquet, se descubrió un in-folio de un centenar de páginas manuscritas, titulado «el gran secreto del gran proyecto», y Richelieu declara en sus Memorias que entretenaba esperanzas republicanas.

El «equilibrio», mediante la división de Alemania

¿Cabe interpretar las sanciones contra él como consecuencia de un desacuerdo profundo sobre la línea política adoptada, o bien como la convicción de Richelieu que ya estaba bastante fuerte como para no necesitar tutor alguno? Promovido a primer ministro el 13 de agosto de 1624, parece que se trazó una línea de conducta personal, y que, negándose en comprometerse a fondo con uno u otro de los partidos opuestos, sigue una política de báscula apuntada a imponer un equilibrio de fuerza, y si fuera posible, la constitución de un tercer partido inclinado hacia la tolerancia, en Europa.

Ocupando la Valtelina, el cardenal revela inmediatamente su hostilidad a España, pero burla a unos y otros, conduciendo a los hugonotes a firmar un acuerdo en La Rochela el 5 de febrero de 1626, por miedo a una paz con España, que concluirá en Monçon, el 2 de mayo. Borrando el fracaso sufrido por Luis XIII delante de Montauban, el 10 de noviembre de 1621 (a consecuencia del cual Luynes murió desesperado el 15 de diciembre siguiente), el cardenal, después de un asedio memorable, obliga a La Rochela a capitular el 26 de octubre de 1628. De manera que el duque de Rohan se ve reducido a solicitar socorros de Felipe IV de España, antes de buscar refugio en Venecia. Entonces, la autoridad real es restablecida, Richelieu concede a los protestantes del interior la paz de Alais o paz de Gracia (el 28 de junio de 1629). Y aplicando en Europa central las ideas de Fancan, opone Maximiliano de Baviera a Ferdinando II, antes de lanzar a Gustavo-Adolfo y a sus suecos, como un azote de Dios, contra Alemania.

Todo este revuelo tenía como origen un edicto de restitución de los bienes confiscados a la Iglesia católica desde 1552, imprudentemente promulgado el 6 de marzo de 1627 por el emperador Ferdinando II, que se creía bastante fuerte para imponerlo porque disponía del apoyo de la Liga católica de Tilly, de los 100.000 mercenarios de Waldstein y hasta de los electores protestantes de Brandenburgo y Sajonia. Desde este momento se suceden las misiones diplomáticas francesas cerca de Maximiliano, en Munich: Fancan y luego un equipo de capuchinos, amigos del padre Joseph, el P. Hyacinthe de Casal, el P. Valeriano Magni, el P. Alexandre de Alais. Al contrario de su predecesor Gregorio XV, el papa Urbano VIII (Barberini) alienta estas gestiones. Mientras se desautoriza la paz general firmada en Ratisbona el 13 de octubre de 1630 por el P. Joseph y Brulart (que no disponían de instrucciones en este sentido), y se llega a un acuerdo entre generales franceses y españoles frente a Casal, el 26 de octubre de 1630, las ideas de Fancan siguen progresando. Con el fin de separar a España del Imperio, Richelieu obliga al duque de Saboya a adherirse a él, pone al duque de Nevers en posesión de Mantua y de Montferrat y anexiona Piñerol a Francia (el 6 de julio de 1632).

Entretanto, reanuda sus alianzas protestantes, firma un tratado con Holanda el 17 de junio de 1630 y llama a Gustavo-Adolfo y a sus suecos en socorro de los protestantes alemanes. Por el tratado de Bürwald (del 23 de enero de 1631) el rey de Suecia recibe un subsidio anual de un millón de libras para mantener 30.000 hombres y 3.000 caballos en Alemania, mediante condiciones impuestas por Charnacé: evicción de España, respeto de las liber-

tades germánicas, de los derechos del Elector de Baviera, de la Liga y de la religión católica.

Pero Gustavo-Adolfo, apenas conseguida su primera victoria en Breutenfeld (5 de septiembre de 1631) sobre el emperador, que se había imprudentemente separado de Waldstein, sintiéndose el amo del país, ocupa Maguncia sobre el Rhin para tender la mano a los holandeses, e invade Baviera sin observar su palabra. Por otra parte ofrece a Luis XIII, que se había adelantado hacia Lorena, atacar Flandes, el Franco Condado e invadir Alsacia. Contenido por el P. Joseph, Richelieu se resiste a la tentación y no ocupa más que Brisach. Entretanto, Waldstein entra en escena; el rey de Suecia le derrota en Lutzen (el 16 de julio de 1632) pero perece en la batalla, de manera que Richelieu encuentra el terreno despejado de un aliado demasiado molesto.

Para estrechar los lazos de la coalición, un primo del P. Joseph, Manasses du Pas, marqués de Feuquières marcha a Alemania: el tratado firmado en Heilbronn el 13 de abril de 1633 con el canciller Oxenstiern confirma la alianza con Suecia; en agosto los príncipes alemanes se reúnen en Francfort y se acuerdan el 5 de septiembre con la reina Cristina de Suecia; se ofrece una pensión a Bernardo de Sajonia-Weimar. En Holanda, Charnacé estudia con Orange y los Estados una eventual partición de Flandes, en caso de guerra contra España. Pero Richelieu, al ver al rey enfermo, sin heredero, temiendo la reacción de hostiles gobernadores y dándose cuenta de que acumula los odios en contra de él, no se atreve a comprometerse.

Sigue la guerra a través de terceros, aprovechándose de ella los franceses para infiltrarse en Lorena, ocupar Philipsburgo y Montbéliard. Ofrecen subsidios a Waldstein para alejarle del emperador, pero cae asesinado en Egra, el 25 de febrero de 1634. Y los días 5 y 6 de septiembre de 1634, Bernardo de Sajonia-Weimar y los suecos son derrotados en Nordlingen por el rey de Hungría, los imperiales, los españoles y los lorenos, coaligados. Renunciando al edicto de restitución —pretexto de la contienda—, Ferdinando II concluye la paz con el Elector de Sajonia y el landgrave de Hesse-Darmstadt (el 30 de mayo de 1635); con excepción del margrave de Baden, del duque de Würtenberg, del conde palatino, del landgrave de Hessel-Cassel y de Juan de Deux-Ponts (Zweibrucken), los príncipes protestantes envainan la espada.

Desemboca en una guerra desdichada

Hundiéndose así sus alianzas protestantes, Francia, cogida en el engranaje, no tiene otra salida que la guerra. Se firma otro tratado con Oxenstiern en Compiègne (el 28 de abril de 1635) y se prorroga la tregua entre Polonia y Suecia por un período de veintiséis años (el 12 de septiembre de 1635). En Saint-Germain (el 26 de octubre de 1635), Bernard de Sajonia-Weimar recibe subsidios y la promesa de un langraviato en Alsacia. Pero en Italia, sólo los duques de Módena, Parma y Mantua aceptan comprometerse con Victor-Amedeo de Saboya contra España. Y es precisamente en los Países Bajos, donde quería que se produjera el empuje principal (después de estrechar sus lazos con Holanda el 8 de febrero de 1635) que Richelieu registra

su mayor derrota. Excedida por el saqueo de Tirlemont, la población se subleva contra las tropas francesas; entonces, explotando su ventaja, el gobernador de los Países Bajos, don Fernando, se apodera de Corbie (el 15 de agosto de 1636), provocando el pánico en París.

Ahora se suceden los fracasos: San Juan de Luz cae en octubre. A la muerte de Ferdinando II, acontecida el 15 de febrero de 1637, el archiduque Ferdinando recoge su sucesión a la corona imperial, sin ninguna dificultad. Victor-Amedeo perece el 8 de octubre de 1637. Los Grisones, que no reciben sus subsidios, bloquean a Rohan. Bernardo de Sajonia-Weimar, después de ocupar Brisach pretende conservarlo para él, cuando muere el 18 de julio de 1639, y Francia toma su ejército a su servicio. Y lo necesita porque, en el terreno militar y naval, se acumulan las decepciones. Se pagan caros los métodos personales de gobernar del cardenal, escogiendo a sus generales, no según sus méritos, sino según su fidelidad «incondicional». Frente a un solo éxito, la ocupación de Arras (en julio-agosto de 1640) al activo de La Meilleraye, de Chatillon y de Brézé, cuántos disgustos al pasivo de los favoritos, tal como el conde de Guiche, casado con una sobrina del cardenal y responsable de la derrota de Honnecourt (26 de mayo de 1642), tal como Sourdis, cuya escuadra lleva la peor parte delante de Tarragona el 28 de agosto de 1641. D'Harcourt, y sobre todo Guébriant, tienen que corregir los yerros de las criaturas del Cardenal.

Comprometida por los fracasos de su ejército y de su marina —de los que había cuidado tanto—, la política de Richelieu sólo se salvó gracias a acontecimientos exteriores: la insurrección de Portugal en favor del duque de Braganza (1 de diciembre de 1640), seguida por una demostración naval de Brézé frente a Lisboa (6 de agosto de 1641); la sublevación de Cataluña (16 de junio de 1640) y la resistencia de Barcelona, defendida por Duplessis-Desançon (16 de diciembre de 1640) contra todos los asaltos de los españoles, que hicieron posible el asedio y la capitulación de Perpiñán (9 de septiembre de 1642).

La negociación de los tratados de Westphalia con el emperador, abierta en Münster por Francia y en Osnabruck por Suecia, el 25 de marzo de 1642, y que perduró durante seis años, fue obra de Mazarino, más bien que de Richelieu.

Los turiferarios del cardenal ven sobre todo en él el paladín del nacionalismo francés, edificado sobre las ruinas de la Europa central, y el defensor feroz de la autoridad real, dispuesto a romper todas las resistencias en nombre de la razón de Estado; en breve el edificador del absolutismo en Francia.

Un déspota implacable

Ahora bien, no se puede ver en él otro personaje, sino un ambicioso sin freno, transformado en déspota. Franqueada la alerta de la Jornada de los Engañados (des Dupes) (el 10 de noviembre de 1630), sintiéndose tan seguro del apoyo de su rey que no le hace falta guardar miramientos con nadie, ni con la reina madre (que hizo su fortuna), ni con Gaston de Orléans (que no

mantiene su posición de heredero presuntivo cuando nace Luis XIV el 5 de septiembre de 1638), su carácter se afirma sin retención alguna.

Primer ministro, monopoliza el ministerio, cuyos cargos acapara. El, que preconizaba la creación de «Concejos» a la española, acumula todas las funciones: cardenal, primer ministro, almirante, condestable, canciller, guardia de los sellos, surintendente de las finanzas, gran-maestre de la artillería, secretario de Estado, duque y par, gobernador de treinta plazas, abad de tantas abadías, de manera que su ex-amigo Mathieu de Morgues, panfletario de la reina madre, tiene la tarea fácil al denunciar el prurito de poder que le posee, en su «Caritativa amonestación de un Cato cristiano».

Parece tan ávido de poder para él, su familia y sus amigos, como codicioso de provecho. De 25.000 libras de renta en 1617, su fortuna alcanzó 500.000 en 1634 y luego tres millones de libras. Así reina, rodeado por sus criaturas, Claude y Leon Bouthillier, secretarios de Estado, Bullion, surintendente de las Finanzas, el P. Joseph, ministro de Estado en 1634-38, al cual sucederá Mazarino (que le debe todo), el canciller Seguier, etc. Coloca a toda su familia, a su hermano, como arzobispo de Lyon y cardenal, su sobrino de Vignerol, incapaz, como general de las galeras, su bi-sobrino, duque de Richelieu, como surintendente de la navegación, su cuñado, Urbano de Maillé-Brézé, como mariscal en 1632; su sobrino Armand, general de las galeras; su tío, el comendador de La Porte, intendente general de la Marina; su primo Carlos de La Porte, duque de La Meilleraye, mariscal en 1639; su sobrina de Vignerol, duquesa de Aiguillon, y su otra sobrina Clara-Clemencia de Maillé-Brézé, duquesa de Enghien. Parece que el cardenal se olvidó por completo de esta declaración suya como delegado del Clero en los Estados de 1614: «Nosotros los eclesiásticos, somos más despojados que todos los otros de intereses particulares» (¡Je!).

Ahora, frente a sus adversarios, se revela implacable (pero teniendo cuidado de cubrirse con la razón de Estado o con la autoridad real). Para intimidar a Marillac (que le comprometió cerca de María de Médicis y del rey cuando las Jornada de los engañados), para que mediten los clientes y cómplices de Gaston de Orléans, hace falta un «ejemplo» (lo reconoce en sus Memorias). Entonces manda detener a Marillac, por sus pares, en el ejército, revoca la Cámara, demasiado tibia, que debería juzgarle en Verdun para arrastrarle, en su finca personal de Rueil, delante de «comisarios» que le sentencian a muerte, el 8 de mayo de 1632, por tráficos en los suministros militares (¡una friolera corriente en esta época!).

Olvidándose de que el joven duque de Montmorency le ofreció asilo en 1630 cuando parecía inminente la muerte del rey, Richelieu no le perdona cuando, gobernador de Languedoc, defiende (a instigación de su esposa, una Orsini, protegida de María de Médicis) los Estados de su provincia sublevada en contra de la nominación de «elegidos» (élus) para la repartición de la «talla». Citado delante del Parlamento de Tolosa en agosto de 1632, apenas apoyado por «Monsieur» (Gaston de Orléans), herido y prisionero de Schomberg el 1 de septiembre, pagará su temeridad con su cabeza (a pesar de las súplicas de su familia) el 30 de octubre de 1632. Unos meses después le toca

el turno al guardia de los sellos, Chateauneuf, de ser detenido (el 25 de febrero de 1633); deberá esperar la muerte del cardenal para salir de la cárcel.

Erigiendo su dictadura policial en sistema de gobierno, Richelieu aparta sistemáticamente del poder a los «grandes», sean príncipes de la sangre o bastardos. Sólo a uno acoge bien, al príncipe de Condé, tan buen cortesano que le pide para su hijo el duque de Enghien (futuro gran Condé) la mano de la bi-sobrina de Brézé, a pesar de la diferencia de condición y de los defectos hereditarios que padece. El cardenal reduce la función de los gobernadores a un papel honorífico.

Complaciente sólo con los enemigos de España

El Clero, que este eclesiástico trata tan mal como la nobleza, se resiste. El cardenal, enemigo de los jesuitas (mando exiliar en Rennes, el 10 de diciembre de 1637, al P. Caussin, confesor del rey), amigo del Oratorio y hasta de jansenistas, partidario convencido de las libertades galicanas, comparte sobre la Santa Sede las ideas expuestas por Pierre de Marca en su libro «De concordia Sacerdotii et Imperii». Pero mientras el papa Urbano VIII se asusta en 1633-34 al ver cómo la lucha entablada en contra de los Habsburgo sirve la causa protestante, el cardenal cubre de favores a los autores más atrevidos y comprometidos, con tal que sean enemigos de España. Como, por ejemplo, el dominico Campanella. Discípulo en Nápoles de Talesio, fundador de una academia nutrida en las ideas de Bacon sobre la ciencia experimental y los métodos de observación, había sostenido la tesis «saber es sentir», en un libro titulado «Philosophia sensibus demonstrata» (1590). Después de encontrarse con Della Porta en Nápoles, Sarpi en Venecia y Galileo en Florencia, había rechazado la oferta del duque de Toscana, Ferdinando I de Médicis, de acogerle en su entorno.

Y lanzándose a la acción directa, buscó el apoyo de trescientos monjes de varias órdenes, agustinos, dominicos, cordeleros y de varios nobles para preparar una sublevación, con la ayuda de una escuadra turca al mando del visir Assan Cimla. Detenido y torturado durante treinta y siete horas, fue encadenado durante veintisiete años y escribió varias obras de física, metafísica y política, entre las cuales un libro contra la monarquía española (publicado más tarde en Amsterdam en 1640) y un libreto, de tipo «Utopía», la «Ciudad del Sol», en el cual describía una sociedad teocrática ideal, regida por un gran metafísico, rodeado por tantos ministros como existen virtudes, practicando el comunismo, utilizando la devoción a la comunidad como móvil de trabajo, abriendo las funciones a la capacidad y no a la estirpe, instaurando el trabajo en la alegría.

Teniendo piedad de él, el papa Urbano VIII le liberó en 1626, pero como la multitud le amenazaba en Roma, buscó refugio en Francia en 1629, recomendado a Luis XIII por su bibliotecario Gabriel Naudé. Richelieu le concedió una pensión de 3.000 libras. Más tarde la Francmasonería tomará inspiración en la «Ciudad del Sol» de Campanella para fijar unos de sus ritos. No debe extrañar la intervención de Naudé en su favor, conociendo sus lazos

con la Rosa-Cruz, entonces muy libre en sus movimientos, en el clima anti-español prevalente con Richelieu.

La fundación de la Academia, el 10 de febrero de 1635, corresponde perfectamente a las tendencias de la Orden. Sus primeros miembros, Chapelain, Bois-Robert, Gombauld, Godeau, Malleville pertenecían a un cenáculo que se reunía en casa de Conrart. Conociendo el autoritarismo del cardenal, temiendo que intente así militarizar los espíritus y mantener a los escritores bajo su control, el Parlamento se opuso durante dos años a la creación de la Academia. Una de las principales tareas confiadas por Richelieu a este cenáculo fue efectivamente la de examinar en 1637 la tragedia del «Cid», cuyo tema, demasiado español, le molestaba.

Por sus actitudes equívocas y todavía más por su política general, el cardenal tenía que indisponer al Clero contra él. Muy reservado ya cuando se le pedía tres millones de libras de contribución para el asedio de La Rochela en junio de 1628, cuánto más debía resistir cuando se le pedían subsidios en favor de los protestantes alemanes o de los suecos (1635-36). No obstante, su contribución (1.300.000 libras en 1610) había sido un poco reducida (1.173.000 libras en 1637). Pero la asamblea de la Orden, en Mantes el 15 de febrero de 1641 había sido tormentosa y no consintió de buen grado cinco millones y medio en tres años para alimentar la guerra.

Malas finanzas: Alonso López y Bullion

Por entonces, la situación financiera no era nada brillante. Richelieu, que no era muy experto en esta materia, recurría, para la gestión de sus propias finanzas, a los consejos de un marrano aragonés, Alonso López (1572-1649), que se había aprovechado de la transferencia hacia el Levante de unos 50.000 «moriscos» expulsados de España en febrero de 1610, para instalarse en Francia. Bien acogido por sus correligionarios del entorno de Leonora Galigaï, César-Augusto García, Elia Montalto de Aquino (que será catedrático de hebreo en el Colegio real en 1617), se estableció como banquero, joyero y cambalachero en París, donde se hizo edificar un hotel en 1636. Richelieu, que se titulaba «su afectísimo amigo» en su correspondencia con él, apreciaba la habilidad de este traficante, que le proporcionaba las joyas y preciosos muebles que gustaba. Varias veces se le encargó (entre 1627 y 1629, 1636 y 1638, y en 1639) la misión de comprar buques, cañones, pólvora y mosquetes en Holanda, con la oportunidad de encontrar al príncipe de Orange y a los señores de los Estados generales, a veces a espaldas del embajador Charnacé, que no apreciaba las iniciativas diplomáticas de este colega aficionado, del cuadro paralelo.

En cuanto a las finanzas públicas, a la «Intendencia», eran de la competencia de otro hombre de confianza, Bullion. Procedió el 31 de marzo de 1640 a una refundición de las monedas, creando el «louis», con un beneficio de 80 millones de libras, que permitió proseguir la guerra. Pero el incremento incesante de la «talla» (de 17 millones en 1610 a 44, más un complemento de 25 millones, en 1642), provocó una serie de alborotos: en Dijon (del 28 de febrero al 1 de marzo de 1630), en Provenza en 1631, en el Limousin, Poitou,

Angoumois (de 1635 a 1637), luego en Normandía (Avranches, Caen Ruan, en 1637-39). Los rentistas del Hotel de Ville protestaban también, porque se les había quitado un trimestre de intereses.

Cuando por fin el gobierno recurrió al expediente clásico de la creación de oficios, la oposición del Parlamento, larvada cuando se trataba sólo del país, declarada cuando se trataba de sus amigos, se desencadenó de golpe. En 1636 los magistrados de las encuestas fulminaron contra la creación de 24 puestos de consejeros. Como sanción, los presidentes Barillon y Charton fueron desterrados (31 de marzo de 1638). Y el conflicto se reanimó con la creación de 16 puestos de «maîtres des Requêtes» (magistrados de Información) en 1639, motivando la limitación de los derechos del Parlamento por un edicto del 21 de febrero de 1641. No pertenece al Parlamento inmiscuirse en asuntos de gobierno o de administración, de única competencia del rey, aunque se le reconozca el derecho de amonestación, en la aplicación de los edictos ordinarios.

El autoritarismo implacable del cardenal había aplastado demasiado a los grandes «Cuerpos» del Estado y los Ordenes de la Nación. Su absolutismo provocó una reacción explosiva después de su muerte (4 de diciembre de 1642) y de la del rey (14 de mayo de 1643). Con su voluntad despótica de centralización había prácticamente destruido las instituciones intermedias entre el soberano, las provincias y el país. Por otra parte dejaba las finanzas en estado catastrófico: una Deuda abrumadora, los recursos de los años 1643, 1644, 1645 y 1646 ya comidos cuando murió Luis XIII. Entonces todas las condiciones se encontraban reunidas para que la minoría de Luis XIV sea un período de desórdenes generalizados.

Gondi fomenta la Fronda contra Mazarino

Fue la Fronda. La agitación desordenada de sus protagonistas, Gondi, coadjutor de París, futuro cardenal de Retz, Beaufort, bastardo real y «rey des Halles», Condé, el grande, los príncipes y sus bellas amigas, los parlamentarios, los revoltosos de París y de Burdeos, todo este barullo de intrigas de los grandes y de motines populares desconcertó un poco a los historiadores.

Durante el reinado del cardenal, el conde de Soissons, desde Sedan ya había levantado el estandarte de la revuelta. Victorioso en la Marfée (el 6 de julio de 1641), pereció en un accidente, de manera que su movimiento se hundió. Pero sus partidarios se reagruparon, Montrésor, Varicarville, Fontrailles, etc. Su ciego instrumento Saint Ybar, lo encontramos otra vez como el ángel negro de Beaufort y de Condé. En esta primera refriega ya participó Gondi, distribuyendo 12.000 libras en los suburbios para reclutar revoltosos, mientras buscaba a unos jefes en la Bastilla como los mariscales de Vitry y de Bassompierre, el conde de Camail, el marqués de Montpensier.

En el mismo año de la muerte del rey, el duque de Beaufort, que se había ganado el favor de Ana de Austria, criticaba a Mazarino, por no haber concluido la paz en seguida, después de la victoria de Rocroy (14 de mayo de 1643), y dirigía contra él la cábala de los «importantes». Por lo que Mazarino, te-

miendo un atentado, le había detenido y puesto «en la sombra» (1 de septiembre de 1643).

Cuando se reanima la agitación, en abril de 1648, esta vez en los medios del Parlamento, encontramos otra vez a Gondi, en su papel de distribuidor de fondos. Al prorrogar el edicto sobre la «paulette», se le había ocurrido al gobierno, a cambio de la supresión del derecho anual durante siete años, descontar cuatro años de suelto a los miembros del Gran Consejo, de la Corte de Cuentas y de la de Ayudas (tribunal de Hacienda). Para defender la causa de los magistrados así perjudicados fue unánime el Parlamento el 13 de mayo, y las cuatro Cortes, reunidas el 15 de junio en la Cámara San Luis, proclamaron una «Carta»: supresión de los intendentes, derecho de verificar las tasas y de consentir el impuesto, prohibición de detener a alguien más de veinticuatro horas, antes que el juez le cuestione, respeto de las libertades individuales, abolición de las expensas secretas (o «comptants» que, de 2,9 millones de libras en 1609 alcanzaban 52 millones en 1644). O sea, una lista de reivindicaciones políticas, casi igual a las de las Revoluciones de Inglaterra.

Para poner coto a esta maniobra, la regente y Mazarino, fortalecidos por la victoria de Lens (20 de agosto de 1648), debida al genio militar de Condé, se aprovecharon del «Te Deum» en Notre-Dame (el 26) para detener al presidente Blancmesnil y a los consejeros Broussel, Lainé, Benoit, Loisel; el presidente Charton escapó. Pero no fue en vano que Gondi distribuyó, entre marzo y agosto de 1648, 36.000 escudos de «limosnas» para mantener su popularidad, y que colocó al frente de la sedición al maestro de las Cuentas, Miron, coronel de la milicia burguesa de Saint-Germain l'Auxerrois. En la mañana siguiente, se edificaron 1.260 barricadas y 100.000 parisienses se levantaron en armas.

Gondi, pues, no despilfarró «su» dinero ni el de sus comanditarios. Nombrado coadjutor de su tío Enrique, arzobispo de París y cardenal, el 12 de junio de 1649, este Pablo de Gondi descendía de un banquero, que cayó dos veces en bancarrota en Lyon hasta que su esposa consiguió asegurar su fortuna. Esta María de Pierrevive, hija de un cobrador del dominio, conocida como «comerciante de perros y vendedora de chicas» (Lorris), había sido promovida por el favor de Catalina de Médicis, de las funciones de «Madame» o por lo menos de alcahueta, a la de gobernadora de los infantes reales. Con su hijo Pedro, el arzobispado de París y el sombrero de cardenal habían recompensado a la familia, mientras el hijo mayor (abuelo del cardenal de Retz), casado con una barona de Retz, había sido nombrado duque, mariscal y general de las galeras, dejando cuando murió en 1602 una fortuna de dos millones de libras.

Brillante descendiente de tan ilustre familia, Pablo de Retz debía a sus orígenes una inclinación para cualquier tipo de intriga. Con sus fuertes estudios en griego, latín, y hasta en hebreo, sus dotes de predicante y su talento de escritor, se imponía a la atención de sus contemporáneos. Pero sus demonios no le dejaban en paz. El demonio de la política: nacido oponente, su modelo era Fieschi, famoso por sus conjuraciones contra los Doria de Génova. Y el demonio de las mujeres, que le apreciaban, a pesar de su fealdad; después de unas aventuras peligrosas en Venecia, había sido el galán, entre

otras, de la hija de la duquesa de Chevreuse, de la marquesa de Guéménée, de Mme. de Pommereuil.

Pensando, como lo escribe en sus Memorias, que «los vicios de un arzobispo pueden ser virtudes para el jefe de un partido», se había hecho temible por la clientela que había adquirido en París. Tratando de explotar en provecho suyo la «jornada de las barricadas», pide la liberación de los prisioneros a la reina y a Mazarino, que le reciben fríamente y no la otorgan sino a 160 parlamentarios constituidos en cuerpo, que reciben en el Palais-Royal el 27, mediante la promesa del presidente Molé de no inmiscuirse más en asuntos políticos.

La Corte, en septiembre, llama a Condé y a sus tropas, luego destierra al guardia de los sellos Chateauneuf y detiene a Chavigny. Pero, escuchando los avisos de Jean Sobieski y de Luisa-María de Gonzague, reina de Polonia, Condé aconseja reunir los Estados generales. Y en diciembre, Gondi, reanudando la conjuración, reúne en Noisy a Conti, hermano de Condé, la duquesa de Longueville, su hermana, con su galán La Rochefoucauld, el duque de Retz y el mariscal de La Mothe-Houdancourt. Entonces la Corte, que había intentado en vano conciliarse al pueblo los días 15 y 25 de octubre con reducciones de impuestos, la reducción de la «talla» en una quinta parte, busca refugio en Saint-Germain, el 6 de enero de 1649.

Inmediatamente, la Fronda se organiza alrededor de Gondi, que manda reclutar para el Parlamento doce regimientos de caballería (el 18 de enero). Longueville, Blancmesnil, el príncipe de Elbeuf, Bouillon, Beaufort, están a su lado. Pero el ejército de Condé bloquea la capital y frente a Corbeil y Charenton inflige una dura lección a los reclutas del coadjutor y a las milicias parisinas de Beaufort (ostentando, en memoria de Francisco I, una bandera negra con llamas). El demasiado temerario «rey des Halles» sólo debe a la intervención de la multitud, salvarse cuando trata de defender un convoy de abastecimiento, atacado por el mariscal de Gramont. El temor de un bloqueo más estricto, el estupor provocado por la ejecución del rey de Inglaterra, el 29 de febrero de 1649, entibian el ardor de los parisienses. El Parlamento y el Ayuntamiento negocian en Rueil con la reina (el 13 de marzo) y, el 18 de agosto, el rey regresa a París.

El mismo Gondi había ido a Compiègne el 13 de julio, tratando de obtener el perdón de la Corte. Pero, siempre disponiendo de una cantidad de fondos, de procedencia poco clara, continúa intrigando. Su secretario, Guy Joly, arma una manifestación de 3.000 rentistas, mientras un comerciante portugués, Sociendo, «chulo» en el Marais, y un poco espía, está mezclado en todos los alborotos. Para atraer a Condé, acercándose ahora a los otros príncipes que continúan su desorden en casa de Longueville, en Chaillot, Gondi imaginar simular un atentado contra Guy Joly (el 11 de noviembre) y contra la propia carroza del príncipe. Pero, desenmascarada su maniobra de la cual debe responder en el Parlamento, el 22 de diciembre de 1649, pacta con Mazarino, en detrimento de los príncipes.

De manera que Condé, Conti, Longueville, detenidos, son encarcelados en Vincennes el 18 de enero de 1650 y luego transferidos en Marcoussis (el 27 de

agosto) y en el Havre (el 15 de noviembre). París queda tranquilo, sus partidarios se van a Stenay, donde Turenne reagrupa a 6.000 ó 7.000 hombres, que serán derrotados en Rethel el 15 de diciembre. De Chantilly, la familia (de Condé) huye los días 13 y 14 de abril, para refugiarse en Montrond. Sin embargo, la esposa del gran Condé, Clara-Clemencia de Maillé-Brézé, respondiendo a la llamada del consejero Voisin y de una delegación del Parlamento de Burdeos, pidiendo la destitución del duque de Epernon, gobernador, se marcha para extender el incendio a Guyena (el 9 de mayo de 1650). El ejército de La Rochefoucauld y de Bouillon, que la acompaña, recibe buena acogida del Parlamento, pero éste se encuentra desbordado el 11 de mayo por una revuelta popular, suscitada y encuadrada por unos agitadores profesionales como un tal Pesche, mandado desde París por Beaufort. Hace falta la llegada de las tropas del rey, al mando de La Meilleraye y de d'Epernon para restablecer un orden muy precario y provisional.

Entretanto, en París se forma otra coalición. La princesa palatina, Ana de Gonzague, reagrupa contra Mazarino a las duquesas de Longueville y de Chevreuse, el coadjutor (decepcionado por no haber recibido el sombrero de cardenal), Beaufort, La Vieuville, Mme. de Rhodes, Nemours, el presidente Viole, el abad de Montreuil y hasta (el 30 de enero de 1651) «Monsieur» el duque de Orléans, que moviliza a la milicia y pide la reunión de los Estados generales. Mazarino, refugiado en Saint-Germain el 6 de febrero, se marcha al Havre (donde libera a Condé el 13) y al exilio.

Condé y su inquietante entorno levantan a los príncipes contra el rey

En «Monsieur le Prince» (de Condé) ¿encontrará la Fronda su jefe? Muy atento a sus asuntos y a la educación de su hijo, su padre le había confiado a los jesuitas del colegio de Bourges y al P. Le Peletier. El joven vencedor en Rocroy y Lens, nombrado gobernador de Borgoña, confiaba su casa de Dijon a otro jesuita, el P. Mauguier. Pero manifiesta el mayor eclecticismo en sus opiniones. Asiduo del Hotel de Rambouillet, donde se había enamorado de Marta du Vigean, se resistió mucho tiempo en concluir y luego en consumar su matrimonio con la sobrina de Richelieu, Clara-Clemencia, hija de una loca, que terminó loca y le dio un niño tan desequilibrado que a veces se creía un animal. Tiene en su entorno una escuadra de «petits maîtres», sus amigos de la Academia militar del señor de Benjamin, Nemours, Luynes, Tavannes, etc., inclinados hacia la Fronda. Ha sido amigo de los libertinos Saint-Pavin y des Barreaux, de unos escépticos cuyo jefe de fila es La Mothe Le Voyer, preceptor del duque de Orléans. Se le cree ateo. No se debe olvidar que es el nieto de Luis de Bourbon, jefe del partido protestante, ligado a Gaspard de Coligny (que Marion Delorme conseguirá convertir más tarde al catolicismo), que mantiene en su castillo de Chantilly a la vez a unos reformados y a unos jesuitas (como el padre Talon) y que intentará proteger a los hugonotes, después de la revocación del edicto de Nantes.

Entre sus colaboradores íntimos, dos merecen una especial atención. El primero, su bibliotecario, Isaac La Pereyre, un marrano portugués de Burdeos que protegía desde 1643 y que mandó cerca de Cristina de Suecia. Amigo de Campanella, publicó un libro revolucionario, los «Preadamitas». Judío de

origen, protestante de religión, terminará convirtiéndose al catolicismo. El segundo, su médico y su agente de confianza, Bourdelot (se llamaba Pierre Michon), es otro amigo de Campanella, del escéptico Naudé y del «inquietante» Bouchard (Mongrédien). Con él, nos encontramos en pleno medio Rosa-Cruz. Después de acompañar a Clara-Clemencia en su aventura de Burdeos (donde estuvo a punto de morir de miedo), se marchó a Estocolmo en octubre de 1651, con una introducción de Saumaize, de Guy Patin y de Naudé para la reina. Entonces dirigió al decano de los pastores de la ciudad un «Catecismo del Ateo», cuando por otra parte pedía a Mazarino un beneficio eclesiástico, la abadía de Massay en Berry, buena prueba de que no le ahogaban los escrúpulos. Interesándose por las ciencias, amigo de Gassendi y de Galileo, siempre en el espíritu Rosa-Cruz, fundó una Academia, cuyas reuniones, seguidas de banquetes, reunían a Gassendi, Pascal y al P. Talon. Esta Academia Bourdelot, cuyos estudios fueron publicados bajo la forma de «Conversaciones» en 1672, fue la abuela de la Academia de las Ciencias francesa. Siempre animado por las mismas preocupaciones, Condé, pasando por Utrecht en 1673, pedirá al coronel Stouppa, un ex-pastor suizo libertino, de llevarle a Espinosa (entonces refugiado de Amsterdam en La Haya) y de mandarle, a través de Le Clerc, las obras de los disidentes arminianos y socinianos.

Con tales inclinaciones y con tal entorno, es de sorprender que el señor príncipe haya esperado tanto para adherirse a su hermano Conti y a su hermana Longueville, tan comprometidos desde el principio en la Fronda. Por su carácter difícil y sus ambiciones sin freno, apartaba de él las simpatías. Al proyecto de boda entre Conti y Mlle. de Chevreuse, la amiga del coadjutor, a iniciativa de la princesa palatina, se opone Condé. Pide la salida de los ministros todavía fieles a Mazarino (el 19 de julio de 1651), pero sus clientes desenvainan la espada contra los de Gondi (el 21 de agosto); entonces, siendo proclamada la mayoría del joven rey el 7 de septiembre, se marcha a Guyena, cuyo gobernato ha cambiado con el de Borgoña.

En el momento en que su rival Turenne se adhería definitivamente al rey, Condé en Burdeos se adhería a la revuelta y negociaba con España (el 6 de noviembre). De manera que, después del éxito de Turenne en Bléneau (el 6 de abril de 1652), el presidente Amelot, de la Corte de las Ayudas (Tribunal de Hacienda), no vacila en acusarle «por haber recibido 600.000 libras para hacer la guerra al rey, lo que todos los banqueros saben». Pues, por todos lados, el dinero corre en París, hasta tal punto que Enrique Malo, biógrafo del gran Condé, no vacila en escribir que «la historia de las revoluciones queda inscrita en los libros de cuentas de los banqueros».

El abad Fouquet, agente secreto de Mazarino (hermano del futuro surintendente), paga a unos manifestantes a sueldo 17 sols al día (lo confiesan unos dieciséis agitadores, detenidos por Condé). Beaufort hace lo mismo, recluta 10.000 ó 20.000 mendigos por cuenta de los príncipes, mientras centenas de soldados y oficiales de Condé, disfrazados de civiles, amenazan a los consejeros del Parlamento, considerados demasiado tibios por su jefe. El 25 de junio, gruñe el motín. Sin embargo, el 1 de julio de 1652, París cierra sus puertas a las tropas de Condé, que, acorraladas en la muralla por el empuje del ejército real de Turenne, se ven expuestas a la destrucción. Fue entonces que la «grande Mademoiselle», sacudiendo la apatía de «Monsieur»

(de Orléans), obliga al mariscal de l'Hospital a abrir la puerta Saint-Antoine, y a la Louviere (hijo del consejero Roussel) a disparar los cañones de la Bastilla para proteger la retirada de Mr. le Prince.

Amo de la capital, Condé quiere obligar al Ayuntamiento a apoyarle, por una «jornada»: el motín del Hotel de Ville. Se trata de obtener de los 400 notables allí convocados el 4 de julio, que proclamen la «Unión» con los príncipes, bajo la amenaza de la multitud. Para conseguir su objeto, ni los agitadores de Beaufort ni los oficiales de Condé (uno de ellos, Blanchart, será matado) renuncian a cualquier medio. Según el testimonio de Conrat, reparten 4.200 libras entre barqueros y mendigos, disfrazan a 800 soldados de gente menuda (un solo prendero suministra 200 pares de vestidos), abren 50 barriles de vino y acumulan haces de leña para el incendio. Apenas aparece un corneta del rey, llevando un mensaje anodino, que los príncipes salen a la escalinata, gritando para amotinar al populacho: «Esta gente no quiere hacer nada por nosotros... son mazarinos; ¡haced de ellos lo que queráis!»

Apenas salidos los príncipes, se invade el Hotel de Ville, quitando una barricada edificada de repente por los arqueros, se quema, se mata, se saquea, se exige rescate. Y en medio de este tremendo jaleo, el presidente Charton proclama la «¡Unión!» antes de esconderse en un retrete. Por fin aparecen la «Grande Mademoiselle» y Beaufort que intentan parar la matanza. La mañana siguiente se proclama a Condé generalísimo, a Beaufort, gobernador y a Broussel, prevoste de los comerciantes. Una victoria que aleja definitivamente de los vencedores la población de la capital, fastidiada. Las mujeres se manifiestan, pidiendo la paz, gritando que no son a sueldo, como los asesinos a 17 sols del Hotel de Ville. El 2 de septiembre, el Parlamento obliga a los príncipes a echar sus armas. El 13 de octubre, Condé se marcha de la capital para reunirse con Carlos IV de Lorena y los españoles.

El 21 de octubre, el rey regresa a París. El 22, proclama una amnistía. Expulsando sólo a Beaufort, Rohan, La Rochefoucauld, La Boulaye, Fontrailles, Broussel, Viole, Perrault, la duquesa de Longueville, Condé y Conti (destituidos de sus dignidades) y las ayudantes de Mademoiselle, las condesas de Fiesque y de Frontenac (exiliadas). Por su cobardía, se perdona a Monsieur. Mazarino en persona regresa en febrero de 1653.

Burdeos, reducto de la revolución fallida.

Ultimo reducto de la Fronda, queda Burdeos, donde los príncipes han sido desbordados por la Revolución. Desde el momento de su toma de posesión como gobernador de Guyena, Condé, que nombró como sus representantes en la ciudad a su hermano Conti, a su hermana Longueville, secundados por el presidente Viole, por el diplomático y financiero Lenet y por Marsin como consejero militar... debió contar con una organización bien constituida y potente, de tendencia republicana y comunizante, la «Ormea», que izaba la bandera roja en los campanarios de la ciudad y llevaba una faja azul (¿color de David?), reclamaba el sufragio universal, la elección de un «representante» y que reinaba por el terror. El movimiento, encabezado por el abogado Villars, «buen nadador», y el carnicero Duretête, un «fanático»

(Pollitzer, las Amazonas de la Fronda), disponía de 12.000 hombres. Un tribunal secreto imponía su voluntad por el terror. Como réplica a la prohibición de sus reuniones por el Parlamento, a instigación de Lenet, la «Ormea» y sus amotinados saquearon las casas de los parlamentarios en junio de 1652.

La amnistía real de octubre, después del fracaso de la Fronda en París, no bastó para aplacar el ardor de los revolucionarios de Burdeos. Condé, que reclutaba mercenarios en Irlanda, buscaba un apoyo tanto de España como de Cromwell. Hicieron lo mismo: tres diputados de la «Ormea» se marcharon a Inglaterra para pedir ayuda —a cambio de un puerto en la Gironda—, pero los protestantes estaban cansados, y Cromwell, neutralizado por Mazarino, no contestó a su llamada. Sin embargo, los ormistas siguieron luchando contra los partidarios de la paz, y particularmente contra el Clero, el arzobispo y el abad de Cosnac, consejero de Conti. En diciembre de 1652, el consejero Massiot, amenazado por los revolucionarios, se marchó a Agen. Un cordelero, el P. Berthod, llegado de París, detenido por Conti, consiguió huir a Blaye, entrevistarse con Mazarino y volver. El P. Ithier, franciscano, trató de convencer al abogado Villars de la necesidad de la paz, pero éste, jefe de la «Ormea», volviendo a su fanatismo, le denunció a Conti. Detenido, la intervención de la duquesa de Longueville fue necesaria para salvarle de las peores torturas. Menos feliz, Jacques Filliot, tesorero en Montauban, fue supliciado por el Tribunal de la «Ormea».

Conti, siempre sometido a la influencia de los rebeldes, vaciló un momento en entregar Burdeos a Cromwell, pero, como aumentaba la presión del ejército real al mando de Candale y de Vendôme, se resignó a negociar con Gourville; Mazarino, magnánimo, acordó una amnistía general, con excepción de Villars, Duretête y de los tres delegados de la «Ormea» en Inglaterra. Lenet y Marsin fueron exiliados. Conti se sometió el 5 de agosto de 1653.

La Fronda había terminado. Retz había sido detenido el 19 de diciembre de 1652, y Condé, exiliado en Bruselas, se pasó al enemigo, siendo vanos todos sus esfuerzos para obtener el apoyo de Cromwell (a través de Barrière) o de Francfort (a través de Masigny), como sus tentativas para sublevar a los protestantes de Cevenas o la Normandía, con Hocquincourt.

La versión francesa de las Revoluciones de Inglaterra, cuyos protagonistas no cesaron de luchar unos contra otros, quedó como una pobre parodia del original.

Antes de reanudar la empresa, hubo que esperar la muerte de Luis XIV.

CAPITULO XII

COALICIONES Y CRUZADA ORANGISTA CONTRA LUIS XIV

Al gran rey, que había experimentado durante su minoría los daños de la anarquía, le sobraba autoridad para forzar el respeto de su Corona. En el interior, pretendía imponer el orden, hacer reinar la justicia, asegurar la prosperidad. En el exterior, afirmar su prestigio, mantener entre las potencias un equilibrio favorable y fortalecer sus fronteras hasta edificar una barrera infranqueable contra las invasiones. Tal era su programa.

Como campeón de la monarquía católica tradicional, se sustituyó al Imperio y a España debilitada. Entonces parece normal que se le representara como un déspota insaciable, amenazando a Europa con su ambición hegemónica, y que las fuerzas de subversión, coaligadas contra él a iniciativa de Guillermo de Orange, rey de Inglaterra, se empeñaran en aplastarle y acorralarle a la bancarrota.

Detrás de los dos adversarios, comprometidos en esta lucha a muerte, agotadora para sus pueblos, se perfilaba la sombra amenazadora de los financieros, que se engordaban en la matanza, Salomón Medina, por un lado, Samuel Bernard, por el otro.

El rey se atrae a los escritores

Iniciado a la política por las lecciones de Mazarino, el joven Luis XIV está ya lo bastante formado, a la muerte del cardenal (9 de marzo de 1661), como para no necesitar de un primer ministro y ejercer por él mismo, con devoción y aplicación, aquella función de monarca, de la que se enorgullece. Rodeado no por cortesanos serviles, sino por un equipo de colaboradores de primera fila, Le Tellier, de Lionne, Colbert, seguirá una política tan autoritaria como poco conservadora.

Blanco de campañas pérfidas de libelos, escritos en Holanda o Alemania, difundidos por Amsterdam, reimpresos clandestinamente o copiados a mano y distribuidos por vendedores ambulantes, reacciona con vigor en contra de esta propaganda, limita el número de impresores (aumentado en París, de 26 bajo Enrique IV a 84 en 1666), se reserva el derecho de autorizar a los

nuevos maestros (serán nueve entre 1667 y 1682), somete los libros a la censura del Canciller o del Guardia de los Sellos (por edictos que se suceden en 1665, 1667, 1674, 1678, 1679) y limita la prensa a la oficial «Gazeta de Francia», al «Mercurio Galán» y al «Diario de los Sabios», que empieza su publicación en 1665.

Pero no se limita a estas restricciones enredadoras. Como es preferible prevenir más bien que curar el mal, trata de atraerse a los escritores con pensiones, *para evitar* que lleguen a ser los clientes de los grandes o de los financieros, confía a un equipo de cuatro, Chapelain, Bourzeis, Cassagne y Charpentier, la tarea de celebrar «su gloria», llamando también a unos extranjeros a colaborar, como el holandés Huyghens y el italiano Cassini. Aloja a la Academia Francesa —pero vigila que se dedique bien al diccionario—, como alojará luego a la Academia de las Ciencias. De manera que, a pesar del control que se ejerce sobre las ideas, su época permanecerá en la historia como «el gran siglo», señalado por una admirable florescencia de escritores y artistas.

Frente a la nobleza y a los grandes cuerpos del Estado, su autoridad se impone por sí sola, sin necesitar del despotismo cruel de un Richelieu. Fastidiado por las intrigas y desórdenes de la *Fronda*, el país desea un poder fuerte y respetado. De buen grado o por fuerza, los nobles, de conspiradores se hacen cortesanos. Dócil, el Parlamento ratifica la voluntad del rey, por ejemplo, en el «lit de justice» (sesión presidida por el rey) de 1665. Unas ordenanzas de febrero de 1673, limitan su derecho de amonestación. Pero el rey detiene a sus ministros, dispuestos a suprimir los Estados provinciales, porque la centralización absolutista, al estilo de Richelieu, aboliendo sistemáticamente los cuerpos intermediarios, conduce a aislar el poder real del resto del país.

Impone el orden y la justicia

¿No consiste la primera tarea del Estado en imponer el orden y la justicia? No lo olvida Luis XIV. Y tiene mucho que hacer. Un Consejo de Justicia, creado el 25 de septiembre de 1665, se dedica a «dar forma al derecho francés». Una serie de ordenanzas, bien compuestas y redactadas, son el fruto de su trabajo: ordenanza civil (sobre procedimientos), de abril de 1667; ordenanza criminal, de agosto de 1670; ordenanza sobre el comercio, de marzo de 1673; ordenanza sobre la Marina, de agosto de 1681; código «negro», de marzo de 1685. Aunque sea más fácil codificar la justicia que modificar sus modos. Sin embargo, la policía se organiza en París en marzo de 1667, bajo La Reynie. Se entabla la lucha contra las pandillas de bandoleros. Contra los malos jueces también. Los «grandes días de Auvernia» invitan a meditar a los que se dejan corromper o doblar.

La defensa de los débiles y la asistencia a los míseros, ¿no son la misión más noble de la Corona? No faltó a esta misión la tradición capeciana. Y Luis XIV está demasiado consciente de sus deberes para no preocuparse de la cuestión. Intendentes y ministros no ignoran esta miseria, fuente de alborotos y revueltas endémicas: en Laval, en el Borbonesado (donde 6.000

rebeldes toman las armas en 1662), en Clermont (en 1663), en el Poitou, Bourges, Burdeos y en los Pirineos (con Andijos en 1664), en Lyon (en 1669), en el Vivarais (donde du Roure encabeza a 1.500 rebeldes), en Burdeos (que se subleva contra impuestos extraordinarios en marzo de 1675) y, en el mismo año, en Bretaña, en Guingamp, en Quimper (donde un ex-notario, Le Balp, ayudado por los holandeses, conduce una pandilla de 6.000 hombres).

Provocan estos alborotos, en la mayoría de los casos, la imposición de tasas extraordinarias, las exacciones de los togados, los excesos de tropas alejadas en casas particulares. Desde Francisco I, togados y financieros no paran de roer la monarquía. Animado por un celo casi revolucionario, Colbert quisiera limpiar el terreno de estos aprovechados y ociosos que odia, quisiera que todos contribuyeran con su esfuerzo a ganar la guerra económica, la competición comercial con el extranjero.

Mete en cintura a los especuladores

Jefe de fila de los financieros, el surintendente Fouquet se presentaba como el primer blanco al que apuntar. Nicolás Fouquet, emparentado a los Castille (que ya habían hecho carrera en las Finanzas de la monarquía), había sido nombrado surintendente en 1653. Frente al tesorero (de l'Epargne), encargado de la gestión de los fondos, sus funciones debían ser las de un ordenador de los gastos. Pero como tenía mucha habilidad para «crear fondos», vino a ser el suministrador indispensable de un Estado tan acorralado que de 31 millones de libras de recursos en 1661 nueve estaban «comidos» por la carga de intereses y remesas, de tal manera que se vivía sobre los ingresos de 1663, arrastrando una deuda flotante de 60 millones. Para sacar el dinero de las medias de lana, bajó el valor de la pistola de 12 a 10 libras, jugó, entre los pagos, según el valor relativo de las asignaciones sobre el Tesoro, y terminó confundiendo sus propias cuentas con las del Estado, en tal forma que se dijo que «el Ahorro (l'Epargne) se hacía en su casa». Hasta el punto de que el lujo que ostentaba en Vaux-le-Vicomte humillaba la Majestad Real. Y esto le perdió.

Una Cámara de Justicia nombrada en noviembre de 1661 le condenó. Cuatro mil financieros se vieron obligados a restituciones, entre los cuales cerca de 102 millones de libras se dedicaron al reembolso de oficios de Hacienda. Cuatro años más tarde, Colbert atacó a los oficios de Justicia, que hubiera querido abolir de un golpe; un edicto de diciembre de 1665 fijó su valor al más bajo precio. Pero la empresa no tuvo éxito, este edicto y otros dos más fueron anulados el 30 de noviembre de 1673.

Tampoco Colbert consiguió reunificar la «talla», debió contentarse con mejorar su reparto y limitar su carga. De 42 millones en 1661, fue reducida a una media de 35,5 entre 1662 y 1672, para subir a 38,8 entre 1673 y 1678 (durante la guerra de Holanda) y bajar luego a 35 (entre 1679 y 1685). Con el fin de perseguir a los que intentaban escapar de su pago, se buscaron a los «falsos nobles» en 1661, 1666 y 1668. Al contrario, las «ayudas» (aides), impuesto general, se incrementaron de 5,2 millones en 1661 a 22 en 1682, es decir, se cuadruplicaron. En la administración local, el ministro trató de

devolver a los delegados de los gremios los escaños que Francisco I les había quitado en los ayuntamientos.

Atrae de nuevo a la nobleza, a la Corte y al ejército

En cuanto a la nobleza, apartada de los grandes Consejos del Estado, empobrecida, alimentada, sea por la Iglesia, sea por la Corte, sus privilegios habían perdido su razón de ser. El pregón (ban) de convocatoria de 1674, proporcionó elementos inutilizables, muy inferiores a las milicias que se formaron en 1688. Si en el ejército real, reorganizado y disciplinado, aumentado de 72.000 hombres en 1667 a 120.000 en 1672 y a 279.000 en 1678, además de muchos contingentes extranjeros, se reservaba a la nobleza la compra de las comisiones de capitán y de coronel, la promoción de los oficiales plebeyos quedaba posible, pues el rey les dispensaba de estos grados, nombrándoles mayores o brigaderos.

Apoya a la Iglesia «galicana» contra jansenistas y protestantes

En el terreno religioso, la política real sigue una línea perfectamente definida: según la mejor tradición galicana, afirmar en materia temporal su independencia de la Santa Sede. Mantener y restaurar, si fuera necesario, la unidad moral del país. Con este fin, sofocar la disidencia jansenista, de inspiración holandesa y judaica, protegida por los herederos de la Fronda, en el Parlamento como entre los príncipes (los Conti y la duquesa de Longueville, que aloja durante tres años al gran Arnauld en su hotel para esconderle). Meter en cintura al clan liberal, encabezado por Fenelon, preceptor del duque de Borgoña, sometido a la influencia de Mme. Guyon y del caballero de Ramsay (que encontraremos más tarde, al estudiar el origen de la masonería escocesa).

Y sobre todo absorber, si fuera posible, este cuerpo extranjero al organismo nacional, que constituye el protestantismo. No porque representa un peligro político, aunque podría ser empujado a la revuelta por parte de Holanda o de Inglaterra. Pero, en la economía del país, sobre todo en la industria y las finanzas, tiene todavía una gran influencia, puesto que son protestantes: los van Robais de Abbeville, los Massieu de Caen, los Alison de Nimes, los Herwart, Fromont, Samuel Bernard (de origen judío), de París, siendo la mayor parte de los bienes mobiliarios entre sus manos.

Sin embargo, su fe parece decaer. El mismo Turenne se ha convertido en 1668. ¿Bastaría alguna presión para que vuelvan al gremio? La Asamblea del Clero de 1675, al consentir un subsidio de cuatro millones y medio, insiste en pro de la extirpación de la herejía. Animado por Mme. de Maintenon, Luis XIV considera esta empresa como una obra pía. Primero se recurre a la persuasión: en 1678, Bossuet encuentra a Claude en un coloquio en el cual se enfrentan las doctrinas. Siguen medidas de excepción, del tipo de las impuestas a los católicos en Inglaterra: destrucción de los más recientes templos, exclusión de los oficios civiles, de justicia y de hacienda (1679 a 1684), de la medicina y, en julio de 1685, de los oficios de impresor y librero.

Prohibición de los matrimonios mixtos (noviembre de 1680). Orden de regreso de los estudiantes en el extranjero (junio de 1681). Cierre de las Academias de Sedan (1681) y de Saumur (1685).

Otro medio de presión, que el rey quizá no aprobaría al darse cuenta de los excesos que provoca: el miedo a la soldadesca, con el alojamiento forzoso de tropas, el empleo de los dragones como misionarios. Mientras Claude dirigía en enero de 1681 una última solicitud al rey, este sistema, utilizado por Marillac en el Poitou, arrastró 30.000 conversiones. Y otras conversiones masivas en el Bearn. Entonces se extendió este medio providencial a Burdeos, a Montauban, al Languedoc, provocando unas reacciones esporádicas en el Vivarais, las Cevenas, el Languedoc y el Delfinado.

Y por fin, el 18 de octubre de 1685, la revocación del edicto de Nantes ordenó la demolición de los templos, el cierre de las escuelas, el exilio de los pastores, perdiendo con ellos la propaganda extranjera sus principales apoyos. Cuando en plena guerra, Jean Cavalier encendió la revuelta en las Cevenas, con el apoyo de Inglaterra y de Holanda, Villars consiguió aplastar a los «Camisards» con menos brutalidad y más éxito que su predecesor Montrevel, evitando que se extendiera. Pero la salida de 200.000 reformados franceses debilitó la economía del país, reanimó el ardor de los coaligados, llevándoles el concurso de una élite, en el momento del duelo a muerte entablado entre Luis XIV y Guillermo III de Orange.

Neutralizada Inglaterra, Luis XIV se engrandece en los Países Bajos y en Flandes

Mientras el equilibrio de Europa otra vez se ponía en cuestión, dos conceptos de la religión, del gobierno y de la sociedad se enfrentaban. Prudente y listo diplomático, Luis XIV consiguió neutralizar a Inglaterra hasta que los Estuardos perdieron la corona. Aunque restaurado con el apoyo de los financieros de Amsterdam (8 de mayo de 1660), Carlos II necesitaba de la ayuda francesa para luchar contra la oposición puritana, temiendo tanto el fortalecimiento de la autoridad real como el predominio del catolicismo restablecido.

Nuevos lazos de familia y de sentimiento habían consagrado este acercamiento. Hermana del rey de Inglaterra, Enriqueta se había casado con el duque de Orléans, y el rey Carlos, en segundas nupcias, con la infanta de Portugal, a iniciativa de Francia. Desde 1670, tuvo como favorita a una francesa, Luisa de Keroualle a quien nombró duquesa de Portsmouth. Aprovechándose de esta buena voluntad recíproca, Luis XIV compró Dunquerque a Inglaterra por la cantidad de cinco millones el 27 de octubre de 1662. Por su parte, cuando estalló la guerra entre Inglaterra y Holanda en marzo de 1665, el rey de Francia, aunque ligado por un pacto defensivo con esta última desde el 27 de abril de 1662, limitó su apoyo a sus buenos oficios diplomáticos. **Y se benefició de la lucha oponiendo a estos dos hermanos enemigos para intervenir en Flandes por su propia cuenta, a la muerte del rey de España Felipe IV (17 de septiembre de 1665).**

Quiere completar los resultados de los tratados de Westfalia, corrigiendo el trazado de sus fronteras. Invoca los derechos de la reina María-Teresa, según el principio de devolución reconocido por la costumbre de Brabante, para invadir los Países Bajos españoles, el 24 de mayo de 1667, con un ejército de 50.000 hombres; Castel Rodrigo, con 20.000, debe ceder el terreno: Tournai (el 25 de junio), Douai (el 4 de julio), Courtrai (el 18 de julio) y Lila (el 17 de agosto) capitulan.

Atemorizados, los holandeses (que habían llegado hasta Chatham en el Támesis) se apresuran a firmar la paz en Breda (en enero de 1667) con los ingleses y a concluir con ellos el pacto de La Haya (23 de enero de 1668), al cual se adhiere Suecia el 5 de mayo siguiente. Pero los príncipes alemanes, reunidos en Colonia, negaron al emperador Leopold el derecho de tránsito para sus tropas, así que no pudo intervenir. Ahora bien, el emperador y el rey de Francia, cuñados los dos del rey de España, se ponen de acuerdo sobre un proyecto de partición de la futura sucesión de España (19 de enero de 1668). En este asunto, Luis XIV manifiesta tanta previsión como moderación, puesto que si Condé ocupa como prenda el Franco Condado con 15.000 hombres, no continúa sus conquistas en Flandes. Y como, después de la desgracia del ministro Clarendon (impuesta a Carlos II), Inglaterra pretende imponer su mediación, entonces firma la paz en Aquisgran el 29 de mayo de 1668, conservando las plazas de Flandes pero abandonando el Franco Condado.

Hasta la próxima tanda. Cuatro años más tarde, se reanima la guerra, esta vez contra Holanda. Desde que Guillermo II de Orange-Nassau (esposo de María, hija del duque de York, y cuñado de Federico-Guillermo de Brandenburgo) se mató durante una cacería en octubre de 1660, las funciones de «stathouder», de «Protector» y de capitán general han sido abolidas. Con el título de gran-pensionario, Jean de Witt, representante de la burguesía comerciante, de espíritu tolerante y liberal, partidario de la autonomía de las provincias, gobierna las Provincias Unidas con tacto y diplomacia. El y su partido tienen mucho que perder en un conflicto que devolvería la preponderancia al clan calvinista, a los militares y a la familia de Orange, pero el peligro está allí, apremiante. Temiendo las ambiciones de Francia, De Witt aumenta sus efectivos a 80.000 hombres, organiza milicias urbanas, nombra a Guillermo III de Orange capitán general, y amotina toda Europa. El 31 de enero de 1670, la triple «entente» de La Haya reúne las Provincias Unidas, Inglaterra y España. Se adhiere Suecia. Se toman contacto con los cantones suizos, los príncipes alemanes y el emperador.

Pero Luis XIV y su ministro de Lionne reaccionan y consiguen deslizar la coalición. Como el duque Carlos IV de Lorena ha ofrecido su concurso a los aliados, las tropas francesas ocupan su territorio. Gracias a Enriqueta de Inglaterra, que negocia el tratado de Dover (1 de junio de 1671), Londres promete su apoyo naval, mediante la entrega de Middelburgo y de Flessingue, que mandan la desembocadura de la Escalda. Suecia, que el partido de Bierenclau quisiera atraer hacia Inglaterra, se une con Francia, porque ofrece más (14 de abril de 1672). En Alemania, sólo el elector Federico-Guillermo (que ha constituido un ejército de 25.000 hombres) se atreve a resistir la presión de Luis. Con el apoyo del elector de Colonia, se establecen bases

contra Holanda en Colonia, Lieja, Münster y Osnabrück, lo que permite a los 176.000 concentrados por Louvois entrar en campaña el 6 de abril de 1672.

Una vez ocupadas las plazas de la frontera, los franceses franquean el Rin el 12 de junio, desbordando así las líneas de defensa del príncipe de Orange en el Yssel. El 20 de junio, Utrecht capitula, abriendo el camino del Norte. Pero la caballería, pecando por exceso de prudencia, no se abalanza contra Amsterdam, ya presa de pánico. Y este mismo 20 de junio las esclusas de Muyden abren el paso a la inundación, impidiendo la invasión. No se encontrará de nuevo tal oportunidad. Las Provincias Unidas endurecen su resistencia; el 8 de julio, Guillermo de Orange, enfermizo, taciturno, pero calvinista convencido y de una perseverancia sin par, queda elegido como «stathouder». El 20 de agosto, Jean de Witt y su hermano perecen asesinados.

De aquí en adelante, la guerra languidece. En el Rin, Turenne contiene a los imperiales y hostiga tanto a los brandenburgueses que piden la paz. Pero el almirante Ruyter rechaza a la flota anglo-francesa los días 7 y 14 de junio de 1673. Siempre aficionado a los asedios, Luis XIV obtiene, con la ocupación de Maëstricht, una satisfacción de prestigio (2 de julio de 1673). Se entablan negociaciones en Colonia el 18 de junio, mientras la coalición se reforma, bajo el título de Gran Alianza de La Haya, alentada por las exacciones cometidas por las tropas francesas en Holanda y en el Palatinado (donde habían sido exasperadas por los atentados de los habitantes). Carlos II se ve obligado por la opinión británica a firmar una paz por separado el 19 de febrero de 1674.

En las fronteras, después de reocupar el Franco Condado, los ejércitos franceses están reducidos a la defensiva. El fuerte golpe de Condé para parar el avance de los aliados en Seneffe (el 16 de agosto de 1674) se salda con una tremenda matanza. Turenne, después de retirarse en los Vosgos, invade de nuevo Alsacia, a través del paso de Belfort, rechaza a los imperiales de sus cuarteles de invierno y les obliga a pasar, otra vez, el Rin (14 de enero de 1675). Siempre muy activa y hábil, la diplomacia francesa consigue restablecer el equilibrio. La revuelta de Teleki en Hungría, la elección de Jean Sobieski como rey de Polonia y la intervención de Suecia contra el Brandeburgo recompensan sus esfuerzos.

Y, a pesar de la apertura de negociaciones en Nimega, sigue el conflicto, con sus alternativas de éxitos y de fracasos; victorias de Duquesne contra Ruyter en Sicilia (el 22 de abril de 1675 en Agosta, el 22 de junio en Palermo), derrota de los suecos en Fehrbellin, que permite a Federico-Guillermo invadir la Pomerania. En 1677, el empuje francés se produce en Flandes: Valenciennes cae el 17 de marzo, Guillermo de Orange está vencido por «Monsieur» en Cassel (el 11 de abril), Saint-Omer (el 22 de abril) y Cambrai (el 17 de mayo) son ocupadas.

Pero, aunque Carlos II sigue recibiendo subsidios de Francia, se produce un acercamiento entre Inglaterra y Holanda: en noviembre de 1677, María, hija del duque de York, y sobrina del rey, se casa con Guillermo de Orange y, el 10 de enero de 1678, se firma un tratado de alianza entre los dos países. Puesto que, si evacua Sicilia, Luis XIV acentúa su amenaza contra los Países

Bajos. El 12 de marzo de 1678, su ejército ocupa Gante y amenaza Amberes. El 10 de agosto se concluye la paz. Holanda obtiene la evacuación de Maëstricht y la abolición de la tarifa aduanera impuesta por Colbert en 1167. Cuatro días más tarde, sea por error, o por engaño, Guillermo de Orange ataca al mariscal de Luxemburgo (que se guardaba, por otra parte) en Saint-Denis, cerca de Mons. Tiene interés el «stathouder» en la continuación de las hostilidades, que justifica sus poderes excepcionales. Pero ya está hecha la paz. España la firma el 17 de septiembre; el emperador el 5 de febrero de 1679, y el 29 de junio el elector de Brandeburgo, que se obliga a restituir la Pomerania a Suecia.

Pero las «reuniones» preocupan a Europa

Con el fin de redondear su «pré carré» (prado cuadrado), de bloquear las vías de invasión y de completar el cinturón de fortificaciones edificadas por Vauban, la diplomacia de Luis XIV imagina recurrir a medios jurídicos para realizar anexiones pacíficas. Se trata de «reunir» las dependencias de los territorios o de las ciudades reconocidos a Francia por los tratados de Westfalia. A iniciativa de Colbert de Croissy (sucesor de Arnauld de Pomponne, de la famosa familia jansenista de los Arnauld, desgraciado) se aplica este método en Lorena, por la Cámara de Metz, creada en septiembre de 1679, en Alsacia, donde casi todos los territorios enclavados desaparecen, y en el Franco Condado. No sin protestas por parte de los príncipes perjudicados: el duque de Würtenberg para Montbéliard, el elector de Treveris para Sarrebourg y Sarrelouis, Suecia para Deux-Ponts (Zweibrucken), los electores de Sajonia y Baviera y el palatino. Entonces la Dieta de Ratisbona decide la formación de un ejército permanente de 40.000 hombres (1681). Con la ocupación de Estrasburgo por los dragones, sin lucha, el 30 de septiembre de 1681 y de Casal en Italia, culminan las aprehensiones de los Estados. Guillermo de Orange se agita, intenta formar otra coalición. Suecia se coaliga con Holanda (30 de septiembre de 1681), con el emperador (en febrero de 1682) y con España, en mayo.

Pero la diplomacia francesa replica. Inglaterra no se moverá. El Brandeburgo, ligado a Francia por dos tratados (11 de enero de 1681 y 22 de enero de 1682), y Dinamarca «fijan» a Suecia. La presión de un ejército turco de 200.000 hombres amenazando Viena (12 de julio de 1683) desvía los esfuerzos del emperador (al cual el rey de Polonia, Sobieski, presta su ayuda). De manera que España, al declarar la guerra, resiste sola el empuje en los Países Bajos. Holanda no reacciona: se contenta con la promesa de Francia de respetar la «barrera» fijada por el tratado de Nimega. Se ocupan Courtrai y Luxemburgo (4 de junio de 1684). La política de Luis XIV, por su audacia y su cautela, parece imponerse. El prestigio del «gran rey», como le llama oficialmente el cuerpo municipal de París, está en su cenit. No sólo en el continente, sino también en el Mediterráneo, donde la flota francesa cañonea Génova (1684), persigue a los berberiscos, bombardea sus guaridas y les obliga a recibir un cónsul en Argel (25 de septiembre de 1687).

La cruzada protestante se organiza

Sin embargo, la coyuntura empieza a cambiar. Contra la amenaza de la hegemonía francesa se organiza una cruzada protestante. Desde la revocación del Edicto de Nantes (18 de octubre de 1685), se la predica por todas partes, en los templos, en Holanda, Inglaterra, Suiza, Prusia, Hungría. Los refugiados franceses, encabezados por Pierre Jurieu, atizan el fuego. Guillermo de Orange se multiplica. Se forma la Liga de Ausburgo (17 de julio de 1686) en defensa de los tratados de Westfalia. Reúne a Holanda, Suecia, los electores palatino y de Brandeburgo, los príncipes de Renania, los círculos de Baviera, de Suabia y de Franconia, el emperador y el rey de España.

Puesto que Leopold I, al terminar una guerra de cinco años contra los turcos, desgarrando el proyecto de partición concluido con Luis XIV en 1668, acaba de acordarse con Carlos II sobre la sucesión de este último. Facilitó este acercamiento el segundo matrimonio del rey de España con María de Neubourg, cuñada del emperador. Por su parte, Carlos II ha confiado el gobierno de los Países Bajos al archiduque Maximiliano de Baviera, yerno de Leopold (12 de diciembre de 1691) y prometido el resto de su sucesión a su segundo hijo, el archiduque Carlos. Así, ¿se va a reconstruir el Imperio de Carlos V? Para colmo de desgracia, Carlos II fallece el 16 de febrero de 1683 y su sucesor, Jaime II, prepara tan abiertamente la restauración del catolicismo y de la autoridad real que se enfrenta con todos los protestantes, en el interior como en el exterior. Y el nacimiento de su heredero (el 20 de junio de 1688) precipita el golpe de Estado que lleva a Guillermo de Orange al poder el 15 de noviembre de 1688.

Haciendo frente al temporal, Luis XIV intenta tomar seguridades. El 24 de julio de 1688, protesta contra la negativa del emperador a transformar la tregua de Ratisbona en paz definitiva, contra la evicción de su candidato, el cardenal de Fürstemberg, obispo de Estrasburgo para el electorado de Colonia, y contra la exclusión de «Madame» de la sucesión del Elector palatino, Carlos, fallecido en 1685. Tratando de adelantarse al adversario y de constituir un glacis en sus fronteras, manda su ejército, bajo el «gran Delfín» y Vauban, invadir el Palatinado. Ocupa Philipsburgo, Lieja, Spier, Kaiserslautern. Pero, con excepción de Treveris (perdonada por orden especial), tolera que Louvois transforme el país en tierra quemada, siendo destruidas las ciudades de Mannheim, Spier, Worms y Heidelberg, lo que deja atrás unos odios inexpiables contra el nombre francés.

La coalición orangista se reforma, a propósito de España

Ahora, la guerra está en todas las fronteras, con 225.000 hombres en armas. Los éxitos de la escuadra de Tourville permiten el desembarco de Jaime II en Irlanda, pero sus tropas están derrotadas en La Boyne (11 de julio de 1690). Una segunda expedición no pudo zarpar de Cherbourg en 1691, y Tourville, después de hacer frente con éxito a una flota doble de la suya en la Hogue (el 19 de mayo de 1692), no consiguió escapar en la Hougue (los días 29 y 30 de mayo), de manera que sólo los corsarios podrán continuar la lucha en el mar, hostigando al adversario, destruyendo sus convoyes.

En el continente, otra generación de generales contiene la invasión. En el norte, en Fleurus, Luxembourg se apoderó de tantas banderas del enemigo (en 1690) que se mereció el apodo de «tapicero» de Notre-Dame. Fue ocupado Mons, y el año siguiente, Namur. Sorprendido en Steinkerque (el 3 de agosto de 1692), el mariscal tomó otra vez brillantemente la ventaja en una lucha cuerpo a cuerpo en Neerwinden (el 29 de julio de 1693). Mientras tanto, su rival Catinat derrotaba a Victor-Amedeo de Saboya en Staffarde (en 1690), ocupaba Niza, se apoderaba de Torino y ganaba otra victoria en La Marsaglia (en octubre de 1693). Pero, entretanto, sus tropas, enfrentadas con efectivos superiores, abandonaban las regiones de Gap y de Embrun al enemigo, que las saqueó. Sin embargo, el tratado de Piñerol concluyó las hostilidades con el duque de Saboya (29 de junio de 1696): casó a su hija María-Adelaida con el duque de Borgoña e intentó conquistar el Milanés, que ha cambiado con la Saboya.

Así disminuida la coalición, se entablaron negociaciones, mientras «in extremis» Vendôme ocupaba Barcelona. Los dos adversarios ya estaban ahogados. Francia, después de gastar en diez años 700 millones de libras, debía reservar sus últimos recursos para hacer frente a la inminente crisis de la sucesión de España. Por esta razón, Luis XIV, llegando al extremo límite de las concesiones, restituyó en Ryswick (los días 20 de septiembre y 30 de octubre de 1697), con excepción de Estrasburgo, todos los territorios y ciudades reunidos o conquistados (incluyendo la Lorena, ocupada desde 1633) y reconoció a Guillermo III como rey de Inglaterra. Holanda obtuvo la abolición del derecho de 50 sols por tonelada a la entrada de sus buques en los puertos franceses, un ventajoso acuerdo comercial y el derecho de poner guarnición en las plazas de la «barrera».

Con el fin de llegar a un arreglo pacífico, la diplomacia francesa no se descuidó de ningún medio. Considerándoles más permeables porque más atentos a sus intereses comerciales y marítimos que políticos, se puso en contacto primero con sus adversarios más encarnizados, Inglaterra y Holanda. Los días 28 de septiembre y 11 de octubre de 1698, Guillermo III y el gran pensionario Heinsius firmaron un proyecto de partición, atribuyendo al príncipe electoral de Baviera España, las Indias, los Países Bajos y Cerdeña, y al delfín de Francia el Guipúzcoa y las provincias italianas (menos el Milanés, reservado al emperador). Al darse cuenta de que así se había dispuesto de su herencia, Carlos II, furioso, designó al príncipe electoral de Baviera como a su legatario universal (en noviembre de 1698), pero este último falleció de repente en circunstancias sospechosas (el 8 de febrero de 1699).

Hubo que reanudar las negociaciones y se acordó: que la primera porción sería atribuida al archiduque Carlos, segundo hijo del emperador, y que el delfín de Francia tendría las posesiones italianas, más la Lorena (siendo indemnizado su duque con el Milanés), innovación interesante, puesto que redondeaba «el prado cuadrado». Pero Carlos II se opuso categóricamente a todo desmembramiento del Imperio español, y esta vez designó al duque de Anjou, segundo nieto de Luis XIV, como heredero (2 de octubre de 1700). Lo que equivalía al no reconocimiento de la renunciación de María-Teresa a sus derechos (faltaba la ratificación de las Cortes, por una parte, y el pago de la dote, por otra). Luego Carlos II falleció el 1 de noviembre.

Por temor a que la sucesión llegara en manos del archiduque Carlos o del duque de Saboya, Luis XIV aceptó el testamento y proclamó a su nieto Felipe V. No, como se pretendió, por vana ambición dinástica, o por orgullo desenfrenado, sino por necesidad. Pero, ¿fue tan acertado pedir al Parlamento mantener los derechos eventuales del duque de Anjou al trono de Francia? (3 de febrero de 1701). ¿O exigir la salida de los 22 batallones holandeses que guarnecían las siete plazas españolas de la «barrera» (5 y 6 de febrero)? Actuando de otra manera, ¿hubiera conseguido desviar el empuje que se preparaba contra él? Cosa poco probable.

Como Guillermo III y Heinsius se encontraban algo frenados por su opinión pública, fue el emperador el que tomó la iniciativa de la nueva coalición (7 de enero de 1701), concluida según el modelo de la Gran Alianza de 1689. Los príncipes alemanes, en conjunto, y especialmente el duque de Hanover (promovido a «elector») y el Elector de Brandeburgo (promovido al título de «rey de Prusia» el 11 de noviembre de 1700) se reunieron con el emperador. Las potencias del norte, Dinamarca y Suecia, se unieron a Inglaterra y Holanda. Inglaterra ya se había adherido, cuando, a la muerte de Jaime II (en Saint-Germain el 16 de septiembre de 1701), Luis XIV reconoció a Jaime III. Pero con la amenaza de una restauración de los Estuardos se amotinó todavía más la opinión británica contra Francia.

Al ocurrir la muerte de Guillermo III de Orange (el 8 de marzo de 1702), tuvo un momento Versailles la ilusión de que se podría evitar la guerra. Pero la voluntad de la potencia internacional que, gracias al golpe de Estado de 1688, había conseguido establecer sus bases en Inglaterra no podía depender de las buenas disposiciones de un rey, cualquiera que sea su prestigio. Desde enero de 1702, la Cámara de los Comunes había votado los subsidios para la guerra. Si tardó en encenderse —porque ya los pueblos eran fastidiados—, el conflicto se desencadenó, por fin, como previsto. Heredera de Guillermo III, la reina Ana fue la primera en declarar la guerra, el 4 de mayo de 1702, seguida por las Provincias Unidas, el 8, y por el emperador, el 15. Sin embargo, fue este último el que se comprometió más a fondo, revistiendo la lucha el carácter de un duelo franco-alemán, para el mayor provecho de Inglaterra, que lo subvencionaba con liberalidad.

Aislado, Luis XIV resiste a la invasión.

En circunstancias tan dramáticas, Francia, que debía hacer frente, en España, a tropas adversas, mandadas para sostener al archiduque Carlos, desembarcado en la primavera de 1704, no disponía de más aliados que de los Wittelbasch de Baviera y de Colonia, del duque de Saboya (porque su hija María-Gabriela se casó con Felipe V) y del rey de Portugal. Pero estos dos últimos, al primer viento contrario, como veletas, cambiaron de rumbo, Saboya el 25 de octubre, y Portugal (los días 16 de marzo y 17 de diciembre de 1703), atraído por un ventajoso acuerdo comercial, que selló su vasallaje. Esta vez, a excepción del emperador, arrastrado al clan protestante, se organizaba la gran Cruzada de la Reforma contra Francia y España, los dos Estados católicos, aislados; sin ninguna potencia capaz de tomar al emperador por la

espalda, obligándole a luchar en dos frentes. Ni Suecia, ni el Brandeburgo, adheridos al clan hugonote, de similar ideología. Ni Rusia, todavía en la cuna.

Ni la católica Polonia. Aunque allí, la diplomacia francesa, sea la de Catalina de Médicis, la de Richelieu, la de Mazarino o la de Luis XIV, había reiterado sus esfuerzos para restaurar este Estado bajo una dinastía francesa de tendencia liberal. Desde la muerte del último Jagellon, Sigismondo-Augusto II, su último soberano nacional, en 1572, este desdichado reino se había transformado en monarquía electiva. Y los que se aprovecharon de la feria vergonzosa abierta para el trono fueron los judíos, tan numerosos en este país. Lo explica Graetz, su historiador, con las siguientes palabras (tomo V, página 121): «los judíos formaban en Polonia casi un Estado dentro del Estado... Cada nuevo rey elegido necesitaba de dinero o del apoyo de la nobleza, y en uno y otro caso, los judíos eran muy útiles».

Elegido gracias al apoyo de Salomón Aschkenazi, Esteban Bathor, príncipe de Transilvania, les había protegido (1575-1586). Aunque discípulo de los jesuitas, Sigismondo III (1587-1632) siguió su ejemplo y les autorizó a convocar sínodos libremente. Ladislao VII (1632-1648) se atrevió a confiarles la administración de los cosacos, lo que provocó la revuelta del atamán Chmielnicki que destruyó al país. Culminaron las devastaciones con la intervención de los suecos en 1656. De manera que 250.000 judíos perecieron en estos desórdenes (Graetz, t. V, pág. 159).

Reanudando los vanos esfuerzos de Catalina de Médicis (después de todo bien colocada cerca de los judíos de Istambul) para asentar en el trono de Polonia a su hijo preferido, el duque de Anjou (futuro Enrique III), y los de Richelieu para llevar allí al duque de Enghien (futuro gran Condé y amigo de Jean Sobieski), Mazarino había conseguido casar a María de Nevers (de la familia de Gonzague) con Ladislao VII en 1644, y luego, después de la muerte de este último en 1648 a su hermano y sucesor Juan-Casimiro. Entonces en Francia se tuvo la esperanza de ver establecida en Polonia una familia real, hereditaria, de influencia francesa. Esperanza defraudada por otra parte: como en una visión profética, el monarca predijo en 1661 que su reino sería partido entre sus codiciosos vecinos, Moscovia, Brandeburgo y Austria. La diplomacia francesa consiguió primero la elección de Jean Sobieski en 1674, y en 1696 la del príncipe de Conti, pero cuando Tourville desembarcó a este último en Dantzig, encontró el trono ya ocupado por Augusto II de Sajonia (1697-1713). El juego había fracasado, y Francia se encontraba desprovista de todo aliado oriental.

Asaltada en todos los frentes por generales de primera fila, un Marlborough, un Eugenio de Saboya, esta vez no podía oponerles sino jefes de valor desigual: un Vendôme, un Catinat, un Berwick, un Boufflers y un Villars, pero también unos Villeroy y La Feuillade, a veces molestos por demasiado estrechas instrucciones o por la presencia de príncipes de la sangre real, o demasiado brillantes (como el duque de Chartres, futuro duque de Orléans) o demasiado mediocres (como el duque de Maine o el duque de Borgoña). A un período en el cual alternan éxitos y fracasos (1701-1704) sucede hasta 1710 otro de desdichadas derrotas, hasta que un sobresalto supremo permite parar el conflicto, gracias a una media vuelta de la coyuntura diplomática.

Contra Marlborough, sólo frenado en su empuje por las disensiones entre sus aliados holandeses y el emperador (vicio de todas las coaliciones), Boufflers y el duque de Borgoña se ven reducidos a la defensiva en el norte, donde abandonan Gueldres, el electorado de Colonia y las plazas del Limburgo. Al contrario, en Alemania, Villars, apoyado débilmente por el elector de Baviera, consigue victorias en Friedlingen (octubre de 1702) y en Hochstaedt (en septiembre de 1703). En Italia, Villeroy se levanta una mañana con Cremona invadida por los austríacos (se habían infiltrado por las cloacas, pero salieron a toda prisa por las puertas). Más capaz y feliz, Vendôme consiguió hacer frente al príncipe Eugenio en Luzzara (15 de agosto de 1702) no sin perder muchos hombres. Y un grave fracaso en el mar: la escuadra inglesa incendia en Vigo los navíos de Chateaurenaut, que volvían de América con 40 millones (el 22 de abril de 1702).

Se señala el año 1704 por un desastre sin precedente: después de reunirse con los imperiales y los prusianos para asolar Baviera, Marlborough destroza en Blenheim (Hochstaedt) el 13 de agosto de 1704 el ejército franco-bávaro. Sus restos (20.000 de un total de 50.000) tienen que replegarse sobre el Rin. Pocos días antes (el 1 de agosto) unos 2.000 ingleses habían ocupado Gibraltar. El año siguiente el archiduque Carlos entró en Barcelona (9 de octubre de 1705), y las ciudades del Levante, Valencia y Murcia, reconocieron su autoridad; tomó el título de Carlos III. En los otros teatros de operaciones, todo iba de mal en peor, Villeroy, con su ejército aplastado por Marlborough en Ramillies (23 de mayo de 1706), evacuó los Países Bajos, mientras en Italia el incapaz La Feuillade perdió el Piamonte y el Milanés (28 de agosto de 1706) y Victor-Amedeo intentó asediar Toulon en julio de 1707. Continuó la serie negra. Por culpa de la pusilanimidad del duque de Borgoña, que obligó a Vendôme a un retirada desordenada, una jornada indecisa, en Oudenarde, se transformó en derrota (el 17 de julio de 1708), de manera que se evacuó Lila el 22 de octubre.

Para contener al enemigo, que amenaza con forzar las fronteras, hace falta reclutar milicias desde 1706 para reforzar al ejército. Consciente de la amplitud de los sacrificios exigidos del país, Luis XIV intenta negociar, ¿pero con cuáles interlocutores? A un primer intento, Holanda finalmente se sustrae. Alentados por sus éxitos, los coaligados son intratables. En sus «Preliminares de La Haya» (29 de mayo de 1709) pretenden imponer una vuelta a las fronteras del tratado de los Pirineos. Tales exigencias provocan un sobresalto nacional. Dando el ejemplo, el rey manda su vajilla a la Moneda; el comercio adelanta 20 millones; Villars reorganiza el ejército.

Este esfuerzo supremo recibe su recompensa en el terreno. En Malplaquet, delante de Mons, los aliados reciben un serio golpe (11 de septiembre de 1709) que corta su empuje, con la pérdida de 23.000 hombres. Aunque Tournai y Mons (en 1709), luego Douai (en abril) y Bethune (en agosto de 1710) capitulan, Villars, con un ejército intacto, sigue cerrando el paso hacia la capital. Lo mismo que, en España, después de varios reveses en Lérida y Zaragoza, Felipe V consigue por su tenacidad restablecer la situación. Obligado a abandonar Madrid, el rey se mantiene en Valladolid, dando tiempo a Vendôme y al ejército del Rosellón de acudir en su auxilio y de conseguir éxitos en Brihuega y Villaviciosa (los días 8 y 11 de diciembre de 1710). Entonces una

última victoria quita a los coaligados la esperanza de obtener una decisión a través de las armas. Siguiendo el consejo de Luis XIV, Villars sorprende al príncipe Eugenio, cortando sus comunicaciones en Denain (el 24 de julio de 1712); una victoria limpia, en la que los aliados pierden 11.000 hombres, y los franceses, 500.

Una victoria con tanta más repercusión, que la mayoría de los coaligados están agotados. Descontenta con la obligación de pagar los gastos de la guerra para el mayor provecho de los financieros, la opinión británica se rebela. Elige al Parlamento una mayoría «tory» favorable a la negociación. Negociación tanto más necesaria que la derrota definitiva de Francia y la expulsión de Felipe V del trono de España conducirían inmediatamente a la reconstitución del Imperio de Carlos V. Puesto que con la muerte del joven emperador José (que había sucedido a su padre Leopoldo) el 17 de abril de 1711, su hermano menor el archiduque Carlos (proclamado rey de España bajo el nombre de Carlos III) se ha convertido en único heredero de los Habsburgo y del Imperio. Sustituir a la hegemonía francesa una vez debilitada la hegemonía austríaca, no podía ser un objetivo de guerra válido para nadie.

Impone a Felipe V en Madrid

Inglaterra lo entiende así. Las conversaciones oficiosas, entabladas desde el 8 de octubre de 1711, permiten la reunión de un congreso en Utrecht el 29 de enero de 1712 y la conclusión de una tregua, negociada por Bolingbroke, el 17 de julio. La paz, firmada el 11 de abril de 1713, consigue para Felipe V (que renuncia a sus derechos al trono de Francia) condiciones más ventajosas que las que se quería imponer a Luis XIV para evitar el conflicto. Pero si Francia fortalece sus fronteras e instala en España un régimen amigo, su potencia marítima queda comprometida y pierde sus posesiones coloniales. El duque de Saboya gana Sicilia, y el rey de Prusia, Gueldres. Inglaterra, edificando las primeras bases de su Imperio sobre los mares, se establece en Menorca y Gibraltar y dispone de ventajas comerciales y marítimas en Cádiz y en las Indias. Sale como principal beneficiaria de la coalición que había montado y mantenido contra Francia, la primera de una serie que, recordando la guerra de los Cien años, debía permitirle asentar su hegemonía marítima sobre la permanente rivalidad de las potencias europeas.

Sólo el emperador continúa la lucha, esperando quizá que Jorge I de Hanover (sucesor de la reina Ana, llegado al trono, a pesar de los esfuerzos de Bolingbroke, el 1 de agosto de 1714) tomara otra vez las armas. Pero no pasa nada. Este rey, tan extranjero al idioma mismo de sus súbditos, que no entiende lo que se dice en su Consejo, no puede ser otra cosa que el instrumento dócil de la oligarquía reinante. Después de perder Landau (el 11 de junio), Spier y Fribourg (el 3 de noviembre de 1713), el emperador Carlos VI decide también mandar al príncipe Eugenio tratar con Villars en Rastadt (el 7 de marzo de 1714). De la sucesión de España, conserva los Países Bajos y las posesiones italianas (a excepción de Sicilia).

Pronto en sacar la lección de los acontecimientos y muy consciente del

peligro que representaban para el futuro, por una parte, Inglaterra, colocada en posición de árbitro de Europa, y por otra, las dos jóvenes y ambiciosas dinastías de Brandeburgo y de Saboya, Luis XIV inicia, antes de morir, una media vuelta diplomática hacia un acercamiento a Austria. Pero sus proyectos, descartados como el testamento del gran rey por las intrigas de la Regencia, tardaron en realizarse, en muy malas circunstancias, hasta el canje de alianzas de 1756.

Francia, financieramente agotada

En esta prueba de fuerza, de la cual salía Francia intacta pero agotada, paralelamente al esfuerzo militar, ingentes sacrificios financieros habían sido consentidos por la nación. Con diversas fortunas, bajo jefes de desigual valor, a pesar de un régimen fiscal y de una organización de tesorería desastrosos, que entregan el Estado a las empresas de los arrendatarios y otros piratas de la Finanza internacional.

Si Colbert había restaurado la moneda, gracias a una balanza comercial favorable en período de paz, no había conseguido realizar las reformas proyectadas en este terreno. Entonces nada se había dispuesto para hacer frente a las grandes coaliciones de la Liga de Ausburgo y de la Sucesión de España. Ante las exigencias crecientes de la Tesorería, los gastos de la guerra, la carga de las expensas exteriores del Estado, subsidios diplomáticos, pensiones, mantenimiento de los ejércitos en el extranjero, compras de suministros, etcétera, se debió recurrir a los expedientes clásicos de la época para obtener los fondos necesarios.

País en el cual el ahorro se esconde con preferencia en las medias de lana, Francia padecía una penuria de especies. Según las evaluaciones de Arnould (en francos «germinal»), sus existencias habían disminuido de un billón en 1683 a 954 millones en 1693, 800 en 1697 y 731 en 1715. En la hora más crítica, el envío de la vajilla real a la Moneda en 1693, proporcionó un suplemento de tres millones de libras de especies, y por otra parte los corsarios de Saint-Malo llevaron del mar del Sur en 1709, 30 millones cuya mitad «prestaron» al rey.

Como el país vivía bajo el régimen de bimetalismo, se encontraban en circulación monedas tanto de oro como de plata, evaluadas en moneda de cuenta, es decir, en «livres tournois» (de Tours, originalmente). Así que variaba la relación legal entre ellas (13,7 en 1660; 14,7 en 1669 y hasta 15,6 en 1693, para volver a 15,4 en 1701 y hasta 15 en 1709). Puesto que su valor intrínseco dependía de la cotización de los metales preciosos, arbitrada en Amsterdam (por el enemigo).

Con el fin de restablecer el equilibrio, de evitar la salida y de alentar la entrada de especies y de flexibilizar su tesorería, el Estado se vio obligado a manipular su moneda. Según una técnica bastante compleja, antecediendo varias «disminuciones» (en valor de cuenta) puramente nominales a unos «aumentos» (en valor de cuenta), mejor dicho devaluaciones reales (con nueva acuñación a veces imitada en el extranjero o clandestinamente). Así desde

la muerte de Colbert en 1686 hasta 1709, se sucedieron las mutaciones. Entre cuarenta modificaciones del valor legal del luis de oro y del escudo, el peso de oro fino correspondiente a la libra «tournois» (moneda de cuenta) bajó de 1/40 a 1/60 de marco, o sea una pérdida de una tercera parte de su valor en metálico. Los principales «aumentos» (léase devaluaciones) llevaron el luis de oro de 11 libras bajo Colbert a 11 libras 10 sols en julio de 1686; 12 libras 10 sols en diciembre de 1689; 14 libras el 2 de octubre de 1693; 15 en mayo de 1704 y 20 en mayo de 1709. Y el escudo: de 3 libras 6 sols en enero de 1690 a 3 libras 12 sols en octubre de 1693, 3 libras 16 sols en en noviembre de 1701, 4 libras en mayo de 1704 y 5 en mayo de 1709. Cada una de estas «reformaciones» brindó al Tesoro entre 20 y 25 millones de libras y hasta 52 en 1693 (cuando, por ejemplo, por el mismo valor nominal de 111 libras 12 sols recibió 36 escudos de 3 libras 2 sols y restituyó 31, quedaron 5 en sus cajas). Mientras la gente se mantenía fuera del juego, el Estado realizaba un beneficio sobre la acuñación, conservaba las especies en caja, reducía su deuda perpetua y a veces se aprovechaba de una desmonetización próxima para convertir rentas (como Chamillart en 1703) o modificar asignaciones de corto o largo plazo (como Desmaretz en 1708). Además, luises y escudos atesorados tenían que salir de sus escondites a cada «reformación».

Pero como las devaluaciones no bastaban para proporcionar el «nervio de la guerra», hubo que recurrir a la inflación. Inflación fiduciaria, con la emisión masiva de «billetes de moneda». Inflación de crédito: con la utilización de letras de cambio artificiales para movilizar fondos de los banqueros. Al principio, los «billetes de moneda» no eran más que recibos de las monedas, en instancia de nueva acuñación (1693). Como la operación fue más lenta, los portadores recibieron un interés de 4 % (el 25 de octubre de 1701) y hasta 8 % (el 8 de diciembre de 1703); entonces circulaban por un valor de 6,7 millones. Después funcionó la estampa, alcanzando la circulación 180 millones en octubre de 1706. En consecuencia, se depreciaron los billetes en el 14 % (abril-junio), 28 % (julio-septiembre), 53 % (octubre-diciembre de 1706), hasta 63 % en mayo de 1707. Después de la crisis de 1709, se intentó enjugar esta inflación por todos los medios.

Una tentativa para movilizar directamente el ahorro había fracasado por otra parte. Creada por Colbert en 1674, la «Caja de Empréstitos» recibía depósitos a corto plazo contra certificados o «promesas», pero, seis años más tarde, como sus reservas no permitían los reembolsos, Le Pelletier la suprimió a la muerte de Colbert. Sin embargo, abrió de nuevo sus ventanillas el 11 de marzo de 1702 para recibir depósitos a plazo fijo llevando 8 % de interés, pero como el 1 de abril de 1705 no estaba en posición de reembolsar sino la mitad en billetes, resintió el contragolpe de su depreciación.

Arrendatarios, contratistas y sobre todo banqueros como Samuel Bernard se engordan

Las estructuras financieras del Estado están en esta época a la vez tan complejas y tan rudimentarias, que financieros y banqueros tienen el juego

fácil. Por cierto, los oficiales de Hacienda administran los fondos y ordenan los gastos. Pero, con excepción de la «talla» y de la «capitación», repartidas por las colectividades locales, todos los otros ingresos son recobrados por arrendatarios o contratistas. Para un Estado siempre corto de recursos, el sistema tiene la ventaja de que estas compañías (que disponen de muchos fondos, al colocar billetes al portador entre los financieros) pueden adelantar grandes cantidades, y una vez en el engranaje, no pueden negar empréstitos (puesto que siempre pesa sobre ellos la amenaza de una Cámara de Justicia). Pero a gran riesgo, inmenso provecho. A los «arrendatarios unidos» correspondía la recaudación de unos 60 millones de libras al año (con un beneficio calculado al 1/6 o al 1/10 «dentro» sobre el producto nominal, y a 2 sols por libra «fuera»). De manera que en realidad cobran una cuarta parte de los ingresos; durante la guerra de la Liga de Ausburgo, el Estado cobró 350 millones y los arrendatarios 107, y durante la guerra de Sucesión de España, fue peor todavía.

Esta situación provoca el escándalo. Durante todo el siglo XVII una serie de obras denuncian los desmanes de los financieros, las de J. de Beaufort en 1615. «La caza a los ladrones», de J. Bourgoin (1618), que promete a la venganza popular a 120 contratistas, disponiendo de 15.000 a 20.000 libras de renta y de las más bellas residencias. Las de Boisguillebert, teniente general del «bailliage» (prefectura) de Ruan: «Francia en detalle» (1697), «Los medios... para restablecer del Estado» (1707), la «Disertación sobre la naturaleza de las riquezas». Precursor de los «fisiócratas», el autor considera el dinero sólo como la prenda, el signo necesario para la transferencia de los bienes reales y condena a los financieros cuyo principio es que «Francia es un país enemigo, cuya ruina no puede suscitar el menor escrúpulo». Finalmente, el famoso libro de Vauban, el «Diezmo real» (1707), propone la sustitución de las múltiples tasas existentes (tan mal repartidas y recogidas que una cuarta parte queda entre las manos de los contratistas) por un impuesto general y único sobre la renta, pagadero sea en natura (sobre el producto de la tierra) o sea en dinero (para otros bienes). Para imponer estas reformas, Vauban no se inclina hacia medidas de estilo «liberal» (que sólo incrementarían la influencia de los adinerados), sino que desea fortalecer la autoridad del rey.

Por desgracia, se aproxima el día en el cual estos financieros, vomitados por La Bruyère con virulentas palabras: «almas sucias, amasadas con barro e inmundicia, dedicadas al provecho... Tales gentes, quizá no son siquiera hombres... pero tienen Dinero», serán los amos de Francia, como ya lo son de Holanda y de Inglaterra. En el reinado de Luis XIII, Richelieu había llamado a su servicio a Particelli d'Emery, de Luca, instalado como banquero en Lyon, que desempeñó la función de controlador general de las Finanzas, entre 1643 y 1648, cuando Mazarino tuvo que abandonarle al resentimiento de los parlamentarios. También recurrió a los buenos oficios de grandes banqueros hugonotes, como los Tallemant (cuya casa fundó en Burdeos Gedeón Tallemant, tesorero del rey de Navarra), que se interesaban en el comercio de ultramar. Sus parientes Rambouillet, secretarios de la Cámara de Hacienda, administraban su fortuna personal. Fue la viuda de Antoine de Rambouillet, Mme. de la Sablière, la que mantuvo durante veinte años en su hotel una corte liberal, el salón más de moda de París. Durante el mismo

período, los banqueros judíos de Metz y de Alsacia trabajan enlazados con los de Holanda y de Francfort.

Bajo Luis XIV, Colbert colaboró con Evrard Jabach, llegado de Colonia a París en 1642, quien movilizó el ahorro, colocó las acciones de las compañías marítimas, del puerto de Lorient, subvencionó las manufacturas, administró la de Aubusson, y se hizo célebre por la colección de cuadros que vendió al rey en 1670. Ex-controlador general con Mazarino, Herbert cayó en desgracia con Fouquet y le siguió Pellissari, tesorero general de la Marina. Cediendo a continuas presiones, Colbert se resignó a excluir a los protestantes de los oficios de Hacienda (según el reglamento de los arrendamientos del 11 de junio de 1680, confirmado por una ordenanza del 17). Pero, como banqueros, les encontramos en una posición dominante. De manera que Luis XIV, luchando contra una cruzada protestante, no tuvo más remedio que recurrir a unos comanditarios hugonotes.

Mientras los financieros se encargan de recaudar los ingresos del reino, como arrendatarios o contratistas (según el ejemplo de los «publicanos» de la Antigüedad), el papel de los banqueros consiste en suministrar especies y lingotes de oro y plata a la Moneda, en remitir fondos al extranjero y en descontar las letras públicas o semipúblicas, poniendo al servicio del Estado, en las dos primeras operaciones, sus enlaces internacionales, y en la tercera, su crédito comercial. Y, en este terreno, los hugonotes son los amos del mercado. Protestantes que se quedaron en Francia, o neo-convertidos, colonias de refugiados en el extranjero, emigrados regresados con pasaporte extranjero, suizos y holandeses establecidos en Francia y oligarquía de Ginebra, constituyen una red completa de intereses estrechamente ligados entre Londres, Amsterdam, Ginebra y Lyon. Disponen no sólo de sus propios fondos, sino de la masa de capitales que esperan evadirse de Francia aprovechándose de los arreglos internacionales de pagos. Principalmente hacia Ginebra, centro del Refugio, donde reinan en los Consejos de los 25 y de los 200 un número cada día más reducido de familias (178 en 1570, 94 en 1734; entre los cuales los Lullin ocupan respectivamente 15 y 97 escaños, los Pictet 13 y 75, los Calandrini 8 y 43, mientras los Tremblay cuentan 108 parientes en el Consejo de los 200, o sea la mayoría absoluta).

En el centro de esta constelación, en el firmamento de la Finanza, se destaca Samuel Bernard como una estrella de primera magnitud. Su ascensión ha sido prodigiosa. De familia judía de Amsterdam, fue bautizado protestante el 3 de diciembre de 1651 y católico el 17 de diciembre de 1685. Su padre era miniaturista en la Real Academia. Figura en 1682 en la lista de protestantes que deben convertirse, establecida según las órdenes de Seignelay por el teniente de policía La Reynie, como comerciante de segunda categoría, pañero-joyero, calle Bourg l'Abbé, en París, con la mención modesta de «buen comisionista». Su primera esposa, Madeleine Clergeau, era hija de un fabricante de «moscas» en la calle Saint-Denis. De repente, en 1687, sale como banquero, quizá porque su hermana se había casado en 1679 con un judío auténtico, Jeremia Horquelin, cuyo banco de Amsterdam tenía corresponsales en Inglaterra y Alemania. Diez años más tarde, Dangeau le designa como «el más grande banquero de Europa» y Saint-Simon, «el más rico de Europa, haciendo el más importante y seguro tráfico de dinero». En

recompensa por haber suministrado en Dantzig 200.000 escudos para la elección del príncipe de Conti en Polonia, Luis XIV le confirió letras de nobleza en 1683. Entonces figura en el Almanaque real de 1702 como «Mr. de Bernard, calle y plaza Luis el Grande», y en 1705 con la rúbrica «Mr. le Chevalier de Bernard, plaza de las Victorias». A la muerte de Luis XIV recibirá los títulos de conde de Coubert y de consejero de Estado y se casará de nuevo con la hija del marqués de Miry. Sus hijos contratarán brillantes alianzas con Mlles. de La Messelière, de Saint-Chamans, de Boulainvilliers, y con los más célebres nobles o togados de Francia, los Lamoignon, Clermont-Tonnerre, Cossé Brissac. Propietario del más bello hotel de París, su fortuna evaluada en más de 30 millones (en gran parte al amparo de su corresponsal en Amsterdam, André Pels) le valía, pues, una consideración que sus manipulaciones y su bancarrota de 1709 no destruyeron, en una sociedad en la cual el dinero prevalecía más y más. En cuanto al respeto, era otra cosa, de manera que cuando d'Artagnan no vaciló en «desgastar» (saquear) la propiedad que el gran banquero (recién convertido) tenía en Chennevières, provocó más risas que lamentos (la factura de indemnización presentada por Samuel alcanzaba la cantidad de 10.016 libras «tournois»).

Sin embargo, los comienzos del banquero habían sido modestos. Durante el período 1690-1700, mientras financiaba unas compras de trigo, suministraba a la Moneda especies de oro y plata. Así contrató (con el concurso de un consorcio de Ginebra, Fr. Fatio, Calandrini, y Hertner, de Lyon) con el controlador general Pontchartrain (8 de febrero y 11 de abril de 1695) el suministro de cuatro millones de antiguos louis y de doblones españoles, con condiciones muy provechosas para él. Pero llegó difícilmente a cumplir su promesa y en 1696-98 Hogguer y los de Saint-Gall (que se beneficiaban de privilegios para la salida de los especies, producto de sus operaciones) le quitaron el monopolio, proporcionando una cantidad de 8.254 marcos de oro.

Nombrado a la vez controlador general de Hacienda y secretario de Estado para la Guerra en 1701, Chamillart aceptó las ofertas de Samuel y le concedió un casi-monopolio de sus remesas en el extranjero (cuatro a cinco millones de libras al mes entre 1704 y 1708). Llegado al apogeo de su poder durante la guerra de Sucesión de España en 1706, su insolencia y pretensiones le merecieron de un cronista el juicio que «sostenía al Estado como la cuerda al ahorcado». Sin embargo, su crédito quedaba bastante limitado en Francia. Entonces, ¿de dónde sacaba los fondos, al parecer inagotables, con los que maniobraba? Nos ofrece la llave del misterio Barbier al escribir, cuando muere, en su «Diario»: «Se dice que su fortuna comenzó con las dificultades de los hugonotes, obligados a marcharse, que le dejaron sus poderes». Mejor dicho, como Herbert Lüthy: «toda una historia subterránea del refugio, pasó por sus escritorios». Lo que equivale a decir que se aprovechó de las necesidades del Tesoro en el extranjero para organizar la evasión de los capitales protestantes, con un doble provecho para él mismo.

En realidad, su red de agentes y corresponsales, enteramente protestantes, le permite arramblar especies en Francia para mandar al extranjero, acumulando, en estas remesas, el margen (al tanto alzado) tolerado por Hacienda (variable entre 8,50 % en 1701 y 13 % en 1707), con el reembolso de «pérdidas sobre las especies», y los beneficios de las cotizaciones en Italia (entre 14

y 20 %), lo que deja en sus manos cerca de 50 % de los pagos efectivos (1.053.000 libras de dos millones pagados). En 1704, suministra la casi totalidad de las remesas: Flandes, Baviera, Colonia, Suiza, Saboya, Italia, y recibe 41.426.666 libras para pagar 35.700.000. Sus operaciones, que dejan al menos un margen de 40 %, se cumplen con el concurso de las casas de Amsterdam ya mencionadas, del gran banco judío de los hermanos Sacerdoti en Génova, asociados con Castelli de Milán, de Calandrini y de Huguetan en Ginebra. Pero Samuel Bernard se pelea con este último que aplasta (en marzo-abril de 1705). Entonces Huguetan, refugiado en Holanda, denuncia las dificultades de Francia, que tiene un déficit de 170 millones entre sus gastos y sus ingresos cada año. De manera que, el 5 de mayo de 1707, Marlborough le introduce para que presentara en los Estados generales de las Provincias Unidas un informe sobre el modo más seguro de estrangular las finanzas del gran rey.

Sin embargo, los tráficos de Bernard despiertan alguna desconfianza. El 28 de octubre de 1705, se le quita las remesas de Italia para confiarlas a Hogguer. Al final del año Montgelas, tesorero del Extraordinario de la Guerra, le pide justificaciones que entregará sólo dos años más tarde. Pero el regreso de Montargis a estas funciones, le permite recobrar su monopolio, al final de 1706. Como está bastante mal colocado en Lyon, pide la ayuda de Jean Nicolas, refugiado del Languedoc en Ginebra, ex-asociado con Jean-Antoine Lullin, banquero internacional conocido por su habilidad en deshacerse de sus billetes de moneda, en cantidad igual a las piastras que proporciona.

Puesto que la devaluación vertical de estos billetes compromete las disposiciones de Chamillart. Consigue convertir 100 millones en rentas sobre el Hotel de Ville y sustituir parte de ellos con 72 millones de billetes «reformados» (pero estos últimos se desvalorizan también de 33 % en 1708 y de 50 % más tarde). Agotados sus expedientes, Chamillart se marcha y su sucesor, Nicolas Desmaretz, sobrino de Colbert, expone el balance de las finanzas (el 20 de febrero de 1708). Existen entonces en circulación cerca de 300 millones de papeles del Estado (82 de billetes de moneda, reformados o no, 54 convertidos, 60 de «promesas» de la Caja de la Gabela de la Sal, 62 de billetes del «Extraordinario» de la Guerra), más 102 millones de deudas a los tesoreros. El conjunto alcanza la cifra de 483 millones. Los ingresos se «comen» por adelantado: 55 millones sobre 1708, 14 sobre 1709 a 1712. Quedan en caja 20 millones para cubrir las expensas ordenadas en 1708.

¿Qué se puede hacer? De inmediato, recurrir a más expedientes: sacar 33 millones de la emisión de 2,1 millones de rentas, 11,5 millones de la creación de oficios, 36 de varios contratos de asuntos extraordinarios. Pero el nuevo controlador general, más competente que sus antecesores, intenta salir de la zanja rechazando la dominación de los financieros y banqueros. Con el fin de reducir su papel, organiza una Caja de los Cobradores generales (al final de 1710) o Caja de Legendre (su director), que, centralizando ingresos y gastos, alimentará la Tesorería. Y como las remesas al extranjero se encuentran reducidas, puesto que Francia no tiene más ejércitos fuera de sus fronteras y que España, aliada, suministra directamente especies, no recurrirá tanto a los servicios onerosos de los banqueros.

Quiebra de la plaza de Lyon

Las especulaciones y tráficos de estos últimos conducen por otra parte a la resonante quiebra de 1709, que arruinará definitivamente la plaza de Lyon como mercado financiero internacional. Como Bernard, Nicolas y sus acólitos estaban demasiado comprometidos como para poder frenar al darse cuenta de las dificultades de la casa Sacerdoti en agosto de 1707, en el vencimiento de «Reyes» (marzo) de 1708, Bernard debía 14 millones de libras de letras y billetes. Tenía en caja, como contrapartida, papeles (billetes, por las dos terceras partes) por un valor de 18 millones. (Durante dieciocho meses, su corredor Castan ha colocado así más de 115 millones de letras.) De un vencimiento a otro, de trime tre a trimestre, las prorroga, aumentando cada vez en una tercera parte su valor nominal. Para alentar a los compradores, se les pide sólo 3/4 ó 2/3 de la cantidad, siendo el último 1/4 pagable en billetes en el momento del reembolso. Los portadores, banqueros en su mayoría, esperando la depreciación de los billetes, no constituyen esta seudoprenda que recibían como «prima». De manera que en «Reyes» de 1709 un Barthelemy Favre, por ejemplo, hubiera tenido que presentar 1.600.000 libras en billetes, pagándole Bernard 1.500.000 libras en letras. Esta clase de operaciones prometían un beneficio de cerca de 100 % —con la condición, claro, de que llegaran a buen fin.

Pero la bomba de Finanzas, que acusó fallos en Pascuas de 1708 (cuando Saladin y los Hogguer se encontraron en apuros) se bloqueó completamente en «Reyes» de 1709. Los acreedores, atemorizados por un invierno catastrófico y por una sucesión de fracasos militares, exigieron el reembolso en especies. La pirámide tan imprudentemente edificada, se derrumbó. De 70 millones de compromisos, fueron honrados 45. Se prorrogó tres veces el vencimiento de «Santos», y Bernard tuvo que sustituir 30 millones de letras por 38 en «Reyes». Entre los más comprometidos de sus colegas, Jean-Antoine Lullin tomó por 7,5 millones, para no conservar más de 3,5 millones. Por su parte, Gédéon Mallet y Cramer tomaron millón y medio. Y se colocaron en Ginebra entre 13 a 14 millones de letras de Bernard.

Para salvar, aunque provisionalmente, los pagos de Lyon, Desmaretz tuvo que intervenir. Como un proyecto de Banco central, concebido por Bernard, con el apoyo de Lullin, aprobado por el Consejo (el 24 de enero de 1709), fue rechazado por el Consejo de Comercio, no hubo más remedio que apoyar a Bernard. Se le concedió 10 millones de contratos de renta sobre los notarios y cuatro sobre el Hotel de Ville, pero se le obligó a consentir sobre los billetes que debía devolver (devaluados en el 5 % entre el público) un descuento de 25 % (cuando no estaba dispuesto a acordar más de 10 ó 15 %). Finalmente se hizo la liquidación con la retirada de 30 millones de letras y la prórroga de dos millones. Un primer decreto del Consejo (26 de septiembre de 1711) ordenó el visado del resto (con justificación de la «prenda» en billetes). Y un segundo pronuncia la anulación de 2,7 millones de letras (el 17 de octubre de 1713). Se produjeron quiebras en cadena (Lullin y Marcet, Tourton, Hogguer, etc.) tanto en Ginebra como en Lyon, abandonado por cerca de 40 banqueros protestantes, que «subieron» a París, para seguir más de cerca la suerte de sus papeles, antes de participar en las especulaciones del «Missisipi».

Mientras tanto, Bernard, que naturalmente había salvado su fortuna, veía su papel reducido a sus relaciones con Amsterdam (André Pels) y Amberes (L. F. de Coninck) a algunas remesas (un millón al mes para el ejército de Flandes) y a algunos adelantos a la Caja de Legendre (0,5 a 2 millones al mes en 1713-14). Volviendo a su primera actividad suministraba todavía oro y especies a la Moneda, pero, sobre todo, financiaba a los suministradores de trigo, Farges, los hermanos Pâris y otros. No sin que estalle otro escándalo en 1714. Encargado por Desmaretz de buscar fondos después de la paz de Utrecht, Bernard negoció la emisión de 30 millones de billetes con la Caja de Empréstitos, consiguió a través de astutas indiscreciones provocar un alza de 35 a 85 % y realizó un considerable beneficio, sobre el cual remitió al rey cuatro millones para las fiestas de Fontainebleau. Luego, los billetes, depreciados, conservaron el nombre de «bernardinos».

Desmaretz restablece la situación

Mientras Bernard continuaba así sus tráficos, el controlador general Desmaretz conseguía una notable restauración financiera, que acompañó el restablecimiento militar del final del reinado. Durante cinco años, entre 1709 y 1714, los arrendamientos generales fueron administrados directamente, sin los contratistas. Un impuesto del Décimo (o Diezmo), creado en 1710, inspirado en el «Diezmo real» de Vauban, preludaba a una reforma que, desdichadamente, no pudo realizarse. Mientras tanto, por su parte, la Caja de Legendre, centralizando los recursos del Estado, seguía alimentando la Tesorería.

Desmaretz se empeñó en sanear la moneda. Gracias al aporte de 30 millones en oro y plata por los corsarios de Saint-Malo, se retiraron de la circulación 43 millones de billetes. En octubre de 1710 una parte de los 30 millones restantes se convirtió en rentas. Pero, como persistía la guerra, la masa de efectos subió otra vez de 293 millones en marzo de 1708 a 597 en septiembre de 1715 y la cantidad de gastos anticipados de 55 a 137 millones. Sin embargo, una vez franqueado este paso difícil, Desmaretz emprendió la deflación. La libra «tournois» (de cuenta), devaluada de 1/27 a 1/40 de marco hasta 1709, se restableció durante los dos últimos años del reinado, 1713-15. Lo tradujo el barómetro de los cambios en Amsterdam pues, de 100 cerca de 1680, cayó a 80 en 1709, para alcanzar de nuevo 100 en 1715. Luego bajó a 80 en 1716 y se hundió hasta 56, bajo la Regencia.

Entonces se perderá este esfuerzo de restauración financiera después de la muerte del gran rey (el 1 de septiembre de 1715), como su diplomacia, como todo, pues se encontrará el país entregado a las intrigas de la conspiración internacional, impaciente por establecer en Francia el mismo régimen de corrupción política que prevalecía ya en Inglaterra.

CAPITULO XIII

LA CORRUPCION DE LA REGENCIA ENTREGA A FRANCIA Y A EUROPA A LAS INTRIGAS DE LAS SOCIEDADES SECRETAS

Se enfrentan dos herederos: los duques de Maine y de Orléans

Antes de la muerte de Luis XIV, aún viviendo el rey, se habían formado cábalas alrededor de sus sucesores eventuales. El «gran delfín» reunía en Meudon a los Conti, Vendôme y su clientela de «libertinos». El segundo clan reagrupaba, alrededor del «nuevo delfín», el duque de Borgoña, casado con la brillante Adelaida de Saboya, todo el partido de Fenelon, Beauvilliers, Chevreuse, Saint-Simon, muy prontos en soñar planes de reforma (restauración de los «Consejos», de las asambleas provinciales, de los privilegios de la nobleza), todo mezclado con proyectos de lucha contra el jansenismo... y de bancarrota financiera. La tercera camarilla reunía, alrededor de Mme. de Maintenon, a los tradicionalistas, antiguos amigos del rey, Boufflers, Villeroy, Harcourt y a los bastardos de Mme. de Montespan, legitimados, el duque de Maine y el conde de Tolosa, declarados aptos a suceder en el trono en julio de 1714, después de la muerte del duque de Berry, víctima de un accidente de caballo el 26 de abril.

Golpeando sin cesar, la muerte había segado, uno después de otro, la vida de los herederos naturales del rey. El 10 de abril de 1711, el «gran delfín» había perecido, probablemente a causa de las viruelas. El 12 de febrero de 1712, le tocaba el turno a la duquesa de Borgoña, la preferida del rey. Debatían todavía los médicos sobre las causas de su muerte, cuando su marido, el 18 de febrero, y su hijo el duque de Bretaña, el 7 de marzo, la siguieron a la tumba. Sólo el pequeño duque de Anjou, protegido de los médicos por su gobernante, Mme. de Ventadour, consiguió escapar. ¿Epidemia o veneno? ¿Quién asesinaba a la familia real? ¿Los médicos, por su incompetencia, sus remedios, peores que el mal, o este ambicioso de la rama menor, tan desacreditado por sus malas costumbres, que codiciaba el trono? Ya, bastaba. Tanto la Corte como la ciudad acusaban al duque de Orléans. En las exequias del duque de Borgoña, se intentó lincharle y debió esconderse. Sin embargo, como

el pequeño duque de Anjou no tenía más que cinco años, en la competición para la Regencia, venía solo con el duque de Maine.

Nacido, el 4 de agosto de 1674, de un padre «Monsieur», tan afeminado como su esposa, «Madame» la princesa palatina era hombruna, el duque de Chartres había dado prueba de su valor en Steinkerque y en Neerwinden, de tal manera que (para salvar toda comparación con la exagerada prudencia del duque de Maine) se mantuvieron en reserva sus talentos militares hasta que participó en la campaña de Italia, dirigiendo la retirada hacia los Alpes del ejército derrotado de La Feuillade. Mandado más tarde a España para apoyar a Felipe V, se apoderó de Lérida el 12 de octubre de 1707. Pero sus agentes hablaban demasiado, y lo que decían olía a traición. Uno, Deslandes de Regnaud, le presentaba como el sucesor posible de Felipe V. A otro, Flotte, se le sorprende con una carta del ministro inglés Stanhope, reveladora de sus manigancias. De manera que Felipe V, a instigación de su esposa María-Luisa de Saboya y de la princesa des Ursins, amiga de Mme. de Maintenon, pidió que se le mandara volver.

Caído así otra vez en desgracia, el duque de Orléans buscó consuelo en su vida de libertino. Casado, en contra de su voluntad, con Mlle. de Blois, una hija legitimada de la Montespan (el 28 de febrero de 1692), mantuvo durante diez años lazos sentimentales con Mlle. de Séry, condesa de Argenton, con la cual rompió en 1710 (a instigación de su amigo Saint-Simon). Corrió el rumor de sus relaciones incestuosas con su hija, la histérica Isabel, casada el 7 de julio de 1710 con el duque de Berry. Sus juergas, sus orgías del Palais-Royal provocaban incesantes escándalos.

De inteligencia muy abierta, tuvo como preceptor, después de Saint-Laurent, al más rematado pícaro del siglo, el abad Dubois. En su juventud recurrió a veces al apoyo financiero del marqués de Feuquières, sobrino de Luxembour y descendiente de Manasses du Pas, y, como él, se dedicó a la magia, a la astrología, a la búsqueda de la piedra filosofal. Un amigo de Feuquières, el alquimista Humbert, antaño implicado en el asunto de los venenos, trabajaba en su laboratorio. Lo que acreditaba las sospechas de las que era objeto. Sus manigancias con Inglaterra, que habían motivado su desgracia, justificaban plenamente la desconfianza. Aprovechándose de su misión en Londres con los negociadores del acuerdo con Guillermo III sobre la sucesión de España, Dubois había expuesto a Stanhope todo lo bien que podría resultar de la entronización en Francia de la rama menor de los Orléans. Dándose cuenta de lo que pasaba, el embajador Tallard exigió su expulsión. Pero continuó la intriga, puesto que el regreso del príncipe de España fue motivado por el descubrimiento de una carta de Stanhope.

Tal era el competidor del duque de Maine para la Regencia. Claramente desprovisto de talento militar —lo que dañaba su prestigio—, este último demostraba muy serias disposiciones para el gobierno y la diplomacia. Pero, para la Corte y los Grandes, no pasaba de ser un bastardo legitimado, hijo de la Montespan. ¿Se atrevería el viejo monarca a imponerle como Regente? A pesar de sus sospechas y sus aprensiones en cuanto al futuro, a pesar de las presiones que se ejercían sobre él, en el artículo de la muerte Luis XIV se reveló demasiado respetuoso de las reglas dinásticas, como para ignorar

los derechos del duque de Orléans. De manera que su testamento, depositado en el Parlamento el 27 de agosto de 1714, era un compromiso entre sus angustias y sus escrúpulos: confiaba la Regencia a un Consejo de 15 miembros, presidido por el duque de Orléans, pero integrado por los que podían servirle de contrapeso; al duque de Maine y a Villeroy reservaba la tarea de cuidarse de la seguridad y de la educación del joven rey y un codicilo les daba el mando exclusivo del cuerpo de élite de la «Maison du Roi», la Guardia.

Lord Stairs juega y gana.

¿Murió Luis XIV con la ilusión de que se respetarían sus últimas voluntades? Lo mismo que, al concluirse la paz, se desencadenó un frenesí de placeres, las fuerzas de la oposición, liberadas por su muerte, reaccionaban contra su política. El Parlamento, jansenista en su mayoría, la nobleza codiciosa, tal Saint-Simon, la ex-camarilla del duque de Borgoña, los banqueros Crozat, Samuel Bernard, los hermanos Pâris, filósofos y libertinos, apostaban sobre el duque de Orléans. Intimo amigo de Stanhope, el nuevo embajador de Inglaterra, lord Stairs (nombrado el 29 de enero de 1715), se empeñó en reagrupar estas facciones y en enlazar el destino del futuro Regente al de su primo hermano (por la Palatina), Jorge I de Hanover. De manera que, una vez en el poder, el duque de Orléans cubriría los desmanes de los especuladores y permitiera la instalación del armazón masónico, instrumento de penetración y de dominación mundial de la oligarquía internacional establecida en Londres.

Entonces, lord Stairs, con la connivencia del abad Dubois y del conde de Noailles, preparó el guión que condujo al duque de Orléans a ejercer completamente y solo la Regencia. Para eliminar a un tercer candidato posible, Felipe V, se paró todo el correo en el momento de fallecer el rey, así pasó una semana hasta que su nieto se enterara de la noticia. Oficialmente el rey de España se había reconciliado con el duque, pero alentado por el abad Alberoni (hombre de confianza de su segunda esposa Isabel Farnese), mantenía en secreto sus derechos y había encargado a su embajador, Cellamare, la tarea de organizar a sus partidarios. Falsa maniobra que, debilitando al duque de Maine, favoreció más bien al duque de Orléans.

Cuando se convocó al Parlamento, el 2 de septiembre de 1715, para examinar el testamento real, ya todas las precauciones habían sido tomadas: fuera, al comprar el abad Dubois la ayuda del duque de Guiche, comandante de la Guardia, como dentro, al distribuir promesas a todos. A la nobleza, a la Saint-Simon, tan apegada a sus prerrogativas, devolverle el saludo del Primer Presidente, restablecerla en sus privilegios, sustituir a los secretarios de Estado (agentes dóciles del poder), Consejos a la española, donde tendría la preponderancia. Al Parlamento, devolverle íntegramente su derecho de amonestación. De manera que, cuando se produjo la disputa entre los duques de Maine y de Orléans, se les rogó a los dos retirarse y se rompió el codicilo sobre el mando de la «Maison du Roi» (Guardia), dejando sólo al duque de Maine el control sobre la educación del joven monarca, sin autoridad efectiva.

Siendo ratificadas estas medidas el 16 de septiembre, el duque de Orléans tiene las manos libres para ejercer la Regencia. Si debe mantener en su Con-

sejo de doce miembros, una mayoría de los nombrados por el gran rey, designa a sus clientes para presidir los otros Consejos: el duque de Noailles en Hacienda (aunque acepte propinas), en el Consejo de «Conciencias» su tío el cardenal de Noailles (donde se introducirá también el abad Dubois), d'Huxelles en Asuntos Exteriores y el duque de Antin (cuyo papel masónico relataremos más tarde) en el Interior (Conseil du Dedans).

«Entente cordiale»: Hanover-Orléans; Dubois-Stanhope

El acercamiento es inevitable entre la dinastía de Hanover, todavía mal establecida en Inglaterra y la rama menor de los Orléans, provisionalmente investida del poder en Francia. Temiendo nuevos conatos de desembarco del pretendiente Estuardo, Jorge I se aprovecha de las buenas disposiciones de Alberoni —que concede al comercio británico ventajas exorbitantes en América— para negociar con España (18 de septiembre-15 de diciembre de 1715). Por miedo a las empresas del zar Pedro el Grande en Alemania, firma con el emperador el tratado de Westminster (5 de junio de 1716). Después de hablar con Stanhope en La Haya, el 21 de julio, Dubois acompaña a Jorge I a Hánover y para conseguir la conclusión de una «entente» le concede la demolición de Mardyck, noticia que provoca tan enorme escándalo que sólo se concluye el 28 de noviembre un pacto secreto entre Jorge I y el duque de Orléans, que no podrá ser transformado en alianza oficial hasta el 4 de enero de 1717. Y como se necesitara una cantidad de dos millones de libras para comprar su ratificación por el Parlamento británico, el regente las facilitará a Pitt, adquiriendo el famoso diamante del gran mogol, que conservará su nombre. Así, para salvar su posición personal ha sido conducido por su ángel negro, Dubois (pronto designado como embajador en Londres), a concluir esta primera «entente cordiale» que, reduciendo a Francia al papel de brillante segundón, comprometía gravemente su restauración marítima y colonial.

Por el momento, como el emperador se adhirió a la Triple Alianza el 2 de agosto de 1718, permitió a la flota inglesa dominar el Mediterráneo, después de la derrota infligida por el almirante Byns a los españoles en Passaro, en Sicilia, el 11 de agosto. Cuando al descubrir la conspiración de Cellamare (en diciembre de 1718, se produjo la detención de sus mensajeros el 5, las pesquisas en la embajada de España el 9 y el arresto del duque de Maine en la fortaleza de Doullens el 28), Francia, siguiendo a su aliada, declaró la guerra a España; Berwick, escocés al servicio de Francia, tuvo el insigne honor de destruir en Pasajes y Santoña buques y astilleros españoles, para el mayor provecho de S. M. británica, mientras la escuadra inglesa penetraba en la bahía de Vigo.

Una Regencia al estilo inglés

Renunciar a la política del gran rey para arrojarse en la imitación desenfrenada de las modas inglesas, era el programa común de todas las camarillas de clientes de la Regencia. Todavía más, quizá, en el terreno financiero, por el afán de participar en el frenesí especulativo que reinaba en Inglaterra.

En la misma sesión de apertura del Consejo de Hacienda (10 de septiembre de 1715) el primer gesto de los privilegiados, togados y nobles que lo componían fue destituir a Desmaretz y liquidar la Caja de los Cobradores generales (agotada por el pago de cinco millones de subsidios a Baviera y de otro a Colonia y Suecia). Lo que equivalía a destruir el crédito del Estado (cuyas «promesas» se hundieron), a abandonar el saneamiento monetario ya iniciado —que necesitaba nada más que diez años de paz— y a volver definitivamente la espalda a los proyectos de reforma fiscal de Vauban.

Entonces, anulando sus compromisos, como lo preconizaba Saint-Simon, ¿el Estado se declarará en bancarrota? En este momento componían la Deuda permanente: dos billones de rentas, cuyo servicio anual costaba al Tesoro 86 millones, y 50 millones de sueldos de oficios alienados (por un capital de 542 millones). A esto se añadía la Deuda flotante: 600 millones de «promesas» y billetes, 185 millones de atrasados de tesorería y 137 millones de anticipos. Por miedo a una revuelta de los rentistas, se prefirió una liquidación parcial: conversión general de las rentas del 8 o del 5 % al tipo único del 4 %, visado obligatorio de todos los efectos (así fueron anulados 400 millones y los otros 190 convertidos en billetes al 4 % el 17 de diciembre de 1715, que se depreciaron rápidamente hasta 37,5 % en abril de 1716 y 60 % más tarde). Los hermanos Pâris, protegidos de Samuel Bernard, encargados del control de la operación, se aprovecharon de esta oportunidad para ensanchar su clientela.

Como tal clase de medidas debía ser impopular, se quiso dar una satisfacción a la opinión pública, siempre hostil a los financieros, creando otra vez, el 14 de marzo de 1716, una Cámara de Justicia. Entre 8.000 implicados, condenó a 4.410, que pagaron al Estado 219 millones y medio de libras. Pero los más gordos escaparon de la encuesta, tasándose a ellos mismos: Samuel Bernard en cabeza, con 10 millones. Luego Crozat, con 6,6 millones. Ex-cobrador general en Burdeos, casado con la hija del banquero Legendre, Crozat se beneficiaba de un privilegio de comercio con la Luisiana; su hermano Pedro había sido tesorero de Francia. Les seguían: Poisson, con 4.446.000, y los hermanos Pâris, con 1.126.000. Pâris-Montmartel (1690-1766) y sus hermanos habían huido del Delfinado, después de especular sobre el trigo durante una penuria. Refugiados en París, traficaron con los suministradores, hasta que Samuel Bernard les ayudó a crear su banco que llegó a ser uno de los primeros de la capital. Recibió Pâris-Montmartel toda clase de dignidades: marqués de Brunoy, banquero de la Corte y guardia del Tesoro real.

Detrás de estos jefes de fila, el cortejo de las Finanzas se componía entonces de tres fortunas superiores a 10 millones, cinco a 8, y de cincuenta oscilando entre 6 y 3 millones. Según los libelos de la época, 60 profesionales de la Finanza y 200 particulares detenían la mitad de los capitales de la nación (lo que indica que el lema de las doscientas familias no nació en 1936). Aparte del agiotaje y del tráfico de suministros, sus beneficios procedían de los arrendamientos (evaluados en 1.3 millones de libras entre 1720 y 1754).

En el conjunto de sus operaciones, la Cámara de Justicia de 1716 fue más simbólica que eficaz. Actuó contra los financieros, los contratistas, algunos funcionarios, los Legendre, los tesoreros del Extraordinario (de las guerras). Pero muy poco contra los banqueros mismos. El teniente de policía d'Argenson

dio prueba de mucho tacto en sus encuestas y Mme. de Parabère, favorita del regente, abrió como una taquilla de «gracias». De manera que de un total de 219,5 millones de multas, apenas 50 cayeron en el Tesoro.

Corrupción y especulación: John Law y el Mississipi

No sólo el regente no combatía a los financieros, sino que iba a entregar Francia a las empresas del más sospechoso de los aventureros, procedente del otro lado del Estrecho. En la misma tarde de su llegada a París (el 29 de enero de 1715), lord Stairs, el embajador británico que hemos visto instalar al regente, recibió a John Law (1671-1729), a pesar de que había sido desterrado de Inglaterra como asesino. Entretanto había sido expulsado de Francia, por causa de su suerte excesiva en los garitos de juego y también porque se le sospechaba de agente enemigo. Pero había estudiado los asuntos financieros en Amsterdam y en Italia, y publicado en La Haya en 1705 sus «Consideraciones sobre el numerario y el Comercio», exponiendo sus teorías. Ahora proponía su panacea a toda Europa: emisión de papel-moneda, sin otro límite que las necesidades del comercio, y capitalismo de Estado con monopolio general. Observándose un curioso paralelismo entre el desarrollo de su sistema y la evolución del régimen financiero de Inglaterra, donde el Banco había empezado con una especulación muy turbia, donde la «South Company» (Compañía del Sur), fundada en 1713 para el «Asiento», se había cargado la Deuda flotante, absorbiendo a los acreedores del Estado como accionistas y donde el «South Sea Bubble» ofrecía un buen ejemplo al «Mississipi».

Aunque presentado con la aprobación del regente y de d'Argenson en el Consejo de Hacienda, su primer proyecto fue rechazado el 24 de octubre de 1715. De trece hombres de negocios consultados, nueve manifestaron su hostilidad, entre los cuales Samuel Bernard, repitiendo los argumentos empleados contra él en 1708-1709. Entre los otros cuatro se encontraban los dos banqueros hugonotes Tourton y Guiguer, que le habían aconsejado en el estudio de su plan. Entre los comerciantes, sólo le apoyaban los dirigentes de la Sociedad del Senegal (rival de la Compañía de Guinea de Crozat), de Ruan y del Havre y algunos de sus colegas de Burdeos, La Rochela y Nantes, con intereses en Inglaterra.

Entonces se contentó con fundar el 5 de mayo de 1716 un banco privado, el «Banco general» (con un capital de seis millones, en 1.200 acciones al portador). La cuarta parte de este capital, que debía ser inmediatamente pagado, se redujo a 375.000 libras en especies. Este establecimiento, que recibía depósitos, no podía emitir billetes por una cantidad superior a sus existencias, practicaba giros en «escudos» de banco de valor fijo y el descuento, al 6 y luego al 4 %, de las letras sobre París. Su papel fue relativamente modesto, a pesar de reiteradas tentativas para que sus billetes sean aceptados por los cobradores de las provincias.

A pesar de este relativo fracaso, Law, siendo apoyado por el regente, intentó paso a paso realizar su primer proyecto. Después de renunciar Crozat a su privilegio a final de agosto de 1717, creó la Compañía de Comercio

de Occidente para la explotación de Luisiana (con un capital de 100 millones en 200.000 acciones, en billetes del Estado, luego convertido en cuatro millones de rentas sobre los arrendamientos). Siguió la transformación del Banco privado en Banco Real (4 de diciembre de 1718), beneficiando del privilegio de emitir billetes, cuyo volumen fijaba arbitrariamente el Consejo. Y luego la modificación de la Compañía de Occidente (después de absorber a otras similares Compañías) en Compañía de las Indias, o del «Mississipi» (mayo de 1719), especializada en la emisión de acciones de carácter especulativo, llamado por los holandeses «wind-handel» o tráfico de viento. Para llegar finalmente a la fusión entre el Banco y la Compañía, el 22 de febrero de 1720.

Mientras tanto, la oposición al sistema había sido superada. El exilio de Daguesseau (16 de enero de 1718), la dimisión de Noailles y el nombramiento del ex-teniente de Policía d'Argenson, luego guardia de los Sellos, en Hacienda, dejaban las manos libres a Law por parte del Consejo de Regencia. El Parlamento, que había considerado como una medida de expoliación un decreto de mayo de 1718 sobre la refundición de las monedas (volviendo la libra tournois de 1/40 a 1/60 de marco), tuvo que inclinarse en un «lit de justice» (sesión real) del 26 de agosto, en el cual el regente impuso también la anulación de las prerrogativas princieras a los legitimados. De manera que Law pudo intentar en La Rochela una experiencia de impuesto proporcional e igualitario sobre la renta.

Pero su gigantesca empresa, asentada sobre una base demasiado frágil, sólo podía conducir a la catástrofe. Tal como el que se coge a tablas podridas para no ahogarse, Law se quitaba de apuros por una inflación constante, anexionando a su Compañía nuevas actividades para crear nuevas acciones, todavía menos garantizadas que las primeras. Inflación de billetes del Banco: de 12 millones al principio a 59 en abril de 1719 y a 640 en diciembre, para llegar a la cifra astronómica de 2.696 millones. Inflación de acciones: al transformarse la Compañía de Occidente, la «madre», en Compañía de las Indias, creación de 50.000 acciones privilegiadas, o «hijas» (en junio de 1719). Luego 50.000 «nietas», al recibir la Compañía el monopolio de la refundición y acuñación de las monedas (el 25 de julio de 1719). Después de quitar el contrato de los arrendamientos (el 27 de agosto de 1719) a la Compañía controlada por los hermanos Pâris (creada con un capital de 100 millones en septiembre de 1718), lo que arrastró la supresión de las Recaudaciones generales (el 10 de octubre de 1719), la Compañía de las Indias debió encargarse de la liquidación de la Deuda pública (1.200 millones de libras el 25 de agosto y 1.500 millones el 12 de octubre), pretexto a la creación de 300.000 acciones en tres tandas, o sea, en total, 624.000 acciones con un valor nominal de 312 millones.

Entonces culmina el agiotaje, favorecido por la introducción del mercado a plazo y al descubierto, importado de Amsterdam. Se ofrecen 11.000 libras en oro por 10.000 de papel; suben las acciones de la Compañía de 5.000 a 18.000 libras. Presentando a la Luisiana como a un «el Dorado», la Compañía vendió sus 624.000 acciones por la fabulosa cantidad de 1.797 millones de libras. Tal locura no podía perdurar. D'Argenson y los hermanos Pâris empezaron a jugar a la baja (21-23 de julio de 1719). La camarilla de los Condé retrajo su dinero en noviembre y Law amenazó con marcharse, cuando

el regente le nombró controlador general (5 de enero de 1720). Como era protestante, el abad de Tencin, hermano de la canóniga, Mme. de Tencin (experta tanto en finanzas como en amor, y amante del abad Dubois), fingió su conversión. Pero, disipada la ilusión, perdida la confianza, ninguna medida restrictiva podía frenar el hundimiento. Ni la prohibición de circulación y de detención de las especies (27 de febrero de 1720), ni la circulación obligatoria de los billetes (28 de enero de 1720), ni la prohibición de salida de capitales, ni la cotización arbitraria de las acciones a 9.000 libras (5 de marzo de 1720), ni el aviso de retirada de la moneda de oro para el 1 de mayo y de la de plata para final de año (9 de marzo), ni la devaluación de las acciones a 5.500 libras en diciembre.

Entonces, los Grandes del «Mississipi», apoyos del Sistema, retiraron sus puestas y escondieron el producto de sus rapiñas. Unos constituyeron stocks, para especular mañana sobre la miseria: el duque de Antin, tejidos; el duque d'Estrées, café y chocolate; el duque de La Force, metales, carbón, vino y hasta velas; como los duques de Guiche, de Saint-Simon y de Orléans. Otros retiraron el oro del Banco a carretas llenas: Conti, por un valor de 14 millones el 2 de marzo, y el duque de Borbón, la mañana siguiente, por 25. La calle Quincampoix, cerca de la calle de los Lombardos, donde vivían banqueros y judíos, fue el teatro de escenas fantásticas. Se debió protegerla con rejas y guardias (entre los cuales unos acechados por el famoso bandolero Cartouche). Se produjeron suicidios, asesinatos. Cuando Law decretó cerrarla, el agiotaje se trasladó a la plaza de las Victorias y alrededor del hotel de Soissons. En junio, para obtener su reembolso, la gente se aplastaba en el Banco, en el hotel Mazarino, calle Vivienne. El coste de la vida subía como flecha. El 17 de julio, en los alborotos perecieron quince personas. Entonces Law propuso socializar el comercio; el Parlamento se negó y fue desterrado a Pontoise el 21 de julio. Pero la situación era desesperada. El 10 de octubre se debió anunciar el cierre del Banco y retraer los billetes de la circulación. El 1 de noviembre, Law huyó a Bruselas y, desde allí, a Venecia.

Una comisión, presidida por Pâris-Duvernay (26 de enero de 1721), se encargó de liquidar el Banco y la Compañía de las Indias. Los hermanos Pâris, Crozat y Samuel Bernard ordenaron una operación de visado, hasta reducir a 50.000 el número de acciones del Banco y a 56.000 el de la Compañía. El Estado asumió el pago de un interés anual de 47 millones. La lamentable experiencia de Law, en vez de preparar la introducción en Francia de un régimen monetario moderno y sano, aplazó y comprometió su constitución.

Triunfo del Dinero y de las Sociedades secretas

Por los escándalos que armó, demostró los vicios de la sociedad de esta época y cerró el camino a las reformas que necesitaba la monarquía francesa para sobrevivir.

Una vez humillada España, y Francia entregada a la influencia deletérea de Inglaterra, no quedaba ninguna barrera capaz de oponerse a la empresa de conquista del mundo, cuyo centro se encontraba en Londres. Se concluye

la primera fase de la maniobra que había permitido a los refugiados hispano-portugueses del moderno Exodo conquistar esta nueva plataforma, antes de encontrar en América su Tierra Prometida. Hemos seguido su acción continua y subterránea, desarrollando la potencia turca, insinuándose en las Academias italianas, zapando la Santa Sede oponiéndole reyes-patriarcas, explotando los escándalos de Roma, inspirando la Reforma, soplando la revuelta en los Países Bajos, ocupando la Inglaterra de los puritanos, hostigando en guerras fratricidas el Imperio, España, Francia, dividiéndolos y arruinándolos con el fin de dominar a Europa. ¡Istambul, Venecia, Amsterdam, Londres!

La última etapa así conseguida, en una segunda fase, se extiende la maniobra. Sigue empleando los mismos medios de acción: ideologías difundidas a través de sociedades secretas y poder corruptor del Dinero. Desde Londres, el círculo Rosa-Cruz, engendrando la masonería de toda clase, se prepara a lanzar sus ondas concéntricas a la conquista del mundo. Ingente tela de araña que estruja los tronos, arrastrados en un ciclo infernal de guerras y revoluciones.

II PARTE

LA MASONERIA EXTIENDE SU REINO

CAPITULO XIV

DESDE LONDRES, ISRAËL HABLA AL UNIVERSO: LA MASONERIA TEJE SU TELA DE ARAÑA

La Francmasonería, introducida por los ex-agentes franceses en Londres

Como lo relató la «Saint-James Post» del 7 de septiembre de 1734, «Su Gracia la duquesa de Portsmouth celebró en su casa de París una recepción de un tipo muy peculiar. Se trataba de una tenida de logia, durante la cual el duque de Richmond, secundado por otro notable inglés de distinción, el presidente de Montesquieu, el brigadero Churchill, Edward Young, "esquire" escribano de la muy honorable "Order of the Bath" (Orden del Baño), y Walter Strickland, "esquire", recibió a varias personas de calidad en esta muy antigua y honorable sociedad».

No era la primera vez que se producía en Francia un acontecimiento de esta clase, puesto que, el 3 de abril de 1732, la logia «Au Louis d'Argent» de París, reunida en el restaurante inglés de Hure (desde el 12 de junio de 1725), recibió de Londres sus cartas de constitución. Desde entonces, en adelante, las fundaciones se sucedieron con rapidez. El 12 de agosto de 1735, este mismo duque de Richmond instaló una logia «azul» en su castillo de la cristalería de Aubigny, y, el 20 de septiembre de este mismo año, una tenida de las más solemnes se celebró en el hotel de Bussy, siempre con la presencia del duque y del señor Desaguliers, ex-Gran Maestre de la Orden, llegado especialmente de Londres. El conde Waldegrave, embajador de S. M. británica, el presidente de Montesquieu, el marqués de Lornovin, lord Dursley, hijo del conde de Berkeley, el honorable Fitz-William, MM. Knight padre e hijo, el doctor Wickman, entre otros, concurrieron a la recepción del duque de Kingston, del conde de Saint-Florentin (secretario de Estado de S. M. muy Cristiana), de lord Shuton (Chewton), hijo de lord Waldegrave, de MM. Pelham, Arminger, Colton y Clement.

Para completar las presentaciones, debemos precisar que el duque de Richmond, Gran Maestre de la F. M. inglesa, era hijo de esta Luisa de Kerouallle,

antaño encargada por Luis XIV de vigilar a los Estuardo, amante sucesivamente de Carlos II y de Jaime II, gratificada con el título de duquesa de Portsmouth, antes de adherirse, después del advenimiento de Guillermo III, al clan orangista. De manera que Inglaterra, con la más fina delicadeza, devolvía a Francia a sus ex-agentes, flanqueados por el formal presidente de Montesquieu, iniciado ya en Londres, el 16 de mayo de 1730.

Las logias especulativas, bajo control orangista

Puesto que los Rosicrucianos, definitivamente los amos de Inglaterra después del golpe de Estado de 1688, y de la eliminación de las logias jacobitas, reorganizaron la Masonería inglesa para convertirla en el centro de un movimiento universal.

Siguiendo el ejemplo de Elias Ashmole y aprovechándose de las Revoluciones de Inglaterra, rosacrucianos, científicos y nobles penetraron en gran número dentro de la Masonería «operativa» (profesional), con el fin de beneficiarse del derecho de reunión, privilegio de los gremios. Los primeros «aceptados» fueron los grandes nobles, protectores de las logias, luego los miembros de la «Real Sociedad», de la Academia, y unos rosacrucianos, los cuales, poco a poco, transformaron «Masons's Hall» en una sociedad «especulativa» de pensamiento, cuyos grados de aprendiz y de compañero-maestro reformaron respectivamente en 1646 y 1650. Conservador del Museo de Ashmole y profesor de alquimia en Oxford, Robert Plot relató en la «Historia natural del Staffordshire», en 1686, que en este condado numerosas y notables personas pidieron ser recibidos en el «fellowship» (como miembros) de la «Society of Freemasons»

Pasó lo mismo en Escocia después de 1640. En Saint Mary's Chapel de Edimburgo (donde John Boswell fue aceptado el 8 de junio de 1600 y el Quarter-Master Robert Morau el 20 de mayo de 1641) penetraron sucesivamente el «laird» de Auchinlech, el vizconde Canada (hijo mayor del conde de Stirling), sir Anthony Alexander, sir Alexander Strachan, el general Alexander Hamilton. Y como se aceleró el movimiento en 1670, las tres cuartas partes de los miembros de la logia de Aberdeen no eran profesionales. Hasta que Jaime III restableció la Orden de Saint-Andrew del Cardon en 1685.

Simultáneamente se jerarquiza la Masonería. El 17 de diciembre de 1663 se elige a un Gran Maestre. Se suceden en estas funciones: Henry Jermyn, conde de Saint-Alban, bajo la presidencia de Carlos II, luego Thomas Savage, conde de Rivers (1666), Jorge Villiers, duque de Buckingham (1674), Henry Benoit, conde de Arlington (1679), y sir Christofer Wren, el arquitecto de la iglesia Saint-Paul de Londres (1685 y 1698-1702), convencido jacobita. Y por fin, Carlos Lennox, duque de Richmond, en 1695.

Para apoyar la causa de los Estuardo, desde Jaime I, se crearon logias militares. Hasta en Francia, la de las Guardias irlandesas (fundada el 25 de marzo de 1688 por el coronel Darrington), y más tarde la de Aubigny, en casa de la duquesa de Portsmouth, cuyos Gran Maestros serán, en 1735, Jacques-Hector Mac Lean y, en 1736, Charles Radclyffe, lord Darwentwater (amigo

de Ramsay), que será ejecutado en 1746 en Inglaterra. Victorioso en 1688, el clan orangista depura y centraliza la Masonería, mientras amplía su reclutamiento para que sea el armazón del régimen. Después de 1691, afirma Samuel Pritchard, afluyen los nobles, los togados, los comerciantes («Masonry dissected», Londres, 1730). La más antigua logia de masones «aceptados» de Londres, «A la Oca y a la Parrilla», se instala en este mismo año. En 1694, Guillermo de Orange reforma los estatutos de la Orden y borra la lealtad a la Santa Iglesia, aun conservando la fe en Dios. En 1703, la logia de Saint-Paul precisa las condiciones de admisión de los masones «aceptados», práctica ya corriente.

Dotada de «constituciones», la Francmasonería se multiplica

Pronto, en Londres, la autoridad se va concentrando. El 24 de junio de 1717 (en la fiesta de San Juan de verano) cuatro logias, reunidas en «A la Oca y a la Parrilla», «A la Corona», «al Manzano», «Al gran Vaso y al Racimo de Uva», se fusionan y eligen a un Gran Maestre, Antonio Sayer, un judío, masón profesional, y a dos Grandes Vigilantes, el carpintero Jacob Lamball y el capitán John Elliot. Sucederán como G. M. a Antonio Sayer otro profesional, pero probablemente rosacruciano, Jorge Payne y el pastor Desaguliers. Así queda fundada la Gran Logia de Inglaterra «Madre Gran Logia del Mundo». Porque en adelante se trata de un movimiento universal. El momento, bien escogido, no puede ser más favorable: gracias a los tratados del 28 de noviembre de 1716 con Francia, del 4 de enero de 1717 con Holanda y del 2 de agosto de 1718 con el emperador, Gran Bretaña ha conseguido neutralizar a España y controlar la política exterior francesa, gracias a la complicidad del regente, duque de Orléans, y a la venalidad de su ministro el abad Dubois, criatura de los banqueros holandeses.

Ya dotada de un jefe supremo, la Contra-Iglesia, antes de difundir su doctrina, tiene que definir su «Credo». A esta necesidad responden las «Constituciones», estudiadas por decisión del G. M. duque de Montague y de 16 logias, reunidas en convento en 1721, y adoptadas el 17 de enero de 1723 por las 24 logias adheridas. En su redacción trabajaron dos autores: los pastores Anderson y Desaguliers. El primer padrino les dio un nombre que no era sin mancha: la «London Daily Post» del 29 de marzo de 1739 le presentaba como «un compañero muy pícaro», «implicado en varias aventuras y tráficos financieros», según el Diccionario biográfico de Chambers. Cosa, después de todo, bastante corriente en esta época.

En cuanto a Jean-Théophile Desaguliers, nacido en La Rochela el 13 de marzo de 1683, hijo de un pastor calvinista refugiado en Inglaterra después de la revocación del Edicto de Nantes, en noviembre de 1692, se beneficiaba del favor de la Corte. Jefe espiritual de los refugiados franceses, protegido del obispo de Londres, Compton, había dado prueba de su devoción a su patria de adopción en 1711, traduciendo el tratado de Ozanam sobre la guerra de asedios para facilitar la tarea de Marlborough, que atacaba las plazas de Flandes. Dos años más tarde, como sus conferencias (de pago) habían llamado la atención de la buena sociedad, el gran Newton, presidente de la Sociedad Real de las Ciencias, le admitió en su cenáculo en julio de 1714,

de manera que será el vulgarizador de la teoría de la gravitación universal. El rey Jorge I de Inglaterra le acogió en Hampton Court y le pensionó. Así como su sucesor, Jorge II, que le nombró capellán del príncipe de Gales.

Elegido G. M. de la Masonería en 1719, fue el redactor de la segunda edición de las Constituciones, que instituyó en 1738 los tres primeros grados (al ejemplo de la Masonería escocesa en 1723), en vez de dos, fijó la liturgia, codificó los ritos y reglamentó el funcionamiento de la organización. Para fundamentarla, la completó con un fondo de socorro que fue una potente palanca de su acción y le trajo el apoyo de la dinastía de Hanover y de la «gentry». El 5 de noviembre de 1737 confirió los dos primeros grados a Federico, príncipe de Gales. Y le sucedieron como G. M. los más grandes nobles de Inglaterra, manteniéndole tres de ellos a su lado como ayudante o «deputy» en 1722, 1724 y 1725. Al duque de Montague consiguió suceder por sorpresa Felipe, duque de Wharton, cuyo padre, Thomas, marqués de Malmesbury, había jugado un papel importante en el movimiento orangista y luego organizado el partido, «whig», liberal, entre 1700 y 1715. Aunque haya nacido oponente, el hijo era tal como su padre, un perfecto representante de la «gentry» corrompida de la época. Fundador del «Hell Fire Club» (Club del Fuego infernal), era tan libertino de costumbres como su padre había sido impío, mentiroso y venal. Lo que no les impedía criticar la corrupción que roía la monarquía hanoveriana. Pero frente a las protestas provocadas por su elección irregular, el 24 de junio de 1722, dejó el puesto al conde de Dalkeith en 1723, para persistir luego y fracasar por algunos votos. Le sucedieron el duque de Richmond (18 de abril de 1724), lord Paisley, el conde de Inchiquin, lord Colrane, el vizconde de Kingston, y Thomas, duque de Norfolk, mariscal de Inglaterra, o sea la más fina flor de la nobleza. Y continuó el desfile de los blasones británicos con lord Lovat, el vizconde de Montague, el conde de Strathmore, el vizconde de Weymouth, el conde de Loudon (1736) (que mandó las tropas inglesas en América durante la guerra de los Siete Años), el conde de Darnley, el marqués de Carnavon) (hijo del duque de Chandos), el conde de Morton, lord Ward (Jacques Douglas, encarcelado en la Bastilla por d'Argenson, entre octubre y diciembre de 1746, por encontrarse en Lorient en 1743, cuando el ataque a este puerto por la escuadra inglesa), y este original de lord Byron, «el libertino», que asumió sus funciones entre 1747 y 1752.

Tanto brillo facilitaba la expansión de las logias en el extranjero. Tomando como puntos de apoyo las misiones diplomáticas, las oficinas comerciales y los bastiones militares de ultramar, esta extensión fue muy rápida. Mientras la Gran Logia de Irlanda mantenía su autonomía pero adoptaba las Constituciones de Anderson en 1729, y la Gran Logia de Escocia seguía su ejemplo en 1736 (cuando la antigua Logia profesional de York resistía todavía la invasión de los «especulativos»), la Francmasonería se introducía por todas partes en el continente.

En los Países Bajos, las logias nacen en Mons (1721) y en Gante (1722). En Holanda, en 1731, Desaguliers confiere los dos primeros grados a Francisco de Habsburgo, duque de Lorena, futuro gran duque de Toscana, marido de María-Teresa, emperador de Santo Imperio romano germánico. En la península ibérica, el duque de Wharton abre una logia en Madrid en 1728.

Otra en Gibraltar el año siguiente. Luego en Lisboa en 1735, logias en contra de las cuales reaccionan rápidamente los gobiernos de España y de Portugal.

En Italia, sir Charles Sackville establece en Florencia, en 1732-33, una logia que, prohibida por Gaston de Médicis en 1737, será tolerada luego por Francisco de Lorena. En Roma nace entre 1735 y 1737 una logia inglesa de rito escocés. En este mismo año la Santa Sede encuesta sobre otra logia, en Ferrara, que recibía a judíos.

Le toca después el turno a la Europa del Norte: a Rusia en 1731 (a iniciativa del general lord James Keith), Suecia (antes de 1737), Copenhague en 1743. Y a la Europa central: Ginebra en 1737, y Hamburgo, por donde se hace la penetración en Alemania. Allí la logia «Absalon» nace el 6 de diciembre de 1737, con cartas de Londres; iniciará al futuro Federico II en Brunswick el 14 de agosto de 1738. Una vez entronizado, funda en 1740 en Berlín «los Tres Globos», que lleva el título de «Gran Madre Logia» en 1744, con filiales en Bayreuth y Meiningen en 1741, Brunswick en 1744, Hanover en 1746 y Goettingen en 1747, mientras Francfort, la capital de las Elecciones Imperiales, recibe sus cartas directamente de la Gran Logia de Londres en 1742, y abre sus «columnas» en Praga una logia de «Estricta Observancia» en 1749. Las Constituciones de Anderson, traducidas al alemán en 1741, rigen esta red de logias, cuyo idioma, en las tenidas, es el francés. Lo mismo pasa en Dresden, donde Rutowski fundó en 1738 «las Tres Aguilas», y en Polonia, donde, bajo el reinado de Federico-Augusto de Sajonia (con excepción de la de Winiesvitz en Volhinia, abierta en 1742 por el príncipe Jablonovski), fueron franceses los que crearon las más importantes logias (Francisco Longchamp «los Tres Hermanos» en Varsovia en 1744, «las Tres Diosas» en Lvov en 1747; y de Thoux de Salverte «Al Buen Pastor» en Varsovia en 1749).

Participan también en el movimiento las colonias inglesas: una logia azul abre sus puertas en Begenla en 1729, mientras en América aparecen las logias tan pronto como en Inglaterra: desde 1717 en Filadelfia y Boston, que tendrán sus cartas regulares en 1731 y 1733. En 1734 se publica la versión americana de las Constituciones de Anderson, que preparó Franklin.

Propaganda del «Club del Entresuelo»

Pero, desde el principio, el empuje principal tiene Francia como objetivo. Pues allí, aprovechándose de la brecha abierta por la Regencia, la propaganda inglesa se había introducido, sin esperar la creación de logias oficiales, a través de las conferencias mundanas del «Club del Entresuelo» y de las «Cartas» de los escritores de moda, regresando de su peregrinación a la nueva Jerusalén.

Abierto por el abad Alary, preceptor de los infantes, en 1724, el Club se reunía el sábado, entre las cinco y las ocho de la tarde, sea en su sede, en la plaza Vendôme, sea en las Tullerías, durante el verano. Después de una revista «de prensa», de gacetas y de correspondencia extranjera, habitualmente presentada por el marqués de Argenson, se escuchaban discursos sobre cuestiones diplomáticas, financieras o comerciales, sobre la forma de los gobiernos

(marqués de Plelo), o sobre la historia de los Estados generales o de los Parlamentos (M. d'Oly). El orador más de moda de este círculo liberal era el abad de Saint-Pierre, autor de un «Proyecto de Paz perpetual» en tres tomos y de un «Discurso sobre la Polysynodia», en el mejor estilo de Fénelon, que le valió ser expulsado de la Academia en 1718. Otro protegido de Fénelon, el escocés Ramsay (cuyo papel masónico estudiaremos más lejos), era también asiduo de la casa. Molestado por la desgracia del duque de Borbon en 1726, el embajador inglés Walpole se aprovechó de la tribuna de este «Instituto británico» en París, casa suya, para elogiar a la «entente cordiale». Hasta que, excedido, el cardenal Fleury cerró en 1731 este Club «en el viento».

Montesquieu difunde las «ideas inglesas»

Entre estos afamados conferenciantes, el presidente de Montesquieu se destacó por sus intervenciones. Cuando disertó «De Scylla y de Eucrates», había publicado ya sus «Cartas de Persia», cuando se encontraba en París el embajador turco Mehemet Effendi. Discípulo del Oratorio, sucedió a su tío como presidente del Parlamento de Burdeos en 1716, pero prefería el estudio de la historia y los viajes a los procedimientos judiciales y le molestaba su birrete. Vendió el cargo en 1726 y recorrió Europa en 1728. Se encontró en Viena con lord Waldegrave, embajador de Jorge II; en Venecia tuvo contactos con Law y Bonneval (general austríaco que se convirtió al Islam); luego en Milán, Torino (con Victor-Emanuel), en Florencia y, en 1729, en Roma, en Nápoles, en el Tyrol, en Baviera y en Renania, desde donde se marchó a los Países Bajos. Al final de octubre, llegó a Londres, en el yate de lord Chesterfield.

Y, el 16 de mayo de 1730, las gacetas contaban los detalles de su iniciación: «Dicen que el martes por la noche, en una tenida de logia en la taberna de Horn, en Westminster, en presencia del duque de Norfolk, G. M., de su ayudante Nathanael Blackerby, de otros grandes oficiales, así como del duque de Richmond, G. M. de la logia de Horn, del marqués de Beaumont, de lord Mordaunt, del marqués Du Quesne y de muchas otras personas de distinción, los siguientes gentilhombres extranjeros: François Louis de Gouffier, Charles-Louis, presidente de Montesquieu, François, conde de Sade... han sido recibidos miembros de la antigua y honorable sociedad de los Francmasones».

Insigne honor, del cual el nuevo recipiendario se manifestó perfectamente digno. Elegido a la Academia francesa en 1725 (pero sospechoso al cardenal Fleury que no apreciaba la ironía de las «Cartas persas»), tuvo que esperar hasta el 24 de enero de 1728 el acuerdo del rey para ser recibido. Y ahora en Londres, apenas desembarcado, la Academia real (como después la de las Ciencias de Berlín en 1746) le abre sus puertas. Entonces piensa que «Inglaterra es el país más libre del mundo». Y sin darse cuenta de que quizá se comporta como «estos franceses... engañados por nuestras virtudes... diez veces más tontos que nosotros» (como lo decía, sin afeite, su buen amigo Walpole), aprecia el clima del cual gozara durante dos años, y de regreso en La Brede, en agosto de 1731, se convierte en su turiferario prudente: «No me pertenece a mí, escribe, examinar si los ingleses gozan o no actualmente de la libertad. Baste con decir que sus leyes la establecen».

El «Esprit des Lois» (Espíritu de las leyes), publicado primero en 1748 por el ministro Jacob Vernet en Ginebra (antes de que Malesherbes lo autorice en 1750), corresponde perfectamente a la esperanza de los nobles y togados, tan estrictamente vigilados por Luis XIV y Colbert, cuyos apetitos, desencadenados por la Regencia, se dejan atraer por el buen pastel orangista. De manera que acogen con entusiasmo (trece ediciones en 1751, diez más hasta 1789 y catorce ediciones de Obras completas) el ejemplo y los títulos que se les presenta. El ejemplo: la «Constitución de Inglaterra», con sus tres poderes, el legislativo, el ejecutivo, el judicial. El primero, existiendo en el pueblo: «El pueblo, como cuerpo, debería detener la potencia legislativa... al menos a través de sus representantes», es decir, «un cuerpo de los nobles» y otro representativo del pueblo, reuniéndose y deliberando en asambleas separadas». En lo que toca a la recaudación de impuestos, la primera debe tener sólo, como el monarca, «el poder de impedir», es decir, el derecho de veto. Para que no sea despótica, la «potencia ejecutiva» debe tolerar el contrapeso de poderes intermediarios, «subordinados y dependientes» (dice la primera edición para tranquilizar a la censura). Puesto que «las monarquías se corrompen cuando se quitan poco a poco los prerrogativas de los cuerpos y los privilegios de las ciudades»... En cuanto a la «potencia de juzgar», «no existe libertad si no consigue separarse de las potencias legislativa y ejecutiva», y la garantía de su independencia reside en «la venalidad de los cargos, buena en los estados monárquicos, (que) crea una profesión familiar (y que) asegura la permanencia de las Ordenes del Estado». Por otra parte, el ex-presidente en el Parlamento de Burdeos comparte la opinión de la mayoría de sus colegas sobre «el espíritu comercial, que reúne a las naciones», su hostilidad hacia los rentistas y los contratistas, y su preferencia por una gestión centralizada de los impuestos sobre mercancías.

Estos pocos principios, diluidos en un texto difuso, bastaron para consagrar la fama del autor, para valerle alabanzas convencionales, y después de su muerte, en 1755, su pronta admisión en la galería de los bustos de los grandes legisladores de la humanidad. Preciosas y pedantes se deleitaron con esta erudición mundana, tan conveniente, por su eclecticismo, su inclinación hacia la antigüedad y su exotismo para alimentar las charlas de salón.

Domesticada por el Rey-Sol, humillada por sus plebeyos ministros, buscando su revancha y celosa del papel predominante de la «Gentry» inglesa, la nobleza cortesana, para justificar sus ambiciones, investigaba desesperadamente la historia. El 13 de marzo de 1664, los duques y pares encargaron al abad Le Laboureur escribir una «Historia de los Pares y del Parlamento de París», que utilizó el duque de Saint-Simon en 1715, aunque no fue publicada hasta 1740-43. Intimo amigo del duque de Noailles, astrólogo e historiador, Mr. de Boulainvilliers había intentado ya fortalecer con argumentos históricos la Fronda de los duques y pares durante la Regencia. Sus obras, publicadas después de su muerte (en 1722) en Londres y en Amsterdam, se componen de «Cartas sobre los antiguos Parlamentos de Francia que se llaman Estados generales» (1727), de un «Breviario histórico de la Monarquía francesa», de un análisis de los informes de los Intendentes en 1698, titulado «Estado de Francia», de «Memorandums presentados a Mgr. el duque de Orléans» (La Haya, 1727), y por fin, de «Ensayos sobre la Nobleza», que no aparecieron hasta 1732. Recogiendo la idea del «Contrato», Boulainvilliers,

entre otras ideas originales, proponía la creación de una Compañía general de Comercio, ayudada por Bolsas provinciales, y la creación de una Caja de Seguros contra el paro, la enfermedad y la vejez.

Ahora bien, Montesquieu, recogiendo estas tesis, las confirmaba con su erudición, amplia si no muy segura. Y difundía mitos, preludiando ya al «Estúpido siglo XIX». La superioridad, por ejemplo, del gran dolicocéfalo blanco de las razas nórdicas. Y esta otra idea de base, que tal como las religiones proceden del desierto, las instituciones políticas nacen dentro de los bosques. «Al leer el admirable libro de Tácito sobre los germanos, ustedes podrán darse cuenta de que los ingleses han sacado de ellos la idea de su gobierno político. Tan bello sistema ha sido encontrado en los bosques». La perla de su obra, capaz de extasiar a los historiadores del «witenagemot» (asamblea primitiva).

En cuanto a la futura constitución del reino de Francia, que nunca fue escrita y resulta sólo de tradiciones, de costumbres, de privilegios (fueros) y de libertades, trata de suplirla exhumando unos «capitularios», como el Edicto de Pistes, promulgado en 864 por Carlos el Calvo (hijo de Judith y de Luis el Piadoso, estos sepultureros del Imperio de Carlomagno), que dice: «Lex, consensu populi fit, et constitutione Regis», lo que significa que las leyes civiles, la de los Francos, como la de los Burgundos, como el «Forum Judicum» de los Visigodos de España han sido consentidas por el pueblo o por sus representantes. Para apreciar tan «bello sistema», ¿por qué no se refiere al ejemplo de Polonia en el siglo XVIII, cuya ruina y sucesivas particiones han sido la consecuencia directa del «liberum veto» y de las confederaciones de la Nobleza?

Poco importa a la Nobleza francesa, orgullosa al aprender, leyendo a Montesquieu, que procede de los conquistadores francos, que, como lo sabemos todos, elegían a sus reyes levantándoles por encima de sus escudos. Descendientes de Pharamond estos cortesanos domesticados, que periódicamente vuelven a dorar sus blasones con sus alianzas con contratistas, financieros de tipo Samuel Bernard (la lista recogida por su biógrafo Saint-Germain equivale a un armorial de Francia). El mismo Henri de Boulainvilliers, este paladín de la nobleza, casará a su segunda hija con Bernard de Rieux, consejero en el Parlamento, hijo del célebre banquero. ¿Descendientes de Pharamond también, sin duda, estos compradores de feudos y de tierras nobles? ¿Y estos «mississipianos», del tipo del duque de Antin, enlodados en compañía de sus lacayos en el barro de la calle Quincampoix? ¡Ya podemos entender el porque de la boga del «Espíritu de las Leyes»!

Desgraciadamente, en una época en la cual el estudio de la historia atraía bastantes investigadores, los eruditos acogieron la obra bastante fríamente. Los trabajos de Duchène, de du Cange (1668), de Baluze (1677) habían precedido a los del abad Dubois, «Historia crítica del establecimiento de la Monarquía francesa», publicada en 1734 (cuyo autor será la pesadilla de Montesquieu), y a los de d'Argenson, las «Consideraciones sobre el antiguo y el actual gobierno de Francia» (escritas en 1737 y sólo publicadas en 1764). Boutaric, erudito auténtico y prudente, desmiente las conclusiones poco acertadas de Montesquieu, al describir «el origen de los Feudos» en 1746. Lo

mismo que el arrendatario general Dupin, y Mignot de Bussy en 1763, y el conde Alex de Corbert, en su «Origen de la Nobleza francesa» en 1766. Sólo los magistrados se inspiraron en él en sus reyertas con el poder real. En 1750, Voltaire le defiende, pero con palabras que equivalen a las más acerbas críticas. Haría falta, dice, «verificar las referencias, discutir... de si los capítulos forman un conjunto... y por fin si este libro, que debía ser útil, no sería sólo un libro agradable». Y añade este comentario: «Buscaba un hilo en este laberinto... he encontrado el espíritu del autor... y raras veces el espíritu de las leyes».

El «libertino» Voltaire, admirador interesado de Londres

En la peregrinación a Londres, puesta de moda por el marqués de Saint-Evremond, famoso libertino (1610-1702), Voltaire había precedido a Montesquieu. Hijo de un notario de los duques de Saint-Simon y de Richelieu, tesorero de la Cámara de Cuentas, François-Marie Arouet (1694-1778), apenas abandonada su nodriza, recitaba a los tres años los versos antirreligiosos de la «Moïsade», que le había enseñado su padrino de Châteauneuf. Introducido más tarde por este abad librepensador cerca de Ninon de Lanclos, su amiga, el joven Voltaire recibió de la célebre cortesana un legado de 2.000 escudos para ayudarle a constituir su biblioteca.

Sus estudios en Louis le Grand, casa de los jesuitas, desarrollaron sus aptitudes literarias, sin modificar una tan precoz vocación anticlerical, pero le proporcionaron útiles amigos, como d'Argenson, de Cideville, d'Argental, de Richelieu. Introducido cerca del príncipe de Vendôme, se reunía con los libertinos de la Sociedad literaria del Templo. Entonces una primera calaverada, la publicación de un poema satírico, «Puero regnante», le valió una detención de once meses en la Bastilla (1717-18). Pero el regente no podía manifestarle demasiado rigor, al contrario, le sacó de allí y le gratificó con 2.000 escudos, como alivio. Sin enmendarse, Voltaire continuó siguiendo su inspiración. Sus famosos versos: «Vuestros sacerdotes no son lo que piensa la vana multitud. / Nuestra credulidad les tiene lugar de ciencia», contribuyeron al éxito de «Oedipe». Pero se encontró otra vez en la Bastilla por un motivo muy distinto: injurias, reyerta, paliza, amenaza de duelo con el caballero de Rohan. El clima de París, decididamente, no le convenía. Después de otra estancia «en la sombra», en agosto de 1726, se marchó a Inglaterra, «donde se piensa libremente».

A instigación de lord Bolingbroke, que Voltaire había conocido y apreciado cuando este ex-ministro de la reina Ana buscó refugio en Francia al entronizarse Jorge I. Regresado a su país, amigo de todos los deístas y ateos de Inglaterra, Bolingbroke prestaba su apoyo a la acción de las dinastías de Orange y de Hanover en contra de las influencias católicas favorables a los Estuardo. Secundado por lord Herbert de Cherbury, creador del movimiento, por el conde de Shaftesbury, amigo de Locke, por el conde de Macclesfield, por sir John Jekyll, protegía a gente de menor rango, como John Toland, autor del «Pantheisticon» (emisario en Alemania durante algún tiempo), el médico Bernard de Mandeville (llegado desde Dordrecht en Holanda), autor de libros pornográficos, Chubb, hijo de un comerciante de Salisbury, Wilston

y Tindal (hijos de pastores). Y también Pierre Anet, ex-pedagogo, que ejercerá una gran influencia sobre Voltaire, asiduo de la cervecería del «Arco iris», lugar donde se reagrupaba la bohemia intelectual de los refugiados franceses.

Especulador y amigo desafortunado de los judíos

En Londres, por otra parte, Voltaire tenía otros protectores que el noble lord. El embajador Horace Walpole le había introducido cerca de Dodington. Y se marchó, llevando un viático de su agente de negocios Cassegrain, 1.300 libras en oro y letras, que le causó muchos disgustos. Pues dos letras libradas, una de 20.000 libras sobre el judío Anthony Mendez da Costa y otra de 9.000 sobre el famoso Salomón Medina, se perdieron porque los dos se encontraron en quiebra. Lo más raro es que Voltaire, a pesar de no recuperar más del 20 % de su valor, conservó su amistad con Da Costa, quien le ayudó a publicar su «Henriade» en Londres en 1728. Durante tres años Voltaire tuvo todo el tiempo necesario para asimilar las ideas de Pope, de Francis Bacon, de Locke, de Newton y de Clarke.

De regreso a Francia en febrero de 1729, después de restablecer sus asuntos, este aficionado al juego (en el cual gasta varios millares de libras al año) se abandona a una verdadera fiebre de especulación. Con La Condamine y el abad Raynal constituye un grupo que trafica con las loterías para el reembolso de las rentas sobre el Hotel de Ville, aprovechándose de las insuficiencias de la reglamentación de Pelletier-Desforts. Especula sobre las acciones de Lorena (en 1729), sobre el comercio de Cádiz, con Gilly (quebrará en 1767), sobre los suministros al ejército que le proporciona d'Argenson. Pero está más ligado con los hermanos Pâris. En 1716 les presta su pluma, escribiendo una «Oda» sobre la Cámara de Justicia, que fingía obligar a los financieros a restituir el producto de sus rapiñas. Al final de 1725, obtiene de la reina para él una pensión de 1.500 libras, que acumula con la del Regente (2.000 libras), y le conceden una participación en sus asuntos, lo que le vale amplios recursos, durante el período que precede su salida para Prusia, asegurándole una larga independencia.

Su apología de las instituciones británicas en sus «Cartas filosóficas» paga la hospitalidad que recibió más allá del Estrecho. «He aquí lo que consiguió la legislación inglesa, escribe en 1733: reponer los hombres en sus derechos naturales, de los que son despojados en casi todas las monarquías. Estos derechos son: libertad completa de su persona, de sus bienes, de hablar a la nación gracias a su pluma, de no ser juzgado en materia criminal, sino por un jurado... según las prescripciones de la ley». Y añade: «Un inglés, como hombre libre, va al cielo por el camino que le gusta más». Pero no puede evitar combatir la religión: «La razón humana es tan incapaz de demostrar la inmortalidad del alma, que la religión debe revelarla». Con tales palabras, la obra fue condenada al fuego (en junio de 1734). Pero esta vez fue su editor, Fr. Jone, de Ruan, al que se encarceló en la Bastilla. El se refugió en Cirey, cerca de su amiga la marquesa del Châtelet, hija del barón de Breteuil, aficionada a la física y a las teorías de Newton.

Allí esperó que volviera el viento, que muera el cardenal de Fleury (29 de enero de 1743), que gracias al favor de la marquesa de Pompadour y a la amistad de d'Argenson y Richelieu pudiera volver a la Corte. En 1749 obtuvo un cargo de chambelán, con un pensión de 1.600 libras (que vendió en 30.000), y otro de historiógrafo, y fue recibido en la Academia francesa. Como Montesquieu, se hizo el apóstol de las ideas inglesas, y merecía, más que él, el calificativo de «espinosista», lanzado por los jansenistas de las «Noticias eclesiásticas» contra el autor de «L'Esprit des Lois». Aunque introdujo la Masonería en Francia, Montesquieu, siempre cauteloso, profesaba, en materia de religión, un escepticismo de buena compañía, matizado con tolerancia.

El desarrollo de las logias en Francia

La institución que había contribuido a crear se expandía con rapidez. Dentro de su provincia, la logia «inglesa» de Burdeos, reagrupando desde 1732 a los insulares de la ciudad, se completaba con otra «francesa», que tuvo pronto unas diez filiales (1740-1760). Marsella, Lyon, Ruan tuvieron las suyas y París, por su parte, veintidós. Ni la prohibición, por un decreto de policía del 4 de septiembre de 1736 y por una ordenanza del 14 de septiembre de 1737, ni la excomunión por el papa Clemente VII, en su bula «In Eminente» del 28 de abril de 1738, frenaron seriamente el reclutamiento. Sin embargo, el restaurador Chapelot, culpable de albergar una «tenida» el 10 de septiembre de 1737, tuvo que cerrar durante seis meses y pagar una multa de 10.000 libras, y algunos «frimaçons» fueron detenidos en el Fort l'Evêque en 1738. En el momento de estallar el conflicto que opuso Francia con Inglaterra (para la Sucesión de Austria, en 1741-48) se necesitaba a la vez de una dirección suprema, de una «cobertura» frente al gobierno y de una organización nacional. Si no el cardenal de Fleury, fastidiado por estas intrigas inglesas, ¿no iba a cerrar las logias como ya había cerrado el Club del Entresuelo en 1731?

Probablemente fueron éstos los motivos que condujeron a Ramsay a preparar la elección de un Gran Maestre y a crear la Gran Logia de Francia. Como el rey prohibió a los príncipes de la sangre aceptar esta dignidad, Ramsay escogió a Luis de Pardaillan de Gondrin, duque de Antin, bisnieto de Mme. de Montespan y célebre especulador del «Mississipi». Francmasón desde 1725 (según el diario de Mathieu Marais), llevando, como los Rosa-Cruz, un título latino en su blasón, se llamaba el «caballero del Aguila». Fue en su discurso de entronización, el 24 de junio de 1738, que Ramsay introdujo la leyenda del origen templario y de la filiación escocesa de la Francmasonería: «Nuestros antepasados los Cruzados... imaginaron una institución cuya única meta era la de formar en los futuros tiempos una Nación solamente espiritual, en la cual, sin derogar los deberes que impone la diversidad de Estados, se creara un pueblo nuevo, integrando varias naciones, que cementara con los lazos de la virtud y de la ciencia» (discurso publicado en 1738 en La Haya y en 1747 en el «Almanach des Cocus»; cf. Lantoine, «La F. M. chez elle», pág. 116).

Ramsay propaga los altos grados

Curioso y a la vez inquietante personaje, este Ramsay. Escocés que se decía jacobita, pero adherido a los Orange en los Países Bajos, donde Pierre Poiret y Arndt le iniciaron en la tradición rosacruciana, protestante convertido al catolicismo después de reunirse con Fénelon en Cambrai en 1709, íntimo amigo del prelado y de Mme. Guyon, editor del «Ensayo filosófico sobre el Gobierno civil», caballero de la Orden de Saint-Lazare, por favor del regente, protegido por el duque de Bouillon, pero sobre todo activo apóstol de la Masonería y organizador de los altos grados.

El afán para alistarse en las logias había sido tal que se necesitaba reorganizar la Orden. Nombrado Gran Maestre en diciembre de 1743, el príncipe Luis de Borbón-Condé, conde de Clermont (1709-1771), a pesar de sus brillantes títulos no hizo más que aumentar el desorden. Perteneciendo al ramo menor de la dinastía paralela Condé-Conti-Orléans, comprometido en todas las intrigas desde la Fronda, asumió la sucesión del duque de Antin, no sólo en el mazo de la Gran Logia, sino en los favores de Mlle. Le Duc, de la Opera. Mariscal en el ejército real, fue el que dando por perdida la batalla de Crefeld (el 23 de junio de 1758), escapó el primero al galope, abandonando a sus tropas, que perdieron 8.000 hombres. Como G. M., nutría las mejores intenciones, pretendía seleccionar el reclutamiento, eliminar a los hambrientos, denunciaba a la policía los hermanos que sacaban dinero de los candidatos (según una nota de policía del 15 de marzo de 1744), proyectaba nuevas constituciones, tanto para los hermanos como para los maestres de logias, y mandaba traducir las de Anderson, en 1745. Pero, cansado por tales responsabilidades, llamó como ayudantes al banquero Baure y al maestro bailarín Lacorne (que le ayudaba a encontrar una consolación a sus derrotas con fáciles victorias de alcoba). Con tal resultado que, el 27 de diciembre de 1766, se produjo una reyerta entre «lacornards» y «antilacornards», intervino la policía y se congeló la actividad de la Gran Logia durante varios años.

¿Había previsto Ramsay estos inconvenientes? ¿Y por eso se empeñó durante sus últimos años (murió en Saint-Germain el 6 de mayo de 1743) en depurar la Orden, en centralizarla y en coronarla con círculos más y más cerrados, multiplicando los altos grados? De todos modos, cerca de 1740, algunos maestres de logias de París (cuyo grado había sido reconocido sólo en 1730), ansiosos de vigilar mejor las recepciones con el fin de restablecer la decencia y el orden en los talleres, se reunieron y adoptaron el título de maestres escoceses. Después de negarse a reconocerlos, el 11 de diciembre de 1743 (cuando restableció su autoridad sobre las 22 logias de París), se les admitió por fin, el 4 de julio de 1755. La misma evolución se produjo en Inglaterra con la aparición, cerca de 1743, del grado de «Royal Arch».

Pero en Francia el movimiento toma rápidamente una extensión impresionante. Con la mayor confusión, penetran en las logias aristócratas y burgueses. Lyon posee en 1741 su logia «caballeresca». En 1744 Burdeos se enorgullece de una «Logia de Perfección». En 1745 tiene Arras su «capítulo». En 1747, en Tolosa, se reúnen en cenáculo «los Fieles escoceses de la vieja yerna». La «Madre Logia escocesa de San Juan de Escocia» vigila sobre Marsella en 1750. Martínez Pasqualis funda en Montpellier el capítulo de los «Jueces

escoceses». París abre sus puertas en 1752 al «Soberano y Sublime Consejo, Madre-Logia del Gran Globo francés», así como al «Capítulo de Clermont» (1754), mientras en 1758 florece en Carcasona la «Corte de los Soberanos Comendadores del Templo». Se traduce por «gentilhomme» el inglés «gentleman», y «Mr. Jourdain», ataviado con sus insignias, fallas, mandil y joyas, ceñido con su espada «flameante», Maestre escocés, Comendador, Soberano, Emperador, Príncipe del Real Secreto (33º), se siente iluminado con la aureola de la nobleza y la vocación de los Elegidos. En medio de una decoración sacada del baratillo del anticuario Ashmole, los espíritus fuertes e «iluminados» de la época, tan inclinados a burlarse de las «momerias» de la liturgia romana, disfrazados de «Mamamouchis», intercambian ritos misteriosos y heteróclitos, santos y señas y símbolos cuyo hebreo les queda hermético.

En los cuadernos de los tres primeros grados, aprendiz, compañero y maestre, «el verdadero objetivo de la Francmasonería quedaba expuesto como el conocimiento del Pacto concluido por el Creador con su Pueblo, y de las revelaciones, que hizo Dios al patriarca Enoch, cuatrocientos años antes del diluvio». Siendo el misterioso sello de esta Alianza «el verdadero Nombre del Señor, que sólo los adeptos conocen». La leyenda del asesinato de Hiram, seudo arquitecto del Templo de Salomón, símbolo de base de la Masonería, recibe una nueva extensión y produce los grados de «Perfecto Masón elegido» o «Elegido de los Nueve», «Elegido de Perignan» y «Elegido de los Quince». Siguen los grados caballerescos. El «Caballero de Oriente» evoca a Ciro, gran libertador de los judíos, restaurando el Templo, después del cautiverio de Babilonia. Los capítulos séptimo y octavo del Apocalipsis sirven de base al ritual de Caballero de Oriente. Por encima se escalonan los grados «de Venganza», «Caballero Kaddosh» (30º), etc., en los cuales se ruega a los hermanos vengar a Hiram, a Jacques de Molay (G. M. del Templo, quemado en París por orden de Felipe el Hermoso), a los Estuardo, seudo protectores y herederos de los Templarios.

Sin constituir realmente nuevas tentativas de organización masónica, se superponen todavía a estos grados capítulos con resonantes nombres: el «Consejo de los Caballeros de Oriente y de Occidente» (1756), el de los «Emperadores de Oriente y de Occidente» (1758) y el rito «Antiguo y Aceptado», oriundo en 1762 de la alianza entre estos últimos y los «Príncipes del real Secreto» (33º).

Toda una mezcla de ideas judías, «visiones apocalípticas, teorías neo-platonicianas, Gnosis, Kabala, hermetismo» inspiran los rituales de estos grados, entre los cuales el de Rosa-Cruz evoca la Orden, fundada al principio del siglo XVII, de la cual nació la Masonería. Desde los primeros años del siglo XVIII se había preparado a los espíritus a la aparición de estas leyendas. Dos obras sobre la Orden del Templo y la de la Rosa-Cruz, la primera de Pierre Dupuy (publicada en Francia en 1713) y la otra de Samuel Richter («Teosofía teórico-práctica, o verdadera preparación de la piedra filosofal por la Hermandad de los Rosa-Cruz de Oro», publicada en Breslau en 1714), pusieron de moda unos «antepasados» a los que se adhirieron masones franceses y alemanes con el entusiasmo y la fe de los neófitos.

Primeros pasos de la Francmasonería alemana

La Masonería alemana se desarrolló al principio en la mayor confusión, a consecuencia de las influencias rivales de las logias inglesas, de los altos grados franceses, de la Masonería templaria, de la «Estricta Observancia», hasta la aparición de los «Iluminados de Baviera», y en medio de las intrigas de auténticos estafadores.

Los altos grados franceses se difundieron en Sajonia, a través del conde Rutowski, que había sido educado en Francia, y del secretario de embajada en Dresden, d'Ecombes. Así nacieron sucesivamente: «las Tres Aguilas Blancas» (1738), «los tres Gladios de Oro» (1739) en Dresden y «Minerva de las Tres palmas» (1741) en Leipzig. En el año siguiente (1742) la logia «Unión» de Berlín, les acogió también. Luego aparecieron «Los Tres lirios» (1758) en Brunswick, bajo la ocupación francesa. Y por fin, en 1760, un prisionero francés de Rossbach, de Bernais, fundó en Berlín, en los «Tres Globos», un capítulo de «Elegidos» llamado «de Clermont», que reunió los grados de Maestre Escocés, Maestre Elegido o Caballero del Aguila, Caballero Ilustre o del Santo Sepulcro, Caballero Sublime o de Dios. A estos elegidos por el Señor se les enseñaba «que el Arte supremo y las Ciencias celestiales habían sido comunicados por Dios mismo a los Hermanos Sapientes, y conservados por los judíos».

En 1740 ya, la Masonería escocesa abrió en Berlín un capítulo en la logia «Unión» (a iniciativa del conde Schmettau) y luego en Hamburgo en la logia «Judica» en 1742 y 1744. Por otra parte, la leyenda templaria, confirmada por la «Historia de la venerable Cofradía de los Francmasones», publicada por de La Tierce en Francfort en 1744, se extendía también, y la Sociedad de los Rosa-Cruz de Oro se establecía en 1756 en Alemania del Sur y en 1757 en Francfort, desde donde se extendió a Alemania, Holanda y Rusia.

Pero, alrededor del capítulo de Clermont, aventureros y estafadores se agitaban. Pritzen, primer Maestre del Capítulo, y el ex-pastor Rosa, de conducta escandalosa, que pretendían reformar la Orden, se enfrentaron al más astuto judío, Leucht, apodado «Johnson». En Praga, pretendióse alquimista, este último había estafado al emperador Francisco de Lorena. Lacayo del príncipe de Anhalt-Bernburg, había tomado prestada por su amo su vajilla para fabricar una aleación de oro. Aunque haya sido encarcelado en Rendsburgo como falsario, consiguió asociarse con François de Prangen, dignatario del Capítulo de Clermont, para fundar en Iéna en 1763 el capítulo «Sión», desenmascarar a Pritzen y Rosa delante de los otros capítulos e intentó reformar la Orden.

Hund y la «Estricta Observancia»

Felizmente fue el barón de Hund el que se encargó de ello. Carlos Gothelf había estudiado en Leipzig, Estrasburgo y París (1741-42). Iniciado masón en Francfort, cuando el coronamiento del emperador Carlos VII de Lorena, por el entorno del mariscal de Belle-Isle, había seguido asiduamente los trabajos de las logias de París y de Versalles (donde los jacobitas lord

Kilmarnock y lord Clifford habían completado su formación) y, al ir y venir vía Holanda en 1743, se había informado mucho de la leyenda templaria cerca de los numerosos Rosa-Cruz del país. De regreso a sus tierras, en 1751, se había apresurado a fundar una logia, «las Tres Columnas», y había redactado un libro rojo de estatutos (inspirados en la «Historia templaria», una más, publicada por Goertler en 1703). «Las Tres Espadas de Oro» de Dresden y la «Minerva» de Leipzig se adhirieron a su sistema en 1762. Entonces desenmascaró a «Johnson» en Altenberg en 1764, pero conservando para su organización el nombre, de resonancia muy militar, de «Estricta Observancia».

Orden que se quiere heredera de los Templarios. Incluye grados de Maestre escocés, de novicio, de templario (jerarquizado en «armiger», escudero, «socius» o compañero, «eques» o caballero, y más tarde «eques professus»). Los caballeros llevan un lema y nombre latinos, procedente de su blasón, siendo designado Hund como «Eques ab Ense» (el caballero de la Espada). Según Hund, la Orden obedece desde 1659 a unos Gran Maestres cuya identidad se disimula tras un nombre latino. Es la leyenda de los «Superiores desconocidos», que motivara tantas intrigas y discusiones.

Y puesto que los templarios eran gente de negocios, la «Estricta Observancia», siguiendo su ejemplo, también tendrá metas económicas. Se encarga de esto el brazo derecho del barón, Schübert, ex-comisario de las guerras inglés durante la guerra de los Siete Años. Se trata de fundar una gran sociedad anónima, de estilo Compañía holandesa de las Indias, para la adquisición de bienes raíces. Según una carta de Kiesenwetter del 1 de febrero de 1767, «el objetivo final... consiste... en adquirir tierras relevando del Imperio... con el fin de crear un Estado nuevo e independiente, que no sería regido por, ni sometido a ningún soberano». La mayoría de las logias alemanas, incluyendo la «provincial inglesa» de Hamburgo, se adhirieron, pero el «plan económico», basado en un sistema de tontinas, de cotizaciones capitalizadas, fracasó por completo.

También se producen nuevas complicaciones. El pastor Starck, iniciado en Petersburgo en 1675, mejora la leyenda templaria, buscando como antepasados a los Esenianos (a través de un capítulo clerical de Aberdeen). Sus clérigos templarios pretenden someter a los caballeros a la adoración del Bafometo. Por su parte, en 1770, Zinnendorf fundó logias y pretendió constituir su propia Gran Logia Nacional. Jefe del servicio sanitario prusiano, maestre de los «Tres Globos», se empeñaba desde 1763 en crear un nuevo sistema, y para conseguirlo, había dirigido una encuesta en Suecia, donde los grados simbólicos habían sido llevados, desde París, en 1737, y los escoceses, desde Estrasburgo, en 1751.

Brunswick le suplanta

Finalmente, el convento reunido en Kohlo (entre el 4 y el 24 de junio de 1772), bajo la amenaza de la competición de Zinnendorf, consiguió concluir un acuerdo con Starck y reunificar prácticamente la Masonería alemana. Se rechazó la leyenda de los «Superiores Incógnitos». Hund se encontró suplantado y luego eliminado en el convento de Brunswick (del 23 de mayo

al 6 de julio de 1775) por el duque Ferdinando de Brunswick (1721-1792). Sucesivamente general en jefe de los ejércitos hanoveriano y prusiano, G. M. provincial de las logias inglesas de su ducado desde 1770, tenía la mala fama de recibir con gusto propinas en su bolsillo, pero nadie protestó. Predominante en Alemania, la «Estricta Observancia» consiguió lanzar unos tentáculos en Francia. Recibido como templario por lord Raleigh en Roma en 1743, Weiler instaló en Estrasburgo, Lyon y Montpellier en 1773, tres capítulos de este priorato.

Pero Zinnendorf no renunciaba ya. Gracias a su apoyo, el landgrave Luis Carlos de Hesse obtuvo en Londres en 1773 el título de «Gran Maestre» de la Logia Nacional de Alemania. Uno de sus emisarios, muy bien acogido en Estocolmo en 1776, opuso al duque de Sudermania (G. M. de la Masonería sueca en 1774, y apoyado por el convento de Leipzig) el duque de Brunswick en el convento de Wolfenbuttel, en julio de 1778. Brunswick se impuso, pero Zinnendorf se quedó con el control de la Masonería nórdica.

En cuanto a los Rosa-Cruz, abandonando la leyenda templaria, reorganizaron su Orden en 1767, con nueve grados: «juniores», teórico-prácticantes, filósofos, menores y mayores, adeptos-exemptos, «magistri» y magos. El «Opus mago-cabbalisticum et theosophicum» de Welling (Hamburgo, 1735), fue utilizado para instruir a los jóvenes, y el «Novum laboratorium chimicum» de Glaser (1677) a los teóricos. Para los grados superiores, se estudiaban las obras del famoso alquimista y teósofo Khunrath (1560-1609). Triunviratos superiores encabezan la Orden, organizada en círculos de cinco, siete o nueve miembros, ignorándose unos y otros. Está fuertemente instalada en 1773 en Silesia, alta Lusacia, en Marburgo, Ratisbona y mantiene en Leipzig una logia secreta. Viena es un centro importante suyo en 1775. Y en Berlín, Bischofwerder y Woellner, maestres de los «Tres Globos», la dirigen.

De manera que, en el momento de hacer su entrada en la escena política los «Iluminados» de Baviera de Weishaupt, la Masonería alemana está dividida en tres trozos principales: la «Estricta observancia» del duque de Brunswick, la «Gran Logia Nacional» bajo control de Zinnendorf, y los Rosa-Cruz, siendo reducida a Francfort la zona bajo directo control de la Masonería inglesa.

El Gran Oriente unifica la Francmasonería en Francia

Al contrario, la Masonería francesa, después de su crisis de crecimiento bajo el G. M. conde de Clermont (1743-1771), se va a unificar casi por completo. Como el movimiento de la independencia americana que se aproxima debe cortar las relaciones entre Francia e Inglaterra, se necesita de una dirección «nacional», o sea el «Gran Oriente». Debemos llamar la atención sobre estas «reformas administrativas» masónicas que preceden los grandes acontecimientos políticos, como había sido el caso ya del nacimiento de la «Gran Logia de Francia» tres años antes de la guerra de Sucesión de Austria. Aunque la Masonería tenga su centro en Inglaterra, no está sólo al servicio de intereses ingleses. No se debe olvidar, y la revuelta de las colonias americanas dará otra prueba de esto.

Mientras la Gran Logia de Londres acepta reanudar relaciones con las logias de París, divididas, la actividad masónica continúa sus progresos en provincia, y la muerte del conde de Clermont (el 16 de junio de 1771) facilita la reforma proyectada. Lleva al frente de la Masonería, con el apoyo de los «lacornards», como G. M. al futuro jefe del ramo menor, Felipe de Orléans, duque de Chartres, secundado como administrador general por Anne-Charles-Sigismond de Montmorency, duque de Luxembourg (24 de junio de 1771). La unión de la Gran Logia de Francia y del Soberano Consejo de los Emperadores de Oriente y de Occidente (realizada el 9 de agosto de 1772), si no consigue la fusión completa con la Gran Logia escocesa y una multitud de otras sectas, al menos permite fundar el Gran Oriente (24 de diciembre de 1772-26 de mayo de 1773). Conforme con los estatutos aprobados el 26 de junio de 1773, los miembros del Consejo de la Orden son nombrados, en parte por el G. M. (unos vitalicios) y en parte elegidos por las logias de París y de provincias (unas 300). Una Asamblea deliberante, elegida, el Convento, integrada por «venerables» y delegados de las logias, ejerce el poder legislativo dentro de la Orden. Y, para facilitar la disciplina, las «tenidas no deben tener lugar en tabernas», el número de «logias de mesa» queda reducido, la entrada en las logias prohibida a los domésticos y a los artesanos que no tengan el grado de maestros. No obstante, los hermanos tienen la galantería de admitir a las damas a participar en sus trabajos. Lo había propuesto el caballero de Beauchêne en 1744; en 1774 ya es cosa hecha. Bajo la cayada de la duquesa de Borbón, Gran Maestra en 1775, y luego de la princesa de Lamballe en 1780, se abren talleres femeninos con cuatro grados: aprendiz, compañera, maestra y maestra perfecta.

En la hora de la Independencia americana

Una perfecta sincronización en las maniobras: el 24 de mayo de 1773, nace el Gran Oriente y el 16 de diciembre siguiente se desencadena en Boston el movimiento de la Independencia americana. Escuchemos a Mr. Bernard Fay, historiador de la F. M. (pág. 211), relatarnos el primer incidente: «el jueves 16 de diciembre de 1773, pues, la logia de San Andrés se reunió en la taberna del Dragón Verde, pero, como lo constata su acta, no hubo sesión. Y mientras estaba ocupada en no tener sesión y que el club político («caucus») se encontraba reunido también, un grupo de indios rojos y abigarrados, que nadie había visto entrar, salió tumultuosamente de la taberna, se precipitó hacia el muelle, cogió lanchas e invadió los tres buques ingleses, que saqueó y devastó en un instante. Echaron al mar 342 cajas de té, sin oposición de los tripulantes y sin que las fuerzas inglesas tuvieran tiempo de intervenir. Luego volvieron a las lanchas, llegaron al muelle y se les vio regresar a la taberna. Pero debían ser mágicos porque nadie les vio salir, de manera que nunca pudo la policía inglesa ni detenerlos ni castigarlos. Sólo salieron de la taberna los miembros de la logia de San Andrés, que se habían reunido para no celebrar sesión, como lo indica su acta».

El «motín del té» no era el primer incidente que se produjo entre la metrópoli y su colonia. Una primera revuelta había estallado contra el gobernador sir Edmund Andross en 1689, y un conflicto monetario, mucho más grave que la tasa sobre el té, en 1764, cuando a iniciativa de los Rothschild,

el Banco de Inglaterra prohibió la emisión de la moneda local («colonial scripts»), obligando a los colonos a entregar sus bienes y valores en prenda para obtener de Londres sus medios de pago en cantidad reducida a la mitad de sus necesidades (lo que provocó crisis económica y paro) (Robert Owen, Senate Doc. 23, pág. 98). Y una sangrienta reyerta había causado cinco muertos, el 5 de marzo de 1770.

Pero esta vez, el movimiento había sido preparado con mucho cuidado por la Masonería, con el fin de conseguir la unión de las colonias de origen británico. Abierta en 1717, la logia de Filadelfia había sido reconocida en 1731 por la Gran Logia de Londres, y el duque de Norfolk delegó a Daniel Coxe como Gran Maestre para las colonias del centro y dos años más tarde a Henry Price como G. M. de la de Boston. Luego la Orden se extendió a Georgia en 1734, al New Hampshire en 1736, a Nueva York en 1737, a Virginia en 1743, a Rhode Island en 1749, a Maryland y Conecticut en 1750, a Carolina del Norte en 1753. En 1759, una logia de Boston recibió de la Gran Logia de Escocia unas cartas que solicitaba desde 1754. Agrupando los elementos más jóvenes y más avanzados, otras logias, llamadas logias «de Antiguos», se multiplicaban en las colonias.

Las logias «de Antiguos» y Benjamin Franklin inspiran a los insurgentes

Mientras en Inglaterra la Masonería oficial se identificaba más y más no sólo con la «gentry», sino con la dinastía hanoveriana, que sucedían al duque de Manchester (1777-1782) hasta 1790 el duque de Cumberland, hijo del príncipe de Gales y hermano de Jorge III, y luego, hasta 1813, el mismo príncipe de Gales, el irlandés Laurence Dermott se hizo el promotor de una Masonería menos aristocrática y de tendencias más avanzadas: las logias «de Antiguos». Le habían ayudado las Grandes Logias de Escocia y de Irlanda, siempre dispuestas a molestar a su altiva «Madre Logia» de Londres. Así consiguió reagrupar en su obediencia a 12 logias en 1753, 36 en 1760, 100 en 1766 y 197 en 1771, teniendo como G. M. a Robert Turner, Edward Vaughan, el conde de Blessington (1756-60) y, entre otros, los duques de Atholl, padre (1775-1781) e hijo (1791-1813), que restableció la unión con la Masonería oficial.

Para preparar el camino a la Confederación, Benjamin Franklin utilizó esta red de logias «de Antiguos». De una moralidad poco exigente, pues se le acusaba de haberse apropiado «una cantidad que un hombre de Rhode Island le había encargado de cobrar», se introdujo en la Orden, casi con fractura. Como no le invitaba la logia de Filadelfia, él, entonces impresor de una hoja local, la «Gaceta de Pennsylvania», publicó sobre sus trabajos una nota sarcástica (el 8 de diciembre de 1730). Entendió la logia y le inició para una brillante carrera: G. M. de Pennsylvania en junio de 1734, G. M. provincial en 1749, G. M. ayudante (deputy) en 1750 y en 1760, miembro honorífico de muchas logias inglesas y francesas, antes de cumplir la función —suprema consagración— de Venerable de la logia de «las Nueve Hermanas» de París en 1782.

Sus funciones de maestro del Correo le facilitaban la tarea de recorrer el país para tejer lazos entre las colonias. En 1754, presentó un plan de Confederación a sus representantes agrupados en un Congreso en Albany. Creó en Filadelfia una «Sociedad filosófica americana». Multiplicó los contactos con los periódico masónicos, como en Nueva York el diario de Zeuger, y en Nueva Inglaterra la «Gaceta de Boston». Entre 1750 y 1770, los principales jefes del movimiento, Benjamin Franklin, el coronel Washington, John Hancock, James Otis, dirigieron una violenta campaña contra la pretensión del Parlamento inglés de imponer su autoridad en las colonias de ultramar, reivindicando ellos mismos el derecho de elegir a sus representantes y de acordar los impuestos, conforme con los principios proclamados por las dinastías de Orange y de Hanover.

La logia San Andrés de Boston, presidida por el cirujano Joseph Warren asistido por Paul Revers (reconocida en 1769 como Gran Logia provincial por la Gran Logia de Edimburgo), escondía un club político radical, el «North End Caucus». Manejaba el juego en Nueva Inglaterra, y por eso, al lanzar a sus «pieles rojas» al asalto de los fardos de té inglés de Boston, desencadenó la revuelta de las colonias y la guerra de Independencia americana.

* * *

Pronto la Declaración de Independencia, proclamada por Thomas Jefferson, el 4 de julio de 1776, ofrece al mundo un nuevo ideal, conforme al de la Masonería. El régimen orangista ya no será un ejemplo sino para los aristócratas y parlamentarios, «quedados atrás» en sus privilegios de casta. Su corrupción se ostentaba de tal manera que todo el mundo se enteraba de que siendo el Parlamento una filial de la Bolsa, Robert Walpole pagaba los votos a 500 libras la pieza y habían aumentado los subsidios a la prensa, entre 1707 y 1717, de 338.000 libras en diez años a más de millón y medio entre 1731 y 1741. El «honor», espíritu o resorte moral de las monarquías templadas, según Montesquieu, salía un poco deslustrado. Pero ahora se podría oponerla la «virtud», inspiradora de las repúblicas tolerantes y moderadas de más allá del Atlántico, cuyo modelo presentaba la Pennsilvania de los «quakers», sino otra.

Durante todo el siglo XVIII se emplearon los «filósofos» en alabarla.

CAPITULO XV

LOS PADRES DE LAS «IDEAS FRANCESAS»: ESPINOZA, MENDELLSHON, WEISHAUPT

Porque la fama de un Montesquieu, de un Voltaire, de un Rousseau y la boga de la Enciclopedia han difundido estas doctrinas en el mundo, se les ha calificado de «ideas francesas». Pero, si se inspiraron del ejemplo inglés de 1688 y del modelo americano de 1776, su verdadero origen no queda menos específicamente judío.

El ideal que caminaba subterráneamente en la Masonería para florecer en la Revolución francesa, salido todo armado del cerebro de Espinoza, difundido y financiado por Mendellshon y sus amigos, verdaderos alimentadores de la Enciclopedia, animado y explotado por Weishaupt y sus «Iluminados», se disponía a encender a Europa.

Espinoza, padre de los filósofos

Oriundo en 1632 de una familia de comerciantes de origen español, Baruch Espinoza, discípulo de Manasseh ben Israël, el compadre de Cromwell, y de Morteira, se había dedicado al estudio de la filosofía reformista de Abraham ibn Ezra, de Maïmonides y de Hasdaï Crescas. Su amistad con el médico van den Enden, su profesor en latín (con la hija del cual quería casarse), conocido ateo (más tarde ahorcado por haber atentado contra la vida del delfín), aumentó todavía más su escepticismo. ¿Pertenecía o no al movimiento de los Rosa-Cruz? De todos modos, su sello llevaba una rosa. Temiendo que deje la sinagoga para acercarse al cristianismo, los rabinos le ofrecieron una pensión anual de 1.000 ducados, que rechazó. Entonces, le condenaron a la excomunión mayor o «herem» en 1656.

Para ganarse la vida, tuvo que pulir cristales, abandonó Amsterdam en 1664 para refugiarse en los alrededores, y luego en Rheinsburgo cerca de Leyden y por fin en Voorburgo y La Haya. Jean de Witt le protegió y le concedió una pensión de 200 florines. No aceptó la cátedra en Heidelberg

que le ofreció el conde palatino Carlos-Luis. Entonces publicó su «Tractatus theologo-politicus» (1670) y su «Etica» que sólo salió a la venta en el año de su muerte (1677). De manera que conoció a la vez la generación del italiano Galileo (fallecido en 1642), del holandés Grotius (en 1645), del francés Descartes (en 1650), del inglés Hobbes (que murió con muchos años en 1677) y la de Newton (nacido en 1643) y de Leibnitz (nacido en 1646), y conoció las obras de la mayor parte de ellos.

Ahora bien, todos los principales dogmas de la Enciclopedia y de la Revolución salieron a luz en su «Tractatus theologo-politicus». Mezclados con consideraciones críticas sobre los títulos de Moïses, de los Profetas y de Israël para gobernar al mundo, que debemos subrayar.

Sobre la superstición. Con referencia a Quinte-Curce (IV, 10): «No existe medio más eficaz para gobernar a la multitud sino la superstición». Con este comentario: «He aquí lo que levanta tan fácilmente al pueblo, bajo la apariencia de la religión, sea a adorar a sus reyes como dioses, sea a odiarles como al azote del género humano». Y más: «Si el gran secreto del régimen monárquico, y su interés principal, consiste en engañar a la gente y en cubrir con el hermoso nombre de religión el temor en el cual se les mantiene esclavizados, de manera que se imaginen combatir para su salvación cuando combaten para su esclavitud, y que la suerte más gloriosa parezca a sus ojos derramar su sangre y su vida en servicio del orgullo de un solo hombre, ¿cómo se puede concebir algo semejante en un Estado libre?» (págs. 59 y 60).

Sobre la libertad de pensamiento. «He creído hacer una cosa buena, y quizá útil, demostrando que la libertad de pensamiento no sólo puede conciliarse con el mantenimiento de la paz y la salvación del Estado, sino que al destruirla se destruiría del mismo golpe la paz del Estado y hasta la piedad. Este es el principio que quisiera establecer en este Tratado. Pero, con este fin, he pensado necesario primero borrar algunos prejuicios, unos, huellas de nuestra antigua esclavitud, sobre la religión, y otros, que se han creado sobre los derechos del poder soberano» (pág. 6).

Sobre el papel eminente de la razón humana. «Después de todo esto no debe extrañar que de la antigua religión sólo quede el culto exterior... y de la fe, credulidad y prejuicios. ¡Y qué clase de prejuicios, Dios mío! Prejuicios que cambian los hombres razonables en bestias, quitándoles el libre uso de su juicio, el discernimiento entre lo verdadero y lo falso, y que parecen haber sido inventados especialmente para apagar y ahogar la antorcha de la razón humana» (pág. 61). Los milagros no constituyen una objeción. «Como no he descubierto en los milagros de los cuales habla la Escritura nada que se oponga o que repugne a la razón, y como he visto que l profetas no han contado sino cosas muy sencillas, de las que cada uno pue darse cuenta, que sólo las explicaron con especiales motivos, embelleciéndol por su estilo, de manera a atraer el espíritu de la multitud hacia la devoció, he llegado a la conclusión de que la Escritura deja la razón absolutamente libre, que no tiene nada común con la filosofía, y que una y otra deben apoyarse en sus propios medios» (pág. 64).

Sobre la libertad de interpretar la religión. «Como el espíritu de los hom-

bres difiere mucho, llego finalmente a la consecuencia que se debe dejar a cada uno la libertad de su juicio, con la posibilidad de entender cómo le gusta los principios de la religión» (p. 64). Y aunque «los soberanos son los depositarios y los intérpretes no sólo del derecho civil, sino del derecho sagrado (allí coincide con Hobbes); que les pertenece, a ellos solos, el derecho de decidir de lo justo y de lo injusto, de lo piadoso y de lo impiadoso... concluyo que para conservar este derecho lo mejor posible y mantener la tranquilidad del Estado, deben permitir a cada uno de pensar lo que quiera y de decir lo que piensa» (pág. 65). Puesto que «cada uno dispone de una autoridad soberana y de un derecho absoluto de fijar su opinión sobre asuntos religiosos... Del mismo modo que el derecho de interpretar las leyes y la decisión soberana en los asuntos públicos pertenecen al magistrado sólo porque son de derecho público, del mismo modo cada individuo tiene una autoridad absoluta para decidir de la religión y para explicarla, porque es de derecho individual» (pág. 184).

Sobre el derecho natural. «Para edificar esta demostración, salgo del derecho natural de cada uno, el cual no tiene otros límites que sus deseos y su poder, para demostrar que nadie está obligado... a vivir según la voluntad de otro, pero que cada uno nace con el derecho de proteger su propia libertad». «Entonces los súbditos siempre retienen algunos derechos que no les pueden ser quitados sin gran peligro para el Estado, y siempre les son concedidos por los soberanos, sea según una convención tácita, sea en virtud de una estipulación expresa» (pág. 65). Puesto que «todo lo que hace un ser humano, siguiendo su ley natural, lo hace con buen derecho, actuando determinado por su naturaleza, sin poder actuar de otra manera» (pág. 270). Pues bien, «el poder de la Naturaleza resulta ser... el mismo poder de Dios, quien posee un derecho soberano sobre todo; pero como la potencia universal de todos modos no es otra cosa que la potencia de todos los individuos reunidos, resulta que cada individuo tiene un derecho sobre todo lo que pueda abrazar, o mejor dicho, que el derecho de cada uno se extiende hasta donde se extiende su poder (potencia)» (pág. 269).

Sobre el Orden de la Naturaleza. En este terreno, Espinoza se propone «primero demostrar que no acontece nada fuera del orden natural, que sigue, sin interrupción, un curso eternal e inmutable», y segundo «probar que no son los milagros los que pueden darnos a conocer la esencia ni la existencia de Dios, ni en consecuencia su Providencia, pues todas estas verdades se entienden mucho mejor a través del orden constante e inmutable de la Naturaleza» (pág. 144). Entonces, de todo esto resulta que un milagro no es otra cosa que «un acontecimiento cuya causa los hombres no pueden explicar por analogía con otros acontecimientos similares que tienen costumbre de observar» (pág. 145).

Sobre la idea de Dios. «Dios no es sólo el Dios del género humano, sino el Dios de toda la Naturaleza» (pág. 150). «El alma humana, considerada por dentro, es la primera causa de la revelación divina... la idea de Dios nos viene revelada y dictada a través de la Naturaleza» (pág. 19). «La ley divina, esta ley... que nos enseña la verdadera vida, es común a todos los hombres; y como la tenemos deducida sólo de la consideración de la naturaleza humana, debemos reconocer que está como grabada en lo más hondo

de nuestra alma» (págs. 128-29). «La misma razón, así como la enseñanza de los profetas y los apóstoles, nos revela la palabra eterna de Dios y su alianza, y nos grita que la verdadera religión viene grabada por la mano de Dios en el corazón, es decir, en el espíritu de los hombres y que allí yace el verdadero original de la ley divina, ley que Dios selló por su propio sello cuando puso en nosotros la idea de El mismo y la imagen de su divinidad. Los primeros judíos recibieron la religión por escrito porque sin duda en esta época se les trataba como a niños» (pág. 234-35). Para encontrar a Dios se debe seguir el precepto de Salomón (los Proverbios, cap. II, verso 3): «Si invocáis la Sapiencia, y os sometéis a la Inteligencia, entonces entenderéis el temor a Dios y encontraréis el amor (y el conocimiento) de Dios». Conclusión: «Los dogmas de la Fe universal y los dogmas fundamentales de la Escritura... deben todos inclinarse hacia esta única idea de que existe un Ser supremo, que practica la justicia y la caridad, a quien todo el mundo debe obedecer para ser salvado, y al cual se debe adorar, practicando la justicia y la caridad cerca del prójimo» (pág. 255).

En este culto al Ser supremo, a la Naturaleza y al individualismo determinista, debe pertenecer la primacía a la Razón. Mientras la Fe y la teología conducen sólo a la obediencia y a la piedad, la filosofía no tiene otra meta que la Verdad.

Apóstol de la Democracia

Todo esto, para la Religión. En lo que toca a los poderes soberanos, el pueblo, una vez despojado de las supersticiones que le ciegan y anestesian, podrá imaginar un régimen conforme al derecho natural, garantizador de sus libertades. Y este régimen se llama DEMOCRACIA (ya figura la palabra). Así describe Espinoza el proceso de constitución de las sociedades naturales: «Para llevar una vida feliz con bastante seguridad, los hombres han tenido que entenderse entre sí con el fin de poseer en común este derecho sobre todo que cada uno recibió de la naturaleza; debieron renunciar obedeciendo a la violencia de sus apetitos individuales para conformarse más bien con la voluntad y el poder de todos los hombres reunidos» (pág. 272). Escogiendo entre dos bienes, el mayor, y entre dos males, el menor, debieron «convenir juntos... de no hacer a otro lo que no quieran que se les haga a ellos, de defender los derechos ajenos como suyos propios, renunciando a su derecho natural, sea por miedo de un mal mayor, sea por esperanza de un bien mayor» (pág. 272).

«He aquí entonces, según Espinoza, cómo puede establecerse una sociedad manteniendo la inviolabilidad del pacto común (siempre el famoso "berith"), sin herir en cualquier forma el derecho natural: es que cada uno transfiera todo su poder a la sociedad, la cual ejercerá en todo el derecho natural absoluto, es decir, la soberanía; de manera que cada uno tendrá que obedecerla, sea libremente, sea por miedo al último suplicio. La sociedad donde predomina este derecho se llama DEMOCRACIA, la cual se define por esta razón: una asamblea general, que posee en común un derecho soberano sobre todo lo que su poder alcanza. En consecuencia, el soberano no tiene el límite de ninguna ley, y todos deben obedecerle en todo» (pág. 274). Y añade, con

optimismo, esta reflexión que hace sonreír: «Resulta casi imposible que una gran asamblea adopte por mayoría una cosa absurda» (pág. 275). «Si he preferido tratar de esta forma de gobierno, añade Espinoza, es que me parecía la más natural y la más cercana a la libertad que confiere la naturaleza a todos los hombres, puesto que en este estado nadie transfiere a otro su derecho natural... porque dimite sólo en favor de la mayoría de la sociedad entera, de la que es una parte» (pág. 276).

Si sus preferencias van a la democracia, si estima que la institución de la monarquía ha sido funesta al pueblo judío, por eso no aprueba sin reservas las revoluciones de Inglaterra. Poniendo como principio «que se debe siempre conservar la forma de gobierno existente y que al cambiarla se corre el riesgo de una ruina completa» (pág. 315), se refiere «al funesto ejemplo del pueblo inglés, que se empeñó en presentar el asesinato de un rey bajo las apariencias de la justicia para darse cuenta, pero demasiado tarde, que no había hecho más para la salvación de la patria que violar los derechos de un rey legítimo, para cambiar el estado de cosas hacia lo peor» (pág. 314). Cualquiera que sea el valor de esta opinión, expresada en 1670, es decir, antes del epílogo de los acontecimientos, Espinoza concluye su obra abogando en pro del «gobierno democrático (el más cercano del estado natural) en el cual todos los ciudadanos quedan obligados por un pacto en conformar a la voluntad común sus acciones, pero no sus juicios ni sus pensamientos, es decir, que como los hombres no pueden tener la misma opinión sobre las mismas cosas, han decidido que tendría fuerza de ley toda medida decidida por mayoría, pero conservando la posibilidad de sustituir esta medida por otra mejor en el caso de encontrarla» (págs. 335-36). De estas instituciones modelo, Espinoza (aunque haya sido desterrado por los jefes de su comunidad) propone como ejemplo la ciudad de Amsterdam, «ciudad cuyo desarrollo notable, que provoca la admiración de las otras naciones, ha sido el fruto de esta libertad» (pág. 336).

Un judío modernista y disidente

Puesto que este filósofo judío, que coloca a Jesús por encima de Moïses, no es parco en crítica hacia las instituciones mosaicas y la teocracia, sacada de las Santas Escrituras. ¿Elegidos por Dios, los hebreos? «Esto sólo significa que Dios escogió para ellos un cierto territorio en el cual podrían vivir cómodos y seguros. En cuanto a las leyes reveladas por Dios a Moïses, no son otra cosa que el derecho peculiar de la nación hebraica, que no se podía aplicar a otros, y a la cual ellos no estaban sometidos sino durante el período de su imperio» (pág. 63).

No manifiesta más reverencia acerca de los profetas. «¿Por qué Dios los escogió? ¿Porque tenían sublimes ideas sobre Dios o la Naturaleza, o sencillamente por su piedad? «Cuando no tratan de la práctica de la vida y de la virtud... sus opiniones tienen poca importancia» (pág. 63). De todos modos, «la dote de profecía no era monopolio de los judíos, sino común a todas las naciones» (pág. 109). En materia religiosa, los títulos del pueblo hebreo parecen muy parcos, «porque es cierto que, en lo que toca al entendimiento, los hebreos tuvieron sólo ideas muy vulgares de Dios y de la Natu-

raleza; así que no fueron elegidos por esta razón. Ni tampoco por su virtud y su práctica de la vida veritable, porque, con excepción de unos pocos elegidos, no sobrepasaron en esto al resto de los pueblos. Su carácter de pueblo elegido por Dios y su vocación, entonces, no proceden más que del éxito temporal de su imperio y de las ventajas materiales de las que han gozado» (pág. 104).

De genio político no existe huella en su historia. «Al salir de Egipto, como no quedaban sometidos a la ley de cualquier nación extranjera, podían escoger instituciones a su gusto, establecer tal o tal gobierno, ocupar el país que les convenía mejor. Pero lo que ocurrió es que de lo que eran menos capaces era precisamente de definir una buena legislación y gobernarse por sí mismos». «Por eso debió Moïses, por virtud y orden divina, introducir la religión en el gobierno, para que obedezcan no por miedo, sino por devoción» (páginas 135-36). «Los dos Testamentos no son más que una doctrina de obediencia, porque Moïses no intentó convencerles por la razón, pero... se empeñó en ligarlos por un pacto, por juramentos y por beneficios; luego amenazó con castigar a los que no observaran las leyes» (pág. 252).

Enemigo de la teocracia y del clericalismo

A Espinoza le repugna la teocracia mosaica, que establece el gobierno de los sacerdotes. «Cuando los hebreos abandonaron a Moïses el derecho que tenían de consultar a Dios, perdieron todos sus derechos, obligándose a considerar al elegido por Moïses como al elegido por Dios mismo» (pág. 290). «La sede del Estado era un Templo», «los miembros del Estado tenían que jurar fidelidad a Dios», «el comandante supremo de los ejércitos debía ser elegido sólo por Dios» (pág. 295). Josué, elegido como supremo jefe de la milicia, no podía consultar a Dios, «sino a través del Soberano Pontífice, que recibía sólo la contestación divina» (pág. 292). Este pontífice, encargado de interpretar las leyes, es el hermano de Moïses, Aaron, y luego sus hijos, luego un miembro de la secta de los Levitas (pág. 291). La asamblea suprema se compone de 70 consejeros, escogidos también por Moïses (pág. 295).

Ahora bien, los frutos de este régimen fueron más bien amargos. Sin embargo, reinaba la igualdad: En ninguna parte y en ningún Estado los ciudadanos gozaban de sus bienes con derechos iguales a los de los hebreos, que poseían un lote de tierras y de campos igual al de su jefe, quedándose eternamente los amos de este lote. Si alguien, apresurado por la necesidad, tenía que alienar su tierra al llegar el jubileo, volvía a entrar en posesión de estos bienes» (pág. 300). Pero los resultados no respondieron a la expectación. Lo que justifica este severo juicio: «Si se admite que los judíos tuvieron más que otros el espíritu de sedición, se lo debiera imputar a un vicio de sus leyes y de los modos que recibieron de sus legisladores» (pág. 302). Las donaciones, los impuestos pagados a los levitas no estaban ajenos a este estado de cosas. Y «cuando el pueblo, que no estaba acostumbrado a los reyes, cambió la primera forma del gobierno monárquico, entonces no hubo fin a las guerras civiles, y tal fue la atrocidad de los combates que los hebreos llevaron entre sí, que no existe algo similar en los anales de la historia» (pág. 310).

Desde allí procede la preferencia de Espinoza para el modelo de democracia ofrecido por Amsterdam y por las Provincias Unidas. Desde allí, la superioridad que reconoce a Jesús sobre Moïses, porque Jesús «no enseñó otra cosa sino principios universales de moralidad (cf. Mateo, cap. V, verso 23) y prometió a sus elegidos un reposo espiritual, muy distinto de las recompensas corporales (materiales) de Moïses, Jesús tuvo por misión no de conservar tal o tal imperio ni instituir leyes, sino sólo de enseñar la ley moral a los hombres, la ley universal» (pág. 131). Con este homenaje prestado al Mesías por el discípulo de Maïmonides y de Manasseh ben Israël, terminaremos.

Basta enumerar estos principios —tan cercanos al ideal Rosa-Cruz— para reconocer que la influencia de Espinoza domina el siglo siguiente. Sus tesis, que presentan tan sorprendentes analogías hasta llegar a una casi identidad (Saisset) con las de Plato, «una sola natura, una sola substancia, un solo Ser», fueron difundidas en Inglaterra, sobre todo por Locke y Toland (Pantheisticon). En Alemania, Leibnitz, Lessing, Fichte, Hegel y Schelling buscaron su inspiración más en la «Etica» que en el «Tractatus theologo-politicus». En Francia, Boulainvilliers fue el principal vehículo del espinozismo. Traductor de sus obras, autor probable de un «Ensayo de Metafísica según los principios de Baruch de Espinoza» (cerca de 1707) y de conversaciones «sobre el origen de los seres y de las especies», fascinado por las obras de Espinoza, que fue su gran inspirador (Naville), este astrólogo convencido introdujo las tesis del filósofo reformista en la camarilla de Noailles primero y luego del «club» de Holbach. Amigo del conde d'Argenson, el duque de Noailles mantenía en su entorno cerca de 1710 a unos personajes como Dumarsais (1676-1756), preceptor de los hijos de John Law, amigo de Fontenelle y de Voltaire, como Fréret (1688-1749), biógrafo de Boulainvilliers y preceptor de sus hijos, inspirador de Condillac, detenido en la Bastilla en 1715, como Mirabaud (1675-1760), que prestara más tarde su nombre al «Sistema de la Naturaleza» de Holbach. Todos están tan nutridos por Espinoza, que el historiador de Thierry de Holbach, Naville, llegó a la conclusión que todo el movimiento filosófico se presenta como una manifestación triunfal del espinozismo.

Origen masónico de la Enciclopedia

Después de la muerte del cardenal Fleury, la propaganda subversiva, obligada a callar durante su gobierno (15 de junio de 1726-29 de enero de 1743), se reanimó más violenta. Pero esta vez los espíritus «iluminados», apartando sus miradas de las nieblas del Támesis, buscaban la luz entre las brumas de la Sprea. En el momento de nacer la Enciclopedia, Berlin ya suplanta a Londres. ¿Quizá sería útil pedir el porqué de este cambio?

Ahora bien, la idea de un Diccionario universal, compendio de los conocimientos humanos, parecía latente. El diccionario de Bayle, a pesar, o por causa, de su tendencia antirreligiosa, había sido, con sus once ediciones, un gran éxito de librería. Contestaron los jesuitas publicando su propio Diccionario universal en 1704. Fue a propósito de una traducción de la «Cyclopedia» del quaker Ephraïm Chambers, publicada en Londres en 1728-29, que Mme. de Puysieulx puso en contacto a Diderot con el librero Le Breton en

1745-46. Allí se encuentra el origen oficial de la Enciclopedia, después de nacer el proyecto y sus primeras gestiones en el salón de Mme. Geoffrin y de Mme. du Deffand.

Pero Mr. Gaston Martin, en su magistral estudio sobre la Franc-Masonería y la Revolución (pág. 79), reveló un texto que no deja ninguna duda sobre su verdadera paternidad. Según una declaración de su G. M., el duque de Antin, en junio de 1740: «La Orden exige de cada uno de nosotros contribuir con su protección, su liberalidad o su trabajo a una amplia obra... que reunirá las luces de todas las naciones y constituirá una manera de biblioteca universal». Comentando este discurso un orador masónico, citado por Amiable, precisará: «Esto, hermanos míos, no es otra cosa que el plan, trazado con once años de anterioridad, de la inmensa publicación que se llamó la Enciclopedia».

El momento no era mal escogido: 1740. El cardenal Fleury, con ochenta y siete años de edad, empezaba a declinar. En mayo había sido entronizado en Prusia Federico II. El 20 de octubre moría el emperador Carlos VI, y Carlos-Luis Fouquet, conde de Belle-Isle, movía tanto la opinión pública que se mandó a la Dieta de Francfort (1841), y que, impaciente por pelearse en favor de su amigo Federico (iniciado en Brunswick el 14 de agosto de 1738), arrastraba a su país, con el apoyo de los Noailles y de los Broglie, a la guerra más estúpida y desastrosa.

Federico II, asociado a unos banqueros judíos

Entretanto, mientras el mariscal de Belle-Isle difundía logias en Alemania, la estrella de Federico II subía al cenit. Y gracias a él se extendía la influencia de los banqueros judíos de Berlín y del filósofo Mendellshon, campeón del reformismo. Nieto del rey Jorge I de Inglaterra por su madre Sofía-Dorotea de Hanover, Federico había sido alentado por su preceptor el hugonote francés Duhan en el estudio de Maquiavel, de Thomas More, de Bodin, del abad de Saint-Fierre, de Bayle y de Locke. Para escapar de la brutal férula de su soldadote de padre, el joven príncipe intentó huir a Inglaterra en julio-agosto de 1730. Internado en Kustrin. salió en noviembre para aburrirse con unas tareas administrativas en la Cámara del Dominio real.

Entronizado a la muerte de Federico-Guillermo I (31 de mayo de 1740), siguió rodeado por librepensadores y deístas. sus ex-compañeros en Rheinsberg, desde 1735: Ch. Et. Jordan, protestante francés nacido en Berlín, amigo de Fontenelle, del abad de Saint-Pierre, del joven Voltaire (al cual Federico dirigió su primera carta el 8 de agosto de 1738), Dietrich von Keyserlingk. de Curlandia, ex-estudiante en Königsberg y durante dos años en París (será su intermediario con Voltaire), Manteuffel, prusiano, retirado del gobierno de Sajonia, gran filósofo, y Suhm, también encargado de contratar sus empréstitos. Este soberano, masón, irreligioso y sin escrúpulos, se atrajo a todos los espíritus «iluminados» de su época, que encontraban en él su protector y jefe de fila. Por haber escrito durante su juventud el «Anti Maquiavel» se le perdonó las mañas. los abandonos. las traiciones. tan características de sus modos. ¿No inauguró su reino, estableciendo la libertad de los cultos? ¿Crean-

do un ministerio de Comercio y de las Manufacturas? El que se interesa tanto de los asuntos comerciales, ¿no favorece los de los banqueros judíos que le rodean? Y no bastaría esto para que se mereciera el título de «déspota alumbrado», aunque Prusia conoce todavía la servidumbre en los dominios de sus terratenientes.

Después de la expulsión de los judíos de Viena y del archiducado de Austria por Margarita en 1670, Federico-Guillermo había iniciado ya esta política, acogiendo a cincuenta familias en Berlín. Albergaba también judíos en su ducado de Cléves. Deseoso de enriquecer su reino, Federico II alentó la actividad de los de Berlín y de Königsberg, los Riess, Lazarus, Veit. «Bajo su impulso, escribe Graetz, varios judíos crearon fábricas, fundaron industrias y adquirieron grandes riquezas. ¿Pero qué hacer con el dinero?» (t. V, página 294). Los banqueros Friedländer de Königsberg (el padre y sus hijos Baermann, Meyer y Wolf) y el banquero Daniel Itzig de Berlín ayudaron con sus potentes medios las empresas reformistas de Mendellsohn, discípulo y heredero de Espinoza.

Protector de los filósofos

Por esta razón no debe extrañarnos la importancia de las influencias alemanas, tanto sobre la evolución de las ideas como sobre el desarrollo de los acontecimientos en Francia, desde la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, desde la Enciclopedia hasta la Revolución. Por cada lado del Rhin, Francmasonería y Finanza judía cooperaban estrechamente, sincronizando sus maniobras.

En 1750, el barón de Holbach y Grimm juegan un papel determinante en los trabajos de la Enciclopedia, y por eso escribió André Billy, biógrafo de Diderot, que «la verdadera sede de la Enciclopedia estaba establecida en casa de Holbach». Después de heredar de su tío, que hizo en París al final del reinado de Luis XIV una fortuna que le proporcionaba una renta de 60.000 libras, el barón Paul Thiry de Holbach, procedente de Landau, invitaba sus comensales calle Royale Saint-Roch los domingos y jueves de cada semana. Así la «sinagoga» de Holbach vino a ser el centro de reunión de los filósofos. Allí se agrupaban los que el abogado Moreau apodaba los «cacouacs». De filósofos no tienen más que la etiqueta, pues no se trata especialmente de buscar la «sapiencia». Son científicos unos, pero todos, deístas o ateos, librepensadores, feroces enemigos de esta superstición que pretenden destruir, según el programa y con las armas de Espinoza, antes de derrocar a los tiranos.

Diderot, hijo de un cuchillero de Langres, decepcionado como candidato a la prebenda de su tío canónigo, brillante discípulo del P. Porée y de los jesuitas de Louis-le-Grand, bohemio de gran facundia, se señaló por sus «Pensamientos filosóficos», condenados por el Parlamento el 7 de julio de 1746. Mme. de Puysieulx (cuyo marido había sido nombrado en Asuntos Exteriores por favor de Pâris du Verney y de Mme. de Pompadour en enero de 1747), le recomendó a los libreros. Aunque anónima, su «Carta a los Ciegos» le valió ser detenido en Vincennes (del 24 de julio al 21 de agosto, y luego

en casa del gobernador hasta el 3 de noviembre de 1749). En octubre de 1750, se lanzó el prospecto de la Enciclopedia, ofreciendo los diez volúmenes previstos, hasta el 1 de mayo de 1751, al precio de favor de 280 libras (en vez de 372 a la venta). Hubo 2.000 suscriptores, y la Academia de Berlín abrió sus puertas a Diderot, antes de su aparición.

Se inserta entre la publicación del «Espíritu de las Leyes» (1748) y la del «Contrato social» de Rousseau (1752), pues el primer volumen sale el 1 de julio de 1751. Redactado por Diderot, el artículo «Autoridad pública» parece un poquitín subversivo. Para él, la única autoridad legítima resulta «del consentimiento de los que se han sometido a ella por un contrato real o supuesto entre ellos y el que ha recibido la autoridad». Así repite la tesis del pacto y de la soberanía popular. Pero se tomaron las precauciones necesarias. Antes de empezar la obra se pagó una visita al canciller d'Aguesseau en 1746. Abrió el primer tomo una dedicatoria al conde de Argenson, entonces responsable de la «librería», es decir, de la censura. El prólogo lo redactó d'Alembert, con una pluma tan enfática como cautelosa. Bastardo de Fontenelle o del caballero Destouches y de Mme. de Tencin (que no tenía taquilla sólo de banco), d'Alembert, aunque abandonado por su madre, debía a su educación mundana su introducción en los salones de Mme. Geoffrin (sucesora de Mme. de Tencin como anfitrión en 1749), de Mme. du Deffand y de Mlle. de Lespinasse, donde se reunían Voltaire, Montesquieu, Fontenelle y Buffon.

Como matemático, d'Alembert ha sido coronado por la Academia de Berlín y es un asiduo de Holbach. Se encuentra allí con Boulanger (que prestará su nombre al «Cristianismo desvelado»), Damilaville (que actúa de enlace entre el grupo y Voltaire), Naigeon (aficionado a la Antigüedad y feroz anticlerical), el abad Morellet, el abad Galiani, Marmontel, Saint-Lambert, etcétera. Unas damas: Mme. Geoffrin, Mme. D'Epinay, Mme. Helvetius, más tarde Mme. Necker. Muchos extranjeros: lord Shelburne, Horace Walpole, David Hume, Priestley, Franklin, el príncipe de Brunswick, el barón de Alberg. La «sinagoga», si no es una Academia secreta, es de todos modos un club internacional del ateísmo. A través de los dos Lagrange (siendo uno el preceptor de los hijos de Holbach) y del matemático Laplace, existe un lazo permanente con Moïses Ensheim o Moïses Metz, matemático, preceptor de los hijos de Mendellsohn, que representará oficialmente en París la revista hebraica modernista «Ha'Meassef», órgano del filósofo y de sus amigos de Berlín.

Poco antes del lanzamiento de la Enciclopedia, desembarcó en París en 1748, como preceptor de los hijos del conde de Schomberg, otro alemán, Federico-Melchior Grimm, de Ratisbona, que será el animador de la publicación. Después de estudiar en Leipzig con Gottshed y el hebraísta Ernesti, ejerce también en París las funciones de secretario del conde de Frisia y de Klupffel, capellán del príncipe de Sajonia-Gotha. En casa del príncipe, que en el momento alberga a Rousseau, toda esta gente goza de la «dolce vita». Diderot, que conoce a Jean-Jacques desde 1742 por Daniel Rogain, valdes, ex-oficial holandés, ha sido introducido por el primero cerca del abad de Condillac, hermano del abad de Mably, que seguirá siendo su amigo y protector. Llamado pronto a la sucesión del abad de Raynal, como redactor de las «Noticias literarias» (1753), Grimm difundirá en la Europa del Centro

y del Este, a través de su «Correspondencia», los rumores y las modas de París. Mantendrá relaciones con la duquesa de Sajonia-Gotha, los príncipes alemanes, más tarde Catalina II y los soberanos de Suecia y Polonia. Lo que facilitará mucho su tarea de enlace. Puesto que serán necesarios apoyos exteriores para enfrentarse con las dificultades que se encuentran en el camino.

Al lanzamiento del prospecto de la Enciclopedia, el P. Berthier y el «Diario de Trevoux», órgano de los Jesuitas (publicado bajo la protección del duque de Maine), habían reaccionado. Una vez publicado el primer tomo, el obispo J. Fr. Boyer efectuó una gestión cerca de Lamoignon y de su hijo Malesherbes (que será director de la «librería» entre 1750 y 1763), con el fin de que sean sometidos los artículos tocando a la doctrina a la censura previa de algunos de sus amigos. Entonces estalla el escándalo de la tesis del abad de Prades «A la Jerusalén celestial», condenada por la Sorbona el 27 de enero de 1752 y por el Parlamento, que manda detener al autor. Aunque Lamoignon y Malesherbes (descendiente de Samuel Bernard) nutren disposiciones favorables a la Enciclopedia, se ven obligados a parar la publicación del segundo volumen. Pero rinde a Diderot el ingente servicio de recoger sus papeles, mientras el enciclopedista, rechazando la oferta de Voltaire de trasladar su empresa a Berlín, busca refugio.

Sus desavenencias con Voltaire

En cuanto a Voltaire, no esperó la alerta. Como su protectora Mme. du Châtelet falleció en el momento de dar a luz después de una aventura con Saint-Lambert, está libre, y puede responder a la invitación de su «amigo» Federico de Prusia, «esperanza del género humano», que había encontrado ya en Clèves, el 12 de septiembre de 1740. Renuncia al cargo de historiógrafo, y cortando los puentes con Francia, liquida sus asuntos con los banqueros Pâris. De esto saca unas 600.000 libras, lo que no le impide pedir a su ídolo un sustancial viático de 1.000 thalers para marcharse a Berlín, desde donde restablecerá su enlace con la Enciclopedia (26 de septiembre de 1750). A pesar de esta mezquindad, se le recibe como a un príncipe, nombrado chambelán, recibe una pensión anual de 20.000 escudos para corregir la prosa de Su Majestad (diez veces más que como historiógrafo en París). Al principio todo anda muy bien, en las veladas de Potsdam los dos amigos rivalizan de gracia con su espíritu. Pero no consiguen entenderse. porque tienen los mismos defectos. Voltaire no sabe poner sordina a sus agudezas, hiere el amor propio de autor de su huésped, manifiesta celos a Maupertuis, presidente de la Academia de Berlín, y no puede poner freno a sus tráficos. Encarga a un judío, Hirschel, especular por su cuenta sobre los billetes de Sajonia (devaluados en el 30 % pero reembolsables al par a los portadores prusianos), y sobre diamantes, pero, luego, pretendiéndose robado y siguiendo los consejos de un competidor del primero, Veitel, le ataca en justicia (18 de febrero de 1751). Entonces Federico se enfada, le intima el orden de «cesar sus querellas con el Antiguo y con el Nuevo Testamento» y le aparta de sus cenas. Se disipa el encanto. Estimándose víctima de una novatada, Voltaire huye de Berlín, pero los emisarios de Federico le detienen y le despojan en Francfort, hasta que restituya un ejemplar de los «Versos de Sans-Souci» y las cartas de su amo. Así terminó la calaverada prusiana de Voltaire. Más tarde,

se reanudó su correspondencia con Federico, pero éste prefirió pensionar a d'Alembert, más flexible.

En cuanto a Voltaire, se acerca a los otros príncipes alemanes, protectores de los filósofos, y, para empezar, consiente préstamos vitalicios al duque Carlos-Eugenio de Würtenberg (150.000 libras en 27 de noviembre de 1752; 112.500 el 31 de enero de 1753; 200.000 el 10 de octubre de 1754; 80.000 el 28 de diciembre) y al Elector palatino Carlos-Teodoro (10.000 el 9 de junio de 1753; 130.000 en julio de 1758). Un poco más tarde, en 1760-61, solicitará de Federico el permiso de instalar en su ducado de Clèves una «colonia de filósofos», que el landgrave de Hesse-Cassel le proponía establecer en sus estados.

Pero los enciclopedistas, encabezados por Diderot, gruñen. Tienen todavía apoyos de consideración, como Mme. de Pompadour, así que continúan discretamente su publicación, al ritmo de un volumen al año, entre el verano de 1752 y 1756. Malesherbes cierra los ojos, a pesar de las críticas de Fréron, que, por otra parte, acusa a Diderot haber plagiado a Golgoni su obra «El hijo natural». El 30 de noviembre de 1754, la Academia abre sus puertas a d'Alembert, y los filósofos se empeñan en empujar a sus amigos dentro de la ilustre compañía. Si Diderot fracasa, Marmontel, La Harpe, Lemerre, el abad Millot, Brienne, Suard, Gaillard y Condorcet consiguen ser admitidos.

Hasta que estalle otra tormenta. El atentado de Damiens (5 de enero de 1757) provoca una represión más severa (16 de abril). Se decreta la pena de muerte contra los impresores clandestinos. En octubre, J. N. Moreau, abogado en el Parlamento de Aix en Provenza, denuncia a los «cacouacs». El 6 de febrero de 1759, el Parlamento condena el libro de Helvetius «De Espíritu», inspirado en el más bajo materialismo y determinismo, publicado en julio de 1758. Su autor, Claude Helvetius, era un calvinista del Palatinado, criado en Holanda; su padre se dedicaba a la alquimia; pero su madre pertenecía a una familia de financieros y él mismo fue arrendatario general hasta 1758. En su requisitoria, el fiscal Omer Joly de Fleury, acusó a los filósofos «de destruir la religión y de inspirar a los pueblos el deseo de independencia». Fue revocado el 6 de marzo por el Consejo de Estado el privilegio de la Enciclopedia, y se ordenó el 21 de julio a los libreros Le Breton, David el mayor, Briasson y Durand reembolsar 72 libras a sus 4.000 suscriptores, para los volúmenes que quedaban por publicar (cuando se anunciaban diez más). Por su parte, el Vaticano condenó la obra el 3 de septiembre.

Desbandada de la Enciclopedia

En el campo de los «cacouacs» se produce la derrota. Campeones de la libertad como Voltaire, o de la igualdad como Rousseau, los filósofos, si profesan la fraternidad dentro de sus logias, no la practican entre ellos. Tienen celos y pelean por una mujer o por nada: Rousseau con Diderot, por causa de Mme. d'Houdetot y de Saint-Lambert; Holbach con este «truhán», «pequeño pedante» de Rousseau al cual no se puede perdonar esta «punta» del viejo saboyano: «¿dónde se puede encontrar a un filósofo que no sea capaz, para su gloria, de engañar al género humano?». Voltaire tiene demasiada inteli-

gencia como para tragarse las bobadas, las contradicciones, la vaga y falsa sentimentalidad de su rival Rousseau. Al primer ataque serio, no resiste su equipo. D'Alembert, ansioso de no perder sus relaciones, aconsejado por Voltaire (que quisiera que la empresa sea transferida a Lausana o Ginebra y confiada al librero Cramer), se aleja el primero. Rousseau, vagabundo, abandona también para acompañar a Inglaterra en 1756 a David Hume, que le calificará de «malvado». Siguen luego su ejemplo los «economistas«, Turgot, Quesnay, y Marmontel, y Buffon.

De todo el tiro no quedan con Holbach en la vara más que su colaborador La Grange y Grimm, Diderot, Naigeon y Jaucourt, caballero hugonote (que estudió en Leyden y trabajó en Ginebra, Inglaterra y Holanda). Aquéllos se empeñan en la obra, concluyen un nuevo acuerdo con David para los últimos siete volúmenes, reanudan la publicación de las láminas (con un privilegio de 8 de septiembre 1759), terminan el octavo volumen (al final de septiembre de 1762), preparan clandestinamente la impresión de los siguientes en 1763-64, mientras a Malesherbes sucedió Sartine en la «librería». Al fin, ignorando la decisión de la Asamblea del Clero de 1765, Samuel Fauche, librero de Neufchâtel (bajo la autoridad de Prusia), anuncia en enero de 1766 la aparición de los diez últimos volúmenes, desde el tomo 80. Se manda a la Bastilla a Le Breton por haber distribuido las primeras copias sin esperar el permiso de Sartine. Pero el asunto sale beneficioso para los libreros, cobran varios millones. Diderot, después de cobrar sólo 100 libras anuales al principio, y luego 20.000 para los diez primeros tomos y 2.500 para cada uno de los siete últimos, después de dedicar veinte años de su vida a la empresa, no podía decir lo mismo. Grimm, cuyo «ínterin» de su «Correspondencia literaria» a veces asumió, le obtiene una ayuda de Catalina de Rusia (nacida Sophia de Anhalt-Selbst). A través de su embajador en París, el príncipe Galitsin, amigo de Mme. Geoffrin, la zarina le compra los 3.000 volúmenes de su biblioteca (15.000 libras) como dote de su hija y le otorga una pensión de 3.000 pistolas (marzo y mayo de 1765). El año siguiente le paga cincuenta años por delantado (25.000 libras) y le llama a Petersburgo para organizar su Universidad, en 1773-74. En el camino no se para en Berlín, donde Grimm le esperaba. Es que no lleva precisamente al gran Federico en su corazón: «¡para el rey de Prusia, eterno botafuego de Europa, llevamos el mayor odio!». Y no comparte las ideas de Helvétius sobre el despotismo «alumbrado», declarando a Voltaire: «Hemos escogido, sin cuartel para los supersticiosos, los fanáticos, los ignorantes, los locos, los malos y los tiranos». Y más: si el hombre se atrevía «a escuchar sólo la voz de su corazón, ¡urdiría con sus manos las entrañas de los sacerdotes, si le faltara un cordón para estrangular a los reyes!».

Exito de Choiseul contra los jesuitas

Ahora suena la hora de los sacerdotes, en espera de la de los reyes. Con la expulsión de los jesuitas, promulgada en 1762, los filósofos conocen su primer triunfo. Así se realizaba la primera fase de su programa: antes de quebrantar los tronos, batir en brecha la religión, escogiendo como blanco a las Ordenes religiosas, con la connivencia de ministros librepensadores,

si no de los soberanos, y en Francia de los jansenistas del Parlamento. En aquella empresa encontraban muchas complicidades.

En primer lugar, la de la Pompadour, ligada a los financieros por su padre Poisson, colaborador de los banqueros Pâris (los amigos de Voltaire), y por su marido, el contratista Le Normant d'Etioles, sobrino del arrendatario, el galán de su madre. Favorita oficial desde abril de 1745, la marquesa no llevaba a los devotos en su corazón y protegía a Voltaire y a sus amigos. Desde este momento, el marqués de Argenson, ministro de Asuntos Exteriores (entre noviembre de 1744 y enero de 1747), había trazado con los filósofos «el plan que se debía seguir para la destrucción de los religiosos». Consejero en el Parlamento, luego consejero de Hacienda y embajador, había sido descartado durante la desgracia de Chauvelin. Hostil a Austria y a España, favorable a Federico II, sus preferencias eran opuestas a las de su hermano, el conde de Argenson, ministro de la Guerra. Pero, a pesar de su impaciencia, tenía que esperar circunstancias favorables para actuar.

Entonces le tocó a Choiseul recoger su proyecto. Corto, rojizo, vivo y seguro de sí mismo, sucesivamente coronel y luego embajador en Roma y Viena, Stainville mantenía el tipo un tanto germánico de su familia, antaño al servicio del duque de Lorena. Casado en 1750 con una nieta del banquero Crozat y muy amigo de los Gradis de Burdeos, había conseguido ganarse el favor de la marquesa. Nombrado duque de Choiseul en 1757, recibió el año siguiente la cartera de Asuntos Exteriores. Librepensador, echó a los jesuitas como pasto al Parlamento e insistió cerca de sus colegas el conde de Aranda y el marqués de Pombal con el fin de conseguir su expulsión de España y de Portugal.

El pretexto lo proporcionó el P. La Valette, S. J. Por sus tráficos malogrados en las Antillas, provocó la quiebra de la casa Gouffre de Marsella en 1755-56, de manera que aquella casa se volvía contra la Orden por una cantidad de millón y medio de libras. Aprovechándose de tal oportunidad, el Parlamento de París no se contentó con condenar a la Compañía de Jesús, como responsable solidariamente (conforme con la requisitoria del fiscal Le Pelletier de Saint-Fargeau, el 8 de mayo de 1761), sino que admitiendo la denuncia del consejero jansenista abad de Chauvelin, amigo de los enciclopedistas (17 de abril), y la propuesta del fiscal Omer Joly de Fleury (en julio), exigió una encuesta sobre las Constituciones de la Orden. Teniendo ya listo su informe, el abad Terray, L'Averdy y Chauvelin concluyeron el asunto con rapidez. El 6 de agosto de 1761, un decreto condenó a ser quemadas 24 obras declaradas «subversivas» y ordenó el cierre de los cien colegios dirigidos por los jesuitas para el 1 de octubre. Y el Parlamento, animado por todos los rencores jansenistas y alentado por las vacilaciones del rey (que no intervino sino para aplazar en un año la ejecución de esta decisión), lanzó en seguida su jauría de perros al toque. Fijó al 1 de abril de 1762 el cierre de las instituciones de enseñanza y decretó, el 6 de agosto de este mismo año, la abolición de la Orden y el secuestro de sus bienes. Basándose en una compilación de extractos y de textos truncados, obra públicada por los jansenistas, proclamó la doctrina de la Compañía «peligrosa para el poder real... y la obediencia de sus sujetos». Los filósofos se burlaban del espectáculo que se les ofrecía de los «lobos comiéndose los zorros» (Voltaire). Mientras los Parla-

mentos repetían en coro en las provincias, los más comprometidos de los parlamentarios, La Chalotais en Rennes, de Morveau, Roland d'Erceville en París, se empeñaban en reclutar a nuevos maestros y en reformar la enseñanza según los métodos «modernos» en uso en los treinta colegios de los Oratorianos (emparentados a los jansenistas). Culminando su obra, el 9 de marzo de 1764, el Parlamento promulgó la expulsión de los Padres, medida que el rey trató de flexibilizar, autorizándoles a quedarse «a título personal». Embajador en Roma, Bernis pondrá el punto final al asunto obteniendo del papa la abolición de la Compañía de Jesús por la bula «Dominus ac Redemptor» del 21 de julio de 1773.

Penetración masónica en España

Entretanto, los esfuerzos de Choiseul para arrastrar a España y Portugal en la lucha contra los jesuitas han tenido éxito. Aunque España no haya sido muy contaminada por la Masonería. Si bien se encontró, en una capilla de Avila, Nuestra Señora de la Anunciación, edificada en 1514-16 para trece ancianos (serán trece los dignatarios de las logias) por Mosén Rubí (o Rubén) de Bracamonte (procedente de Flandes y probablemente judío) uno de los más antiguos testimonios arquitectónicos, indudablemente masónicos (avisada, la Inquisición paró los trabajos en 1530)... si bien el almirante de Coligny (quien llevaba en su blasón un compás y un martillo) hizo un viaje allí en 1519... si bien se descubrieron influencias judías y masónicas en el levantamiento de los «Comuneros de Castilla», con Padilla, Bravo y Maldonado, y todavía más en las «Germanías de Valencia» con Juan Lorenzo de Játiva y el judío apodado «el Encubierto»... con excepción de la ejecución del doctor Cazalla en Valladolid el 21 de mayo de 1559 y las actividades del escéptico y cínico Domingo Zapata, catedrático de la Universidad de Salamanca, amigo de los judíos y precursor de Voltaire, no se encuentran huellas de la Francmasonería en la península hasta el siglo XVIII.

Pero, desde 1728, las logias inglesas se multiplicaron de tal manera que la logia central, «las Tres Flores de Lis», de Madrid, contó muy pronto hasta 200 filiales que se mantuvieron bajo la autoridad de Londres hasta 1760. Aparentemente los esfuerzos de Ferdinad VI para frenar el movimiento, a instigación de su confesor, el P. Rábago, con el decreto de Aranjuez del 2 de julio de 1751, fueron vanos. Tanto más que, después de su muerte (10 de agosto de 1759), su sucesor Carlos III (entronizado ya en Nápoles desde 1734) se rodeó de colaboradores, como su consejero Tanucci, el siciliano Leopoldo Gregorio, marqués de Esquilache, y el irlandés Ricardo Wall, favorables a la secta, apoyaban de buena gana las intrigas del embajador inglés Keene. Elegido Gran Maestre, el conde de Aranda (1719-1798), militar aragonés vencedor de los portugueses en Almeida (el 25 de agosto de 1762), presidente del Consejo de Castilla, admirador de Inglaterra, pero más todavía de Federico II, apoyado por otro aragonés, don Manuel Roda, por el jurista asturiano don Pedro Rodríguez Campomanes y por el conde de Floridablanca, se empeñó en establecer en España un régimen de despotismo «alumbrado».

Para reducir los derechos del Clero, exigió el «exequatur» de los documentos pontificales (18 de enero de 1762), criticó los bienes de mano muerta,

pretendió someter los concilios provinciales al control de las Audiencias. Después, consiguió el alejamiento del P. Rávago y presentó a los jesuitas como dedicados a toda clase de tráficos y de contrabando, como administrando el Paraguay en soberanos independientes. Comunicó al rey seudo-cartas en las cuales el P. Lorenzo Ricci le describía como el hijo de Alberoni. Entonces, para alejar del poder a su adversario el marqués de la Ensenada, las sectas montaron (ellas mismas) una manifestación tumultuosa contra Esquilache, el ministro italiano que pretendió por una ordenanza recortar los sombreros y las capas de los hidalgos. Y esto bastó para desterrar a Ensenada y a su amigo el P. López, y provocar una encuesta contra la Orden, a cargo de una comisión especial del Consejo de Castilla, que, según el informe de Campomanes, aprobado por el duque de Alba y los ministros Roda y Grimaldi (un italiano de Génova), concluyó con la expulsión, decretada el 27 de febrero de 1767. Sometido a la influencia del aventurero francés Du Tillet, el duque Ferdinando de Parma siguió el ejemplo. ¿Era esto lo que esperaba Choiseul del «pacto de familia» del 15 de agosto de 1761, cuyo resultado fue, por otra parte, comprometer a España en la gran derrota colonial del tratado de París, haciéndole perder Florida? La Unión de los Borbones... contra los jesuitas ¡valiente espectáculo!

El judío Pombal, perseguidor de Portugal

En Portugal no necesitó mucho esfuerzo Choiseul para arrastrar contra los jesuitas al marqués de Pombal. Judío de origen, José Carvalho y Melo (1699-1782) estaba ya bastante inclinado en satisfacer su «libido» de venganza atávica. Hasta tal punto que los mismos enciclopedistas negaron la etiqueta de liberalismo a este verdugo de otra época. Al regresar de misiones diplomáticas en Austria e Inglaterra, se había impuesto a don José, sucesor de Juan V (fallecido en 1750), por su energía en restablecer el orden en Lisboa después del terremoto del 1 de noviembre de 1755, en el cual perecieron entre 10.000 y 15.000 personas. Empeñado en ejecutar el «Testamento político» de Luis da Cunha (que le había recomendado al rey), se convirtió en el introductor fanático de las «luces» extranjeras y en cabeza de la influencia británica. En la Universidad, donde Jaime de Castro había difundido ya las tesis de Francis Bacon, con la ayuda de Ribeiro Sanches, de Francisco de Lemos, de Juan Pereira Ramos y de numerosos catedráticos extranjeros. Y en el Ejército, cuya reorganización encargó al conde de Lippe y a unos oficiales ingleses (1762).

Pérfido y cruel, reprime ferozmente (478 inculpados, 25 ejecutados, entre los cuales cinco mujeres), en febrero de 1757, la rebelión de Oporto contra el monopolio de la Compañía de los Vinos (por él creada el año anterior). Puesto que multiplica las medidas mercantilistas, prohibe la exportación del oro (desde 1751 existe un Banco real), edifica manufacturas y funda Compañías de Comercio, como la Compañía del Alto Duero, por ejemplo, y en las colonias las «Compahias do Graô-Para e do Maranhaô». En esta empresa se enfrenta con los jesuitas que arman barcos, venden mercancías y manipulan letras de cambio.

Estos jesuitas que aborrece, que persigue y que acusa de todos los críme-

nes. El 21 de septiembre de 1757, expulsa a los tres confesores del rey (acusándoles de haber fomentado la revuelta de Oporto), prohibe a los padres vivir en la Corte y, el 15 de mayo de 1758, de dedicarse al comercio. En Roma intenta comprar a unos cardenales, obtiene del papa Benedicto XIV que designe a su amigo el cardenal Saldanha como reformador de la Orden. Y se aprovecha de un atentado contra el rey (en la noche del 3 de septiembre de 1758) para imputarlo a los jesuitas. Detenidos entre el 9 y el 13 de diciembre, el duque de Aveiro, el marqués y la marquesa de Tavora y sus dos hijos, el conde de Atonguia y tres cómplices plebeyos perecen en atroces suplicios (Ferreira muere quemado vivo) en Belem, el 13 de enero de 1759. Confiscados sus bienes el 19 de enero, los padres son desterrados el 3 de septiembre. En junio de 1760, el nuncio recibe su pasaporte. Allí también la enseñanza cae a cargo de la Orden del Oratorio (y de su «Colegio de las Necesidades»). Y mientras suprime las restricciones impuestas a los neo-cristianos (léase judíos conversos), Pombal se ofrece el sádico placer de mandar quemar por la Inquisición al pobre padre Gabriel Malagrida, el 20 de septiembre de 1761.

Campaña de panfletos filosóficos

Como las medidas decretadas en Portugal se aplican en el Brasil, el éxito de Choiseul es total. En todos los reinos de los Borbones —próximas víctimas expiatorias— los filósofos tienen el camino libre. En Francia, como las autoridades cierran los ojos, la «sinagoga» de Holbach multiplica su actividad. Distribuye panfletos y libelos, escritos en su mayoría en Francia e Inglaterra, impresos en Holanda, difundidos por comerciantes ambulantes: «El examen crítico», de Fréret; «El Cristianismo desvelado», de Damilaville (en 1759); «El militar filófoso», de Maillet; Ensayo sobre los prejuicios», de Dumarsais (1772). El periódico semanal de La Harpe, «El Mercurio», tiene unos 10.000 lectores.

Voltaire, que preconizó este método de propaganda (en sus cartas a d'Alembert, 20 de abril de 1761, y a Helvétius, en marzo de 1763), colabora en forma anónima con «La prédica de los Cincuenta» (1760), «El Extracto del Testamento del cura Jean Meslier (1762), «Las preguntas de Zapata», etc., y con otras obras de más peso, como su «Diccionario filosófico» en ocho tomos, publicado por Rey en Amsterdam. Culmina la ofensiva enciclopedista con la publicación en 1770, bajo el nombre de Mirabaud, del «Sistema de la Naturaleza», cuyo verdadero autor es el barón de Holbach. Después de una requisitoria de Seguier, el Parlamento condena este libro el 18 de agosto. Pero el barón continúa desarrollando en su estilo un poco pesado sus tesis materialistas y sus preceptos de moral social en una serie de obras que se suceden: «La política natural» (2 tomos), «El sistema social» (3 tomos) en 1772, «La Etocracia y la Moral universal» (3 tomos) en 1776. A final de julio de 1765, había viajado a Inglaterra para preparar el regreso de su amigo Walter Wilkes, whig y libertino, desterrado de Inglaterra durante tres años y que había recogido. De vuelta en 1768, este político extremista (con una carrera tumultuosa) fue excluido cuatro veces de la Cámara de los Comunes pero finalmente elegido lord-mayor de Londres (cargo en el cual se encargará de reprimir los motines populares de 1780). De este viaje el barón de Holbach,

ya alertado por sus contactos con la oposición, volvió sin ningún entusiasmo. Cuando su amigo Helvétius, mucho más indulgente, se contentaba con notar: «El Dinero es el resorte general, que parece animar esta nación», Holbach condena radicalmente el régimen británico «corruptor y corrompido». Será el amigo de Franklin, la gran estrella de la logia de las «Nueve Hermanas», que va a tomar el relevo de la «sinagoga» de Holbach, como centro de encuentro de los filósofos, de los «gens-de-lettres» (escritores) y de los científicos para la difusión de los principios revolucionarios. De manera que al principio como en el fin de la Enciclopedia encontramos a la Masonería, en la cual las influencias americana y alemana van a penetrar más y más.

Irradiación de las «Nueve Hermanas»

Esta logia nació en 1769 —en el momento de desaparecer la Gran Logia— a iniciativa del astrónomo Lalande, ateo convencido, y de Helvétius y su esposa, pero no recibió sus constituciones antes de 1776. Gracias al afecto de Mme. Helvétius. Franklin llegó a ser su venerable dos veces, en 1779 y 1781. En este Estado Mayor del pensamiento revolucionario figuraban: Condorcet, el presidente Dupaty, Cailhava, d'Estandon, Fallet (secretario de la «Gaceta de Francia»), Garnier Parny el mayor, Dorat, Cubières, y —después de 1778— Ramme, Court de Gebelin, Gromelle, Mercier de Sèze, el conde Turpin de Crissé, Piccini, François de Neufchâtel, Fontanes, Chamfort, Demeusnier, Voltaire, Rouche, el príncipe Carlos de Rohan, Parny el menor, el príncipe de Salm-Salm, Greuze, Horace Vernet, Lacépède, Houdon, Berthelot, Lemierre, Imbert, Fling des Oliviers. Según Mr. Bernard Fay, «se dice también que La Métherie, Brissot, Bailly, Cerutti, Danton, Chénier, Petion, Rabaut Saint-Etienne, Fauchet, Bonneville, Florian y Berquin pertenecieron a esta logia después de 1783». Entonces allí se encontraban artistas, escritores y políticos.

Desde su cómoda finca de Ferney (adquirida al precio de 89.000 libras en febrero de 1759, a través de su banquero Robert Tronchin, de Lyon), Voltaire podía estimarse satisfecho por la obra cumplida. A pesar de algunas pérdidas inevitables (30.000 a 40.000 libras en 1741, en la quiebra del recaudador de Hacienda Michel; 60.000 a 80.000 en 1758, en la bancarrota de Samuel Bernard —decididamente no tenía suerte con sus banqueros judíos—), su fortuna había aumentado en grandes proporciones, sus rentas —80.000 libras en 1749— alcanzando la cifra anual de 231.000 libras a su muerte (21 de marzo de 1778), de manera que contaba entre las veinte personas más ricas de Francia. Señor feudal de su dominio, tal como utilizaba antaño los servicios del abad Moussenot, ahora compartía el diezmo con su cura, defendiéndose contra el merodeo y la deserción de los campesinos, escribiendo a Damilaville que «es esencial que existan unos mendigos ignorantes» para afanarse mucho (1766), predicando en Pascuas de 1768 contra los borrachos y los ladrones, restaurando el campanario de su iglesia, etc. Error por acá, verdad por allá. Pues el patriarca de Ferney, lamentando su salud débil (durante ochenta y cuatro años) continuaba ejerciendo una actividad febril. Intervenía en defensa de los oprimidos en los asuntos Callas (1763-65), Sirven (1766-67), La Barre (1766). Y mandaba consignas y consejos a través de una correspondencia incesante dirigida a toda Europa.

Pues filósofos y enciclopedistas, ayudados por la moda, contaban con muchos amigos entre los grandes de este mundo, y hasta cabezas coronadas. En Francia: el duque de La Rochefoucauld, Crillon, el príncipe de Salm, el príncipe de Ligne, el marqués de Argence, de Rochefort, el conde de Argental, el caballero de Chastellux. En Alemania: el landgrave de Hessel-Cassel, el duque de Brunswick, Luis-Eugenio, duque de Würtenberg, Luis, príncipe de Würtenberg, Carlos-Teodoro, Elector palatino, la princesa de Anhalt-Serbst, la margrava Wilhelmina de Bayreuth. En España: el conde de Aranda, el marqués de Mora, el duque de Villahermosa, el duque de Alba. Y varios soberanos: «Nos son favorables la emperatriz Catalina, el rey de Prusia Federico II, Christian VII de Dinamarca, la reina de Suecia, Ulrique de Brandeburgo y su hijo, el futuro Gustavo III, el rey de Polonia, muchos príncipes del Imperio y toda Inglaterra», escribe d'Alembert a Voltaire, el 23 de noviembre de 1770.

«Despotismo alumbrado» y judíos de Corte

Antes de derrocar a los tiranos, ¿no conviene aprovecharse de las buenas disposiciones de estos príncipes y reyes, de cuya liberalidad viven la mayor parte de los filósofos? Para algunos, el «despotismo ilustrado» tiene ventajas. Sobre todo para los judíos de Corte, que no podrían sin el favor y la complacencia de sus protectores acumular las riquezas que les servirán luego de masa de maniobra para conquistar el poder. ¿No es necesario colocarse a la sombra del trono para conquistar el cetro?

«Grimm mantiene que el emperador es de los nuestros», escribía Voltaire el 28 de octubre de 1769. «No tiene nada de supersticioso... lee sus obras tanto como puede», confirmaba Federico II a Voltaire el 18 de octubre de 1770. Pues sí, el emperador se interesa en «las luces», hasta inspirarse en el «Espejo dorado», del liberal alemán Wieland (1772). Mientras María-Teresa había desterrado a los judíos de Bohemia y de Moravia en 1744-45, por traición (porque informaban y ayudaban a los turcos). José II intentó el primero asimilar a los de Austria por una política liberal de reforma (1772). Un decreto de tolerancia, promulgado en octubre de 1781, les autorizó a aprender actividades manuales, a dedicarse a la agricultura y a estudiar las artes y las ciencias, abriéndoles las escuelas y las Universidades, aboliendo la tasa personal (leibzoll) para someterles sólo al pago de un derecho de tolerancia en Viena.

Pero el problema era inmenso. Conducir a renunciar a su espíritu «nacional» para ser «útil al Estado» a una masa de 282.000 almas (de una población total de 10.740.000 en 1785, Hungría excluida), entre los cuales 212.000 en Galitzia, 42.000 en Bohemia y 26.000 en Moravia-Silesia (donde tenían contingente). Masa muy atrasada, dedicada en las ciudades a la usura y a unas profesiones manuales, y en el campo al tráfico de cereales y a la venta de licores y bebidas. Agrupada en sus comunidades, bajo el control de sus rabinos. Refractaria no sólo al servicio militar (en Praga en mayo de 1789 el reclutamiento de 25 judíos provocó un duelo general), sino a la misma escuela alemana. Pretendiendo la igualdad de derechos, pero conservando su organización nacional, sin someterse a los correspondientes deberes y sin aceptar

la necesaria evolución de sus costumbres. El temor a las reformas fue tal en Galitzia que la población disminuyó en una tercera parte entre 1773 y 1780 y se restableció muy lentamente después. No obstante, similares medidas fueron aplicadas a los 80.000 judíos de Hungría por un reglamento de 1783. Sin más éxito. Aunque José II aceptó que siguieran llevando la barba. De nada sirvió.

Todo lo contrario, en Viena como en Praga, los judíos de Corte (Hof Juden) y los judíos «tolerados» se beneficiaban de un estatuto de favor y acumulaban grandes fortunas. Entre las cien familias más privilegiadas de la capital se destacaban los Wertheimer, Oppenheimer, Eskeles, Arnstein; siendo los otros banqueros, joyeros, suministradores, comerciantes, industriales. En Bohemia, de un total de 58 industrias, 15 pertenecían a judíos; en Praga, millares de obreros cristianos trabajaban en factorías judías, aunque eran todavía numerosas las restricciones.

Los banqueros, reyes de Berlín

Desde la entronización de Federico II, pasó lo mismo en Prusia, donde vivían 150.000 judíos, a final del siglo XVIII. Favorecer a los capitalistas y vigilar de cerca a los otros, tal era la política del rey-filósofo. El reglamento que promulgó en 1750 no tenía nada de liberal. Un poco más tarde su posición cerca de los de Breslau caracteriza muy bien su postura. «En lo que toca a su comercio, obtendrán lo que pedirían. Pero sería inadmisible que transformen Breslau en una nueva Jerusalén, introduciendo allí nuevos judíos». Y nada de cortarse la barba, como lo deseaban algunos más evolucionados. D'Alembert no enjuiciaba de otra manera la actitud del rey de Prusia cuando escribía a Voltaire, el 29 de diciembre de 1763: «Cuidaría mucho Federico de no reedificar el templo de Jerusalén, temiendo perder a unos honestos circuncisos, que se llevarían 30 ó 40 millones de su casa». Cuando al contrario Voltaire pidió un poco más tarde a la emperatriz de Rusia intervenir cerca de Ali Bey en favor de la restauración del templo de Jerusalén y del regreso de los judíos (6 de julio de 1771).

Lo que interesa a Federico son sus finanzas y su comercio. Sus banqueros son verdaderos reyes. «Muchos judíos de Königsberg, de Berlín y de Breslau se engordaron como contratistas y suministradores de los ejércitos durante la guerra de los Siete Años» (Doubnov, «Historia del pueblo judío», I, 28). Los «Münzjuden» y los banqueros judíos ocuparon una situación preeminente, los Friedländer en Königsberg y en Berlín, los Itzig, los Ephraïm, los Cohen, los Mayer, los Gomperz. Son asiduos de sus salones todos los que cuentan, altos dignatarios, oficiales, diplomáticos. Federico II les apoyó después de la crisis que siguió al tratado de París de 1763, pero no pudo evitar la quiebra de Gotzkuvski, después de la bancarrota de los hermanos Neufville en Amsterdam, de numerosas casas de Hamburgo, y 95 suspensiones de pagos en Berlín.

Para evitar la vuelta de tales dificultades, pidió los consejos de un italiano, Calzaligi, de la lotería de Génova, formado en Londres y organizó. el 17 de junio de 1765. con sus propios medios, su banco (con un capital de 400.000 thalers. aumentado a 8.8 millones cuatro años más tarde; durante este mismo

período, sus beneficios se incrementaron de 22.000 a 216.000 thalers). Para la creación de un Banco hipotecario cooperativo de la Nobleza en Breslau en 1770, el Estado prusiano adelantó 200.000 thalers. Y Pomerania siguió el ejemplo en 1776.

Moïses Mendellsohn y los salones de moda

Gracias a esta intensa actividad económica y financiera, los banqueros judíos adquirieron la mayor influencia. La utilizaron en pro del movimiento modernista de Mendellsohn, cuyos esfuerzos para la emancipación de los «ashkenazim» apoyaban a fondo. Nacido en Dessau en 1728, educado en la escuela talmúdica de Berlín, Moïses Mendellsohn recibió de su maestro Israël Levi Zamosc, como Espinoza anteriormente en Amsterdam, las doctrinas del «Guía de los Extraviados» de Maïmonides. De manera que se presentó como el heredero natural del célebre filósofo. Sus «Diálogos filosóficos», publicados en 1755, llamaron la atención sobre él. Colaboró en la «Biblioteca de las Bellas Letras y de las Ciencias», dirigida por su amigo Nicolaï y obtuvo en 1763, con preferencia sobre Kant, un premio de la Academia de Berlín sobre el tema: «¿Son las verdades filosóficas capaces de tanta evidencia como las matemáticas?». Federico III le concedió el estatuto de «judío protegido» (Schutz Jude) pero se negará más tarde a recibirle en su Academia. Kant no se enfadó de su fracaso, le acordó su amistad, de manera que se establecieron estrechas relaciones entre las Universidades de Königsberg y de Berlín.

Las tesis de Mendellsohn, consideradas como poco ortodoxas por los rabinos tradicionalistas, le valieron, después de la publicación de su obra «Fédon y la inmortalidad del alma», un intento de conversión por parte del pastor Jean-Gaspard Lavater, de Zürich, en 1769, y diez años más tarde la condenación de su traducción del «Pentateuco» por el rabino de Hamburgo, Rafaël Cohen. Lo que no impidió la salida de la obra, puesto que el rey y el príncipe de Dinamarca le habían dado su suscripción. Pero por otra parte su actitud modernista le valió buenas amistades con los cristianos «ilustrados» como Lessing y Dohm, o «iluminados», según Weishaupt, como Nicolaï. Las utilizó lo mejor posible en pro de sus designios de emancipación, a la vez que mantenía su fidelidad a la fe de sus antepasados, en su libro «Jerusalén o el poder religioso y el Judaísmo» (1783). Desde 1754, Isaac Hess, aficionado al juego de ajedrez, le había puesto en contacto con uno de los mejores escritores alemanes de la época, Gotthold Ephraïm Lessing (1729-1783). Bibliotecario del duque de Brunswick en Wolfenbuttel, y librepensador como su amo, se le había confiscado en 1778 una obra publicada bajo el título de «Fragmentos de un desconocido», cuyo verdadero autor, un pastor luterano de Hamburgo, Hermann Samuel Reimarus, negaba los milagros y la resurrección de Cristo (1694-1763). Furioso, Lessing sacó venganza de este disgusto, publicando al año siguiente (1779) su drama «Nathan el Sabio» (1779), cuyo personaje principal, amenazado con la hoguera por haber recogido a un niño cristiano abandonado, evoca la propia imagen de Mendellsohn, poniendo en escena como único personaje cristiano simpático al templario de Filneck, que curó sus prejuicios, por tener en sus venas sangre musulmana.

Allí, no se pasaba de una acción simbólica. De Christian-Guillermo Dohm

(1751-1820) Mendellsohn obtuvo una ayuda mucho más directa en favor de la emancipación de los judíos. Archivero del Consejo de la Guerra, función de confianza a la que Federico II le había llamado, Dohm intervino primero en favor de los judíos de Alsacia. Estos últimos, que vivían, además de la usura, como orfebres o tratantes en ganado, habían sido duramente atacados por un nuevo «bailli» (prefecto), Hell, que Luis XVI no vaciló en detener en 1780, al mismo tiempo que quitaba a los nobles la competencia en materia de usuras para reservarla sólo al Consejo soberano de Alsacia. Dohm escribió un memorándum para defenderlos; y tratando el problema en su conjunto, publicó en 1781 un libro titulado «De la reforma política de los judíos», en el cual reivindicaba para ellos la igualdad de derechos, salvo el acceso a las funciones públicas. El año siguiente, Mendellsohn, desarrollando su maniobra, pidió al médico Marcus Herz traducir el memorándum de Manasseh ben Israël para el regreso de los judíos a Inglaterra, y redactó el prólogo del libro. Se trataba de obtener para los «ashkenazim» el mismo estatuto otorgado por Cromwell a los «sefardim».

Paralelamente a esta acción entre los cristianos, los discípulos de Mendellsohn se empeñaban en despertar el interés de sus correligionarios por las ideas modernas, con el fin de facilitar su evolución. El movimiento, soportado por los banqueros Friedländer, salió de Königsberg. El enlace de uno de los suyos, David (1750-1834), con la familia del banquero Itzig, les acercó a Berlín, donde ganaron también influencia. Preceptores de sus hijos, Isaac Abraham Enchel y Mendel Bresselau lanzaron en 1783 un periódico, el «Ha'Meassef», vehículo del modernismo, redactado en hebreo en Berlín. Como le hemos visto más arriba, Moïses Metz, ex-preceptor de los hijos de Mendellsohn, mantenía a través de Lagrange el enlace de estos círculos con los enciclopedistas de la «sinagoga» de Holbach, en París.

Entretanto, en los brillantes salones de los banqueros de Berlín, nacía, por antinomia parece, la «Liga de la Virtud» (Tugenbund). Puesto que allí emancipación y libertinaje iban del mismo paso. El más en boga era el de Enriqueta de Lemos (1764-1847), hija de un médico sefardita de Hamburgo. Muy hermosa, había sido casada a los dieciséis años con un judío polaco, autor de una autobiografía (tipo «Confessions» de Rousseau), el médico-filósofo Marcus Herz, discípulo de Mendellsohn y de Kant. Desde 1785, su casa se transformó en la gran cita de la gente más culta de Berlín, humanistas como su marido, Nicolaï, Dohm, Ramler, Teller, románticos como ella, Schleiermacher, Federico Schlegel, Chamisso. Rivalizaba con ella la hija de Mendellsohn, Dorotea (1765-1839), casada con el banquero Simon Veit. La primera fue, entre otros, la amiga íntima de Guillermo de Humboldt, el hombre de Estado, y del pastor Federico Schleiermarcher (1796); la segunda, de Federico Schlegel, autor de una novela licenciosa, «Lucinda» (1799) (huyó con él, abandonando a su marido y a sus hijos). Dorotea y Enriqueta se convirtieron al luteranismo respectivamente en 1804 y 1819. Más joven, Enriqueta Mendellsohn (1768-1831) se convirtió al catolicismo. Su hermano mayor, José (1770-1848), fundador del banco que lleva su nombre en Berlín, sólo se mantuvo fiel al judaísmo. Puesto que ahora la asimilación traspasaba su objetivo: en un período de treinta años, la mitad de la comunidad judía de Berlín fue bautizada, incluyendo a representantes de las familias Itzig, Ephraïm, Moïses, etcétera. La epidemia de conversiones se extendió, en menores proporciones,

a Königsberg y Breslau. Mientras tanto el todo Berlín se había reunido en los salones de Enriqueta y de Dorotea: Engel, preceptor del príncipe heredero Federico-Guillermo de Prusia, Ramler, los consejeros del Consistorio, Teller y Zöllner, Knuth, preceptor de los hijos de Guillermo de Humboldt y de su hermano Alejandro, el naturalista. Federico de Gentz, de gustos aventureros y libertinos, fue el don Juan del lugar, antes de que llegue a ser el obligado de los Rothschild y el hombre de confianza de Metternich. Allí fue invitado Mirabeau, mandado en misión secreta a Berlín para estudiar los métodos del «despotismo ilustrado». Inspirándose en Dohm, publicó al regresar en 1787 un opúsculo «sobre Moïses Mendellsohn y la reforma política de los judíos». Sus introductores en estos medios, sus guías durante su estancia en Berlín, sus inspiradores en sus estudios sobre la monarquía prusiana fueron dos grandes dignatarios de los «Iluminados» de Baviera, dos de los lugartenientes de Weishaupt en la dirección de su Orden: Mauvillon y Nicolaï.

Weishaupt y los «Iluminados»

Alentada por sus éxitos contra los jesuitas y la «superstición», ahora la Masonería abría otra fase de su acción: la lucha contra los tiranos, la preparación directa de los espíritus a la revolución política, al derrocamiento de los tronos. Filósofos y enciclopedistas, si bien usaban de prudencia, no disimulaban en su correspondencia sus verdaderos sentimientos sobre este tema.

Hemos oído ya a Diderot. He aquí el abad Raynal: «Estos reyes son feroces bestias que se comen a las naciones» («Historia filosófica y política», tomo IV). Helvétius: «la verdadera monarquía no es otra cosa que una constitución designada para corromper los modos de los pueblos y esclavizarlos» («Del hombre»). D'Alembert: «Tengo casi tanto odio como Vd. contra los déspotas» (a Voltaire, 23 de enero de 1770). Y Voltaire en persona: a d'Argenson (el 18 de agosto de 1743): «Me gustaría ver a los amos de los Estados como sencillos ciudadanos»; a d'Alembert (12 de diciembre de 1757): «Los que se hacen matar para esta gente son tremendos imbéciles»; a d'Argental (27 de julio de 1777): «mis empanadas, en el fondo, no son en favor de una monarquía». Y por fin, a Chauvelin (desde el 2 de marzo de 1764), esta profecía: «Todo lo que veo difunde la semilla de una revolución infalible, de la cual no tendré el placer de ser testigo... y entonces será un tremendo jaleo». A lo que respondía como un eco la voz del P. Beauregard, predicante de Nuestra Señora de París: «Los filósofos quieren atacar al rey y a la religión». Hasta el punto de que contra los excesos de Diderot y del «Sistema de la Naturaleza», el mismo Federico II reacciona. En su primer Diálogo entre los Muertos (entre el príncipe Eugenio, Marlborough y el príncipe de Lichstenstein), no vacila en escribir: «los enciclopedistas reforman todos los gobiernos. Francia debe llegar a ser un Estado republicano». Entonces se alarma Voltaire y fulmina contra los que malbaratan su oficio, porque no saben callar ni su lengua ni su pluma.

Puesto que la conspiración camina subterráneamente en la sombra propicia de las logias. Hasta el día en el cual un rayo mata en Ratisbona a un «iluminado», Jacob Lang, al lado de su jefe Weishaupt (10 de julio de 1785). Lleva «Instrucciones». En una pesquisa en casa de Zwack, en Landshut (11 de

octubre de 1786) y en casa del barón de Bassus, en Sandersdorf, se confiscan otros papeles. Con la publicación de los «Escritos originales», seguidos por un complemento, se desvelan la organización y las metas de la Orden, que los Rosacrucianos persiguen desde 1783. Fue fundada la Orden de los «Iluminados de Baviera» el 1 de mayo de 1776 por Adam Weishaupt y cinco de sus acólitos (entre los cuales, dos discípulos suyos, Massenhausen, «Ajax», y Merz, «Tiberio»). Nacido cerca de 1748 en Baviera, catedrático y luego rector de la Universidad de Ingolstadt, Weishaupt, amenazado de un escándalo (siendo responsable del embarazo de su cuñada), buscó refugio cerca de Ernesto-Luis, duque de Sajonia-Gotha (el protector de Grimm). Quizá le habían inspirado en su acción un tal Kolmer, comerciante del Jutland, de vuelta de Egipto y desterrado de Malta, que encontró en 1771, y el mismo Cagliostro, con el cual tuvo contactos en la misma época.

De todos modos, pretendió resucitar estos «misterios de Mitra», sobre los cuales Voltaire recomendaba a sus adeptos guardar el más absoluto secreto. Procedía el nombre de Iluminados de los maniqueos, de estos discípulos de Manes que se glorificaban por ser iluminados por el cielo: «Gloriantur Manichei se de coelo illuminatos» (Gaultier). Para enlazar mejor con esta tradición, los nuevos «Iluminados» adoptaron la era persa (que empieza en el año 630 después de J. C.), fechando la fundación de la Orden del año 1146 (1776), así como el calendario persa. Su doctrina, casi anarquista, es de las más radicales. Se puede resumir así: «Para restablecer el hombre en sus derechos primitivos de igualdad, de libertad —derechos que recibió de la Naturaleza—, se debe empezar destruyendo toda religión, toda sociedad civil, y terminar aboliendo toda propiedad».

Su jerarquía incluye tres clases principales (20 de enero de 1782). La primera, con los grados de novicio, minerval, iluminado menor y mayor, no es más que un noviciado, en el cual, para no asustar a los reclutas alistados por los hermanos insinuantes, se les presenta la doctrina como una interpretación esotérica del cristianismo, diciendo por ejemplo que «Jesus-Cristo no estableció una nueva religión, sino que quiso restablecer en sus derechos la religión natural... y... sin los medios violentos de las revoluciones, la libertad, la igualdad entre los hombres» (Weishaupt a Zwack).

La segunda clase evoca el simbolismo de la Masonería y superpone a los tres grados de las logias azules los de novicio y de caballero escocés o iluminado «director». Puesto que Weishaupt, admitido en 1777 en la logia «Prudencia» de Munich, entiende influir sobre las logias y penetrar en ellas para reclutar adeptos. Las sociedades secretas, dice, «zapan las bases de los Estados, mismo si no tienen el propósito de hacerlo... Cubren nuestra marcha y nos proporcionan la posibilidad de incorporar a nuestros proyectos a los mejores elementos, después de probarlos».

Pero la verdadera iniciación empieza sólo con la tercera clase. Incluye dos series de grados, de pequeños y de grandes misterios. Admitido en el sacerdocio de la secta, el «sacerdote» reviste una túnica blanca con faja escarlata (recuerda el vestido de los «asesinos» y de los templarios, que será más tarde el de los «Boxers» chinos). Se le toca la cabeza con el «epopte» rojo, futuro gorro frigio de los revolucionarios. Los Regentes, o Príncipes iluminados,

deben ser independientes de todo príncipe y dar pruebas de hostilidad a todas las instituciones establecidas.

El mismo binomio «religión-política» se encuentra en los grandes misterios, con los grados de mago o filósofo, y de hombre-rey. Allí se definen los verdaderos objetivos de la Orden. Rechazando hasta la idea de la Unidad de Dios (enseñada en los misterios de Eleusis), y traspasando el estado del deísmo a lo Espinoza, los «magos» de la secta profesan el más completo ateísmo. Las religiones «son igualmente fundadas sobre la mentira, el error, la quimera y la impostura. ¡Este es nuestro secreto!». Y «si para destruir todo cristianismo, toda religión, hemos fingido conocer sólo el verdadero cristianismo... ¡recuérdese que el fin justifica los medios!».

Su doctrina política no es menos radical. Se condena a todos los gobiernos. «Los gobiernos democráticos no pertenecen más a la Naturaleza que los otros... Bajo el régimen patriarcal, los hombres eran iguales y libres; la tierra les pertenecía igualmente a todos... Su patria era el mundo... Sed iguales y libres y seréis... ciudadanos del mundo». La razón, ilustrada por la Luz, ¿no volverá inútil toda institución pública o religiosa? «La instrucción y la Luz generalizadas... bastan para prescindir de príncipes y de gobiernos». Y todavía más: «Tan fuerte es la moral... que puede por sí sola realizar la gran revolución que devolverá la libertad al género humano y abolirá el imperio de la impostura, de la superstición y de los déspotas». ¿Hace falta más?

Encabeza esta jerarquía de iniciados el Consejo de los doce «aeropagitas» que rodea a Weishaupt. Muy celoso de su autoridad, éste la restablece el 25 de mayo de 1779, invocando a Maquiavel: «Para que sea bien regulado, un Estado debe ser conducido por un solo hombre». Debajo de este potentado, existen superiores nacionales (son tres para Alemania) y superiores locales o prefectos, controlando hasta ocho logias (son regentes mantenidos por la caja de la Orden), y por fin, sínodos de distrito integrados por nueve «epoptas». Todos los iniciados están obligados al secreto y a una disciplina más estricta todavía que la de la Compañía de Jesús, bajo la amenaza de una venganza «irreconciliable» (que no cesa de perseguir a sus víctimas hasta que sean inmoladas (Hofmann). Al ejemplo de su jefe, que se hace llamar «Spartacus», llevan nombres de la Antigüedad a manera de apodos. Entrenados en denunciar, deben tratar de reclutar, antes de todo, catedráticos, clérigos (canónigos o superiores de seminarios), consejeros de príncipes y hombres de negocios. Las instrucciones recomiendan a los Regentes «dejar suponer a sus inferiores que todas las otras sociedades, como la de los Francmasones, son secretamente dirigidas por nosotros; o bien —lo que es verdad en algunos sitios— que los grandes monarcas son gobernados por nuestra Orden».

Ahora bien, los «iluminados de Baviera» se extienden rápidamente. Tres años después de su creación tienen, en vez de 1.000, 2.500 iniciados y disponen de potentes protectores en toda la Europa central: el duque Luis-Ernesto II de Sajonia-Gotha (Timoleon), el duque Carlos-Augusto de Sajonia-Weimar, el duque Ferdinando de Brunswick (Aaron), el duque de Salm-Kyrburgo, el landgrave Carlos de Hesse, el barón de Alberg en Erfurt y el barón Waldenfels en Colonia, en Alemania... y en el Imperio, el príncipe de Neuwied, el conde Kolowrat (Numenius), canciller de Bohemia, y su segun-

do, Kressel, el conde Poelfy, canciller de Hungría, Banffy, gobernador de Transilvania, el conde Stadion, embajador en Londres, el conde Metternich, embajador en Coblenza, el barón von Swieten, ministro de la Educación, etcétera.

Weishaupt (Spartacus) tiene como principales colaboradores y propagandistas a Zwack (Caton), futuro plenipotenciario en Rastadt, el canónigo Hertel (tesorero de la Orden) en Munich, el magistrado Lang de Eichstadt, el conde Savioli (Brutus), el marqués de Costanzo (Diomede), el barón de Schroeckenstein (Mahoma), el conde de Papenheim (Alejandro), el barón de Magenhoff (Scylla), Geiser (secretario íntimo), Hoheneicher (Alcibiades), senador, Dittfurth (Minos), asesor en la Cámara imperial de Wetzler, el barón de Bassus (Annibal) en el Tyrol, luego en Milán y Pavia, de manera que la Orden domina el Palatinado y se extiende en Suabia, en Franconia, en el Tyrol, a Milán y hasta en Holanda.

Su acción revolucionaria subterránea

Dentro de la Masonería se intensifican sus maniobras de penetración. Weishaupt y Zwack se anexionan la logia «Teodoro» de Munich en julio de 1779. Adherido a la Estricta Observancia, Bode (Amelius), miembro de la logia «Absalon» de Hamburgo desde 1764, había publicado allí la «Dramaturgia» de Lessing en 1778 y traducido en Weimar unas novelas inglesas. Nombrado consejero íntimo del landgrave de Hesse-Cassel, atrajo a éste a los Iluminados. Otro miembro de la Estricta Observancia y de los templarios, el barón von Knigge (Filon) jugará también un papel importante en la organización de la Orden, fijando las respectivas atribuciones de Weishaupt y de sus «areopagitas» (el 20 de diciembre de 1781), estableciendo la lista de las varias «clases» de grados y contribuyendo en la redacción de los cuadernos de los altos grados. El marqués de Costanzo, uno de los precursores de la unidad alemana, le había llevado de Francfort, donde había ido a negociar con la logia la «Unión», representante de la Gran Logia de Londres.

Con el fin de extender la influencia de la Orden dentro de las «traslogias», Bode y Knigge imaginan denunciar, a través de los «Superiores Desconocidos», maniobras de los jesuitas dentro de la Masonería templaria y de la Estricta Observancia (1781), lo que les permite desacreditar a sus adversarios, y especialmente a los Rosacrucianos de Oro. En estas grandes ferias de la Masonería que representan los grandes conventos internacionales, Bode y Knigge manifiestan una intensa y provechosa actividad. Bajo la influencia del duque de Brunswick y del landgrave de Hesse, Willermoz, en el convento de las Gallias en noviembre-diciembre de 1778 (con la presencia de Joseph de Maistre), había sustituido ya a los templarios sus «Caballeros beneficiosos de la Ciudad Santa». En el convento que reunió en Willemsbad (el 16 de julio de 1782) a treinta y tres delegados, bajo la presidencia de Ferdinando de Brunswick, Knigge y Dittfurth, registraron todavía más éxitos. Desde entonces, masones franceses y alemanes colaboran estrechamente en las disposiciones destinadas a preparar la Revolución en Francia. De regreso, uno de los asistentes, el conde de Virieu, delegado de los «Caballeros beneficiosos» de Lyon, da testimonio de esto al declarar a su amigo el conde de

Gilliers «que existe una conspiración tan bien urdida y tan profunda que será muy difícil a la religión y a los gobiernos de no caer derrumbados».

En el segundo convento de los «Filaletas», en el cual se encuentran 120 delegados en París (entre el 15 de febrero y el 26 de mayo de 1785), Bode representa a los Iluminados. Fundado en 1773, en casa de los «Amigos reunidos», el sistema de los «Filaletas» incluye nueve grados: elegido, caballero escocés, caballero de Oriente, caballero Rosa-Cruz, caballero del Templo, filósofo desconocido, filósofo sublime, iniciado y filaleta. En 1781 estaba dirigido por 20 ocultistas: Court de Gebelin, Dutrousset d'Héricourt, Federico-Luis de Hesse-Darmstadt, el barón von Gleichen, el abad Rozier, Rodolfo Salzman, Savalette de Lange, el conde Strogonov, Tassin de l'Etang, Willermoz. Dirigió los trabajos un grupo integrado por «cuatro elegidos Cohens, cinco filósofos escoceses, tres rosacrucianos (un filidelfo, un prusiano, un bávaro) y un filaleta». Se impuso la discreción más absoluta. La misma convocatoria mencionaba que «por prudencia no podemos confiar al papel unos artículos que tendrán que ser debatidos en secreto por comités especializados». Claro que una revolución no se puede preparar abiertamente. Los que discutieron del asunto fueron: bajo la presidencia de Savalette de Lange para Francia, Saint-Germain, Saint-Martin, Targuy, Duchartreau, Etrille, Messmer, Dutrousset d'Héricourt, Cagliostro, Mirabeau, Talleyrand, el marqués de Chefdebien; para Alemania, Bode, d'Alberg (coadjutor de Maguncia), Forster, el barón von Gleichen, Rusworm, Wölner, Lavater, el príncipe Luis de Hesse, Rosskampf, Starck, Thaders, de Wächter, etc.; para Polonia, el barón de Meyring y Jean de Thoux de Salverte. Otro convento tuvo lugar dos años más tarde (del 8 de marzo al 26 de mayo de 1787), pero los representantes de los «Iluminados», Bode y el barón de Bussche («Bayard», ex-capitán al servicio de Holanda), no llegaron a París hasta junio.

Los complots de los Conventos y Mirabeau

Entretanto, el ilustre Mirabeau, durante sus tres estancias en Prusia (19 de enero-22 de mayo de 1786; julio de 1786 a enero de 1787; mayo a septiembre de 1787), tomó los más estrechos contactos con la Orden. Mauvillon, provenzal como él, le inició en Brunswick, donde colaboraba con Heinrich Campe en el periódico muy avanzado que dirigía. En Berlín, le introdujo Nicolaï no sólo en los salones de la Alta Banca, sino cerca de los miembros más activos de la Orden, Biester (bibliotecario del rey de Prusia), Gedike (consejero del Consistorio luterano), Leuchsenring, preceptor de los príncipes de Hesse-Darmstadt (tan extremista que se le apodaba «leveller» (el nivelador). Todos se agrupaban con Mendellsohn, Dohm, Zeller y Zölner en la «Sociedad del Miércoles», fundada en 1783 por los redactores del Código prusiano, Landrecht, G. G. Suárez y E. F. Klein. Se encontró también con periodistas del «Allgemeine Deutsche Bibliotek» y de la revista «Berliner Monatschrift». Y no cesa de elogiar a los «Iluminados», «estos hombres ilustrados, virtuosos, tan diligentes para el bien de la humanidad», que le inspiraron su libro «De la Monarquía prusiana», publicado en Londres en 1788. De regreso de esta peregrinación, contribuyó en difundir, con Nicolas de Bonneville, el iluminismo entre los «filaletas» de los «Amigos reunidos», donde se encontraba con Talleyrand.

Mientras la Revolución francesa se tramaba así en la sombra de los conventos, las intrigas de los Iluminados en la Europa central les valían algunos disgustos. ¿Contribuyeron, o no, en preparar (a través de Cobenzel y de Sonnenfels) el trueque de Baviera deseado por José II, con la esperanza de que el emperador, que les era simpático por su lucha en contra de las Ordenes religiosas, les iba a tolerar en sus estados? De todos modos, denunciados por la duquesa madre María-Ana en octubre de 1783, fueron sancionados por un decreto de Carlos-Teodoro de Baviera contra las sociedades secretas (22 de junio de 1784), y después, ayudando al ministro prusiano Kerzberg (uno de los suyos) en sublevar la Liga de los Príncipes y en apoyar las intrigas del conde Forgatzch (jefe de la Masonería húngara) y de Martinovicz contra José II, provocaron la ira del emperador, que les castigó también (después de tolerarles, a consecuencia de las gestiones de Franz von Sudhausen y de Zinnendorf en su favor, en enero de 1776), el 16 de diciembre de 1785, y reglamentó en la forma más estricta el funcionamiento de los 45 talleres que contaba entonces la Masonería austríaca: una sola logia por distrito, comunicación de las listas de afiliados, presencia de un representante de la autoridad en cada tenida.

Rosacrucianos contra Iluminados

Entretanto, como lo hemos dicho, Lang había sido víctima de un rayo (el 10 de julio de 1785), Zwack y Bassus pesquisados (11 de octubre de 1786) y sus papeles difundidos por el Elector de Baviera. El P. Frank, director de un círculo Rosa-Cruz de Munich comunicó las listas de los Iluminados a Wöllner, jefe de los rosacrucianos de Berlín, que inició una violenta campaña contra los discípulos de Weishaupt. Un ex-masón de Pest y de Viena —que había replicado con violencia a un discurso de Sonnenfels sobre la tolerancia debida a los judíos (1781)—, Leopold Aloys Hoffmann, y el suizo Jean-Georges Zimmermann, continuaron denunciándolos en la «Wiener Zeitschrift». Weishaupt, dimitido de su cátedra en Ingolstadt desde febrero de 1785, buscó refugio en Ratisbona. Pero la Orden sobrevivió a las persecuciones como a un segundo decreto de disolución del Elector de Baviera del 3 de marzo de 1785, escondiéndose en unas sociedades de lectura y de beneficencia. Mientras Zwack se refugiaba en casa del príncipe de Salm-Kyrburg, Metz en Copenhague y Seinsheim cerca del duque de Zweibrucken (Deux-Ponts) y que el duque de Sajonia-Gotha escondia sus archivos, Bahrdt (de Halle) y Knigge lo reconstituyeron en 1788, bajo la etiqueta de «Die Deutsche Union» (la Unión alemana), dirigida por 22 adeptos. De manera que la policía bávara, la sajona y la napoleónica encontraron la mano de los Iluminados en el «Tugendbund» y en las numerosas sociedades secretas que, reunidas en Königsberg en 1808, prepararon el conflicto de 1809 y el levantamiento de Prusia.

Finalmente debemos notar que una lista remitida por el ministro bávaro conde Vieregg al conde Lahrbach, embajador imperial en Munich, menciona como adheridos a los Iluminados las personalidades que siguen: para Alemania: Campe, el príncipe Enrique de Prusia, Gedike, Bienster, Wieland, y para Francia: el duque de Orléans, Necker, La Fayette, Barnave, Brissot, el duque de La Rochefoucauld, Mirabeau, Payne, Fauchet.

* * *

Todo un Estado Mayor de esta Revolución, a la cual Espinoza por su ideal filosófico, Mendellsohn por su propaganda reformista ligada a la de la Enciclopedia, y Weishaupt por su actividad subterránea dentro de la Masonería, habían preparado los espíritus, mientras que una acción de sabotaje constante en todos los terrenos, administrativo, financiero, diplomático y militar, zapaba y paralizaba, a lo largo del siglo XVIII, la primera víctima designada, la monarquía francesa.

CAPITULO XVI

EL SABOTAJE DE UN ESTADO: LA MONARQUIA FRANCESA EN EL SIGLO XVIII

Desde la época de la Regencia hasta la revolución, una acción sistemática dirigida desde el extranjero a través de la Masonería, zapa las instituciones monárquicas en Francia, bloquea toda reforma, se opone a todo progreso, conduce el régimen a la guerra, a la quiebra, a la revuelta.

Inglaterra, principal instigadora de estas maniobras, es también la que más se aprovecha de ellas. En una guerra larvada o declarada, pero incesante, entre 1740 y 1763, paraliza a Francia, dividida entre su vocación continental y colonial, en Europa, mientras conquista en los mares, para la City y sus comerciantes, la hegemonía mundial.

Sus aliados del interior, nobles de Corte o togados del Parlamento, celosos de la «gentry» inglesa, codiciosos de privilegios y de poder, despuées de haber contribuido a quebrantar la monarquía, pagaron muchas veces con su cabeza, en la tormenta revolucionaria, su ceguera reaccionaria.

Puesto que lo que caracteriza al «siglo de Luis XV» es precisamente el desamparo del Estado frente a la expansión económica y al desarrollo de la prosperidad. Y también, que, en este terreno como en el de las finanzas, de la administración y de la política, proceden las iniciativas del poder y de esta monarquía seudo-absoluta pero limitada por tantas trabas, que se enfrenta con la oposición sistemática de las clases privilegiadas, pretendidas «ilustradas», y en realidad ferozmente hostiles a todo progreso social.

* * *

Un Estado pobre en un país rico

Un momento se pudo pensar que los desmanes de la regencia —esta plaga endémica de las monarquías— iban a ser corregidos. Los estudios de

Ernest Labrousse y de Herbert Lüthy han demostrado claramente que los años 1730 han sido un período de expansión general para Francia. El aumento demográfico más fuerte del continente, después de largos siglos de estancamiento; el alza de los precios agrícolas, y todavía más acusada de la renta territorial (que se duplica en este siglo); el incremento en flecha del consumo de productos de lujo, géneros coloniales, tejidos suntuosos, muebles de arte, lunas, relojes, porcelanas, cuadros y libros preciosos; la prosperidad comercial, y en cabeza la de las «islas», productoras de café y de azúcar; los progresos relativamente lentos pero constantes de la industria y de las técnicas no «artesanales»... Y todo esto, sin una «revolución industrial», es decir, «sin concentración capitalista masiva» y «sin trastorno de las estructuras sociales». De manera que si la masa de campesinos, que soportaba el peso de las cargas... no tuvo una gran participación en esta prosperidad, al menos se encontró «preservada de las expropiaciones y de la proletarización que sufrieron, por otra parte, tanto en Inglaterra como en la Europa del Este, los paisanos en beneficio de la gran explotación señorial o capitalista.

Condición de base de esta prosperidad, la estabilización de la moneda realizada en dos fases: 15 de junio de 1726 y 11 de noviembre de 1738. Encargados de liquidar el sistema de Law desde 1723, los hermanos Pâris dominaban entonces las finanzas de Francia, Pâris-Montmartel, como suministrador, y Pâris-Duverney, en calidad de banquero. Este último, continuando al principio la empresa de Desmaretz al final del reinado de Luis XIV, intentó sanear la moneda con una política deflacionista (volviendo el marco de oro de 810 en 1723 a 600 en febrero y luego a 480 libras tournois en septiembre de 1724), que se enfrentó, cosa normal, con la dificultad de disminuir los precios, y todavía más los salarios. Siendo la situación empeorada por la escasez del año 1725, debió renunciar.

Su sucesor, Le Pelletier des Forts, se contentó con estabilizar la moneda a su valor del 26 de mayo (15 de junio de 1726), o sea el luis de oro a 24 libras el escudo a 6, sobre la base del marco de oro de 740 libras 9 s. 1 d. y el de plata a 51 libras 3 s. 3 d. La relación entre los dos metales preciosos, así fijada al 14,43, no se modificará hasta 1785 (cuando pasara a 15,50). El valor de la libra tournois, confirmada, depués de prórrogas sucesivas, el 11 de noviembre de 1738, dará pruebas de una estabilidad notable, hasta la Revolución, cuando, después de la quiebra de los «asignados», se mantendrá, con el franco «germinal», hasta 1928 (tal como la libra esterlina entre 1729 y 1932). La cantidad de especies, satisfactoria, reducida a 13,5 millones de marcos de plata en 1715, se duplicará bajo el reinado de Luis XV. Gracias a su comercio oficial con España, Francia accede a las minas del mercado imperial español, mientras Inglaterra, donde el oro predomina sobre la plata, sólo conquista por la fuerza su participación (asiento, navíos de permiso, contrabando a través de Honduras) o se aprovisiona en Portugal. Como se extiende paralelamente el uso de la moneda escritural (letras de cambio y billetes), el comercio no padece por la escasez de los medios de pago. En cuanto al cambio, cuyo centro de compensación (clearing) se mantiene en Amsterdam, confirma esta estabilidad hasta 1787, con muy limitadas oscilaciones alrededor de la par del escudo de cambio de tres libras tournois: 53 2/7 denarios.

Los privilegiados contra las reformas

Al igual que la estabilidad monetaria, la reforma fiscal como la quería Vauban hubiera podido, desde esta época, salvar al antiguo régimen. Pâris-Duverney la intentó. Con vista a la creación de un fondo de amortización, el decreto del 5 de junio de 1725, a propuesta del controlador Dodun, instituye una tasa de la 1/50 partes de la renta de los bienes raíces, durante dos años. Consistía en aplicar la idea del diezmo de 1710, bajo la forma de un impuesto universal, sobre los clérigos y los nobles como sobre los plebeyos. Impuesto pagable en natura para facilitar el abastecimiento de los ejércitos como de los mercados.

Lo que provocó un tremendo estruendo. Los más temibles tenores de la nobleza «liberal» tronaron en el Consejo: el duque de Orléans, el príncipe de Conti, el duque de Noailles. Los Parlamentos rugieron, considerando «todo ataque a las prerrogativas del nacimiento y del Estado» como «un ataque a la regla fundamental del derecho de propiedad». Por encima de este concierto de protestas se elevó la voz solemne del Clero, defendiendo sus exenciones, en nombre de la religión atacada. Y de desalentar a los subastadores, de boicotear las declaraciones. El día anterior a la primera recolección, en el momento de la cosecha de 1726, se produjo la caída del ministerio del duque de Borbón. Aconsejado por Mme. de Prie, protectora de los Pâris, el duque había asumido su función durante tres años. Ahora el rey le abandonaba, sacrificándole a los rencores de los privilegiados. Se mandó a Duverney a la Bastilla y luego los cuatro hermanos fueron desterrados. Nuevo controlador general, Le Pelletier des Forts (1726-1730) aceptó volver al diezmo de 1710 (según los datos antiguos, con facilidad de abono y exención del Clero, que consintió un donativo de 4.250.000 libras), antes de abolir el 1/50 el 1 de enero de 1728. También se suprimieron los registros-diarios introducidos por los Pâris en la Contabilidad pública. Y el 9 de julio de 1726, las varias «régies» (administración directa), creadas después de la debacle del «sistema» de Law.

Se restablecían el arrendamiento general para la gabela de la sal, las ayudas y las rentas del dominio. Y en desastrosas condiciones. Con una evaluación inferior y consiguiente pérdida para el Estado de 60 millones en seis años para el contrato Carlier (concluido con 40 arrendatarios el 19 de agosto de 1726 a 80, en vez de 90 millones). Evaluación inferior en 38,5 millones para el contrato Bourgeois, sobre 461 millones de atrasos del período 1721-26. Alertado por Durand de Mizy, el cardenal Fleury, sin atreverse a atacarlos, exigió, para limitar estos escandalosos provechos, que los arrendatarios reembolsen 500.000 libras mensuales sobre el Hotel de Ville, en forma de loterías; pero, en vez de 40 millones, no pagaron más de 4,5 y de 15,6 para la lotería de la Compañía de las Indias. Bajo el controlador Orly, ex-intendente de Lila (1730-1745), obtuvieron por anticipado (31 de mayo de 1730) la reanudación de un contrato de 1732, con sólo 84 millones. Sobre los contratos Desboves, de 84 millones, y de Faucille, de 83, en 1738, realizaron 48 millones de beneficios. Mientras tanto, los rentistas soportaban la carga de una reducción en más de la mitad de la deuda pública (19 de noviembre de 1726). Pero, después de producirse 150.000 reclamaciones, se redujo la disminución a 5,5 millones.

El prudente Fleury, arrastrado a la guerra

Así fue cómo, bajo las cautelosa dirección del cardenal Fleury, las finanzas del Estado siguieron tirando, sin más complicaciones. Durante todo el tiempo que el cardenal Fleury consiguió evitar la guerra, barloventeando entre los dos campos opuestos que se habían formado. Para obtener el reconocimiento de la «Pragmática Sanción» por la cual otorgaba su sucesión a su hija María-Teresa y también unas ventajas comerciales en favor de la Compañía de Ostende, el emperador Carlos VI había acordado a don Carlos, hijo de Felipe V, la mano de una de sus hijas y la sucesión de Parma, en Viena (el 30 de abril de 1725). Replicó Inglaterra concluyendo una alianza en Hanover el 3 de septiembre con Francia, Prusia y, más tarde, Holanda. Después de la salida del duque de Borbón, trató de resolver este problema.

Ex-capellán de Luis XIV y preceptor de Luis XV, cardenal el 20 de agosto de 1726, Fleury, hombre prudente, de setenta y tres años de edad, aprovechándose de las disposiciones pacíficas del ministro inglés Robert Walpole, supo evitar un conflicto por una negociación general en París (31 de mayo de 1727) cuando los españoles atacaron Gibraltar (entre febrero y junio de 1727). Pero, aunque personalmente convencido de la necesidad de un acercamiento con Austria, no consiguió imponer su punto de vista al ex-presidente en el Parlamento Chauvelin, heredero de la Regencia y un poco jansenista, que había imprudentemente llamado a los Asuntos Exteriores. Entonces Inglaterra tomó la iniciativa de reconocer la «Pragmática Sanción» y de conceder a don Carlos el ducado de Parma por el tratado de Viena (de marzo de 1731). Y cuando se produjo la muerte del rey Augusto II (el 1 de febrero de 1733), abriendo la sucesión de Polonia, bajo el pretexto de apoyar la candidatura del suegro de Luis XV, Stanislas Leczinski, Chauvelin —un Richelieu en pequeño—, apoyado por todo el clan antiaustríaco, consiguió desencadenar su guerra, y por ello no tuvo que glorificarse. Mediante bastantes millones, el 12 de septiembre, 60.000 electores proclamaron a Stanislao. Pero el 24, 20.000 soldados rusos (apoyándose en un tratado con Austria de agosto de 1726) le forzaron a la huida. Y reaparecieron ejércitos franceses en Italia, bajo Villars y bajo Broglie, para instalar a Carlos-Emanuel de Cerdeña en Milán (a cambio de la Saboya) y a don Carlos en Nápoles. Hasta que el cardenal se aproximó a Carlos VI y limitó los daños, obteniendo para Stanislao, en compensación, la Lorena a título vitalicio (por los preliminarios del 3 de octubre de 1735 y el acuerdo del 15 de febrero de 1737), antes de concluir la paz de Viena (18 de noviembre de 1738), después de haber descartado a Chauvelin (el 20 de febrero de 1737).

Para alimentar la guerra —como no se había impuesto la reforma fiscal— debió recurrir a los expedientes clásicos: emisión de rentas vitalicias sobre cabezas múltiples (un millón en 1733, 1,4 millones en 1734); de rentas perpetuales (600.000 libras en 1735, 100.000 en 1738); empréstito de un millón a la Orden del Santo Espíritu; creación de oficios que se vendieron mal; reanudación del diezmo (del 17 de noviembre de 1733 al 31 de diciembre de 1736) con 30 millones de abonos y una donación de 12 millones del Clero en 1734. No obstante, gracias a la emisión de dos loterías se mantuvo el equilibrio en 1739 (203,4 millones de ingresos y 196,6 de gastos) y en 1740 (203,6 y 197,3). ¡Cosa tan extraordinaria que chocó al marqués de Argenson!

Siguieron tímidas tentativas de Orry (según la manera del cardenal) para fijar una tarifa de la «talla» y extender la prestación en natura (corvée) para el mantenimiento de los caminos. De manera que no había cambiado la situación de la Hacienda cuando estalló el conflicto para la Sucesión de Austria. La diplomacia de Villeneuve, embajador en Istambul, llamado a arbitrar entre Austria y Turquía en el tratado de Belgrado (18 de septiembre de 1739), había restablecido el prestigio de Francia en Oriente. Pero, a la muerte de Carlos VI, ocurrida el 20 de octubre de 1740, el cardenal Fleury, considerando un momento la posibilidad de llamar al Elector de Baviera al Imperio, vacilando en asumir una posición clara, se encontró desbordado por la opinión y arrastrado a la guerra.

Para mayor provecho de Federico II...

Otro legado de la Regencia, el conde de Belle-Isle, nieto de Fouquet, convencido adepto de las «luces», se agitaba tanto que para alejarle el cardenal le mandó defender en Francfort la candidatura del bávaro Carlos Alberto delante de la Dieta. Adquitándose de su misión con munificencia, obtuvo para este príncipe la corona imperial (el 24 de enero de 1742), pero no se paró allí. Fascinado por la estrella creciente de Federico II, arrastró a Francia en la alianza prusiana. Aprovechándose de la confusión creada por la muerte del emperador, Federico, en condiciones para oponer 83.000 hombres a los 100.000 austríacos, se apoderó de Breslau (31 de diciembre de 1740-3 de enero de 1741) y conquistó Silesia. Y la resistencia victoriosa de Schwerin en Mollvitz (9 de abril) le confirmó en su posesión. Entonces nadie pudo frenar a Belle-Isle, ni nada. Ni las exigencias del rey de Prusia, buscando por otra parte la alianza inglesa (2 de mayo), ni el escrúpulo de traspasar sus instrucciones, al firmar el 4 de junio un tratado garantizando a Federico la posesión de Silesia. El 11 de julio vino a Versalles (sin que haya sido convocado) y obtuvo, a la fuerza, el envío de 40.000 hombres a Baviera y de 30.000 frente a Hanover. En la coalición contra Austria, Francia arrastró a España, el 18 de mayo de 1741, así como a Augusto III de Sajonia y de Polonia, pronto a participar en el reparto de los despojos.

Y mientras Francia se comprometía tan impudentemente en el continente, Federico, sacando inmediatamente el beneficio de sus éxitos militares y diplomáticos —«más vale cobrar uno seguro que dos prometidos»—, obtenía de María-Teresa (en los preliminares del 9 de octubre de 1741 y luego por el tratado de Breslau del 11 de junio de 1742) la Baja y luego la Alta Silesia y Gratz, y terminaba la campaña. Así burlado, Belle-Isle regresó con los restos del buen ejército que había conducido a Praga, mientras Voltaire daba la enhorabuena a «su adorable rey», buen aliado, si no de Francia, al menos del «género humano».

La intervención intempestiva de Belle-Isle proporcionó a Inglaterra la tan deseada oportunidad de desencadenar en ultramar, contra Francia y España, una guerra inexpiable que no se terminó hasta 1815. Después del derrocamiento del pacífico Walpole, el 11 de febrero de 1742, los ingleses (según una tradición bien establecida) iniciaron los operaciones sin declarar la guerra. En el continente, donde Noailles, con 60.000 hombres, se dejó vencer

por una coalición de ingleses, hanoverianos y holandeses en Dettingen (27 de junio de 1743), al mando de Jorge II y de lord Stairs, Mauricio de Sajonia (alemán al servicio de Francia) restableció por su victoria de Fontenoy (11 de mayo de 1745) el prestigio francés y ocupó Bruselas (el 21 de febrero de 1746). Desgraciadamente, la diplomacia francesa cabalgaba otra vez sobre las «quimeras de Chauvelin». A la muerte del cardenal Fleury (29 de enero de 1743), Amelot había sido descartado de los Asuntos Exteriores (para complacer al rey de Prusia) y sustituido en noviembre de 1744 por un amigo de Voltaire, el marqués de Argenson, naturalmente hostil a Austria y a España. La muerte del emperador Carlos VII de Baviera (el 20 de enero de 1745) ofrecía a Francia la posibilidad de desquitarse, aceptando (mediante una parte de los Países Bajos) la candidatura al Imperio de Francisco de Lorena, marido de María-Teresa, candidatura a la cual se adhería el mismo Augusto II, su adversario eventual. Por desgracia d'Argenson no era hombre capaz de coger tal oportunidad. Todo al contrario, considerando un proyecto de Confederación italiana («una república y eternal asociación de potencias itálicas») comprometía todavía más el ejército francés en Italia, bajo el pretexto de que el rey de Cerdeña se había adherido en Worms (15 de noviembre de 1743) a la alianza austro-inglesa y que Prusia (al lado de Suecia del elector palatino) había reanudado la campaña, después del tratado de Francfort (5 de abril de 1744), contra Sajonia. Para poco tiempo, por otra parte, pues Federico (que negociaba ya con Inglaterra desde el 26 de agosto) se contentó con dos victorias, una contra los austríacos (en Shor, el 30 de septiembre) y otra contra los sajones (en Kesseldorf, el 12 de diciembre de 1745), y firmó otra vez una paz por separado en Dresden con María-Teresa (25 de diciembre de 1745), reconociendo como emperador al marido de esta última, elegido en Francfort en septiembre. Así se encontraba d'Argenson en la misma posición que Belle-Isle, burlado y además contento, cegado por sus sueños, proclamando al mundo el desinterés total de Francia, y manteniendo su amistad con Federico. Y, siguiendo barajando los naipes, concedió (a espaldas de España) el Milanés a Carlos-Emanuel de Cerdeña (en Torino, el 25 de diciembre de 1745) antes de concluir con él un armisticio muy provisional, pues reanudó la campaña y el ejército franco-español, vencido en Plasencia por los austríacos (el 10 de junio), tuvo que evacuar Italia (el 9 de julio). El matrimonio de María-Josefa de Sajonia con el delfín, negociado por Mauricio de Sajonia después de sus victorias en Raucoux (11 de octubre de 1746) y en Lawfeld contra los anglo-holandeses de Cumberland (2 de julio de 1747), la ocupación de Berg-op-Zoom, la invasión de Holanda y el asedio de Maëstricht (15 de abril de 1748) permitieron la negociación de una paz «blanca».

... y de Inglaterra

Mientras d'Argenson pretendía diseñar otra vez el mapa de Europa, según los deseos de los filósofos, y se permitía tantas extravagancias diplomáticas y militares, Inglaterra tenía las manos libres en ultramar. A pesar de los perseverantes esfuerzos de Maurepas, desde 1723 y 1728 para reconstituir la flota francesa, disponía todavía de una superioridad aplastante (226 navíos de línea, entre 1740 y 1750, contra 88 franceses y 37 españoles). Sin embargo, no obtuvo ningún importante éxito. En la India, donde al principio París mantenía la ilusión de una posible neutralidad entre las dos compañías riva-

les, Dupleix rechazó con 8.000 hombres y 30 navíos los repetidos asaltos del almirante Boscawen contra Pondichéry. Desgraciadamente, La Bourdonnais, después de apoderarse de Madras el 21 de septiembre de 1746, devolvió la plaza mediante un rescate de 11 millones de libras, en contra de sus instrucciones. ¿Se dejó comprar? De todos modos, en el momento de negociar la paz, Francia perdía su prenda.

Criticado por su flaqueza frente a las Provincias Unidas, por fin d'Argenson había sido descartado el 10 de enero de 1747 (no sin que haya pedido «in extremis» una intervención en su favor a la que se negó Federico II para no inmiscuirse en «los asuntos de Francia»). Puysieulx, negociador en Breda, le sucedió aunque comparta sus prevenciones contra Austria. Entonces, Saint-Séverin concluyó la paz de Aquisgrán (25 de mayo-28 de junio de 1748), sobre la base del «statu quo ante», salvo la restitución del Cabo Bretón y de Louisbourg a Francia que se comprometía en abandonar al pretendiente Estuardo, cuya tentativa de restauración había fracasado en Culloden, en abril de 1746. Por otra parte, un trozo del Milanés se regalaba al rey de Cerdeña. De manera que, en resumen, Francia había trabajado para el rey de Prusia, este príncipe tan adulado por los filósofos, este Federico que, durante una escapada de «incógnito» a Estrasburgo, se burlaba de estos «viles franceses» que despreciaba, este rey al que se dirigía Voltaire durante la campaña de Bohemia: «Algunos abades de Saint-Pierre le dan su bendición... Entre estos filósofos me cuento... ¿No está más nuestro aliado, Señor? Pero será el del género humano... ¡Ojalá pueda ser testigo en Berlín de sus placeres y de su gloria!»

Problemas financieros

Esta paz, que no proporcionaba nada, pareció tanto más «estúpida» que la guerra había sido más costosa. Para hacer frente a estos gastos crecidos, el controlador general Orry no disponía de otros medios que de los clásicos: reanudación del diezmo durante las hostilidades (29 de agosto de 1741), o sea 40 millones en 1749; emisión de rentas vitalicias (600.000 libras en noviembre de 1740, 820.000 en octubre de 1741, 400.000 en noviembre de 1744, 892.800 en febrero de 1745); de rentas perpetuales (600.000 en junio de 1742, otro tanto en febrero de 1743); de loterías (9 millones en enero de 1745, y 15 en noviembre); de «tontinas» (877.200 en noviembre de 1744). Empréstitos de los Estados provinciales (que no necesitaban del visto bueno del Parlamento): en 1742, 2 de Borgoña, 2 de Provenza, 2,4 de Bretaña; en 1743, 3 del Languedoc; en 1744, del Languedoc y de Bretaña, 3.

Como Orry ha sido descartado tres meses después de la entrada en favor de la Pompadour, cuando la firma del tratado de Aquisgrán, su sucesor Machault de Arnouville dirige las finanzas. En 1747 creó un nuevo recurso, la venta del tabaco, comprado con una renta anual de nueve millones a la Compañía de las Indias, que proporcionará hasta 30 millones en 1789. Pero la Deuda se incrementó notablemente, existían 180 millones de atrasos sobre los gastos de guerra y el equilibrio quedaba bastante comprometido con 190 millones de ingresos y 220 de gastos. Al mismo tiempo que siguió recurriendo a los empréstitos (1.8 millones de renta 5 % amortizables en doce

años, en mayo de 1749, 36 millones de capital; 900.000 para 30 millones en mayo de 1751 y dos millones de rentas vitalicias para 20 millones), Machault intentó sustituir el «diezmo de la guerra» por una tasa permanente del vigésimo, con el fin de alimentar una Caja de Amortización después del 1 de enero de 1750 (en mayo de 1749). Tasa real y universal, esencialmente sobre bienes raíces. Si en los países de «elecciones» (régimen fiscal) este vigésimo no pasaba mucho de la mitad del diezmo en 1756 (11.269.000 en vez de 22.244.000 en 1749), en los países de Estados» (provinciales), mejor asentado, a veces lo traspasará. Naturalmente, el Parlamento protestó; luego se inclinó; se suspendió durante dos años la reunión de los Estados de Languedoc; Bretaña se negó a producir las listas y saboteó las declaraciones. Por su parte, la Asamblea del Clero (del 17 de agosto al 20 de septiembre de 1750) rechazó la contribución de 1,5 millones de libras que se le pedía (cuando tenía 250 millones de rentas, entre las cuales 114 imponibles).

Escogía mal su momento. De esta postura se regocijaban sus enemigos filósofos, que lanzaban la Enciclopedia y multiplicaban los panfletos («Nuestros hermanos quieren tenerlo todo y no dar nada», dirá Voltaire), como los jansenistas del Parlamento que armaban una querella sobre los «billetes de confesión» y los rechazos de sacramentos (1752-53). Se entablaba una nueva prueba de fuerza entre el rey y el Parlamento. A una amonestación con el fin de impedir al Consejo conocer de estos asuntos (22 de febrero y 9 de abril de 1753) el rey replicó con órdenes de alejamiento (lettres de cachet) de muchos parlamentarios de la capital (en la noche del 8 al 9 de mayo), antes de desterrar la Gran-Cámara a Pontoise (cerca de París, 11 de mayo). Pero se extendió esta nueva Fronda a las otras Cámaras y a las provincias. Entonces el rey cedió, aceptó el regreso del Parlamento con la condición de someterse a la bula «Unigenitus», y como los togados seguían pretendiendo conocer de las causas eclesiásticas, el conflicto se reanudó (18 de marzo de 1755). El 4 de abril el Consejo anuló su decreto. Como el papa Benedicto XIV, para apaciguar los espíritus, no siguió exigiendo los «billetes de confesión» (octubre de 1756), el Parlamento pretendió entonces anular la Encíclica, bajo el pretexto de que no llevaba el nombre del impresor (7 de diciembre). Esta vez, el rey se enfadó, impuso su voluntad en un «lit de justice» (sesión que él mismo presidía, el 13 de diciembre de 1756), exigió al respeto de la «bula», suprimió dos de las tres Cámaras de las Encuestas y prohibió el paro de la Justicia. Pero el atentado de Damiens (5 de enero de 1757) contra el rey provocó unas gestiones de buena voluntad de los magistrados, a los cuales el rey, buen príncipe, devolvió sus funciones.

Con el Clero actuó en la misma forma, aceptando, en la Asamblea de 1755, su exención del impuesto, mediante una donación de 16 millones. Pero la oposición registró una suprema satisfacción: Michault, que había provocado la ira de la Pompadour al criticar el aumento vertical de los gastos de la Corte (2.700.000 libras para los «menus plaisirs» en vez de 400.000 bajo Luis XIV) y de las pensiones y al perjudicarla en el espíritu del rey después del atentado, le fue sacrificado (1 de febrero de 1757). Aunque, en víspera de la guerra de los Siete Años, había rendido un último servicio a la monarquía, al aumentar sensiblemente los contratos de arrendamientos: el de Girardin de 101.149.500 libras a 102.765.000 (el 28 de octubre de 1749) y el

siguiente, de Hanriot y otros 60 arrendatarios, en vez de 40 en 1755 a 110 millones (al mismo tiempo que se suprimieron los subarrendatarios).

Extensión del conflicto a las Colonias

Con la guerra de los Siete Años se produjeron mayores dificultades todavía, empeoradas por el desarrollo de la propaganda y la creciente influencia del partido del extranjero en el interior.

Se debe reconocer que apenas el conflicto había sido interrumpido. En el espíritu de Inglaterra, no se trataba más que de una tregua. En una forma larvada, las hostilidades se reanudaron en América, donde dos millones de ingleses agrupados en trece colonias (ocho pobladas por demócratas no-conformistas en el Norte y cinco de «caballeros», de tipo colonial, en el Sur) se enfrentaban con los 60.000 franceses del Canadá enlazados con los de la Luisiana (donde la Nouvelle-Orléans había sido fundada en 1718), a lo largo del Mississipi, por una línea de fortines que pretendían cerrar el paso hacia el hinterland. En 1753, Duquesne había edificado en las ruinas de una fortificación reconquistada el fuerte que llevó su nombre. Poco después, el 28 de mayo de 1754, Washington realizó su primera —y poco gloriosa— hazaña, matando a un parlamentario francés, Jumonville; caído en las manos del hermano de la víctima, en el fuerte «Necessity», para salvar su vida tuvo que firmar la confesión de su felonía.

Inglaterra, empeñada en apoyar a sus colonos con toda energía, reaccionó con vigor. En octubre de 1754, el general Braddock trajo refuerzos. El 25 de marzo de 1755, el Parlamento votó un millón de subsidios para acelerar el levantamiento de milicias y los preparativos militares. El almirante Boscawen recibió la orden de interceptar los navíos franceses (el 16 de abril), el 10 de junio abrió fuego contra tres, de los cuales sólo escapó uno. Por su parte, el almirante Hawks se apoderó de 300 buques mercantes (por un valor de 30 millones). Piratería oficial y deliberada, claro, sin declaración de guerra. Gracias a un inmenso esfuerzo, la Marina de S. M. pasaba de 291 a 345 navíos entre 1752 y 1756, y a 422 en 1760, cuando Francia no contaba más que 45 en servicio y 18 en construcción en 1755. En William Pitt (1708-1778), la «City» descartando al demasiado pacífico Walpole y al demasiado vacilante duque de Newcastle, encontraba su jefe de guerra, que iba a conquistar para ella el dominio de los mares.

Frente a estas agresiones deliberadas y a tal afán de conquista, la reacción francesa es nula. Primero no se quiere reanimar el conflicto, porque España, sólo apoyo posible, no está lista todavía. En las Indias, con sólo un puñado de franceses, Dupleix y Bussy, interviniendo con acierto en las disputas entre potentados indígenas, han conseguido crear un Imperio en el centro de la península, en el Deccan y en el Carnatico; pero, después de su primer fracaso, la ocupación de Truchinopoli por Clive (el 8 de abril de 1752), la Compañía y el gobierno se apresuran a desautorizarlos. Silhouette, nuevo controlador general, escribe, el 13 de septiembre: «no queremos establecer un poder político en las Indias; sólo queremos unas factorías... y unos aumentos de dividendos». El 3 de agosto de 1754, Godeheu procede a la destitución de

Dupleix y firma en diciembre con la Compañía inglesa un tratado abandonando los territorios conquistados, con la excepción de unas factorías. En vísperas de la guerra, equivalía, por amor a la paz, a declararse vencidos. Por su rigidez y su ignorancia del ambiente local, el nuevo gobernador Lally-Tollendal (abril de 1758), lo perdió todo en un tiempo record. Después de cinco meses de asedio, Pondichéry capituló (el 17 de febrero de 1761); los ingleses la arrasaron. Así se terminó con la India francesa.

Francia, comprometida en Europa...

Con el fin de cubrirse en el continente, donde Hanover quedaba expuesto a los golpes de Francia, Inglaterra tomó la iniciativa diplomática. Los días 19-30 de septiembre de 1755, obtuvo de Isabel de Rusia, mediante un buen precio, que mantuviera 55.000 hombres en Livonia, vigilando a Prusia. Aunque la amenaza era un poco lejana, bastó para asustar a Federico II y conducirle a un acercamiento más concreto, sellado por el tratado de Westminster (16 de enero de 1756). Entonces, para prevenir un acuerdo austro-ruso inevitable, el rey de Prusia invadió Sajonia sin más forma (28 de agosto de 1756), venció en Pirna y se incorporó al ejército sajón (15 de octubre).

A Francia, aislada, no le quedaba nada por escoger. Porque no supo canjear a tiempo sus alianzas, porque respondió demasiado tarde a las propuestas de Kaunitz, formuladas ya en 1750, se vió arrastrada por Austria más lejos de lo que quería por los dos tratados de Versalles (1 de mayo de 1756 y 1 de mayo de 1757), negociados discretamente por el abad de Bernis y Starhemberg en septiembre-diciembre de 1755. Una vez más se encontraba comprometida en el continente en el peor momento: 24.000 hombres —más bien 45.000— en apoyo de Austria y de Sajonia invadida —105.000 y pronto 160.000 en el Rhin; más un subsidio de 12 millones de florines. Era mucho, mediante la ocupación de Osten y Nieuport y la promesa de algunas plazas en los Países Bajos (volviendo el resto a don Felipe, en compensación de Parma, devuelta a Austria).

Sin embargo, a primera vista, Hanover y Prusia estaban jugando su existencia. A los 147.000 prusianos y 55.000 anglo-hanoverianos se oponían en principio 133.000 austríacos, reforzados por 24.000 auxiliares, 105.000 franceses en el Rhin y 110.000 rusos (puesto que Isabel se había aliado con María-Teresa el 2 de febrero de 1757). Ahora bien, Federico fue vencido por el mariscal Daun en Kollin, perdiendo 12.000 de sus 18.000 hombres (18 de junio de 1757), mientras el mariscal de Richelieu (después de apoderarse de Port-Mahon, a despecho del almirante Byng, el 27 de junio de 1756) obligaba al duque de Cumberland a capitular en Closter-Seven (el 8 de septiembre de 1757) con sus tropas de Brunswick, de Hesse y de Hanover. Victoria sin consecuencias, por otra parte, puesto que el rey Jorge, negándose a ratificar la convención, recuperó sus tropas (que no habían sido desarmadas) y reanudó la campaña en 1758 con Ferdinando de Brunswick. Mientras tanto, Federico, vencido en Jägersdorf por los rusos, que avanzaron hasta Berlín (6 de septiembre), siendo Silesia ocupada por los austríacos (en octubre) y Pomerania por los suecos, estuvo al borde del desastre. Fue salvado por la incapacidad y los celos de los generales franceses, los Soubise y los Clermont,

generales de alcoba o de logias, protegidos de Mme. de Pompadour, émulos de los «incondicionales» de Richelieu. Ocurrieron las derrotas de Rossbach, 60.000 hombres (la multitud desorganizada de los «círculos» [distritos] germánicos) contra 20.000 prusianos disciplinados, y de Crefeld, oponiendo 70.000 a 40.000 (23 de junio de 1758). Por su parte, en Leuthen (el 5 de diciembre de 1757) los austríacos perdieron 22.000 y la Silesia. Aparentemente el ateo Federico gozaba de la protección del dios de las batallas.

El 9 de octubre de 1758, Choiseul sustituyó a Bernis, pero los generales Contades, Broglie, Saint-Germain, Soubise siguieron intrigando, querellándose, traicionándose de tal manera que la lista de derrotas se alargó todavía: Minden (1 de agosto de 1759), Cassel (15 de julio de 1761), retrocediendo los franceses detrás del Rhin. Sin embargo, fue necesario un milagro para salvar a Federico del empuje de los austro-rusos, por una vez reunidos en Künersdorf (12 de agosto de 1759), donde perdió 20.000 hombres, de un total de 50.000. Daun ocupó Sajonia. En octubre de 1760, Berlín fue saqueado, pero los coaligados no consiguieron sincronizar sus movimientos y Federico, maniobrando con el beneficio de líneas interiores, escapó una vez más en 1761. Perdió Pomerania y se encontraba acorralado, cuando la muerte de Isabel de Rusia (5 de enero de 1762) y la entronización del zar Pedro, un medio loco, ciego admirador del «genio» del rey de Prusia, rompió la coalición y le salvó, llevándole un aliado inesperado (5 de mayo de 1762).

Inglaterra se apodera del Canadá

Mientras en Europa se había luchado durante siete años para nada, es decir, para que el tratado de Hubertsburgo (15 de febrero de 1763) confirme el predominio de Prusia en Alemania, Inglaterra había logrado en ultramar, gracias a un esfuerzo considerable, todos sus objetivos. En el Canadá, donde sus escuadras llevaban más y más refuerzos desde 1757, disponía de 14.000 hombres de tropas regulares en contra de 3.000. Después de rechazar a Washington del fuerte Duquesne (ahora Pittsburgo) el 28 de mayo de 1755, Montcalm y sus franceses se apoderaron en 1757 del fuerte William Henry (edificado por el irlandés sir William Johnson, aliado de los indios de las Seis Naciones iroquesas). El año siguiente consiguió rechazar los ataques de los 15.000 hombres del general Abercrombie contra Ticonderoga. Pero tuvo que ceder a la superioridad numérica del enemigo: 50.000 anglo-americanos ocuparon de nuevo Louisbourg el 27 de julio y el fuerte Duquesne en noviembre. En julio de 1759, cayeron también los fuertes Niágara y Ticonderoga. El 13 de septiembre la derrota de la meseta de Abraham (en la que los adversarios, Wolfe y Montcalm, encontraron la muerte), provocó la capitulación de Quebec (el 17 de septiembre) y la de Montreal (1760). También se perdieron las Antillas: la Guadalupe en 1759, la Martinica en 1762.

Aprovechándose de las buenas disposiciones de Carlos III, monarca liberal que sucedió a su hermano Ferdinando VI en el trono de España (el 10 de agosto de 1759), Choiseul intentó recurrir a una mediación española, que Pitt rechazó con la más absoluta intransigencia. Intervención más peligrosa que útil, puesto que ya se había producido la derrota de Francia. De manera que el «pacto de familia» del 15 de agosto de 1761 costó a España la Habana

y a Francia compensaciones a su asociada cuando la entronización de Jorge III (27 de octubre de 1761) permitió la dimisión de Pitt (muy atraído por las colonias españolas) y la conclusión de la paz. Por el tratado de París (del 10 de febrero de 1763), Francia cedió a España la Luisiana, en compensación de Florida (abandonada para recuperar la Habana). Había sacrificado su primer imperio colonial en el altar de la Filosofía. De esto parecía acomodarse fácilmente Choiseul, quizá porque preveía las dificultades que Inglaterra iba a encontrar con sus colonias americanas.

Para edificar un Imperio, faltaba la fe a los franceses. La fe de los conquistadores o la fe de los puritanos. No se construye nada a base de escepticismo, de mezquindad, de cansancio, de «sueños». Ahora bien, el anticolonialismo merecía la unanimidad de los filósofos, muy atentos a su tarea de intoxicación. Como adulaban a Prusia con servilismo, despejaban el camino a Inglaterra, desacreditando las empresas coloniales. Todos participaron en esta propaganda. Montesquieu, pedante en sus «Cartas persas»: En consecuencia general, las colonias debilitan sus pueblos de origen, sin poblar los países donde se mandan los colonos» (!). Voltaire, moralizador, en sus fragmentos sobre la India: «Nuestros pueblos europeos sólo descubrieron América para saquearla y buscar especias, licores, tabaco y joyas...» Y de evidenciar ciertas veces su desprecio a los «arpendes de nieve y de hielo» del Canadá: «¿Para qué sirve Quebec?» ¡Claro, sería mejor sacrificar los granaderos franceses a la gloria del rey de Prusia! Apóstol de la vida al estadio natural, Rousseau incrimina en bloque la civilización, sobre todo si se la quiere difundir entre los «buenos salvajes». En su complemento al viaje de Bougainville, Diderot pone en escena a un Taïciano, que ruega a los europeos volver a su casa: «Go home!» (así que el lema no es nuevo). Y Bernardin de Saint-Pierre le da la réplica: «Stay home!» «No conviene que la gente honesta salga de casa». Todos estos anglómanos, al parecer, no han leído a Thomas More y no conocen las doctrinas de la «Utopía», que proporcionaron a Inglaterra sus mejores recetas coloniales.

Una política de expedientes

Decae el comercio exterior, las acciones de la Compañía de las Indias se hunden de 2.100 libras en 1743 a 1.348 en 1748 y hasta 725 en 1762, pero poco importa. Con el fin de abolir su monopolio, Gournay y el abad Morellet proponen su liquidación el 26 de junio de 1755) y será suprimida por un decreto del Consejo del 13 de agosto de 1769. Tampoco importa la crisis financiera permanente, agravada por la guerra. ¿No ofrece a los Parlamentos, con el apoyo de las sociedades de pensamiento, la oportunidad de levantar la voz, de bloquear todavía más la pesada máquina gubernamental? Al abrirse las hostilidades, se lanzó un empréstito de 36 millones de rentas perpetuales al 5 %, y el 7 de julio de 1756 fue introducido un segundo vigésimo, pero, a pesar de las sanciones habituales («lit de justice», sesión real del 21 de agosto, exilios, encarcelamientos, etc.), la oposición parlamentaria consiguió limitar el producto de los dos vigésimos (completados por una tasa de dos sols por libra sobre el diezmo) a cerca de 45 millones, o sea una cantidad muy inferior a un vigésimo real.

Y como, después del «lit de justice» sobre asuntos religiosos del 13 de diciembre de 1756, otros parlamentarios dimitieron, el controlador Boullongne tuvo que esperar para lanzar nuevos empréstitos (seis millones de rentas vitalicias en noviembre-diciembre de 1757, y 3,6 de rentas perpetuales en abril de 1758). El Clero consintió 16 millones; las ciudades, cerca de seis, gracias a un aumento de los arbitrios. Pero, a pesar del ingreso de 200 millones del extraordinario en 1758, el Estado tuvo que recurrir a adelantos de Pâris de Montmartel. De manera que, al asumir las Finanzas, después de la desgracia de Bernis (19 de octubre de 1758), Silhouette (ex-canciller del duque de Orléans, ex-comisario de la Compañía de las Indias), compartiendo las ideas de los «economistas» (4 de marzo de 1759), no encontró más que 285 millones de ingresos para hacer frente a 418 y luego a 503 de gastos. Se le aplaudió por llevar al rey la mitad del beneficio del contrato de arrendatarios. Pero se le criticó duramente por intentar reducir las pensiones y los gastos de la Casa real. Y no se le perdonó su propuesta de instituir una «subvención general» (septiembre de 1759), de crear un tercer vigésimo y de obtener nuevos recursos a través de tasas sobre el lujo. El pánico que se extendió al correr el rumor de que la vajilla real iba a llevarse a la Moneda, le fue fatal (21 de noviembre de 1759).

Pero ¿cómo conseguir equilibrar 400 a 500 millones de gastos con 165,9 de ingresos netos (de un total de 349,7 de ingresos brutos)? A esta cuestión se encargó a Bertin, intendente de Perpignan y de Lyon, amigo de los «fisiócratas», buscar una contestación. Entretanto, para seguir viviendo, se pidió a algunos judíos de Alsacia adelantar cierta cantidad al 4 %, antes de lanzar un empréstito de 46,8 millones en forma de tontinas (4,6 millones). Fue el momento escogido por el marqués de Mirabeau para publicar en 1760 su «Teoría del Impuesto», en el cual, denunciando los arrendamientos, que sólo llevaban al Tesoro 200 millones de un total pagado de 600, preconizaba la creación de un impuesto «territorial» —de tipo prusiano— mediante la abolición de los impuestos indirectos y del vigésimo (lo que era un error). Discípulo como él del doctor Quesnay (autor del «Derecho natural» en 1765), Bertin pensaba también que las verdaderas riquezas eran las de la tierra, que sola puede reconstituir sus productos. Aplicando las ideas de su escuela, fue el primero en establecer la libre circulación interior de los granos (25 de mayo de 1763), preludio a la libertad comercial. Pero no podía tolerar (lo mismo por parte de otro fisiócrata) ni ataques al crédito del Estado, ni una condenación global, exagerada, de los arrendatarios. Muchos eran gente honesta, sus beneficios habían sido disminuidos y el mismo Federico II recurría a sus servicios para organizar, siguiendo los consejos de Helvétius, una Administración Real de Aduanas en Prusia (14 de julio de 1766). De manera que Bertin mandó a su colega meditar algunos días en el torreón de Vincennes, antes de desterrarle durante dos años y medio a sus tierras de Bignon.

Para alimentar la guerra, Bertin, a la vez que suprime la «subvención general» (en febrero de 1760), impone un tercer vigésimo durante los años 1761 y 1762. Y se atreve a duplicar o triplicar la capitalización para los privilegiados y funcionarios de Hacienda. Luego tuvo que recurrir al empréstito (en mayo de 1760, dos millones de rentas reembolsables en diez años; 1,8 de rentas perpetuales en lotería; en julio de 1761, 0,9 de rentas reembolsables, y en noviembre, cuatro millones de rentas vitalicias) y a las subvenciones

de los Estados provinciales: siete millones de Bretaña, cinco de Flandes, cuatro del Languedoc, dos de Borgoña, 0,75 del Artois, en 1760; y obligaciones de la ciudad de Estrasburgo (el 16 de marzo de 1760). E incrementó a 118 millones el producto del arrendamiento general. De esta manera logró al final de la guerra reducir el déficit anual a unos 50 millones.

Obligado a abolir el tercer vigésimo y los suplementos de capitación para el 1 de enero de 1764, consiguió mantener los dos primeros vigésimos para seis años. Pero cuando, atacándose al fondo del problema, pretendió revisar la evaluación de los bienes raíces, primera etapa hacia la institución de un impuesto territorial único, levantó una verdadera marejada. Alentados por la Nobleza, que levantaba la cabeza, empujados bajo mano por la Masonería, los Parlamentos desafiaban abiertamente al poder real y se proclamaban los defensores de la nación.

¿Frente a la oposición nobiliaria y Parlamentaria?

Entonces las tesis de Montesquieu sobre la Nobleza vienen defendidas por Mignot de Bussy («Cartas sobre el origen de la Nobleza francesa», 1763), por el conde Alex de Corbert («El origen de la Nobleza», 1766) y por el conde du Buat Nangain («Los orígenes», 1757, y «Los elementos de Política», 6 volúmenes, 1773). Se produce una reacción nobiliaria en el ejército. Durante la guerra de Sucesión de Austria el conde de Argenson, ministro de la Guerra, había admitido hasta una tercera parte de oficiales plebeyos en los regimientos. Considerado, al contrario de su hermano el marqués, como miembro del partido tradicional, este hombre de Estado fue un precursor del ejército nacional, organizando milicias que constituyeron el núcleo de los «granaderos de Francia». Para mejorar la formación de los cuadros, había abierto una Academia militar para 500 cadetes. Pero bajo la autoridad de Choiseul, aprovechándose de una reorganización del ejército y de una disminución del número de regimientos, los oficiales plebeyos se vieron prácticamente eliminados. ¿No se produjeron en esta misma época, en el campo, tentativas para revalorizar los derechos feudales, con la connivencia de algunos parlamentarios?

Lo que no impedía a estos últimos presentarse como campeones del pueblo oprimido, ellos auténticos privilegiados, que debían sus cargos, más que a sus méritos, a sus escudos, y cuya justicia lenta, venal y parcial necesitaba de la más urgente de las reformas, ellos pretendían gobernar el Estado. Enlistaban escritores a sueldo: en enero de 1762, Rousseau se niega a vender su pluma al presidente Des Brosses. Buscaban en las antiguas instituciones de Francia la justificación de sus ambiciones. Así el abogado jansenista Le Paige plagia en sus «Cartas históricas» el «Judicium Francorum», publicado veinte años antes. De 1764 a 1770 una comisión de veinte magistrados busca en casa del consejero Michau de Montblin títulos del Parlamento a reivindicar el legado de los Estados generales y del Consejo del rey. Se traspasa ampliamente la doctrina de los «cuerpos intermediarios», tan querida por Montesquieu.

Alentados por sus recientes éxitos, contra el Gran Consejo en 1756, contra

el decreto sobre la disciplina en 1757, contra el arzobispo de París en el asunto del hospital general en 1758, contra el controlador de Hacienda Silhouette, dimitido en 1759, contra el exilio del Parlamento de Besançon, los Parlamentos no limitan su papel a las amonestaciones sobre los decretos, pero reivindican para el conjunto de las Cortes de Justicia, constituyendo un seudo-Parlamento de Francia, las prerrogativas de consentir el impuesto, de recibir las leyes fiscales y de controlar los gastos (Ruan, 10 de mayo y 4 de julio de 1760) y reclaman la institución de una contribución «voluntaria y única». Mientras los Estados provinciales aceptan el impuesto sin demasiada resistencia, los Parlamentos mantienen una oposición sistemática.

Sobre todo cuando el gobierno decreta la preparación del catastro, preliminario indispensable para la institución de este impuesto único. Cuando Bertin presenta sus edictos de abril de 1763, que el rey impone en «lit de justice» (sesión presidida por el rey) el 31 de mayo, se desencadenan y multiplican sus amonestaciones (la Corte de las Ayudas, el 6 de junio, los Parlamentos los días 24 de junio, 23 de julio, 8 de agosto, 4 de septiembre). Lo que les molesta más es que este trabajo de revisión sea confiado al Control Real de los Vigésimos (núcleo de la administración de Hacienda). Exigen que se encarguen de esto las comunidades de vecinos (en las cuales reinan celos locales y complacencias) o ¿por qué no? bajo el control de ellos mismos, de las Cortes superiores (Besançon, Burdeos, Grenoble, Ruan). Roussel de La Tour, consejero en el Parlamento de París, expone estas tesis en su obra «La riqueza del Estado», publicada en 1763 (capitación por categorías, llegando a 698 millones, repartida por los contribuyentes bajo el control de las Cortes judiciales, que dominarían así las finanzas del Estado). Este ingenuo trabajo se difunde con la mayor publicidad, así como el panfleto de un ex-colaborador del arrendamiento Daringaud, «el antifinanciero». Forbin y el barón de Saint-Supplix («el Consolador») refutan estos libelos de propaganda. Pero los Parlamentos, obligados a inscribir los decretos, multiplican las protestas, bloquean su ejecución y provocan incidentes en Grenoble, Tolosa, Ruan.

Una vez más el rey busca la conciliación, y poniendo al Parlamento frente a sus responsabilidades sustituye a Bertin por un parlamentario, el consejero l'Averdy, jansenista, que, de Hacienda, ignora todo. El 21 de noviembre, se retira el edicto de abril, se limita al 1 de enero de 1768 el segundo vigésimo (20 millones). El catastro no será establecido sin el acuerdo parlamentario, así que las verificaciones se encuentran paralizadas. Historiador de las Finanzas francesas, Mr. Marcel Marion escribe este juicio sobre su actitud: «¿Cuál fue la responsabilidad de los Parlamentos cuando tuvieron el alto mando sobre las Finanzas? No cuidaron ni del equilibrio ni de las reformas con vista a reducir los privilegios y mejorar el reparto de los impuestos; sólo se preocuparon de perseguir a los arrendatarios y a sus colaboradores y de tomar libertades con los rentistas», como les había aconsejado Montesquieu; estos rentistas estigmatizados por Mirabeau en su «Filosofía rural»: «el rentista es un lobo de la sociedad, es un falso propietario, inútil y pesado para el Estado».

Esta política absurda condujo a la baja a los fondos franceses y al alza de los ingleses. Se concretó con la institución en diciembre de 1764 de una

Caja de Rentas vencidas y de otra de Amortización, alimentadas por los dos vigésimos, los dos sols por libra del diezmo y varios derechos de mutación, con vista al reembolso con visado y reanudación de los títulos en un plazo de seis meses de las rentas vitalicias y perpetuales (con excepción de las de 1720) y de las tontinas; este método original consistía «en descontar un diezmo para que los acreedores del Estado contribuyan al pago de sus Deudas». En cuanto a la amortización, fue puramente ilusoria, puesto que se reembolsó 77 millones en cuatro años, para pedir prestados 120 (en rentas vitalicias: cinco millones en enero de 1766, cuatro en diciembre de 1768; o perpetuales: 1,6 en enero de 1767) a los cuales se añadían los empréstitos a las provincias y 12,3 millones de anticipos anuales medios entre 1764 y 1770. Persistiendo el déficit presupuestario: 118,4 millones de ingresos netos (de un total de 303,4 de brutos) y 164,2 de gastos, o sea un déficit de 45,7 millones en 1767.

En otros temas, L'Averdy tomó unas medidas útiles. Fijó el tipo de interés a 4 % en junio de 1766. Creó la Caja de Descuento (el 1 de enero de 1767, con 1,5 y luego 2,4 millones de capital) con el apoyo de Panchaud y de algunos otros banqueros suizos. Esta Caja iba a sustituir al banquero de la Corte Laborde, para adelantar dinero al Estado y activar el desarrollo de las operaciones de descuento en Francia. Declaró libre la exportación de los granos, lo que mejoró notablemente la situación de la agricultura (julio de 1764). Y, frente a la prosperidad general, aumentó a 132 millones la cantidad pagada por los contratistas de arrendamientos, aunque haya sido concluido demasiado temprano (15 de mayo de 1767) el contrato Alaterre y por una cantidad todavía insuficiente. Pero se manifestó de nuevo la oposición parlamentaria, al prorrogar el segundo vigésimo, hasta el 1 de enero de 1770 primero y luego hasta el 1 de julio de 1772, y sobre todo cuando L'Averdy intentó, con mucha razón, fijar a 40 millones la parte inmutable de la «talla» en los países «de elecciones» y extender el régimen de la «talla» tarifada, después de una declaración contradictoria (7 de febrero de 1768). Contra la nominación de comisarios (5 de septiembre de 1768) se levantó la Corte de las Ayudas (Tribunal de Hacienda). L'Averdy fue descartado (octubre de 1768). Su sucesor, muy provisorio, el «fisiócrata» Maynon d'Invau, muy amigo de Choiseul, encontró un déficit de 55 millones, más 80 de atrasos y los ingresos «comidos» con un año de anticipación... y se marchó el 21 de diciembre de 1769.

Escogido por el canciller Maupeou (22 de diciembre de 1769), el abad Terray, también consejero en el Parlamento de París, tomó en sus manos el Control general. A pesar de su capacidad de trabajo, de su rigidez y de la severidad (de la que no departía sino para tolerar algunos tráficos de sus amantes, según corría el rumor), el abad no pudo hacer nada contra la resistencia del Parlamento. Inspirándose en los proyectos de su fugaz predecesor —conversión de las rentas del 5 al 3 %—, procedió a unas bancarrotas parciales: mutación de «tontinas» en rentas vitalicias, con 150 millones de economía (18 de enero de 1770); conversión de rentas, sea al 2,5, sea al 4 % (20 de enero) (con mucha prudencia con las rentas sobre el Hotel de Ville), o sea 11 millones; suspensión de la amortización, o sea 17 millones; reducción de las pensiones, o sea 1,8 millones; y descuento de 2/10 sobre los intereses de la caución de los arrendatarios. Y, medida más grave, el 18 de febrero

de 1771, suspensión del pago de las rescripciones de los recaudadores generales y de los billetes de los arrendatarios, cuya circulación era respectivamente de 97 y de 48,7 millones. Como las víctimas eran sólo los acreedores del Estado, el Parlamento calló. Para financiar un empréstito de 28 millones se admitieron estos billetes hasta la cantidad de 10 millones. Y otro empréstito perpetual a 4 % fue lanzado también en febrero para permitir estos reembolsos. Como no fue cubierto hasta 160 millones se decidió «extenderlo» (para no pedir nuevas autorizaciones del Parlamento) hasta el punto que llegó a 261 millones en 1789. Pero Terray exigió de los recaudadores y arrendatarios que contribuyeran en 3,6 y 3 millones respectivamente en el pago anual de los billetes suspendidos. Y para el rescate por el Estado de la Compañía de las Indias, abolida el 13 de agosto de 1769, emitió en febrero de 1771 1,2 millones de rentas para un capital de 30 millones.

Finalmente, un reflejo de autoridad

Por fin, el rey reaccionaba contra los Parlamentos. En este terreno, Choiseul había retrocedido sin cesar, tolerando que se burle la autoridad real por todas partes. En Bretaña, donde d'Aiguillon, el gobernador, sacrificado a los rencores de La Chalotais (15 de julio de 1765), había sido arrastrado delante del Parlamento de París. Como otros gobernadores o intendentes en toda Francia: Fitzjames en Tolosa, d'Harcourt en Ruan, Dumesnil en Grenoble, Bourgeois de Boynes en Besançon. Ahora se ha colmado la medida. Cuanto más Choiseul, empujando a España contra Inglaterra, iba arrastrar a Francia en una guerra de revancha a la que no estaba preparada. Entonces Luis XV destituyó a Choiseul (24 de diciembre de 1770) y le sustituyó el canciller Maupeou, con misión de quebrantar la resistencia parlamentaria y de reformar la Justicia.

Puesto que los togados se pretendían los mentores del Estado y pensaban en su fuero interno que el Estado debía ser... ¡ellos! El 27 de noviembre de 1755, ¿no declararon al rey los de París que «en la primera edad de la la Monarquía», el Parlamento había sido «la asamblea general de la Nación», cuyos derechos invocaron el 3 de julio de 1759, y de nuevo, el 26 de diciembre de 1763? Se puede notar que, desde Montesquieu ya han cambiado las palabras. Las Cortes de provincias repitieron a coro la misma tesis. En lo que toca a contribuciones, «el derecho de aceptar es el derecho de la Nación», proclama el de Ruan (10 de mayo de 1760). Y el de Bretaña precisa, el 11 de agosto de 1764, que se necesita del consenso de las tres Ordenes de los Estados generales. Como el de París se obstinaba en perseguir a d'Aiguillon, Maupeou le significó, el 3 de diciembre de 1770, la prohibición de declararse en huelga y de corresponder con las otras Cortes, bajo la amenaza de confiscar sus oficios. Como los magistrados se negaron a someterse al «lit de justice» (sesión real) del 7 de diciembre y a asumir su servicio el 15 de enero de 1771, Maupeou les intimó el orden de doblegarse (en la noche del 19 al 20), y la noche siguiente desterró a 120 de ellos, confiscando sus oficios. El Consejo de Estado asumió el ínterin. Entonces los Parlamentos provinciales protestaron. El de Ruan se atrevió a escribir al rey, el 8 de febrero: «Pertenece a la Nación, Señor, recurrir con respeto a la última medida que las Leyes le ofrecen, solicitando de Vuestra Majestad la asamblea de los Estados

Generales». Ya corre el lema, la consigna que Malesherbes recoge el 18, en nombre de la Corte de Ayudas de París, con toda solemnidad: «Existen en Francia algunos derechos inviolables que pertenecen a la Nación». «Si se reducen a la sumisión y al silencio, los príncipes de la sangre (el duque de Orléans, el príncipe de Condé y la Paide para el príncipe de Conti protestaron en abril), la nobleza y los magistrados, es decir, todos los intermediarios entre el Rey y el pueblo, la Nación tendrá que cuidar por sí misma de sus legítimos intereses. Entonces, Señor, ¡que pregunte Vd. su opinión a la Nación!» Inmediatamente se extiende la consigna. Burdeos, el 25 de febrero, Tolosa el 8 de marzo, la Corte soberana de Nancy, Besançon el 11, Rennes el 16, Aix el 18, Grenoble el 23 de marzo, Dijon el 1 de mayo, la recogen. No hay duda; la orquestación es muy buena.

Pero sigue su camino la Reforma de la Justicia. El 23 de febrero, se instituyen cinco Consejos superiores dentro de la jurisdicción del Parlamento de París (reducido al papel de Corte de los Pares y de Cámara de Inscripción con derecho de amonestación), luego un sexto en Douai (Artois) y otro en Rennes. Queda abolida la venalidad de los oficios (siendo nombrados por el Estado los jueces, inamovibles), así como la venalidad de la justicia («especias» y dietas extraordinarias). El 9 de abril, queda suprimida la Corte «des Aides» (Tribunal de Hacienda). El 13, el Gran Consejo se reúne en Versalles. Se modifican hondamente los otros Parlamentos de provincias, con excepción de Besançon y Grenoble. Conviene decir que la Reforma no está mal acogida, hasta en el propio campo de los filósofos. Voltaire, por ejemplo, escribe en su «Historia del Parlamento de París» en 1769, y en capítulo añadido, en 1775, que el Parlamento no puede ser asimilado con una asamblea nacional y que las leyes fundamentales del reino no se pueden confundir con «humores corrompidos» como la venalidad de los cargos o de la justicia, o con los «committimus». La introducción del régimen inglés en Francia levanta numerosas resistencias. Poco a poco se notan en el país los beneficios de la reforma. Pronto se cansan los magistrados exiliados; muchos de ellos regresan sin hacer ruido y se resignan a liquidar sus oficios, al final de 1772. Como lo nota Joly de Fleury: «la Nación ha considerado con una mirada tranquila el aniquilamiento de la justicia», léase la derrota de los parlamentarios.

Con este gesto de autoridad, que abría la puerta a otras reformas, todavía todo se podía salvar, rejuvenecerse el régimen, restaurarse las finanzas. Por culpa de Luis XVI, por su fatal flaqueza, por su «bondad de alma», por su deseo de fácil popularidad en el momento de subir al trono, esta ventaja, que pudo ser decisiva, no ganó más que una pausa en este declive en el cual resbalaba ya la monarquía. Quitado de enmedio el Parlamento, el abad Terray modifica los impuestos (aumenta de 1/60 a 1/40 la tasa del marco de oro sobre los oficios, la de la «paulette» sobre los cargos heredados: 1 % del valor actual en vez del 1/60 del valor primitivo). Crea la Conservación de las Hipotecas (junio de 1771). Somete los nuevos ennoblecimientos a confirmación mediante pago. Reduce las rentas perpetuales en un 1/15 y las vitalicias en un 1/10 (15 de junio de 1771). Declara perpetual el primer vigésimo y prorroga el segundo hasta 1781 (noviembre de 1771); suprime los abonos y prepara una base sólida para la aplicación del impuesto territorial (al verificar sistemáticamente su asiento). Intenta un ensayo de contribución

mobiliaria, basando la capitación en París sobre los alquileres (24 de febrero de 1773) de manera que su producto sube de 850.000 a 1.400.000 libras. Aumenta a 152 millones el contrato Laurent-David de arrendamientos (en 20 millones, lo que no es suficiente, puesto que realizarán 60 millones de beneficios en vez de 105, porque la prosperidad ha aumentado todavía mucho más).

En total, el balance de su gestión se establece así: un poco más de 86 millones de mejoras (38,6, producto de las suspensiones; 25,1 de nuevos derechos; 11,1 de economías; 11,3 de aumentos de ingresos), cubriendo el déficit al final de 1769. El presupuesto, equilibrado en 1773 con 205 millones de ingresos frente a 200 de gastos. Los anticipos, disminuidos de 154 a 30 millones y un pequeño aumento de la Deuda exigible, con 116 en vez de 110 millones. De todos modos, el abad Terray había conseguido incrementar los ingresos en 40 millones a la vez que mantenía el techo de los gastos.

Su sucesor, Turgot, intendente de Limoges, jefe de la escuela de los «economistas», recomendado al rey por Maurepas, quería realizar un amplio programa: desarrollar la agricultura, liberalizar el comercio (restableció la libertad interior del comercio de los granos en 1774), instituir el impuesto territorial único. Empezó empeñándose en mejorar el funcionamiento de los arrendamientos (suprimiendo las «croupes» y pensiones, o sea las participaciones), en reformar la «corvée» (prestación en servicio), en perfeccionar el asiento del vigésimo, en crear una administración «régie» sustituida al arrendamiento del dominio (25 de noviembre de 1774), en establecer en París, con el apoyo de Bertier de Sauvigny, una tarifa de la «talla». De esta manera redujo el déficit a 24 millones en 1776 (378,3 de ingresos frente a 402,5 de gastos), la Deuda exigible de 217,3 millones a 203,7 y los anticipos de 78,2 a 50,4 en 1775 y 1776. Y sobre todo se empeñó en aconsejar al rey la necesidad de realizar unos 20 millones de economías, para evitar una paralización al estallar la primera tormenta internacional. Pero ¿cómo se podía pedir energía a Luis XVI? Los gastos de la Casa real subieron de 34,5 millones en 1775 a 36,5 en 1776; los de la cajita de la reina, de 96.000 a 200.000 libras. No se pueden hacer reformas sin descontentos y sin una autoridad capaz de imponerse a estos descontentos. Pero, al permitir el retorno de los Parlamentos, ¿no se había destruido la misma autoridad? Lo manifestó Malesherbes (aunque se pretendía amigo de Turgot), presidente de la Corte «des Aides», al denunciar a los intendentes, la tarifa de la «talla», los vigésimos y el conjunto de las reformas preconizadas por el ministro, bajo el pretexto, demagógico, de reclamar la convocación de los Estados Generales (6 de mayo de 1775). Nadie defendió a Turgot, ni el rey, que no se atrevía a enfrentarse otra vez con las «Cortes intermediarias», ni los filósofos (sus antiguos amigos), que, deseando derrumbar la monarquía, preferían a los intendentes, capaces para restaurar las finanzas, unos banqueros cosmopolitas dispuestos a sabotearlas.

Al economista Turgot le sucede el banquero cosmopolita Necker

Fue así cómo a Turgot, hostil a la intervención en América (por temor a sus consecuencias sobre el Tesoro público), destituido el 12 de mayo de

1776, sucedió, después de un breve ínterin de Clugny (fallecido el 18 de octubre de 1776), Necker, un suizo de origen pomerano, asociado a una casa de Londres. ¡Singular aberración, en el momento de un conflicto que debía ser una revancha contra Inglaterra! Puesto que quedaba atado por todos sus lazos a Inglaterra y a la Masonería.

Su padre, abogado sin clientela en Küstrin, colocado por su primo Schutze, banquero de Hanover, como preceptor del hijo del ministro Bernstof, se había afiliado a la masonería en Londres, antes de abrir en Ginebra en 1724 una pensión para jóvenes ingleses. Gracias a las logias (creadas por G. Hamilton en 1736 y rápidamente difundidas en la Pequeñísima República), obtuvo inmediatamente una cátedra de derecho germánico, la ciudadanía de Ginebra (1725-26), el acceso en el Consejo de los Doscientos (1724) y en el Consistorio de los Ancianos. Luis, su hijo mayor, fue preceptor del hijo de lord Bentinck, uno de los fundadores de la Masonería holandesa. Iniciado, él mismo, en la «Vera Concordia» de Ginebra, amigo de d'Alembert, se adhirió después a unas logias de Basilea y de París. Desterrado por adulterio de la estricta Ciudad de Calvino, rehizo su fortuna vendiendo trigo en Marsella, con la ayuda del banquero von Fries.

En cuanto a Jacques, el ilustre Necker, su lema «Post tenebras, Lux» adornada por un «ojo» masónico auténtico, no deja ninguna duda sobre sus lazos con las logias. Mucho menos brillante que su hermano, abandonó sus estudios a los quince años para entrar el año siguiente como dependiente en la casa de Isaac Vernet, cuyo hermano Jacob había sido un colega de su padre (1748). Cuando su amo le envió dos años más tarde a París, tuvo bastante éxito, puesto que fue interesado por una cuarta (1762) y luego una tercera parte (de 1765 al 27 de octubre de 1770) en los asuntos de la casa. Después de comanditarlos, Isaac Vernet dejó su razón social en esta fecha a Jacques Necker y a su propio sobrino Jorge Thellusson. La firma prosperó, disponiendo el primero de siete a ocho millones de libras y el segundo de más de siete cuando murió.

Además de pequeños tráficos sobre el trigo en compañía de su hermano en Marsella, aprovechándose de la liberalización del comercio de los granos, Necker realizó un golpe tan feliz que aseguró su fortuna. Avisado por una indiscreción de Sainte-Foix, agente de Asuntos Exteriores, de la firma de una convención anexa al tratado de París, prometiendo el reembolso al par en Londres de los billetes canadienses (entonces depreciados hasta el 70 y 80 %), 3 de noviembre de 1762, los arrambló en el mercado con el hermano del banquero Lullin, obtuvo el reembolso en Londres a través de unos testaferros y pretendiendo su fracaso, cobró sólo las 1.800.000 libras del asunto. Como Vernet había sido en París comisionario para Holanda y corresponsal del Tesoro en Zürich, y que Pierre Thellusson, hermano de Jorge el asociado de Necker, estaba establecido en Londres desde 1762, este tráfico le salió fácil.

Como disponía, con sus asociados, de una cartera internacional importante, sobre todo en valores ingleses, Necker se presentó para poner a flote la Compañía de las Indias, arruinada por la guerra de los Siete Años. Para alimentar su comercio, la Compañía francesa había exportado, entre 1725 y 1756, una cantidad media anual de 8,6 millones de libras en plata y sólo 2,97 en mer-

cancías, mientras la Compañía holandesa en Java obtenía gratis, a título de tributo en natura, los géneros coloniales que vendía en Amsterdam a precio de oro, y que la Compañía inglesa exportaba también 12 millones de libras en plata hasta que después de 1765 las mercancías ocuparon las tres cuartas partes de sus exportaciones. Siendo muy comprometido el comercio marítimo francés y el camino de la plata cortado con América, Necker se creía capaz, gracias al apoyo de su corresponsal en Londres, James Bourdeu y Samuel Cholet, de proporcionar las piastras que necesitaba la Compañía, que salía de la guerra con una deuda de 60 millones. En el Consejo del 3 de julio de 1764, se presenta como el que puede salvar la Compañía, sino, «cambiando el régimen y la administración la Compañía cesa mañana pues sólo mi casa sostiene sus pagos». ¿Cómo encontrará la «plata» necesaria? ¿Con los fondos que los «nababs», los funcionarios de la Compañía inglesa envían clandestinamente a Inglaterra? ¿O comprando piastras en Cádiz, por el intermediario de Hamburgo y de Amsterdam, con 9 % de gastos? ¿O bien instituyendo una lotería en Ginebra, que brindará al banquero un beneficio del 10 % sobre 10 millones en 1765, sobre 12 en 1767? ¿O comprando letras por un valor de 20 millones en Londres, sobre las cuales sus acólitos juegan a la baja? Con tal tratamiento, se mata al enfermo. De manera que el 29 de marzo de 1769, sin un empréstito de 20 a 30 millones la Compañía no podría sobrevivir. Isaac Panchaud propone transformarla en Caja de Descuento, se rechaza su propuesta. Entonces el abad Morellet aconseja y obtiene la supresión del privilegio de la Compañía (3 de abril-20 de julio de 1769) por decreto del 11 de agosto.

Fue así cómo, después de matar a su paciente, el médico de cabecera Necker se volvió hacia el Estado, proponiendo sus remedios. Amigo de los enciclopedistas, dispone de su «claque». Les acoge en su casa, donde cenan el viernes (al principio de 1770) como los lunes y miércoles en casa de madame Geoffrin, los martes en la de Helvétius, los jueves y domingos en la de Holbach. Aprovechándose de la inmunidad diplomática que le vale el título de representante de Ginebra (obtenido de Choiseul, después del 20 de julio de 1768), Mme. Necker difunde las obras de Mably y del abad Raynal, prohibidas en Francia. La «Correspondencia» de Grimm y más tarde de Meister propaga su publicidad, hasta que disponga de su propia prensa, la «Gaceta franco-inglesa» (julio de 1776), correo de Europa, y el «Diario de París», dirigido por Laplace (1 de enero de 1777). Sin embargo «ratita», como le apoda Voltaire, no es hombre brillante. Este filósofo, con pesada digestión, piensa poco y penosamente. Lo que no le impide escribir (con la ayuda de Thomas). Primero, su propio elogio, modestamente titulado «Elogio de Colbert» (1773), que la Academia corona con el premio de elocuencia. Entre sus notas expone algunas ideas atrevidas y un poquitín demagógicas: la propiedad sólo reconocida a título vitalicio, por ejemplo, debiendo ser el Estado el heredero universal de los particulares. Entretanto, atacado en «la guerra de las harinas» (1775) por ser el comanditario de la empresa Malisset, llamada «Pacto de Famine» (hambre), replica criticando las ideas de Turgot en un «Ensayo sobre la legislación y el comercio de los granos».

Su ascenso, ahora continuo, no viene frenado por sus propias fantasías. Su banco, como el de Le Coulteux (suizo, pero católico) y el de Tourton y Baur, se clasifica entre los tres primeros de París. Pero como tiene ambi-

ciones políticas finge desinteresarse de él: en abril de 1772, en la razón social sustituye a su nombre el de su hermano Luis, «de Germany», como su asociado Thellusson el de su cuñado Girardot (1 de mayo de 1772). Manteniéndose los dos acólitos como comanditarios, Necker conservando el control con 13/32 más la participación de su hermano. En agosto de 1777, nueva metamorfosis, desaparece Luis, que es lo más conveniente, y la casa se llama: Girardot, Haller y Compañía. Con su rival, el de Isaac Panchaud, será el único banco inglés en París, hasta la instalación de Boyd y Ker en 1785, y de una sucursal de Herries en 1787 (en las mismas oficinas de Girardot).

Ahora, con las manos libres y una habilidad reconocida, Necker se insinúa en el favor de la Corte. Prestando servicios al príncipe de Conti (500.000 libras en 1760), al príncipe de Condé, al duque de Aiguillon, y después de 1780 a una multitud de gentilhombres. Luego consintiendo adelantos al Estado: 1,3 millones en marzo de 1770, luego cuatro millones en enero-febrero de 1772, gracias a su intimidad con el abad Terray, que le llama su «querido usurero». Ahora oficiosamente se le consulta, gracias a otro advenedizo de Ginebra, un tal Marsan, «marqués de Pezay», suministrador de la Marina y libertino, que le introduce cerca de Maurepas. Su opinión sobre el presupuesto de 1776 no prevalece, sino la de Panchaud, su rival. Tiene más éxito en sus críticas al incapaz Clugny, que sucedió a su enemigo íntimo, Turgot, el 12 de mayo de 1776 (15-18 de julio de 1776).

Ni economías, ni reformas: chorro continuo de empréstitos

Regresa de Inglaterra, donde viajó misteriosamente a final de mayo, ¿quizá para liquidar (de acuerdo con Mme. du Deffan y Horace Walpole) las 350.000 libras de deudas del conde de Guines, desdichoso embajador en Londres, protegido de Choiseul, o bien para preparar el arreglo del conflicto anglo-español sobre las Falklands? Por fin se cumplen sus ambiciones. Se le nombra director del Tesoro (entre el 22 de octubre de 1776 y el 29 de junio de 1777). Siendo extranjero y protestante, no puede ser ministro, de manera que le sirve de cobertura Taboureau des Réaux en el Control general, pero «él» gobierna las finanzas. Manifiesto su gratitud hacia Pezay, reconociéndole una creencia, hasta ahora rechazada, de 100.000 escudos. Y afirma en seguida su política, opuesta a la de Turgot (ni bancarrota, ni empréstitos, ni impuestos suplementarios, sino economías), definiéndose la suya: siempre pedir dinero prestado, lo más posible, lo más caro posible, por todos los medios posibles, para que sus amigos banqueros de la internacional hugonote realicen los más gordos beneficios. Más o menos con estas palabras de charlatán: «Acérquense todos: rentas gratis. ¡Paga el rey de Francia!»

¿Economías? Muy pocas, para no enajenar a los potentes. Más vale prever en diciembre un fondo de 500.000 libras para el pago de las pensiones (empezando por las pequeñas) y luego otro de cuatro millones para la liquidación en un plazo de cuatro años de las deudas y gastos de la Casa del rey —se le agradecerá— (las expensas de la reina han crecido de 200.000 a 300.000 libras); pagar las deudas del conde de Artois (nombrando a Montyon como su canciller) y facilitarle la emisión de tres millones de rentas vitalicias en 1780-81. La transformación en rentas de los modestos oficios de «la Boca

del Rey» en septiembre de 1780: nada más que un gesto. En 1781, pasarán las pensiones de siete millones, o sea 45 % más que las cifras del tiempo de Turgot (que deseaba reducir la Casa del rey de 36 a 24 millones).

¿Reformas? Todavía menos. Entre los ministros de la Monarquía, sólo Necker no propuso ninguna seria. Sus medidas tienen por objeto aplastar la competición de los contratistas y arrendatarios para que los banqueros puedan monopolizar el crédito en provecho suyo. Fusión de las «Régies» (administración directa) en una sola (3 de abril de 1777), lo que supone un reembolso de 26 millones en octubre. Supresión de los seis intendentes del Consejo de Hacienda, sustituidos por tres consejeros de Estado (29 de junio de 1777), con la creación de una «Régie» de las Ayudas (42 millones de producto) y otra de los Dominios (también 42 millones), con reducción del número de arrendatarios de 60 a 40, pero aumento del de los regidores (se reembolsan algunos cargos y se venden otros), mediante lo cual se reanuda el contrato a Nicolas Salzard, a 122,9 millones (los días 9 de enero y 19 de marzo de 1780). La publicación en 1781 de su memorándum de abril de 1778 sobre la administración provincial da prueba del odio de Necker hacia los intendentes, devotos y eficaces servidores de la monarquía. La institución, intentada en el Berry y alta Guyana en 1777, de asambleas provinciales (integradas por representantes de las Tres Ordenes designados por el rey, con el doble para el Tercer Orden) en los países de «Elecciones» no son más que una caricatura de las propuestas por Turgot: asambleas de propietarios en el cuadro comunal y provincial, competentes en materia de impuestos. Su política con respecto a los granos es perfectamente incoherente.

Un chorro continuo de empréstitos. Esto presupone el control de la Caja de Descuento, que Panchaud (a pesar de su fracaso de la Compañía de las Indias en 1769) ha conseguido organizar el 26 de junio de 1776. Isaac Panchaud, el rival de Necker, de origen valdés, nacido en Londres de madre holandesa, instalado en París al final de 1763. El y Necker son los más calificados representantes en París de los bancos ingleses, jugando el papel de «merchant bankers», acostumbrados en asuntos de transferencia al exterior y de comercio «a la gorda aventura» que les confían las casas inglesas, reservándose el papel de «inland bankers». Pero si Necker tiene más instinto y suerte, Panchaud, «el judío Panchaud», como le designa un panfleto sobre Talleyrand, posee mejor competencia financiera. Serán sus discípulos el conde de Lauraguais, Mirabeau, Clavière y Talleyrand y su acólito el abad Louis (más tarde barón). Ligado con la casa Herries de Londres, le asesora Perrégaux (de Neuchâtel). Pero no tiene suerte y acumula las quiebras. La primera, consecuencia de una catastrófica especulación sobre la Compañía inglesa de las Indias (24 de julio de 1769), termina por un arreglo con los acreedores. Pero será encarcelado por deudas en Londres (de donde se marchó en noviembre de 1778) dos años más tarde y terminará su carrera como consejero de Joly de Fleury y de Calonne, los sucesores de Necker, con un sueldo de 18.000 libras (1 de julio de 1781).

Creada con un capital de 15 millones, siguiendo los consejos de Thomas Sutton, conde de Clouard, ex-síndico de la Compañía de las Indias, y dentro de sus oficinas, con su cajero Pierre de Mory, como cajero y luego director (en 1785), la Caja de Descuento agrupaba en su primera fórmula, alrededor

de Panchaud, Pache, de Ginebra, yerno de Etienne Banquet (el banquero de los judíos Gradis de Burdeos, protegidos por Choiseul), banquero y armador, Marck de Basilea, cónsul de Prusia, Schonf de Saint-Gall, agente del rey en asuntos polacos, y Delessert, de Vaud. La Caja debe desarrollar las operaciones de descuento, con un interés del 4 % en tiempo de paz y del 4,5 % en tiempo de guerra (7 de marzo de 1779). Debe también consentir adelantos al Tesoro, hasta 10 millones (cláusula de la que será relevada el 22 de noviembre de 1776, porque todavía todas sus acciones no han sido colocadas). Entonces interviene Necker con su propio consorcio, suscribiendo 1.500 acciones (1778). Este grupo está integrado por su propio banco, Girardot y Haller. Le Coulteux (único católico), Tourton y Baur (banquero del conde de Clermont, G. M. de la Masonería), Rilliet, agente de Necker, asociado de Lullin y su cuñado Julien (que alberga al Consejo de Administración en 1781), Cottin, el holandés Vandenyver. Así se instala la Internacional hugonote, monopolizando las relaciones entre Londres, Amsterdam y París.

Se puede abrir el baile de los empréstitos. Puesto que el consorcio utiliza la Caja para su solo provecho, reservando a los banqueros admitidos como sus amigos el beneficio del descuento a 4 %, mientras los otros deben someterse a condiciones más duras (5 ó 6 %) pero descontando efectos públicos o bursátiles, lo que proporciona a su grupo fondos para traficar sobre empréstitos emitidos «a la inglesa», es decir, asumidos primero por banqueros que los colocan luego en el público.

Los primeros son loterías: 24 millones en enero de 1777 (al 7,5 %), luego 25 en diciembre (al 6 %) y 36 en octubre de 1780 (en principio al 7 %), reembolsables en nueve años, con ventajas a los banqueros. Siguen cuatro empréstitos: en noviembre de 1778, cuatro millones de rentas vitalicias (a cerca del 9 %) para 48,3 millones de capital; en noviembre de 1779, seis millones para 69,4 millones; en febrero de 1781, seis millones (al 10 %) para 77 millones, y de nuevo en marzo, 3 y luego 8 y 8,7 millones. ¿Por qué esta preferencia para la emisión de rentas vitalicias, sin distinción de edad ni de clase, sobre la base de veinte años, con tasas tan elevadas que «60 millones cuestan al Estado 164,7, cuando el mismo empréstito al 5 %, amortizable en catorce años, hubiera costado 85,2», es decir la mitad? (Marion).

Sencillamente, porque, después del fracaso del abad Terray en buscar préstamos en Holanda en junio de 1771, la casa Horneca y Hogguer de Amsterdam consiguió colocar las dos terceras partes en 1772-73, gracias a Bontems de Ginebra, utilizando una técnica muy interesante para los banqueros. Se trata de rentas vitalicias, despojadas de todo carácter personal o familiar, sobre una o varias cabezas (jóvenes personas escogidas para este propósito, en realidad con posibilidad de distribuir el producto entre varios participantes), rentas vitalicias transformadas en un título colectivo establecido por un banquero sobre el Estado. La fórmula, probada por Bontems sobre las cabezas de 25 señoritas, encontrará su forma definitiva «sobre las cabezas y vidas de 30 señoritas de Ginebra», cuidadosamente seleccionadas, entre dos y siete años, de excelente familia, vacunadas y medicalmente vigiladas por un discípulo del doctor Tronchin. Gracias a esta maravillosa crianza, la vida media de las beneficiarias se establece alrededor de los sesenta años. Cosa muy alentadora para los clientes, que, calculando la amortización en cerca

de doce años, se beneficiarán durante muchos años de una renta que prácticamente no les costará nada. Así nacen en Ginebra sociedades en «tontinas» (existen ocho en 1777), tanto sobre niñas como sobre ancianos, nuevos nacidos y hasta niños por nacer. Para los banqueros la operación sale más provechosa todavía, puesto que sin sacar dinero, piden prestados al 4 % a la Caja de Descuento fondos que trabajan al 9 o al 10 %, sin contar las comisiones y otras ventajas. Sin contar los favores de los cuales se benefician los más próximos a Necker, siendo el banco Girardot-Haller, su banco, avisado con quince días de anticipación de las emisiones que se preparan. En 1779, toma 14 millones del empréstito clausurado en tres días y colocado por una tercera parte en Ginebra, para cederlos luego, con 3 ó 4 % de agios, lo que le brinda en nueve meses más de un millón de libras.

Su clientela se extiende mucho. Dispone de procuraciones de rentistas: 1.016 en 1778 y 2.688 en 1784. En la emisión de 40.000 libras de rentas vitalicias para el príncipe de Conti en 1769, la casa Thellusson y Necker, para un adelanto real de 380.000 libras, realizó un beneficio de 16.208, o sea el 17 %... Al lado de estos 85 millones de loterías y de estos 385,8 millones de rentas vitalicias, Necker pide también 146 millones: a los países de Estados (Artois, 3; Borgoña, 24,2; Provenza, 8,8; Languedoc, 48,8; Bretaña, 16); a París, 10,8; a la Orden del Santo-Espíritu, 11,28; al Clero (14 en 1780, que se añaden a 16 millones de donaciones); a la ciudad de Génova (3 en 1775-76 y 6 en 1777). En 1780, soporta la carga de 130 millones de adelantos, con 7,9 millones de intereses y 1,2 de gastos. Al 31 de diciembre de 1781, los anticipos llegaron a 152,7. En estas condiciones, debe prorrogar hasta el 31 de diciembre de 1790 los dos vigésimos y los cuatro sols por libra del primero, que producen en total 57 millones en 1782.

Su gestión le merece las más severas críticas de los historiadores: «la gran hazaña de su ministerio, escribe Luthy, consiste en haber financiado una guerra costosa (la guerra de América costó a Francia entre 1.500 y 1.800 millones de libras) por el empréstito, "sin dolor ni lágrimas", dejando a sus sucesores, sin contrapartida, una deuda crecida en cuatro años y medio en 500 a 600 millones... y este balance alterado del "Compte-Rendu", que debía pesar todavía más que el déficit sobre los últimos años del Antiguo Régimen». Le merece también de su biógrafo, Lavaquery, el apodo de «furriel» de la Revolución. Este prospecto de propaganda que tituló «Compte-Rendu» no consigue disimular que fue realmente el sepulturero de las finanzas de la monarquía. ¿No pasa de la medida olvidar en el presupuesto extraordinario los gastos de la guerra de América y disfrazar 90 millones de déficit en 10 de excedente, sobre todo cuando cerca de la mitad de sus 530 millones de deudas se han utilizado para cubrir el déficit del presupuesto ordinario? Otros controladores generales, antes de él, habían dejado «resultados» técnicos (Desmaretz, Le Pelletier, el abad Terray). El suyo (del 17 de febrero de 1781) resulta un «cuento azul» publicitario. Sus cifras de ingresos (264 millones) y de gastos (253,9) han sido rectificadas por Mr. Marion en 237 de ingresos y 283 de gastos; y calló sobre 200 millones de extraordinarios y otro tanto de atrasados.

Vergennes señaló al rey Luis XVI el peligro de esta «llamada al pueblo» por parte de un hombre que se debía considerar como sospechoso. Después

de una intervención en la Cámara de los Lores se le había acusado de informar al ex-embajador inglés, lord Stormont, sobre los movimientos de las escuadras francesas (lo que confirman las Memorias de Véri). Lo cierto es que advirtió a su corresponsal de Londres de la firma del tratado de alianza con los Estados Unidos en febrero de 1778 y que éste se apresuró en transmitir la noticia a Fox y a lord North. Oponiéndose a las entradas de oro inglés y permitiendo las salidas de oro francés antes de la guerra, ¿qué clase de intereses servía? Cuando Burke declaró a los Comunes que «Mr. Necker es nuestro mejor y último amigo en el Continente», ¿se podría no creerle? Cuando el banquero de Ginebra trató de aprovecharse de la enfermedad de Sartine, restaurador de la flota francesa (14 de octubre de 1780), para reclamar para él el derecho de penetrar en el Consejo y la gestión de las cajas del Ejército y de la Marina? Pero esta vez, pasaba de lo permitido. Maurepas, Vergennes y Miromesnil exigieron su destitución. El rey, a pesar de la reina, se resignó a ello; ¡puesto que este ministro palurdo, pero con perfume de bondad, le era más bien simpático!

El apoyo a los insurgentes, cuestión de prestigio

Vergennes, al borrar la vergüenza del tratado de París, apoyando a los insurgentes de América, había devuelto su prestigio a la diplomacia francesa. De esta revancha contra Inglaterra, Choiseul había querido ser el campeón. Para prepararla, se empeñó en reorganizar el ejército, reduciendo el número de coroneles (800 a 900 para 163 regimientos), suprimiendo los coroneles «en mantillas», exigiendo su presencia efectiva en las guarniciones, rodeándoles en su gestión de «majores» y de tesoreros competentes, creando en Compiègne un campo de instrucción, renovando el material de artillería y completándolo con piezas ligeras «Gribeauval» que se mantendrán en servicio entre 1765 y 1825. Y en restaurar la marina, reducida a 44 navíos y 10 fragatas. Ministro entre 1761 y 1766, cuando le sucedió su primo Choiseul-Praslin que continuó su obra, activó las construcciones por todos los medios, solicitando las contribuciones de los Estados provinciales, de París, de Marsella, de la Orden del Santo-Espíritu, del Clero (14 millones), incrementando los créditos de 16 a 26 millones en 1770. No logró la cifra deseada de 80 navíos en servicio, pero sí la de 64 y de 50 fragatas. Pero sus enemigos en el ministerio, Maupeou, el abad Terray y el rey mismo, se negaron a seguirle en su política belicosa, temiendo el riesgo de arrastrar a España, mal preparada, en un conflicto en el cual perdería sus colonias, sin provecho para nadie.

Relegada al segundo plano por sus derrotas de la guerra de los Siete Años, que la reunión de Lorena (en febrero de 1766) y la ocupación de Córcega (en mayo de 1768 y 1769) no conseguían borrar, la diplomacia francesa conocía un eclipse total. A pesar de los esfuerzos de Vergennes, primero en Istambul, luego en Estocolmo, Francia quedaba apartada de los asuntos de la Europa oriental. Todo su sistema de alianzas se hundía bajo el empuje de Rusia. En Polonia, con la elección de Estanislao Poniatowski (7 de septiembre de 1764) y la derrota de los Confederados de Bar en 1771. En Turquía, con la ocupación de la Moldavia en 1769, la derrota naval de Tchesmé (el 8 de agosto de 1770), el tratado de Kaïnardji (julio de 1774) concediendo a los rusos libre paso en el Bósforo. En Suecia, donde el joven

Gustavo III, después del éxito de su golpe de Estado absolutista, se mantenía todavía. Los servicios diplomáticos paralelos del duque de Aiguillon y del «secreto del rey» (Broglie) habían contribuido a aumentar la confusión. De tal manera que cuando José II, acercándose a Federico II, se adhirió al tratado concluido el 15 de enero de 1772 entre Rusia y Prusia con vista a la primera partición de Polonia, Francia no se movió (1773).

En tales circunstancias se entiende porqué Vergennes se aprovechó de la insurrección americana para intentar restaurar el prestigio de Francia. No sin encontrar una fuerte oposición. Primero, la de los ministros responsables de las Finanzas, de Turgot a Necker, pensando, no sin razón, que el Tesoro real no se encontraba en posición de aguantar las cargas de tal aventura. Pero también, la de algunos filósofos, todavía amigos de los ingleses, molestados por sus lazos con los «whigs». Y hasta la de auténticos amigos de los americanos, como el abad Raynal, deseando dejar a los colonos de Nueva Inglaterra el privilegio de conquistar por ellos mismos su independencia. Opinión que se reunía con el temor de los diplomáticos a que una intervención francesa prematura apriete de nuevo los lazos más flojos entre las colonias y su metrópoli.

Sin embargo, las gestiones de Franklin, fuertemente apoyadas en París por la logia de las «Nueve Hermanas» y por el conjunto de la Masonería, le ganaron fácilmente el apoyo oficial. Reanudando con la política de Choiseul, que había mandado unos emisarios a los dirigentes americanos (por ejemplo, a Kalb en 1768), Vergennes manda a Achard de Bonvouloir cerca de John Adams, Samuel Chase, etc., en Filadelfia en 1775, y da misión a Beaumarchais (exiliado en Londres después de traficar en las cuentas de sucesión de Pâris-Duverney), tomar contacto con Arthur Lee, representante de los colonos. La prensa oficial, «La Gaceta», «El Mercurio de Francia» llevan la batuta en favor de los insurgentes. Se permite a Franklin difundir su propaganda en una hoja especial, «Los asuntos de Inglaterra y de América».

Durante la primera parte del levantamiento, Francia sostiene sólo de forma indirecta a los colonos rebeldes, a través de subsidios, de suministro de armas y de abastecimiento. En este período se produjo la derrota de una columna inglesa mandada a Lexington para detener al escritor Samuel Adams y al comerciante John Hancock, promotor del primer Congreso de Filadelfia del 5 de septiembre de 1774 y culpable por haber acumulado en Concord stocks de suministros militares (19 de abril de 1775). Hubo siete muertos, pero los insurgentes acometieron a la columna en retirada, que dejó 300 muertos sobre el terreno, y en número de 16.000 intentaron cercar al gobernador de Boston, Gage, en su capital. En consecuencia, un segundo Congreso se reunió el 10 de mayo en Filadelfia y designó a Hancock como presidente y a Washington como comandante en jefe (el 2 de julio). El año siguiente, respondiendo a un panfleto titulado «Common Sense», en el cual Thomas Paine reclamaba la independencia de las colonias (10 de enero de 1776), este Congreso, a propuesta del virginiano Richard Henry Lee, adoptó el 4 de julio la famosa Declaración, redactada por Thomas Jefferson (gran amigo de los «Iluminados» de Weishaupt), en la mejor tradición de Locke y Rousseau.

Por fin los ingleses, con mucha lentitud —porque les frenaban los «whigs»—

empezaban a reaccionar. El general William Horrie se apoderó de «Bunker Hill», en su tercer asalto, el 17 de junio de 1775, y, con 20.000 hombres, venció a Washington, frente a Nueva York, el 16 de noviembre. El gobierno de Londres recluta a 20.000 mercenarios en Alemania. Entonces, Silas Deane, hombre de negocios del Conneticut, solicita el apoyo de Francia. Y Vergennes encarga a Beaumarchais de proporcionar los suministros pedidos, creando, bajo el nombre de Roderigue Hortalez, una compañía de comercio en las Bermudas; una empresa en la que reina el mayor desorden, puesto que de los tres millones enviados por el rey no aparecen más de dos... y Beaumarchais se arruina.

Franklin, al llegar a París con Arthur Lee en diciembre de 1776, escoge como principal suministrador al financiero Ray de Chaumont, que le alberga, y confía sus transferencias a Ferdinando Grand, corresponsal en París de la casa Horneca y Hogguer, de Amsterdam. Siempre con el apoyo de los banqueros holandeses, los hermanos Grand se habían encargado, después de la entronización de Gustavo III, de mandar subsidios a Suecia en 1772 y de colocar después los empréstitos suecos, en asociación con la gran casa Hope, de Amsterdam. Entonces los holandeses, perfectamente dispuestos a ayudar a los colonos americanos contra Inglaterra, cooperaron con Francia para colocar las obligaciones del Congreso, y en lanzar, en noviembre de 1781 un primer empréstito de 70,8 millones al 4 % reembolsable en diez años con garantía francesa. Los Grand compartieron también con los Hope los empréstitos españoles, consecutivos a la guerra de América. En Francia, Jorge Grand asumirá un papel político importante en 1790, como primer presidente de la «Sociedad de 1789». Ahora son los más decididos apoyos de las finanzas americanas, hasta el punto de encontrarse en apuros en 1787, con sus asociados Hogguer (enlazados con los riquísimos industriales hugonotes van Robais, como lo era por otra parte el barón alemán Kalb, Jean de Kalbristt, principal emisario de Choiseul en América desde 1768, que era el compañero de armas de La Fayette, antes de caer en agosto de 1780, con el grado de mayor general de los Estados Unidos.

La Nobleza liberal, entusiasta de los «virtuosos» republicanos

Cuando se abre la segunda fase de la revuelta, los virtuosos republicanos del otro lado del Atlántico, formados en la dura escuela de los puritanos, de los «quakers» y de las nuevas sectas no-conformistas, metodistas, bautistas, unitarios, cuyo desarrollo contribuyó tanto en el desafecto hacia la madre patria, no tienen más calurosos partidarios en Francia que la Nobleza liberal: los La Rochefoucauld-Liancourt, La Rochefoucauld-d'Einville, los Rohan, los Noailles, los Ségur, la flor más fina de la Masonería, agrupados en París en la logia del «Contrato social», calle del Coq Héron, y en la logia «el Candor», a la que pertenecen los fieles del duque de Orléans, La Fayette (adherido en diciembre de 1776), el duque de Choiseul, los dos príncipes de Hesse, el príncipe de Broglie, los Lameth, Custine, el marqués de Montesquiou, de Lusignan, d'Aiguillon, Choderlos de Laclos, La Touche, Sillery, y hasta... Guillotin.

Los jóvenes arden en su afán de poner su espada al servicio de los insurgentes, que después de beneficiarse de las lentas maniobras del general Howe

(los «whigs» al principio no querían precipitar la ruptura) se enfrentan ahora a una resistencia inglesa más eficaz. Ha tocado la hora de La Fayette, la de una ayuda efectiva, que no puede ser todavía oficial. Independiente, rico (con 120.000 libras de renta), enlazado con los Noailles por su matrimonio con Adriana, hija del duque de Ayen (11 de abril de 1774), masón convencido, con afán de gloria y de libertad, está dispuesto a arrastrar con él a sus amigos de «la Espada de madera», La Rochefoucauld, Dillon, Ségur, Guéménée, Coigny, su cuñado Noailles. En Metz, donde sirve, hay mucha excitación. El gobernador, conde de Broglie, nutre ambiciones americanas, sueña llegar a comandante en jefe, quizá a «stathouder». Esperando que le abran la vía, alienta al barón de Kalb y a La Fayette en sus empresas, pone en contacto a este último con el duque de Gloucester, que visita Metz (el hermano del rey Jorge III se inclina hacia los americanos), le facilita el viaje a Londres, donde se encuentra con su tío el marqués de Noailles, embajador, el doctor Bancroft (que representa a los rebeldes pero procura información al «Intelligence Service»), lord Randon, lord Shelburne. De regreso a Francia, La Fayette, fingiendo reunirse con su suegro en Sicilia, escapa y, desde Pasajes, zarpa con sus compañeros (26 de abril de 1777).

Superando la desconfianza del Congreso cerca de los extranjeros buscando la aventura, las intrigas de los «whigs» ingleses y la flaqueza de los «tories», esperando un arreglo, rechazando las celosas solicitudes del irlandés Conway, La Fayette coaliga su destino con el de Washington, que le recibió en la logia «la Unión americana» en Valley Forge. Cuidadoso del bienestar de sus hombres, capaz de conciliarse con los indios, da prueba, al mando de un pequeño destacamento de 350 hombres y luego al frente de una división de 3.000 virginianos (1 de diciembre de 1777), de algunas cualidades maniobreras, pronto en hostigar a un adversario dos veces más fuerte, como también lo bastante prudente para descolgarse a tiempo para escapar.

Entonces continúa la lucha más dura, con alternativas de éxito y de fracaso. Washington sorprende a los ingleses en Trenton, el 3 de enero de 1777, y derrota a Cornwallis en Princeton. Pero durante el verano, tres columnas británicas convergen hacia la Nueva Inglaterra tratando de aislarla. El 26 de septiembre el general Howe, remontando el Hudson, se apodera de Filadelfia, desbordada por Cornwallis. Pero Burgoyne, en marcha desde el Canadá hacia Albany, se deja envolver por Gates en Saratoga y capitula con 3.000 hombres, el 17 de octubre. En Valley Forge (19 de diciembre de 1777 al 19 de junio de 1778), el barón von Steuben conduce los ataques de los insurgentes. Sucesor de Howe, sir Henry Clinton, aprovechándose de un temporal que dispersa la escuadra del almirante d'Estaing, hace frente a los americanos en el Rhode-Island, pero debe evacuar Filadelfia en la primavera de 1778 (lo que da lugar a un «Te Deum» masónico). En el Sur, su colega Cornwallis, vencedor en Savannah, el 1 de septiembre de 1779, ocupa Georgia y las dos Carolinas, pero su fortuna le abandona también, frente a los generales Green, Daniel Morgan y Henry Lee en King's Mountain, el 7 de octubre de 1780.

Entretanto, La Fayette, asustado por las tentativas de lord Carlisle para entablar negociaciones, se ha marchado a Francia para reclamar una intervención directa (11 de enero de 1779-11 de marzo de 1780). Vergennes, que ha concluido ya una convención comercial y, el 1 de mayo de 1778, un acuerdo

oficioso con los insurgentes, acepta, el 27 de abril de 1779, enviar al marqués de Rochambeau al mando de un cuerpo expedicionario de 6.000 hombres, en convoy protegido por seis navíos de línea. Por su parte el almirante de Grasse, después de vencer a Rodney y de apoderarse de Tabago, conduce a 3.000 hombres al mando de Saint-Simon. Y mientras Clinton, engañado por fintas y falsa información, se dirige al Norte para defender Nueva York que cree amenazado, Cornwallis se deja encerrar en Yorktown, bloqueada por 28 navíos, y capitula (el 19 de octubre de 1781). Francia ha prestado 47 millones y regalado 10 a los americanos para facilitar esta victoria. Ahora regresa La Fayette, como embajador extraordinario del Congreso. Es el héroe de las fiestas, del «triunfo de Gilles Cesar», como dice Choiseul; la reina canta su gloria; la Logia-Madre «de San Juan de Escocia y del Contrato social» le acoge como Maestre (24 de junio de 1782). América le aplaudirá todavía en 1784 con Washington, cuando «Kayewla» (el temible caballero) arengara a los indios en Albany para convencerles de tratar con los Estados Unidos.

Por desgracia, en lo inmediato, la apertura de conversaciones de paz entre John Adams, el ex-hugonote francés John Jay y el inglés Oswald, en las espaldas de Franklin y de Vergennes, y la firma de los preliminares del 28 de noviembre de 1782, logran el resultado de frustrar a Francia del beneficio de esta victoria. Se debe renunciar a la expedición preparada por Vergennes, con el acuerdo de Carlos III y de su ministro Floridablanca: al mando del almirante d'Estaing, una flota de 66 navíos y un ejército de 26.000 hombres debían zarpar de Cádiz para apoderarse de la Jamaica y navegar hacia el Norte, Nueva York y el Canadá. Y por el mismo golpe, España perdía la oportunidad de recobrar Gibraltar. El tenaz rencor de los británicos logró arruinar la competición de Amsterdam y eliminar a sus rivales holandeses como carreteros de los mares. En cuanto a Francia, la paz de Versalles no le brindó grandes ventajas (3 de septiembre de 1783). La guerra americana se saldó para ella con la restauración de su marina y un restablecimiento de su prestigio efímero, al coste de una bancarrota irremediable de sus finanzas y de un recrudecimiento de la propaganda revolucionaria, enardecida por el ejemplo de los republicanos de América.

La guerra, incluso victoriosa, resulta muy cara

¿Por qué Francia quedaba aplastada por una deuda de cuatro millones de libras «tournois» (para 26 millones de habitantes) cuando Inglaterra soportaba la suya, seis millones (para nueve millones de habitantes), sin aparente dificultad? Milagro de la industrialización, potencia de su comercio marítimo (quince o veinte veces superior), estructura financiera sólida en la segunda. Instituciones carcomidas, roídas por las termitas en la primera; incapacidad de reacción de la Monarquía, paralizada por la Masonería, acorralada a la bancarrota por la Alta Finanza.

Después de alimentar la guerra, sin dolor, por empréstitos, Necker dejaba a sus sucesores la tarea de pagar la factura. Joly de Fleury, al principio, siguió el mismo camino. Extensión de los empréstitos anteriores: 180 millones en 1781. Nuevo empréstito en enero de 1782, colocado en bancos suizos

y holandeses: 70 millones, aumentados a 120, 140 y hasta 185, en rentas vitalicias. Medio fracaso en diciembre de una emisión de 200 millones (160 en realidad) reducida a la mitad por falta de clientes, de rentas amortizables en catorce años. Aunque se intente instituir un tercer vigésimo (que no producirá más de 21 millones porque el Parlamento hizo pagar su acuerdo con el cese de las operaciones de los controladores, en julio de 1782). Aprovechándose de la oportunidad, el de Besançon pidió otra vez la convocatoria de los Estados generales (17 de febrero de 1783). La guerra había terminado. El 26 de febrero Joly de Fleury obtuvo que un Consejo integrado por Vergennes, Miromesnil y él mismo controlara en adelante los presupuestos de los ministerios. Luego remitió su balance: 80 millones de déficit (325,2 de gastos frente a 245,2 de ingresos), más 150 millones de anticipos y de atrasados de la guerra, y dimitió (30 de marzo de 1783).

Su sucesor, Lefèvre d'Ormesson, ex-intendente de Finanzas, después de emitir un pequeño empréstito de 24 millones al 4 %, reembolsable en ocho años, intentó otro expediente: los adelantos de tesorería, utilizando los servicios de la Caja de Descuento, que Panchaud deseaba transformar en Banco de Estado, pero que seguía controlada por el equipo Necker. Desde 1777, esta Caja emitía billetes, cuya cantidad aumentó de un millón en enero de 1778 a cuatro y cinco en abril de 1779, luego a 20 en 1781, para alcanzar más de 40 en 1783. En 1779, había descontado al 4 % más de 33 millones de letras de cambio. El 24 de agosto de 1783, d'Ormesson le pidió adelantar al Tesoro seis millones al mes durante seis meses, desde septiembre. Bastó para provocar tal pánico que fue necesario reducir la circulación de billetes de 43 a 28,5 millones. En octubre se emitió otro empréstito de 24 millones en lotería, del cual se encargaron los de Ginebra y en Amsterdam, Vandenyver y Hope. Y porque intentó suprimir, el 24 de octubre, el contrato de los arrendamientos generales, d'Ormesson tuvo que marcharse ante la oposición del frente de los banqueros y financieros, reconstituido en esta ocasión (2 de noviembre de 1783).

Llamado al Control general por Vergennes y d'Harveray (guardia del Tesoro), con el apoyo del conde de Artois, pero con poco aliento del soberano, Calonne, intendente lo bastante atrevido como para encarcelar a La Chalotias, recibía un legado poco envidiable. De un total de ingresos anuales de 600 millones, 250 absorbidos por el servicio de la Deuda, 390 de atrasados y 176 de anticipos, 80 millones de déficit anual... y nada en caja. De inteligencia brillante y capaz de persuasión, sino quizá demasiado seguro de sus medios, Calonne será el último gran servidor de la Monarquía que intentará atacar el problema a fondo. Pero, como no podía confesar la verdadera situación, primero se empeñó en restablecer la confianza: restableció el contrato de los arrendamientos (9 de noviembre), aumentó en 17,5 millones el capital de la Caja de Descuento, constituyó una reserva en metálico igual a la cuarta parte de los billetes, descartó la utilización de los billetes como papel-moneda (23 de noviembre) y mejoró el pago de las rentas (en agosto de 1784).

Luego trató de vivir ganando alguna latitud, antes de emprender las verdaderas reformas. Entonces, tuvo que emitir nuevos empréstitos: 100 millones en rentas vitalicias y lotería, al 10 %, en diciembre de 1783, para liquidar los gastos de la guerra; 125 millones (teóricamente al 5 %, en realidad al 8)

reembolsables en veinticinco años, en diciembre de 1784; 80 millones al 5 %, reembolsables en diez años, en diciembre de 1785; más préstamos de los Estados (15 millones del Languedoc en 1784; 6 de Bretaña en 1785; 10 de Flandes, 5 de Génova, 24 de París en 1786). Al mismo tiempo que, siguiendo los consejos de Panchaud, establecía un plan de amortización, con vista a suprimir los 783 millones de deuda constituida para 1809, reducir a 481,5 millones la deuda reembolsable (539,5 Millones) y extinguir la deuda vitalicia en 30 millones de un total de 100. Programa ilusorio, a pesar de una dotación anual de tres millones, si continuaban los empréstitos.

Consiguió mejorar el rendimiento de los impuestos, simplificando su recolección y repartiéndolos con mayor equidad. Con el retorno de la paz, buenas cosechas, una agricultura próspera y provechosas convenciones comerciales, los años 1784 y 1785 conocieron una prosperidad sin precedente. De manera que, en 1786, el contrato de los arrendamientos Magon subió a 144 millones, el producto neto de las «ayudas» a 50 y el de los dominios a 51. Luchando contra el fraude, se recuperaron 12 millones de los arbitrios de París.

Por desgracia, no fue tan fácil frenar las expensas de la Corte ni reducir las pensiones. Los «recibos al contado», o fondos secretos, de 116 bajo Necker pasaron a 145,4 bajo d'Ormesson en 1783, para retroceder a 117 en 1784 y 136,6 en 1785, bajo Calonne, y caer a 87,8 en 1789. Pero se reprocha a Calonne su liberalidad en materia de pensiones, cuando Necker no fue más severo, y su lenidad en la compra de dominios (aunque rechazó la compra de Saint-Cloud por la reina). Y consagró mucho dinero en inversiones útiles, como grandes obras, canales y puertos, carreteras (entonces nació el Servicio de Puentes y Calzadas), urbanización, ayuda a pueblos siniestrados, etc.

Otras medidas también deben figurar en su activo. El 14 de abril de 1785, reconstituyó la Compañía de las Indias, después del fracaso de una primera tentativa sugerida por Castries (por el intermediario de Haller de Berna, del antiguo banco Necker y de James Bourdieu de Londres en 1783) de una Compañía casi filial de su rival inglesa, a la que se opuso Vergennes. Ahora se adoptaba la fórmula propuesta por los Berard de Lorient, con el apoyo de Laborde, de Magon de Saint-Malo, de Le Couteulx de Ruan, de Cabarrus (que había fundado el 2 de junio de 1782 el «Banco nacional de San Carlos» con capital de 70 millones de libras «tournois», para consolidar los empréstitos de la guerra de América y proporcionar las piastras de Cádiz), la viuda Nettine de Bruselas, Vandenyver de Amsterdam, los Walckiers y la casa escocesa Herries de Londres. De todas maneras, no era más que «otra intrusión de la Finanza internacional en la política francesa», como lo nota Mr. Lüthy (II, pág. 685).

Esta restauración de la Compañía de las Indias (con capital duplicado en 1786) provocó una especulación que Calonne intentó yugular, para limitar la competencia con sus empréstitos. También redujo el dividendo de la Caja de Descuento, subido del 12 al 15 %, mientras las acciones alcanzaban, en vez de 3.000, 8.000 libras «tournois» (el 16 de enero de 1785), porque el volumen de descuento había pasado de 151 millones en 1781 a 400 en 1786, y la circulación de los billetes, de 20.5 millones en 1781 a 44.7 en 1783 y a 99,2 en 1786. Y aumentando su capital a 100 millones, mediante una

«caución» al Tesoro de 70 millones. Prohibiendo la venta de acciones a «plazo» (24 de enero de 1785) y al descubierto (7 de agosto, 2 de octubre de 1785, 22 de julio de 1786). Frenando la especulación sobre el «Banco de San Carlos» (cuyas acciones se trataban el 14 de junio de 1785 a 800 libras «tournois» en París, frente a 625 en Madrid). Y subiendo, después de una compra masiva de 84 millones de libras de piastras en 1784, la relación oficial entre oro y plata de 14 5/8 a 15,5 (30 de octubre de 1785), con el fin de luchar contra la huida del oro, atraído hacia el extranjero por una prima importante (15,12 en Londres y 16 en Madrid), medida que acompañó una refundición de los «luises». Estas medidas dieron lugar a críticas, porque los consejeros de Calonne, Panchaud y Clavière, se aprovecharon de sus informaciones privilegiadas para especular con toda seguridad. Y por fin Calonne tuvo la desdichada idea de confiar 12 millones del Tesoro al banco Girardot y Haller, el de su peor enemigo Necker, para mantener la cotización de los efectos públicos.

En el momento de revelar el real volumen del déficit (101 millones, más 255 de anticipos) en un mensaje al rey del 20 de agosto de 1786, exponiendo su «plan para mejorar las Finanzas», programa constructivo en el cual propone instituir una «subvención territorial», universal, en natura, repartida entre cuatro clases, alcanzando del 1/20 al 1/40 de la renta bruta, pero compensada por el reembolso al Clero de su deuda, por una reducción del diezmo de la «talla» y de la gabela, por la supresión de la «corvée» (prestación de servicio) y de las aduanas interiores, por la institución de la Caja de Descuento en Banco nacional y por la convocación de asambleas provinciales según las propuestas de Turgot (elegidas por los propietarios, disponiendo de 600 libras de renta fonciera, en las parroquias, y de asambleas de distrito designando a sus delegados en las asambleas provinciales, sin distinción entre las Ordenes).

¡Antes la quiebra que las reformas!

Con el fin de bloquear esta suprema tentativa de salvar a la monarquía, restableciendo sus finanzas, el lema se extiende primero: «¡Adelante! ¡Contra el intendente tan atrevido como para proponer tal programa!» La jauría de los panfletarios se lanza con él. De su exilio de Coppet, Necker, utilizando documentos oficiales, publica en Lausana tres voluminosos libros titulados «De la gestión de las Financias en Francia», reafirmando sus aserciones falsas del «Compte-Rendu», hinchando el total de los impuestos a 585 millones (incluidos los diezmos y unos derechos señoriales arbitrariamente calculados), de los cuales sólo 500 ingresaban en las cajas del Tesoro, y aumentando los gastos hasta 610 millones; critica naturalmente el impuesto territorial único de Calonne, finge aproximarse de los Parlamentos y del Clero (que no consintió a Calonne más que ocho millones de los 20 pedidos en 1785), evaluando sus recursos —sin tomar en cuenta los diezmos y los bienes de las fábricas— en sólo 130 millones, y discurre, no sin alguna demagogia, sobre «la ley de bronce de los salarios». Naturalmente La Harpe y las logias masónicas le cubren con sus alabanzas y le deciden en regresar a Francia, donde casa a su hija con el barón de Staël-Holstein, embajador de Suecia (1786).

Mirabeau, agente de los banqueros y de los Iluminados

Sin embargo, con Mirabeau y Clavière, otro equipo entra en escena. Caído desde una juventud tormentosa, entre las manos de los usureros judíos, con 220.000 libras de deudas en 1773, el conde Gabriel Riquetti de Mirabeau, para escapar de sus acreedores, había sido encerrado por su familia, primero en su castillo y luego en el fuerte de Joux (en mayo de 1775). Perseguido, después de sobornar a Mme. de Mounier, esposa del presidente de la Cámara de Cuentas de Dole, huyó a Holanda, donde sus hermanos masones, los van Haren, le encargaron la redacción de un panfleto, «Aviso a los de Hesse»... reclutados como mercenarios para Inglaterra en la guerra de América (1776). Allí le buscó un «exempt» (oficial de policía), para conducirle al torreón de Vincennes, donde tuvo durante tres años todo el tiempo necesario para seguir escribiendo libelos (14 de mayo de 1777-16 de diciembre de 1780).

Cuando salió de allí, tomó contacto en Neuchâtel (donde había ido para proponer al editor Fauche un manuscrito sobre las «cartas de detención» [lettres de cachet]), con Etienne Clavière y J. Pierre Brissot. Clavière, desterrado de Ginebra después de la represión por las tropas de Vergennes de la sublevación «democrática» contra la oligarquía reinante, que había dirigido, como cabeza del partido «representant» (8 de abril-2 de julio de 1782). Y Brissot, colaborador del «Correo de Europa», que Clavière, instalado como banquero en París en 1784 e interesado en el rescate de la deuda americana, había mandado en misión a los Estados Unidos en 1788.

Entonces Franklin —muy atento en no dejar expuesto a similares disgustos a un miembro eminente de las tras-logias, autor en 1776, bajo el apodo de Arcesilas, de un «Memorándum sobre una asociación íntima que se debe establecer dentro de la Orden de los Francmasones»— mandó a Mirabeau reunirse en Inglaterra con sus amigos Elliot para redactar, con la colaboración de Burke y de Chamfort, un panfleto contra la Nobleza, cuando los americanos intentaron crear la Orden de Cincinnatus (agosto y septiembre de 1784). Viajó allí, acompañado por Amelia de Nehra, hija natural de Guillermo van Haren (que después al principio del año ponía a su disposición su bolsa). De regreso a Francia, gracias a la intervención de su amante cerca del conde de Breteuil, introducido por Clavière cerca de Panchaud (en cuya casa encontró a Talleyrand, cumpliendo sus funciones de agente general financiero del Clero), vendió su pluma primero a Calonne, antes de «ponerse a sueldo del agio», como decía su padre, reuniéndose en la oposición con su acólito Clavière.

Entonces vivió de especulación y de panfletos escandalosos, en la sombra del sindicato de Ginebra, integrado por los barones Clavière y Delessert, por el abogado Duroveray, los pastores Etienne Dumont y Reybaz. Este grupo proporcionó a Mirabeau no sólo el tema de sus libelos, sino más tarde el proyecto de sus discursos en la Asamblea Constituyente. Así Mirabeau abrió su compaña, sucesivamente contra el Banco de San Carlos (cuyas acciones cayeron de 800 a 420 libras... contra el banquero Le Couteulx... contra la Compañía de las Aguas Perier, etc.). Para alejarle, Vergennes y Calonne le mandaron en misión a Berlín en enero de 1786. Pero al regresar, poco después de la presentación del programa de Calonne a los notables (22 de febrero

de 1787), atacó en marzo, en su «Denuncia del agio», a la vez a Calonne y a Necker.

A Calonne y a los tráficos del abad de Espagnac y de sus acólitos Seneffe, Baroud, Pyrou, Saint-Didier, curiosamente alentados por la intervención en París, en junio de 1786, con mucho dinero, de J. Gaspar Schweitzer de Zürich, fanático adepto de los «Iluminados de Baviera», amigo de Henri Meister (sucesor de Grimm en su «Correspondencia»), que alimentaba la especulación y mantenía a los agiotadores. Y también a Necker, que denunciaba en cartas así redactadas: «Necker alimentó la guerra sin impuesto: ¿será su gloria? No, su crimen. Sus empréstitos son la ruina preparada, organizada, hecha inevitable». Juicio que precisará en esta otra fórmula: «la deuda pública ha sido el germen de nuestra libertad», y que Cambon confirmará, el 15 de agosto de 1793, en la tribuna de la Convención: «Quizá debemos a la existencia de estos empréstitos el principio de la revolución».

* * *

No se puede decir mejor. Cuando la monarquía, acorralada a la quiebra, reúne a los notables antes de convocar a los Estados generales, ya no domina más su propio destino. Su autoridad, paralizada, no se ejerce, ni sobre el ejército, ni sobre el Clero, ni sobre la administración, ni mucho menos sobre la opinión. Con la Masonería y sus traslogias, en nombre de «la Nación», se ha levantado una potencia rival, dispuesta a conquistar el poder... para destruir el Estado.

CAPITULO XVII

¿COMO HACER LA GRAN REVOLUCION? ¿A LA INGLESA? ¿A LA AMERICANA? ¿A LA ALEMANA?

Perfectamente montada por el convento de Wilhelmsbad (16 de julio de 1782) —del cual existen dos actas, una, del barón von Gleichen, en alemán, y otra, en francés, de Chefdebien— y por los dos conventos de los «Filaletas» de París (15 de febrero-26 de mayo de 1785 y 8 de marzo-26 de mayo de 1787), la máquina subversiva está dispuesta para funcionar. Contra el Trono y el Altar, la «Nación», encuadrada, organizada por la Masonería, está lista para el levantamiento. Un Estado nuevo ataca al Antiguo, prealablemente dotado de todos sus órganos: un jefe, animado por las traslogias, una asamblea legislativa o «convent», juntas de ejecución especializadas, una doctrina, una estructura omnipresente de información y propaganda.

* * *

Orléans, Gran Maestre rico y decorativo

Desde la disolución de la Gran Logia de Francia (24 de diciembre de 1772), la fusión de varias obediencias y la fundación del Gran Oriente (26 de mayo de 1773), el jefe —oficial, se entiende—, el Gran Maestre es Luis-Felipe de Orléans, duque de Chartres, el futuro «Felipe-Igualdad» (22 de octubre de 1773). Pretendiente del ramo menor, tal como su primo reina en Versalles, él reina sobre París. El rey del medio-mundo, de los agitadores políticos, de los agitadores y de las chicas que animan su cuartel general del Palais-Royal. Disponiendo de 800.000 libras de rentas, es el señor más rico del reino. Lo que no le impidió entrar en deuda para montar el negocio del Palais-Royal. Con Necker: 120.000 libras vitalicias sobre la futura Mme. de Staël (en octubre de 1782); con Giacomo Giambone, un genovés de París, un millón (el 2 de junio de 1782), y otros cuatro millones con un sindicato formado por Lavabre, Dörner (asociado del cónsul prusiano, Marck de Basilea), Bontems de Ginebra, Kornmann de Estrasburgo (cada uno 7/24), y por 3/24, Cerfbeer, prevoste de los judíos de Estrasburgo, ex-protegido de Choiseul, suministrador de forraje bajo Necker, del cual hablaremos más adelante.

Conmovedora colaboración de judíos y hugonotes bajo el patrocinio de los Kornmann, que poseen un hotel en París, dotado de una imprenta clandestina, donde se reúnen Mirabeau, Clavière, La Fayette y Brissot. Acogerán, a su llegada a París, al austríaco Messmer como al italiano (?) Cagliostro. Cuando duque de Orléans, Felipe reembolsará estos créditos con el producto de la venta de Saint-Cloud a la reina (14 de enero de 1786), pero había pedido prestados, por otra parte, seis millones en «tontinas» (empréstito inmoral), que escapará, por favor especial, de los rigores de Cambon, durante la Revolución y continuará siendo pagado durante treinta años.

Saint-Germain, agente secreto Rosa-Cruz

De todos modos, este jefe «decorativo», digno de interés por su ambición y su fortuna, pero de carácter vacilante, juega un papel más nominal que real. Los verdaderos iniciados (un La Fayette, por ejemplo) no ignoran que, después de utilizarlo para derrocar la dinastía legítima, se le echará como inútil. En 1774 ya, un personaje muy sospechoso, conocido Rosa-Cruz, el seudo conde de Saint-Germain, había confiado a la reina María-Antonieta, durante una entrevista con Mme. d'Adhémar, la sorprendente profecía que sigue: «El partido enciclopedista quiere el poder, y no lo conseguirá sino aplastando al Clero, y para obtener este resultado, derrocará a la Monarquía. Buscando un jefe entre los miembros de la familia real, este partido ha puesto su atención en el duque de Chartres; este príncipe servirá de instrumento a unos hombres que le sacrificarán cuando no les sea más útil; se le propondrá la corona de Francia y el cadalso será su trono, pero, antes de este día de justicia, ¡cuántas crueldades, cuantos crímenes! La ley no será más la salvaguardia de la buena gente y el temor de la mala. Esta última tomará el poder con sus manos ensangrentadas, abolirá la religión católica, la nobleza, la magistratura... no se mantendrá la monarquía... pero una república codiciosa, cuyo cetro será el hacha del verdugo». Y a la pregunta de la reina: «¿Dónde nació usted», contesta: «¡En Jerusalén, Majestad!».

Quizá, pues tenía la tez morena. Sin embargo, su personalidad queda envuelta en el misterio. No se sabe a ciencia cierta, ni quién era, ni cuándo nació, ni cuándo murió, puesto que, a la edad aproximada de ochenta y ocho años, corrió el rumor de su muerte (el 27 de febrero de 1784), pero participó en el convento de París del 15 de febrero de 1785, e hizo llegar a la reina (siempre a través de Mme. d'Adhémar, después del 14 de julio de 1789) nuevas advertencias, confirmando sus profecías: «Debe Vd. alejarse de las personas que más quiere, los Polignac y sus amigos son destinados a muerte». Y más: «He querido darme cuenta de la obra dispuesta por el demonio Cagliostro; es cosa infernal... No puedo nada para el rey, nada para la reina, nada para el mismo duque de Orléans, que triunfará mañana, y que del mismo ímpetu atravesará el Capitolio para caer desde la Roca Tarpeia». Y continuaron sus entrevistas con Mme. d'Adhémar, cuando el asesinato de la reina, antes del 18 de Brumaire, en la mañana de la muerte del duque de Enghien, en enero de 1815, y un día antes del asesinato del duque de Berry.

Por su erudición, su modo de vivir, sus viajes, su carrera se parece a Barnaud. Cuando acompañó al mariscal de Belle-Isle, regresando de Alemania

en 1743, había recorrido Italia, Alemania, Holanda y llevado su bastón de peregrino hasta en Africa y en la India. Muy rico, disponía de un tesoro en fondos y piedras preciosas. Introducido por el mariscal de Sajonia cerca de Mme. de Pompadour y del rey, vive en París en casa de la viuda del caballero Lambert, pero manteniendo sus contactos con el príncipe Carlos de Hesse, el príncipe Luis de Brunswick, Casanova, que encuentra en Tournai. Entretanto, reúne en Ermenonville a masones de obediencias místicas, neotemplarios y martinistas. Intenta lanzar en Londres (donde se refugió en 1760) la fabricación de barcos de vapor y de locomotoras. Asume misiones para «el secreto del rey», que cubren su actividad oculta cerca de las potencias europeas, apoya la política antiaustríaca del mariscal de Belle-Isle, está a punto de ser detenido en La Haya, a iniciativa del embajador de Francia (1760), obra en favor del acercamiento entre Austria y Prusia en 1761, alienta a Pedro III, zar el 5 de enero de 1762, a retirar sus tropas para salvar a Federico II, interviene luego, bajo el nombre de conde Soltikoff, en el golpe de Estado de los Orlov, multiplica sus estancias en los Países Bajos, Amsterdam y La Haya, donde reside seis veces entre 1770 y 1773, cuando se trama la insurrección americana, y luego se marcha a Altona, a Italia (con el margrave de Anspach a Venecia, Siena, Milán, Génova y Nürenberg), antes de regresar a París, en 1774.

En este momento, la Masonería se dispone a pasar a la acción, primero en América y luego en Francia. En 1776, el Comité central del Gran Oriente manda a sus diputados disponer a los hermanos para la insurrección. Dentro de las traslogias, de las obediencias místicas o iluminadas se opera un trabajo de importancia. La influencia alemana del duque de Brunswick y del landgrave de Hesse se impone en el «convent de las Gallias» en Lyon, al mercero J. B. Willermoz y a sus «Caballeros beneficiosos de la Ciudad Santa». En Wilhelmsbad (16 de julio de 1782), Saint-Germain se empeña en facilitar un acercamiento entre la Rosa-Cruz y las obediencias místicas, por un lado, y los Iluminados, por otro. El memorándum, dirigido por Joseph de Maistre («Josephus a Floribus», iniciado en «la Sinceridad» el 4 de septiembre de 1778) a Brunswick antes del convento (18 de junio de 1782), cuya originalidad consiste en desear que la Masonería trabaje en favor de la Unión de las Iglesias y en crear una República universal, según el modelo del Papado, no tenía ninguna posibilidad de convencer a este areópago. Pero las tendencias místicas, representadas por Saint-Martin y Chappe de la Henrière, resistían el empuje de los racionalistas e Iluminados de Baviera. La Orden de los «Elegidos Cohens», agrupando las logias martinistas, había nacido dentro de la logia «francesa» de Burdeos entre 1754 y 1762 y había sido fundada el 1 de febrero de 1765 por un judío portugués, Martínez de Pasqualis, otro personaje misterioso (que se fue a morir en la Martinica). Autor de un tratado sobre «la Reencarnación de los Seres», este mago había enseñando a Willermoz y al conde Claudio de Saint-Martin (1743-1803), entonces joven teniente en Burdeos, el arte de evocar a los espíritus. Saint-Martin expuso sus ideas en su obra «De los errores y de la Verdad», por un filósofo desconocido en 1775 y en su «Cuadro de las Relaciones... entre Dios, el hombre y el universo», en 1782. Modificada bajo la influencia del místico sueco Swedenborg y del Rosa-Cruz Jacob Boehme, esta doctrina inspiró las logias «martinistas» en 1775 y la «Sociedad de los Filaletas» o «Amigos de la Verdad». En casa suya, en «los Amigos Reunidos», logia fundada por Savalette de

Lange (amigo del «misionero» Rosa-Cruz, barón von Hilmer), calle de la Sourdière, en París, tuvieron lugar las sesiones de los dos conventos de 1785 y 1787, que pusieron a punto los preparativos de la revolución.

Cagliostro, agitador de las traslogias

Como no estaba completamente estanco el tabique que separaba místicos, aventureros y charlatanes, sobre todo si unos y otros actuaban de agentes de enlace de los directorios secretos de la Masonería, Cagliostro y Messmer se encontraban en estas traslogias. El primero, el médico Joseph Balsamo, descendiente de judíos húngaros, probablemente nacido en Palermo en 1743, excluido de la Comunidad de la Misericordia, desterrado por estafa, pero iniciado por Saint-Germain, visitó sucesivamente San Petersburgo, Mittau, Estrasburgo (1780), Lyon y Burdeos, y luego París en 1785, antes de crear una logia egipcia, de los «Misraïm», de la cual era «Gran Copto». Luego se marchó al castillo de Gross-Korben, cerca de Francfort, para recibir instrucciones del iluminado Leonhardi, amigo de Knigge. Implicado en el escándalo del collar, del negocio montado para perder a la reina, con su cómplice el barón de Breteuil y el engañado cardenal de Rohan (3 de agosto de 1785), huyó a Inglaterra, y desde allí dirigió un mensaje al pueblo francés anunciando la Revolución, la destrucción de la Bastilla, el fin de la dinastía legítima y el advenimiento de Felipe-Igualdad. Pero, perseguido por sus acreedores, se marchó de Londres a Basilea y a Italia, donde cayó entre las manos de la policía pontificia y fue encarcelado en el castillo de San Angelo el 27 de septiembre de 1789. Entonces confesó la existencia de un complot contra la monarquía francesa y proporcionó algunos datos sobre la importancia de los medios acumulados en los bancos de Amsterdam, Rotterdam, Londres, Génova y Venecia para alimentar la conjura. Por otra parte, el doctor Federico Messmer, de Suabia, atrayendo a los papanatas de la aristocracia parisina, desde febrero de 1778, con su «herrada, su chatarra, su magnetismo animal y sus doctrinas espiritistas» (Bernard Fay), había creado una «Orden de la Harmonía Universal», cobrando 340.000 libras, fortuna con la cual regresó a Viena.

Mientras tanto, en el intervalo entre los dos conventos de los Filaletas, el marqués de La Fayette, de regreso de América, aureolado con su nueva gloria de campeón de la Libertad, soñando ser el Washington de Europa y el héroe de los Dos Mundos, se apresuró a efectuar una gira masónica en Alemania (julio de 1785). Sucediéndose los coloquios: con el duque de Zweibrucken (Deux-Ponts), futuro duque de Baviera (cuyo regimiento albergaba en América una logia «de los Tres Amigos»), con el príncipe Enrique de Prusia, en Rheinsberg, con la familia de Hesse y con Kamphausen, en Cassel, con el duque de Brunswick, y con el viejo Federico de Prusia, a quien no gustaron sus arengas revolucionarias y le contestó, con esta punta: «A un joven que hablaba como usted, ¿sabe usted lo que le pasó?» «No, señor». «¡Pues terminó ahorcado!» Prosiguiendo el viaje hasta Viena, se encontró con el emperador José II, Landon, Lascy, Kaunitz y su tío, y con el embajador Noailles. Y regresó a casa de Brunswick, G. M. de la Masonería alemana, para sacar la conclusión de sus conversaciones. En la confidencia de los «Directorios secretos» (según Dermenghem) no apostó sobre el duque de Orléans, cuando

se adhirió a la Tercera Orden en la Asamblea Constituyente, «este usurpador, cuyas intenciones confusas serán frustradas por la fuerza de los acontecimientos, tanto como las despóticas» (¡alas!) del demasiado bondadoso Luis XVI.

Comités y Clubs especializados, en acción

Cuando se reúne el segundo convento de los «Filaletas» en 1787, parecen de acuerdo místicos e iluminados sobre las últimas disposiciones necesarias. Desde que ha sido reorganizada por su Constitución del 26 de junio de 1773, la Masonería francesa posee un Comité director permanente, cuyo ejecutivo incluye, además del Gran Maestre, un administrador general, Ana de Montmorency, duque de Luxemburgo, un Gran Conservador, más —elegidos pero inamovibles— 15 grandes oficiales de honor, 45 en servicio, y oficiales honorarios. Catorce diputados, entre los cuales, siete venerables de las logias de París y siete de las provinciales, representan el conjunto de los talleres. La asamblea legislativa o «Convent» reúne los delegados designados por cada una de las logias, reclutados por cooptación.

Así se encuentra dotada la Masonería de una estructura completa de gobierno. Pero estos órganos son de carácter «oficial». De manera que si la Orden quiere conservar su fachada puramente humanitaria, deben mantenerse fuera de las contingencias políticas y no pueden actuar directamente sobre los acontecimientos. Este método, constante en la acción masónica, implica la necesidad para los verdaderos directores del juego de crear, al margen de la Orden, los Comités de ejecución y los «clubs» encargados de conducir las operaciones.

Antes de la Revolución, la logia de los «Amigos reunidos» de los «Filaletas», cuyo presidente es Savalette de Lange y el secretario Dietrich, alcalde de Estrasburgo, se encarga de la repartición de estas tareas. Este directorio, en el cual colaboran místicos e iluminados, franceses y alemanes, se divide en varios «comités» especializados. Un comité (o junta) secreto, con Willermoz, Chappe de la Henrière, Court de Gebelin, Bonneville y Mirabeau. Un comité de correspondencia, manteniendo el enlace con unos tantos 150 organismos adheridos. Un comité de Propaganda, 26 calle de Richelieu, presidido por el abad Sieyes (quien, protegido por su obispo, de Lubersac, siguió en 1787, desde Rotterdam y Spa, el desarrollo de la revuelta de Holanda). La caja, guarnecida con 1,5 millones al principio (entre los cuales, 400.000 libras proporcionadas por el duque de Orléans), dispondrá de 20 millones en 1790 y de 30 en 1791. En este club se encuentran, al lado de los orleanistas del futuro triunvirato (Barnave, Lameth y Duport), el economista Dupont de Nemours, el abad Grégoire (agente de Cerfbeer), Clavière, Mirabeau, el conde de La Marck (inspirados por los Iluminados), Robespierre y, más tarde, los jefes de la futura «Montaña», Saint-Just, Mara (iniciado en Londres el 15 de junio de 1774) y Babeuf.

Por su parte, el polemista de Chartres, J. P. Brissot, «el americano» Brissot, ha creado en enero de 1787, con Clavière, Bergasse y Crévecoeur, la «Sociedad Gallo-americana» y publicado en el mismo año un «Tratado sobre Francia y los Estados Unidos», en el cual aboga en favor de las instituciones del

Nuevo Mundo. Al principio de 1788, antes de salir para la misión confiada por Clavière en el otro lado del Atlántico, funda la «Sociedad de los Amigos de los Negros» en el hotel de Lussan, calle Croix des Petits-Champs. Este grupo, presidido por el marqués de Condorcet, que considera la revolución americana como el signo precursor de una «transformación del mundo», reúne a los inclinados hacia la República: La Fayette, Volney, Petion, Mirabeau, Sieyes, Carra, Berisier, Duchesnay, Ysarn, Valdy, Bréban, el marqués de Bourges. Ultrapasando su programa de emancipación de la gente de color, tendrá un papel muy importante, enlazándose con el Gran Oriente y a través de su «Comité régulateur» (Condorcet, Sieyes, Mirabeau, Brissot, Clavière, Le Pelletier de Saint Fargeau, La Fayette, etc.) en los acontecimientos que siguen.

Después serán creados, según las necesidades de la intriga, la «Sociedad de los Treinta», el «Club de los 22», el «Club bretón». En la primera, Adrien Du Port, discípulo de Messmer, jefe de la oposición parlamentaria, estratega de los orleanistas, especialista en la guerra civil, reagrupa en su hotel de la calle del Grand Chantier, no a treinta miembros, sino quizá a los hermanos del 33.º grado o caballeros Kaddosch, procediendo de las logias de «las Nueve Hermanas» y del «Coq Héron» (filósofos y nobles), los duques de La Rochefoucauld y de Luynes, d'Aiguillon, Dupont de Nemours, La Fayette, Condorcet, el abad Sieyes, Talleyrand, el abad Louis, Target, Roederer, Le Pelletier de Saint-Fargeau, Robert de Saint-Vincent, Freteau, Sabatier, Semonville, Mirabeau, los Lameth; unos banqueros como Clavière, Panchaud, Laborde. La segunda fue un club restringido de 22 miembros, seleccionados por Sieyes, que se reunían en el Club de Valois, abierto el 11 de febrero de 1789, en el Palais-Royal.

En cuanto al «Club Bretón», sirvió de centro de reunión, en Versalles, a los diputados masones, miembros de la Asamblea Constituyente, antes de mudar su sede en París, en el convento de los Jacobinos, calle Saint-Honoré, y de dar a luz a la «Sociedad de los Amigos de la Constitución», en los Jacobinos y por fin, sencillamente a los Jacobinos. Puesto que Le Chapelier, de la «Unión perfecta» de Rennes, consideraba necesario el estudio previo de los textos legislativos, en privado, antes de los debates en la Asamblea. Ayudado por Volney, de las logias de Anjou y de Le Coroller du Moustier, de Lorient, les reunió primero en el café «Amaury», calle de la Pompe, en Versalles. Barnave redactó su reglamento y Du Port les tejió una red de afiliaciones de las más eficaces. El marqués de Lacoste, Sieyes, Mirabeau, Bailly, los Lameth, Barére, d'Aiguillon, el abad Grégoire, Petion y Robespierre se reunieron con ellos.

Proliferación de las logias

La doctrina del movimento se inspira del ideal de la Enciclopedia, dividida entre las dos tendencias, la deísta y la atea. En las logias y la opinión popular, domina finalmente el deísmo vago de Rousseau y sus aspiraciones nebulosas, reflejo pálido de la ideología democrática de Espinoza y de Locke. Desde 1773, la Masonería conoce un desarrollo rápido. Cuando contaba en esta fecha 104 logias (23 en París, 71 en provincias, 10 militares y 45 en forma-

ción), alcanza la cifra de 635 antes de la revolución: 60 en París, 448 en provincias, 68 militares, 40 en las colonias y 19 en el extranjero. El Clero secular y regular (entre el cual la Orden del Oratorio se destaca por la importancia de la penetración masónica) posee 27 macillos de venerables (cinco en París, 22 en provincias), seis mandatos de diputados. La nobleza de Corte, 48 (cinco en París, 33 en provincias) y 10 diputados; la de Toga, 46 (cinco en París, 41 en provincias) y ocho diputados. Entre las columnas, abolidas las clases, toda la oposición fraterniza, de los más nobles nombres de Francia hasta los burgueses: nobleza de la fronda, deseando jugar el mismo papel que la «gentry» inglesa, togados del Parlamento, soñando con transformarse en asamblea nacional, rica burguesía, impaciente de conquistar el poder político: este inmenso rebaño de engañados, trabajando febrilmente a la «Gran Obra» de una Revolución que les perderá y les descolgará, comprende 70.000 hermanos (en vez de 30.000 en 1776), serán los cuadros de la «Nación»... y las víctimas del Terror.

Infiltración en la Administración y en el Ejército

La administración, infiltrada, ya escapa de la autoridad legítima. En su libro «La Francmasonería y la preparación de la Revolución» (págs. 246 y siguientes) Mr. Gaston Martin analizó perfectamente el proceso de la maniobra. Primero, poblar los empleos vacantes con criaturas de la Orden. Luego, en contra de los gobernadores y comandantes de plaza hostiles, suscitar alborotos para provocar su sustitución por auténticos hermanos (así, en Rennes, Defaure de Rochefort sucede a Bertrand de Molleville y el teniente coronel de Petitbois a Mr. de Langeron). «Gracias a sus inteligencias en todos los medios administrativos, la Francmasonería tiene conocimiento de las medidas que se preparan contra ella». Si los intendentes pertenecen a las logias «encuentran en sus oficinas una cooperación espontánea y sin reticencias». «En vez de enfrentarse con esta pasividad recalcitrante que, sin desobedecer, paraliza toda acción del poder central; en vez de encerrarse en la letra de sus instrucciones y de justificar su inercia por la contradicción entre los reales decretos; seguros de ser aprobados, los funcionarios de la administración interpretan y acomodan, y resulta la provincia feliz». Como vale la recíproca, los otros intendentes, que no pertenecen a la secta, se encuentran aniquilados. Frente a los motines a propósito del trigo, frente al «gran temor», la administración real quedará sin reacción.

El Ejército, gangrenado por las logias, no tiene más disciplina. En sus 110 regimientos de infantería, 24 de caballería, 14 de dragones, cuatro de húsares y siete de artillería, el número de las logias aumenta de 10 en 1773 a 69 en 1789. Además muchos militares pertenecen a las 38 logias coloniales. Representan entonces un efectivo de 1.800 hermanos, oficiales en su mayoría. Pueden venir los alborotos. La represión será nula. Las logias militares han destruido la disciplina. Premian a los amotinados: el 20 de agosto de 1789, la «Perfecta Unión» de Rennes inicia a los soldados del regimiento de Artois, que se negaron a obedecer las órdenes del comandante de plaza, y esto, en presencia de su coronel.

El descontento de los oficiales, provocado, sea por medidas deplorables

(tal como las de Saint-Germain, cerrando a los plebeyos el acceso a los grados), sea por decisiones útiles pero molestas (disciplina «a la prusiana», supresión de regimientos, obligación de residencia), explica la actitud frondosa del ejército. Tendrá por resultado obligar a la mayoría de los oficiales a emigrar, cuando los motines amenazaron su propia seguridad. El ejército, y sobre todo la marina, a consecuencia de esto, quedaron impotentes durante mucho tiempo.

Cuando se acerca el momento de la acción, la Masonería, tan bien dotada para tomar el pulso de la opinión y difundir sus consignas revolucionarias, piensa en reclutar la tropa, el populacho que intervendrán en sus «jornadas». Desde 1785 se multiplican las sociedades «patrióticas», cuyos miembros, reclutados también por cooptación y patrocinio, se titulan «Hermanos y amigos» en el mejor estilo masónico. Estos Clubs, prohibidos durante la fronda parlamentaria de 1787, serán readmitidos por Necker, al volver al ministerio. Pero la Masonería tarda mucho en abrir sus propios talleres a los artesanos, sólo en 1788. De manera que los «clubs» populares, desde el origen mal controlados, desbordarán pronto las logias, sustituyéndolas poco a poco, bajo la influencia de los Iluminados de Baviera, durante la asamblea legislativa, antes de prohibirlas como agentes de Inglaterra como lo harán los Jacobinos bajo la Convención (decreto del año II), en conclusión de una encuesta de Barère en 1794.

Los Notables y el Parlamento bloquean las reformas

Entre el rey y la «Nación» se producen las primeras escaramuzas con la convocación de los «Notables». Curiosa idea, heredada de Fenelon, la de someter el plan de reformas de Calonne a 144 elegidos por el poder, en su mayoría privilegiados, que deben ser sus primeras víctimas: siete príncipes. 36 duques o mariscales, 33 parlamentarios y cuatro magistrados, 14 prelados, frente a 13 intendentes y 37 diputados de las ciudades y de los Estados provinciales. Como la convocación ha sido tardía, siendo el plan de Calonne del 20 de agosto de 1786 y la reunión del 22 de febrero de 1787, la oposición ha tenido tiempo de sobra para concertarse. Y por más desgracia, Vergennes falleció el 13 de febrero y Calonne, enfermo, tuvo que apresurarse en la preparación de los seis edictos que presentó a la Asamblea. Como no se atreven a rechazarlos en bloque, los notables exigen primero una rendición de cuentas y economías. Del rey, Calonne obtiene todavía la sustitución de Miromesnil (que bajo mano le combatía) por Lamoignon, más enérgico. Pero el escándalo de la intervención del Tesoro en la Bolsa (cf. *supra*), las críticas de Mirabeau y Necker, bastan para inclinar la vacilante voluntad de Luis XVI. Despedido el 8 de abril y amenazado con procedimiento por el Parlamento (10 de agosto), no tardará en pasar a Inglaterra, mientras el rey destierra a Necker, el 11 de abril.

El 1 de mayo, Loménie de Brienne, arzobispo de Tolosa, prelado muy flexible, toma el Control de Hacienda e intenta obtener la adopción del programa de Calonne, suavizándolo. Sin resultado, antes de separarse el 15 de mayo los notables lo rechazan. Pero, aprovechándose de la ocasión, La Fayette (cuya designación había sido mantenida gracias a la intervención de Castries y de

Breteuil) pide al Comité presidido por el conde de Artois la convocación de los Estados generales previamente a toda reforma y a todo subsidio.

Todos los Parlamentos repiten la misma consigna, cuando Brienne presenta, no en bloque como lo deseaba Lamoignon, sino uno por uno, empezando con los más anodinos, los edictos de reforma. Los primeros se adoptan los días 5 y 6 de junio: institución de un Consejo de las Finanzas, libertad del comercio de granos, creación de una caricatura de asambleas locales, conversión de la «corvée» (prestación de servicio personal) (27 de junio). Pero, a propósito del impuesto del «timbre» (sello), el 3 de julio, el Parlamento se rebela y exige también la convocación de los Estados generales (16 de julio), los únicos calificados para votar un impuesto perpetual. Y repite su rechazo, con más fuerza, el 24 de julio, con respecto a la «subvención territorial». Se inclina en «lit de justice» (sesión real) el 6 de agosto pero para confirmar su posición el 13. Se le destierra a Troyes, lo que provoca algunos alborotos y una primera campaña de panfletos.

Ahora bien, Brienne, temiendo un conflicto con Holanda, retrocede, retira los dos edictos (sello y subvención territorial), sustituyéndolos por dos «vigésimos» para 1791 y 1792. Aunque se asientan sobre *todos* los bienes, el Parlamento, para no chocar con la opinión, los registra sin fruncir las cejas (19 de septiembre). Siguen algunas medidas dirigidas a satisfacer los descontentos: reducción de las pensiones, de 20,9 a 15 millones; economía, 25 millones sobre el personal de la Guerra, los edificios, etc. Demasiado tarde; el mal ya está hecho. Luego un gordo empréstito (siguiendo una emisión de seis millones de rentas vitalicias al 8 o al 10 % para 67 millones de capital): 420 millones distribuidos sobre varios años (120 en 1788; 90 en 1789; 80 en 1790; 70 en 1791; 60 en 1792 —fecha primitivamente fijada para la convocación de los Estados).

Pero he aquí que el Parlamento, después de prometer aceptar el empréstito, da media vuelta el 19 de noviembre y se inclina sólo en «lit de justice». Esta vez, el rey manifiesta un último sobresalto de voluntad: destierra a Villers Cotterets al duque de Orléans que le hizo frente y manda detener a dos consejeros. Los Parlamentos de provincias y la asamblea de Auvernia, alentados por La Fayette, se desencadenan. El 29 de abril de 1788, el Parlamento decide que las declaraciones de impuestos se deben aceptar tales como vienen y que un aumento progresivo sería «un atentado contra la propiedad». El 3 de mayo, proclama el principio que «la votación de los subsidios pertenece sólo a los Estados generales». Mientras el gobierno cierra las sociedades de pensamiento y detiene a los consejeros d'Epremesnil y Montsabert, el canciller Lamoignon introduce de nuevo la reforma de la Justicia de Maupeou, creando una Corte plenaria de Justicia, 47 «grands-bailliages» (altos tribunales), «présidiaux» de primera instancia, y «prévôtés» militares, suprimiendo las justicias señoriales y reformando los procedimientos criminales.

Necker, inerte ante los alborotos

Demasiado tarde, también. Por todas partes, los alborotadores prueban sus fuerzas, en Tolosa, Pau, Dijon. En Rennes, el conde de Thiard impide que

el intendente Bertrand de Molleville, cierre las sociedades de propaganda. En Grenoble (después de la intervención de Clermont-Tonnerre el 7 de junio —jornada de las «tejas»—, para impedir la represión de los desórdenes provocados por Barnave), el abogado Mounier y su amigo inglés Byng organizan en Vizille (en casa de los Périer) el 21 de julio la reunión ilegal de un simulacro de Estados provinciales. Entre tanto, la Asamblea del Clero, reunida en mayo, se solidariza con los Parlamentos (¿no es Talleyrand su agente financiero?), niega los ocho millones pedidos por el gobierno para no acordar más que 1,8 (el 15 de junio), exigiendo por otra parte que le sea confirmada la inmunidad de los bienes eclesiásticos (lo será por decreto del 5 de julio). Así, en el momento de decidir (por decreto del 8 de agosto de 1788) la convocación de los Estados generales para el 1 de mayo de 1789, la máquina administrativa queda bloqueada y la bancarrota delante de la puerta. El 16, el gobierno decreta una moratoria de un año para los pagos del Tesoro y proclama el 18 la circulación forzada de los billetes de la Caja de Descuento. La recaudación de los impuestos ya se hace más difícil. Lo que tiene como consecuencia la destitución de Brienne el 24 de agosto y la nueva entrada en escena de Necker, el 26.

Con el gobierno completamente inerte, se deja llevar por la corriente. El 14 de septiembre se va Lamoignon; el 25 regresan los Parlamentos. Siendo el Tesoro vacío, el Estado vive de préstamos a la semana (15 millones el 4 de septiembre, y 15 el 16 de octubre de la Caja de Descuento, más 25 de sus accionistas, en enero de 1789; siete millones de los notarios; 3,6 de la Lotería), antes de decretar el 29 de diciembre la circulación forzada de los billetes de la Caja de Descuento durante seis meses. De un solo asunto se ocupa Necker, el abastecimiento de trigo, y su actividad enrededora agrava el desorden. Desde 1785, la situación económica se ha deteriorado: dos malas cosechas, en 1787 y 1788, consecuencia de inundaciones y granizadas, la baja del precio del vino, la sequía y las enfermedades sufridas por el ganado, demasiadas amplias concesiones al comercio con los Estados Unidos (tratado de 1778, reglamentos de los días 30 de agosto de 1784 y 7 de diciembre de 1787) y con Inglaterra (1786), la libertad de exportación de los granos imprudentemente declarada en 1787, comprometieron la prosperidad económica y provocaron nuevas amenazas de penuria. En este asunto, las intervenciones de Necker parecen muy turbias. Hasta el punto de escribir el viajero Arthur Young: «Unos bienenterados me dijeron... que no existiría penuria, si el Sr. Necker no hubiera intervenido en el comercio de los granos». Por otra parte se le acusa de haber organizado la gira de los barcos de trigo a través del reino, con la connivencia del duque de Orléans y de otros acaparadores. En esto gasta 70 millones antes de firmar una serie de contratos de abastecimiento con sus acólitos extranjeros: los Hogguer de Amsterdam (4 de octubre de 1789), James Bourdieu y Samuel Chollet de Londres (el 9 de octubre), casa de Hamburgo y de Dantzig, reservando la mejor parte a su propia casa Thellusson de Londres (10.000 quintales de arroz, el 22 de octubre). Restableciendo así el servicio (romano) de la «anona» para el abastecimiento de la capital, creando un precedente que impondrá una carga muy pesada sobre las finanzas destrozadas de la revolución.

Al contrario, en el terreno político, su acción es completamente nula. Se contenta con la expedición de los asuntos corrientes, descuidándose «soberbia-

mente» de preparar las elecciones, de elaborar un programa para los Estados generales, como de estudiar un proyecto de restablecimiento financiero. A qué serviría, pues una vez convocados los Estados, su papel terminará allí, y la Masonería se encargará del resto. Con una aberración total, llama otra vez a los notables el 6 de noviembre, para despedirles el 12 de diciembre, absolutamente para nada. Sino para que los parlamentarios, al reclamar que sean respetadas las formas de 1614, barran su popularidad con este gesto anacrónico. El propone al Consejo duplicar la representación del Tercer Estado (27 de diciembre de 1788), adelantar la convocación al 1 de mayo de 1789 (el 24 de enero) y fijar las modalidades de las elecciones (el 29). Dentro del Clero, todos los párrocos serán electores. Los representantes del Tercer Estado serán elegidos en forma indirecta por los electores contribuyentes de edad superior a veinticinco años.

La Francmasonería orquesta la campaña en favor de los Estados generales

Dirigida por la Masonería, la campaña se desarrolla con la mayor disciplina. Propaganda a través de la prensa y de los libelos. Giras de escritores a través de las provincias: Mirabeau en Provenza, Volney, agente del duque de Orléans, en Anjou y en Bretaña, Barnave en el Delfinado, etc. Cada cabeza de «generalidad» posee unas hojas periódicas, de formato más o menos modesto. Libelos y folletos llueven sobre el público. Un coleccionador reúne 2.500... y tiene que renunciar: el «Catecismo del Derecho natural», los «Estados generales» de Target, el «Memorándum sobre los Estados generales» del conde de Antraigues, «El Pro y el Contra» «El Tribuno del Pueblo», «Los Graccos» de Mauguit, el «Informe para el pueblo francés» de Cerutti (de las «Nueve Hermanas»), los «Sentimientos de un republicano» de Condorcet y la célebre serie del abad Sieyes: «El Tercer Estado» («Ensayos sobre los privilegios», «Opiniones sobre los Medios... de los representantes», «¿Qué es el Tercer Estado?»). Algunos de estos libelos alcanzan una difusión de 100.000 copias.

Modelos-tipos para la redacción de los Cuadernos de peticiones, estudiados por Du Port y Target, transmitidos con las «Instrucciones del duque de Orléans» a sus procuradores en las asambleas de «bailliages» por Sieyes (febrero de 1789): las «Ideas sobre el mandato de los diputados a los Estados generales», por Servan, etc. En consecuencia, «en la mayoría de los casos, los cuadernos —lo mismo en las aldeas más ínfimas— presentan el mismo aspecto preciso, jurídico, dogmático en sus reivindicaciones generales. No difieren sino en sus peticiones locales» (Gaston Martin, pág. 158-59).

Designación de los elegidos y de los miembros de las oficinas de correspondencia. Como las logias designaron a sus candidatos y no existe oposición, no hay lucha electoral propiamente dicha. Con excepción de Mirabeau y de Sieyes, rechazados por su propia Orden, el Tercer Orden escoge sus representantes entre los suyos, togados en su mayoría (la mitad). Las oficinas de correspondencia recogen a los notables locales, que no pueden ausentarse de su provincia, abandonando sus negocios, pero vigilan, a través de su oficina de París, constantemente a sus representantes.

En estas condiciones no debe sorprender el hecho de que las dos terceras partes de los diputados del Tercer Estado pertenecen a la Masonería (cerca de 477). Entre el bajo Clero, que eligió a la mitad de los miembros de su Orden, son muchos también los masones. La Orden del Oratorio, que proporcionara a la Revolución un Fouché, un Servan (futuro obispo constitucional) y tantos de sus discípulos (como un La Réveillère-Lépeaux), se dejó penetrar hondamente por las logias. Algunos obispos, como Talleyrand, son altos iniciados. Entre la Nobleza, la mayor parte de los 90 diputados «liberales», agrupados alrededor de La Fayette y de La Rochefoucauld, que, obedeciendo a la instigación de Mme. de Staël, se reunieron con el Tercer Orden el 23 de junio de 1789, pertenecían a las logias de las «Nueve Hermanas» o del «Coq Héron».

Para financiar esta campaña, la Francmasonería dispuso de importantes fondos. Procediendo del duque de Orléans, primer interesado en el asunto, y de los banqueros, sean los del clan de Londres y Ginebra de Necker, sea al sindicato suizo de Mirabeau (Panchaud, Clavière, Delessert, etc.), sea al grupo judeo-hugonote de Estrasburgo (Kornemann, Cerfbeer). Desde la guerra de América, la Masonería no cesó de pedir fondos, en forma de cotizaciones extraordinarias, de suscripciones, de donaciones patrióticas, de fiestas de beneficencia, que se van multiplicando y brindan cantidades importantes en 1789-90.

En tales condiciones, la Francmasonería domina totalmente los Estados generales y la Asamblea Constituyente. Cuando en la sesión de apertura de los Estados, el 5 de mayo de 1789, se presenta Luis XVI, Mirabeau le acoge con la sencilla reflexión: «¡Aquí está la víctima!» El informe de Necker, de tres horas de duración, decepciona a todos. Confiesa el déficit, sin proponer ningún remedio, queda pasivo en el conflicto de la verificación de los poderes, voluntariamente ausente en la sesión real del 23 de junio, cuando, a instigación del «Club Bretón», Mounier reagrupa a los diputados en el Juego de Pelota, que La Fayette, La Rochefoucauld y sus amigos desenvainan la espada para impedir la evacuación de la sala por las guardias del Cuerpo, después de la salida del rey, que, gracias al apoyo de la mayoría de los representantes del Clero (respondiendo a la llamada de Sieyes) el 24 de junio, y de 47 miembros de la Nobleza, el 25, el Tercer Orden triunfa y proclama, el 9 de julio, la Asamblea nacional constituyente.

La Asamblea prepara la revuelta del 14 de julio

Entre las fuerzas del orden y la revuelta que amenaza, se entabla en París la primera prueba de fuerza. Dándose cuenta de la inferioridad de los efectivos disponibles en la capital (1.200 hombres de la patrulla urbana, 200 gendarmes, 400 guardias del cuerpo en Vincennes y dos regimientos, uno de guardias suizos y otro de guardias franceses, ya adherido o comprado por los revoltosos), el rey llama a Versalles seis regimientos el 26 de junio y empieza a concentrar alrededor de París, en el Campo de Marzo, en Sèvres, Saint-Cloud, Saint-Denis, diez regimientos extranjeros (1 de julio), cuya retirada exige Mirabeau en la Asamblea el 8. Mientras tanto, el Palais-Royal se agita y se agrupan las tropas de la insurrección. Los días 25 y 29 de junio, cuatro-

cientos «electores» reunidos en el «Museo de París» (este núcleo de una Universidad laica, organizado por la logia de las «Nueve Hermanas»), y luego en el Hotel de Ville (Ayuntamiento) formulan el proyecto de crear una guardia cívica según el modelo de las milicias americanas. Savalette de Lange, el alto dignatario de las traslogias que ya conocemos bien, se presenta modestamente como cabo antes de proponer, más en serio, la candidatura de Lafayette como comandante en jefe de esta nueva guardia «nacional». Aquí debemos notar que se adornará el pomo de la espada de los oficiales de esta formación burguesa y popular, con el «epopte» o gorro frigio de los Iluminados.

En el Palais-Royal reina la mayor efervescencia: los clubs se agitan, el «Salón de las Artes», la «Asamblea militar», el «Club de los Colonos», el «Club de Valois», la «Sociedad Olímpica» (sede central de la Masonería). Se ensamblan pandillas de vagabundos. El 30 de junio, 4.000 de estos alborotadores liberan a diez guardias franceses encarcelados por insubordinación en la cárcel del Abbaye. Al anuncio de la destitución de Necker, el 11 de julio, cierra la Bolsa, los banqueros Clavière, Delessert, Prévoteau, Coindre, Boscary financian la agitación y alientan a sus dependientes y clientes —los rentistas que se creen amenazados— a reunirse al movimiento. El 12, respondiendo a la llamada de Camille Desmoulins, «el pueblo» desfila con escarapelas verdes (¿para honrar a Necker, o para recordar a los «niveladores» de las Revoluciones de Inglaterra?). Pero como son también los colores del conde de Artois, los cambia para enarbolar el azul y rojo, colores del duque de Orléans y de la ciudad de París. Mientras tanto, los agentes de ejecución saquean sistemáticamente las armerías y el 13 de julio sacan de los Inválidos 28.000 fusiles y algunos cañones. Ignorando las órdenes del mariscal de Broglie, la tropa, al mando del viejo Besenval (ateo y masón, amigo de Necker, que, no obstante, reprimió con energía el motín de la fábrica Réveillon), se resiste a intervenir. El día siguiente, 14 de julio, las guardias francesas, encuadradas por sus suboficiales, los Hulin, Elie, Lefebvre, Hoche, ayudadas por vagabundos y extranjeros (alemanes en su mayoría), atacan a la débil guarnición de la Bastilla, liberando a siete desdichadas víctimas del absolutismo, antes de desfilar en París llevando como trofeos de victoria la cabeza del gobernador de Launay y la del «prevost des marchands» (regidor) Flesselles.

Cediendo a la presión del duque de Liancourt, Luis XVI admite todo: aleja a las tropas (el 15), acepta la recluta de 12.000 «guardias nacionales» al mando de La Fayette, llama otra vez a Necker (el 16) y se marcha al Hotel de Ville (Ayuntamiento) para recibir de Bailly, alcalde insurreccional de París, la escarapela tricolor de una ilusoria reconciliación (el 17 de julio) mientras La Fayette caracolea sobre su caballo blanco, arengando a sus tropas: «Les llevo una escarapela que dará la vuelta al mundo...» Pero las concesiones del rey, tan fácilmente obtenidas, consternan al duque de Orléans, Sieyes y Laclos, a los que faltan pretextos para continuar la agitación.

El «gran temor» sirve a justificar una guardia nacional

El Comité de Propaganda de los «Amigos reunidos», animado por Adrien Du Port, estratega del «Comité de los Treinta», entonces se apresura a explotar sus éxitos parisienses, extendiendo a las provincias la institución de la

Guardia nacional. El pretexto será «¡el gran temor!». Contra los castillos se desencadena una verdadera «jacquerie» (sublevación de los aldeanos). Entonces, contra los bandoleros que queman, saquean y matan, la gente acomodada se deja alistar en la nueva milicia, creada por todas partes por unos «Comités permanentes». Ya se había probado el sistema en Bretaña en 1788, cuando, después de una marcha del agitador «Omnes Omnibus» sobre Rennes, el joven J. Victor Moreau (el futuro general) organizó y encuadró a los estudiantes bretones, que intervinieron en Saint-Malo y en Pontivy. Subvencionadas por las logias, los gabinetes de lectura, los Clubs, las Comunas, estas guardias nacionales se federan sistemáticamente, entre municipios y regiones (coincidiendo con las grandes logias provinciales) para culminar en la fiesta de la Federación en el Campo de Marzo (el 14 de julio de 1790) y permitir la concentración cerca de París, en el momento oportuno, de los efectivos necesarios para las «jornadas» decisivas (20 de junio, 10 de agosto de 1791). Los voluntarios de 1792, el ejército revolucionario saldrán de estas milicias cívicas, dentro de las cuales La Fayette amalgamará a las guardias francesas y constituirá compañías permanentes a sueldo, para aumentar su valor militar.

Pero la persistencia de la agitación rural asusta a los privilegiados. Parece necesario un «gesto» para apaciguar los espíritus. Entonces los jefes de la nobleza liberal, el vizconde de Noailles, cuñado de La Fayette, y el duque de Aiguillon, en la noche del 4 de agosto, proclaman el abandono de las exenciones fiscales, de los derechos feudales y de las «corvées», sobre el altar de la Patria. Gesto más espectacular que eficaz, preparado por La Fayette y Jefferson, embajador de los Estados Unidos. Pero luego, como parece que se trata no de renunciación gratuita, sino de rescate, se reanima la agitación. Ahora La Fayette proyecta llevarse al rey a París, para dominarle más fácilmente. Ofrece a Mr. de Montmorin, ministro de Asuntos Exteriores, defender al soberano «contra los atentados del duque de Orléans», si acepta colocarse bajo su salvaguardia. Los «monárquicos» Mounier, Malouet, Bergasse, proponen al contrario transferir la Asamblea en Soissons y fortalecer la autoridad real, dotándola del derecho absoluto de «veto». Entonces La Fayette intenta intimidar a Mounier: «Serán responsables de la sangre derramada», le escribe. Sin embargo, Necker se adhiere a esta fórmula transaccional: la Asamblea, después de rechazar el 10 de septiembre (por 849 votos contra 89) la creación de una segunda Cámara de estilo inglés, concede al rey (el 11, por 673 votos contra 325) el derecho de veto suspensivo durante dos legislaturas.

La Fayette, árbitro y «protector»

Este pasa de lo permisible. La Fayette, que paró los días 30-31 de agosto una tropa de 1.500 manifestante, que el ex-marqués de Saint-Huruge, un medio loco que salía del asilo, conducía ya hacia Versalles, tolera ahora que Choderlos de Laclos, agente del duque de Orléans, organice las «jornadas» de octubre. Con una deliberada hipocresía, cubierto con una orden de Bailly, sigue, con 15.000 guardias nacionales, la multitud de varios millares de «sans culottes» (calzones) y de verduleras de las Halles (mercado central), conducidos por Santerre. Maillard, Hulin, Fournier el americano, que, después de invadir el Hotel de Ville, revienta hacia Versalles (el 5 de octubre). Como.

mientras dormía tranquilamente en el hotel de Noailles, la mañana siguiente, los manifestantes se han infiltrado hasta las habitaciones reales, se interpone teatralmente en el balcón, pero lleva todo el mundo con él a París, incluida la Asamblea, que Mirabeau ha persuadido para que siguiera (12 de octubre).

Ahora actúa La Fayette como «protector» de la persona real, casi teniente general del reino, «maire du Palais» (mayor del Palacio), como dice la reina. Disponiendo a la vez de las fuerzas armadas y de la Masonería, se siente el amo, capaz de quitar a sus rivales de enmedio. Bajo la amenaza de ser detenido, el médico clandestino, Mara regresa a Londres (desde donde había venido) con su «Amigo del Pueblo». Después de muchas excusas, vacilaciones y titubeos (como su antepasado Gaston), Felipe de Orléans («cobarde como un lacayo, un J.-f.», dice de él Mirabeau), acepta también finalmente de retirarse sobre el Támesis (14 de octubre) con Choderlos de Laclos y Biron, sus «ángeles negros». Se quedará allí hasta el 11 de julio de 1790. Se ejecuta al marqués de Favras, por haber conspirado con el conde de Provenza, quizá con el acuerdo de Mirabeau. A pesar de esta enérgica depuración, no reina la concordia entre los vencedores, que se enjuician de tal manera que parece haber tocado la hora de la verdad entre los «Amigos reunidos». Mirabeau podría acercarse a La Fayette (a pesar del desprecio que le vale «la imbecibilidad de su carácter»), pero no puede colaborar con Necker, este «despreciable charlatán» del sindicato de enfrente, y, aunque aprecie su talento, escribe de este otro alto dignatario masónico, Talleyrand, discípulo como él de Panchaud, a d'Antraigues: «Por dinero vendería su alma y tendría razón, porque cambiaría su basura por oro» (28 de abril de 1787).

Reivindicaciones financieras razonables

Sin embargo, en los recientes debates sobre las finanzas, el obispo de Autun, agente general del Clero, había dado prueba de tanta competencia, que —en el caso de ser honesto— hubiera sido un excelente ministro de Hacienda. Puesto que la crisis financiera, causa y pretexto de todo, quedaba tan apremiante como antes. Según las cifras de 1788, el balance de la monarquía moribunda se establecía así: 474 millones de ingresos brutos (153 de los arrendamientos, 157 de las recaudaciones, 52 de las «ayudas», 50 de los dominios, 24,5 de los países de «Estados», etc.) frente a 633 de gastos (ordinarios, 240; extraordinarios, 286,8; 29,19 de atrasados; 76,5 de reembolso). Un déficit de 161 millones. Los intereses de la Deuda comiendo entre 254 y 300 millones (en vez de 51,5 al principio del reinado de Luis XV), o sea más de la mitad de las expensas: gracias a Necker y a sus acólitos. Si se compara con Inglaterra, se nota que la Deuda, aumentada de 36 millones de libras en 1714 a 238,2 en 1785, absorbe las 3/5 partes del presupuesto, o sea 7,8 millones de libras, pero no existe confusión entre el ordinario y el extraordinario y, como la amortización continúa normalmente, el crédito se mantiene intacto. En conclusión, y en condiciones normales, hubiera podido restablecerse la situación en Francia con una buena reforma del impuesto y cinco años de paz interior y exterior.

Se debe reconocer que, en este terreno, las reivindicaciones de los cuadernos estaban, en su conjunto, bastante justificadas y prudentes. La represen-

tación nacional adopta el impuesto y fija su reparto, su utilización y su control. Decide también de los empréstitos. Se publican anualmente ingresos y gastos. Se pide la responsabilidad, hasta penal, de los ministros. Se manifiesta una hostilidad hacia los impuestos indirectos (a excepción de las aduanas exteriores y del tabaco) y una preferencia para el impuesto territorial (sobre el cual los «notables» han provocado la caída de Calonne) pagado, sea en natura, sea más bien en dinero y completado por una capitación personal sobre la renta o los alquileres y por tasas suntuarias. Pero, en lo que toca al reparto, se reproduce el error demagógico de los parlamentarios, con la pretensión de encargar las asambleas locales (a exclusión de todo sistema administrativo) con la tarea de establecer las nóminas. Se pide también la supresión de los privilegios y la reducción de las pensiones y expensas de la Casa del rey. Y se considera la posibilidad de amortizar la Deuda, una vez verificada, con la venta de unos dominios del rey y la utilización de los de la Iglesia, especialmente los bienes de los monasterios, como prenda de un empréstito, mediante la condición de que el Estado se encargara de los gastos del culto, de la enseñanza, de los hospitales y de la beneficencia.

En la práctica, el primer gesto de la Constituyente había sido para tranquilizar a banqueros y rentistas. Mientras Mirabeau flagelaba con su potente voz la «infame palabra de bancarrota», el 17 de junio de 1789 el Tercer Estado declaraba «los acreedores del Estado colocados bajo la protección del honor y de la lealtad de la Nación». La Deuda del antiguo Régimen debía ser reconocida. Agradecidos por esta actitud, «los 60.000 capitalistas y la hormiguera de los agitadores» que, según Rivarol, «decidieron de la revolución»... y «querían que el señor Necker gobierne para pagarles», participaron con entusiasmo a las jornadas que precedieron y siguieron al 14 de julio. Necker practicó unas economías muy modestas, sobre la Casa del rey (cuyas expensas fueron reducidas de 33 ó 34 millones a 32), y más efectivas sobre las pensiones, suspendidas entre el 4 de enero y el 1 de julio de 1789, y luego disminuidas en la mitad. Necker comunicó a una comisión su «Libro rojo», el 3 de agosto, que pretende reducirlas de 30 ó 31 millones a 15 o a 12, pero la mayoría de los 30.000 expedientes quedan por examinar.

En lo que toca a impuestos directos, a propuesta de La Rochefoucauld (18 de agosto) la Constituyente sustituyó a los 200 millones de la «talla» (75,5+103), la capitación (tasa personal) (28,2+16,7), los vigésimos (57,5+1,2) y el diezmo del Clero (10), 300 millones producidos por la contribución territorial y los «sols» adicionales, y 78 de la contribución mobiliaria. La territorial, pagable en especies, repartida por los municipios —lo que provocará un retraso de dos años en la preparación de las nóminas— (instrucción del 23 de noviembre de 1790 y decreto del 17 de marzo de 1791) resulta ser una carga muy pesada. La mobiliaria (instituida por la ley del 13 de enero de 1791), calculada sobre los alquileres y los signos exteriores de riqueza (domésticos, caballos, etc.), con la repartición entre los 83 departamentos (27 de mayo de 1791) y los 544 distritos, de una administración muy pesada, tardan mucho tiempo en entrar en vigor.

En compensación, se alivian en más de la mitad los impuestos indirectos: retrocediendo de 287,2 millones (arrendamientos, 174; «régie», 59,6; aduanas, 46,3; otros, 7) a 133 (registro, hipotecas, 58; timbre, 23; aduanas, 29; paten-



Los judíos en España triunfantes ←

convertidos y vigilados →





con MAIMONIDES bajo PEDRO el Cruel por S. Vicente FERRER y TORQUEMADA

expulsados por los Reyes Católicos



cuando COLON les abre América y MEHMET II, Turquía ↓





Trasvase de barcos Cañones gigantes

El asedio de BIZANCIO por los turcos









CARLOS V FRANCISCO I, enlazado por los NASSI con SOLIMAN II


HILDEBRAND
San BERNARDO
FEDERICO II (Hohenstzoten)
Rogelio BACON
GREGORIO VII
FELIPE el Hermoso
El TEMPLO en PARIS
BONIFACIO VIII
J. Valentín ANDREAS
PARACELSO
Jan HUSS
MELANCHTON
Ulrich von HUTTEN
LUTERO
Franz von SICKINGEN
CALVINO
Guillermo FAREL



COLIGNY — Margarita de NAVARRA — Catalina de MEDICIS — Eleonora GALIGAI — ENRIQUE IV

SULLY — R. P. JOSE — Card. RICHELIEU — Tomás CAMPANELLA — Card. de RETZ

CONDÉ — LUIS XIV — Samuel BERNARD — MARLBOROUGH — Abad DUBOIS

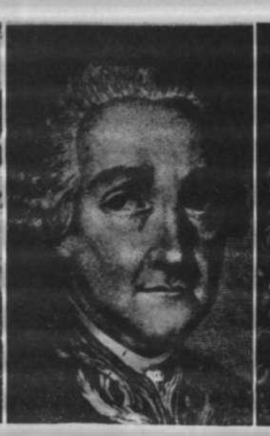
El REGENTE — La calle Quincampoix — John LAW

Elías ASHMOLE — Antonio SAYER — Carlos v. HUND — Barón v. KNIGGE — D. de BRUNSNICK

Iniciación de FEDERICO II de Prusia — David FRIEDLANDER — Moses MENDELLSOH



Suss OPPENHEIMER



Conde de ARANDA



Marques de POMBAL



Conde de CHOISEUL



Aarón LOPEZ



Benjamín FRANKLIN



LA FAYETTE



WASHINGTON entre Robert MORRIS y Haym SALOMON



RAMSAY — Felipe de ORLEANS — Pierre BAYLE — GRIMM

DIDEROT — d'HOLBACH — CAGLIOSTRO — SAINT-GERMAIN

NECKER — Adrien DU PORT — José GORRES — CLAVIERE

Federico NICOLAI — MIRABEAU — LESSING — Abad GREGOIRE — SIEYES


José BONAPARTE
CAMBACERES
Joaquín MURAT
José FOUCHE
AMSCHEL-MAIER ROTHSCHILD
Guillermo de HESSE
Sir Francis BARING
OUVRARD
TALLEYRAND
DALBERG
METTERNICH
GENTZ
Barón von STEIN
HARDENBERG
Lord CASTLEREAGH
ALEJANDRO

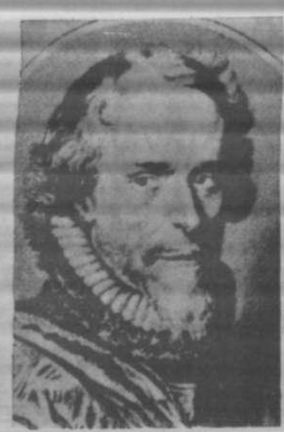


Bernardino de FELTRE

ANVERSO en 1557



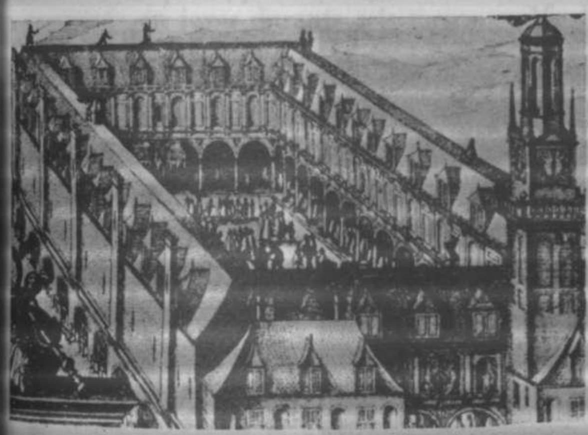
Cambiador judío



Mauricio de NASSAU



Card. de EGMONT



Bolsa de AMSTERDAM



Duque de ALBA



Antonio PEREZ



Guillermo II de NASSAU



Alejandro FARNESE



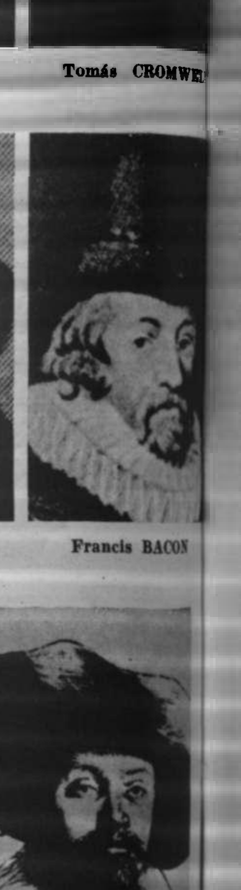
ROYAL EXCHANGE



ENRIQUE VIII — Ana BOLEIN — Tomás MORE — Card. WOLSEY — Tomás CROMWE[LL]







John KNOX — María ESTUARDO — ISABEL I — WALSINGHAM — Francis BACON









J. Amos COMENIUS — John PYM — Oliverio CROMWELL — Manasseh ben ISRAEL













CARLOS II — GUILLERMO III de Orange — John LOCKE — BOLINGBROKE

tes, 23). Este régimen nuevo (creado por la ley del 2 de marzo de 1791) pesa sobre el comercio, después de la supresión de los maestrazgos y veedorías, pero frente a la resistencia de los interesados se deben crear inspectores. A estos varios productos se añaden el correo, la lotería, la pólvora, la moneda, etcétera. De manera que el total general de estos tres capítulos alcanza 523,9 millones para el antiguo régimen (199,9 + 287,2 + 36,8) y 559 para el nuevo (378 + 133 + 48).

Negativa al impuesto

Pero estos datos no son más que teóricos. En la práctica, el Estado, si no vive con rapiñas, no puede subsistir sin impuestos ni empréstitos. Ahora bien, como no hay que repetir la consigna de no pagar el impuesto, sobre todo en período de anarquía interior, el impuesto no se paga, en vez de 13 a 14 millones al mes, el ritmo cae a 18 y hasta 8 por trimestre en 1790. El producto de los dominios se hunde de 12 a 2,2 millones. Acogido en el Hotel de Ville el 30 de julio de 1789, al regresar de Bruselas y Basilea, donde estaba refugiado desde el 11 de julio, Necker no tiene más recursos. Dos tentativas para emitir empréstitos (30 millones al 5 % el 7 de agosto y 80 el 27) fracasan lamentablemente. Decretada el 5 de octubre, gracias al apoyo de Mirabeau, una contribución extraordinaria del cuarto de las rentas no produce más de 32 millones durante diecisiete meses, o sea nada más que un poco de polvo. ¿Qué esperar de las donaciones «patrióticas»? Un poco más de un millón en joyas durante seis meses, y 15, de la vajilla del rey y de los príncipes.

Confiscación de los bienes del Clero

Unica esperanza: los bienes de la Iglesia, que, según Dupont de Nemours, dejaban 47 millones netos de un producto bruto de 160. Con prudencia, Calonne había tolerado la difusión de algunos libelos para preparar los espíritus a tal recurso (y no le había perdonado la Asamblea del Clero de 1785). Aunque sea arzobispo, Brienne había empezado a actuar en este sentido, suprimiendo 1.500 monasterios. Acorralada, la Asamblea Constituyente no podía ignorar esta solución. Buzot, el 6 de agosto, lanzó la idea, pero le perteneció a un prelado, Talleyrand (clérigo en contra de su voluntad, nombrado obispo de Autun, el 2 de noviembre de 1788), proponer oficialmente el 10 de octubre que sean declarados estos bienes, «nacionales». Evaluando el capital que produciría la venta a unos 2.100 millones, proponía destinar 1.100 a la amortización de 60 millones de rentas perpetuales, 500 a la de 50 millones de rentas vitalicias, 500 al rescate de los oficios judiciales y 35 a una Caja de Amortización. Y calculaba en 100 millones las obligaciones anuales que caerían a cargo del Estado.

Efectivamente, el 2 de noviembre (por 568 votos contra 346) los bienes de la Iglesia son puestos «a la disposición de la Nación», a propuesta de Barnave y de Le Chapelier, superando la oposición de Sieyes y de Boisgelin. No sin las advertencias proféticas del abad Maury, contra la rapacidad de los capitalistas extranjeros, dispuestos a precipitarse sobre el botín así ofrecido, y contra los judíos, «llevando sus tesoros para cambiarlos contra adquisicio-

nes territoriales». Pues no se trata de un «bedide» (pequeño) negocio. Necker, por su parte, pensando en sus amigos, propone el 14 de noviembre confiar a la Caja de Descuento la misión de vender una primera tanda de 400 millones. Le apoyan Dupont de Nemours, Lavoisier, Le Coulteux de Canteleu. Pero Mirabeau, portavoz del sindicato de enfrente, se opone con la máxima energía, y a pesar de Talleyrand, campeón de la ortodoxia (al menos en materia de finanzas) que prevé el hundimiento de los asignados, Mirabeau impone sus ideas (el 17 de diciembre). El Estado, a través de una Caja del Extraordinario (creada los días 19 y 21 de diciembre), emitirá él mismo los asignados, que aparecen el 10 de agosto de 1790: 400 millones en billetes de 1.000 libras (primero al 5 % el 19 de diciembre de 1789, y luego al 3 % el 17 de abril de 1790).

Y Necker, cada día más hundido en préstamos semanales (20 millones el 11 de abril de 1790; otro tanto el 11 de mayo y el 1 de junio; 30 el 19 de junio; 45 el 4 de julio; 40 el 8 de agosto; 10 el 6 de septiembre, 20 el 11, 10 el 26), confesando una penuria de 58 millones en enero y febrero, disimulando mal detrás de un «excedente» de 99 millones un déficit real de 163 para el período del 1 de mayo de 1789 a 1790, atacado a causa de la cruel represión por Bouillé del motín del regimiento suizo de Châteauvieux en Nancy (31 de agosto de 1790: 500 muertos, 32 ahorcados, 41 condenados a galeras), por fin se deja convencer por La Fayette de la necesidad de marcharse (8 de septiembre de 1790) dejando el puesto a Clavière, el jefe de fila de Mirabeau.

Entretanto ha sido decidida la liquidación de todos los bienes de la Iglesia el 15 de abril, la de los dominios el 9 de mayo (a propuesta de Barrère) y la alienación de todos los bienes «nacionales», el 9 de julio (según un informe de La Rochefoucauld). Ponente del Comité de Hacienda, Montesquiou propone el 27 de agosto hacer soportar por el presupuesto anual la carga de 164 millones de la Deuda perpetual (1.321 millones en capital) y de la Deuda vitalicia (1.018 millones), los gastos del culto (120 millones) y las expensas públicas (240 millones), o sea 524 millones, y de cubrir la Deuda exigible a plazo (563 millones) o inmediatamente (1.339 millones) con la venta de estos bienes, entonces calculados entre 2 y 3 billones. Así fue emitida una nueva tanda de 800 millones de asignados, con circulación forzada (el 29 de septiembre, por 508 votos contra 423), a pesar de la oposición de Talleyrand, Dupont de Nemours, Malouet, las reticencias de Condorcet (que quería limitarla), la hostilidad de 27 ciudades (de las 33 consultadas) y la resistencia de las Cámaras de Comercio. Al contrario, siguiendo las consignas de las sociedades secretas, 36 de las 37 secciones de París se declararon favorables a los asignados.

Pero ya no se trata de reservar el producto de la venta para la amortización de la Deuda, pretexto de la operación. Primero, hay que vivir, seguir tirando, al día. Se absorben 600 millones en once meses (de octubre de 1790 a agosto de 1791). Como quedaban sólo 51,4 millones el 17 de junio de 1791, la Asamblea decidió otra emisión de 600 millones. El 30 de septiembre Camus comprueba que los primeros 1.200 millones han sido comidos, y que de los de junio sólo quedan 346 millones. Y la gente se queja de la falta de especies. Las piezas de plata acuñadas el 11 de enero de 1791 han desaparecido en las

medias de lana. El 6 de mayo de 1791, se decreta acuñar unas de cobre y emitir billetes pequeños, asignados de 5 libras, luego de 50, 25, 15 y 10 sols (por un valor de 300 millones, los días 16-25 de diciembre de 1791 y el 4 de abril de 1792). Las ciudades, cuyas cargas aumentan (equipo de las guardias nacionales, gastos de manifestaciones, compra de granos, ayudas a los artesanos parados, etc.), emiten billetes «de confianza». Con el despilfarro de los «bienes nacionales», se instala la inflación.

«Razzia» de las bandas negras cosmopolitas

Pero ¿no se debía sacrificar a la mejor tradición revolucionaria? Desde las revoluciones de Inglaterra, la venta en subasta de los bienes del Clero y de todos los opositores ha venido a ser una táctica clásica. Debilita al adversario y al mismo tiempo crea una clientela interesada al mantenimiento del nuevo orden político. Así nació la «gentry» inglesa. En Francia se constituye una clase de «nantis» (aprovechadores), puesto que la operación ofrece para los especuladores una oportunidad inesperada. Beneficiando de un plazo de diez a doce años, prácticamente (en vez de dos o tres como previsto), los compradores pagarán con asignados depreciados la casi totalidad de su deuda. Si los precios de subasta pasan en una tercera parte las evaluaciones, según Clavière, de 974 millones sólo 274 han sido pagados el 5 de noviembre de 1791, y según Condorcet, 370 de 1.528, el 12 de marzo de 1792. A falta de medios suficientes para la primera entrada, la mayor parte de los campesinos (a excepción del Oeste) no participaron, al principio, en la subasta, de manera que tendrán que comprar muy caro y a plazos las fincas ocupadas por especuladores y bandas negras, pagándoles la cuarta parte de su valor y a veces casi nada.

Confirmando los temores de Bergasse y del abad Maury, grandes vuelos de cuervos se precipitan, por compañías enteras, sobre el campo francés. Procediendo de Amsterdam, como Luis Greffulhe y su asociado Jacques-Marc Montz (sobrino de Girardot de Marigny y del fallecido Georg-Thobie Thellusson, los dos acólitos de Necker). Ligada con Boyd, Ker y Compañía, de Londres (instalada en París en 1785), esta casa financia al duque de Orléans y a su intendente La Touche, durante su estancia en Inglaterra (3.000 y luego 600.000 libras el 21 de enero de 1790; 426.000 en marzo-abril; 880.000 en diciembre, más un importante adelantado el 17 de diciembre de 1790; bajo garantía del dote —4,1 millones de libras— de Mlle. de Montpensier, reina viuda de España, en 1721, creencia cedida a los Orléans en 1742). Walter Boyd y J. Guillermo Ker concedieron al duque 1,8 millones de libras de créditos el 31 de diciembre de 1790 y otra vez 1,2 millones el 21 de febrero de 1791. Asociado al «nabab» Paul Benfield el 15 de marzo de 1793, Boyd era el banquero de William Pitt. Luis Greffulhe y Montz, que compraron la manufactura de Sèvres por medio millón en marzo de 1792, se dedicaron a toda clase de tráficos, transferencias clandestinas de fondos de los emigrados, compras de caballos en Holanda, suministros militares, participación en la manufactura de armas de Moulins, acaparamiento de azúcar y de café antes de la sublevación de Santo Domingo en enero de 1792, compra de bienes nacionales (el castillo del Tremblay por Girardot y Romainvilliers por Greffulhe a un apoderado del marqués de Ségur en marzo de 1792, etc.). El día si-

guiente de la declaración de guerra a Inglaterra (el 1 de febrero de 1793), Greffulhe huyó y desembarcó en Londres el 1 de marzo, dejando a Montz enfrentarse con la ley del 1 de agosto sobre los extranjeros y con el rigor jacobino contra los banqueros; encarcelado en La Force el 29 de octubre, salió de allí el 22 thermidor.

Más feliz, Perrégaux, beneficiándose de un trato de favor difícil de explicar, conservó a la vez la confianza de los ingleses y la de Cambon, Robespierre y Fouquier-Tinville; banquero del Comité de Salvación Pública, se encargó de las transferencias extranjeras del régimen. Oriundo en el principado de Neufchâtel (a la sombra del «imperio de las indianas» de Pourtales), formado por unas estancias en Mulhouse, Amsterdam y Londres, Perrégaux recibió procuración de Panchaud durante la guerra de América, y al final de 1786 se asoció con J. Albert Gunpelzheimer, corresponsal de Bethmann de Francfort y de Burdeos.

Otros suizos, exiliados aquéllos, procediendo de Bruselas, Senn, Bidermann y Compañía, se habían establecido en París en junio de 1789 (con un capital de 4,5 millones de libras). Asociados con Clavière, para reunir seis millones se dedicaron al tráfico de una amplia Compañía Internacional de las Indias, que les proporcionó 2,2 millones de beneficios en 1791 y más de un millón en 1792. Miembro del «comité de Ginebra» de Mirabeau, jacobino, girondino, encarcelado por el Terror, Jacques Bidermann fue implicado en todas las intrigas políticas de la Revolución, al mismo tiempo que participaba en la dirección de varios organismos económicos: administración del Abastecimiento de la Ciudad de París, dirección del Abastecimiento general, Directorio de Compras, y que actuaba como banquero del ministerio de Asuntos Exteriores. A pesar de tantas actividades fructuosas, cuando fue detenido por tercera vez, al principio de 1794, estaba en quiebra.

Al lado de estos banqueros cosmopolitas, rivales de Schweitzer (del cual ya hemos hablado) y de Pache (del que hablaremos), algunos «iluminados» de menos vuelo y del tipo plutócrata-demagogo, participaron también en el buen negocio de los bienes nacionales. Al llegar a Francia, Benjamin Constant, ingenuamente, se declara asombrado por los provechos que se pueden realizar en este país. En varias provincias se constituyen sociedades de aprovechadores, como en la Mosela y el bajo Rhin (donde administradores y sus dependientes participan en el tráfico), y en el Vaucluse (Aviñon), les Bouches-du-Rhône (Marsella), el Var. Si faltan precisiones respecto a Burdeos, Laon, Orléans y varias ciudades del Languedoc (muy antiguas zonas de implantación de las comunidades judías), se conoce el papel predominante de los judíos de Aviñon y de Alsacia en las operaciones de estas bandas negras. Así se aprovecharon de una emancipación, que no habían obtenido sin dificultad y que no les satisfacía plenamente.

Rivalidad entre «sefardim» y «ashkenazim»

De Francia los judíos habían sido expulsados, en número de 100.000 por Felipe el Hermoso en septiembre de 1306, y la mayoría de los beneficiarios de autorizaciones de estancia (limitadas a doce años en 1315 y a veinte

en 1360) habían abandonado el país en 1390. Pero, durante la segunda mitad del siglo XVIII, la suerte de los pocos que subsistían había mejorado mucho. Siguiendo el ejemplo de los «déspotas ilustrados», de Federico y de Jose II, Luis XVI había tratado de suavizar el régimen al cual estaban sometidos. Los 50.000 que entonces vivían en Francia formaban dos comunidades completamente distintas. Orgullosos de su origen y su cultura, los «sefardim» hispano-portugueses de la región de Burdeos, tolerados como «neo-cristianos» en su mayoría desde el reino de Enrique III, ricos banqueros, armadores, armeros, manteniendo relaciones con las colonias, entre los cuales se destacaban los Pinto (más tarde establecidos en Amsterdam) y la potente casa Gradis, beneficiándose de un trato de favor, despreciaban a sus correligionarios de Aviñon —todavía mantenidos en los «ghettos» del papa— y sobre todo a sus 31.000 correligionarios de Alsacia y de Lorena, «ashkenazim» de origen alemán, todavía mal pulidos y fieles a sus ritos tradicionales.

Entre estos hermanos enemigos, los celos eran tantos que los primeros mandaron a Jacob Pereire a París en 1760 para obtener de Luis XVI que sean expulsados en un plazo de tres días, como vagabundos, los segundos que se habían infiltrado en Burdeos; magnánimo el duque de Richelieu, gobernador, extendió este plazo a quince días (en noviembre de 1761). En 1762, contestando a unos ataques de Voltaire, encargaron a Isaac Pinto demostrar la superioridad de su propia comunidad. Lo que no impidió a unos comerciantes de Burdeos denunciarlos como falsos cristianos y protestar en 1767 contra su admisión a los diplomas (brevets).

Ramo apartado del tronco alemán, los «ashkenazim» tenían como «zona de residencia» Alsacia (con exclusión de Estrasburgo) y Lorena (Metz y Nancy). Como los judíos de la Europa central y oriental, si algunos actuaban como artesanos, la mayor parte de ellos vivía del comercio de las bebidas y de la usura, lo que les merecía la hostilidad de la población. Sin embargo, Luis XVI —siguiendo el ejemplo de Choiseul, que había tolerado su estancia en Estrasburgo durante el invierno de 1767— dió prueba de liberalismo en 1775 en favor de su jefe Herz Medelsheim, apodado Cerf-Beer, suministrador y, como lo hemos visto, banquero del duque de Orléans, otorgándole cartas de naturalización, con el derecho de residir y de comprar bienes raíces en cualquier lugar del territorio nacional.

El rey, que había intervenido ya en favor de los judíos en Alsacia, convocó en 1787, a iniciativa de Malesherbes, una Comisión para la reforma del judaísmo francés, en la cual Gradis, Furtado e Isaac Rodríguez, de Burdeos y Bayona, se enfrentaron con Cerf-Beer, de Estrasburgo, y Beer-Isaac Beer, de Nancy. Oposición que paralizó la Comisión. Mientras tanto Mirabeau, al salir de los salones de Berlín, publicaba (según el ejemplo de Dohm) su librito «Sobre Moïses Mendellsohn y la Reforma política de los judíos» (1787) y, por primera vez, el abad Grégoire llamaba sobre él la atención escribiendo su «Ensayo sobre la regeneración física, moral y política de los judíos», que coronó la Academia de las Ciencias y de las Artes de Metz, el 20 de enero de 1789.

Emancipación de los primeros y luego de los segundos

¿No bastaría la «Declaración de los derechos del Hombre», proclamada el 26 de agosto (sin mantener la fórmula «europea», propuesta por La Fayette), para conseguir su emancipación, cuando ya Gradis había estado a punto de ser elegido diputado de Burdeos en los Estados Generales? No fue el caso, porque, como los otros no eran considerados como naturalizados, la tolerancia religiosa proclamada por Castellane, Mirabeau, Rabaud Saint-Etienne, el 23 de agosto, no se aplicaba a ellos. Con la autorización de Necker, Cerf-Beer, síndico general, había convocado una comisión encargada de redactar las reivindicaciones de los judíos de Alsacia y Lorena. Pero como, en agosto, la población se levantó, atacó y saqueó sus casas, un millar de ellos se refugió en la región de Basilea, en Suiza, vecina.

Entonces el abad Grégoire se aprovechó de la oportunidad. Como 11 delegados de los judíos de París, conducidos por el holandés Jacob Goldschmidt y el portugués López Laguna llevaron una petición el 26 de agosto, y, unos días más tarde, los de Alsacia, antes del «Yom Kippour» (Gran Perdón), el 28 de septiembre, Grégoire y el conde de Clermont-Tonnerre (descendiente de Samuel Bernard, como sabemos), intervinieron otra vez. El 14 de octubre, Beer-Isaac Beer presentó solemnemente otra petición a la Asamblea, donde se entabló el debate el 21 de diciembre, a propósito de los derechos de los ciudadanos activos. Reubell, diputado por Alsacia, manifestó su hostilidad. El 23 de diciembre se enfrentaron los campeones de las dos tendencias.

Primero, Clermont-Tonnerre, en el estilo puro de José II: «A los judíos, como nación, todo se debe negar, pero a los judíos, como hombres, todo se debe consentir. Hace falta que sean ciudadanos. Se pretende que no lo quieren: que lo digan ellos y serán expulsados, porque no puede existir una nación dentro de la Nación... Pero, en su petición, desean ser considerados precisamente como ciudadanos»... Sin embargo, ¿renuncian, o no, presentarse como el pueblo «elegido» por encima de las otras naciones? Seguía el abad Maury con su objeción: «la palabra "judío" designa no una secta, sino una nación con sus propias leyes, que ha observado y seguirá observando siempre en el futuro... Los judíos han vivido diecisiete siglos sin mezclarse con las naciones vecinas. No han tenido otra preocupación que el comercio del dinero; en Alsacia poseen hipotecas por una cantidad de 12 millones sobre bienes raíces. En el plazo de un mes, podrían poseer la mitad de esta provincia»... Y concluye: «Que sean protegidos como hombres, pero no como franceses, puesto que no pueden ser ciudadanos». A lo que Robespierre contestó, por el Evangelio según Rousseau, pero no sin gracia: «los judíos serán buenos cuando se den cuenta que les resulta ventajoso». Esta vez, a pesar de Du Port y a propuesta de Broglie, el debate terminó con un empate: se aplazó la cuestión (24 de diciembre).

Para reanudarla y crear un precedente, se la dividió. Apoyado por Sèze, diputado por Burdeos, Talleyrand obtuvo de la Asamblea (por 373 votos contra 225), el 28 de enero de 1790, que «todos los judíos conocidos en Francia como portugueses, españoles y aviñonenses, gozaran de los derechos de ciudadanos activos». Así, fingiendo consagrar derechos ya obtenidos, la puerta de la ciudadanía se abrió a medias para los «sefardim». Entonces

los de París multiplicaron las gestiones para que se entreabriera también para ellos. Ya fuertes, «por estar en el mismo centro del movimiento revolucionario, y tomar en él una parte muy activa» (Doubnov, t. I, pág. 111) hasta con su dinero, encargaron a su abogado Godard la misión de redactar una nueva petición, firmada por Cerf-Beer, Beer-Isaac Beer y David Sinszheim, de reclamar en nombre de una delegación de 50 guardias nacionales la igualdad de derechos en la Comuna de París (28 de enero de 1790) y de trabajar en este sentido dentro de las 60 secciones de la capital (la de las Carmelitas, en la cual estaban numerosos, contestó la primera). Después de recibir el acuerdo de 53 secciones, el alcalde Bailly, los abades Bertolio y Mulot aprobaron la petición el 30 de enero y una delegación conducida por este último la presentó a la Asamblea el 25 de febrero. Aunque bien acogida por Talleyrand, que presidía, y por el conde de Liancourt, no consiguió más que otro aplazamiento, porque había cosas más importantes que debatir. Por otra parte, la Constituyente retrocedía ante las protestas de las asambleas de ciudadanos, tanto en Estrasburgo (8 de abril) como en Colmar contra la emancipación de los judíos. Temiendo unos pogroms les negó la posibilidad de beneficiarse de la ley autorizando a los extranjeros pedir su naturalización después de cinco años de estancia en Francia (20 de julio de 1790). Sólo se suprimieron las tasas especiales que pagaban y se les permitió edificar en París una sinagoga, invocando la libertad de cultos (7 de mayo de 1791).

Por última vez, el 18 de enero de 1791, el duque de Broglie denunció «toda esta intriga, urdida hace tiempo por cuatro o cinco potentes judíos del departamento del Bajo-Rhin. Uno de ellos (Cerfbeer), que ganó una inmensa fortuna a expensas del Estado, derrama cantidades considerables en esta capital para ganarse protectores y apoyos», y obtuvo otro aplazamiento. Hasta que, una vez adoptada la Constitución, Du Port exigió de la Asamblea, dos días antes de su marcha, «que sea promulgado un decreto proclamando que los judíos gozan en Francia de los derechos de los ciudadanos activos, con la única condición de prestar el juramento cívico, juramento implicando renunciación a todos los privilegios y leyes excepcionales, previamente reconocidos en su favor» (27 de septiembre de 1791); decisión que Luis XVI ratificó el 13 de noviembre.

Así emancipados, ¿eran o no satisfechos de la igualdad obtenida? Muy pronto se encontraron defraudados, puesto que el espíritu nivelador de la Revolución les molestaba en sus privilegios, en la gestión de sus comunidades, en la libertad de su culto, en la organización de sus escuelas. Y sobre todo porque, para recibir estos derechos, habían tenido que fingir aceptar la asimilación que se les imponía, ya que, como lo observa Doubnov (t. I, pág. 83), «no venía todavía al espíritu de nadie que un pueblo, aunque desprovisto de organización política y de territorio, tenía derecho a exigir la igualdad cívica, *aun conservando su carácter nacional y cultural específico*». Y a esto pretendían: beneficiarse de una doble nacionalidad, la de su país de residencia y además la de su nacionalidad propia, universal y superior. En su «Historia del Pueblo judío» (t. I, pág. 85) Doubnov no vacila en escribir que «debían luchar por sus derechos y su libertad... como miembros de la nación judía, en el sentido más amplio y universal de la palabra, y no como fragmentos de organismos nacionales extranjeros».

Domesticación del Clero

La igualdad de derechos, la libertad del culto, la Revolución, al mismo tiempo que las otorgaba primero a los protestantes (23 de agosto) y luego a los judíos, fiel a sus orígenes filosóficos y masónicos, intentaba negarla a los católicos.

La confiscación de los bienes eclesiales implicaba como corolario una reorganización de la Iglesia en Francia. Iniciada con la prohibición de los votos monásticos y la supresión de las Ordenes religiosas (13 de febrero de 1790), fue la Constitución civil de Clero, adoptada el 12 de julio de 1790. Bajo la autoridad de 10 arzobispos, se mantenían 83 obispos (uno para cada departamento), entronizados por sus metropolitanos, y párrocos escogidos por electores divididos en ocho clases (uno para cada 10.000 habitantes); siendo suprimidos los capítulos. Después de todo, los autores de este texto, Camus y sus amigos jansenistas, pretendían establecer una Iglesia galicana, nacional, enteramente sometida a la autoridad del Estado, que pagaba el sueldo de sus ministros. Pero como la Asamblea se había negado a reunir un concilio nacional (como lo pedía el arzobispo de Aix, Boisgelin) para discutir de la cuestión (29 de junio de 1790), ¿cómo pensar que Roma iba a aceptar similar iniciativa? El Papa Pío VI la rechazó, como era natural, el 10 de marzo de 1791.

Y la exigencia de un juramento, adoptada el 27 de noviembre de 1790, a iniciativa del protestante Barnave, enturbió más las conciencias, provocando la hostilidad de los fieles y una ola de desórdenes en el país. Sólo siete obispos prestaron juramento; también Grégoire y unos 60 diputados del Clero el 27 de diciembre; aunque dimitido como obispo de Autun, entre el 11 y el 17 de enero de 1791, Talleyrand consintió en consagrar a dos obispos «constitucionales» el 24 de febrero y a un tercero el 24 de marzo, lo que motivó su excomunión por el papa. En cuanto a los sacerdotes, a pesar del aumento del sueldo de los párrocos, de 700 a 1.200 libras, más de la mitad se negaron al «juramento». La lucha se entabló entre «juradores» y «refractarios». Odiados por sus «ovejas», los primeros tuvieron que pedir el apoyo de la guardia nacional y de los clubs para instalarse, mientras los otros se escondían. El obispo de La Luzerne pidió que los Registros del Estado civil no sean de la competencia del Clero constitucional. Una tentativa de Talleyrand y de Sieyes para que se autorice a los «refractarios» a celebrar su culto en locales privados, primero en París (11 de abril de 1791) y luego en todo el territorio (7 de mayo de 1791) fue rechazada. No hubo «edicto de tolerancia».

Un ensayo de paganización

He aquí ahora apareciendo, al lado de la Iglesia «constitucional», unas «fiestas cívicas», la de la Naturaleza, el 1 de mayo (¿será un recuerdo de los «Niveladores»?), recomendada por Sieyes, y conmemoraciones «nacionales» alentadas por el republicano Condorcet, el pastor de las Cevenas Rabaud Saint-Etienne, el judío Manuel, preludio al culto del Ser Supremo y de la Razón, cuyo pontífice será Robespierre. Pero el pueblo, fiel a su religión

tradicional, se rebela en el Sur y en el Oeste. El rey, frenado en su libertad, oprimido en su conciencia, estrechamente vigilado como un rehén, intenta escapar antes de verse completamente acorralado.

La Monarquía en apuros

Hasta entonces, por su incansable buena voluntad, su inquebrantablê paciencia, su total abnegación y la constancia de su valor tranquilo, Luis XVI ha frustrado todas las provocaciones, todas las trampas en las cuales debía caer. Pero, después del altar, ya ha tocado la hora de derrumbar el trono. Para salirse del apuro, la Corte busca apoyos exteriores y aliados. Ahora bien, los príncipes vacilan y no quieren comprometerse en este avispero. El rey de España teme todo de las reacciones de Inglaterra, tan satisfecha con haber neutralizado a su rival Francia, reducida a la impotencia (cuando la matanza de los mejores oficiales de la Marina —los vestidos de rojo— en la loca aventura de Quiberon, es el presagio de Trafalgar). El emperador no se apresura en contestar a la llamada de su cuñado y a las gestiones de Breteuil. Todo lo que decide es mantener unas tropas en los Países Bajos, donde acaba de restablecer su autoridad (22 de noviembre-2 de diciembre de 1790) para recoger a Luis XVI, en el caso de que éste consiguiera, a través de Compiègne o de Fontainebleau, llegar hasta la frontera. La declaración, conjunta con el rey de Prusia Federico-Guillermo, de Pillnitz (el 25 de agosto de 1791) no será más que una advertencia, condicionada y mesurada; los dos cómplices, asociados en la segunda partición de Polonia, prefieren no inmiscuirse en los asuntos de Francia.

Como apoyo militar, no le queda al rey más que uno: el ejército del marqués de Bouillé, que se señaló a la atención de Luis XVI por su severa represión del motín de Nancy. Aunque sea un pariente suyo, ha desconfiado de las propuestas de La Fayette, a través de su ayudante Desmottes, y dos veces, en febrero, por el intermediario de Mgr. de Agoult y del conde de La Marck, el rey le comunicó su proyecto de reunirse con su ejército, durante la primavera de 1791.

Y como aliados políticos, con excepción del último reducto de monárquicos conducidos por el abad Maury, que se reúnen en los Capuchinos y luego en el Salón francés, ¿cómo podría contar con los otros? Los liberales, «constitucionalistas», son divididos. En el Pantheon, y luego en la calle de Chartres, cerca del Palais-Royal, se encuentran los «monarchiens»: ya que Mounier se apartó, son Stanislas de Clermont-Tonnerre, Malouet, Cazales, Virieu, el abad de Montesquiou. Pero los dos más importantes grupos tienen su sede en los Jacobinos —donde el triunvirato Adrien Du Port, Alejandro de Lameth, Barnave, comparte con Robespierre y sus amigos de la más avanzada izquierda la influencia sobre el millar de adheridos que cuenta el Club al final del año 1790— y en la «Sociedad de 1789», fundada en el Palais-Royal el 12 de mayo de 1790. George Grand, el financiero de la guerra americana, fue el primer presidente de este Club «selecto» de 600 miembros, que reúne a los banqueros cosmopolitas, Clavière, Hubert, Boscary, Dufresne Saint Leon, Lavoisier, los nobles masones, los duques de La Rochefoucauld de Liancourt, los condes de Castellane y de Custine y los hombres

políticos más famosos: La Fayette, Talleyrand, Sieyes, Condorcet, Bailly, Dupont de Nemours, Le Chapelier, Roederer, etc.

Dentro de estos dos «Clubs» las camarillas se encuentran y compiten entre sí, se coaligan y se combaten, entre Lameth y La Fayette y los suyos, entre los «constitucionalistas» a la inglesa y los republicanos a la americana, los que quieren «fijar» la Revolución y los que intentan proseguirla. Entre ellos, varias veces interviene como árbitro el embajador de los Estados Unidos, Thomas Jefferson (amigo de los Iluminados) (1), que intenta acercar los puntos de vista sobre el veto de Du Port, Barnave, Alejandro de Lameth, por una parte y de La Fayette y sus amigos, por la otra (27 de agosto de 1789).

La Corte compra a Mirabeau

Entre estos políticos, venales algunos, la Corte busca apoyos. Mediante 6.000 libras al mes, 200.000 para pagar sus deudas y la promesa de un millón al terminar la Asamblea nacional, Mirabeau escucha las propuestas del conde de La Marck. Interviene con vigor en pro de las prerrogativas reales en materia de paz y de guerra (el 20 de mayo y los días siguientes), pero numerosas enmiendas no dejan finalmente al soberano que el derecho de «proposición», creando un «comité diplomático» encargado de vigilarle, y declarando la paz al mundo, se proclama que «la Nación francesa renuncia a emprender cualquier guerra con el fin de realizar conquistas». El 5 de diciembre, Mirabeau, convocado por M. de Montmorin, ministro de Asuntos Extranjeros, le sugiere un plan de maniobra con vista a desacreditar a los «triunviros», aconsejándoles medidas demasiado moderadas, mientras se estimulará a los «rabiosos» de la extrema izquierda, por una campaña de Duquesnoy en su «Amigo de los Patriotas». Esta política de lo peor fracasa. Desenmascarado en un panfleto difundido por los Lameth, «la gran traición del conde de Mirabeau», denunciado el 10 de agosto de 1790 por Mara (amenazado con arresto), el tribuno que escribió unos cuarenta informes para la Corte, perece el 2 de abril de 1791, entre cólicos nefríticos o abdominales, consecutivos a la absorción de fuertes dosis de arsénico (oportuno «ersatz» de la «aqua tofana» prometida por la Masonería a los hermanos que la traicionan). Entonces Talleyrand ofreció sus servicios y Mr. de Montmorin negoció un acuerdo entre Alejandro y Carlos de Lameth de los «triunviros» y la «Sociedad de 1789» (el 21 de abril de 1791).

De la política «de lo peor» no habían salido más que disgustos. Después de un altercado en los Jacobinos, entre Barnave y Brissot, a propósito de la emancipación de los negros (11 de mayo de 1791), los Lameth, asociados con grandes plantadores de Santo Domingo (como los La Rochefoucauld por otra parte), pierden mucha influencia en el Club en provecho de Robespierre, experto en fórmulas elocuentes del tipo: «¡Perezcan las colonias más bien que un principio!» o «¡Despidamos a los oficiales para democratizar el ejército!» (6 de junio de 1791). Pero el abogado de Arras consigue que la Asam-

(1) Este Thomas Jefferson es tan fanático admirador de los jacobinos que (cuando secretario de Estado en 1793) se declara dispuesto a sacrificar la mitad de la tierra («half the earth desolated») a su ideología, al contrario de su sucesor en París, el gobernador Morris, que condena muy duramente los excesos de la Revolución.

blea decrete el 7 de abril que sus miembros no podrán ser ministros durante los cuatro siguientes años, y el 16 de mayo, que no serán elegibles en la próxima Asamblea legislativa. Una nueva «troika» jacobina se perfila en el horizonte, Robespierre, Pétion, Buzot. Ya se necesita cambiar de rumbo y trabajar a una reconciliación general entre los moderados.

El rey, prisionero por el delito de fuga

Entonces se tuvo noticia de la fuga del rey (20 de junio de 1971). Había intentado ya, el 18 de abril, marcharse a Saint-Cloud para recibir la comunión en Pascuas, de manos de un sacerdote no «jurador». Pero unos amotinados, reagrupados en el Hotel de Ville por Danton y unos agentes del duque de Orléans, bloqueando las Tuileries, habían impedido su salida. La Guardia nacional a caballo despejó el palacio; La Fayette amenazó con dimitir de su mando pero, a petición de los 60 batallones de París, volvió sobre su decisión. Pero esta vez, sus maniobras parecen tan turbias como en el 6 de octubre de 1789. Enterado de la inminente marcha de Luis XVI, no intenta nada para oponerse. Sólo advierte al alcalde Bailly que «el rey y su familia están a punto de salir de París», cuando hace ya dos horas que su berlina ha cogido la carretera de Champaña. Como en Versalles, duerme del sueño más plácido. Informado desde el 10 de junio (probablemente por una sirvienta de la reina, la señora Rochereuil), le ha sobrado tiempo para tomar sus disposiciones, advertir a Drouet en Varennes y encargar al peluquero de la reina, que galopa por delante, la misión de mandar al primer destamento de escolta, al mando del hijo de Bouillé, que esperaba al rey, que regrese a su destino.

El día siguiente, 21 de junio, seguro de su victoria, de acuerdo con Bailly y Alejandro de Beauharnais, presidente de la Asamblea, manda que el rey sea detenido y llevado a París, mientras el conde de Provenza consigue marchar a Bélgica. Entre los «constitucionalistas» a la inglesa, partidarios del mantenimiento del rey, de la institución de dos Cámaras, de una ley electoral más censitaria, y los que exigen el derrocamiento de Luis XVI, la ruptura ya es definitiva. A pesar de la espectacular reconciliación y del cortejo que termina la sesión de los Jacobinos del 21 de junio, los moderados, enfrentados con los virulentos ataques de Camille Desmoulins, de Robespierre y de Danton (el 22 de junio), abandonan el Club y se reagrupan en los «Feuillants», donde La Fayette, Sieyes, Talleyrand, Le Chapelier se reúnen con el triunvirato Du Port, Alejandro de Lameth y Barnave. Apoyado por 290 diputados, que amenazan con dejar su escaño, este último obtiene de la Asamblea el mantenimiento del rey. El mes siguiente el nuevo «Club» contará 365 miembros (18 de julio).

Pero se prepara la segunda ola revolucionaria, que arrancará la Corona. ¿No ha declarado ya en febrero de 1791 el abad Fauchet, en el Club de los «Amigos de la Verdad» (fundado por el iluminado Bonneville en octubre de 1790): «¡los tiranos son maduros!»? Se suceden las jornadas, cada vez más frecuentes, más amenazadoras, más violentas. Los «Amigos de los Derechos del Hombre», creados durante el verano de 1790 por el ingeniero Dufourny, el médico Saintex y el impresor Momoro, se encargan de reclutar y encuadrar sus tropas. Los principales miembros de este club (que se reunían primero

en los «Cordeleros» y luego en el «Museo», calle Dauphine), Dansart, Mara, Tallien, Méhée, Lebon, Latouche, Sergent, Cardedieu, el abad Danjou, van creando sociedades populares durante todo el invierno de 1790-91. En mayo, aquéllas se federan bajo las órdenes de una Junta central, presidida por Robert. Intervienen en las huelgas, apoyan las campañas de Robespierre en favor del sufragio universal (abril de 1791) y protestan en contra de la ley Le Chapelier, adoptada después de la supresión de las corporaciones (17 de marzo), que, en nombre de la libertad y de los derechos del individuo, artificialmente aislado en la sociedad, quita a los obreros el derecho de asociación y de coalición, dejándoles sin defensa frente a la explotación de sus amos (14 de junio de 1791).

Cómo se subleva al pueblo

Así el instrumento está listo. Pero ¿quién financia y dirige los motines? «Mirabeau pretende con gracia, dice Marmontel en sus "Memorias", que con un millar de "luis" se puede hacer una bonita sedición», y que no le cuesta mucho al duque de Orléans levantar al suburbio Saint-Antoine. El 28 de febrero de 1791, unos alborotadores, como para hacerse la mano, intentan destruir el torreón de Vincennes. Luego se produce la jornada del 18 de abril, en la cual el «pueblo» de París se opone a la salida del rey para Saint-Cloud. Sobre esto tenemos un testimonio interesante, una carta, dirigida a Choderlos de Laclos, el «ángel negro» del duque de Orléans (publicada por Maurice de La Fuye, biógrafo de La Fayette, pág. 137). He aquí su texto: «Usted se lamenta, me dijeron, del fracaso de su última empresa. Lo creo, les ha costado mucho dinero, y en este momento se debe ahorrarlo. Tales son por lo menos las intenciones de Federico-Guillermo, mi amo. Tenía por descontado que el rey no despedazaría de un golpe a todos los sacerdotes de su capilla, y que así, encontraríamos otro pretexto para gritar contra él. Pero, nada de eso, los despide y quedamos engañados. No se puede coger a tal hombre: por cualquier lado que se le ataque, desarma a todos. ¡Quien hubiera calculado encontrar en el trono a un hombre que sacrifica todo su bienestar a la tranquilidad de su pueblo!... Nuestra situación ha sido muy brillante durante algunas horas, hasta que he creído que su amable amo —Felipe de Orléans— iba a sustituir a su primo; pero ahora nuestras esperanzas no son las mismas... Lo que me gusta es que en la misma tormenta hemos perdido a La Fayette, lo que no es poco. Nuestras 500.000 libras se han comido casi inútilmente, y esto lo lamento; no tendremos todos los días tales cantidades a nuestra disposición y el rey de Prusia se cansará de proporcionar el dinero» ... «Debemos armarnos de valor, esperar a ver lo que conseguirán nuestros emisarios en los departamentos; si consiguen sublevar y amotinar a la gente, entonces tenemos el juego fácil: pero si, al contrario, no obtienen nada, creo que tendremos que abandonar la partida». —P. S.— «Me dicen que la Guardia nacional no quiere aceptar que se marche su general. Este golpe me consterna... Convoque al consejo con toda prisa y téngame informado en seguida» (Arch. nat. F, II, 45).

Tan preciso testimonio no necesita comentario. ¿Quién lo escribió? Este activo agitador, ya mezclado en la revuelta de los Países Bajos en 1787, se llama Benjamin Veitel Ephraïm. Pertenece a una de las familias de banque-

ros judíos de Berlín, ya mencionada en compañía de los Itzig, Friedländer y Mendellsohn, y dice actuar por cuenta del rey de Prusia. Un informe del conde de Fersen confirma su actividad. También será implicado en el asunto del Champ de Mars (17 de julio de 1791) hasta el punto de ser detenido en la noche del 18 al 19. Explotando la huida del rey, se desarrolla una campaña para su destitución. Danton, denunciado por el embajador La Luzerne como agente a sueldo de Inglaterra (el 26 de noviembre de 1789), arremete en los Jacobinos contra «el individuo real». El mismo 22 de junio, los «Cordeleros» declaran la monarquía incompatible con la libertad. El 15 de julio, otra vez en los Jacobinos, Choderlos de Laclos lanza una petición contra el rey. En apoyo de su arenga, desfilan 4.000 ciudadanos procedentes del Palais-Royal. Mientras Danton y Réal consideran la posibilidad de llamar al duque de Chartres (futuro Luis-Felipe), La Rochefoucauld y el alcalde de Estrasburgo, Dietrich, forman otro grupo con Condorcet, Brissot y Dupont de Nemours, en favor de una República, cuyo presidente sería La Fayette. Pero la Asamblea se contenta con «suspender» al rey, y los «Cordeleros» entran en acción. Convocados por Hébert, Chaumette, Hanriot, Coffinhal, Momoro, se manifiestan en el Campo de Marzo. Cuando la Guardia nacional interviene para dispersarlos, se produce una reyerta y un tiroteo (con cincuenta muertos). Danton, primero se esconde con Mara, Camille Desmoulins, Brun, Santerre, Fauchet y los otros cabecillas, y luego huye a Inglaterra hasta el 10 de septiembre. Para los agentes del extranjero como para los movimientos populares suscitados por los Iluminados, es un fracaso.

Pero sólo se aplaza el juego. El ministerio «feuillant», el triunvirato Adrien Du Port, Alejandro de Lameth y Barnave, que mantiene al rey como rehén, no tiene fuerza. Al firmar la nueva Constitución, el 14 de septiembre, Luis XVI ha sido lo bastante hábil para otorgar una amnistía general. Las elecciones para la Asamblea legislativa, el 1 de octubre, dieron a los Feuillants 204 escaños y sólo 136 a los Jacobinos; entre los dos grupos se encuentran una masa amorfa de 345 del centro, o «pantano». Entre estos 745 representantes, desprovistos de toda experiencia política (puesto que se eliminaron ellos mismos los miembros de la Constituyente), 400 son abogados. En medio de este rebaño, mientras los de Lameth y los de La Fayette se pelean, también se enfrentan belicistas y pacifistas. Vencido por Pétion, que obtuvo dos veces más sufragios que él para alcalde de París (16 de noviembre de 1791), La Fayette, cuyo puesto de comandante de la Guardia nacional ha sido suprimido, se marcha para mandar un ejército.

Guerra girondina y confiscaciones

Brissot y Condorcet, acercados a los nuevos elegidos «girondinos», Vergniaud, Gensenné, Guadét, preparan abiertamente la guerra. En octubre tuvieron conciliábulos con Sieyes, en Auteuil, en casa de Duchâtelet, y otros en casa de Mme. de Staël con Clavière, Isnard, Talleyrand y Narbonne, ministro de la Guerra. Brissot y sus amigos consideran la guerra como necesaria, para permitir a la dictadura revolucionaria establecerse sobre las ruinas del antiguo régimen. «¡Hace falta la guerra!», proclama. Y más: «Necesitamos de grandes traiciones»... «Se pueden tomar en estado de guerra medidas que parecerían demasiado severas en tiempo de paz». En los Jacobinos, necesita

tres meses antes de vencer la oposición de Robespierre, que ya ve despuntándose en el horizonte el fantasma de Monk, del general victorioso, del «imperator», pero la mayoría sigue.

Entonces, durante el invierno de 1791-1792 se suceden las medidas de rigor y las provocaciones. En las provincias reina la anarquía, con una recrudescencia de los alborotos, motines para el trigo, revueltas de campesinos contra los castillos, movimientos monárquicos contra los «patriotas». Y la resistencia opuesta por los contribuyentes, negándose a pagar sus impuestos, que provoca la quiebra de las finanzas. Según Clavière, el 5 de octubre de 1792, los atrasados son de 4 millones en 1789, 16,5 en 1790, y en 1791 sólo han sido recogidos 114,5 millones de contribución territorial, de un total de 300, etc. Hace falta emitir otras tres tandas de asignados de 300 millones (los días 17 de diciembre de 1791, 30 de abril y 31 de julio de 1792). La Caja del Extraordinario, que no poseía más de tres millones cuando se declaró la guerra, está a cero el 20 de abril; el asignado ha perdido el 20 % de su valor en enero de 1792, 41 % en marzo; los precios suben en la misma proporción.

Como se buscan responsables, se acusa a los enemigos del interior. Clavière los designa: si la culpa la tienen unos funcionarios descuidados, la tienen más los aristócratas, los emigrados, los sacerdotes refractarios. Contra ellos se suceden los decretos: ultimátum al conde de Provenza para que vuelva antes de dos meses (31 de octubre de 1791); a los emigrados, de presentarse antes del 1 de enero de 1792 (9 de noviembre de 1791); medidas contra los sacerdotes refractarios, y supresión de las pensiones (29 de noviembre de 1791). Los Lameth aconsejan al rey rechazar estos dos últimos decretos. Pero la Asamblea decide, el 9 de febrero de 1792, el secuestro y, el 27 de julio, la confiscación de los bienes de los emigrados. Como el techo de emisión de los asignados (2.400 millones) ha alcanzado ya el 30 de abril el valor total de la primera tanda de los bienes nacionales (bienes domaniales, del Clero, etc.), hace falta confiscar más bienes para alimentar la Caja.

Si el rey, siguiendo los consejos de Lameth, pacifista, se atreve a reaccionar despidiendo al ministro de la Guerra, Narbonne (el 20 de febrero), Brissot replica el 10 de marzo, persiguiendo delante de la Alta Corte al ministro de Asuntos Exteriores, Delessart, y exigiendo al pobre soberano que forme un ministerio girondino, con Clavière en Hacienda, Dumoureiz en Asuntos Exteriores, Roland en el Interior... y que declare la guerra «al rey de Hungría y de Bohemia», el 20 de abril de 1792. Si intenta, el 19 de junio, oponer su «veto» al decreto del 27 de mayo (amenazando de destierro a los 70.000 sacerdotes refractarios) y al del 8 de junio (para la constitución, a iniciativa de Servan, ministro de la Guerra, de un campo de 20.000 «federados» para el 14 de julio en París), mientras acepta el del 19 de mayo (despidiendo su Guardia constitucional, 6.000 hombres, cuyo comandante, el duque de Cossé-Brissac, se encontraba amenazado de comparecer en la Alta Corte). Si se atreve a despedir del gobierno a Servan, Clavière y Roland, mientras se marcha Dumouriez para mandar un ejército en Bélgica (15 de junio), entonces se desencadena la escandalosa «jornada» del 20 de junio, con la invasión de las Tuileries por unos 10.000 revoltosos mandados por el cervecero Santerre, Alexandre, el carnicero Legendre, el piamontés Roturdo, Fournier, «el ame-

ricano», la mascarada del gorro frigio que se le toca en la cabeza. Pero no se deja imponer la voluntad de los «clubs».

Contra estos desmanes se produce una reacción en su favor, pero sin que tenga consecuencias. En vano, una petición reúne 20.000 firmas en París y 76 directorios proclaman su indignación en los departamentos. En vano, La Fayette, de regreso el 28 de junio, reclama la disolución de los Jacobinos: se suprime la revista de la Guardia nacional que debía tener lugar el día siguiente. La Revolución francesa no conocerá un Cromwell. Y en vano interviene la suspensión de Petion, alcalde de París, y de Manuel, síndico de la Comuna (desde el 2 de diciembre de 1791), el 6 de julio por haber permitido esta «jornada»; el 13 de julio se anula la medida. Dos días antes, Vergniaud ha proclamado: «¡la Patria en peligro!». El 14 se aclama a Petion. El último asalto contra la Corona, anunciado por este mismo Vergniaud, que ha propuesto la destitución del rey el 5 de julio, se prepara inexorablemente.

La revuelta «alemana» del 10 de agosto acaba con la realeza

Con sumo cuidado: con la disolución del Estado Mayor de la Guardia nacional (6 de julio), con el alejamiento de las tropas de la capital (15 de julio), con el reclutamiento de 5.000 voluntarios, federados de Marsella y de Bretaña, mantenidos después de la fiesta del 14 de julio (6 de agosto). Participan en el movimiento todos los jefes de la Revolución con riesgos personales mínimos, puesto que los papeles han sido cuidadosamente repartidos. Los girondinos Vergniaud, Guadet, Gensonné, Louvet, con Brissot en el Club de la Reunión; Sieyes y su Club de los 22; Robespierre, Pétion, Buzot, que se reúnen, sea en casa del carpintero Duplay (donde vive), sea en el albergue del Sol de Oro, en la Bastilla. Estos últimos algo decepcionados por la negativa de los de Marsella en aceptar una eventual dictadura, a pesar de la amistad que existe entre Barbaroux y Robespierre, serán representados por Panis y por Anthoine (alcalde destituido de Metz) en la Junta secreta de insurrección.

Desde el 27 de julio, Manuel ha encabezado las 48 secciones de París (sustituidas desde el 21 de mayo de 1791 a los 60 distritos) por una oficina central de correspondencia que transmitirá sus consignas. Danton, que ya fue cuatro veces presidente del distrito de los «Cordeleros», antes de actuar de segundo y luego de primer sustituto del procurador de la Comuna (16-30 de diciembre de 1791), agrupa en la sección del Teatro Francés que preside, asistido por Chaumette como vicepresidente y de Momoro como secretario. Fabre d'Eglantine, Camille Desmoulins, Manuel, Mara, Fréron, Sergent, Brun el criollo, Fournier «el americano». Así será fácil el enlace entre los jefes. Sin esperar un voto de la Asamblea sobre una propuesta en favor del sufragio universal presentada por Robespierre en los Jacobinos el 29 de julio. Danton ha tomado la iniciativa de abrir las puertas de su sección el día siguiente a los ciudadanos «pasivos». En la noche del 4 al 5 de agosto, Chaumette ha armado a los de Marsella. «duros» cuyos excesos cometidos en Arles y en Aviñon justifican la fama. El 9 de agosto, el cervecero Santerre y su sección de los «Quinze-Vingt» piden la destitución del rey en forma de ultimátum.

El Club de los Jacobinos alberga a la Junta secreta de los Federados. Lo preside entonces el barón judeo-prusiano Anacharsis Clootz, enlazado con el duque de Brunswick, Gran-Maestre de la Masonería alemana, autor del manifiesto provocador del 25 de julio. El barón y Sieyes han pensado en una candidatura posible del duque al trono de Francia. Condorcet en mayo, Carra el 25 de julio, han difundido la idea en la prensa, aunque Dumouriez mantiene lazos con el duque de Orléans, esperan obtener su apoyo, porque ha sido amigo de Mirabeau y comparte sus simpatías con Berlín. Así la camarilla «alemana» jugará un papel importante en la preparación de la «jornada», proporcionando al motín su general en jefe, el ex-secretario de audiencia de Haguenau, Westermann, y su estado mayor, Kienlin, de Estrasburgo, y Anthoine, ex-alcalde de Metz.

Durante la noche del 9 al 10 de agosto, se opera la concentración: mientras Chaumette y Carra mandan los federados de Marsella y Bretaña, Santerre subleva el suburbio Saint-Antoine, Alexandre y Chabot el de Saint-Marceau y las sociedades populares afiliadas a los «Cordeleros». Después del asesinato de Mandat, jefe de la Guardia nacional en la misma noche, se produce la invasión de las Tuileries por el populacho; el rey, refugiado con su familia en el Picadero, ordena el cese el fuego; se mata a los Suizos, se saquea y se incendia el palacio. Hubo 800 a 900 muertos entre los monárquicos y 376, entre muertos y heridos, entre los amotinados.

Entonces se precipita el desenlace: suspensión y luego detención del rey en el Templo (12 de agosto). Su condenación, pedida desde el 27 por los Jacobinos —el primero, Bentabole—, adoptada el 15 de enero de 1793 con una mayoría de sólo un voto, y su ejecución el 21, con gran despliegue de tropas.

La Fayette, acusado el 19 de agosto, franquea las líneas austríacas con su Estado Mayor. Alexandre de Lameth, Latour-Maubourg, y por su parte el alcalde de Estrasburgo, Dietrich, hacen lo mismo. Prusia, que internó primero en Wesel, luego en Magdeburgo (de enero de 1793 a enero de 1794) a este desdichado general, quita de en medio luego a este prisionero bastante molesto. En mayo de 1794, La Fayette, que soñó ser el Washington de Europa, ¡meditará en la cárcel de Olmütz sobre las ventajas de la Libertad!

* * *

Entonces, la Convención, elegida según el sufragio universal, así como se había decretado el 10 de agosto, convocada el 20 de septiembre, abolió al día siguiente la Monarquía y, oponiéndose a toda tendencia federalista, proclamó el 25 la República, «una e indivisible».

Así aplastado el primero de los «tiranos», el ejército revolucionario se empeña en derrocar a los otros.

CAPITULO XVIII

CON LA TEA Y LA ANTORCHA, EL TERROR JACOBINO INCENDIA A EUROPA

Una guerra ideológica de conquista

La guerra, declarada contra Leopold II, el 20 de abril de 1792, por la Asamblea legislativa (por unanimidad menos siete votos) —en flagrante contradicción con la proclamación de paz de la Asamblea Constituyente del 22 de mayo de 1790—, iba a extenderse a toda Europa y perdurar durante veintitrés años. Así se abría un ciclo de guerras entre los pueblos, de guerras infernales.

La preceden varios incidentes: ultimátum del 14 de diciembre de 1791 sobre las concentraciones de emigrados —que el Elector de Treveris se declara dispuesto a dispersar el 21 de diciembre—, seguido por nuevas exigencias, como la desautorización por Leopold II del acuerdo concluido por su ministro Kaunitz con Prusia en Pillnitz, el 25 de agosto de 1791... y por la réplica de Federico-Guillermo II, el 20 de febrero de 1792, que una intervención francesa será considerada como un «casus belli»; rechazo de las notas francesas por el nuevo emperador Francisco II, que acaba de suceder a su hermano, muerto el 1 de marzo en circunstancias sospechosas (probablemente envenenado por un cocinero italiano); y por fin, manifiesto amenazador del duque de Brunswick (25 de julio). Incidentes que no son más que «peripecias» y pretextos.

Las causas interiores del conflicto, que hemos mencionado ya, tampoco son las principales. Por su misma ideología, de carácter universal, la Revolución triunfante en Francia tenía que utilizar las fuerzas de esta gran nación —entonces la primera en Europa, con 26 millones de habitantes, de un total de 187 en 1789— para liberar a los otros pueblos «de la superstición y de la tiranía». Desencadenada en Francia, después del éxito de la guerra de la Independencia americana, y a pesar del fracaso de las dos tentativas de Suiza en 1782 y de Holanda en 1787, preparada por traslogias franco-alemanas, ha realizado sólo la primera fase de su programa, cuya ejecución debe extenderse al conjunto de Europa.

De este plan de Revolución universal, Adrien Du Port había expuesto las grandes líneas en un discurso del 21 de mayo de 1790, cuyo texto fue encontrado entre los papeles del cardenal de Bernis. «Nuestro ejemplo hace inevitable la ruina de los tronos», declaró en el Comité de Propaganda, a condición de no contentarnos con fortalecer la revolución en nuestra casa, como quisiera Mirabeau: «Si no ayudamos la revolución en sus reinos, la nuestra habrá fracasado ... Entonces debemos precipitar en los países vecinos la misma revolución que hacemos en Francia». Así admitido el principio de la guerra preventiva, Du Port declara tener miedo a una coalición que se podría formar entre el emperador, los reyes de España, de Cerdeña y de Nápoles, la aristocracia suiza y la misma Prusia. Como réplica preconiza dirigir un llamamiento a las Cortes, sublevar a Cataluña, oponer los piamonteses a los de Saboya, los «cantones» católicos de Lucerna, Friburgo y Vaud a los otros cantones de la Federación suiza, etc.

A pesar del testimonio del conde Antraigues, Feldman ha puesto en duda la autenticidad de este documento en 1955. Pero de todos modos, Du Port preparó la ejecución de su plan, organizando la red de clubs afiliados a los Jacobinos no sólo en las provincias (donde existían 152 el 16 de agosto de 1790), sino también en el extranjero (existían 227 el 7 de marzo de 1791). Era el papel del Comité de Correspondencia (creado el 1 de mayo de 1971, según el ejemplo de los Insurgentes americanos y de los «Amigos Reunidos»), al lado del Comité secreto, del de Finanzas, del de Administración y de presentación que dirigían la Sociedad, mantener los lazos con todas estas filiales. Y los emisarios de los *Jacobinos*, enviados a toda Europa para difundir las ideas de los Enciclopedistas y preparar el camino a los ejércitos revolucionarios, recibieron instrucciones conformes con las declaraciones de Adrien Du Port.

Como coincidían con los proyectos de Sieyes para modelar de nuevo a Europa, un Sieyes con más autoridad todavía que Adrien Du Port, Sieyes, el pensador de la Revolución, presidente del Comité de Propaganda de los «Amigos Reunidos» transformado en Comité de Propaganda (31 calle de Richelieu) cuya existencia se pretende poner en duda, Sieyes, que, por casualidad, en compañía de su protector el obispo de Lubersac, había recorrido las Provincias-Unidas, Rotterdam, La Haya, etc., durante la revuelta de 1787, Sieyes, el inspirador de tantas instituciones revolucionarias (la Asamblea nacional, la Guardia nacional, etc.), el autor de tantas constituciones, gran amigo del duque de Brunswick, futuro embajador en Berlín, representante, como lo había sido Mirabeau, de las tendencias alemanas y prusianas dentro de la Revolución. ¿Cómo se imaginaba Europa? Hanover a Prusia, con la dirección de la Confederación de Alemania del Norte. Baviera a Austria. El resto de Alemania conponiendo una federación nueva, bajo garantía francesa, manteniendo el equilibrio entre Prusia y Austria. Será efectivamente la política seguida por el Directorio, el Consulado y el Imperio.

De todos modos, al principio de la Revolución, el Gran Oriente de Francia difundió en toda Europa un manifiesto firmado por su G. M., Felipe de Orléans, exhortando las logias «a unir sus esfuerzos para mantener la Revolución, para reclutar partidarios... para propagar sus llamas... en todos los países y por todos los medios en su poder» (Hoffmann, «Avis important»,

tomo I, pág. 19; una copia fue comunicada al emperador). En una carta dirigida a otro iluminado, Cuhn, en junio de 1791, el mayor Mauvillon, el iniciador de Mirabeau, confirmaba estas intenciones: «los asuntos de la Revolución van mejorando en Francia, espero que, dentro de pocos años, éstas llamas se propagarán hasta que el incendio sea general; entonces nuestra Orden podrá hacer grandes cosas».

Por el puñal y por el veneno

¡Por todos los medios! ¡Por el puñal y por el veneno! Así el emperador Leopold II, aunque sea de tendencia «liberal», probó los efectos de la «pócima de Nápoles». Así el rey Gustavo III de Suecia, por haber intentado restaurar la autoridad real (al mismo tiempo que emancipaba a los campesinos por el Acta de Unión de 1789), pereció en el baile de máscaras de la Opera (en la noche del 15 al 16 de marzo de 1792) de un pistoletazo de Mahneke (hermano sirviente de logia, lacayo del conde Ankarström). Instigador del asesinato, el duque de Sudermania, hermano del rey y G. M. de la Masonería sueca, regente, mandó detener y matar al conde Munk, raptar en Nápoles al conde Armfeldt, los dos principales consejeros del rey muerto. Y así también, el rey Jorge III de Inglaterra escapó de varios atentados (en 1792, el 13 de octubre; en 1794, el 3 de febrero, y en 1797). ¿No proponía Debry en la Asamblea legislativa, el 26 de agosto de 1792, la formación de una legión de 1.200 asesinos, capaces de proceder a una limpieza general?

Por medio de la propaganda

¡Por la pluma de los escritores revolucionarios! Las publicaciones subversivas se infiltraban por doquier. En Inglaterra, «Los Derechos del Hombre», de Thomas Paine. En Holanda, los «Tratados sobre la Igualdad», de Paulus. En Alemania, «El Ciudadano francés», del pedagogo Heinrich Campe, colaborador, como Mauvillon, del «Diario de Brunswick» y la «Profesión de Fe política», del célebre von Knigge («Filon» de los Iluminados). En Italia, las obras de Gorani. Con el fin de atraer todavía más a estos valiosos colaboradores, a propuesta de Marie-Joseph Chénier, el 26 de agosto de 1792, la Asamblea legislativa, como preludio a la europeización de la Convención, decreta la naturalización de una hornada de estos jacobinos convencidos, «aliados del pueblo francés», los ingleses Priestley, Bentham, Clarkson, Wilberforce (el emancipador de los negros), Jack Mackintosh, David Williams; los americanos Washington, Hamilton, Thomas Paine; los alemanes Schiller, Klopstock, Campe, Anacharsis Clootz; el suizo Pestalozzi; el italiano Gorani; el polaco Kosciusko; el holandés Cornelius Pauw.

¡Por las intrigas de los agitadores y de los Clubs! ¡Como a través de las artimañas de los Iluminados en las logias! Hasta los países más lejanos llegaron los misioneros de los Jacobinos. En Rusia, donde el representante Garat fue expulsado de Petersburgo, una vez descubiertos unos conciliábulos secretos en casa y a espaldas del embajador inglés Whitworth. En Polonia, donde Duveyrier iba a encontrar a Bonneau (pronto desterrado a Siberia) cuando fue descubierto en Copenhague. Donde, después del fracaso de Stanislas Po-

niatowski en su intento de fortalecer la Corona (3 de mayo de 1791), la invasión rusa (18 de marzo de 1792) y la segunda partición (25 de enero de 1793), según el testimonio de Cambo el gobierno revolucionario francés gastó más de 60 millones para ayudar a Kosciusko y a los revoltosos de Varsovia, de Vilna y de Lublin en la primavera de 1794. En Turquía, donde los jacobinos trabajan con el ministro sueco, de origen griego, Mouradgea de Hohson, el «drogman» (intérprete) Ruffin, profesor de idiomas orientales, Lesseps, ex-compañero de Lapeyrouse. Donde Sémonville será sorprendido en su camino a Istambul, con fondos procedentes de los diamantes de la Corona, destinados a comprar a unos ministros de la «Puerta». Hasta en la India, donde se traduce en lengua «malabar» los «Derechos del Hombre» y donde las imprentas publican libelos. Hasta en el Canadá, donde David Lean, enviado desde Filadelfia por el ministro Adet para preparar un eventual desembarco, fue sentenciado a muerte el 21 de julio de 1797 por el jurado de Quebec. Hasta en los Estados Unidos, donde Washington exigió la revocación del ciudadano-embajador Genêt, culpable de propagar unos «democratic clubs» afiliados a los jacobinos, de provocar en Harrisburg (donde se enarboló la bandera francesa) la «rebelión del whisky», y de llamar al pueblo a levantarse contra su gobierno. Genêt se marchó, pero también el gobernador Morris, embajador en París, hostil a la Revolución. Y los «Alien and Sedition Acts» se adoptaron para aplastar la agitación jacobina, en 1795-1796.

Austria se defiende

En el centro de Europa, Austria, potencia católica, es el primer blanco señalado. Pero se defiende. José II, abandonando por fin sus ilusiones, introduce a Kleiner entre los Iluminados para penetrar sus tramas, insiste para alejar de la Orden a sus amigos, como el príncipe de Lichstentein, vigila la actividad de las logias y depura la administración. Informado sobre las intrigas masónicas por el profesor Hoffmann (que había abandonado la secta), que denunciaba las maniobras de los Iluminados (por ejemplo, la designación por París y Estrasburgo de siete comisarios encargados de la propaganda en Viena y dentro del Imperio, etc.), y por un importante informe de J. C. Zimmermann, de Berna, Leopold II, después de concluir con Prusia la alianza de Pillnitz y obtenido el relevo del embajador barón von Jacobi-Kloest, demasiado favorable a los hermanos, por el conde de Haugwitz, estaba dispuesto a reaccionar, cuando cayó víctima (el 1 de marzo de 1792) de esta «indigestión» que el «Correo de Estrasburgo» número 53 había tan curiosamente profetizado, desde Viena, ¡el 26 de febrero!

Tratando de acabar con este asunto, su sucesor, Francisco II, propuso a la Dieta de Ratisbona en 1794 abolir todas las sociedades secretas (incluyendo a los Rosacrucianos), pero se enfrentó con la mala voluntad de muchos adeptos y simpatizantes que le opusieron «las libertades germánicas» y sólo consintieron en medidas contra algunas corporaciones de estudiantes. Debió contentarse con frustrar las conjuraciones contra su propia persona del caballero de Born y de sus sucesores el teniente Hebenstreit y el ex-capuchino croata Martinovicz, prelado en Hungría. Sorprendidos en flagrante delito, remitiendo 500.000 florines, fueron detenidos con el rico comerciante Hackel. Los dos principales cabecillas y siete nobles húngaros fueron ejecutados en mayo de

1795. El conde Fekete, maestre de la logia «roja» de Buda desde 1789-90, alimentaba la agitación. En cuanto a Martinovicz, ligado con Condorcet, dirigía la «Sociedad de la Libertad y de la Igualdad»; autor de un «Catecismo republicano», era el apóstol de la emancipación de los siervos.

Y España también

Entre los vecinos de Francia, tampoco era madura la península ibérica para el desencadenamiento de una acción revolucionaria. Después de la intervención de Cagliostro, que se aprovechó de sus viajes a Barcelona, Madrid, Lisboa, Cádiz, y otra vez a Barcelona, Valencia y Alicante, para crear logias revolucionarias y hacer adoptar por la logia «España» en 1786 dieciocho artículos subversivos, contra los cuales el rey Carlos III reaccionó enérgicamente el 10 de noviembre de 1787, la Masonería española se había escindido entre varios grupos rivales y a veces hostiles. De las 200 logias, encabezadas por «Las Tres Flores de Lis», de Madrid, enlazadas primero con Londres y, desde 1760 a un Gran Oriente español, emparentado con el de Francia (bajo la presidencia del conde de Aranda y luego del conde de Montijo), no quedaban más que unas veinte. De las otras, unas se reagrupaban alrededor de otro Gran Oriente, dirigido por Azanza (que colaborará más tarde en la entronización de José Bonaparte), y el resto, las logias revolucionarias organizadas por Cagliostro, desaparecieron con sus jefes, Picornell, Gomila, el abad Marchena, en la conspiración fracasada de San Blas (final de 1794-principio de 1795). Refugiado en Bayona (entre mayo de 1792 y enero de 1793) con Vicente María Santibáñez, José Marchena constituyó allí una Junta que se empeñó, sin más éxito que la creada en Puigcerdá después de la ocupación de esta ciudad fronteriza, en difundir la propaganda revolucionaria.

Inglaterra, «trabajada»; Irlanda, sublevada

Los «girondinos» esperaban la neutralidad de Inglaterra, madre de todas las Masonerías del mundo. Sin embargo, los Jacobinos se empeñaban en «trabajarla» desde el interior. ¿No había padecido el contragolpe de la guerra de Independencia americana? Los más radicales de los «Whigs» ¿no habían apoyado abiertamente a los Insurgentes? En su libreto titulado «El buen sentido», Thomas Paine había sido el primero en pedir la libertad de las colonias del otro lado del Atlántico (1775-76). En 1780, John Jebb había organizado un movimiento («Yorkshire movement») en pro de la reforma electoral y del sufragio universal. En junio, protestas anticatólicas contra un proyecto de abolición del «Bill of Test» provocaron alborotos, «the Gordon riots», cuyo balance fue de 300 muertos. Estos desórdenes, con la caída del ministerio North, facilitaron la conclusión de la paz de Versalles. En 1792, alentada por la fundación de numerosos clubs, la agitación se reanimó. Al lado de la «Sociedad de la Revolución» (fiel al recuerdo de la de 1688) vieron la luz: la «Sociedad correspondiente» de Londres (25 de enero de 1792), enlazada con los jacobinos. Mandará en noviembre un mensaje a la Convención y su animador, Thomas Hardy, será perseguido, pero absuelto en 1794. Luego, el «Club revolucionario británico» (18 de noviembre de 1792). Y por

fin, la «Sociedad de Información constitucional», con sucursales en Irlanda y Escocia.

Irlanda, para repeler las incursiones del corsario americano John Paul Jones, en abril de 1778, y un eventual desembarco francés, había armado voluntarios, que no eran todos protestantes (40.000 en 1779; 80.000 en 1782). En el mes de septiembre de 1783, una «Gran convención nacional», reunida en Dublín, pidió el derecho de voto para los católicos y una extensión de las libertades parlamentarias. Desde entonces, los «Irlandeses Unidos» de Wolf Tone obraban en la clandestinidad para la realización de este programa. El 14 de julio de 1791, los voluntarios del coronel Nuper Tandy se manifestaron contra el «Bill of Test». Pero la agitación, mal sincronizada con Francia, fue reprimida con sangre. Después de una primera tentativa de desembarco, bajo Hoche, fracasada durante el invierno de 1796-97, fueron detenidos el sacerdote O'Coigby y O'Connor. En junio de 1798, una insurrección, en la cual pereció Fitzgerald, fue yugulada por una represión sin piedad, con 30.000 víctimas. De manera que todo había terminado cuando el general francés Humbert intentó de nuevo desembarcar en septiembre.

La Francmasonería, en guardia contra los Iluminados

El año anterior, en abril-mayo de 1797, se habían producido motines en la Marina británica, a consecuencia de los excesos del «rapto» como medio de reclutamiento. ¿Sería la misma Inglaterra gangrenada por los 80.000 jacobinos infiltrados en su casa, según Burke? No obstante, Edward Burke había abogado en favor de los Insurgentes americanos y aplaudido a los primeros pasos de los revolucionarios franceses... hasta junio de 1790. Pero, al enterarse de las tramas urdidas en el seno de las logias (en Dublín, Edimburgo, Londres, Sheffield, Manchester, Stockport, Leicester) por el iluminado Zwack (Cato), refugiado durante un año en Oxford, con sus acólitos Roentgen, Zimmermann, el seudo-doctor Ibiken, etc., no vaciló en poner en guardia a la opinión en sus «Reflexiones sobre la Revolución en Francia», como lo hacía por su parte John Robison, al publicar en Londres y Edimburgo en 1798 sus «Pruebas de conspiración contra todas las religiones y todos los gobiernos de Europa».

Después de soplar el viento, los dirigentes masónicos se sentían amenazados por el temporal. Después de la dimisión de su G. M., Felipe-Egalité (el 22 de febrero de 1793), las logias francesas, obligadas a cesar en su actividad, habían sido disueltas el 13 de mayo por su Cámara de Administración, cuyo presidente, Roettier de Montaleau, no tardó en ser encarcelado. Temiendo la infiltración de los Iluminados, el duque de Brunswick suspendió la actividad de los talleres alemanes, declarando en 1796: «Presenciamos una destrucción, que nuestras manos no pueden parar». «No existe más que una Orden, cuyas metas son su primer secreto», «pero ha surgido una gran secta que zapó las bases de la Orden, y extravió a la humanidad para varias generaciones». Ahora les tocaba el turno a las logias inglesas: un «bill» del 12 de julio de 1799, prohibió la creación de nuevos talleres (sin grandes precauciones) y obligó a los antiguos a que produzcan la lista de sus miembros. Restricciones que fueron mantenidas hasta 1805.

Como los de los Jacobinos en el terreno revolucionario, los esfuerzos de los Girondinos fracasaron en Inglaterra en el plan diplomático. Al desembarcar en Londres, el 14 de enero de 1792, Talleyrand tenía por misión obtener su neutralidad. William Pitt, a quien había recibido anteriormente durante seis semanas en Reims en 1783, esta vez mantuvo sus distancias con él. Encontró igualmente a lord Grenville, pero la «gentry» le volvió las espaldas, siendo acogido sólo por la oposición: lord Lansdowne, Fox, Sheridan, Priestley, Canning, Bentham. Regresó a Francia el 10 de marzo, hizo designar a Chauvelin como embajador y se reunió con él el 23 de abril. El 25 de mayo, Jorge III consintió en declarar su neutralidad —muy provisional, por otra parte—, pero el 23 de agosto mandó volver a su embajador y el 2 de septiembre a su encargado de negocios. ¡Mal presagio! Talleyrand, decepcionado, se marchó el 5 de julio, pero volvió apresuradamente a Londres, el 10 de septiembre, con un pasaporte de Danton, después de las matanzas, y como refugiado. El 5 de diciembre, la Convención le condenó por haber ofrecido sus servicios a Luis XVI (los días 20 de abril y 3 de mayo de 1791). Partidario decidido del régimen orangista de 1688 y de una «entente» con Inglaterra, trató de llamar la atención de Danton en un memorándum del 25 de noviembre —conforme con las intenciones de Lebrun y de Brissot— sobre el interés que tenían los dos gobiernos en favorecer la independencia de las colonias españolas, y recomendó la moderación en las reivindicaciones territoriales (léase en Bélgica y Holanda). Sin embargo, los ingleses le expulsaron. Zarpó para América, donde especuló sobre los terrenos, traficó con Bourdieu y Cholet (los corresponsales de Necker en Londres) y notó, para lord Lansdowne que «¡el Dinero es el único culto universal!».

Entretanto, Pitt, muy asustado por el decreto proclamando la libertad de navegación sobre la Escalda (16 de noviembre) y molesto por un discurso en el cual Lebrun trataba de oponer con torpeza la nación británica a su gobierno (19 de diciembre), replicó con un «bill» de excepción en contra de los extranjeros (16 de diciembre), y por su negativa en recibir a Maret, emisario de Lebrun. A la noticia de la ejecución de Luis XVI, el rey rompió las relaciones diplomáticas, pero dejando a los Girondinos la iniciativa de declarar la guerra a Inglaterra y a Holanda, el 1 de febrero de 1793. El 7 de marzo, le tocará el turno a España, porque el rey Carlos IV y su ministro Godoy tuvieron el mal gusto de remitir sus pasaportes al representante francés, Bourgoing. «Un enemigo más es un triunfo más para la Libertad», comentó Barrère, no sin jactancia. Sin embargo, la Inglaterra de Pitt, animadora de todas las coaliciones, iba a revelarse como el más temible de los adversarios.

Los intelectuales alemanes, ganados por la subversión

Si Inglaterra consiguió defenderse contra ellos, los círculos masónicos alemanes han sido profundamente marcados por la influencia de los Iluminados. En su mayoría, los intelectuales alemanes son pacifistas. Para Wieland: «el amor de la Patria, como lo entendían los Griegos y los Romanos, es incompatible con los principios cosmopolitas de la Razón». Lo que Goethe confirma: «¡Ojalá Dios nos preserve del patriotismo romano!» Y Lessing: «No tengo la menor idea de lo que es el amor a la Patria... es una debilidad he-

roica de la que puedo abstenerme con gusto». En el mismo sentido, Kant, el sabio de Königsberg, publicará en 1795 su «Tratado sobre la Paz perpetua». En cuanto a Fichte, escribe en 1795 dos libros, uno, anónimo, dirigido a los príncipes, y otro al público, en los que defiende la Revolución francesa.

Atraídos por los jacobinos, y en mayor parte amigos de los girondinos, son numerosos los periodistas y políticos alemanes viviendo en el ambiente revolucionario de París. Allí están, en primera fila, al lado de Juan-Bautista, apodado «Anacharsis» Clootz, barón prusiano de Clèves, de madre holandesa, el orador del género humano, el príncipe de Hesse Carlos-Constantino von Rheinsels-Rothenberg (inscrito en el Club en 1790), así como el silesiano Gustavo Schlabrendorf (hijo de un ministro de Federico II), que reúne en su casa, con Humboldt, los suabios Reinhard y Kerner (que van a entrar en la diplomacia francesa); el prusiano J. G. von Archenholtz, más moderado, amigo de los «Feuillants», que no se quedará más de un año, entre los veranos de 1791 y 1792; Oelsner, corresponsal de la revista «Minerva», admirador de Mirabeau y de Sieyes, gran amigo de Brissot e inscrito en los Jacobinos, y todo un grupo de gentes de pluma de menor vuelo, agentes de los Iluminados: los Nimis, Dorsch, Blau, Leuchsenring, Rebmann, Hoffmann.

Entonces no faltan los enlaces entre los girondinos de París y la «Aufklärung» prusiana, que les considera primero como los émulos de los ministros «ilustrados» de Federico II, pero que se apartará con horror de la escoria y de la sangre derramada por el Terror. Hamburgo, puerto internacional dominado por los banqueros y los comerciantes, donde existe una importante comunidad judía, donde la influencia de Lessing se extendió gracias al doctor Albert Reimarus y a sus cuñados el economista Hennings (amigo de Moïses Mendellsohn) y Jorge H. Sieveking (amigo de Knigge y especulador sobre los bienes «nacionales»), se abre ampliamente a las «ideas francesas». Aunque será en el «Diario político de Hamburgo» que Benedikt von Schirach denunciará en abril de 1790 la acción del «Club de la Propaganda» de París, disponiendo entonces de 30 millones de libras para alimentar sus intrigas subversivas (lo que confirmó, por su lado, el diario de Girtaner, en Hanover).

De manera que los girondinos esperaban de Prusia no sólo su neutralidad, sino su alianza. A falta de ésta, se beneficiarán de sus benévolas disposiciones, de las que necesitarán pronto.

La Revolución, salvada en Valmy por los prusianos

Puesto que la cruzada para la liberación de los pueblos empieza bastante mal. En el primer encuentro, en los Países Bajos, en Tournai, en Mons, las tropas de Rochambeau se desbandan, matando al general Dillon (28 de abril de 1792). Desorganizada por la emigración de las dos terceras parte de sus oficiales (6.000 de un total de 9.000), hinchada antes y después de la proclamación de «¡La Patria en peligro!» (11 de julio de 1792) por una multitud de voluntarios (entre los cuales 100.000 reclutados entre los días 11 y 21 de junio), que eligen sus oficiales y se benefician de un sueldo superior al de las tropas de línea, el ejército revolucionario parece prometido a la derrota, desde sus primeros encuentros con los austríacos.

Pero se salvó, porque el ejército de los coaligados de Pillnitz se encontraba al mando del duque de Brunswick. Mientras en Bélgica el duque de Sajonia-Teschen (con 25.000 austríacos y 4.000 emigrados) amenazaba Lila, el cuerpo principal (42.000 prusianos y 5.000 de Hesse), flanqueado a su derecha por los 15.000 austríacos y 5.000 emigrados de Clerfayt, y a su izquierda, hacia Thionville y Metz, por los 14.000 austríacos de Hohenlohe, salidos de Coblentz el 30 de julio... había pasado la frontera el 16 de agosto, ocupado Longwy el 23, sin encontrar resistencia, y, el 2 de septiembre, Verdun. Así tenía abierto el camino de París, a través de la Argona y vía Châlons. Brunswick, sobrino del Gran Maestre de la Masonería alemana, cuya candidatura al trono de Francia, antes del 10 de agosto, reunía influyentes partidarios, conduciendo su ofensiva con blandura, se contentó con ocupar el 3 de septiembre Grandpré, forzando el puerto de la Croix aux Bois. Pero, obedeciendo una orden categórica de su soberano Federico-Guillermo II, decidió enfrentarse con 34.000 hombres en Valmy a los 50.000 que le oponían Kellermann y Dumouriez (llegado por fin desde Bélgica para reunirse con su colega del Centro). Se intercambiaron salvas tan nutridas (20.000 granadas de cañón) como poco mortíferas (300 franceses y 200 prusianos muertos), el 20 de septiembre. Y luego se intercambiaron regalos y se negoció. Entre Lucchesini y el «virtuoso» Manstein, ayudantes de campo del rey de Prusia y simpatizantes de los «Iluminados» (aconsejando a su soberano para que no insista más), y el «general-secretario» Westermann, tan estrechamente ligado a la intriga del 10 de agosto, que se fue a París el 25 de septiembre para discutir con la Convención, la Comuna y su procurador-síndico Manuel, las garantías sobre la suerte de Luis XVI que Federico-Guillermo persistía en exigir. Pues este último, alertado contra los Iluminados por su ministro Wölner y sus colaboradores Rosicrucianos, Hilmer y Hermes (encargados desde noviembre de 1791 de una muy severa censura), se niega a reconocer la República, rompe las negociaciones y publica un manifiesto de tono vengador, el 28 de septiembre. Nuevas conversaciones también fracasarán en Aubange el 20 de octubre. Pero el monarca prusiano retira su pequeño ejército de 17.000 hombres sin que nadie intervenga. Puesto que le esperan en Polonia más provechosas conquistas, con la segunda partición que se prepara. Así terminó esta «extraña guerra».

Aprovechándose de esta pausa providencial, el ejército revolucionario se reconstituye, y recobrando confianza, se dispone a pasar las fronteras para llevar a los pueblos la libertad. El ejemplo de Aviñon, que pide su unión con Francia el 12 de junio de 1790 (pero la obtendrá sólo el 14 de septiembre de 1791, por temor a reacciones internacionales que podría provocar el papa), es seguido pronto por Saboya que acoge a Montesquiou, con 18.000 hombres, como a libertadores (21-22 de septiembre). Se apodera de Montmélian, lo que no impide a Clavière exigir su destitución por no haber tratado lo bastante duramente a los señores de Ginebra. Pero después de pedirlo sinceramente el 21 de octubre, Saboya será anexionada el 27 de noviembre de 1792. Niza y Villafranca, ocupadas los días 29 y 30 de septiembre de 1792, aun mucho más reticentes, serán también anexionadas el 4 de febrero de 1793.

La quinta columna en Renania

Alentado por estos éxitos, Custine progresa en Renania. Primero, con prudencia. Pero, desde Estrasburgo, el alcalde Dietrich y otros Iluminados, Stamm, Hermann, el capuchino Eulogio Schneider, le preparan el camino, enlazados con sus acólitos de Worms y de Spier, Endemann, el síndico Petersen, el canónigo Zchweickard, Koehler, Hullen, el canónigo Winckelmann. Una vez ocupada Spier el 25 de septiembre, un comerciante, G. W. Boehmer, viene a buscar a Custine para llevarle a Worms (5 de octubre) donde actuará como su secretario. En Maguncia, que no se atreve a atacar con 13.000 hombres desprovistos de artillería pesada, las intrigas del coronel Eickenmayer y del barón von Stein (emisario del rey de Prusia) le entregan la plaza después de tres días (19-21 de octubre de 1792). Las logias y las sociedades de lectura, alentadas al principio por los príncipes eclesiásticos (desde 1780 hasta el congreso de Treveris del 23 de octubre de 1790), pacientemente zaparon la ciudad. Después de su ocupación, sus jefes toman en sus manos la administración (19 de noviembre). En cabeza un sacerdote iluminado y casado, Dorsch, que, a pesar de ser perseguido, ha conseguido arrastrar a sus colegas profesores, al médico Wedekind, a Metternich, Eicksmayer, Hofmann, Blau, los Bugel, Kolborn, Hauser, Hempe y Nimis, y crea, en noviembre, un club de «los Amigos de la Constitución» (Jacobinos). Por otra parte, un notario, Anton Fuchs, abre el 23 de octubre una «Sociedad de los Amigos de la Libertad y de la Igualdad», cuyos adeptos (entre los cuales varios monjes) esperan la próxima proclamación de la República universal. Y, por encima de ellos, se destaca el cosmopolita Jorge Forster, de origen escocés, ex-compañero de Cook en sus viajes, nombrado por el landgrave de Hesse en la Universidad de Cassel, bibliotecario de Maguncia, casado con Teresa Hayne y amigo de Humboldt, que va proclamando: «¡Donde estoy bien, pues, allí está mi Patria!»

Pero la población, pronto irritada por los excesos de las tropas revolucionarias, poco disciplinadas, no sigue mucho tiempo a tales jefes. No hay otro remedio que renunciar a la consulta popular prevista para el 24 de febrero de 1793 por los comisarios Simon y Grégoire. En Maguncia, sólo 375 electores aceptan «jurar»; en Worms, 427 se dejan «obligar»; en Spier, 342; el escrutinio sólo tiene lugar en 106 municipios, de un total de 900. No obstante, una «Convención» fantasma, convocada el 17 de marzo en Maguncia, vota la anexión a Francia (el 21 de marzo). Exito muy efímero, puesto que, el 23 de julio, ya los prusianos ocupan de nuevo la ciudad. Forster, refugiado en París, fallecerá allí el 10 de enero de 1794, hondamente decepcionado por el espectáculo del «Terror». La incursión de Custine, que llegó a Francfort el 21 de octubre, con el apoyo de Pitsch y de Isembourg, perduró todavía menos, puesto que prusianos y hessianos le rechazaron el 2 de diciembre.

Desastre de Dumouriez en Bélgica

Mientras tanto y con los mismos métodos, Dumouriez se apoderó de Bélgica, marcando su conquista por su personalidad más fuerte y su deseo de organizar allí un feudo suyo. Como José II había descontentado a los belgas con reformas anticlericales, la supresión de las Ordenes contemplativas y de

las corporaciones, una reforma judicial y administrativa de tendencia centralizadora, la abolición de los privilegios de la «Feliz Entrada» (7 de enero de 1789), después de una serie de alborotos (en Tirlemont, el 22 de julio; en Lieja el 18 de agosto), las tropas austríacas, presionadas por las milicias del general van der Mersch, habían evacuado Gante el 17 de noviembre, Bruselas el 12 de diciembre, y prácticamente todos los Países Bajos. A la muerte de José (en febrero de 1790), su sucesor Leopold II, más comprensivo, restableció su autoridad y la del príncipe obispo de Lieja, acordando en parte satisfacción a los tradicionalistas o «estatistas» encabezados por el abogado van der Noot. Inspirado en el ejemplo americano, el Acta de Unión fue firmado el 10 de enero de 1790. Y al final del año, numerosos demócratas, conducidos por el abogado Vronck, togados y burgueses girondinos en su mayor parte, buscaron refugio en Francia, donde se reagruparon, con el apoyo de los banqueros Walckiers y Proli y del futuro ministro francés de Asuntos Exteriores, Lebrun.

Después de poner fin al bombardeo de Lila por los austríacos del duque de Sajonia-Teschen (29 de septiembre-5 de octubre), Dumouriez, progresando de Valenciennes hacia Mons el 27 de octubre (con 80.000 hombres de línea contra 26.000 austríacos), obligó a su adversario a retirarse, después de matarle 4.000 hombres en Jemapes, el 6 de noviembre. Luego entró en Bruselas el 14, en Lieja el 28, en Amberes el 30 y en Namur el 2 de diciembre. Prudente, descartó los consejos de los «estatistas» (representados en Douai por el conde de Béthune-Charost) y pidió a van der Noot (entonces en Londres) redactar con Noël la proclamación que dirigió al pueblo belga, al mismo tiempo que pedía la colaboración de los «patriotas» vronckistas, de Balza, criatura del «Comité de los belgas y liejenses reunidos» en Mons y Bruselas, del abogado Meyer en Gante, donde fue fundada una «Sociedad de los Amigos de la Libertad y de la Igualdad». Por todas partes, en Tournai, Lovena, Amberes, Lieja, se abrían clubs en los que participaban los militares franceses; de tendencias girondinas. ocupaban por preferencia conventos y se adherían a los jacobinos.

Deseoso de respetar el país, para ganarse el favor de sus habitantes, Dumouriez, para alimentar a su ejército, sugiere imponer al Clero un préstamo de 40 millones de florines, y otro de dos sobre el de Gante, para armar las tropas belgas y paga en especies lo que compra. Pero sus suministradores franceses o belgas, el ex-abad de Espagnac, Paulie, Fabre de Eglantine, Barthélémy Tort, como los hermanos Mosermann de Bruselas, los hermanos Simons y los Walckiers, le roban a quien más. Está muy mal con Cambon, con su ministro Pache. Los comisarios que se le envían, Danton (el 30 de noviembre), Delacroix, dan el ejemplo del pillaje. Su ejército, completamente desprovisto, merodea, saquea y se diluye en medio de una población hostil. Después de una ofensiva atrevida contra Holanda, este ejército, reducido a 20.000 hombres, maltratado por Cobourg el 1 de marzo, evacua Aquisgran, mientras Miranda levanta el asedio de Maëstricht. En Nerwinden, el 18 de marzo, se produce la derrota. Entonces Dumouriez, decidido a suprimir las medidas revolucionarias y aplastar a la Convención, negocia con Cobourg la evacuación de Bélgica, mediante la entrega de Amberes, Breda y Gertruydenberg (23 de marzo), se encuentra en Tournai con el banquero Proli, Pereira, Dubuisson, representantes de los Cordeleros, detiene y entrega al adversario

Beurnonville, nuevo ministro de la Guerra y cuatro nuevos comisarios (29 de marzo-1 de abril), antes que el general Hoche advierta a la Convención. Dumouriez fracasa, porque sus tropas no le obedecen y porque el comandante Davout, al pegarle un tiro, le obliga a buscar refugio entre los austríacos, en compañía del general Valence y del joven duque de Chartres, hijo de Felipe-Igualdad (cuya restauración quizá preparaba) (4 de abril).

¿Para quién la Dictadura? ¿Para la Convención? ¿Para la Comuna?

Y con las conquistas perdidas, las fronteras abiertas, amenazan la inflación, el paro, la penuria, los desórdenes, la lucha a muerte de las facciones. De manera que el futuro de la Revolución se encierra en este dilema: o el fracaso seguido por una restauración o una dictadura. Pero ¿la dictadura de quién? ¿De la Convención o de la Comuna? ¿O de los Clubs jacobinos o cordeleros? ¿De Robespierre o de los «nantis» (aprovechadores)? ¿De los Directores o de los militares?

Asamblea única en la cual predominan los abogados, la Convención, reunida el 21 de septiembre, a pesar de la designación desde el 12 de agosto de un Consejo ejecutivo provisional de seis miembros (Roland, Clavière, Servan, Lebrun, Monge y Danton), detiene en teoría todo el poder. Pero en realidad no tiene autoridad alguna. Primero porque representa estrictamente nada; elegida por un escrutinio seudo-universal, ha salido en realidad del más restricto de los sufragios. En tales circunstancias de intimidación (expulsión de 25.000 sacerdotes refractarios en un plazo de quince días, el 26 de agosto; interdicción de la prensa monárquica, obligación del juramento cívico, voto nominal) que de un total de siete millones, 6.300.000 electores se han abstenido. Y que de un total de 749 miembros (girondinos en las dos terceras partes) sólo la tercera parte ocupara sus escaños. Asamblea desprovista de autoridad también porque no dispone de ninguna fuerza militar. De esta debilidad es tan consciente que trata de suavizar este régimen de asamblea, obteniendo que su presidente, el «virtuoso» Petion, sea designado, a la americana, como «presidente de Francia» (Manuel contra Tallien y Chabot) y que el primer gesto de sus jefes, Brissot y Roland, consiste en reclamar para ella la protección de una guardia armada (23 de septiembre), que se le niega.

Perpetualmente amenazados por las exigencias de la Comuna y los desmanes de los duros «malabares» de las secciones, los provinciales que la componen en mayoría viven en la zozobra, atormentados por el espectro de las matanzas de septiembre. De estos degüellos premeditados, anunciados por Danton, que ha obtenido el 17 de agosto la creación del Tribunal revolucionario, exigido por la Comuna bajo el pretexto de «prevenir las venganzas populares y la justicia del pueblo», y lanzado nuevas amenazas el 1 de septiembre: «tengo razones para creer que el pueblo ultrajado no será obligado a hacerse justicia por sí mismo», por los carteles de su acólito Fabre de Eglantine y los gritos sanguinarios del ladrador Mara: «que la sangre de los traidores sea derramada» (19 de agosto), conformes con sus profecías, «quizá hará falta un día derramar raudales de sangre», o bien «si estuviera tribuno del pueblo y apoyado por algunos millares de hombres determinados... con

500 ó 600 cabezas cortadas, aseguraría la tranquilidad, la libertad y la felicidad» (!).

¡Serán más! Gracias a las precauciones del Comité de Vigilancia y de la Comuna (Panis, Sergent, Tallien, Mara, este último después del 2 de septiembre), gracias a las pesquisas y detenciones sistemáticas de los días 29 y 30 de agosto, están llenas las cárceles. La caída de Verdun, anunciada el 2 de septiembre, da la señal de la matanza, encargada a los equipos de Maillard (jefe de la policía secreta revolucionaria desde el 10 de agosto), de Leroy (también amigo de Mara), de Violette, de Chépy y de Royer. El balance en París es de 1.395 víctimas, entre los cuales muchos sacerdotes refractarios, entre el 2 y el 9 de septiembre. Una circular del Comité de Vigilancia, con fecha del 3 de septiembre, escrita por mano de Mara, y sellada, gracias a Danton o a Fabre de Eglantine, por el ministerio de Justicia, invita a las provincias a seguir el ejemplo de la capital. Lo que se produce en Reims, Meaux, Caen y Lyon. Fournier, el «americano», que se había encargado de detenidos en Orléans, arregló las cosas para que sean matados en Versalles. A Alquier, magistrado de esta ciudad, ofuscado, Danton contestaba ligeramente: «¡Qué le importa! ¡No se puede saber hasta dónde puede llegar la indignación del pueblo!» Y declaraba a Fournier, sin rodeos, el 10: «¡El que le agradece, no es el ministro de Justicia, es el ministro del Pueblo!» ¡Curioso ministro de una justicia expeditiva! Por su parte la Comuna pagó las jornadas de los verdugos. Y Manuel confiaba al duque de Chartres a final de septiembre: «He querido que un río de sangre separe a los voluntarios de los emigrados». Sólo uno de los objetivos políticos de la operación se malogró. Aunque decretados de arresto por el Comité de Vigilancia, el «liberticida» Brissot (el 3 de septiembre) y Roland (el 4), denunciados por Robespierre por haber aconsejado (como Clavière y Servan) el repliegue del Consejo ejecutivo hacia Tours, escaparon de su suerte, el primero, gracias a Petion, y el segundo, gracias a Danton. Pero para todos ellos sólo se aplazaba el final.

Dantón, comprometido

Contra estos asaltos de la Montaña y de los agentes de los Iluminados, las reacciones de los girondinos son esporádicas y desordenadas. Ninguno de sus golpes resulta mortal. Irritan a la bestia sin abatirla. Del Consejo ejecutivo se descarta a Danton, sustituido por Garat (el 12 de octubre). Su venalidad es notoria. Este ex-abogado en el Consejo Real (desde abril de 1787) se reveló, en los Cordeleros, un temible tribuno popular. Vende su influencia y come en todos los pesebres. Según el testimonio de Bertrand de Molleville, recibió de la Corte 300.000 libras a través de Mr. de Montmorin (cuyo despido no reclamó con los otros tres ministros el 10 de noviembre de 1790), y menores cantidades (24.000 libras) de su sucesor Delessart. El 10 de marzo de 1791, Mirabeau señala a La Marck que Danton cobró 30.000 libras. De Inglaterra, que distribuye «subsidios para soplar sobre el fuego», a través del banquero Perrégaux, sobre los 50 millones de libras destinados por Pitt a esta operación (500 millones de asignados, según una carta del «Foreign Office» del 13 de septiembre de 1793). Del duque de Orléans, Felipe-Igualdad, cuya candidatura apoya antes que la de su hijo, el duque de Chartres. Mediante especies, protegió la huida de Adrien du Port (9 de septiembre de 1792), de

Talleyrand (10 de septiembre), de Talon, de Carlos de Lameth, después del 10 de agosto, luego de Teodoro de Lameth (14 de octubre, que intentará obtener de él un alivio para el rey). Cuando abandona su ministerio (el 12 de octubre) para ocupar su escaño en la Convención, Cambon no consigue (los días 10, 18 y 25 de octubre) que justifique el empleo de sus 200.000 libras de fondos secretos. Tiene que callar. Traficó con d'Espagnac, toleró que su íntimo colaborador Fabre de Englantine, suministrador, compre bienes nacionales en el Aube por un valor de 56.500 libras. Posee tres casas en París y derrama el dinero. ¿De dónde proviene este dinero? De estos ataques, el tribuno sale disminuido, pero no vencido. Cuando el pastor Lasource, el 1 de abril de 1793, obtiene de la Convención una encuesta sobre sus intrigas con Dumouriez, replica todavía con vigor, rompe con sus adversarios y prepara su réplica con la «jornada» del 31 de mayo.

Mara escapa

No tienen mejor suerte los Girondinos con Mara, su acólito. Apátrida de origen oriental, de tipo semítico, nacido en territorio prusiano de madre sarda y de padre suizo, según su biógrafo, Gerard Walter, Jean-Paul Mara, o Marat, después de estudiar en Burdeos, París e Inglaterra, salió veterinario de Newcastle en 1772, y médico de Saint-Andrew de Edimburgo en 1775. Después de disecar los cadáveres y atormentar a los animales con experiencias sobre el empleo de la electricidad en medicina, sin ganarse la estimación de los filósofos, su natural sádico le llevó a descomponer a la sociedad, a torturar a los hombres y a derramar la sangre de los ricos y de los potentes que odia. Teórico de la revolución y precursor de la lucha de clases, dedicó diez años de su vida (1763-1774) a componer una obra titulada «Las cadenas de la esclavitud», que Karl Marx estudió y anotó cuidadosamente más tarde.

No se debe su actitud a que había sido rechazado por la alta sociedad de la época. De regreso a Francia, a la edad de treinta y cuatro años, en 1776, había recibido, por el favor de la marquesa de la Aubespine y de Choiseul, el cómodo cargo (2.000 libras y un piso) de médico de los guardias de cuerpo del conde de Artois. Pero persistió en su profunda hostilidad contra la desigualdad social, como da testimonio de esto su «Plan de legislación criminal» (escrito para un concurso abierto en Berna). Para él, el derecho de propiedad debe existir sólo sobre el producto del trabajo, a excepción del suelo. Entonces se debe destruir las grandes fortunas, prohibir los monopolios y la importación de caudales, y distribuir las tierras de manera igual. En cuanto a las religiones, que transforman los revoltosos en resignados, «todas ayudan al despotismo». Con tales convicciones, Mara, que intentó marcharse a España en 1784 (pero se le rechazó), se lanzó perdidamente a la revolución.

Para denunciar los abusos y difundir sus teorías, necesitaba de un periódico: fue «El Amigo del Pueblo» (12 de septiembre de 1789), publicado por el librero Dufour. Luego escribió su «Denunciación de Necker» (18 de enero de 1790) y de sus tráficos sobre los cereales en noviembre de 1788. Entretanto, encontrándose en apuros por haber acusado sin pruebas al Comité de Abastecimiento de la Comuna, se puso bajo la protección de Danton, en los Cordeleros, cuando le buscaban para detenerle los jueces del Châtelet y la guar-

dia nacional, el 22 de enero de 1790. Danton le permitió escapar a Londres, donde se quedó entre el 17 de febrero y el 15 de mayo. Allí se puso de acuerdo con el duque de Orléans, furioso contra La Fayette, que le subvencionó para atacar a su enemigo y a su libelista, Estienne. Según Buzot, agente de negocios de Felipe-Igualdad, Mara recibía todavía dinero de él en septiembre de 1792) (15.000 libras).

Apenas ha sido elegido diputado de París, con el apoyo de Chabot y de Robespierre, después de las matanzas, el 9 de septiembre, que el 25 los girondinos le atacan, acusándole por haber propuesto la constitución de un triunvirato con su jefe de fila, Danton, como presidente del Consejo. Mientras le desautoriza Danton, él busca una salida melodramática, amenazando a la Asamblea con suicidarse delante de ella. También saldrá con un «¡Dególlenme!» teatral de la corrección que le prometen los «dragones de la República», a quienes difamó para convencer a los duros de Marsella (29-31 de octubre).

Seis meses más tarde, se prepara un supremo ataque contra él. El 12 de abril de 1793, Guadet y Pétion le acusan por la redacción de un mensaje pidiendo «la exterminación de los traidores a la Patria», el 5, y por las peticiones de unas secciones, los días 8 y 9. Decretado el arresto, escapa, gracias a la protección de sus amigos de las tribunas, pero la Asamblea confirma su voto los días 13-14 de abril. Entonces se esconde, y una vez tomadas sus precauciones, se presenta el 23 y se beneficia el 24 de una absolución triunfal, seguida por un desfile «del pueblo» en la Asamblea. Su venganza resulta tanto más completa que, por boca del alcalde Pache, 35 secciones, de un total de 48, han replicado el 15 pidiendo persecuciones contra 22 girondinos, designados por Danton a la vindicta popular, y que él mismo denunció a Brissot delante del Tribunal, como enemigo del pueblo.

Impotencia de los girondinos

Desprovistos de seguidores en París, los girondinos se enfrentan con adversarios demasiado fuertes. Muy pronto han sido eliminados de los Jacobinos. Los días 23 y 24 de septiembre se opusieron a Danton, pidiendo la depuración de los cuerpos administrativo, municipal y judicial. Negándose a dar explicaciones, Brissot fue expulsado el 10 de octubre y sus amigos abandonaron el club, sin intentar ni reagruparse ni apoyarse sobre las secciones moderadas de la capital, y contentándose con conciliábulos de salón, en casa de Mme. Roland, de Mme. Dodun o de Clavière, para concertar sus maniobras parlamentarias.

Adeptos del liberalismo político y económico, doctrinas que expone Brissot en su «Llamada a todos los republicanos de Francia», denunciando a los «niveladores» como Mara, Chabot, Robespierre, Collot d'Herbois, se encuentran ya desbordados por los acontecimientos. El liberalismo de todas formas no puede solucionar los problemas presentados por la guerra que han desencadenado y por la anarquía que han provocado. El día siguiente al 10 de agosto, el periodista Nicolas de Bonneville, que conocemos ya como uno de los introductores de los Iluminados en Francia, le opone, con la reedición de su libro «Del espíritu de las Religiones», en el cual invoca a Jéhovah y exige «una

ley agraria, con un reparto universal de la tierra», la doctrina de su Orden. No se trata entonces de un fenómeno de fermentación social, del tipo «levellers» o «millenarians» en las revoluciones de Inglaterra, sino de una nueva etapa prevista en el desarrollo de la Revolución. Una vez derrocado el primer «tirano», los Iluminados siguen ejecutando sin piedad su programa de destrucción social.

Los más encarnizados en pedir la abolición de la monarquía fueron sus hombres, Chabot (asociado con los banqueros judíos Frey), Bentabole, el abad Grégoire, Manuel. Lo sorprendente, en la mayoría de los «grandes antepasados», incluido Condorcet (aunque haya sido el primero en ostentar convicciones republicanas), es que, en el fondo, no creen en la República. Entre ellos, las facciones rivales han encontrado fácilmente aliados: la de Orléans, el primer triunvirato, Barnave, Lameth, Du Port; la del duque de Chartres, Danton, Dumouriez; la del duque de York (con o sin matrimonio con una princesa de Orléans), el abad Daunou; la del duque de Brunswick, más numerosa todavía, Sieyes, Anacharsis Clootz, Condorcet Carra, etc. La mayoría de los girondinos han intentado salvar «in extremis», por temor a una dictadura, una Corona disminuida, a través de una llamada al pueblo rechazada el 14 de enero por 424 votos contra 287. Así se encuentra precaria y vulnerable la posición de todos. Sólo fingen creer en la República los ambiciosos, que sólo tienen fe en ellos mismos. Pero La Fayette, en el que algunos veían un presidente vitalicio, no se impuso sino provisionalmente como regente o protector de un soberano casi prisionero, y fracasó en su proyecto de «stathoudérat». El pálido Pétion no supo elevarse al rango de «presidente de Francia». Pronto, anticipándose en varios siglos sobre el futuro, Cordeleros y Rabiosos, inspirados por los Iluminados, propondrán, sin ironía, al «honesto» Pache (del cual hablaremos más abajo) como «gran Juez». Pero por el momento no existe otro candidato posible para la dictadura, sino Robespierre.

Robespierre y la dictadura jacobina

Desde que empezó actuando en la política, se presentó como el defensor del pueblo, haciendo gala de sus convicciones y de su intransigencia democrática. Este estudioso alumno de Luis le Grand (encargado de cumplimentar a Luis XVI en 1775), este candidato a los Estados generales, que apelaba al rey y a Necker como a un nuevo Sully, este abogado distinguido en el Consejo provincial de Artois (1781), director de la Academia de Arras en 1786, de maneras aristocráticas, algo desdeñoso, tan cuidadoso de su persona y elegante en su vestido, no se declaró republicano antes de la huida del rey en Varennes. Formado por Montesquieu y Rousseau, proclamaba, después del tiroteo del Campo de Marzo, que «la Nación puede ser libre con un monarca».

Tan intransigente en el plan de la libertad política, hostil a toda forma de veto, hostil al censo del marco de plata (enero de 1790 y de 1791), partidario del sufragio universal, pero muy desconfiado de las asambleas, que desprecia, que quisiera renovar cada año prohibiendo la reelección de diputados (Barrère reducirá esta interdicción a una legislatura, los días 16-18 de marzo de 1791), pidiendo para los electores el derecho de desautorizar y des-

tituir a sus representantes... permanece completamente indiferente en el plano social: ni una palabra contra la ley Le Chapelier que suprime las corporaciones y prohibe las uniones obreras (17 de marzo, 14 de junio de 1791); ni una palabra contra la supresión, a iniciativa del duque de La Rochefoucauld-Liancourt, del «taller nacional» del Campo de los Federados, alimentando a 20.000 parados (16 de junio de 1791), a pesar de una propensión demagógica que le conduce a aceptar una limitación teórica del derecho de propiedad, pero sobre todo a reclamar, para el ejercicio de la «democracia directa», la más amplia libertad para la prensa, el derecho sin límite de reunión y de petición para los clubs.

¡Cómo no! Puesto que del Club de los Jacobinos, que «trabajó» pacientemente hasta dominarlo por completo, hace su mejor instrumento de reino. Para conciliarse el club rival de los Cordeleros, no vacila en proclamar, el 20 de abril de 1791, que «el interés del pueblo es el interés general» y que «el interés de los ricos es un interés particular». Pero su autoridad se ejerce en los Jacobinos, por los Jacobinos y por la red de sus filiales. Elegido presidente del club, el 31 de marzo de 1790, después de eliminar a Barnave y a los Lameth, acusados de traidores en el asunto de las colonias (23-24 de septiembre), interviene sin cesar (entre diciembre de 1791 y abril de 1792) contra Roederer, Réal, Carra y sobre todo Brissot (11, 12, 16, 30 de diciembre de 1791; 2, 11 de enero de 1792), porque piensa que, antes de declarar la guerra, sobre todo desde el nombramiento de Narbonne en el ministerio de la Guerra, se deben tomar todas las precauciones previas para neutralizar a los enemigos del interior, que amenaza con desenmascarar (10 de febrero y 23 de abril). Una vez eliminado Brissot, el 25, Robespierre contesta a Guadet el 27 con su propio elogio y prepara la petición para la destitución de La Fayette, la suspensión del poder ejecutivo, la depuración de los departamentos, que serán presentadas los días 17 y 23 de julio.

Viviendo con la obsesión de los complots, no cesará de cuidarse de la seguridad de «su» República, instaurando una dictadura policíaca más y más estrecha. Acusado en la Convención de buscar la dictadura, sucesivamente por Barbaroux (25 de septiembre) y por Louvet (29 de octubre de 1792), replica el 30 de noviembre exigiendo que «el último tirano, punto de reunión de los conspiradores, sea condenado a pagar por sus crímenes», y luego denunciando a Brissot como cómplice de Dumouriez (3 de abril de 1793), antes de exponer el 10 de abril una requisitoria de 18 puntos contra los girondinos, para finalmente llamar al motín, el 26 de mayo: «Invito al pueblo a ponerse en insurrección contra los diputados corrompidos, en la Convención nacional».

Las «jornadas» intimidan a la Asamblea

Ahora bien, la Comuna por primera vez se siente amenazada. Ya había intentado reducirla la Asamblea legislativa, el 30 de agosto de 1792, antes de las matanzas de septiembre, sin conseguir nada. Pero esta vez, la reacción era más seria. Contra la creación, el 20 de marzo, de un Comité de Vigilancia, proveedor del Tribunal revolucionario creado diez días antes... contra la circulación forzosa de los asignados (11 de abril de 1793)... contra el «maximum» (precio techo) de los granos (4 de mayo), una oposición subterránea

se notaba en las secciones, animadas por Pétion, que se encabritaban: «¡Tienen aristócratas en las secciones, expulsadlos!», gritaba Robespierre el 4 de mayo en los Jacobinos. Por cierto, las persecuciones contra Mara habían terminado con el triunfo del acusado (24 de abril), pero como Santerre (mandado a reprimir a los rebeldes de Vendea) había sido sustituido por el «rabioso» Boulanger, el 17 de mayo, al día siguiente Guadet se atrevió a pedir que sea quebrantada la Comuna, y, a propuesta de Barrère, fue nombrada una comisión de encuesta de doce miembros para controlar su actuación, comisión que mandó detener a Hébert, Varlet, Dobsent (presidente de la sección de la Cité) y a su secretario, el 24 de mayo. ¡Cosa intolerable! A la que contestó Robespierre, el 26 de mayo, llamando a la insurrección. A pesar de unas palinodias parlamentarias que tuvieron por resultado la liberación de los extremistas incriminados (27-28 de mayo), se produjeron entonces dos «jornadas» memorables.

La del 31 de mayo, en la cual colaboró activamente Danton, animador, con su secretario Billaud-Varenne, del Comité de Salvación Pública, cuya creación había obtenido el 6 de abril, a pesar de las acusaciones de connivencia con Dumouriez dirigidas contra él por el pastor La Source el 1 de abril. Preparada, a iniciativa de Dufourny (fundador de los Cordeleros), por una Junta secreta de seis, luego de nueve miembros designados por las secciones, ampliada a 21 para dar sitio a los representantes de los Jacobinos (29-30 de mayo), la dirección de la operación fue confiada a Hanriot, nombrado comandante de la Guardia nacional. Durante cinco horas los manifestantes invadieron la Convención. Según el testimonio de Cambon, Danton remitió a su portavoz la petición que presentó, pidiendo la creación de un ejército revolucionario, de fábricas de armas, la depuración de la administración, el privilegio para los solos sin calzones (sans-culottes) de los grados y del derecho de voto, la tasación del pan, la distribución de socorros, etc. Atacando a Vergniaud, Robespierre exigió la supresión de la Comisión de los Doce.

¿Pero por qué parar en tan buen camino? A la jornada del 31 de mayo, sucedió la del 2 de junio, teniendo como objetivo la detención no de 22, sino de 27 girondinos, cuya lista había sido establecida y presentada el día anterior por Hassenfratz. El guión es el mismo, con una Junta ampliada a 50 cabecillas, y como es domingo, la presencia de 80.000 manifestantes, al mando de Hanriot, cercando las Tuileries. Como Barbaroux, Lanjuinais y los miembros de la Comisión de los Doce se han negado a dimitir, como lo proponían Barrère y Danton, se procede a la liquidación de la Gironda. Mme. Roland y Clavière han sido detenidos durante la noche. La mayor parte de los presentes quedan cogidos en la ratonera; sin embargo, como hay ausentes y algunos consiguen escapar, de un total de 29 jefes, una veintena huye a las provincias, que intentan sublevar contra París. Parece que Robespierre ha proclamado su victoria demasiado pronto, el 3: «¡Hemos salvado la República!» Si no, ¿a qué sirve el Terror, instaurado el 9 de junio, a propuesta de Billaud-Varenne, ex-oratoriano de Juilly?

Sin embargo, la nueva composición de la Junta de Salvación Pública el 10 de julio da la predominancia a Robespierre, que, eliminando a Danton, introduce a los suyos en la plaza (Jeanbon Saint-André, Couthon, Hérault de Séchelles, Prieur de la Marne, Saint-Just) al lado de Robert Lindet, Barrère,

Thuriot, Gasparin, antes de penetrar en ella él mismo el 27. También el Comité de Seguridad general, reducido de 24 a 9 miembros, se encontrará bajo su control (el 9 de septiembre de 1793). Y mientras Robert Lindet preconiza usar de moderación con los extraviados, que la Montaña trata de atraer a sus adversarios, que la ley del 3 de junio procede a la venta de los bienes de los emigrados en pequeños lotes con un plazo de pago de diez años, la partición de los bienes comunales (ocho millones de arpendes) el 10 de junio, la abolición gratuita de los derechos feudales (el 17 de julio), una exención a la base de 6.000 libras para los solteros y de 10.000 para los casados en la percepción del impuesto de 1.000 millones (el 23 de junio), se instala el Terror.

Robespierre reina por medio del terror

En las provincias sublevadas por los girondinos, unos sesenta departamentos, los representantes en misión proceden a una represión feroz. En Normandía y Bretaña se habían armado milicias desde el mes de mayo, pero su reclutamiento era muy lento. Al llegar el 8 de septiembre a Burdeos, que había expulsado a los primeros emisarios de los Comités, Tallien e Ysabeau liquidaron al alcalde Saige y a 881 de sus conciudadanos. Córcega, con Paoli, está en rebeldía. También Nimes, el valle del Ródano y las principales ciudades de Provenza. Carteaux penetra en Marsella el 25 de agosto; Fréron y Barras proceden a 250 ejecuciones. Lyon, donde el extremista Chalier ha sido matado el 16 de julio, resiste hasta el 9 de octubre. Fouché y Collot d'Herbois amenazan con arrasar la ciudad y desterrar a los 60.000 obreros: 1.667 víctimas caen ametralladas en serie. Tolón, que para escapar de la misma suerte se entregó a los ingleses, sólo será ocupado el 19 de diciembre, y costará la represión un millar de vidas.

Amenazados con la requisa de 300.000 hombres, en el Oeste los campesinos han tomado las armas (10 de marzo de 1793). Empieza la guerra de la Vendea, conducida al principio por gente humilde, Cathelineau, Stofflet, y después por unos nobles, Charette, d'Elbée, La Rochejacquelein. Después del fracaso de Westermann, Kléber, Marceau y el ejército de Maguncia no dominaron la revuelta hasta después de la batalla de Cholet (17 de octubre de 1793). Luego el general Hoche conseguirá pacificar el país al coste de 4.000 fusilados (entre los cuales 1.896 en Angers). En Nantes, el borracho y vil Carrier se hizo tristemente famoso al ahogar sistemáticamente a 4.800 personas (entre las cuales numerosos sacerdotes). Entretanto, después de una parodia de justicia, en el Tribunal revolucionario (24-30 de octubre) 21 jefes girondinos fueron guillotinados en París el 31 de octubre. Por la fuerza, la delación, la guillotina, las confiscaciones, las requisas, toda clase de exacciones que, en nombre de la libertad y con la ayuda de los clubs, unos equipos terroristas, con poderes discrecionales, se encargan de imponer el ideal de los Iluminados a las recalcitrantes poblaciones. Mara no podía decir mejor cuando escribía el 30 de junio de 1790: «Bajo el seudo reino de la Libertad, estamos todavía peor que bajo el de la servidumbre. Antes teníamos 500.000 pequeños tiranos, y tenemos ahora un millón de opresores».

Lo mismo que, gracias al terror, la Junta de Salvación Pública, dictadura colegial, ejerce el gobierno, los clubs sustituyen a la administración. El de los

Jacobinos se transforma enteramente. De círculo parlamentario, cuando se titulaba «Sociedad de los Amigos de la Constitución», viene a ser un centro de agitación popular: admite el público en sus sesiones (14 de octubre de 1791), se deja invadir por los ciudadanos «pasivos» (10 de agosto de 1792), cambia su título en «Sociedad de los Jacobinos, Amigos de la Libertad y de la Igualdad» (título que adoptan sus filiales creadas en el extranjero en las huellas de los ejércitos de la República) antes de imponer sus opiniones a través de las delegaciones en la Convención (22 de agosto de 1793) y de extender sobre todo el país su red de vigilancia (montada por su Junta de Confianza, desde febrero de 1971); reconocido oficialmente, con poder de establecer listas de sospechosos (13 de septiembre de 1793), de mandar destituir a los administradores indóciles (1 de octubre de 1793), de controlar el funcionamiento de los servicios (9 de octubre) y de designar a los ciudadanos aptos para las funciones públicas (13 de noviembrede 1793), entre las cuales colocará al menos a 9.000 de sus agentes; lo que le valió una subvención de 100.000 libras de la Junta de Salvación Pública, que le debía en gran parte su existencia (brumario, 25, año II).

Si el Club de los Jacobinos gobierna el Estado, el de los Cordeleros domina la Comuna y constituye la vanguardia de la Revolución, ahora comprometida en la última fase prevista por los Iluminados: dictadura económica y transformación del régimen de la propiedad. En contacto directo con la población, que sufre duramente de la penuria, del paro y del alza de los precios, provocada por la depreciación de los asignados, la guerra y la anarquía interior, las secciones de la Comuna de París exigen, desde septiembre de 1793, una serie de medidas de coacción, que parecen impuestas por las circunstancias. A su intigación, Danton instaura el régimen de la requisa y tasación para las necesidades del ejército (4 de septiembre) y el abastecimiento de la población civil (9 y 16 de septiembre), hasta que se impongan cartas de racionamiento, en septiembre-octubre de 1793.

Con vista a satisfacer las reclamaciones populares, el decreto del 26 de julio de 1793 castiga con pena de muerte a los acaparadores, por falta de declaración o por falsa declaración. El 23 de agosto, a petición de los Federados y de su representante Royer, se declara la requisa permanente. El 29 de septiembre, se decide que la tasación de los precios quedará establecida por los distritos, sobre la base del valor de 1790, más una tercera parte, y la de los salarios, por los municipios, sobre la base de 1790, más la mitad. El 2 de noviembre, se encarga a Robert Lindet dirigir una oficina del «maximum» y de preparar la primavera próxima una tasación general de las mercancías del productor al consumidor (3 de ventose, año 1794). Medidas que serán completadas por el control del Estado sobre importaciones y exportaciones.

Esto para empezar. Puesto que los dirigentes nutren unos proyectos mucho más ambiciosos, conformes con las ideas de Mara y con las promesas hechas, el 15 de octubre de 1790, por Bonneville y Claude Fauchet, cuando la inauguración del Club de los «Amigos de la Verdad», en el circo del Palais-Royal, es decir, no sólo la libertad, la igualdad y un «pacto federativo entre el género humano», sino también «la propiedad». Mientras el abad Jacques Roux (en cuya casa Mara buscó refugio algún tiempo) y Jean Varlet dirigen una campaña contra los acaparadores y en favor de la circulación forzosa de los

asignados (con la ayuda de Dodieu, de Lyon, que viene a establecer el enlace con París en octubre), otros van más lejos: Momoro, miembro influyente de los Cordeleros, hace propaganda para la partición de las tierras; Hedin, de Lyon, propone un proyecto de nacionalización de 25 artículos; Lange, oficial municipal de la misma ciudad, sugiere confiar al Estado y a una regia con capital de 1.200 millones la tarea de almacenar las cosechas, idea que recogerá Barrère —quizá sólo para la forma— el 9 de agosto de 1793, considerando la creación de un granero en cada distrito.

Como los primeros comisarios enviados por la Comuna para aplicar este programa en las provincias se vieron echados brutalmente (22 de septiembre de 1792), se pidió la creación de milicias rojas capaces de apoyar su acción. Y para forzar la mano de los Comités, poco inclinados a tolerar fuerzas que escaparan a su control, se lanzó otra vez al «pueblo» a la calle. Los días 4 y 5 de septiembre tuvo lugar una manifestación en pro del ejército revolucionario y del terror, que, según Royer, debía ser «puesta al día» (30 de agosto). El motín consigue la entrada de Billaud-Varenne y de Collot d'Herbois en la Junta de Salvación Pública. El 17 de septiembre, a propuesta de Merlin de Douai, se vota una ley, muy amplia, contra los sospechosos. Completada por la ley del 22 de «prairial» (10 de junio de 1794), deja prever una inmensa «razia». Las fincas de 300.000 familias, podrán ser confiscadas (26 de febrero de 1794), para ser distribuidas «gratis» (sesión común de los Comités de los días 4-5 de «thermidor») a unos «patriotas», cuya lista se ordena establecer por un decreto de «ventôse» (3 de marzo de 1794). El 23 de octubre se nombra una Comisión de Abastecimiento de tres miembros, que ejerce una verdadera dictadura económica. Jacques Bidermann (del cual hemos hablado en el precedente capítulo) será la flor de esta institución.

Pero se vuelve contra los «fanáticos» o «rabiosos»

Sin embargo, la suprema tentativa de los «rabiosos» para conquistar el poder les será fatal. Asustados por la agitación de los clubs, los Comités intentaron reducir a dos por semana las reuniones de las secciones de París. Entonces los jefes de los Cordeleros, Dubuisson, el judío Jacob Pereira y el negociante de vinos Desfieux (los dos de Burdeos) intensificaron la formación de sociedades populares que federaron en un Comité central, que acaso sustituyera a la Convención, a la Junta de Salvación Pública y quizá a la misma Comuna. Desde el 11 de «ventôse», Momoro y Carrier prepararon abiertamente la insurrección que permitiera la designación de su amigo Pache como «Gran Juez».

Antes de llegar a alcalde de París y de conducir con Chaumette los alborotos del 5 de septiembre, este Pache había sido nombrado ministro de la Guerra, en sustitución de Servan, designado para mandar el ejército de los Pirineos. Se le llamaba el «honesto» Pache, quizá por antinomia con un abuelo suyo, Jean-François, fallecido en 1762, dejando un «hueco» de 50.000 libras en la Caja de la Cámara del Trigo de Ginebra, de la cual era tesorero. Sin embargo, los Pache habían prosperado. Asociados con Etienne Banquet y enlazados con Isaac Panchaud en 1775, habían sido corresponsales en París de los riquísimos judíos de Burdeos, Gradis. Al llegar al ministerio de la

Guerra, Françoise-Benjamin Pache limpió todas sus oficinas: llamó a los más duros de los patriotas, aceleró la «valsa» de los generales... y el relevo de los suministradores del antiguo régimen, los d'Espagnac, Masson, Doumerc, por una pandilla de judíos de Alsacia, comanditarios de la Revolución: Bidermann, Max Beer, Cerf-Beer, Piek y Moselman, que se encargaron de vestir a los sin-calzones (sans-culottes) con trapos.

Los conjurados disponían de considerables apoyos. Además del ministro de la Guerra, Bouchotte, sucesor de Pache, y de su secretario general Vincent, del príncipe Carlos de Hesse, general jacobino, de Ronsin, jefe del «Ejército revolucionario», estos «niveladores» poseían unos potentes amigos financieros. Hébert, el «Padre Duchesne», sustituto del procurador de la Comuna, está muy bien con el banquero holandés Kock. El banquero belga Walckiers, del partido vronckista, les apoya también. Otro colega suyo, Bertold Proli, primo hermano de Anacharsis Clootz (amigo y cliente del banquero holandés van den Yver), es uno de sus jefes. Su influencia se extiende desde Dumouriez a numerosos «montañeses»: Danton, Camille Desmoulins, Hérault de Séchelles, Bentabole, Jeanbon Saint-André, Jay de Sainte-Foix, Desfieux (del Comité de Correspondencia de los Jacobinos).

Puesto que la mayoría de sus dirigentes, quedándose a caballo sobre los dos clubs, pretenden infiltrarse entre los jacobinos. Ahora, trabajando a la integral realización del programa de los Iluminados, lanzan una nueva ofensiva de descristianización. Esta vez, contra el mismo Clero constitucional. El 16 de «brumaire», una delegación, integrada por Clootz, Pereira y otros, presiona al obispo «jurador» de París, Gobel, y a Grégoire para que dimitan; el primero se inclina, el segundo se niega. El 10 de noviembre, durante una fiesta cívica, la diosa Razón sube al altar de «Notre-Dame», y el 23 de noviembre (siguiendo el ejemplo de Chaumette y de la Comuna de París, que prohibieron todo culto exterior, el 23 de «vendémiaire») se decreta el cierre de todas las iglesias.

Pero esta vez, Robespierre, deísta como Rousseau, reacciona. El 1 de «frimaire» en los Jacobinos, fulmina contra el ateísmo. Para prevenir la insurrección preparada por los «rabiosos», de acuerdo con Couthon y Billaud-Varenne, manda detener, los días 23 y 24 «ventôse» (14-15-de marzo de 1794) a los jefes hebertistas Momoro, Ronsin, Mazuret, Vincent, Leclerc, Bourgeois, Clootz, Proli, Kock. Desfieux, Pereira, Dubuisson. Durante el proceso (1 al 4 de «germinal») se descarta a Carrier, Hanriot, Boulanger, Pache, Westermann, y provisionalmente a Danton. Los otros 18 suben al cadalso con Hebert el 24 de marzo. Les seguirá Chaumette el 13 de abril con otra hornada, incluyendo Gobel y la viuda de Hebert.

Luego, continúa la depuración. Después de liquidar a estos «agentes del extranjero» (léase Iluminados) que fustigó en la Convención el 27 de «brumaire» como «austríacos» porque les apoyaban banqueros belgas y holandeses, Robespierre se vuelve contra los «bribones» y los políticos traficantes de la pandilla «anglo-prusiana». Aquellos que han vendido sus servicios a los potentes amenazados por las medidas draconianas de la Junta de Salvación Pública y de la Convención contra los financieros: cierre de la Bolsa (27 de junio de 1793), abolición de las sociedades anónimas (24 de agosto), secues-

tro de los bancos y casas de cambio extranjeras (7 de septiembre) (este decreto, anulado el 13, ha servido para aplazar el pago, en condiciones desfavorables de cambio, de 30 a 40 millones de libras-oro que debían unos banqueros franceses en Amsterdam y Londres), confiscación de las especies y de los lingotes (13 de noviembre)... y contra todos los extranjeros, a excepción de los americanos y suizos (1 de agosto).

... y contra los «bribones»

En primer lugar, se destaca Chabot, que mediante 2.000 libras consiguió abrir los sellos de los banqueros ingleses Boyd y Kerr (7-8 de septiembre) y facilitarles pasaportes un mes más tarde. Este revolucionario, de corazón abierto, previene también de una pesquisa inminente (él mismo procederá a su inventario) el 6 de septiembre a sus amigos «Frey», dos judíos de Moravia (llamados en realidad Siegmund Gottlob y Emanuel Dobruski), ex-suministradores de José II, infiltrados en Francia en 1787, por Laveaux de Estrasburgo, y cubiertos por sus amigos jacobinos, Luis del Bajo-Rhin, Bentabole, Simond, Richard, Gaston, Pierry y Chabot, trafican de todo. Agradecidos, el 6 de octubre, ofrecen a su hermana Leopoldina, con una dote de 200.000 libras en matrimonio al ex-capuchino Chabot, que declara con ingenuidad a la Convención que adopta una vida ordenada. Pero como necesitaba dinero para instalarse, traficó todavía más en la liquidación de la Compañía de las Indias, decretada el 8 de octubre.

Protegida por Clavière (hasta su detención con los girondinos el 2 de junio de 1793), la Compañía se encontraba atacada por todas partes. Cuando sus acciones habían subido de 600 a 1.200 libras, ahora Delaunay de Angers la acusaba del acaparamiento de 15 millones de mercancías (9, 18, 26 de julio de 1793), Fabre de Eglantine de seis millones de fraude contra el Estado (abriendo un «libro interior de transferencias» para escapar del registro de mutaciones instituido por Delacroix y Delaunay el 22 de agosto de 1792), y, el 25 de agosto, Julien de Tolosa de apoyo a la contrarrevolución. Luego fue nombrada una comisión de encuesta de cinco miembros, a la que Fabre se unió. Jugando a la baja de la Compañía que atacaban, estos «filibusteros» esperaban sacar de su «combinación» un beneficio de unas 500.000 libras.

Pero, como en su informe del 8 de octubre, Delaunay se manifestó tan indulgente como severo antes, Robespierre protestó. Prudente, Fabre aceptó que el Estado sea encargado de la liquidación, pero, con Delaunay y Basire, redactó un texto admitiendo la liquidación por la misma Compañía, «según sus estatutos», y las transferencias, salvo en el caso de fraude probado. Entonces, presos de pánico, los implicados se denunciaron unos a otros. Chabot y Basire a Delaunay y Julien. Fabre reveló a Robespierre en sesión común de los Comités, el 12 de octubre, los desmanes de los «austríacos» de enfrente, pero también la actuación de Chabot, Julien y Hérault de Séchelles. Enloquecido, Chabot acusó al barón de Batz pero también a sus acólitos. De manera que Fabre, acusado también por el hebertista Delaunay, excluido de la encuesta que conducía Amar, del Comité de Seguridad general (6 de «nivôse»), fue reunido el 24 12-13 de enero de 1794) con sus amigos detenidos desde el 26 de «brumaire» y se fue al cadalso con ellos y Basire el 5 de abril. En

cuanto a los administradores de la Compañía, encarcelados el 26 de «ventôse» pero relajados después de «thermidor», procedieron a su liquidación, repartiendo 121,5 millones entre sus accionistas y reclamando al Estado 3,4 millones que les debía.

Sin embargo, Danton, al tratar de defender a Fabre, su íntimo colaborador proporcionaba un blanco fácil a Robespierre, que le reprochaba por otra parte su indulgencia y sus tentativas para reagrupar a la oposición. Entonces se produjo un incidente fatal: como todos presenciaban el espectáculo de una obra de Legouvé, «Epicharis y Nero», al escuchar la réplica «¡Mueran los tiranos!», Danton y sus amigos instintivamente miraron a Robespierre. Unos días más tarde éste les amenazó en la Convención (el 30 de «ventôse»): «¡Una pandilla acaba de expirar (los hebertistas fueron arrestados el 13 de marzo)... si la Convención quiere aplastar a la otra, la Patria será salvada!» Allí está Danton en el banquillo. El 10 de «germinal» (31 de marzo), queda detenido, con Camille Desmoulins, Delacroix y Phelippeaux. En su requisitoria, Saint-Just repite todas las antiguas acusaciones, sus intrigas con los Orléans, sus tortuosas maniobras con Dumouriez, durante sus misiones en Bélgica (del 30 de noviembre de 1792 al 14 de enero de 1794) para la reunión de este país a Francia, y durante el mes de marzo (cuando cubrió al general, acusado por la Convención el 1 de abril). Le denuncia también, con su colega Delacroix, por el desfalco de 400.000 libras durante esta misión. Para sofocar la voz del tribuno, el juez Herman escamotea el proceso, rechaza a los testigos y pronuncia la sentencia «en la ausencia de los acusados» (13-16 de «germinal»). El 5 de abril, Danton y sus amigos, Desmoulins, Hérault de Séchelles, Fabre de Eglantine, se van a la guillotina, en compañía de los «bribones», Espagnac, los Frey y Guzmán.

Robespierre, ahogado por su aislamiento

Cuando celebra al «Ser Supremo» con una fiesta en las Tuileries y una procesión en el Campo de Marzo (el 20 de «prairial»=8 de junio), después de obtener que la Convención confirme la libertad de los cultos (el 18 de «frimaire»=6 de diciembre de 1793), Robespierre, presidente de los Jacobinos desde el 12 de agosto, y de la Convención desde el 21, amo de la Junta de Salvación Pública una vez «liquidados» sus enemigos, parece detener un poder absoluto. No se da cuenta de que, al castigar a los extremistas, ha suspendido la marcha de «su» Revolución. Pertenece a esta clase de «tenores» de la política, que en su altivez se creen genios providenciales, cuando sólo llevan el papel de monigotes sangrientos. Porque no tiene capacidad de hombre de Estado. El que fustigó a Barnave y a los Lameth en los Jacobinos, proclamando: «¡Perezcan las colonias, más bien que un principio!», no pasa de ser un estrecho sectario. Partidario de la «alianza eterna de los pueblos contra los tiranos», convencido de que Francia debe luchar «para extender sobre la tierra el reino de la justicia y de la libertad», no es, en principio, hostil a la guerra pero no quiere hacerla antes de «limpiar» el interior, y cuando ya está allí, pretende eliminar a generales y oficiales, ejecutándolos. Considera con gusto la posibilidad de negociar la paz, y rompe las relaciones diplomáticas, a excepción de los Estados Unidos y de Suiza; manda a María-Antonieta al cadalso (16 de octubre de 1793) y después pide al conde de

Monthaillard sondear a Mercy-Argenteau en Bruselas y a Pitt en Londres, con vista a entablar conversaciones de paz. Antes de todo, como lo expone en sus «Principios de moral política», quisiera regenerar al país, para que un pueblo «frívolo, amiable y miserable», llegue a ser «magnánimo, potente y feliz» (17 de «pluviôse»). Para conseguir esto, proclama que «el pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma» (18 de «floreal»). En realidad, interpretando a Montesquieu y a Rousseau, llega a la aberrante fórmula: «República=Virtud, Virtud=Terror, Terror=Despotismo». En el mismo momento en el cual da un ejemplo a los «thermidorianos», con unas medidas de distensión, desbandando el ejército revolucionario de Ronsin (7 de «germinal»), mandando volver a 21 representantes en misión, tiranos de provincias, aboliendo algunos tribunales de excepción (19 de «floreal»), sacando de Vendea a los verdugos Rossignol y Thureau, jefes de las «columnas infernales» (8-24 «floreal» y 4 de «prairial»), destituyendo a los comisarios contra el acaparamiento (12 de «germinal»), descontenta a los obreros de las fábricas de guerra, imponiéndoles un techo de salarios y amenaza con requisar a los de transportes (15 de «floreal») y escoge el momento en el cual el enemigo ha sido rechazado de las fronteras para reforzar el Terror y promulgar la innoble ley del 22 de «prairial», presentada por Couthon, que quita a los acusados delante del Tribunal revolucionario todo medio de defensa (ni interrogatorio ni defensores).

Va aislándose más y más. Y enfrentándose más con sus propios colegas de la Junta de Salvación Pública, excedidos por sus pretensiones. «¡Sois ridículos dictadores»!, le replica Carnot, a él y a su fiel Saint-Just. «¡La Patria no se identifica con un hombre!», le contesta Robert Lindet, a propósito de la desgracia de Fouquier-Tinville, que ha perdido su confianza. Entonces se enfada y se refugia en los Jacobinos. O se pasa el día despojando y anotando las denuncias que recibe la oficina de policía general que acaba de crear bajo el control de la Junta de Salvación Pública, porque ya desconfía de Amar y de sus colegas del Comité de Seguridad general. Y no reaparecerá hasta el 5 de «thermidor», después de sellar contra él la alianza de todos los que se sienten amenazados por sus acusaciones imprecisas, sus colegas de los Comités como los «bribones», los representantes en misión, los Fouché que expulsó de los Jacobinos (el 26 de «messidor»), como los Tallien (cuya esposa mandó detener el 3 de «prairial»), como tantos otros.

Delante de la Convención, el 8 de «thermidor», después de un gesto hacia el «pantano» del centro, al tomar la defensa de los pequeños rentistas amenazados por la ley de conversión del 23 de «floreal», Robespierre ataca al ministro y al Comité de Hacienda. ¡Grave imprudencia! Cambon replica en forma tajante: «¡De esto apelo a Francia!» Y llama la atención sobre el peligro que hay en hacer el juego a los agitadores extranjeros, cuando se tolera en su entorno gente tan sospechosa como el banquero suizo Haller (íntimo amigo de Augustin Robespierre), y concluye: «Un hombre solo paraliza la voluntad de la Convención nacional: ¡Robespierre!» Perturbado por este ataque directo, el «incorruptible», tal un discípulo regañado por su maestro, se disculpa: «¡Nunca me he ocupado de estos asuntos!» ¡Así que ignoraba la «Intendencia»!

¡Entonces se tocó a muerte! Entraron en liza Bentabole, Charlier, Amar,

Thirion, Barrère, Panis, pidiendo a gritos la lista de los próximos proscritos. Y al día siguiente, tuvo lugar la ejecución (9 de «thermidor»=27 de julio de 1794): la interrupción brutal de Saint-Just por Tallien, la ocupación de la tribuna por Billaud-Varenne, la negativa de la palabra a Robespierre, acometido con clamores de «¡Abajo el tirano!», su detención y la de sus acólitos, Saint-Just, Lebas, Couthon. Un momento, Hanriot y Coffinhal consiguieron liberarlos pero fracasaron al intentar sublevar al pueblo, aunque, desde quince días, previendo incidentes graves, se habían empeñado con Boulanger y Dumas (presidente del Tribunal revolucionario) en reagrupar a los más duros «sans-culottes» (sin calzones). No hay más entusiasmo. Padeciendo los efectos de la penuria y de las privaciones, sin más ilusiones sobre la eficacia del «maldito máximo», ya fastidiados de arengas y de sangre, los seccionarios no se levantaron para salvar al tirano que condujo a la guillotina a los jefes de sus clubs, Cordeleros y hebertistas. La noche, y quizá alguna consigna secreta, bastó para dispersar a los que se habían concentrado en la plaza de «Grève». De manera que Barras no encontró resistencia alguna cuando se presentó en el Hotel de Ville, en la madrugada, al frente de las secciones moderadas de la capital, para detener a Robespierre y a los suyos, después de que hayan sido declarados fuera de la ley, a iniciativa de Barrère, los dirigentes de la Comuna. Perecieron en la guillotina, en dos equipos, 22 el 28 de julio, y 70 el día siguiente.

Como Danton, condenado sin una palabra por el Tribunal revolucionario que él mismo había creado, Robespierre y sus acólitos caían víctimas del Terror, por ellos desencadenado, de este gran Terror, que, entre el 23 de «prairial» y el 8 de «themidor», había descolgado 1.376 cabezas, y que tenía otras 7.800 en reserva cuando se abrieron las puertas de las cárceles (el 4 de agosto). En total y en todo el país, de entre 300.000 a 500.000 sospechosos detenidos, habían sido sentenciados a muerte 17.000. Pero, con las ejecuciones sumarísimas, la cifra alcanzó 35.000 a 40.000. Cuando se examina la lista, lo que sorprende es la gran cantidad de gente humilde que figura en este martirologio: ¡31 % de obreros o artesanos y 28 % de campesinos! A pesar de la insistencia de algunos, como Barrère, para que continúe este régimen, esta vergonzosa página de la Revolución no tardará en volverse. El Club de los Jacobinos, que permitió y cubrió estos desmanes, evacuado el mismo 9 de «thermidor» por Legendre, y reabierto el día siguiente, fue disuelto y definitivamente cerrado por Fréron el 22 de «brumaire», año III=12 de noviembre.

Cambon contra el derroche y la quiebra de los asignados

Mientras en el remolino de la guerra extranjera, de la guerra civil y de una verdadera guerra de religión, las facciones rivales se mataban entre sí, ¿que hubiera sido de Francia, al no encontrarse entre los mismos jacobinos unos hombres enérgicos, capaces de poner orden en la Administración, empezando por la de Hacienda, y de reorganizar el ejército? Cambon y Carnot, que por poco escaparon de la ciega vindicta de Robespierre, fueron estos hombres, y con este título, merecen el respeto.

Según principios económicos generalmente erróneos y por medios, las más de las veces, condenables, Cambon asumió la temible tarea de alimentar el

Tesoro público en período de completa anarquía interior, con ingresos tan reducidos como inciertos, y prácticamente sin presupuesto: empresa desesperada. «Los asignados, decía, nos hacen una guerra desastrosa» (20 de mayo de 1793). La Asamblea legislativa como la Convención, los girondinos como los «montañeses», los jacobinos como los Cordeleros, estaban demasiado ocupados en su palabrería sobre los «grandes principios» como para dedicarse a cuestiones tan triviales como la recaudación de los impuestos. Según Clavière, el 25 de febrero de 1793, existían 851 millones de atrasados.

En tales condiciones, no había más remedio que recurrir a la inflación y proceder a nuevas confiscaciones. Evaluando en 3.000 millones de libras los bienes de los emigrados (1 de febrero de 1793), Cambon emitió 400 millones de asignados (el 24 de octubre de 1792), y después de la supresión de la Caja del Extraordinario (el 4 de enero de 1793) una nueva tanda de 800 millones el 1 de febrero y luego otra, el 7 de mayo, de 1.200 millones. Paralelamente, se acentuaba la depreciación, alcanzando 48 % en febrero de 1793, 57 % en abril; y bajando el asignado a 22 en agosto. Sin embargo, se intenta reaccionar. Precursor de la «tercera parte provisional», Bentabole reclama, el 5 de junio, el pago en un plazo de un mes de la tercera parte de la contribución forzosa de 1.000 millones sobre los ricos, decretada el 20 de mayo. El 17 de julio, se exige para el 1 de noviembre el pago de los impuestos atrasados. Vernier y Chabot tratan de obtener la progresividad del impuesto, lo que no permite la Constitución, al proteger íntegramente la propiedad. Entonces se decide el 31 de julio la desmonetización de los asignados con la cara del rey, con el fin de sacar unos 354 millones de ellos de la circulación.

Y se inician más importantes reformas. El 24 de agosto de 1793, se abre un Gran Libro de la Deuda pública, donde se inscriben las rentas sobre el Hotel de Ville y las otras (100,8 millones de rentas), la Deuda a plazo (415,9 millones en capital), la de liquidación de los oficios (625,7 millones) y la de asignados (de 5.100 creados, han sido emitidos 4.615 y circulan 3.775-558,5 desmonetizados=3.217 millones). De esta reforma, Cambon esperaba la reducción de las antiguas cargas gracias al visado, la posibilidad de descontar fácilmente los impuestos, de anular cerca de 1.000 millones de asignados para el 1 de diciembre, de destinar 1.600 millones más a la compra de bienes nacionales y a cubrir un empréstito voluntario, cuyos suscriptores serían exentados de la contribución forzosa (instituida como contraste el 3 de septiembre de 1793) y admitidos a suscribir colectivamente títulos de 1.000 libras para comprar bienes nacionales. Operación bastante coherente, pero suponiendo una confianza que no existía entre el público. No brindó más de 180 a 200 millones, entre los cuales 125 de la contribución voluntaria: una gota de agua.

Una gota de agua en el tonel calado de las finanzas revolucionarias, en las que reinaban la demagogia y el derroche. Aboliendo a los inspectores de las listas no parece el modo más seguro de mejorar los ingresos (4 de diciembre de 1793). Para conservar su clientela, la Comuna se empeña en proporcionarle pan barato —relativamente— y socorros. En 1792, compra harina a 62,65 libras el saco para venderla a 54. Y el servicio de la «anona» sigue manteniendo artificialmente el precio del pan a coste de millones. La Caja de Socorro emite en junio de 1792 por un valor de 17,6 millones de papel (con una prenda de cinco). Después de pedir sus cuentas a Bidermann,

Cambon evalúa el pasivo en cinco millones y ataca a los suministradores del Estado con duras palabras: «Esta raza de financieros y contratistas devoradora, parece peor que bajo el antiguo régimen». A pesar de esto, el abastecimiento no es bueno. La penuria provoca alborotos, como los de los días 24-25 de febrero en el barrio de los Lombards. Las requisas, el «máximo» tienen como consecuencia encarecer la oferta. La inflación, la depreciación de los asignados provocan el alza de los precios. Hasta el abastecimiento de los ejércitos se efectúa mal, a veces contraviniendo las leyes en vigor, puesto que hay que pagar por encima de la cotización y con especies, lo que no se puede obtener con asignados.

El mantenimiento de los elementos de choque y de los cagatintas de la Revolución cuesta caro, da lugar a chillones abusos. Cambon tendrá que esperar a «thermidor» y a la reacción contra los clubs para suprimir las fichas de 40 sols cobrados por los comisarios en beneficio de sus «duros» de los seccionarios, cuyo número hinchaban tres o cuatro veces (4 de «fructidor»). Y para intervenir con los 540.000 «vigilantes», cobrando tres libras al día que cuestan 591 millones al año al Estado. «Pronto, dirá él, serán asalariados las dos terceras partes de los franceses» (23 de «fructidor»). Contra toda regla administrativa, se tolera que los representantes en misión saquen dinero de los fondos públicos (9 de abril de 1793), lo que equivale a organizar la dilapidación. Es verdad que, en compensación, imponen tasas arbitrarias sobre «los ricos» (por un valor de 31.4 millones con sólo justificaciones de gastos de 9,8 millones el 13 de «frimaire» año III), exigiendo ingentes multas que no pagan siempre (como el rico banquero judío de Burdeos Peixotto, que de 1.2 millones de libras pagó 67.646), o enviándoles a la guillotina para confiscar sus bienes (como el alcalde de Burdeos, Saige, cuya ejecución, ordenada por Tallien, brinda 10 millones), depojando las iglesias, arramblando con los metales preciosos. Fouché, en Moulins, y Lebon, en Arras, se destacaron en esta clase de «razzia». Lo que se llama «acuñar moneda en la plaza de la Revolución», mandando sistemáticamente a los ricos al cadalso.

Pero con tales remedios, peores que el mal, se debe acelerar el ritmo de la inflación. Como la guillotina, la lámina de billetes funciona sin parar. Las emisiones de asignados se suceden cada vez más importantes a un ritmo cada vez más rápido: 2.000 millones el 28 de septiembre de 1793, con el pretexto de sustituirse a los antiguos; 500 millones el 10 de diciembre; 1.200 millones el 19 de junio de 1794. La circulación real ha sido duplicada entre el 24 de agosto de 1793 —3.217 millones— y el 28 de julio de 1794 (9 «thermidor») —6.400—. Se duplicará otra vez en menos de un año: 11.000 a 12.000 millones al final de 1795 (con la emisión de 3.000 millones el 26 de «fructidor»=13 de septiembre de 1794; de 600 millones el 6 de «vendémiaire»=28 de septiembre, y de 7.000 millones entre final de diciembre de 1794 y final de junio de 1795, de «nivôse» a final de «prairial»). Para llegar a cerca de 19.000 millones (18.993 millones, de 29.430 fabricados) el 22 de «brumaire»=14 de noviembre de 1795 (con la emisión de 3.887 millones en «messidor»-«thermidor»=junio-julio de 1795; de 4.000 en «fructidor»=agosto y de 8.000 en «brumaire»=final de octubre) y 38.849 millones el 8 de «pluviose»=29 de enero de 1796. En total, se fabricaron 45.581 millones.

Entonces, a pesar de la obligación de estipular en asignados los contratos tanto del Estado como de los particulares (8 y 11 de abril de 1793), no obstante las penas decretadas para castigar la negativa del pago en asignados o las críticas a este medio de pago (1 de agosto; 5 de septiembre de 1793), la depreciación va acentuándose, siendo la caída vertiginosa después de final de mayo de 1794. De manera que no se puede pretender, como lo hicieron algunos historiadores para salvar la reputación de su gran hombre, Robespierre, que fueron la flexibilización y luego el abandono del máximo y la especulación que siguió «thermidor» los responsables del hundimiento del asignado. Entre febrero de 1793 y final de mayo de 1794, cayó de 53 a 34 —y hasta a 15 en Alsacia—, perdiendo 18 puntos en dieciséis meses, o sea una media de 1,125 al mes. Entre final de mayo de 1794 y final de julio de 1795, se hundió constantemente, de 34 a 2, perdiendo 32 puntos en catorce meses, o sea al ritmo medio de 2,285 al mes. La tendencia, entonces, cayó en mayo con un ritmo duplicado. A 0,70, es decir, prácticamente sin valor, a final de octubre de 1795; proseguirá su existencia miserable hasta el 19 de febrero de 1796, fecha de la solemne destrucción de la lámina de billetes, en la plaza Vendôme. Naturalmente, entretanto, el luis de oro, que cotizaba 75 libras en julio de 1794, alcanzó 2.000 el 27 de octubre de 1795, 3.000 el 7 de noviembre, 4.500 en la mitad de diciembre, para llegar a 6.500.

En circunstancias tan inestables, el responsable de Hacienda no puede hacer previsiones, sino al mes, y muy precarias. Deberá esperar hasta el año V (1797) para restablecer la contabilidad pública, bloqueando en un solo ejercicio el período de 1791 al 1 de «vendémiaire» año III (22 de septiembre de 1794). Mientras tanto, Cambon evaluaba los gastos de guerra a 2.400 millones entre el 1 de mayo de 1789 y el 1 de septiembre de 1793 (el 24 de marzo de 1794), y a 300 millones al mes (el 4 de noviembre de 1794) los gastos del Estado (sólo cubiertos en una quinta parte por los ingresos). Así el déficit aumentaba de 116 millones en agosto de 1792, a 360 en marzo-abril de 1794, para retroceder a 226,5 en junio-julio («thermidor»), y subir a 371 a final de diciembre (con 428 de gastos) y a 434 a final de enero de 1795 (con 565,5 de gastos).

Hasta que no se llegara a recaudaciones normales de ingresos, no se podía recurrir sino a expedientes provisionales. Cambon intentó (el 23 de «floreal» año III=12 de mayo de 1794) una conversión de rentas vitalicias (100,6 millones para 1.090 en capital, al 1 de enero de 1793) para reducir su carga a la mitad, pero se enfrentó con Robespierre y los interesados, a los que tuvo que dejar una real opción. Otros expedientes: la confiscación de los bienes de los ingleses y de los extranjeros en guerra contra Francia (10 y 16 de octubre de 1793); la ley de separación entre la Iglesia y el Estado (16 de septiembre de 1794), cuando en realidad desde el 18 de septiembre de 1793, los sacerdotes, en vez de sueldo no recibían más que «socorros»; la venta de los bienes mobiliarios de los emigrados (6 de «ventôse» año III=26 de febrero de 1794).

Por fin, en su informe del 23 de «floreal» año IV=12 de mayo de 1795), Vernier propuso un plan de saneamiento de los asignados. Reabsorción de 5.425 millones de asignados: con la desmonetización de 1.025 millones con la cara del rey; con el pago anticipado en dos meses de 2.200 millones (de un

total de 2.500) todavía debidos por los compradores de bienes nacionales; con la recaudación de 700 millones de impuestos atrasados, bajo amenaza de un recargo de 1/5; con el reembolso por los municipios de 500 millones de un total de 2.000 adelantados; con una lotería de 1.000 millones sobre las casas de los emigrados. De este programa, demasiado optimista, sólo se aplicó la desmonetización.

Aplastamiento de los extremistas

No se podían restaurar las finanzas sin restablecer previamente un mínimo de orden y de paz social. Por esta razón, una violenta contraofensiva de los extremistas de las sociedades populares (prohibidas el 16 de octubre de 1794) fue reprimida con severidad. Precedida con una tentativa fallada de detención de Babeuf, de Montdidier, conocido por sus campañas contra el impuesto y por su «igualitarismo», agitador, con Varlet, del «club electoral» (el 3 de «brumaire»=24 de octubre de 1794), y con la encarcelación efectiva de Carrier, el «ahogador» de Nantes (el 21 de «brumaire»=12 de noviembre), con el cierre de los Jacobinos, dispersados por los garrotes de la juventud dorada, de los «muscadins» (currutacos) de Fréron (22 de «brumaire»=12 de noviembre), y de los clubs de los suburbios Saint-Antoine y Saint-Marceau... dos «jornadas» revolucionarias todavía pusieron en peligro la Asamblea, aunque Sieyes se haya preocupado de protegerla (1 de «germinal»=20 de marzo de 1795).

El 12 de «germinal» (1 de abril de 1795), las columnas de amotinadores, al mando de van Eck, se precipitaron contra la Convención, gritando: «¡Pan y la Constitución del año I!» El general Pichegru los contuvo y la «Montaña» perdió a sus jefes, Barrère, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois, denunciados en un panfleto por Méhée (desde el 9 de «fructidor»=26 de agosto de 1794) como «la cola de Robespierre», detenidos con Vadier desde el 12 de «ventôse»=3 de marzo de 1795, desterrados a la Guyana, mientras Cambon (decretado de arresto el 14 de «germinal» con otros 16 jacobinos, entre los cuales Thuriot, Pache y Rossignol) buscaba refugio en Suiza (el 16=5 de abril).

Pero continuaba la agitación. El motín del 1 de «prairial»=20 de mayo de 1795 se prolongó durante varios días. Fue invadida la Asamblea, y Féraud, matado. Pero los Comités, refugiados en el Comité de Seguridad general bajo la protección de Raffet, apoyados por las secciones y la Guardia nacional (reorganizada el 17 de abril), consiguieron que sea evacuada después de ocho horas de ocupación. El día siguiente, 60.000 hombres se encontraron enfrentados, y los cañoneros de la Asamblea desertaron: luego una delegación fue admitida a la sesión y todo concluyó, al parecer, con abrazos. Pero como el gobierno quería terminar con estos desmanes y sanear el absceso, el 3 de «prairial» las tropas de los generales Menou y Joaquin Murat cercaron el suburbio Saint-Antoine, que depuso las armas el 4. Esta vez, la represión fue más dura: 60 diputados excluidos, 13 detenidos, seis entre suicidados y ejecutados; 36 sentencias a muerte; 10.000 desterrados, entre los cuales Lindet, Jeanbon Saint-André, David, Prieur de la Côte d'Or.

Termidor: distensión económica

Entonces se intensifican las medidas de distensión, que se sucedían desde «thermidor», en el plan económico como en el político y religioso. Ley contra los emigrados (25 de «brumaire»=15 de noviembre de 1794), menos abusiva que la del 28 de marzo de 1793, y permitiendo reclamaciones. Limitación de las requisas y levantamiento del máximo, calculado sobre la base de 1790+2/3 (19 de «brumaire»=9 de noviembre), antes de llegar a la supresión total, (el 4 de «nivôse»=24 de diciembre de 1794). Pero la alineación de los precios provoca un encarecimiento de las mercancías que el duro invierno de 1794-95 agrava todavía más. ¡Ojo! El índice del coste de la vida en París subió de 100 en 1790 a 5.340 en noviembre de 1795. Los cabecillas de «prairial» no faltaron en explotar la miseria que resultaba de tal situación, mientras unos aprovechadores realizaban beneficios escandolosos. La ley de los días 12-15 de «prairial»=31 de mayo-3 de junio de 1795, autorizando a los portadores de asignados (comprados a un precio nulo) recibir bienes nacionales al precio de 75 veces la renta de 1790, sin subasta, tuvo que ser anulada, por abusiva.

Para preparar el regreso a condiciones normales, se necesitaba ayudar a todos los que vivían con rentas fijas. Con este objetivo, y también para incitar a los contribuyentes en pagar el atrasado de sus impuestos y a los compradores de bienes nacionales en anticipar sus pagos, la ley del 3 de «messidor»=21 de junio de 1794 creó una escala móvil, sobre la base de una circulación de 2.000 millones en 1789 y de 12.000 en la época, con un incremento de una cuarta parte para cada tanda de emisión de 500 millones de asignados. Pero se aplicó con timidez a los rentistas (durante el segundo semestre del año IV), a los funcionarios, después de reorganizar la administración, y a los propietarios se les negó beneficiarse de ella.

Entonces, para volver a los valores reales, se exigió el pago en natura, en granos, de la mitad de la contribución territorial (2 de «thermidor»=20 de julio de 1794). El 4, se restableció el impuesto de la patente (sobre las tiendas). El 7, una contribución personal y suntuaria, con exoneración en la base, fue sustituida a la contribución mobiliaria, suprimida el 23 de «nivôse»=12 de enero de 1795. Se reforzó el control sobre la Hacienda, nombrando cinco comisarios a la Tesorería y cinco a la Contabilidad Nacional. Se intentó reglamentar la Bolsa (20-28 de «vendémiaire»=12-20 de octubre de 1795), restablecida el 6 de «floreal»=25 de abril de 1795, y cerrada de nuevo en diciembre de 1795. Los funcionarios padecían tantos apuros que el Directorio, instaurado el 9-10 de «brumaire»=31 de octubre-1 de noviembre de 1795, debió prometer pagar su sueldo sobre la base de treinta veces la cifra de 1790 (cuando con el asignado a 0,70, se debería multiplicar por 142) (7 de «frimaire»=28 de noviembre de 1795).

Apaciguamiento político

Mientras tanto, en el plan político, intervenían medidas de apaciguamiento: neutralización, a iniciativa de Lecointre, de las comisiones populares de los sospechosos, abolición de la ley del Terror del 22 de «prairial» (13 de «thermidor»=2 de agosto de 1794), liberación de 2.615 detenidos, de un total de

7.293 (23 de «thermidor»=11 de agosto de 1794), reintegración de 76 girondinos, excluidos de la Convención (18 de «frimaire»=9 de diciembre de 1794), suspensión de la venta y luego restitución de los bienes de los condenados (22 de «fructidor»=9 de septiembre de 1794, y 21 de «prairial»=16 de junio de 1795), llamada a los girondinos declarados fuera de la ley (18 de «ventôse»), amnistía en Vendea, después de la pacificación por Hoche (12 de «frimaire»=3 de diciembre de 1794), supresión del Tribunal revolucionario el 31 de mayo de 1795, después de la ejecución de Fouquier-Tinville, el 6 de mayo. En el plan religioso, después de un discurso del abad Grégoire, el 21 de diciembre de 1794, restablecimiento de la libertad de cultos y reapertura de las iglesias (21 de febrero de 1795) por Boissy d'Anglas, a propuesta del galicano Lanjuinais (11 de «prairial»=31 de mayo de 1795), confirmadas por la ley sobre los cultos del 29 de septiembre de 1795.

Preparada por el mismo Boissy d'Anglas, la Constitución del año III, adoptada por la Convención el 23 de agosto de 1795, tenía por primer objetivo restablecer la autoridad interior. La acompañó una decisión general de disolución de los clubs y sociedades populares y de restricciones a la libertad de prensa. Se restableció el sufragio censitario. Sólo los contribuyentes participaban en las asambleas primarias. Los electores debían justificar de una renta igual a 200 jornadas de trabajo. Dos asambleas, el Consejo de Ancianos —de 250 miembros— y el Consejo de los 500, asesoraban al gobierno integrado por cinco Directores (solos en poseer la iniciativa de las leyes) y de seis ministros. La supresión de los 547 distritos y de los 40.000 municipios que hacían tan pesada la administración local y su sustitución por municipios cantonales y consejos departamentales de cinco miembros, asistidos por un representante del gobierno (futuro prefecto) indicaban la voluntad de reformar la máquina administrativa, simplificándola y reforzando la autoridad central.

El gobierno así instalado los días 30 de octubre y 2 de noviembre de 1795 (8 y 11 de «brumaire», fue una dictadura colegial, integrada por Sieyes, Barras, La Réveillère-Lépeaux (presidente de los Ancianos), Reubell, Letourneur, apoyados por una oligarquía política, contralada otra vez por los altos dignatarios de la Masonería, y bien decidida en quedarse en el poder. Compuesta por dirigentes de la Revolución, ex-ministros, representantes en misión, miembros de la Convención escapados del Terror, que han conseguido «vivir» y unos tantos a prosperar durante este período, apoyándose sobre una clientela de 30.000 nobles, electores de segundo grado en su mayoría, compradores de bienes nacionales y advenedizos de toda clase, interesados en la continuación del régimen, este equipo de «nantis» (engordados) pretende defender por todos los medios «las conquistas de la Revolución», es decir, su poder, sus puestos, su fortuna, sus inmunidades y sus privilegios judiciales.

Se notó en seguida, cuando apenas una semana después de adoptar la Constitución, la Convención, descartando los escrúpulos de la Constituyente, votó con entusiasmo un decreto obligando a los electores, bajo el pretexto de renovación por tercera parte, escoger las dos terceras partes de los nuevos elegidos, entre sus miembros (30 de agosto). En su conjunto el cuerpo electoral, así despojado de su libertad de escoger —su única razón de ser—, apreció poco esta pretensión de los «perpetuales». Cuando la Constitución del año I (1793) había reunido 1.801.918 «sí» contra 17.610 «no», la del año III obtuvo

sólo en octubre de 1795, 1.057.390 «sí» contra 49.978 «no» de un total de cinco millones de electores «activos», y el decreto de las dos terceras partes, sólo 205.498 contra 108.784. Se produjeron desórdenes en varios sitios. En el escrutinio, sólo 255 miembros de la Convención —en su mayoría antijacobinos— fueron reelegidos, más 124 recuperados en listas complementarias; otros 104 debieron ser designados por los mismos diputados y la nueva tercera parte salió integrada por monárquicos, liberales de estilo 1789 o moderados de estilo 1791.

Luego la agitación culminó en París, con la insurrección monárquica del 13 de «vendémiaire» (5 de octubre de 1795). El 11, a iniciativa de la sección Le Peletier, los moderados habían repelido al general Menou. El 13, cuando 25.000 hombres habían cercado la Convención y fraternizaban con la tropa, Bonaparte, encargado por Barras, comandante en jefe del ejército del Interior, de conducir la represión, no vaciló en cañonear a los seccionarios delante de Saint-Roch. Se recogieron por cada lado unos 200 a 300 muertos y heridos. La oposición realista, ya desmoralizada por el fracaso de la fatal aventura de Quiberon (26 de junio de 1795), en la cual, no obstante la capitulación, 748 de los 8.000 prisioneros habían sido fusilados como emigrados (3 de «thermidor»=21 de julio de 1795)... y por la muerte del pequeño delfín (8 de junio de 1795), quedó paralizada por algún tiempo.

El ejército, en apoyo de los «nantis»

Entonces dominaban el terreno los «nantis», o más bien el ejército, última «ratio Reipublicae», último apoyo de la República y de los advenedizos que pretendían representarla. Este ejército, que Robespierre, queriendo depurarlo, había estado a punto de destrozar. Ultimo recurso también para las finanzas apuradas del régimen. Gaudin, cuando se le ofreció la cartera de Hacienda, la rechazó: «¿Por qué un ministro cuando no hay finanzas ni posibilidad de restaurarlas?» Una vez más se recurre al empréstito forzado: 600 millones de francos-oro, que deben pagar los contribuyentes repartidos entre 16 clases, en tres vencimientos, los días 20 de enero, 20 de febrero y 20 de marzo de 1796, sea en especies, sea en asignados (cotizados a 1 % cuando valían 0,60 (19 de «frimaire»=10 de diciembre de 1795), puesto que las sociedades comerciales y los bancos han sido restablecidos el 30 de «brumaire»=21 de noviembre de 1795, y que se ha reconocido el derecho de rechazar los pagos en moneda depreciada (el 12 de «frimaire»=3 de diciembre de 1795). Pero fue tal la resistencia a este empréstito que el 1 de «germinal»=21 de marzo de 1796 sólo había producido 305 ó 306 millones (293 en asignados y 12,6 en especies). Y todavía los impuestos no se encajaban, quedando, de un total de 15.725, 13.118 millones de atrasados de la «territorial» para el período de 1791 al año III.

Entonces, el 28 de «ventôse», año IV (18 de marzo de 1796), le sustituyen a los asignados unos «mandatos territoriales», *títulos* para recibir tierras por un valor de 22 veces y casas de 18 veces la renta en 1790, en la proporción de 30 asignados para un mandato. Se emiten 2.400 millones de mandatos, cuando como prenda existen: 3.000 millones de bienes por vender; 988 de pagos atrasados; bosques evaluados en 2.000 millones, más 3.400 millones de

bienes nacionales en Bélgica, o sea un total oscilando entre 7.000 y 10.000 millones. Mientras especuladores, entre los cuales muchos diputados, encuentran una nueva oportunidad de comprar bienes nacionales a vil precio, los mandatos, siendo ligados a los asignados, prolongan su caída vertiginosa: de 34 (el 21 de marzo) a 10 (el 20 de abril de 1796), luego a 3 y a 2 (en «frimaire»).

Con la quiebra definitiva del papel, se vuelve a los valores reales. Desde los días 8 y 9 de «messidor» (27-28 de junio), el pago de la «territorial» se efectúa según el valor del grano (sobre la base de un franco los 10 hl. de trigo); los contratos se estipulan en la misma forma, luego los otros derechos y la misma contribución personal (17 de «thermidor»=4 de agosto). Entonces se suprime la circulación forzosa del papel (29 de «messidor»=17 de julio) y se vuelve sencillamente, el 5 de «thermidor»=23 de julio, a la libertad de las transacciones. Se pagaron los sueldos de los funcionarios, por la mitad, en mandatos indexados, luego en numerario (18 de «thermidor»=5 de agosto y 4 de «brumaire»=25 de octubre). Los rentistas recibieron la cuarta parte del segundo semestre del año IV en numerario. Por fin, 45.500 millones de asignados, sustituidos por 2.400 millones de mandatos, fueron desmonetizados el 16 de «pluviose»=4 de febrero de 1797, y reemplazados por 240.000 francos en especies.

De la bancarrota total, fue el Ejército quien salvó al Directorio.

Carnot reforma el aparato militar

Dubois-Crancé fue el primero en proponer amalgamar a los voluntarios con las tropas de línea para encuadrarlos (21 de febrero de 1793), en el momento de llamar, tres días más tarde, un nuevo contingente de 300.000 hombres para reemplazar a los 100.000 reclutados en 1792 (11-21 de junio y 15 de agosto) para un período de sólo un año, que iban a volver a su casa, cuando los efectivos habían bajado ya de 400.000 el 1 de diciembre de 1792 a 228.000 el 1 de febrero de 1793. Pero el entusiasmo había decaído: a pesar de una prima de 500 libras, tuvieron que ser designados, antes de decretar, el 23 de agosto de 1793, un requerimiento general, la conscripción entre dieciocho y veinticinco años, que en vez de 1.200.000 reclutas no proporcionó más de 750.000, pronto reducidos por las deserciones a cerca de 400.000 (julio de 1796).

Hacía falta incorporar a toda esta gente, restablecer la igualdad entre tropas de línea y voluntarios (mejor pagados y admitidos a nombrar a sus oficiales), amalgamar en medias brigadas dos batallones de voluntarios con uno de línea, reconstituir cuadros, formar generales. Esta inmensa tarea fue cumplida por Carnot. Oficial de ingenieros, gran admirador de Vauban, admitido el 14 de agosto de 1793 en la Junta de Salvación Pública, supo escoger colaboradores eficaces, como Prieur de la Côte d'Or, que reanimaron la producción de guerra, de cañones, de pólvora, de armamento, de munición, y al contrario de los Pache, Bouchotte y otros «sans-culottes» incapaces y con mucha lengua, llamar a unos cuadros jóvenes, competentes y decididos patriotas (Jourdan en el ejército del Norte el 24 de septiembre; Pichegru en el del Rhin el 28 de septiembre y Hoche en el de la Mosela, el 22 de octubre

de 1793) y adoptar una estrategia y una táctica adaptadas a los medios de los que disponían.

El «saqueo» de Bélgica

Todo el invierno de 1793-94 se dedicó a esta reorganización, que permitió en la primavera la concentración de 800.000 hombres, articulados en varios ejércitos. Carnot en persona quizo probar en el Norte el valor del instrumento que forjaba. Mientras que el duque de York se quedaba atrás para atacar a Dunquerque con 37.000 hombres (17-23 de agosto) hasta que fue rechazado por Houchard en Hondschoote (6-8 de septiembre de 1793), Cobourg había ocupado Le Quesnoy (el 12 de septiembre) y cercado a Maubeuge, defendido por 22.000 hombres, el 28. Al lado de Jourdan, Carnot consiguió concentrar discretamente 57.000 hombres e infligirle un duro golpe para pararle en Wattignies, los días 15 y 16 de octubre. A costa de duras pérdidas, los gordos batallones de «Carmagnoles» consiguieron romper las líneas más finas de los ejércitos del antiguo régimen. Durante la primavera, Cobourg, después de tomar Landrecies (30 de abril de 1794), despejar Courtrai (7 de mayo), Furnes (10 de mayo) y Tourcoing (29 de mayo), intentó en vano, al mando de cinco columnas, rechazar de Charleroi a Jourdan, que había ocupado la ciudad el 25 de junio. Esta victoria de Fleurus (26 de junio de 1794) abrió los Países Bajos a los ejércitos revolucionarios, que entraron sucesivamente en Ypres (17 de junio), Ostende (3 de julio), Bruselas (8 de julio), Amberes y Lieja (25 de julio).

Pero esta vez no se trata de portarse con moderación, como en los tiempos de Dumouriez. «Se debe vivir a expensas del enemigo o perecer», ordena Carnot (el 8 de «prairial» año II=27 de mayo de 1794), «tomar todo lo que se pueda» (11 de julio), «despojar el país, aplastar a los ricos, tomar rehenes» (3 de agosto). Cambon, que durante la primera ocupación había prescrito ya a los generales y comisarios de la República abolir los privilegios, derrocar las autoridades existentes y sustituirlas con otras asermentadas a la libertad y la igualdad, secuestrar los bienes e imponer la circulación forzosa de los asignados (15 de diciembre de 1792; 31 de enero de 1793), endurece todavía sus instrucciones. Ahora se trata de un saqueo sistemático, organizado, confiado a oficinas especializadas, «las agencias de evacuación» cuyo título habla por sí solo. El 13 de mayo de 1794 han sido creados cuatro, con los ejércitos de Bélgica, del Rhin, de los Alpes y de España, con la misión tan amplia como vaga de recoger y enviar a Francia todo lo que tenga valor: abastecimiento, semillas, caballos sementales, productos comerciales, máquinas, instrumentos científicos, obras de arte y «toda clase de riquezas en general» (8 de mayo-14 de junio de 1794). No se necesita añadir que buena parte de este botín queda en las manos de los administradores de tan curiosas «agencias» y de sus protectores de París. De manera que suprimidas el 16 de noviembre serán restablecidas el 23, antes de quedar abolidas el 20 de febrero de 1795. A estos robos se añaden desmanes contra las personas, la encarcelación de numerosos sacerdotes y religiosos, la ejecución de unos 30, el secuestro de los bienes de la Iglesia, de los nobles, o sencillamente de los ricos, la institución del máximo, la circulación forzosa de los asignados y las contribuciones de guerra. Así, sistemáticamente saqueada, Bélgica tiene que pagar más

de 109 millones (50 en Bruselas, 10 en Tournai, etc.), de los cuales abonará cerca de la mitad, o sea más del doble de sus antiguas tasas.

Fronteras naturales y anexiones

¡Singular manera de atraer a un pueblo que se pretende anexionar a Francia! En este punto, por otra parte, difieren las opiniones. Ahora bien, nadie pone en duda la misión revolucionaria de la Gran Nación, como la definió Danton, el 28 de septiembre de 1792: «¡Mandándonos aquí (en la Convención) como diputados, la Nación francesa ha constituido una gran Junta de insurrección general de los pueblos contra todos los reyes del universo!» Pero ¿cómo tratar a los países ocupados? ¿Anexionarlos sencillamente o, respondiendo a los deseos de algunos, crear repúblicas hermanas? A propuesta de La Révellière-Lépeaux, la Convención proclamó el 19 de noviembre de 1792 «que brindará fraternidad y concurso a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad». Poco antes, Lebrun, ministro de Asuntos Exteriores, había dicho, de acuerdo con el Consejo ejecutivo y el Comité diplomático: «los habitantes de Bélgica escogerán la forma de gobierno que les convenga mejor». Esto, en el tiempo de Dumouriez.

Desde entonces, los espíritus han evolucionado y los acontecimientos andado. La idea de las fronteras naturales se impone, más y más. En esta época, ha sido lanzada de nuevo por el renano Anacharsis Clootz, en sus «Votos de un gallófilo» en 1785: «este río —el Rhin— es el límite natural de las Gallias». Brissot la recogió en una carta a Dumouriez, a final de noviembre de 1792. Luego Custine, escribiendo a Lebrun, el 22 de diciembre de 1792. Danton la proclamó con su habitual grandilocuencia a la Convención el 31 de enero de 1793: «Los límites de Francia vienen marcados por la naturaleza... al Rhin, al Océano, a los Alpes. Allí deben ser fijadas las fronteras de nuestra República». y Carnot la adoptó con más sobriedad: «Los límites antiguos y naturales de Francia son el Rhin, los Alpes y los Pirineos» (14 de febrero de 1793). Con más moderación también, puesto que aceptaría ligeras rectificaciones.

En lo que toca a Bélgica, a iniciativa de Merlin de Douai, la cuestión será solucionada por la anexión proclamada el 4 de octubre de 1795. Pero la legislación revolucionaria, introducida entre el 22 de noviembre de 1795 y el 20 de enero de 1797, no fue acogida sin resistencia. El destierro de 8.200 sacerdotes «refractarios», después del 18 de «fructidor», sublevó a la población (unos 200, efectivamente deportados, perecieron en la Guyana, y otros fueron ejecutados). Para escapar de la conscripción, decretada por la ley Jourdan, muchos campesinos se rebelaron y se escondieron en las Ardenas.

El saqueo de Renania

El mismo problema se planteó en Renania. El 26 de diciembre de 1793, Hoche y Desaix, victoriosos en el Geisberg, despejaron Landau, ocuparon Wissemburgo y Lauterburgo y rechazaron a los austríacos de Wurmser, en la orilla derecha del Rhin, mientras Brunswick se mantenía todavía en Worms

y Maguncia, que sólo será evacuada por los austríacos en diciembre de 1797. Renania fue primero gobernada por dos administradores centrales, con sede en Aquisgran para la región entre la Mosa y el Rhin, y en Kreuznach, para la de entre el Rhin y la Mosela (11 de diciembre de 1794), luego por dos direcciones generales (en Aquisgran y Coblentz), antes de formar en junio de 1797 una Confederación cisrenana, con una oficina central en Bonn, dirigida por José Görres, y dividida en cuatro departamentos por el comisario civil Rudler, nombrado en noviembre de 1797. Se encaminaba paulatinamente hacia la anexión, a pesar de la resistencia de los generales Joubert y Kléber, muy conscientes de la hostilidad de la población, porque Hoche era partidario del movimiento cisrenano, pero después de su muerte (19 de septiembre de 1797), Sieyes y sobre todo Reubell, alentados por las riquezas del país, consiguieron hacer prevalecer esta solución, gracias a un memorándum de Görres a París en febrero de 1800.

En la región, donde el régimen feudal quedó abolido, se cometen los mismos desmanes que en Bélgica. Ocupación de los conventos por las tropas; secuestro de los bienes del Clero, aunque el comisario Rudler proclame la libertad de cultos (29 de septiembre de 1795) y que Hoche manifieste alguna tolerancia. Pero las autoridades alientan a los clubs y al movimiento cisrenano, que Dorsch y Görres intentan difundir sin gran éxito en Aquisgran, Coblentz, Bonn, Colonia (con el sacerdote exclaustrado J. B. Gerch, iniciado por Eulogio Schneider de Estrasburgo y otro colega suyo, Ferdinando Hauf), Clèves y Crefeld (1795-98). El saqueo es sistemático. Cuando la primera ocupación, el 4 de enero de 1793, Forster, decepcionado, había escrito a Custine que hubiera sido preferible decir desde el principio: «Venimos para agarrarlo todo», y los mismos comisarios Simon y Gabriel Grégoire reconocieron (el 25 de enero de 1793): «No es más que robo», organizado por «pandillas de saqueadores y devastadores». Ahora la agencia «de comercio» (sic) y de evacuación hace estragos. Será suprimida el 19 de diciembre de 1794, después de una observación de Merlin de Thionville a la Junta de Salvación Pública (el 26 de noviembre) bastante justificada: el Ejército «no debe despojar a los habitantes si queremos mantenernos en el país». Mientras los comisarios Alexandre y Haussmann tratan de frenar los desmanes de la tropa, Soult, el futuro mariscal (un judío que dejará a su muerte una inmensa fortuna) se señala por su afán de botín, hasta el punto de provocar la dimisión del municipio de Bonn. Primero en ser invadido, el Palatinado ha sido vaciado de sus granos, ganado, vestidos, muebles y metales. Entretanto «llueven» sobre el país contribuciones «regulares», por un total de 17 millones entre 1792 y 1796. El ducado de Zweibrücken (Dos Puentes), aunque neutral, ha sido tasado con tres millones; Bliescastel, dos; Neustadt, cuatro, etc. Con la ofensiva del ejército republicano de 1796, la orilla derecha también «escupe en la bacineta», Joubert y Jourdan sacan de Francfort 10 millones, en vez de seis, más dos de suministro; de Nürenberg, 2,5; de Wurzburgo, cinco; de Bamberg, 4; de Schweinfurth, 0,5, y de las otras ciudades, dos. Y de los estados: de Wurtemberg, ocho millones (el 12 de julio); de Baden, tres (el 18 de julio), del círculo de Suabia, 50 (el 29 de julio); del obispado de Spier, 0,7 (el 5 de agosto); de Baviera, 17 (el 5 de septiembre). Las derrotas y la retirada de Jourdan y de Moreau sólo interrumpen la recaudación de esta monstruosa indemnidad. De Alemania, el ejército de los Carmagnoles,

a fin de cuentas sacó poco más de una veintena de millones de libras, dejando detrás de ella un odio inexpiable.

Mientras la anexión de Salm (2 de marzo de 1793), de Porrentruy (23 de marzo de 1793), de Montbéliard (11 de febrero de 1794), seguida por las de Mulhouse (1 de marzo de 1798) y de Ginebra (15 de abril de 1798) completaba la conquista de las fronteras naturales, la ocupación de Holanda inauguraba la política de las Repúblicas hermanas. Entre la multitud de refugiados extranjeros agitándose en Francia, formando «clubs» y «legiones» dedicadas a la conquista de su país de origen: alobrojes del doctor Doppet, con su legión, en Saboya; helvéticos, de Ginebra, como Clavière, Desormoy, Grenus, de Neuchâtel, como Castella, J. P. Mars, Roullier; liejenses, agrupados alrededor de Fabry, Bassenge, Fyon, Ransonnet, con una legión en el ejército del Centro; belgas, «estatistas» del conde de Béthune-Charost, o «vronckistas», dirigidos por los banqueros Proli y Walkiers, con una legión en el ejército del Norte; alemanes del coronel Dambach; los holandeses, encabezados por los banqueros Kock, Van den Yver, Abhéma, habían formado también una legión «bátava».

Holanda, República hermana, menos molestada

En su mayoría habían participado en el movimiento contra el «stathouder» Guillermo V de Orange, dirigido a la vez por los defensores de los «cuerpos constituidos» amenazados por su política autoritaria y por una minoría de demócratas «patriotas», Van der Capellen tot de Poll, Van der Kemp, etc. Precedidas por una campaña de banquetes, una agitación orquestada por numerosos clubs y la formación de tres cuerpos francos «federados», tres «jornadas» de motín en La Haya (en septiembre de 1785) habían conducido a la destitución del «stathouder» un año más tarde (22 de septiembre de 1786) y a la formación de una mayoría republicana en las elecciones de principio del año 1787 en Amsterdam y Rotterdam. Pero, en septiembre, la intervención de la flota inglesa y del ejército prusiano de Federico-Guillermo II, cuñado de Guillermo V, restablecieron el orden y el «stathouder». Entonces unos 40.000 insurrectos se refugiaron en Bélgica y en Francia, entre los cuales unos 5.000 en París, que se agitaban, mandaban sus delegados a los jacobinos (15 de mayo de 1791), reclutaban la legión «bátava» (29 de mayo a final de julio de 1791), formando una Junta revolucionaria con Daverhart (que presidió la Convención), van Hoof, el coronel Daendels y el periodista Dumont-Pigalle (22 de octubre de 1792). Una vez ocupada Bélgica, este último suplicaba a Carnot que interviniera (6 de julio de 1794).

Pero lo que decidió al gobierno de la República en apuros, fue más el atractivo de las fabulosas riquezas de Amsterdam que la esperanza de liberar el pueblo «bátavo». Pero fue más fácil a la caballería de Pichegru apoderarse de la flota holandesa, presa del hielo en el Helder (el 20 de enero de 1795), que de sacar los tesoros de las cajas fuertes de Amsterdam y de La Haya, ocupadas el día anterior. Y se imponía la evidencia de que las Provincias Unidas, protestantes, donde más de 40.000 judíos se habían enriquecido bajo la protección de la dinastía de Orange, no podían ser colocadas bajo las botas del ejército revolucionario, como los Países Bajos, católicos, país tratado como

enemigo. Los gobernantes de París, Merlin de Douai, Sieyes, Reubell, tenían que observar las formas, antes de satisfacer su apetito. Ramel, buen técnico y futuro ministro de Hacienda, propuso en un informe moderado el 20 de febrero, exigir sólo de Holanda una indemnización de 10 a 20 millones y el mantenimiento de un ejército de 40.000 hombres. Por su parte, su colega Codeau pensaba que se podían pagar 80 a 90 millones completados con un empréstito de 100 millones a 3 ó 4 %. El tratado de paz, pronto firmado el 16 de mayo de 1795, fijó la indemnización en 100 millones de florines, la mitad al contado (de los cuales 30 millones se pagaron al principio de febrero de 1796, y un arreglo intervino el 3 de mayo de 1797, de manera que, en fin de cuentas, se pagaron 75 millones de florines=150 de francos). Además Holanda cedía Maestricht y Venlo, aceptaba una guarnición en Flessingue, reconocía la libertad de las bocas de la Escalda, consentía un préstamo de 100 millones de florines a 8 %, debía mantener a 25.000 hombres (alrededor de 10 millones de florines) y admitía requisas bloqueadas hasta el valor de 10 a 20 millones de florines. Pero no se admitían los asignados, sino a su cotización oficial. De todas formas, un régimen de favor.

Naturalmente, se multiplicaron los clubs y sociedades de lectura. Tenían ya 5.000 adheridos en Amsterdam, 700 a 800 en Utrecht, 300 a 400 en Leyden y en Harlem en junio de 1794. Animados por Malabar y Larchevêque y subvencionados, entre otros, por el judío Sportas, habían reunido a 40.000 hombres, que debía mandar el general Eustache, cuando su Estado Mayor, denunciado al duque de York, había sido desmantelado por la detención de 34 de sus jefes... obligados a residir en unos pueblos fronterizos. Extendieron mucho su actividad bajo la ocupación francesa y una vez controlados por un comité central, encabezado por un Consejo supremo en La Haya en septiembre de 1795, volvieron a agitarse, cometiendo desmanes en Rotterdam y dirigiendo dos «jornadas» contra el Ayuntamiento de Amsterdam, los días 14 de septiembre y 5 de noviembre de 1795.

Pero la Convención, reunida el 1 de febrero de 1796, adoptó una Constitución reduciendo los derechos de las sociedades populares. Aprovechándose de la separación entre la Iglesia y el Estado (5 de agosto-2 de septiembre de 1796), los judíos, después de largos debates (22-30 de agosto de 1796), fueron reconocidos como ciudadanos, pero, a propuesta de Hannenfeld, con la obligación de «satisfacer a todas las condiciones y de cumplir con todos los deberes que la Constitución del país impone a todos los ciudadanos». Esta obligación de renunciar a la «nación judía» provocó una escisión entre el pequeño grupo de progresistas, adeptos de Mendellsohn, Moïses Salomon Asser, Hertz Bromet, Isaac Jonge, Jacques Sasportas y el médico de Lemon (que se había adherido desde 1793-94 al club «Felix Libertate» y plantado un árbol de la Libertad en Amsterdam en 4 de marzo de 1795), y la mayoría tradicionalista, «sefardi» o «ashkenazi» pero fiel a sus rabinos, a los «parnassim» y a la misma dinastía de Orange. No obstante, un colegio de cinco miembros elegidos sustituyó a la antigua organización comunitaria (16 de marzo de 1798). Gracias a la insistencia del plenipotenciario Noël y a la buena voluntad del gran Pensionario Schimmelpennik fueron admitidos —los primeros en Europa— en los puestos públicos. Y a la diputación, después de Lemon y de Bromet, elegidos en 1797, otro de los suyos, Isaac da Costa

Attias, representó a Amsterdam (donde vivían 20.000) y llegó a ser presidente de la Asamblea.

En cuanto al conjunto de la población, también era bastante dividido. Entre los comerciantes y pequeños burgueses se reclutaban los radicales, encabezados por el pañero Vreede y el profesor Valckenaer, de tendencia favorable a Robespierre y a Babeuf. Una vez sustituido Noël por Delacroix, la lucha se agravó entre estos radicales unitarios y sus adversarios federalistas. Estos últimos, alentados bajo mano por el general Joubert y por Brahain-Ducange (preceptor de los hijos del judío Capadoce de Amsterdam), lanzaron un manifiesto el 12 de diciembre de 1797, y después del golpe de Estado del general Daendels (22 de enero de 1798) mandaron proclamar por un «parlamento-rabadilla» reducido a 50 miembros, la Constitución del 17 de marzo de 1798, que un referéndum bien manipulado ratificó el 23 de abril. Pero como el viento se volvió, después del 22 de «floreal» (11 de mayo) en París, Joubert fue el primero en «dimitir» a los directores, en detener a diputados demasiado jacobinos y en destituir a los Ayuntamiento de Amsterdam y de Rotterdam. Así las «peripecias» de la República francesa tenían una repercusión directa sobre sus filiales.

Quinta columna masónica en Italia

En Italia se vió florecer a muchas nuevas. Cuando Bonaparte, nombrado el 2 de marzo de 1796, enseña a los 43.000 hombres vestidos con trapos de su ejército las prósperas llanuras del Pô, inaugura el 11 de abril una campaña tan atrevida que hubiera sido una locura sin la intervención previa de una quinta columna masónica muy activa. Desde el final de 1792, las logias masónicas habían creado en Torino tres clubs, que pronto fusionaron, a iniciativa de Tilly, ministro en Génova en 1794. En Roma, en enero de 1793, el agente francés Basseville fomentó unos alborotos que se sancionaron con el saqueo de unas tiendas judías y fuertes multas a los rabinos. En Padua, Michael Salom había sido encarcelado en 1793, por causa de su propaganda «francesa». En Nápoles se siguió el mismo proceso: el abad Juocodes fundó logias en agosto de 1792 e Ignazio Ciaia, un club; en diciembre el almirante Latouche-Tréville federó estos movimientos y constituyó unas «tertulias» o células de seis a 12 miembros. Como estos grupos se pelearon en 1794, el de los «Leones» provocó una revuelta que se sancionó con 56 detenciones y tres sentencias a muerte.

Con estos masones y clubistas locales, el ejército revolucionario entraba en seguida en contacto. «Apenas nuestros soldados entraban en una ciudad ocupada por nuestras armas, cada regimiento se apresuraba a reunir una logia, convocando a los hermanos de la localidad, multiplicando las iniciaciones y creando nuevas logias; y gracias a las relaciones íntimas así ligadas con los adeptos, sentaba la influencia del vencedor sobre el vencido en una forma estable y potente» (Clavel al mariscal Soult, en la revista «L'Orient», París, 1844-45). Mientras tanto, el ejército austríaco y piamontés, más numeroso puesto que contaba 74.000 hombres, se encontraba misteriosamente paralizado en sus movimientos. Según el testimonio de Eckert (la Franc-Maçonnerie, Liège, 1854): «Las guarniciones capitulan, las informaciones son falsas,

las órdenes comunicadas al enemigo, los refuerzos no llegan, faltan las municiones, siniestros rumores siembran el desaliento». Penetró la traición hasta Viena, con Gillovski en la Cancillería militar, como en el Estado Mayor del archiduque Carlos, donde el ayudante general Fisher (pronto denunciado como recipiente de una pensión de 1.000 luis al mes del Directorio) prefirió envenenarse para no ser perseguido.

Aprovechándose de estas circunstancias, Bonaparte, muy atrevido, destruye el centro del dispositivo enemigo, derrotando en Montenotte y Millesimo el 12 de abril a los 6.000 imperiales de Provesa, rechaza en el Norte, hacia Ceva, San Michele y Mondovi (entre el 13 y el 21) a los 38.000 piamonteses de Colli, ocupa Cherasco el 24, y encontrándose allí un poco expuesto, concluye el 28 de abril con el rey de Cerdeña, este «déspota», un armisticio que revuelta a los refugiados italianos que le acompañan, como Rianza. Entonces, volviéndose —ya es tiempo— contra los 31.000 austríacos de Beaulieu, les desborda, franqueando el Pô en Parma el 8 de mayo, remonta el Adda, se apodera del puente de Lodi el 10 y les rechaza hacia Crémona. Mientras Augereau ocupa Pavía, entra en Milán, caído desde el 12 en las manos de los «patriotas». Organizador de los clubs, especialmente de «los Amigos de la Libertad y de la Igualdad» (que contó con 800 miembros), Salvador había acogido a Massena el 14 en la capital lombarda, donde la agitación, dirigida por el conde Porre, pareció tan amenazadora después de las manifestaciones tumultuosas del 14 de octubre de 1796, que Bonaparte mandó detener a Salvador, transformar su club primero en «Sociedad de Instrucción Pública» (6 de enero de 1797) y luego en «Círculo constitucional» (1 de noviembre) antes de cerrarlo definitivamente (25 de agosto de 1798), así como las otras sociedades populares (5 de septiembre de 1798). Pasó lo mismo con los clubs creados en las otras ciudades italianas, como Torino, Génova, Bolonia, Cremona, Venecia, Ancona, Roma, Nápoles, etc.

Puesto que esta agitación, a la vez unitaria e igualitaria, parecía seguir un camino peligroso. Aunque haya proclamado, él mismo, después de Lodi, la «independencia» de los países ocupados (16-19 de mayo), formado una legión lombarda con la bandera verde, blanca y roja, y creado la República «cisalpina», el general Bonaparte, queriendo respetar las garantías sobre la libertad del culto y la propiedad, dadas a los moderados de Milán, Melzi y Resta el 15 de mayo, tenía que frenar a los demasiado turbulentos auxiliares italianos de su entorno. El primer eliminado fue Buonarotti, su jefe desde el 25 de marzo, detenido el 10 de mayo. Procedía de Córcega, donde, refugiado, había sido arrestado el 14 de marzo de 1795, después de crear en Omeglia una colonia original, y encarcelado en el Plessis con Babeuf había estudiado con él un programa de reparto igualitario de la tierra, en pequeños lotes vitalicios. Su colega Rianza, refugiado con Lamora, Matora y Suoli en la Costa Azul, compartía sus ideas. Al lado de estos exaltados, «anarquistas», se agitaban los partidarios de la «unidad itálica», exigida en Milán (el 1 de octubre de 1796) por Rianza, y también por Matteo Galdi, Lamora, el abad Melchiore Gioja. Ahora bien, el Directorio se negaba a obrar en favor de esta unidad. Barras temía en los Alpes la presencia de un vecino demasiado potente. Reubell se interesaba por Italia sólo como medio de intercambio en Alemania. Delacroix, después de formular el voto «que no forme más que un pueblo» (27 de marzo de 1796), debió retroceder. Bonaparte, considerándola

ya como un feudo personal: se contenta con constituir tantas repúblicas hermanas, con gobiernos moderados, como regiones ocupadas. Y pone oídos sordos a las observaciones de Carnot, empeñado en lanzarle contra Roma, para «derrocar la tiara».

Bonaparte, «alimentador» del Tesoro

Con la condición que alimente regularmente la Caja del Estado con contribuciones y «evacuaciones» bastante fructuosas, se le deja firma en blanco. En este primer punto, todos se acuerdan perfectamente, y no faltan los colaboradores con celo: el corso Salicetti, comisario, ayudante civil del general, y el suizo Haller, banquero con la confianza de Robespierre. El proceso es siempre el mismo. Después de derrocar al ocupante austríaco y a sus auxiliares fantasmas, contingentes del Papa, de los príncipes o de los Estados, el ejército libertador de los «Carmagnoles» instala en el poder a sus hermanos, los clubistas, y crea una República hermana, la cual, para socorrer a su Madre de París en la miseria, paga inmediatamente su contribución, en forma de recuperación contra los fautores del antiguo régimen. Así se amontonan las contribuciones: dos millones de libras del rey de Cerdeña, dos más de Parma (el 6 de mayo), más cereales y ganado; 7,5 de Modena (más 2,5 de suministros); 20 de Lombardia, primera sometida a un régimen de administración general, bajo Baraguey d'Hilliers. Después del 21 de febrero de 1798, la República cisalpina seguirá pagando un tributo anual de 18 millones de libras. Y Salicetti tiene la mano tan dura que en Pavia, el 25 de mayo, el pueblo, que soporta el peso de estas contribuciones patrióticas, se subleva contra los franceses. Después de despejar el Norte de Italia, de forzar el paso del Mincio en Borhetto, de ocupar Verona el 3 de junio, con la línea del Adigio, dejando sólo 14.000 austríacos cercados en Mantua, el ejército francés tiene, por el momento, las manos libres.

Entonces le toca el turno a Liorna, rico almacén judío, lleno de mercancías inglesas por un valor de 12 millones. Pero ¿no está todavía en paz con Francia el gran duque de Toscana Ferdinando de Habsburgo, un príncipe liberal? ¡Qué importa! Sin embargo, el botín no pasa de dos millones, ¡entretanto la flota británica ha ayudado a la evacuación! Como a las contribuciones se debe añadir las confiscaciones en las Cajas públicas, los bancos, Montes de Piedad, los tesoros de las iglesias, etc., el total de la punción sobre Italia en 1796 alcanza 45 millones, de los cuales unos 15 serán enviados a Francia, puesto que el ejército retiene lo que necesita para su mantenimiento y el pago de su sueldo en numerario (singular privilegio). Hasta el 25 de marzo de 1797, el Tesoro recibirá por su parte 51 millones en especies. Además, los generales, dejando sueltas sus inclinaciones artísticas, a veces pagan sus robos con su vida, como Duphot.

Para no parar en tan buen camino, se penetra en los estados pontificales y se ocupa Bolonia el 20 de junio. El armisticio, negociado en Ravena por el embajador español Azara (24 de junio de 1796), impone al papa, que se negó a anular sus bulas antirrevolucionarias, una primera indemnización de 21 millones. Pero la empresa se debe interrumpir: los austríacos vuelven en fuerza para despejar a Mantua. Por las dos orillas del lago de Guardia y del

Adigio progresa Wurmser con 70.000 hombres el 3 de agosto, Quardanovitch queda destrozado y luego, en Castiglione, Wurmser. Con similares efectivos, otra tentativa se termina todavía peor: el 1 de septiembre Bonaparte rechaza a Davidovitch hacia Trenta, y desbordando a Wurmser, en Bassano, sobre la Brenta le repele hacia Mantua, el 20, después de perder 27.000 hombres. Alvinczy, en noviembre, no tiene más suerte: intenta resistir en los pantanos de Arcole, pero dominado el puente y ocupado el pueblo, tiene que retirarse (15-17 de noviembre). Ataca de nuevo, pero los días 13 y 14 de enero de 1797, en la meseta de Rivoli, 40.000 franceses contienen el empuje de 80.000 austríacos y se apoderan de 22.000 prisioneros. Entonces Mantua capitula con su guarnición de 17.000 hombres. Así el ejército revolucionario domina prácticamente la península.

Bonaparte amplía y organiza sus conquistas

La cuestión romana, prioritaria para el Directorio, ahora se puede arreglar. Entre el 16 de octubre y el 22 de diciembre de 1796, en Bolonia y Reggio, nace la República cispadana. El 5 de febrero de 1797, Bonaparte contempla la «puerta de Oriente», Ancona. El 19, el tratado de Tolentino obliga al papa a ceder Aviñon y su condado, Ancona y las Legaciones y a pagar una segunda indemnización de 15 millones. Haller en persona dirige el nuevo «saqueo» de Roma. Suministrador del ejército de Italia (entre octubre de 1793 y final de 1794), este banquero suizo amigo de Robespierre, a pesar de ser denunciado por Cambon, ha vuelto en favor con Barras. Tesorero y luego tesorero en jefe en diciembre de 1796, dirige el saqueo sistemático de la península. Después de Campo-Formio, en noviembre de 1798, cumplirá la función de ministro de Hacienda de la República cisalpina. Pero su casa será declarada en depósito judicial por Fouché en febrero de 1803, y luego en quiebra en 1816.

Por el momento, en Roma, se reanima la agitación, en favor de una reunión con la República cisalpina. Los días 27-28 de diciembre de 1797, se producen alborotos. Al lado del embajador, José Bonaparte, el general Duphot perece. Las tropas del general Berthier intervienen el 5 de febrero de 1798 y el 10 la ciudad capitula. El 15, una insurrección, encabezada por el párroco Bassal y sus «jacobinos», expulsa al papa y proclama la República romana, mientras el «ghetto» ilumina. Por desgracia, la llegada de Masséna (Manasseh) no contribuye a restablecer la calma. Siempre igual a su reputación de saqueador, sus exacciones provocan la insubordinación de sus tropas y reyertas con el populacho. Le suceden Gouvion Saint-Cyr y luego el general Mac Donald, quien rechaza el 13 de diciembre un ataque de los napolitanos y del general austríaco Mack, que han intentado despegar la ciudad pontificia.

Imprudente iniciativa del rey de Nápoles, que, hasta entonces, había dad prueba de la máxima prudencia, quitando su cuerpo de caballería y su flo el 5 de junio de 1796, luego aceptando el 10 de octubre suministrar merc cías por valor de ocho millones (por su parte, el 8 Génova había contrib con cuatro millones), y que ahora atrae el rayo sobre él. Después de obl a Mack a capitular, el 10 de enero de 1796, el general Championnet en en Nápoles el 23 y proclama el 26 la República «partenopeia». En seguida

se asienta sobre el país una contribución de 60 millones. Los excesos habituales provocan motines el 6 de febrero, y Championnet, después de pelearse con los comisarios civiles de su ejército, los expulsa. Una vez más Mac Donald restablece el orden.

En este mismo momento se anexiona el Piamonte a Francia (8-16 de febrero de 1799). Durante el segundo semestre del año 1798, allí también se precipitaron los acontecimientos: el 27 de junio, las tropas francesas han entrado en la ciudadela, y como se habían producido alborotos el 15 de septiembre un ultimátum fue enviado al rey el 30 de noviembre, que buscó refugio en Cerdeña después de la ocupación de todo el país por el general Joubert (5 y 6 de diciembre). Y en marzo de 1799, Toscana también fue invadida.

Bonaparte descarta a extremistas y «unitarios», y hace «su» paz

Entonces, los ejércitos revolucionarios ya no encuentran resistencia. Salvo en materia religiosa, pues deben tener en cuenta los sentimientos de la población. Para evitar que el catolicismo siga considerado como religión predominante, la constitución «cispadana» ha sido fundida en la «cisalpina», pero se mantuvo el sueldo de los sacerdotes (4 de octubre de 1797) y los bienes del Clero, puestos en venta (8 de mayo-7 de septiembre de 1798) encuentran pocos compradores. Y como Génova protestó contra el proyecto de «República ligura» (4-6 de septiembre de 1797), para proteger mejor la línea de retirada eventual del ejército republicano, se le concedió unas ventajas en materia religiosa, antes del referéndum del 2 de diciembre de 1797. En muchas regiones, el pueblo, quedándose fiel a su fe, mira sin indulgencia a los radicales burgueses y a los nobles liberales, adheridos a las ideas «francesas», que sacan provecho, con los suministradores de los ejércitos, los arrendatarios, los sindicatos de especuladores, de las ventas de bienes nacionales, especialmente en Emilia y en la República romana. Como se dispone a castigar a los judíos, liberados de sus «ghettos» (en Venecia, el 11 de julio de 1797; en Padua, el 28 de agosto; en Roma —donde estaban sometidos al reglamento impuesto por Pío VI en 1775—, el 20 de febrero de 1798), benefiándose de la libertad de culto y de la completa ciudadanía, su entusiasmo para los «Carmagnoles» y sus tráficos sobre los objetos de culto y los bienes confiscados (se impondrá más tarde a los de Roma una contribución especial del 2 %). Así será fácil al Clero de la Romana y al cardenal Ruffo en el Napolitano, sublevar a los campesinos contra los ocupantes.

Además son numerosos los auténticos «patriotas», decepcionados en sus esperanzas «unitarias» por la reticencia del Directorio, que se vuelven contra los franceses. Sus sociedades secretas, «Liga Negra» o «Sociedad de los Rayos», creada por el conde Savioli, en Bolonia, obran en favor de la unidad, y si fuera necesario, contra los franceses. Constituyen una Junta insurreccional de ocho miembros, que, a través de Buonarotti, tiene lazos con el comité de Babeuf. En Torino, el 8 de febrero de 1799, el general Grouchy descubre sus conspiraciones. Se escandalizan de las intrigas de Bonaparte con Venecia, de sus conversaciones personales con Austria. Como por su parte el Directorio se ofusca de la independencia del general del ejército de Italia, casi el amo en su reino. Porque tenía que poner fuera del juego al ejército austríaco del archi-

duque Carlos (60.000 hombres), sucesivamente desbordado al pie de los Alpes, sobre la Piava, el Tagliamento y el Isonzo, pero como quedaba expuesto (en flecha) a un empuje ofensivo peligroso, se había apresurado a concluir el armisticio y los preliminares de Léoben (7-18 de abril de 1799). Era actuar en contra de las instrucciones de su gobierno, paralizando la campaña iniciada en Alemania por Moreau y Hoche el 17, y provocando un movimiento casi irreversible hacia la paz. Y, aprovechándose de los incidentes provocados por los servicios del general Landrieux en Verona (las Pascuas de Verona, el 17 de abril) y luego en el Lido el 19, decide intervenir contra Venecia el 29, obliga al «dux» Manin a capitular el 12 de mayo y se prepara a partir el territorio de la Serenissima República con el fin de firmar con Austria, en la noche del 17 al 18 de octubre, la paz de Campo Formio, que si es cierto que promete a Francia la orilla izquierda del Rhin, atribuye la mayor parte de Venecia, con la Istria y la Dalmacia, a Austria, en compensación a la reunión de Bergamo y de Brescia a la República cisalpina y a la ocupación de las islas Ionianas por Francia.

En tal arreglo, ¿qué pasaba con el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, solemnemente proclamado por Merlin de Douai en la Constituyente el 28 de octubre de 1790, esta soberanía de los pueblos, consagrada por «la unión voluntaria del pueblo de Alsacia a Francia»? Por fin, en ninguna parte el Directorio conseguía imponer su diplomacia a Europa. A pesar de las ambiciosas instrucciones recibidas, con vista en confiar a Prusia, aliada «ideal» de los revolucionarios, un papel de «grandeza» en Alemania, Barthélémy, embajador cerca de los cantones (distritos) suizos, sólo había negociado en Basilea una paz de compromiso, obteniendo del ministro de Prusia Hardenberg el derecho de ocupar Clèves y Juliers, contra la promesa de futuras compensaciones (5 de abril de 1795), luego la neutralidad de Alemania del Norte (17 de mayo) y por fin la firma, el 28 de agosto, de una convención con el landgrave de Hesse-Cassel. Después, todavía en Basilea, concluyó con el ministro Yriarte la paz con España, que abandonó la parte de Santo Domingo que poseía (22 de julio).

Una República hostil a los judíos: la helvética

Y mientras las campañas de Bonaparte se desarrollaban en Italia, había nacido, el 19 de agosto de 1798, la República helvética. En la misma forma como las otras. Con una multiplicación de logias y de clubs: más de 50 en Ginebra en 1793, y en Lausana una «Sociedad de los Amigos de la Libertad y de la Igualdad», cuya dirección quedará confiada a una Junta Central. Influencia de los Iluminados: Pestalozzi, asistido en Basilea por Pierre Ochs, yerno del alcalde de Estrasburgo Dietrich, en Berna por Weiss, en Lucerna por Pfiffer, en el cantón de Argau por el abad Feher. Intrigas de los delegados revolucionarios: Maingaud, Mangourit, Guyot. Llegados al poder en Ginebra el 5 de diciembre de 1792, los demócratas extienden a todos los vecinos el derecho de «burguesía», instituyen un Comité y un Tribunal revolucionarios, ejecutan a 11 «aristócratas», y mientras una «jornada» popular, el 19 de julio de 1794, exige la tasación de los ricos, hacen reinar el terror hasta septiembre de 1795. Sin embargo, en Zürich se produjo en noviembre de 1794 una reacción contra el club de Stüfa y los autores de una lista de

reivindicaciones: se pronunciaron 260 sentencias de prisión o de destierro. Preparada por el encargado de negocios Maingaud en diciembre de 1797 (ayudado por el historiador suizo J. de Müller y el valdés Federico Laharpe), acompañada por la convocación de asambleas en Lausana (24 de enero de 1798), Basilea el 25, Soleure el 29 y Lucerna el 31, la intervención francesa, iniciada el 26 de enero, consiguió la ocupación de Berna el 6 de marzo y la instalación de una República hermana más.

Una República que destacó sobre las otras en un solo punto: su feroz resistencia a la emancipación de los judíos. Si consintió en exentarlos del tributo personal o «leibzoll» (31 de mayo-1 de junio de 1798) se negó categóricamente a recibir su juramento cívico y a admitirlos como ciudadanos (agosto de 1798). Algunos propusieron de mandarles a Bonaparte, entonces en Egipto, con el fin de instalarlos en Jerusalén (febrero-marzo de 1799). Y después de recobrar su autonomía los cantones donde estaban agrupados, les mantuvo (después del Acta de Mediación de 1803) en el de Argovia, en su condición de mercaderes ambulantes, obligados a pedir autorización para contraer matrimonio.

Sin embargo, se levantaron en Suiza las mismas contribuciones como en otras partes: millón y medio para el ejército de Italia; tres millones para la preparación de la expedición de Oriente; 16 millones de Berna, Friburgo, Zürich, Soleure; 10 millones de tesoros confiscados; secuestro de los bienes monásticos y nacionales (8 de mayo y 17 de septiembre). A lo que Massena, con su habitual celo, añadió un pequeño suplemento personal (0,8 de Zürich, 0,8 de Basilea y 0,2 de Saint-Gall), mientras el comisario Rapinat (a pesar de su nombre) demostraba su honestidad, castigando a los ladrones sin grado.

Coalición de los oprimidos contra sus «libertadores»

Tomando en cuenta esta contribución helvética se llega como total del producto de las expediciones de los ejércitos revolucionarios para el Tesoro, entre 1792 y 1799, a la bonita cantidad de 360 millones de libras, o sea aproximadamente la mitad de los ingresos anuales del Estado. Por desgracia no compensaba la caída de los recursos normales. Y, excitando las poblaciones contra los ocupantes, estas exacciones tuvieron como consecuencia que el menor fracaso se transformó en derrota y que las nacionalidades oprimidas se volvieron contra sus «libertadores» franceses.

En un tal clima psicológico, Inglaterra no encontró ninguna dificultad en tejer otra vez la trama de una segunda coalición con Austria, Nápoles, Rusia y Turquía (diciembre de 1798-marzo de 1799). Oponiendo a la «gran Nación», Francia, con 26 millones de habitantes, la «mayor Nación», Rusia, con 30, introdujo por primera vez esta potencia en los asuntos de la Europa occidental. Consiguiendo también la expedición a Egipto, permitir su alianza con Turquía e introducirla en el Mediterráneo, ¡lo que era el colmo! Y como las hostilidades se reanudaron con Austria el 12 de marzo de 1799, 170.000 franceses se encontraban en trance de ser sumergidos por 320.000 aliados. Vencido en Stokach por el archiduque Carlos (el 21 de marzo), Jourdan refluye de Alemania mientras Italia se pierde más pronto que había sido conquistada.

Con 70.000 hombres contra 40.000, Souvorov, vencedor en Cassano (el 27 de abril) y luego en Novi, donde Joubert fue matado (el 15 de agosto), expulsa al ejército revolucionario de la península, a excepción del enclave de Génova. Sólo se mantienen dos reductos de resistencia: Suiza, donde Massena quiebra el empuje de Korsakov en Zürich (los días 25-26 de septiembre), y Holanda, donde Brune derrota a los anglo-holandeses en Bergen y Castricum (19 de septiembre) y les obliga a capitular en Alkamar.

* * *

La situación es muy grave. El reflujo de los ejércitos resolucionarios significa otra vez para el país la conscripción, el cese de los recursos exteriores, el empréstito forzoso, la intensificación de la dictadura jacobina, la ley de los rehenes, etc. Y contra esta amenaza, entonces el país se subleva: los monárquicos se reagrupan, frente a Tolosa (entre los días 6 y 9 de agosto), los «Chouans» en Le Mans (el 15 de octubre), en Nantes (los días 19 y 20 de octubre) y en Saint-Brieuc (el 26).

Sintiéndose acorralados, los «nantis» (engordados) buscan a un general republicano y vencedor, capaz de salvarlos. Como Joubert (que había probado sus cualidades en Holanda) ha sido matado en Italia, piensan encontrarlo en Bonaparte, cuyos laureles no han sido completamente deshojados por el viento del desierto, en Egipto.

CAPITULO XIX

NAPOLEON, RESTAURADOR DEL ESTADO, VENCIDO POR LA ALTA BANCA Y POR LA TRAICION DE LOS «NANTIS»

Sieyes y el renacimiento masónico

Desde su formación, el Directorio estaba dominado por el antiguo equipo masónico, apenas ampliado, de los «Amigos reunidos», de nuevo agrupados. Reconstituidas en diciembre de 1795, a iniciativa de Roettiers de Montaleau, ex-Filaleta, ex-miembro de la Cámara de Correspondencia (que había recogido sus archivos en su casa durante la tormenta), las logias del Gran Oriente se reactivaron el 7 de junio de 1796, y las de la Gran Logia de Francia, el 17 de octubre. Colocadas bajo la autoridad de Montaleau como Gran Venerable, pasaron de ocho a 72 en 1800 y a 114 en 1802. Y como la Gran Logia escocesa se reunió con el G. O. el 22 de junio de 1799, nuevos estatutos fueron adoptados el 18 de enero de 1801.

Sieyes, su pensador como su estratega, se había fijado dos objetivos: fortalecer el régimen en el Interior, restaurando la autoridad, y continuar quebrantando los tronos en el exterior con el fin de amoldar a Europa, con la ayuda de Prusia, si fuera posible, para realizar el programa de una federación de repúblicas, coronada por una autoridad supranacional, expuesto por Kant en su «Tratado sobre la paz perpetua», publicado en 1795. Los dos hombres habían sido puestos en contacto por el hugonote francés Thémerin, diplomático prusiano, pasado el servicio de Francia en enero de 1796.

El Ejército, árbitro de un equilibrio inestable

Sea en el interior como en el exterior, estos planes suponían el concurso total del Ejército. El equipo de los moderados, Barras, Reubell, Merlin de Douai, Fouché, Cambacérès, Boissy d'Anglas, ahora reunidos con Tayllerand —que regresó a París, vía Hamburgo (30 de julio de 1796), después de obtener su radiación de la lista de emigrados (2 de noviembre de 1795), el 28 de septiembre de 1796—, aunque apoyado por los «nantis» y los notables, no

representa más que un Estado Mayor político sin tropas. Practicando un juego de báscula difícil para resistir los sobresaltos de la ex-Montaña y los asaltos del monarquismo renaciente, consigue mantenerse en el poder sólo gracias a una serie de golpes de Estado militares, cuyo prólogo han sido los del 13 de «vendémiaire», del 12 de «germinal» y del 1 de «prairial».

Porque las elecciones de 1795 habían sido demasiado desfavorables a los ex-miembros de la Convención, se había inclinado el timón hacia la izquierda, tolerando la apertura del Club del Panteón y la reconstitución de un partido de ex-jacobinos con Robert Lindet, Amar, el rico Feliz Le Peletier y otros. Pero los discípulos de Babeuf, lectores del «Tribuno del Pueblo», subvencionados por el príncipe Carlos de Hesse (antaño iniciado por Bode a los Iluminados), se aprovecharon de esta oportunidad para formar una Junta insurreccional. Denunciada por Carnot, esta «Conjura de los igualitarios» fue frustrada después de varias detenciones (los días 3 de marzo y 10 de mayo de 1796) y de una redada consecutiva a una manifestación duramente reprimida el 9 de septiembre con 33 ejecuciones.

Entonces los realistas levantaron la cabeza. Para el porvenir del régimen, las elecciones del año V (21 de marzo y 29 de abril de 1797) parecían todavía más desastrosas que las del año III (1795). De 216 ex-miembros de la Convención salientes, ¡sólo 13 reelegidos! Entre los nuevos representantes, en Lyon, un agente del rey (Imbert-Colomés); en el Jura, el general Pichegru; en Marsella, el general Willot, otro contrarrevolucionario; en Eure, Marmontel (defensor de la religión); en Seine et Marne, Royer-Collard y Vauvilliers, comprometidos en una reciente conspiración. Porque alimentadas con dinero inglés, estas conjuras se suceden, casi abiertamente. La primera, la del abad Brottier, se terminó con muchas absoluciones. La segunda, dirigida por el ex-constituyente d'André y su «Instituto filantrópico», posee más peligrosas ramificaciones. La apoya el Club de Clichy, que reagrupa a los diputados monárquicos, y el general Pichegru. Este último, antes de ser sustituido por Moreau en el mando del ejército «del Rhin y de Mosela», había firmado un armisticio con los austríacos en Wissemburgo (el 10 de «nivôse»=31 de diciembre de 1796) para poder marchar, acaso, sobre París con sus hombres mejor disciplinados y más moderados que los ejércitos de «Sambre y Mosa» o de Italia. Pero el Directorio, informado por Bonaparte, que se había apoderado de la cartera del conde de Antraigue, agente de los príncipes, detiene a este último. Y mientras Pichegru, nombrado presidente de los Quinientos el 21 de mayo de 1797 (con Barbé-Marbois, de los Ancianos), esperaba para actuar las elecciones del año VI, sus adversarios no vacilaron en apelar al sable.

La reacción jacobina, anulada por la apelación al sable

Primero a Hoche, nombrado para el ministerio de la Guerra, mientras Talleyrand reemplazaba a Delacroix en Relaciones Exteriores. Camino de la Mancha para preparar un desembarco en Inglaterra, el general debía destacar hacia París una división del ejército de «Sambre y Mosa» (15.000 hombres) (16-18 de julio de 1797). Pero filtró el proyecto y debió dimitir. Los de Clichy amenazaban con cerrar el Club de Salm, donde Sieyes, Talleyrand, Merlin de Douai reunían a sus partidarios Gerat. Daunou. Debry, Treilhard, Benjamin

Constant y los generales Jourdan, Menou, Kléber (25 de junio) y se atrevían hasta el punto de pedir procedimiento contra el triunvirato Barras, Reubell, La Réveillère-Lépeaux (2-3 de septiembre). Entonces los Directores desencadenaron la intervención de Augereau, destacado de Italia por Bonaparte. En la misma noche del 3 al 4 de septiembre (18 de «fructidor»), este fogoso húsar y fervoroso republicano entró en acción con 30.000 hombres (entre los cuales 6.000 oficiales jacobinos destituidos, especialmente reclutados), apoyados por los «duros» de Santerre y de Fournier el americano. De los dos Directores sospechosos Barthélémy se dejó coger, y Carnot escapó (fueron sustituidos por Merlin de Douai y Francisco de Neufchateau); fueron destituidos 140 diputados (45 de los Ancianos y 95 de la Cámara de los Quinientos), 63 fueron desterrados, más otras 102 personas, entre las cuales, Barthélémy. Fueron fusilados 160 por orden de las comisiones militares y deportados 329 (entre los cuales 167 no volverán jamás).

Esta reacción brutal de la democracia en peligro ha sido un éxito. ¡Demasiado un éxito, quizá! Sieyes, que domina con sus fieles Poullain-Grandpré, Chazal, Villers, Boulay de la Meurthe, este parlamento-rabadilla, se encuentra pronto desbordado por los jacobinos. Desalentados por el tratamiento infligido a sus diputados, apartados por la exigencia del «juramento cívico», su prensa amordazada (1), los electores moderados se abstienen en masa en las elecciones complementarias de abril y del 11 de mayo de 1798. De los 437 representantes sustituidos, 300 son extremistas. El gobierno anula la elección de 104 jacobinos y de dos monárquicos, pero en marzo-abril de 1799 los 300 salen otra vez elegidos. Se suceden las medidas draconianas. Bancarrota de los dos tercios (el 9 de «vendémiaire» año VI=30 de septiembre de 1797) con la reinscripción en el Gran Libro de la Deuda de 3.964 millones (o sea un capital de 83,3 en vez de 250 millones). Deportación a Guyana de sacerdotes «refractarios» (1.448 franceses y 8.235 belgas, entre los cuales las tres cuartas partes perecerán en el camino). Conscripción: como el ejército no cuenta más que con 320.000 hombres, la ley Jourdan-Delbrel (del 5 de septiembre de 1798) impone un servicio militar obligatorio de cinco años. Pero la primera clase no proporciona más que 79.000 reclutas, de un total de 200.000 (29 de septiembre de 1798). Y sólo 57.000 reclutas se presentan de las segunda y tercera clases (1 de abril de 1799). Los ejércitos republicanos, vencidos en todas partes, están reducidos a 225.000 hombres. Hace falta llamar a cinco clases más en junio para disponer de 400.000 en vez de un millón de hombres a final de septiembre. Después del impuesto de la sangre, el impuesto sobre el capital, empréstito forzoso progresivo de 100 millones; repartido entre clases de contribuyentes pagando más de 300 francos de «territorial» y de 100 de «mobiliaria», según la evaluación de jurados «de iniquidad partidaria», puesto que los integran los administradores de los departamentos, asistidos por seis a diez «fieles a la Constitución del año III» (9 de «thermidor» año VII=6 de agosto de 1799). Y para colmo, porque estas medidas impopulares provocan violentas reacciones y hasta revueltas armadas, una nueva ley de los sospechosos: la ley de rehenes del 24 de «messidor» (12 de julio de 1799)

(1) Prohibición de 31 periódicos después del 18 de «fructidor», y de 16 que intentaban reaparecer, con confiscación de los abonos, control policial (hasta el 22 de julio de 1799), imposición del «timbre», deportación de Lacretelle jr. a Guyana, y (el 16 de «fructidor» año VII=2 de septiembre de 1799) de los propietarios de 35 periódicos prohibidos, que, en su mayoría, consiguieron escapar.

decreta que por cada «patriota» asesinado se pronunciarán cuatro deportaciones.

Poco antes, los Consejos, en sesión permanente, habían depurado, a iniciativa de Lucien Bonaparte, el Directorio, anulando la elección de Treilhard, obligando a Merlin de Douai y a La Réveillère-Lépeaux a dimitir (30 de «prairial»=18 de junio de 1799), bajo el pretexto de que habían anulado a los jacobinos el 22 de «floreál». Robert Lindet reemplaza a Ramel en Hacienda; al lado de Barras y de Sieyes (llamado volver de Berlín donde había sido enviado en misión el 29 de abril de 1798), Gohier, el general Moulin y Roger Ducos representan el neo-jacobinismo en el Directorio. Cambacérès se encarga de la Justicia, el general Bernadotte de la Guerra, y Fouché de la Policía.

Pero seguir a los Consejos en su camino jacobino y volver al Terror ¿no resultaría condenar definitivamen a la Revolución, añadiendo la bancarrota y la guerra civil a la derrota en las fronteras y a la invasión? Tales riesgos no pueden escapar a un Sieyes, sustituido a Reubell en el Directorio el 16 de mayo de 1799. Pero ¿cómo salir del callejón? Parece que primero vaciló, considerando la posibilidad de terminar como se había querido empezar, es decir, estableciendo un régimen al estilo inglés de 1688. Quizá en beneficio del futuro Luis-Felipe, más probablemente en favor de su amigo el duque de Brunswick (tratando que se olvide su poco grato manifiesto), o tal vez instaurando una monarquía electiva.

De todos modos, primero se debía quebrantar a los Jacobinos reconstituidos en el Club del Picadero, y después del 27 de julio, en la ex-iglesia de Santo Tomás de Aquino. Fouché, mandado volver de su misión en La Haya sobre la recomendación de Talleyrand para asumir el ministerio de Policía, creado por Sieyes y Barras, precisamente porque, siendo uno de los suyos, podría combatirlos con más eficacia, se encargó personalmente de cerrar el club (el 27 de «thermidor»=13 de agosto). Luego depuró a la «Legión de Policía», donde se habían escondido los «duros» de Santerre y de Hanriot. Ahora se buscaba a un general capaz de realizar el golpe de Estado. Se tomó contacto con Moreau, después con Mac Donald, y se había escogido a Joubert (a final de junio), cuando el jefe del ejército de Italia cayó muerto en Novi, el 15 de agosto. Se descartó a Bernadotte, demasiado republicano y opuesto al regreso de Bonaparte de Egipto; Dubois-Crancé le fue sustituido en el ministerio de la Guerra. Entonces Talleyrand propuso a Bonaparte, cuyos hermanos, José y Luciano, se agitaban mucho en París acercándose a Sieyes.

Por el momento, estaba en Egipto (según se creía, porque ya había salido, con una escolta de científicos, de generales y de «mamelucos», el 22 de agosto de 1799, cuando Reinhard le mandó instrucciones para que regrese con su ejército, el 11 de septiembre). ¿Cómo, por qué, a iniciativa de quién, se había marchado? Talleyrand le había decidido. Talleyrand, que después de pedir una ayuda de 24.000 francos de Mme. de Staël al regresar a París había obtenido gracias a las presiones de ella (seis veces repetidas cerca de Barras) la cartera de Relaciones Exteriores (18 de julio de 1797), a pesar de las reticencias de Reubell (que continuó dirigiendo la diplomacia del Directorio, redactando por ejemplo las instrucciones para el Congreso de Rastadt, en

noviembre de 1797), Talleyrand, decidido a realizar «una inmensa fortuna» en sus nuevas funciones, que empezó a prelevar el diezmo sobre todos los asuntos que tenía que tratar (cuya lista ocupa siete páginas en las «Memorias» de Barras y alcanza la bonita cantidad de 13.650.000 francos durante los dos años anteriores al Consulado) (2).

Bonaparte, llamado de Egipto

¿Por cuál razón abogaba Talleyrand en favor de la aventura de Egipto? ¿Recogiendo en un ensayo dirigido al Instituto, el 3 de julio de 1797, este proyecto considerado ya por Choiseul en otro tiempo? ¿Diseñando en un primer informe del 27 de enero de 1798 un plan capaz de imponer la supremacía francesa en el Mediterráneo a través de la ocupación de Corfu, Malta, Candia, Lemnos y finalmente de Egipto? ¿E insistiendo otra vez con un segundo informe al Directorio, el 14 de febrero? La idea le gustaba a Bonaparte, émulo ya de César, ¿quizá lo sería de Alejandro? «Si queremos realmente destruir a Inglaterra, escribía a los Directores el 16 de agosto de 1797, debemos apoderarnos de Egipto». Iniciando la maniobra en Campo-Formio, el 17 de octubre, había obtenido la concesión de las islas Ionianas a Francia —primera etapa hacia el Oriente—. Muy atento en no enfrentarse con él, el ministro de Relaciones Exteriores, que le había reprochado su actitud de «mercader de pueblos» con Venecia, redujo luego el asunto a «algunas griterías» de italianos.

¿Se trataba —o no— de asestar un golpe decisivo a Inglaterra, después del fracaso de los intentos de desembarco de Hoche (en diciembre de 1796) y de Humbert en Irlanda? ¿Después de una reciente inspección de Bonaparte, concluyendo con la necesidad —evidente— de asegurarse primero el dominio de la Mancha? ¿No se necesitaba también una real potencia naval para asestar este golpe (demasiado lejano para ser decisivo) contra Egipto, y sobre todo para mantenerse allí (como lo probará el desastre de Abukir)? ¿O no se trataba más bien de desviar los golpes de Inglaterra? El enemigo declarado de la Gran Bretaña, Reubell, se mantuvo hostil a esta empresa, y tanto la prensa como el Club del Picadero, como Briot en los «Quinientos» el 29 de agosto, acusaron formalmente a Talleyrand de esta intención. Como de la intención de alejar de Francia a Bonaparte, el más indisciplinado de los procónsules durante su mando en Italia, y también de la intención de difundir las ideas revolucionarias en el Mediterráneo oriental, de Malta a Istambul. Antes de comprometerse, Bonaparte había pedido que se consiguiera la neutralidad de Turquía, y en este punto Talleyrand no cumplió con sus promesas, lo que permite poner en duda sus verdaderas intenciones.

En Malta, la expedición (de 35.000 hombres y 10.000 marineros), que había zarpado de Tolón el 19 de mayo de 1798, encontró el terreno cuidado-

(2) 500.000 de especulaciones sobre los Fondos franceses, durante las negociaciones de Lila con Malmesbury; un millón de Austria, para los artículos de Campo-Formio, y otro de Prusia, para no aplicarlos; 500.000 del rey de Nápoles, para reconocer su neutralidad; 150.000 del papa; un millón de la República cisalpina; dos millones de participaciones en las presas contra buques neutrales; un millón del ministro español Godoy, el «príncipe de la Paz»; 500.000 del gran visir de Turquía; 780.000 del Senado de Hamburgo, para una negociación con los Estados Unidos, etc.

samente preparado por Mathieu Poussielgue, desde diciembre de 1797, hasta entre los Caballeros de la Orden, a través de unos infiltrados entre ellos: Dolomieu, Boisredon y Haupesch. De manera que este puerto, considerado como inexpugnable, se rindió sin resistencia el 10 de junio. El 1 de julio se produjo el desembarco; el 14 el ejército penetró en Alejandría, y el 22 de julio, después de repeler las furiosas cargas de los «mamelucos» de Mourad delante de las Pirámides, entró en El Cairo, cuyas puertas le abrió Ibrahim. Pero la destrucción de la flota (1 de agosto) y la intervención de Turquía (9 de septiembre de 1798) comprometieron la posición del cuerpo expedicionario. Todavía victorioso en el monte Thabor (el 16 de abril de 1799), pero contenido (entre el 23 de abril y el 10 de mayo frente a Saint-Jean de Acra, por Sidney Smith y Phelipeaux, encontró cerrado su camino de regreso por tierra, a través de Istambul.

Talleyrand, Fouché y los banqueros preparan el golpe de Estado

Bonaparte, que había zarpado al recibir la noticia de las derrotas francesas, llevada por John Keith a Menou, desembarcó en Fréjus el 9 de octubre, con Lannes, Murat y Marmont; el 14 estaba en París. Talleyrand, el primero en alejarle (ahora dimitido el 13 de julio de 1799, a consecuencia de las denuncias del ayudante-general Jorry, comprometido en el complot de Babeuf), había sido también el primero en facilitar su regreso... después de inútiles gestiones cerca del futuro Luis XVIII y tentativas para reclutar a algún príncipe prusiano. Fouché, informado por Josefina, le esperaba. Sus amigos banqueros, para precipitar su retorno, le habían advertido a través de Bourbaki que ya tenían dos millones dispuestos para el golpe de Estado, en primera fila Le Couteulx, de Ruan, presidente de la administración del departamento de Sena, y el suizo Perrégaux. En Italia el general, que necesitaba de mucho dinero —siendo Josefina muy voraz—, había participado en los negocios de algunos suministradores de su ejército, como la Compañía Collot, Gaillard y Compañía (de los que había sacado 600.000 francos y compartido el producto de la confiscación de las minas de Idria: 50/50, un millón a cada uno). Ahora Collot, amenazado, ofrece un millón para el golpe de Estado, cuyos principales artesanos son Roederer en el plano político y Talleyrand, asistido por su acólito Fouché, en el plan de relaciones públicas.

El ex-obispo de Autun, al lado de aventureros como Montrond y Saint-Foix (ex-tesorero del conde de Artois), de Orgeval (ex-obispo constitucional de Orléans) y de su secretario el abad Des Rebaudes, utiliza los servicios de dos «oratorianos», la Besnardière y d'Hauterive, este último gran amigo de Fouché, lo que facilita las relaciones entre los dos. Además, está muy ligado con el financiero Ouvrard, con el que especula. El 6 de noviembre trata, con Fouché, Réal y José Bonaparte, ganar a sus proyectos a Barras, que parece preparar una restauración de los Borbones. Al día siguiente, Talleyrand, Roederer y Volney cenan en casa de Bonaparte con los generales Moreau, Bernadotte y Jourdan, cuya neutralidad es imprescindible. El día antes del golpe de Estado, el 9, mientras los Ancianos deciden la reunión de los Consejos en Saint-Cloud, bajo el pretexto de un complot anarquista, y designan al general como comandante de la guarnición de París, Talleyrand visita a Barras, comiendo en su casa con Ouvrard, le convence de la necesidad de dimitir,

como iban a hacerlo Sieyes y su cómplice Roger Ducos... y pone en su bolsillo los millones que debía ofrecerle. Como Gohier y Moulin se dejan detener por Moreau, no hay más Directorio. Lemercier, presidente de los Ancianos, ha sido comprado. Por su parte el general Marmont, ayudante de Bonaparte y yerno de Perrégaux, obtiene el apoyo del general de Jubé, comandante de la Guardia del Directorio, mientras Fouché «contribuye» con 900.000 libras de sus fondos secretos y se compromete a mantener la seguridad de París durante el día siguiente. Se conoce el relato del golpe, el papel decisivo de Lucien Bonaparte y de Murat, con sus granaderos de la Guardia, para salvar al general amenazado por los Quinientos de ser declarado fuera de la ley (19 de «brumaire»=10 de noviembre de 1799).

Talleyrand recobró (no hubiera faltado más) el 22 de noviembre su cartera de Relaciones Exteriores. En buen cortesano, declaró a su nuevo amo, al solicitar el privilegio de trabajar con él sin intermediario: «¡Estoy con Vd. a la vida y a la muerte!», en el mismo tiempo (diciembre de 1799) en el cual —más vale contratar un buen seguro sobre la vida— aseguraba a Hyde de Neuville que «¡estaba enteramente devoto a la persona del conde de Provenza!» Para el primer cónsul ¡qué pesada y molesta hipoteca será el sindicato de ideólogos y de «nantis» de «brumaire»!

Gaudin restaura las Finanzas

Ahora bien, le esperaba una tarea enorme, tanto dentro como fuera. Restablecidos el orden y la paz interior, restaurar el Estado. Y primero, las finanzas. Fue obra de Gaudin, el mismo, que solicitado en el año IV como en el año VII, se había recusado, pensando que las circunstancias políticas no permitían mantener buenas finanzas. Esta vez acepta, aunque no haya más que 167.000 francos en caja y que haya caído la renta 5 % a 11,38. Pero, a un ritmo rápido, intervinieron medidas de apaciguamiento: abrogación de la ley de los rehenes y levantamiento de los secuestros (22 de «brumaire»=13 de noviembre de 1799), anulación del empréstito forzoso (el 27 de noviembre), sustituido por una sobretasa del 25 % sobre las contribuciones del año VII; regreso de los proscritos de «fructidor», reapertura de las iglesias, etcétera. Recomandado por Lebrun, Gaudin, ex-dependiente del «vigésimo», bajo las órdenes de Ailly, luego comisario a la Tesorería bajo el Directorio, reanudó con las tradiciones del antiguo régimen con el fin de reconstituir una administración de Hacienda. Se debe notar que, en los últimos años, su predecesor Ramel se había empeñado ya en sanear la situación. Sin mucho éxito, pero había señalado el camino.

En cuanto al presupuesto, evaluación de los créditos en numerario (16 de «vendémiaire»=6 de octubre de 1796); previsiones de gastos ordinarios, 450 millones revaluados en 512,5 el 18 de «ventôse»; extraordinarios, 550 millones contra 439,5 de ingresos. Para el año VII se cumple un gran esfuerzo para comprimir los gastos y equilibrar el presupuesto en 600 millones, pero la reanudación del conflicto lleva esta cifra a 700 y el ejercicio se salda con un déficit de 250 millones. En el año VIII, se establece el presupuesto sobre la base de 527,3 millones de ingresos para 563 de gastos. Pero, como durante todo el Consulado, la situación queda demasiado inestable, se pone a la dis-

posición del gobierno, dos veces al año, créditos en forma de adelantos, 415 millones en el año IX, 500 para el año X, 589,9 para el año XI, 700 para el año XII. No obstante, el presupuesto se equilibra poco a poco. En el año IX, contra 526,4 de gastos reales los ingresos llegan a 449,7, a los que se añaden 494,9 de ingresos extraordinarios (contribuciones exteriores, 87 millones, y venta de bienes nacionales). En el año X, año del Concordato, de la paz de Amiens, de la amnistía a los emigrados y del consulado vitalicio, el equilibrio queda realizado, al nivel de 500 millones (sin contar 30 millones de ventas de dominios).

El año siguiente, este nivel alcanzó 589,5, pero la expedición de Santo Domingo, la anexión de Piamonte y un programa de obras públicas aumentaron los gastos (619 y hasta 632 en el total); se saldó la diferencia con 16 millones del rescate de rentas territoriales y 18 de la venta de bienes nacionales. El año XII se saldará con un déficit de 34,5 (gastos previstos, 700, reales, 804; ingresos previstos, 551, reales, 769,9). Para compensar un suplemento de gastos de 100 millones, consecuencia de la guerra marítima, se recurrió a ingresos extraordinarios: 21 millones de fianzas, 10 de ventas del dominio, 10 del rescate de rentas territoriales, y del exterior 50 millones de descuentos de Hope, de Amsterdam, y Baring, de Londres (sobre los 800 millones de la venta de la Luisiana), más 68,7 de subsidios de España y 19,2 de Italia. El año XIII debía equilibrarse en 684 millones cuando la creación del Campo de Boulogne y del Gran Ejército lo sobrepasaron. Sin embargo, los presupuestos siguientes —después del ejercicio de quince meses resultante del retorno al calendario gregoriano (23 de septiembre de 1805-31 de diciembre de 1806), saldado con 900 millones de gastos reales y 986 de ingresos— se establecieron con 733,8 frente a 720 en 1807; 772,7 y 772 en 1808; 786'7 y 786 en 1809; 795 en 1810; 954 en 1811; 1.030 en 1812, y 1.150 en 1813. Tratándose de presupuestos de guerra, no era del todo mal. El mayor orden reinaba en las finanzas francesas.

El resultado no habría sido posible sin la reconstitución de una administración fiscal completa. Una primera tentativa de Ramel, proponiendo la creación de una agencia de Contribuciones directas (con seis directores generales, 400 recaudadores, 800 veedores, un perceptor en cada municipio), rechazada después de las elecciones del 1 de «prairial», resultó (el 33 de «brumaire» año VI=12 de noviembre de 1797) en el voto de 2,2 millones de créditos para la institución de comisarías cantonales, de recaudadores controlando cerca de 120 municipios, cada uno con un perceptor (será el origen de los «arrondissements»). Pero, siendo esta experiencia decepcionante, Gaudin sustituyó a la agencia por una Dirección de las Contribuciones directas (con un director y un inspector por departamento y dos veedores por «arrondissement» o distrito, encargados de establecer las listas), lo que permite la recaudación del año IX, desde el principio del ejercicio (ley del 3 de «frimaire» del año VIII=25 de noviembre de 1799).

Puesto que lo esencial es la recaudación. Se esperaba en el año V, en octubre de 1796, 250 millones de la territorial (para 98 departamentos), 50 de la personal, 20 de la «patente», siete de aduanas, etc., pero existían 198 millones de atrasados, y estas evaluaciones pasaban de las posibilidades de los

contribuyentes (sobre todo en valores reales). Con la intervención de «jurados de equidad» (14 de «thermidor»=1 de agosto de 1797) se redujo la territorial a 228 y luego a 205 y la personal a 50, aumentando la patente a ocho, y pidiendo al registro 70, al timbre 16, a los derechos sobre hipotecas ocho, sobre los caminos 20, al tabaco 10, a la Lotería restablecida 12, a los bosques 30, a los dominios 20, a la venta de los dominios 20, etc., para llegar a una cifra teórica de 616 millones de ingresos, frente a 325 millones de gastos ordinarios (14 leyes del 9 de «vendémiaire» año VI=30 de septiembre de 1797), más 271 de extraordinarios, o sea en el total 596. Pero la territorial decepciona: se deben todavía 191'5 millones o casi la totalidad el 17 de «thermidor» año VI=6 de agosto de 1798. Y dos meses antes del fin del ejercicio del año VII, sólo se ha recaudado la mitad de las contribuciones directas.

Para cubrir el déficit, cerca de 200 millones se explota a las Repúblicas hermanas, se recurre a impuestos indirectos, a los arbitrios restablecidos en París (18 de octubre de 1798) y en las provincias (1 de diciembre), a la venta —esta vez en subasta— de 400 millones de bienes nacionales, pagaderos en numerario (pero sólo se vende la décima parte). Entonces se procede a la reforma de las contribuciones directas. La «patente», dividida entre siete clases, debe brindar 22,6 millones (1 de «brumaire»=22 de octubre de 1798). Se reglamenta la percepción de la territorial (los días 28 de octubre, 23 de noviembre de 1798 y 20 de junio de 1799). La contribución sobre las «puertas y ventanas» —propuesta por los «Cuadernos» de 1789—, creada el 24 de noviembre de 1798, será duplicada el 8 de marzo de 1799 y triplicada en mayo-junio. Se definen los regímenes del timbre y del registro los días 3 de noviembre y 12 de diciembre de 1798. Se reduce la contribución personal mobiliaria de 50 a 30 millones (3 de «nivôse»=23 de diciembre de 1798). Interviene el intermedio del neojacobinismo y de su representante Robert Lindet en Hacienda y se produce el rotundo fracaso del empréstito forzoso, con 10,4 millones recaudados de los 70,8 exigidos en las listas de 95 departamentos en el 13 de «brumaire»=3 de noviembre de 1798, de manera que se consideraba reducir los sueldos de los funcionarios cuando se produjo el golpe de Estado.

Luego, todo se presentó fácil. Los banqueros estaban dispuestos a dar su apoyo. Se debe notar que ya habían propuesto lanzar un empréstito en lotería de 80 millones para preparar un desembarco en Inglaterra (16 de «nivôse»=5 de enero de 1798). En cabeza de lista: Le Couteulx, Fulchiron, Saillard, Jubié, Enfantin, Récamier, Desprez, Barillon, Decretot, etc. Cuando después del «19 de brumaire» se debe reclamar dos millones de Génova, 4,5 de Hamburgo, vender Flessingue a la República «bátava» y dejar en prenda el diamante «Régent» para obtener 10 a 11 millones de los de Amsterdam, la mayoría de ellos (Le Couteulx, Perrégaux, Fulchiron, Récamier, Barillon, Germain, Sevène), reunidos en el palacio de los Cónsules (el 3 de «frimaire»=24 de noviembre de 1799), consiente adelantar 12 millones (de los cuales nueve en forma de un empréstito-lotería.

Bonaparte hace entrar en razón a los banqueros

Lo que no impide que Bonaparte demuestre su autoridad deteniendo a Ouvrard, el peor traficante de la época, porque ha escogido este momento para pedir el reembolso de 10 millones adelantados al Estado, cuando no ha pagado fianza sobre los 62 millones de contratos que ha obtenido. Antes de soltarle le obligó a «escupir» 14 millones (el 6 de «floreal»=26 de abril de 1800). Y como se murmuraba, no vaciló en convocar a los jefes de fila, Le Couteulx, Perrégaux, Davillier, Delessert, Malet, etc., para hacerlos entrar en razón. Este sistema de «fianza» aplicado a los recaudadores generales (para 1/10) el 27 de noviembre de 1799, brindó 113 millones de obligaciones y 128 millones de pagos a una Caja especial. Se extendió a los notarios (7 de «ventôse»=28 de diciembre de 1799) y brindó 18 millones: a los recaudadores de «arrondissement» (distrito), a los procuradores (avoués), ujieres (huissiers) (17 de «ventôse»=18 de marzo de 1800), a los pagadores del Tesoro (4 de «germinal»), o sea en total 32 millones, luego a los tasadores, agentes de cambio y corredores de las Bolsas de Comercio (27-28 de «ventôse=18-19 de marzo de 1801).

Gracias a tantos esfuerzos conyugados, el año VIII se señaló con el regreso de la confianza, manifestado por la subida de la renta 5 %, de 11,38 el 17 de «brumaire» a 19 con la proclamación del Consulado, 38 después de la victoria de Marengo, luego a 42,47 y 50,60, cuando se anunció (el 23 de «thermidor»=11 de agosto de 1800) que el segundo semestre del año VIII sería pagado a los rentistas en numerario el 1 de «nivôse»=2 de diciembre. Simultáneamente, se procedía a la liquidación de la Deuda pública. En cuanto al atrasado, sobre la base de la inscripción de renta 3 % para los años V, VI y VII, y de un millón de renta 5 % para el año VIII (en realidad. bastó con 1,9 millones). Para la liquidación de la bancarrota del año VI, con la posibilidad para los portadores de bonos de los dos tercios, o bien de adquirir con ellos bienes nacionales, o bien de convertirlos al vigésimo de su valor en renta 5 % (203 millones). Y para el arreglo de la «tercera parte consolidada», con la inscripción de 30 millones de rentas (siendo aplazados los intereses hasta el 1 de «vendémiaire» año XII=24 de septiembre de 1803).

Finalmente, se decidió dedicar, de los 300 millones de bienes nacionales por pagar, 180 a la Enseñanza y a los Inválidos, 70 a la Caja de Amortización, 30 al servicio del año VIII y 20 al del año IX. En consecuencia la renta bajó a 39,50 el 16 de «thermidor»=de agosto de 1800, para subir a 60-63 a principio del año X (fin de septiembre de 1801) y bajar otra vez a 51 el 25 de «ventôse»=11 de marzo de 1802 (a pesar de que Mollien gastó 11 millones de la Caja de Amortización en su intento de mantener la cotización a 60). Se debió esperar a final de enero de 1805 para alcanzar de nuevo este nivel. Pero después de una caída a 57-54 a final de 1805, la renta subió a 65-66 en junio-julio de 1806, a 73-75 después de Iéna, a 85-86 después de Friedland y hasta 93,40 a final de agosto de 1807, para retroceder a 85-87 en 1807-1808 y 79-77 en febrero-marzo de 1809. Entre 1810 y final de octubre de 1812, se mantendrá entre 80 y 82, utilizando la Caja de Amortización —después de la capitulación de Bailén— su dotación de 3,7 millones de renta (1 de vendémiaire» año XIII=23 de septiembre de 1804) y de 70 millones de bienes nacionales para mantener la cotización de 80.

Funda el Banco de Francia

Culminando con este proceso de restauración financiera, el Banco de Francia había nacido el 24 de «pluviôse»=13 de febrero de 1800. Creado al principio con un capital de 30 millones para realizar operaciones de depósitos, descuento y emisión de billetes a la vista de 500 y de 1.000 francos, estaba dirigido por un Consejo de Regencia integrado por 15 miembros y tres censores. Se confiaba su administración a los dirigentes de la Caja de Cuentas Corrientes creada (el 11 de «messidor» año IV=29 de junio de 1796) por Récamier, con un capital de cinco millones, para reemplazar a la Caja de Descuento, suprimida el 24 de agosto de 1793 (siendo Le Couteulx uno de los pocos administradores sobrevivientes), es decir: Le Couteulx, Perrégaux, Récamier, Mallet, Germain, Sevène, Barillon. Después de absorber a este establecimiento (el 27 de «pluviôse» año VIII=16 de febrero de 1800) se instaló en sus locales para empezar sus operaciones el 20 de febrero. De su capital, la Caja de Garantía, transformada en Caja de Amortización, que había conseguido rescatar 681.000 francos de renta, había suscrito cinco millones. Esta Caja tenía como director a Mollien, ex-controlador de los Arrendamientos generales en el antiguo régimen. Simultáneamente Dufresne, ex-primer dependiente de Necker, recibía la tarea de reorganizar el Tesoro público (1 de «pluviôse»=21 de enero de 1800).

El éxito de la nueva institución fue rápido. El volumen de descuento subió de 112 millones en el segundo semestre del año VIII a 443 en el año X y a 511 en el año XI, lo que le permitió distribuir a sus accionistas un dividendo del 10 %. Queriendo fortalecerla, antes del conflicto que iba a reanudarse con Inglaterra, el primer cónsul decidió concederle, el 24 de septiembre de 1803, el monopolio de la emisión durante quince años, ampliando su capital a 45 millones para que pueda absorber a sus dos rivales, la Caja de Descuento del Comercio (creada en el año VII=1797, con un capital de 24 millones) y el «Comptoir comercial» Jabach, especializado en la clientela del pequeño comercio y del artesanado. Pero la Caja de Comercio fue suprimida por la autoridad, con pretexto de una malversación, en contra de la opinión de Barbé Marbois, ministro del Tesoro desde el 21 de enero de 1800 y de Mollien.

Con el fin de tranquilizar a los descontentos, se quitó a los accionistas del Banco su privilegio de admisión al descuento, y se limitó su dividendo al 6 % para reducir al 5 % el tipo de interés. Fue confiada la gestión del Instituto a 15 «regentes» y a tres «censores» elegidos por los 200 mayores accionistas (entre los cuales siete y tres escogidos entre los representantes del comercio y de la industria, en vez de nueve banqueros y cinco negociantes como antes (ley del 24 de «germinal» año XI=11 de abril de 1803). Por fin Francia, dominando la desconfianza, fruto de la desdichada experiencia de Law, tenía un Banco nacional. Lo mismo que recobraba una moneda sana: el 28 de marzo de 1803 nacía el franco-germinal (7 de «germinal» año XI). Pieza de cinco gramos de plata al 0,900, con una proporción fijada en el 15,5 con el oro, debía conquistar el primer sitio en Europa y mantenerse durante más de un siglo, a pesar de las guerras y de las revoluciones, como la moneda estable de Francia.

Ni inflación, ni empréstitos

Implicado en una lucha a muerte —como antes de él Luis XIV— contra **Inglaterra y la temible potencia financiera internacional que la animaba, cuyos principales agentes se llamaban Boyd y Kerr (a caballo sobre Inglaterra y** Francia), Hope y Labouchère de Amsterdam, Parish de Hamburgo, Baring de Londres, Bethmann de Francfort, y el imperio naciente de los Rothschild, **cuyos tentáculos lanzados desde Francfort se aferraban fuertemente en Londres, París, Viena y Nápoles,** Napoleón conocía perfectamente la importancia de los medios de los cuales disponía su adversario. Estratega con genio, organizador de primera clase, hombre de Estado muy consciente, sino diplomático hábil y ponderado, no estaba tan enfatuado como para ignorar la «intendencia», que, todo al contrario, llamaba toda su atención. Con el fin de no exponerse a los ataques y presiones de los banqueros cosmopolitas, observaba la regla absoluta de no recurrir ni al empréstito ni a la inflación. Por eso se empeñaba en restablecer una recaudación normal de los impuestos y en reducir la Deuda pública, que, en período de guerra y a pesar de la absorción de la tercera parte de la deuda holandesa (26 millones de un total de 78), sólo alcanzará 105,9 millones en 1807 y 148 en 1811 (lo mismo que la renta consolidada 5 % pasará sólo de 45,18 millones en el año XII=1803-1804 a 63,63 en 1814. Mientras la Deuda inglesa se duplicaba, pasando de 11.753 millones de francos en 1801 a 20.768 en 1810.

Ouvrard y sus tráficos

Por desgracia, en materia de Finanzas, a veces el primer cónsul como el emperador, resultó bastante mal asesorado por sus «mariscales». De manera que después de la salida del Gran Ejército en 1805, antes de Austerlitz, se produjo en París una grave crisis financiera. Para movilizar el atrasado de los subsidios españoles (72 millones al año) Barbé-Marbois, ministro del Tesoro, había negociado bonos a corto plazo de los recaudadores generales correspondientes con Ouvrard, que consintió dos préstamos de 50 y 150 millones, a cambio de suscripción en manos de la Compañía de los Negociantes reunidos (o más bien de los traficantes), controlada por Ouvrard, con Banlenberghe y Desprez, banquero y regente del Banco de Francia. Esta operación provocó una cadena de tráficos: Ouvrard negoció los bonos al 9 %, descontándolos al 6 con el Banco. Luego imaginó cubrir sus creencias con 52 millones de letras en piastras (acababa de recibir del ministro español Godoy el privilegio del abastecimiento de las colonias de América y de la importación de los metales preciosos, principalmente de México, así que las piastras, compradas en Veracruz a 3,75, debían ser vendidas a cinco francos en Francia, partiendo el beneficio entre España y él mismo). Mientras tanto, Desprez hinchaba la cartera del Banco con papel malo y reducía las existencias en caja a 782.000 francos, cuando llegaba el volumen de circulación a 62 millones. Aunque Ouvrard sea de connivencia con Hope, Labouchère y Baring, la flota británica se opuso a toda importación procedente de América, de modo que la pirámide así edificada se derrumbó.

La consecuencia fue, después de la capitulación de Ulm (los días 15 y 16 de «brumaire» año XIV=7 y 8 de noviembre de 1805), un pánico en París,

el asedio del Banco por los pedidos de reembolso, y la quiebra de Récamier. Si Austerlitz hubiera sido una derrota, ¿qué pudiera ocurrir? Fue una victoria y todo se arregló. Pero, al regresar a París, Napoleón convocó a todos (27 de enero de 1806) y les castigó. Los tres cómplices, que en vez de recibir fondos de España, habían enviado allí dinero, tuvieron que devolver al Estado primero 87 y luego 141,8 millones. El demasiado ingenuo Barbé-Marbois fue sustituido por Mollien (que Béranger reemplazó en la Caja de Amortización). Y en cuanto al Banco, sus accionistas y regentes perdieron sus privilegios abusivos. A pesar de la oposición de Le Couteulx, su fundador, y del economista liberal Dupont de Nemours, fueron eliminados de su Consejo, como especuladores, Desprez, Récamier y otros tres, Bastide, Doyen y Sevène (27 de marzo de 1806), y la ley de 22 de abril de 1806 reformó sus estatutos. En adelante, un gobernador (poseedor de 100 acciones) y dos subgobernadores (poseedores de 50), designados por el Estado, sustituyeron al presidente (Le Couteulx durante los años IX y X y Perrégaux del año XI al XIII). El Consejo de Regencia comprendió a tres funcionarios, tres recaudadores generales, más cinco regentes y tres censores, escogidos entre accionistas industriales y comerciantes, sin representantes de los bancos privados. Perrégaux se inclinó. En compensación se doblaba el capital del Banco (de 45 a 90 millones) y su privilegio era prorrogado en veinticinco años (hasta el 24 de septiembre de 1843), y para aumentar su influencia y favorecer la baja del tipo de descuento del 5 al 4 %, se crearon sucursales en provincias, empezando por Lyon y Ruan, el 18 de mayo de 1808.

Así reformado el Banco, algunas otras medidas complementaron las instituciones financieras de Francia. Creación de la Corte de Cuentas (que presidió Barbé Marbois, 16 de diciembre de 1807, mientras que el futuro barón Luis era nombrado administrador del Tesoro). Institución de una Caja de servicio, recogiendo las disponibilidades de los recaudadores, para facilitar su tesorería (16 de julio de 1806). Introducción de la Contabilidad en partida doble en la Contabilidad pública (4 de enero de 1808). Y sobre todo puesta en marcha por Gaudin (el 12 de «brumaire» año XI=3 de noviembre de 1802) de una primera tanda de esta gran empresa del catastro, inventario de la propiedad rural, alimentado por un fondo especial procedente de la territorial (15 de septiembre de 1807 al 27 de enero de 1808). Y vuelta a las contribuciones indirectas que un «Ensayo sobre el estado de las Finanzas... de Gran Bretaña» había puesto de moda. Se confió la gestión de tasas bastante ligeras sobre el tabaco y las bebidas a una «régie» de los derechos reunidos, en la misma ley que hizo de los preceptores unos funcionarios (5 de «ventôse» año XII=25 de febrero de 1804). De un derecho de dos décimos por kilo de sal se esperaban 35 millones (24 de agosto de 1806); el vigésimo sobre las bebidas brindó 71 millones en 1807 y hasta 116,3 en 1812 (25 de noviembre de 1808 y 20 de abril de 1810). El producto de los derechos sobre el tabaco alcanzó 3,7 millones en 1803-1804 y 21,1 en 1810, antes que sea restablecido el monopolio el 29 de diciembre de este mismo año, monopolio que procuró sólo 25,5 millones en 1810 pero llegó a 70 en 1813. El timbre y el registro produjeron 202,7 millones en el año XIII (1804-1805), 260,1 en 1809, 253 en 1812. Estos ingresos permitieron reducir la «territorial» de 240 millones en 1795 a 208,5 en 1810 y la «mobiliaria» de 60 a 27.

Si se examinan los presupuestos de este período (el del año XIII parece

el más característico) se nota que el enorme peso de las cargas militares —un poco más del 60 % del total— se encuentra a veces aliviado por algún ingreso exterior importante. Si Austria ha sido tratada con moderación (puesto que de los 118 millones impuestos por la paz de Presburgo del 26 de diciembre de 1805 pagó sólo 75,5; y de los 250 de la paz de Viena del 14 de octubre de 1809, sólo 164,5), Prusia y sus aliados fueron obligados al pago de la enorme cantidad de 470,45 millones, el 9 de julio de 1807. Al contrario, España, que brindaba 48 millones de subsidios, costó varios centenares de millones, y no pagó más que 33,9 en 1810 y 23,2 en 1811. Por su parte, Portugal, de 100 pagó sólo seis. Sin embargo, a pesar del esfuerzo de guerra que debió consentir, el Imperio consagró a los gastos de equipo del país 273 millones para las carreteras, 31 para los puentes, 117 para los puertos, 123 para los canales y 251 millones para la urbanización.

Sieyes y su Constitución a lo Espinoza

Paralelamente con la restauración financiera, la reforma de las estructuras administrativas de Francia, bloqueada durante todo el siglo XVIII por el sabotaje sistemático de la monarquía, se cumplía. En una forma, probablemente, demasiado unitaria, demasiado centralizadora, demasiado autoritaria y demasiado militar, pero ¿no era, entonces, necesario? Y con alguna tendencia a conservar del legado de la Revolución lo que parecía compatible con el orden nuevo, puesto que tal era la razón de ser del régimen.

Arquitecto de la nueva Constitución, Sieyes había concebido un Panteón de antiguo estilo, dedicado al profeta de la Revolución Baruch Espinoza, del cual sería el pontífice. Dotado con una dotación civil de seis millones; alojado en Versalles, el Gran Elector, jefe del Estado (¿él mismo probablemente?), designaría a dos cónsules, uno de la Paz (Cambacérès) y otro de la Guerra (Bonaparte), pudiendo ser unos y otros «absorbidos» o llamados de nuevo a su seno por un Senado todopoderoso, cuyos miembros, escogidos por un jurado especial entre listas de personalidades propuestas por un número restringido de electores, gozarían del temible privilegio de designar hasta el año X a todos los funcionarios del Estado y hasta quitar de las listas, en la proporción de 1/100, a todos los notables que parecieran indeseables.

Frente a una maquinaria tan complicada, digna de la Florencia de los Médicis, Bonaparte quedó sofocado, pero como tenía que contar con Sieyes y colocar a su clientela, le dejó con el encargo de integrar a sus criaturas en las nuevas asambleas. Sin embargo, revisó el proyecto con Daunou, suprimió el Gran Elector y la «absorción», para crear tres cónsules (disponiendo el primero, él solo, del poder de decisión) e instituir un Consejo de Estado de 50 miembros (26 de diciembre) encargado de la preparación de las leyes, para completar los tres cuerpos políticos previstos: un Senado de 80 altos dignatarios, cooptados y después nombrados, participando en la designación de los funcionarios, conservatorio de la Constitución y al mismo tiempo Casa de Jubilación para los «ideólogos» y los «nantis» del régimen; Tribunato, agrupando a un centenar de «parlanchines», aptos para discutir las leyes, pero cuyas veleidades de oposición (inspiradas por Benjamin Constant y su egeria Mme. de Staël) serán frenadas y luego anuladas por su abolición por

el senado-consulto del 19 de agosto de 1807; y por fin el Cuerpo legislativo, triste Cámara de empadronamiento integrada por 300 «mudos», autorizados a adoptar o rechazar en bloque las leyes, sin debate y con sufragio secreto.

Solicitado, con una suprema e irónica cortesía del amo del día, a designar a los tres cónsules, Sieyes, olvidándose a sí mismo, propuso, con Bonaparte, a Cambacérès, que (por haber votado sólo condicionalmente la muerte del rey) representaba el centro izquierda, y a Lebrun (tímido monárquico y «constitucional» de buena tinta), que representaba el centro derecha. Fueron entronizados el 15 de diciembre, y la Constitución promulgada el 13 entró en vigor el 25 de diciembre de 1799. Con 3.011.007 «síes» contra 2.562 «noes», un plebiscito sancionó esta dictadura de hecho. E inspirándose en la República cisalpina (donde había probado sus aptitudes de estadista), Bonaparte edificó en pocos meses las estructuras de un régimen centralizado y autoritario. Administración local controlada por 98 prefectos, asistidos por un Consejo general departamental, secundados por 420 subprefectos, vigilan 36.000 municipios, despojados (siendo demasiado próximo el espectro de la Comuna de París) de verdaderas libertades municipales (17 de febrero de 1800). Estrecho control de la Información por Fouché («oficina de prensa» del abad Denine, creada el 5 de abril de 1800, y «oficina de orientación» del enciclopedista Charles Etienne) y por el ministro del Interior, Montalivet (publicando la «Bibliografía del Imperio» la lista de las obras autorizadas (3). Aparato judicial, integrado por magistrados inamovibles, 2.000 jueces de paz, 420 Tribunales de primera instancia, un Tribunal de apelación y un Tribunal criminal en cada departamento, encabezados todos por un Tribunal de casación, y encargados de aplicar el Código civil, obra magistral, concebida y realizada por Cambacérès, Tronchet y Portali, bajo el control efectivo del primer cónsul (21 de enero de 1801), en el espíritu individualista y liberal que había sido el de la Constituyente (adoptado el 10 de «germinal» año X=31 de marzo de 1802).

Fouché, defensor de la herencia jacobina

Se critica a esta magistratura, constituida por Cambacérès, acusándola de «canonicato del jacobinismo» (será depurada en 1808), mientras la administración de Hacienda conserva cierto perfume del antiguo régimen. Pero, en su eclecticismo al escoger a los prefectos, el gobierno ha respetado, en general, la consigna de reconciliación nacional que guiará su acción —y será su mérito. «¡Ni vencedores ni vencidos!», había proclamado Fouché en 19 de «brumaire». En realidad, el ministro de la Policía, promovido a jefe de fila

(3) Con la prohibición de las hojas políticas, decretada «para el período de guerra» (el 16 de «fructidor» año VII=2 de septiembre de 1799), desaparecieron 60 periódicos. Quedan autorizados sólo trece, entre los cuales «El Monitor», de Maret (nacido en 1789); el «Journal des Débats» (también en 1789), comprado por los *Bertin*, rebautizado «Journal de l'Empire» (17 de julio de 1805), dirigido por Fiévée, colaborador de Condorcet y redactor desde 1802 del boletín personal del emperador; el «Journal de Paris», de Roederer, para los «ideólogos»; la «Gazette de France», de Thurot y luego de Michaud, para los derechistas (el decreto de Compiègne, del 17 de septiembre de 1811, sólo autorizará estos cuatro diarios en París, mientras, desde el 3 de agosto de 1810, sólo uno existe en cada departamento), y «El Publicista» de Suard y «El Ciudadano Francés» para los moderados, el «Diario de los Defensores de la Patria» para los demócratas y el «Diario de los Hombres Libres», comprado por la Policía, para los jacobinos impenitentes.

de los antiguos jacobinos (ya que Sieyes, enfadado, no se movía de su butaca de presidente del Senado), presenciaba asustado las medidas de apaciguamiento decididas por el nuevo régimen para conquistar a la opinión. Cierre de la lista de los emigrados (3 de marzo de 1800) y radiación de 52.000 de los 145.000 inscritos (20 de octubre de 1800), y luego, por clases, hasta llegar a una verdadera amnistía, quedando sólo 3.393 (26 de abril de 1802). Con restricciones de residencia y una vigilancia discreta, Fouché consigue filtrar y neutralizar en sus intrigas a estos posibles oponentes. Al mismo tiempo que se infiltra en los medios monárquicos, en casa de Mme. de Guiche, de la marquesa de Custine, de la princesa de Vaudémont, de Bourmont, d'Andigné, de Narbonne, de Malouet y de Cazales.

Cualquiera que sea su tendencia, los deportados y desterrados regresaban: 38 víctimas de «fructidor» (Barthélémy, Carnot, Portalis, Barbé-Marbois), proscritos de «thermidor», como Vadier y Barrère, mezclados con ex-constitucionalistas, miembros de la Sociedad de 1789, La Rochefoucauld-Liancourt, Latour-Maubourg, los Lameth y La Fayette (liberado el 19 de septiembre de 1797 y de vuelta, con la condición de abandonar toda actividad política, el 9 de noviembre de 1799). Ligado principalmente en el gobierno con Cambacérès —designado como sustituto del primer cónsul— y con Carnot (ministro de la Guerra hasta la conspiración «anarquista» de Arena), Fouché reagrupa a sus amigos, como contrapeso a la influencia de los emigrados adheridos al régimen. En casa de Mme. de Staël encuentra a opositores declarados como Benjamin Constant y Daunou y recibe en su casa a jacobinos irreductibles como Tallien, Barrère, etc., como más tarde a los mariscales y jefes militares descontentos. Colocado en el centro de las intrigas masónicas, parece normal que se oponga a la conclusión del Concordato, tratando de conseguir, con el abad Grégoire y Perrin (su ex-profesor del Oratorio), la reunión de un concilio nacional en Notre-Dame, y que, después de firmado el Concordato (15-16 de julio de 1801), trate con una circular del 7 de junio de 1802 de evitar que los miembros del Clero constitucional sean abligados a retractarse (gracias a su adhesión al acuerdo concluido).

Se atreve a manifestar su hostilidad al fortalecimiento del poder personal de Bonaparte, enfrentándose con Lucien, ministro del Interior, Talleyrand, Roederer, Fontanes, Perrégaux y Fiévée, que consiguen del Senado (el 8 de mayo de 1802) una prórroga de poderes de diez años, y luego el 12, del Tribunato y del Cuerpo legislativo un plebiscito para el Consulado vitalicio. Un verdadero éxito: 13.568.885 «síes» contra 8.394 «noes»! Proclamado el 2 de agosto, Bonaparte, el 4, modifica la Constitución, reduciendo el Tribunato a 50 miembros, mientras que el Senado, con el nombramiento de 60 nuevos dignatarios, alcanza la cifra de 120. Entonces José y Luciano, apoyados por Talleyrand y Lebrun, hacen pagar a Fouché su oposición, suprimiendo el ministerio de la Policía el 13 de septiembre. Dotado de un escaño en el Senado, su ex-titular seguirá informando al primer cónsul, recibiendo la parte de los fondos secretos, producto de los juegos.

Porque no tiene émulo capaz de frustrar las conjuras, utilizándolas por ejemplo para deshacerse de los jefes de los dos grupos extremistas de oposición, «anarquistas» y «monárquicos». Anarquistas. Arena y sus acólitos serán ejecutados el 7 de enero de 1801, y cuando, el 24 de diciembre, estalla una

máquina infernal, calle Saint-Nicaise, toma pretexto del atentado para deportar a las islas Seychelles, el 4 de enero de 1801, a otros 130 extremistas republicanos, y, al descubrir dos días más tarde a los verdaderos autores del atentado, manda detener el 9 de enero y ejecutar el 20 de abril a estos agentes de Cadoudal, después de una redada de 80 realistas. Si trata con miramientos a Coigny, que Bonaparte mandó detener como jefe de la agencia «inglesa» (porque es amigo de Josefina), desmanteló la agencia del conde de Artois, dirigida por Hyde de Neuville.

Se nota su ausencia, cuando, una vez denunciada la paz de Amiens, Georges Cadoudal desembarca en Francia (el 20 de agosto de 1803) con un millón en el bolsillo, a las barbas de sus sucesores Régnier, Dubois (prefecto de Policía) y Desmarets (jefe de la policía política). Sólo después de la confesión de sus acólitos Querelle (ejecutado el 26 de enero de 1804) y Bouvet de Lozier (interrogado el 13 de febrero), estos sabuesos sin olfato se enteran aterrados de la presencia de Georges, de sus entrevistas con Pichegru (desembarcado también en enero) y con Moreau (por otra parte muy reticente) los días 28 de enero y 6 de febrero. Moreau, muy enfriado con Bonaparte desde su victoria de Hohenlinden (que Fouché no consiguió atraer) no participó realmente en el complot, pero podría reagrupar a los descontentos del ejército, Masséna (destituido el 17 de agosto por sus depredaciones en Italia), Bernadotte, Brune, Augereau, «republicanos», a los 6.000 ó 7.000 «sans-culottes», destituidos también de sus grados por incapacidad, y a los oponentes de las asambleas, Sieyes, Benjamin Constant, Lanjuinais y otros. Peligroso rival, será detenido el 15 de febrero y sentenciado a dos años de prisión antes de exiliarse. El 27 le tocó el turno a Pichegru, que será encontrado ahorcado en su celda el 6 de abril, luego de Polignac y de Rivière, y por fin, el 9 de marzo, de Cadoudal, que será ejecutado el 28 de junio con doce cómplices.

¿No parece buena la oportunidad de poner algo irreparable entre Bonaparte y los príncipes, que se habían atrevido a proponer el 20 de febrero de 1800, al general y a Lebrun, jugar el papel de Monk en su favor? La contestación tardía (7 de septiembre) del primer cónsul no había sido alentadora: «¡Tendrían que pisar los cuerpos de 100.000 hombres!» ¿Pero cómo valen más dos garantías que una... por ejemplo la sangre de un Borbón? Aprovechándose de la falsa información de que Dumouriez, enlazado con Pichegru, se encuentra con el duque de Enghien, Talleyrand, activamente secundado por Fouché y Murat, todos altos dignatarios de la Masonería, sugiere con perfidia la emboscada en la cual el príncipe caerá víctima. Raptado el 13 de marzo en Ettenheim, en territorio de Baden, el día antes de su salida, por los hombres del general Hulin, el desdichado será fusilado en Vincennes el 21, después de una mascarada de corte marcial. Talleyrand, que, después de Marengo (14 de junio de 1800), no había desalentado al abad de Montesquiou, en sus contactos en favor del conde de Provenza, y que lisonjeaba a Moreau, cambia completamente su actitud. Dándose cuenta de que Bonaparte fortalece su posición, decide reanudar la lucha masónica contra los Borbones, pide al pretendiente renunciar formalmente a sus derechos en 1803, y como se niega, recurre a un proyecto análogo al antaño sugerido al Directorio de atraer en Wesel a los miembros de la familia real para cogerlos en la trampa. Ahora que Bonaparte se ha manchado las manos con la sangre de un Borbón, no hay razón para frenar sus ambiciones.

Fouché, padrino, con Talleyrand, de un Imperio masónico

Entonces Fouché será el primero, con su cómplice Talleyrand, en pedir el 27 de marzo al Senado conferir al primer cónsul la dignidad imperial. Y mientras el Senado-consulto del 18 de mayo de 1804, preparado por Tronchet, Fontanes y Roederer, adopta la Constitución del año XII y proclama a Napoleón emperador de los franceses (será plebiscitado el 6 de noviembre, con 3.572.329 «síes» contra 2.579 «noes», y consagrado en Notre-Dame el 2 de diciembre), Fouché, el 11 de julio, recobra su cartera, para continuar mejor sus intrigas en beneficio del «sistema».

Se sentirá tanto más fuerte que la Masonería (reconstituida como lo hemos visto desde 1796) se oficializa, como en Inglaterra, el 5 de diciembre de 1804 (informe del 15 de «frimaire» año XIII). Aunque Roettiers de Montaleau sea mantenido en el papel de eminencia gris, los altos dignatarios de la Masonería se confunden con los del Imperio. Antes de sentarse en varios tronos, «messieurs» hermanos del emperador juegan el papel de Gran Maestres: José (iniciado en la «Perfecta Sinceridad» de Marsella, el 8 de septiembre de 1793) en el Gran Oriente; Luis, en el rito escocés. A sus lados, Bacchioni y Murat (2º G. M. ayudante del G. O.), los cuñados. Eugène de Beauharnais, venerable de una logia de París, recibe la dignidad de Soberano Comendador, 32º, en el G. O. de Milán, en Mantua en 1803. En noviembre de 1805, Cambacérès encabezará las varias obediencias, siendo a la vez G. M. adjunto del G. O., Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo (sucediendo a Grasse-Tilly), G. M. de honor del rito de Heredom de Kilwining, jefe supremo del rito francés, G. M. nacional de los Caballeros beneficiosos de la Ciudad Santa. Los más importantes personajes del Estado: Lebrun, Fouché (del G. O.), Lacépède, presidente del Senado (G. O.), se codean en los altos grados con los mariscales: Kellermann, Masséna, Soult, Mac Donald, Sébastiani, Augereau, Lefebvre, el almirante Magon, etc. En el seno de las logias femeninas de Adopción, Josefina se encuentra con Mmes. de Vaudémont, de Carignan, de Girardin, de Narbonne. En 1808 la Orden del Templo desfilará en gran gala para rendir homenaje a Jaime de Molay en la iglesia de Saint-Antoine. Y el Imperio contará pronto 1.200 logias (886 y 337 capítulos de altos grados en 1812). Actuando así, Bonaparte (quizá iniciado por Waechter) pretende someter a su autoridad y controlar la secta, entre los talleres de la cual, algunos de rito escocés estaban infiltrados desde 1800 por la propaganda orleanista y seguían correspondiendo con el extranjero.

A pesar de las garantías ofrecidas por el nuevo régimen, siendo los grandes dignatarios del Imperio casi los mismos que los de arriba —Cambacérès, archicanciller, encargado del ínterin del emperador; Lebrun, architesorero; Eugène de Beauharnais, archicanciller de Estado; José, gran elector; Luis, condestable; Murat, gran almirante—, flanqueados con 16 mariscales (14 de mayo de 1804), cuyas precedencias se precisan el 13 de julio, Fouché no mira sin resentimiento organizarse una nueva Corte con el restablecimiento de los títulos nobiliarios (dos príncipes, el 15 de abril de 1805, 31 duques, 452 condes, 1.500 barones, 1.474 caballeros, el 1 de marzo de 1808), la institución de mayorazgos, la fusión entre generales y funcionarios advenedizos y herederas de la antigua nobleza, el acceso al poder de nuevas olas de grandes dependientes conservadores como los Pasquier, los Molé, los Daru,

los Montalembert, los Broglie, la creciente influencia de unos fieles «mamelucos», los Savary, los Maret, los Lavalette, las adhesiones masivas de ex-nobles que se alistan en el ejército, se infiltran en las administraciones, pueblan los Consejos generales e invaden las asambleas locales.

Mientras trata de refrenar este aflujo constante, sigue dando caza a los agentes monárquicos, mandándoles raptar hasta fuera de las fronteras (como Rumbold, septiembre-octubre de 1804, liberado el 11 de noviembre), o desmantelando después de la detención de Prigent (el 5 de junio y su ejecución el 11 de octubre de 1808) la agencia de Jersey, montada por Puisaye, y distribuyendo más letras «de cachet» que en cualquier otro período del antiguo régimen (hubo entre 4.500 y 2.000 detenidos políticos entre 1800 y 1811, y 2.500 durante los cuatro últimos años del Imperio), al mismo tiempo que se le ocurre amnistiar en un mes cerca de 400 detenidos en el Templo... el ministro de la Policía se preocupa del futuro del régimen. Desconfiado del carácter precario de un poder personal, usurpado, sometido a una fortuna de los combates eminentemente inestable, piensa en la sucesión y la prepara tan activamente, que le vale bastantes disgustos.

Cada vez que volvía a París, se desencadenaba la ira del emperador, por causa de las intrigas tramadas durante su ausencia. El 27 de enero de 1806, habían sido el escándalo Ouvrard y el krach de la Bolsa, sancionado por la destitución de Barbé-Marbois. El 10 de agosto de 1807 ocurrió la desgracia de Talleyrand. El 16 de junio de 1808, el prefecto de policía Dubois, al detener a un ex-agente de Robespierre, Eve Demaillet (denunciado el 9 por el general Lemoine), desemascaraba un complot del general Malet, destituido en julio-agosto de 1807. Con el apoyo de los generales reformados Guillet y Guillaume, de dos ex-miembros de la Convención y de un tribuno, quizá con la connivencia de Sieyes, Lanjuinais y Garat, proyectaba formar un gobierno provisional con el general Moreau, el almirante Truguet, los senadores Lambrecht y Lanjuinais (y quizá Fouché, que hizo desaparecer parte del expediente en 1815). Masséna debía asumir el mando del ejército en París y La Fayette el de la Guardia nacional. Por su parte, el ex-ministro de la Guerra Servan proyectaba formar con Talleyrand y Fouché un triunvirato republicano. Gracias a Cambacérès, el ministro de Policía consiguió diluir el asunto, confiando una nueva encuesta a tres consejeros de Estado, a Desmarets y Réal, con vista a desacreditar a Dubois.

Temible señal. Puesto que no se trata de precauciones para buscar un regente en caso de accidente, dando la preferencia primero a Murat, luego a Bernadotte, sobre José, sino de derrocar el régimen. Con este objetivo, desde febrero de 1807, Talleyrand y Fouché, «los dos conjurados» como los llamaba Metternich, se habían acercado, a través de d'Hauterive; manteniendo conciliábulos en casa de Mme. de Vaudémont en Suresnes o de Mme. de Rémusat, hasta que, el 20 de diciembre de 1809, se encontraron abiertamente, en casa del príncipe de Benevento. No obstante, la ruptura del emperador con Talleyrand era inminente: con el regreso precipitado de Valladolid el 23 de enero de 1809, estalló con una escena violenta (de la que hablaremos más abajo). Se persiguen a los financieros Ouvrard y Hainguerlot y la Bolsa baja. Lo mismo que Talleyrand empujó al emperador a la guerra contra España, ahora Fouché le empuja contra Austria, con el fin de frustrar una

alianza que teme. Animadas por Moreau, Malet, Guillaume, Oudet, las logias militares redoblan su actividad, ofreciendo un terreno favorable a la propaganda, de tendencia «martinista», de los «Filadelfos». Hasta el punto de que Savary, para eliminar al coronel Oudet, le tiende una trampa en la batalla de Wagram (5-6 de julio de 1809).

Fouché se vuelve contra el Emperador, aliado de Viena

Ahora que el emperador se siente lo bastante fortalecido como para sacudir el control de la finanza internacional y para imponer su autoridad al judaísmo invasor, se puede notar que las fuerzas ocultas que favorecieron su ascenso se vuelven deliberadamente contra él. No se atreve a desafiarlas. Por temor a rechazar a Fouché hacia la oposición abierta si le destituyera, prefiere mantenerle en su puesto para vigilarle mejor, y fingiendo la confianza, le encarga del ínterin del ministerio del Interior (29 de junio de 1809). Allí manifiesta su celo patriótico, comprando a la baja después de la batalla de Essling, 20.000 libras de renta y realizando un beneficio sustancioso (porque es el primero en recibir la noticia de la victoria de Wagram). El título de duque de Otrante viene a recompensar también su devoción (el 15 de agosto). Entonces se atreve a decidir el reclutamiento de 30.000 guardias nacionales, al mando de Bernadotte (que precisamente el emperador acaba de destituir), y dirige (a pesar de la oposición del ministro de la Guerra, Clarke) una circular a quince prefectos (3 de agosto) con el fin de constituir tal milicia en todos los departamentos de la costa y en París (donde el Estado Mayor será integrado por unos oponentes, mandando la caballería el banquero Thorton, amigo de Ouvrard y de Moreau). Con sorpresa general, el emperador confirma el 8 de agosto la primera de estas medidas, pero manda disolver la guardia de París (el 30 de septiembre) y sustituye a Bernadotte por Bessières (el 16 de septiembre). Aunque abandona el 7 de octubre el ínterin del Interior, y a pesar de una tormentosa explicación en Fontainebleau el 27 de octubre, el ministro de la Policía, conserva todavía su puesto.

El año siguiente, después del divorcio con Josefina, pronunciado el 15 de diciembre de 1809, el mayor asunto pendiente es el nuevo matrimonio del emperador. En el Consejo del 28 de enero de 1810, Fouché, ayudado por Murat y Cambacérès, aboga en favor de la gran duquesa Ana de Rusia contra María Luisa de Austria, apoyada por Talleyrand, Fontanes, Berthier, Maret, Champagny y Eugène de Beauharnais. La boda, celebrada con la archiduquesa de Austria el 2 de abril, confiere al régimen imperial cierto perfume de legitimidad y debe facilitar la adhesión de la nobleza, aumentando su influencia en la Corte.

Y como consecuencia, aumentando también el despecho del ministro de Policía, comprometido en intrigas más y más peligrosas. Con Inglaterra esta vez, que resentía duramente la carga de la guerra. Como Holanda sufría mucho del bloqueo, Napoleón había autorizado a su hermano Luis a entablar conversaciones con la Gran Bretaña. Cuál fue su sorpresa al conocer por boca de Luis en Amberes, el 27 de abril, que una negociación mucho más ambiciosa se había iniciado a espaldas suyas. Después de sondear a lord Wellesley, jefe del «Foreign Office», a través del banquero de Lyon Fagan

(de enero a marzo de 1810), el duque de Otrante había encargado a Ouvrard y sobre todo a Labouchère (yerno del banquero inglés Baring) continuar la negociación con Canning. Esta vez se pasaba de lo tolerable. En el Consejo de Saint-Cloud (los días 2 y 3 de junio de 1810) el emperador destituyó a su ministro, mandó detener a Ouvrard, y el 16 de junio, a Fagan. Fouché, designado primero como gobernador general de los Estados romanos, tuvo tiempo de «limpiar» sus papeles y de poner en seguridad, el 4 de junio, a su acólito Hainguerlot. Luego, fue desterrado en Aix, el 5 de septiembre. Otro de sus protegidos, el general Sarrasin, prefirió pasar a Inglaterra. Cuando mandaba en Boulogne, se le acusaba, en connivencia con Montrond, «ángel negro» de Talleyrand, de haber llamado a los ingleses a Amberes, cuando desembarcaron en Flessingue, el 16 de septiembre de 1809.

Sin inculparle de traición ¿cómo neutralizar a un Fouché? Después de la alerta de la segunda conspiración de Malet (21-22 de octubre de 1812), Napoleón para alejarle le mandó a Dresden, luego a Praga (para negociar con Metternich) y le nombró gobernador de las provincias de Illyria, luego a Florencia (como consejero de Elisa), a Roma cerca del general Miollis, y por fin a Nápoles, con Murat. Grave imprudencia por otra parte, pues sugirió a este último exigir la independencia de Italia (25 de diciembre de 1813) y desligarse del emperador por el tratado del 11 de enero de 1814. El único resultado obtenido fue que el duque de Otrante llegó demasiado tarde a París, el 8 de abril, para liquidar el Imperio en provecho suyo. Su rival y acólito Talleyrand le había pisado el terreno.

La paz religiosa, comprometida por la ocupación de Roma

Así, Napoleón, que había esperado neutralizar la Francmasonería, oficializándola, se encontraba continuamente amenazado, desde 1807 y sobre todo 1809, por las intrigas de las sociedades secretas y de los ex-revolucionarios. Ofreciendo siempre las logias un terreno favorable al reclutamento de sus agentes, y cubriendo sus complots.

Con respecto a los católicos, su política, con vista no sólo a controlar la Iglesia de Francia, sino también a ejercer una influencia determinante sobre el Vaticano, resultará otro fracaso. Aunque era el que tratando de reconstituir la unidad nacional, había reabierto las iglesias al culto y restaurado el Clero, reducido a 5.000 sacerdotes para 40.000 parroquias, exigiendo sólo de él un juramento a la Constitución (9 de «nivôse»=30 de diciembre de 1799). El que puso fin a las medidas anticlericales de los neo-jacobinos del Directorio agonizante y a las momerias del culto «théophilantrópico» de La Réveillère-Lépeaux. El que, el día después de la victoria de Marengo (26 de junio de 1800), había encargado al cardenal Martiniana, obispo de Verceil, dar a conocer al papa Pío VII (elegido en Venecia el 16 de mayo) su intención de negociar un acuerdo. Las conversaciones, iniciadas el 5 de noviembre entre Mgr. Spina y el abad Bernier, ex-insurgente de Vandea adherido al régimen, mantenidas por el jansenista Cacault en Roma y por el cardenal Consalvi en París, el 20 de junio, resultaron pronto —a pesar de la fría presencia de Talleyrand (queriendo obtener la secularización de los sacerdotes casados) y de las intrigas de Fouché y del abad Grégoire (insistiendo en

favor de la reunión de un Concilio nacional)— en la firma del Concordato (15 y 16 de julio de 1801).

Satisfecho con el regreso al redil de la hija mayor de la Iglesia, después de diez años de persecuciones, el Papa había acordado concesiones, aceptando renunciar a los bienes eclesiásticos (mediante el pago por el Estado de los sueldos del Clero), consentido la reducción de las diócesis a 60 (siendo suprimidas 70), el nombramiento de los obispos por el jefe del Estado, católico (bajo condición de su entronización por Roma), aceptado una especie de amalgama entre 32 obispos nuevos, 16 antiguos y 12 «constitucionales», pero obtenido que el catolicismo sea reconocido como religión del Estado. Aunque haya sido decepcionado por los 77 artículos orgánicos sobre la policía de los cultos, introducidos por Talleyrand, Fouché y Portalis, el 8 de abril de 1802, el papa, por amistad hacia Bonaparte, aceptó sin dificultad consagrarle como emperador.

Pero poco a poco, en el plan temporal, se produjeron dificultades, con respecto a los artículos orgánicos o a las legaciones. Luego había subido el tono, replicando Napoleón a unas quejas del papa, el 13 de noviembre de 1805: «¡Si es Su Santidad soberano de Roma, yo soy el emperador!» Entonces se sucedieron las exigencias: expulsión del representante británico Jackson (rechazada en julio-agosto de 1807); cierre de los puertos a los ingleses (aceptado en octubre de 1807); conformar la actitud diplomática del Vaticano a la de Francia (negado el 2 de diciembre de 1807). Y se sucedieron las ocupaciones, mordisqueando el Estado pontificio: Ancona, Civita-Vecchia (21 de junio de 1806), las Marcas (30 de septiembre de 1807), hasta que el general Miollis penetró en Roma el 10 de enero de 1808, bajo el pretexto de expulsar a los agentes napolitanos. Lo son seis cardenales napolitanos, 14 italianos, los de las Marcas (provincia anexionada el 2 de abril de 1808); como su predecesor Doria, el secretario de Estado, cardenal Gabrielli, desaparece, raptado por los franceses, que los romanos boicotean más y más. Con el decreto de Schoenbrunn el 17 de junio de 1809, reuniendo Roma al Imperio, la crisis llega al paroxismo. Murat, que mandó ocupar el castillo San Angelo por una de sus divisiones el 10 de junio, quisiera raptar al papa, que, este mismo día, excomulga a los autores de la usurpación, sin nombrar al emperador. En la noche del 5 al 6 de julio, el general Radet se apodera de la persona del pontífice y le conduce primero a Grenoble y luego a Savona (el 20 de agosto), donde permanecerá sin contacto con los cardenales.

Bajo el pretexto de devolver a Italia su capital, la sola ventaja de conferir al heredero del Imperio el vano título de «rey de Roma», y la esperanza pronto frustrada de colocar al Vaticano bajo la autoridad imperial, instalándolo, sea en París, sea en Aviñon, bajo el dominio del amo del Imperio, era reanimar la lucha caducada entre el Sacerdocio y el Imperio, y sobre todo perturbar las conciencias y romper la unidad nacional que constituya el mejor título del régimen a la gratitud de los franceses. Esto, cuando él mismo, al conferir a la Universidad (a iniciativa de Fourcroy), fundada el 10 de mayo de 1806, el privilegio del monopolio (25 de noviembre de 1811), escogió como su gran maestre a Luis de Fontanes, un ex-voltairiano entonces inclinado hacia la religión y secundado por un católico tan convencido como Bonald, e insistió para que sus estudiantes, los 27.000 discípulos de los liceos

(45 en 1806 y 80 en 1809) y de los 377 colegios comunales, recibieran —como sus compañeros de las escuelas libres, en número casi igual— una enseñanza no sólo cristiana, sino católica (corrigió la palabra de su puño y pluma).

Entonces, ¿por qué perder el beneficio de esta restauración religiosa y colocar al Clero, hasta entonces muy lealista, en la triste obligación de escoger entre su veneración para el papa y su deseo de obedecer al emperador? Como el papa se negó a dar su investidura a nuevos obispos, treinta sedes quedaron vacantes. Como el Consejo eclesiástico, después de tres meses, no encontró ninguna solución al problema (11 de enero de 1810), como el propio cardenal Fesch (tío de Napoleón) no quiso imponerse al capítulo de París y que el abad Maury, nombrado en su sitio, no fue reconocido por los vicarios generales, se tuvo que negociar. Mandar que un nuevo Consejo (convocado el 16 de marzo de 1811) envíe tres delegados a Savona. Reunir el 17 de junio un Concilio nacional (con sólo 95 prelados de un total de 149) que pidió la libertad del papa, y exigió su opinión antes de permitir que, sin contestación suya, las investiduras sean consideradas aceptadas en un plazo de seis meses. Fue necesario disolverlo el 10 de julio, detener en Vincennes a tres de sus miembros, antes que cedan algunos prelados italianos y que se consigan (a iniciativa de Cambacérès) 80 adhesiones individuales a favor de esta solución (5 de agosto). Como el papa, después de aceptar en Savona, con la condición de prorrogar el plazo a un año, volvió sobre su decisión, fue transferido a Fontainebleau en enero de 1812. Entre el 19 y el 25 de enero, Napoleón trató de convencerle para que acepte una enmienda al Concordato, autorizando al metropolitano o al prelado más antiguo conferir la investidura después de un plazo de seis meses. Pero, aconsejado por los pocos cardenales admitidos cerca de él, el papa se negó a esta concesión y la negociación fracasó. Con la peligrosa consecuencia de alejar del Imperio, ya en su ocaso, gran número de católicos que los monárquicos Mathieu de Montmorency, Alexis de Noailles y Chateaubriand, van a atraer a su causa.

Napoleón, hostil a los judíos explotadores

Cerca del judaísmo, la política de Napoleón, muy clara, fue todavía más ambiciosa. Utilizar a esta potencia internacional para sus fines, es decir, restaurar y controlar su órgano central, pero impidiendo, a través de medidas draconianas, que continúe explotando a la población, como lo había hecho tan ampliamente durante el período revolucionario.

Al regresar de la campaña de Austerlitz en 1806, Napoleón había recibido en Estrasburgo una cantidad de quejas contra las exacciones de los judíos. Según el general Kellermann, Alsacia se encontraba doblada bajo su dominación económica, lo que confirmaban los informes de los prefectos (a excepción del de la Mosela, en Metz, quizá más ingenuo) de Meurthe y Mosela (Nancy) como del Alto y Bajo Rhin. Y lo que reconoce Doubnov («Historia moderna del pueblo judío», tomo I, pág. 136). Aprovechándose del buen negocio de los bienes nacionales, «los judíos, que se habían limitado hasta entonces a pequeñas operaciones de crédito, empezaron a especular sobre los terrenos y a traficar en asuntos hipotecarios importantes: compraban bienes de nobles, gravados con hipotecas, para venderlos a campesinos, sea mediante

reconocimientos firmados, sea mediante préstamos hipotecarios», siempre con tipos de interés abusivos. «Quejas contra la explotación judía, contra la usura y los acaparamientos practicados por los judíos afluyen a París, procedentes de los departamentos del Rhin», continúa nuestro autor. Era el mayor beneficio sacado por ellos de la revolución, en la que habían participado de forma tan activa. Porque en el resto habían sido decepcionados, sobre todo cuando se les obligó en Troyes, en Metz, Nancy, Estrasburgo, sacrificar al culto de la diosa Razón o al Ser Supremo y renunciar a sus costumbres, a sus tradiciones, a sus ritos o a sus símbolos más queridos (1793-94). Pagar el privilegio de ciudadanía con el impuesto de la sangre les interesaba poco, inscribiendo unos a sus varones como hijas en el registro de estado civil para que escapen del servicio militar.

Recogiendo las ideas de José II, pero con mucha mayor amplitud, Napoleón decidió fijar su estatuto. Durante su campaña de Egipto, habían sido vanos sus esfuerzos para obtener de los de Gaza, de Jaffa o de Jerusalén cualquier ayuda contra los turcos (febrero-marzo de 1799). Pero, antes de emprender una campaña en Polonia y Rusia, les consideraba como unos posibles auxiliares, al menos como abastecedores, informadores o espías (en la misma forma en la que habían ayudado tanto a los turcos en la Europa central). Entonces se sacó de entre los expedientes archivados el informe dirigido por Portalis al Cuerpo legislativo, poco después de la firma del Concordato, el 5 de abril de 1802, informe rápidamente archivado, puesto que les declaraba inasimilables, diciendo: «los judíos constituyen no una religión, sino un pueblo, viviendo en medio de todas las naciones sin confundirse con ninguna».

Aunque sea supuesto oriundo de judíos, Molé, encargado de un informe para el Consejo de Estado, propuso, si no despojarles de sus derechos cívicos, al menos someterles a severas restricciones económicas: conclusión mejor acogida por los jóvenes conservadores católicos, Bonald (autor de varios artículos contra la emancipación en el «Mercurio de Francia» de febrero), Chateaubriand, Fontanes, que por los liberales del Consejo, como Regnault de Saint-Angély, el conde de Ségur y otros. Apoyado por la mayoría de esta asamblea, Beugnot se atrevió a tomar su defensa, el 30 de abril. Imprudente iniciativa, puesto que Napoleón, que presidía, arremetió contra los «ideólogos» que «sacrifican la realidad a la abstracción», proclamó que «se debe considerar a los judíos como una nación, no como una secta» y que el gobierno no quería tolerar «que una nación envilecida y degradada, capaz de todas las bajezas, ejerciera su poder sobre la vieja Alsacia, sobre la cual los judíos se precipitaron como verdaderos vuelos de cuervos». Entonces deberían ser despojados del «derecho de tomar hipotecas», se debería «prohibirles el comercio, basándose sobre el hecho de que lo ensucian con la usura y anular sus transacciones pasadas como manchadas por el fraude». Precisando sus intenciones el 7 de mayo, el emperador declaró: «Sería dar prueba de debilidad perseguir a los judíos, pero sería dar prueba de fuerza corregirlos».

Consecuencia de esta actitud fue el decreto del 30 de mayo de 1806, que por una parte suspendía durante un año las decisiones judiciales obtenidas por los acreedores judíos en los departamentos del Rhin, y por otra parte convocaba en París, para el 15 de julio, los «Estados generales» del judaísmo, es decir, un centenar de notables designados por los prefectos. En total,

fueron 112, entre los cuales 25 en representación de comunidades italianas (Venecia, Torino, Mantua, Ferrara), los rabinos Josuah Segre, Abraham de Colonia, Nepi, Abraham Furtado (que había huido de Burdeos durante el Terror) y el escritor Isaac Rodríguez, en nombre de los «sefardim» hispano-portugeses. El primero, evolucionado, reformista y buen orador, presidió la Asamblea. Encabezaban el compacto grupo de los 74 «ashkenazim» de Renania y Alsacia, Beer-Isaac Beer de Nancy (discípulo de Mendellsohn) y el rabino de Estrasburgo, David Sinzheim, talmudista ortodoxo pero de espíritu conciliador.

Convocados intencionadamente un sábado, el 29 de julio, contestaron un cuestionario de doce puntos presentado por los comisarios Molé, Portalis hijo y Pasquier, comprometiéndose a «situar las leyes del Estado por encima de las leyes religiosas en los asuntos civiles y políticos», a observar la monogamia, a considerar un divorcio válido sólo después de confirmado por un tribunal civil y a aceptar los matrimonios mixtos concluidos civilmente. Después declararon, si no con toda sinceridad, al menos para no perder sus derechos civiles, que «actualmente los judíos no constituyen más una nación, puesto que han obtenido el privilegio de integrarse en una gran nación (Francia) en la que ven su redención política». Luego consintieron en renunciar a sus tribunales y en limitar la competencia de los rabinos al solo terreno religioso. Y por fin se defendieron de practicar la usura, que debía ser la ocupación de sólo unos extraviados entre su comunidad.

Napoleón pretende controlar a los judíos por medio de su «Sanedrin»

Satisfecho con estas respuestas, dadas en el mes de agosto, Napoleón decidió pedir una confirmación solemne de estos compromisos a un «Sanedrin» restaurado de 70 miembros, convocado en París entre los días 9 de febrero y 9 de marzo de 1807, que, según le escribía a Champagny, ministro del Interior (el 3 de septiembre), «tendría que escoger entre la aceptación de las decisiones de la asamblea o la expulsión del pueblo judío». Preparado por una comisión de nueve miembros, tres hispano-portugueses, tres alemanes, tres italianos, que se encargó también de organizar los consistorios, el Gran Sanedrin se componía de 45 rabinos y 25 laicos, representantes de las varias comunidades europeas, escogidos para los primeros en mayoría y para los otros exclusivamente entre los notables. Presidido por el rabino Sinzheim, interino, conforme con los informes de Furtado, los compromisos de los notables, estableciendo una distinción de principio dentro de la ley mosaica, entre las prescripciones religiosas, permanentes, y las disposiciones políticas y sociales, circunstanciales. Dos decretos del 17 de marzo de 1808 precisaron el estatuto de los judíos. El primero, según el deseo de Isaac Beer, les acordaba el título de «israelitas» y definía el papel de auxiliares del gobierno en cuanto a la conscripción y disciplina social que debían ejercer los rabinos, y, en los departamentos donde vivían más de 2.000 judíos, los consistorios, en el seno de las comunidades locales. Siendo todo el conjunto coronado por un consistorio central.

El segundo decreto, de carácter económico, enfureció a los interesados, que lo calificaron de «infame». Instruido por el espectáculo de la actividad

de los judíos en Alemania y en Polonia, y decepcionado por la poca ayuda que había recibido de ellos, el emperador, a pesar de las gestiones de Furtado y de Mauricio Lévy de Nancy, castigaba a los «israelitas» con la máxima energía. Respecto a las creencias, se sustituye la suspensión de las decisiones judiciarias de 1801, prorrogada por Cambacérès, por un reglamento anulando todas las deudas contratadas por militares, mujeres casadas, menores y no comerciantes, cuando el capital no había sido pagado íntegramente o descontado de un interés superior al 10 %. Un segundo reglamento estipulaba que no podrían ejercer un comercio sin recibir del prefecto una «patente» especial de un año de validez, renovable. Un tercero les prohibía todo nuevo establecimiento en Alsacia o en los otros departamentos, con excepción de comprar tierras para explotarlas personalmente. Por fin estaban sujetos a la conscripción, sin posibilidad de rescate ni de reemplazo. Estas disposiciones de rigor, de diez años de validez, no se aplicaban a los judíos de Gironda y Landas, «de los que nunca se ha quejado por haber ejercido profesiones ilícitas». Luego se concedieron exenciones a los judíos de París (2.543 el 26 de abril de 1808), a los de Liorna, de cinco departamentos del Mediodía (de Francia) y de quince departamentos italianos (11 de abril de 1810). A pesar de estas trabas, la población judía alcanzaba la cifra de 80.000 almas en 1810. Se triplicó entre 1789 y 1815.

Coalición contra la hegemonía francesa

Así refrenados en sus empresas y poco agradecidos de la emancipación regalada por los ejércitos franceses, los judíos apoyaron con sus potentes medios la cruzada dirigida por la Alta Finanza y la Masonería contra el emperador, que, después de quebrantar los tronos y de amoldar Europa conforme con sus planes, pretendía mantener en sus estados una autoridad demasiado molesta para ellos, y se enlazaba —verdadero desafío— con la más tradicional y católica de las antiguas dinastías, ¡la austríaca!

Pero como las finanzas francesas, restauradas, estaban en condiciones para contener los ataques de la City de Londres y de su sindicato internacional, se debió buscar la decisión en el terreno diplomático y militar, en el cual Francia, hasta entonces, había demostrado su superioridad. Y para derrocar a Napoleón, agotar primero sus ejércitos en incesantes coaliciones, en luchas de pueblo contra pueblo continuadas hasta la guerrilla, y atrayéndolos hacia los teatros de operaciones más lejanos y difíciles.

Para conseguir este resultado ¿no contaban los Aliados con un auxiliar de primera fila en la persona de Talleyrand? ¿Animado por el deseo de proteger a su país contra el afán de conquistas, las iras, las violencias y los excesos del corso? Se necesitaría la mayor complacencia para presentar al «diablo cojo» como el «ángel custodio» de Francia. Sea como ministro, gran chambelán o vice-gran elector, el príncipe de Benevento nunca sirvió intereses ajenos a su propia fortuna, dentro de la línea planeada por las altas esferas de la Masonería de la que era gran dignatario. Durante varios años, había trabajado a la sombra del primer cónsul, informándole, dejándole prever los acontecimientos, empeñándose, como buen cortesano, en adivinar

sus intenciones, con el fin de precisar y poner en forma sus ideas, sin conseguir imponerle su propia política, conservando Bonaparte la iniciativa.

Pero entonces la primera tarea del general era restablecer la situación militar, tan comprometida. Ordenando a Masséna mantenerse a todo precio en Génova con sus 30.000 hombres, contra los 120.000 austríacos de Melas, concentra en Dijon, bajo Berthier, un ejército de reserva. Informado del éxito de Moreau y de sus 120.000 hombres en Stokach (el 3 de mayo de 1800) contra los austríacos de Clay —ahora cortados de Suiza—, pasa el puerto del Gran San Bernardo, entre los días 15 y 20 de mayo, presentándose de improviso con sus 60.000 hombres detrás del enemigo para cortarle la retirada en el desfiladero de la Stradella, entre Alejandría y Plasencia. Pero, entretanto, Génova ha capitulado el 4 de junio. Liberados del asedio, los 18.000 austríacos del general Ott salen maltratados de su encuentro con los 8.000 hombres de Lannes en Montebello, pero Bonaparte, que no dispone más de su quinta columna de 1796, ha perdido las huellas de los 75.000 hombres de Mélas. Dispersando sus fuerzas para localizarlos, se impacienta, y, sin esperar su artillería (que la resistencia del fuerte de Bard mantiene en los Alpes durante quince días), se presenta en el llano y se enfrenta en Marengo, con 25.000 hombres y sólo 25 cañones, a 37.000 austríacos, dotados de 250 piezas. Felizmente, la llegada de Desaix restablece la batalla y consigue la victoria (14 de junio de 1800). El día siguiente, Mélas capitula en Alejandría. Así liberada Italia, el primer cónsul entra en Milán el 18 de junio y reconstituye la República cisalpina.

Pero en Viena, el canciller Thugut, que acaba de recibir un subsidio de 2,5 millones de libras de Inglaterra, no se inclina y desautoriza los preliminares negociados en París el 28 de julio por su emisario Saint-Julien. Ahora bien, la nueva derrota, infligida en Alemania, entre Inn e Isar, al ejército del archiduque Juan (110.000 hombres) por Moreau, que, sustrayendo a su izquierda, consigue atraerle a los bosques al este de Hohenlinden, donde le envuelve el 3 de diciembre, causándole la pérdida de 12.000 muertos y heridos, de 12.000 prisioneros (con 100 piezas), antes de recoger a otros 25.000 (y 140 piezas) en su retirada hacia Salzburgo, obliga al archiduque Carlos a firmar un armisticio en Steyer el 25 de diciembre y Austria debe tratar sobre las bases de Campo-Formio.

En Lunéville, la frontera del Rhin

Negociada por Cobenzl, firmada el 9 de febrero de 1801, la paz de Lunéville reconoce a Francia la frontera del Rhin. Por el tratado de Florencia del 18 de marzo el reino de las Dos-Sicilias concede la ocupación de Tarento y el cierre de sus puertos a los ingleses, mientras el de Aranjuez, del 21 de marzo, confirma la convención de San Ildefonso, que había concedido Luisiana a Francia (el 1 de octubre de 1800). Explotando este éxito diplomático, Talleyrand prepara en Lyon la elección de Bonaparte como presidente y de Melzi como vicepresidente de la República cisalpina (11 de enero de 1802), con la cual se reúnen Modena y Mantua, mientras se erige el gran ducado de Toscana en reino de Etruria en beneficio de los Borbones de Parma, y Piamonte se organiza en región militar, el 13 de abril. La formación de la

Liga de los Neutrales (26 de diciembre de 1800) entre potencias del Norte: Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca, resulta en el aislamiento de Inglaterra, donde Pitt dimitió antes del tratado de Lunéville, dejando el puesto a Addington. El asesinato del zar Pablo I (29 de marzo de 1801) por agentes relacionados con el embajador inglés, lord Whitworth, y su sustitución por Alejandro, la reacción colérica de Nelson y de su escuadra, que destruye la flota danesa y bombardea Copenhague, el 2 de abril, no modifican la situación. ¿Puede Inglaterra continuar la guerra sola, sin mercenarios, en el continente? Después del prolongado esfuerzo consentido desde 1793, su posición financiera no lo permite.

Problemas financieros de Londres

Entre 1794 y 1797, el Banco de Inglaterra adelantó al gobierno ocho millones de libras. Se «prestaron» a los estados alemanes 4,6 millones de libras en 1795 y 1,6 en 1797. La circulación fiduciaria se hinchó de 10 millones en agosto de 1794 a 14 seis meses más tarde. Las existencias en caja bajaron de tres millones en marzo de 1796 a 1,27 en febrero de 1797. En 1799, gracias al recargo del impuesto territorial (land tax) y a la institución del impuesto sobre la renta (income tax), subió a 7,5, pero sólo corresponde a la tercera parte de los compromisos (21 millones). Se hace sentir duramente la penuria de medios de pago (había provocado la pululación de los bancos regionales durante la segunda mitad del siglo XVIII: de 12 en 1750 a 400 en 1793). Pitt, para evitar un desastre en 1793, había pedido a la Caja de Amortización adelantar al comercio cinco millones de libras en bonos del «Exchequer». Fue peor en 1797. El 20 de febrero el banco de Newcastle se declaró en quiebra, el 27 el Banco de Inglaterra suspendió sus pagos en especies, aunque su situación sea teóricamente sana (con 13,7 millones de compromisos frente a 17,6 de creencias —pero 10 de adelantos al gobierno—). Entonces, para salir de la crisis, hubo que recurrir al patriotismo de 400 comerciantes y banqueros que se comprometieron a aceptar sin reserva los billetes, a la decisión de limitar los gastos en especies a los gastos del Ejército, de la Marina y del Consejo privado. Así el «Bank Restriction Act» del 3 de mayo de 1797 equivalía a un desenganche del patrón-oro y a la aplicación de lo que se llamará más tarde el «gold-exchange standard». Manteniéndose intacta la confianza, este sistema permitirá a Inglaterra alimentar la guerra con empréstitos y proceder a importantes transferencias exteriores, a pesar del inquietante déficit de su balanza comercial y sobre todo de la de pagos. Pero el alza del coste de la vida, alcanzando 40 % en diez años, siguió asustando al gobierno. Y las compras masivas de granos en 1801 (cerca de 3,5 millones de libras) redujeron las existencias a 4,5 millones y provocaron una baja del 9 al 16 % frente al oro. De manera que se necesitaba una pausa en el esfuerzo.

Talleyrand, dándose cuenta que ya era tiempo de negociar, mandó a Londres a su hombre de confianza, Montrond, a firmar el 1 de octubre de 1801 con lord Hawkesbury, unos preliminares de paz (de los que se aprovechó Bonaparte para enviar al general Leclerc a restablecer el orden en Santo Domingo). Por desgracia, el tratado concluido en Amiens el 25 de marzo de 1802, que concedió a Inglaterra Ceylán y, a expensas de España, la isla de Trinidad, estipulaba la evacuación de Portugal y de Tarento, la retrocesión de

Egipto a la Puerta y de Malta a los Caballeros —aunque provocó al principio más entusiasmo en Londres que en París—, resultó en una tregua muy efímera. Fiel a las tesis de Sieyes, el gobierno francés pensaba utilizarla, de manera dinámica y sutil, para amoldar Italia y reconstituir Alemania. Pero, anexionando sucesivamente la isla de Elba (en agosto), el Piamonte (11 de septiembre de 1802) y el ducado de Parma (9 de octubre), Francia proporcionaba a Inglaterra un pretexto para conservar Malta, sin que Talleyrand, olvidando sus antiguos proyectos de expansión en el Mediterráneo, se asuste demasiado.

Tráficos de Talleyrand

En Alemania, desde la paz de Lunéville, continuaban las secularizaciones y reagrupamientos pedidos por Lucchesini el 18 de diciembre de 1801 en favor de Prusia, en favor de la cual escribía Talleyrand a Bournonville, ministro en Berlín: «Ya es tiempo que reaparezca como partida principal en los asuntos de Europa». Realizadas, «en el sentido de la historia» y según los planes de la masonería, estas modificaciones, decretadas por el «Recez» de Ratisbona del 23 de febrero de 1803, tuvieron como consecuencia aumentar el número de los electores a diez, entre los cuales seis protestantes, de manera que Austria perdería su mayoría. Según su costumbre, Talleyrand había sacado de esto un beneficio personal inmediato de 10 a 15 millones, puesto que el ex-agente general del Clero seguía recaudando el diezmo sobre sus interlocutores.

De España había cobrado hasta la paz de Lunéville, con Godoy, su participación en la mensualidad de cinco millones pagada desde Basilea y reducida a la mitad después de Marengo. De José Cohen-Bacri y de Busnach, comerciantes en granos de Argelia, una comisión sobre el reembolso de 250.000 piastras de un préstamo del dey a la República (21 de junio de 1798). Del emisario americano Livingston, mandado negociar una convención comercial el 30 de septiembre de 1800, que acogió con las asombrosas palabras: «¿Tiene dinero? ¿Tiene mucho dinero?», dos millones. De sus especulaciones, después de Marengo, unos 7,5 millones; y otro tanto después de Lunéville, principalmente sobre las rentas austríacas en Bélgica. ¿Cuánto del descuento acordado por los Estados Unidos sobre la venta de Luisiana (54 en vez de 80 millones, el 3 de mayo de 1803)? De Portugal cuatro millones, por haber obtenido la salida de Lannes. Y probablemente una parte de los 17 millones «perdidos» de la indemnidad abonada al príncipe de Orange-Nassau, ex-stathouder de Holanda. Del Concordato, no sacó sino un beneficio moral: ¡el perdón de sus culpas!

Por el momento se empeñaba en vano en evitar una nueva ruptura con Inglaterra, de la que Francia exigió el 19 de febrero que evacue Malta y Alejandría y que expulse a Cadoudal. Su afán de colaboración le llevó hasta revelar al embajador Whitworth los proyectos de réplica de Bonaparte (11 de marzo de 1803). El 11 de mayo se pronunció en Consejo privado, con Cambacérès, Lebrun, Berthier, Decrès y José Bonaparte en favor del mantenimiento de la paz. Pero como un ultimátum inglés exigiendo no sólo la ocupación de Malta durante diez años, sino la evacuación de Holanda por Francia,

tenía que ser rechazado, el 13 se reanudaron las hostilidades. De vuelta en el poder, Pitt no tuvo ninguna dificultad, en los Comunes, el 24 de mayo, en excitar contra Francia la opinión británica, decepcionada por no haber obtenido un tratado de comercio bastante sustancial.

Desastre de Trafalgar

Mientras el general Mortier ocupa Hanover en junio, y Napoleón considera la posibilidad de ofrecerlo a Prusia como precio de su neutralidad (Lombard a Bruselas y París, los días 5 y 29 de julio), en Boulogne se concentran 120.000 hombres y 3.000 pinazas dispuestas para un desembarco. Pero Inglaterra, que puso el embargo sobre los buques franceses el 16 de mayo, y reanudó, sin aviso previo, la guerra de corso, dispone de 189 navíos de línea (armados con 100 cañones) contra 47 franceses (con 60). Cornwallis bloquea Brest, y Nelson, Tolón. No obstante, el almirante Villeneuve, aprovechándose de que España declaró también la guerra a Inglaterra el 4 de diciembre de 1804 y firmó, el 4 de enero de 1805, una convención naval con Francia, frustrando el 30 de marzo la vigilancia de Nelson, zarpa hacia el Atlántico y las Antillas, el 13 de mayo, según las órdenes de Napoleón. Pero desconfiado de sus oficiales y de su artillería, cuando el almirante inglés le da caza hacia Irlanda, no se atreve a dar batalla delante de Vigo a una escuadra inglesa inferior en número (15 contra 20), y en vez de intentar despegar Brest con 33 navíos contra 18 de Cornwallis, retrocede el 22 de julio, de La Coruña hacia Cádiz, donde Nelson le bloquea de nuevo. Cuando, para no caer en desgracia, intenta una salida desesperada el 21 de octubre para marchar a Nápoles con 18 navíos franceses y 15 españoles —desplegados, por desgracia, en abanico—, Nelson, con 32 navíos más potentes, rompe su centro, y en una tremenda carnicería, le inflige la aplastante e irreparable derrota del cabo Trafalgar, que hunde toda posibilidad de encentar la supremacía naval de la Gran Bretaña, y encierra al emperador prisionero, en un continente bloqueado.

Austria, sacrificada a la unidad italiana

Ahora bien, para hacer frente a la gran coalición que se prepara, el Gran Ejército tiene que dar media vuelta. La proclamación del reino de Italia, el 27 de marzo, acompañada del nombramiento de Eugène de Beauharnais como virrey, del coronamiento de Napoleón en Milán el 28 de mayo y de la reunión de Génova el 16 de junio de 1805, han aumentado los temores de las potencias y facilitado la firma, el 11 de abril, de la convención anglo-rusa de Petersburgo, a la cual se adhiere Austria el 9 de agosto. Inglaterra pone a disposición de los aliados, incluida Suecia, cinco millones de libras. De los 480.000 franceses disponibles, 230.000 se concentran contra Austria el 3 de septiembre. Hinchado con 20.000 hombres de Baden y de Würtemberg, y beneficiando de un acuerdo con Baviera, el Gran Ejército, articulado en siete cuerpos, más otro de caballería y la Guardia, entra en campaña. Contra los 80.000 hombres de la cobertura austríaca, los brillantes éxitos de Soult en Wietingen el 8 de octubre y de Ney, en Elchingen el 14 (al coste de pérdidas insignificantes), resultan en la capitulación de Mack con 30.000 hombres en Ulm, el 16 de octubre. Abandonando a 15.000 prisioneros más, el archiduque

Ferdinando escapa. Vía Ausburgo, Münich y Linz está abierto el camino de Viena, donde penetra el Gran Ejército el 14 de noviembre. Entretanto en Italia, Masséna, con 50.000 hombres, ha derrotado al archiduque Carlos el 30 de octubre en Caldiero (con una pérdida de 12.000 hombres). La brillante victoria de Austerlitz, el 2 de diciembre, acaba con el ejército austro-ruso concentrado en Moravia (93.000 hombres 278 cañones). El emperador (con 71.000 hombres y 139 piezas) ha fingido retirarse por el camino de Brunn para atraer al enemigo que contiene Davout, mientras él ocupa la meseta de Pratzen desguarnecida, desde donde barre a los coaligados que pierden 37.000 hombres, 30.000 prisioneros y 120 cañones, contra 8.000. El zar Alejandro para escapar invoca un armisticio todavía no firmado. El 26 de diciembre, Austria firma la paz en Presburgo.

Esta vez Talleyrand, abogando en favor de la moderación, prodiga excelentes consejos: reconstituir la República de Venecia, alejar a Austria del valle del Pô con una compensación en el Danubio, de manera a posibilitar una reconciliación con ella. Por desgracia, Napoleón, obnubilado por sus sueños italianos, no ha entendido razón: anexionando Venecia al reino de Italia y las provincias de Iliria a Francia, castiga a Austria con una indemnización de 100 millones (que serán reducidos a 50) y la despedaza en provecho de sus aliados, distribuyendo el Vorarlberg, el Tirol, Trenta y Ausburgo al elector de Baviera, promovido rey el 10 de diciembre, Suabia y Constanza al nuevo rey de Würtenberg (nombrado el 11), el Ortenau y el Brisgau al elector de Baden, promovido gran duque. Por otra parte, la casa de Nápoles, que, después de declararse neutral (el 10 de septiembre), ha declarado imprudentemente la guerra el 20 de noviembre y acogido a 13.000 rusos y 7.000 ingleses, queda destituida el 27 de diciembre. Gouvion Saint-Cyr ocupa su capital y proclama a José Bonaparte, rey de las Dos-Sicilias, el 30 de marzo de 1806. El 3 de mayo, le tocará el turno a Luis, «solicitado» por los Estados y el gran pensionario Schimmelpenninck, de subir al trono de Holanda.

Una Confederación del Rhin, masónica

Siguiendo amoldando Europa, según el gran designio masónico de reorganización de Alemania, el nuevo emperador de Occidente continúa eliminando a los Borbones y a las otras dinastías (con excepción de la de Würtenberg, simpatizante de los Iluminados) y empieza distribuyendo sistemáticamente a los miembros de su familia y a sus mariscales tronos y feudos (el 5 de marzo, Murat recibe el título de gran duque de Berg). Sin encontrar oposición, puesto que bastará con aplastarle para barrer a estos soberanos fantasmas y limpiar la plaza. Para atraerse mejor al nuevo rey de Baviera (4), casa a Eugène de Beauharnais con su hija Amelia-Augusta. Y completando la organización de esta Europa federativa, nace la Confederación del Rhin, el 12 de julio de 1806. Entonces, reagrupa a 16 miembros (Baviera, Würtenberg, Baden, Hesse, Berg, etc.) y se compromete en alinear un contingente de 65.000 hombres para el emperador, su «Protector» (22 de agosto), como es el «Me-

(4) Entonces Maximiliano-José está flanqueado por el iluminado de Saboya, conde de Montgelas, sucesivamente ministro de Asuntos Exteriores, de Hacienda (1803) y del Interior (1806), que, ayudado por el abad Salabert, se encarga de la secularización de los bienes del Clero y gobernará hasta 1817.

diador» de los cantones suizos (desde el 20 de febrero de 1803), pero contará con 37 en 1808. Está en buenas manos, siendo su presidente —y su promotor— Carlos Teodoro de Dalberg, coadjutor de Maguncia, de Worms, de Constanza y gobernador de Erfürt, hombre de confianza de los Iluminados (que le designaban con el apodo de «Crescens», y bajo la protección del cual pensaron establecer en Maguncia una «Academia de las Ciencias», capaz de encubrir sus actividades); escribiendo Brunner a Nimis el 9 de junio de 1792: «Si Dalbert llega al gobierno —como príncipe elector— de todos los príncipes es el mejor para nuestros objetivos. Quizá le desvelaremos nuestro plan y estableceremos el centro de nuestra Academia en Maguncia» (Barruel, IV, XVI). De manera que no se podía encontrar alguien más calificado para hacer reinar el nuevo orden en Alemania. Además, entretenía las mejores relaciones con Talleyrand, que había encontrado muchas veces, con Jaucourt, en casa de Mme. de Vaine.

Nombrado, un mes después de la disolución del Santo Imperio romano-germánico (1-6 de agosto de 1806), que reclama desde el 19 de abril, príncipe-presidente de la Confederación, con residencia en Francfort, el gran elector de Maguncia dio pruebas en sus nuevas funciones de un celo muy marcado en favor de los judíos en general y de los Rothschild en particular. Muy ligado con Carlos-Federico Buderus, el intendente del príncipe Guillermo IX de Hesse-Cassel, que hizo la fortuna de Amschel-Mayer, fundador de la dinastía, protege a este último, ayudado por su comisario el judío von Itzstein, contra las sospechas de los franceses. Cuando estos últimos tienen las mejores razones para desconfiar del doble juego del príncipe, que después de ayudar financieramente varias veces a Austria, acababa prestando 10 millones de thalers a Prusia para su rearme (2 de diciembre de 1805). Pero que se trate, sea del control de la contabilidad de la casa Rothschild en 1807-1808, del intento de sublevación de Cassel en agosto de 1809, o de las transferencias de divisas denunciadas a Savary por el mariscal Davout y el prefecto de policía Desmarets en febrero de 1812, ninguna encuesta lleva resultado. Dalberg, gran duque de Francfort, ayudado por Buderus al frente de su comisión de Hacienda, bloquea todo. Lo mejor es que se emplea cerca del conde Mollien, ministro de Finanzas, para que sea admitido en Francia a James de Rothschild, cuyo hermano Nathan (establecido en Inglaterra desde 1798 y en Londres desde 1804), necesita la presencia en París para transferir los subsidios ingleses al duque de Wellington en España (24 de marzo de 1811). Agradecido, Amschel-Meyer prestará 80.000 florines a Dalberg para festejar en París el nacimiento del rey de Roma. Cuanto más agradecido que la solicitud del príncipe se extiende a todos sus correligionarios. Obligado al principio a observar cierta reserva, frente a la oposición del Senado de la ciudad de Goethe, y debido a las consignas del emperador (manteniendo el estatuto de final de 1807, las restricciones antiguas y el pago de una contribución anual de 22.000 florines), Dalberg, nombrado gran duque, a instancias de su síndico Jacob Baruch (padre del escritor revolucionario Ludwig Börne) y del financiero de Cassel Israël Jacobson (agente de negocios del duque de Brunswick), les otorgó una emancipación completa, mediante el pago de 440.000 florines.

La reacción prusiana, yugulada

Sin embargo, la situación se agravó de repente en Alemania. Hasta entonces Francia había encontrado en Berlín, cerca del ministro Haugwitz y del secretario del gabinete real, J. G. Lombard, oídos complacientes. Pero Metternich, llegado a esta capital en diciembre como embajador cerca de Federico-Guillermo III, explotando la violación por los franceses del territorio prusiano de Anspach, durante su campaña contra Austria, había conseguido del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Hardenberg (nombrado el 18 de agosto de 1804), la conclusión, poco antes de Austerlitz, del acuerdo de Potsdam del 5 de noviembre de 1805. Prusia se sentía molesta. La firma por d'Oubril (el 20 de julio de 1806) del tratado franco-ruso de los 13 artículos (convención sobre Cattaro), negociado a iniciativa del duque de Brunswick, la asustaba. Ahora bien, Francia, aprovechándose de la muerte de Pitt (23 de enero de 1806) y de su sustitución por el gabinete de coalición de lord Grenville, con Fox en el Foreign Office, iniciaba conversaciones con Inglaterra, a través de lord Yarmouth, en marzo de 1806. Entonces ¿tendría Napoleón su promesa a Federico-Guillermo en Schoenbrunn (el 17 de diciembre de 1805) de concederle Hanover? Por cierto, con la muerte de Fox (el 13 de septiembre de 1806) las conversaciones habían sido interrumpidas y Rusia había desautorizado el tratado de Oubril, el 3 de septiembre, pero subsistía la duda, creada por las confidencias de Yarmouth al embajador prusiano Lucchesini. Desconfiado, el gabinete de Berlín, ayudado *financieramente* por Inglaterra y por el príncipe de Hesse, buscaba una contragarantía cerca de Rusia (declaración de Charlottenburgo del 30 de junio), y después del 9 de agosto rearmaba en secreto. El 12 de septiembre se atrevió a invadir Sajonia (para cubrir su territorio y a la vez tomar una prenda) y a lanzar el 26 un ultimátum a Francia exigiendo la evacuación de la orilla izquierda del Rhin y la formación, bajo su autoridad, de una Confederación de Alemania del Norte.

La réplica fue fulminante. Oponiendo 116.000 hombres, 18.000 jinetes y 256 cañones, concentrados en Bamberg, a los 152.000 prusianos y sajones, Napoleón, después de vencer y matar en Saalfeld al príncipe Luis-Ferdinando de Prusia, bajó la Saale, para envolver a sus adversarios; franqueando el Landgarfenberg para dominar las columnas prusianas que subían hacia Leipzig, castigó en Iéna a los cuerpos de Blücher y de Hohenlohe (con la pérdida de 12.000 muertos y heridos y de 15.000 prisioneros), mientras los 29.000 hombres de Davout, opuestos en Auerstaedt al grueso de Brunswick (60.000 hombres), les causaban 15.000 muertos y heridos (incluido el mariscal) y se apoderaban de 115 cañones y de 3.000 prisioneros (14 de octubre). Entonces, mientras Napoleón entra en Berlín el 27 de octubre, continúa la caza y los restos del ejército prusiano capitulan sucesivamente: Hohenlohe, con 20.000 hombres, en Prenzlov, el 28 de octubre; Blücher, con 25.000, en Lübeck, y Schwartau, el 5 de noviembre, y 24.000 en Magdeburgo, el 9 de noviembre. El ejército prusiano, invencible, exaltado por la reina Luisa, creyéndose capaz de aplastar por sí solo a Napoleón, dejaba en total 110.000 prisioneros entre las manos de los franceses, y su rey, ahora, temía por su corona.

Falaz reconciliación con el Zar

Con Inglaterra, que, después de destruir la flota turca en los Dardanelos el 19 de febrero de 1807, había sido rechazada de los Estrechos por las baterías instaladas por el general Sebastiani, embajador en Istambul (el 3 de marzo), Rusia sola quedaba en liza. Después de abandonar Varsovia, donde Murat (vestido a la Sobieski) y luego el emperador habían entrado el 19 de diciembre de 1806, Bennigsen intentó enfrentarse con Bernadotte en Mohrungen el 19 de enero de 1807, y mientras Lefebvre asedia Dantzig (que sólo capitulará el 24 de mayo) y que Ney, con 20.000 hombres, rechazaba hacia el Norte, a los 20.000 prusianos de Lestocq (5 de febrero), 80.000 y luego 90.000 rusos hicieron frente, los días 7 y 8 de febrero, en el circo de Eylau, a 65.000 franceses. Fue una carnicería, dejando en el terreno los primeros 27.000 y los segundos 20.000 hombres, entre muertos y heridos: la tercera parte de sus efectivos. La llegada de Lestocq, en vez de Ney, permitió a los rusos retirarse hacia Königsberg. Bernadotte, con 40.000 hombres, se había apartado de la lucha, como ya lo había hecho en Iéna.

Durante la primavera de 1807, Napoleón, que al principio de la campaña había incrementado sus efectivos a 580.000 (llamando a 80.000 reclutas de la clase de 1807, y pronto la de 1808 con anticipación), disponía de 120.000 hombres en primera línea y de 100.000 en reserva sobre el Elba. Entonces pudo aprovecharse de un error burdo del adversario. Bennigsen, pasando el Alle para tratar de destruir el cuerpo de Lannes, que pensaba aislado en la otra orilla del río, se encontró enfrentado en Friedland con el grueso francés, perdió 25.000 hombres (contra 7.000 franceses) más 25.000 prisioneros y su artillería; sólo escapó uno de sus cuerpos, pasando el río en un vado. Königsberg capituló y Napoleón llegó al Niémen el 19 de junio. Fue allí, en Tilsitt, donde los dos emperadores se encontraron el 24 de junio, y cada uno pretendiendo engañar al otro, se reconciliaron.

Talleyrand, después de reunirse con Napoleón en Berlín (donde había tomado contacto con Haugwitz), se había quedado en Varsovia (desde final de diciembre de 1806 hasta mayo de 1807) para estudiar con Dalberg la posibilidad de una restauración de Polonia. Gratificado con el principado de Bénévent (cuya administración confió, entre 1806 y 1814, a Louis de Beer), continuaba hinchando su fortuna, sacando 2,5 millones de propinas de varios miembros de la Confederación del Rhin, y un millón más del elector de Sajonia (promulgado rey el 11 de diciembre de 1806), que se había adherido a este organismo. De los magnates polacos había sacado cuatro millones de florines destinados a la creación de una caja negra para sostener la causa de la independencia (después de Tilsitt, debió devolverlos).

Mientras tanto Berthier, el 9 de julio, había comunicado a Prusia las exigencias del emperador: cesión de Magdeburgo, Thorn y Dantzig, de la Posnania, reunida con el ducado de Varsovia confiado al rey de Sajonia, dura indemnización (140 millones), reducción del ejército a 20.000 hombres, ocupación de las fortalezas de Glogau, Küstrin y Stettin, y adhesión al bloqueo continental (convención del 8 de septiembre de 1807). Así se podía proseguir con la nueva organización de Alemania. Fiel a su política de expansión familiar, Napoleón proclamó a su joven hermano Jerónimo, casado con Catalina

de Würtenberg, rey de Westfalia, estado formado con la fusión de una parte de Hanover, del Brunswick, de Hesse y de las posesiones prusianas entre el Elba y el Rhin (18 de agosto). Capital: Cassel. Allí los judíos acogieron a Jerónimo con entusiasmo, y como él contestó en el mismo tono, recibió de Napoleón una tajante amonestación. («¡En cuanto a mí —decía—, siempre evité manifestar cualquier estima a los más despreciables de los hombres!») Lo que no impidió que Jerónimo llamara a su servicio como consejero a Israel Jacobson, agente financiero del duque de Brunswick, muy amigo de su colega banquero de Berlín Friedländer, partidario del reformismo del Gran Sanedrín. Después de enero de 1808, abolió todas las restricciones impuestas a los judíos, organizó un consistorio presidido por Jacobson (31 de marzo de 1808) y emancipó completamente a los 20.000 «israelitas» del país, hasta el fin de la ocupación francesa, en 1813.

Dos legados de Talleyrand: el bloqueo continental y la guerra de España

Para Talleyrand, estos asuntos de Alemania se terminaban mal. Excedidos por sus continuas peticiones de dinero, los reyes de Baviera y de Würtenberg protestaron con tanta firmeza cerca del emperador que decidió destituirle y sustituirlo por Champagny, más dócil y más honesto. Como compensación, el príncipe de Benevento recibió el título de Gran-Elector. Pero siguió perjudicando. Antes de marcharse, había aconsejado con insistencia decretar (en Berlín, el 21 de noviembre de 1806) el «bloqueo continental», preconizado por el conde de Montgaillard los días 25 de julio de 1805 y 24 de marzo de 1806, como réplica al bloqueo marítimo decretado por el Orden en Consejo británico del 16 de mayo de 1806, desde el Elba a Brest. Replicaron los ingleses extendiendo su bloqueo a todas las costas de Francia, de las colonias francesas (7 de enero de 1807) y luego a todos los estados bajo control francés (11 de noviembre). Completado por los decretos de Milán, de los días 23 de noviembre y 17 de diciembre de 1807, el decreto de Berlín blandió contra Inglaterra un arma de doble filo. A la vez que impedir abastecer y ayudar al enemigo a través de los neutrales, tiene como objetivo yugular su economía frenando sus exportaciones. Pero tiene como consecuencia encarecer los géneros coloniales y privar de sus materias primas a algunas industrias, paralizándolas. Y como complica singularmente las transferencias, resulta un excelente negocio para los banqueros cosmopolitas y los especuladores.

Ahora bien, lo cierto es que el comercio exterior británico era vulnerable. Tanto más cuanto a consecuencia del conflicto latente con los Estados Unidos (que estalló el 18 de junio de 1802) sus exportaciones hacia este país —la tercera parte del total— habían retrocedido en la mitad. Para sobrevivir, Inglaterra necesitaba abrirse nuevos mercados. Los encontró en la península ibérica y en las colonias hispano-portuguesas de América. Entre 1805 y 1808-1809, sus exportaciones hacia estos países y el Levante crecieron de 8 a 20 millones de libras. Esto, gracias a la guerra, tan oportunamente desencadenada para ella por el emperador contra España y Portugal. Es decir, gracias a Talleyrand, valiéndose de todas sus dotes de persuasión y perseverancia para empujar a Napoleón, urgiéndole con «veinte informes para probar la facilidad y el interés» de esta operación, como lo decía a Roederer el 6 de marzo de 1809. La maniobra, concebida por él y Lebrun, durante su misión

en Londres en 1792, debía permitir la eliminación de la casa de Borbón de la península («Madame —escribía en 1806 a Mme. de Rémusat, hablando de los Borbones de Nápoles—, todo esto se acabará sólo cuando no haya más Borbones en cualquier trono de Europa»), sustituyéndola por cualquier soberano fantasma de tendencia liberal, y sobre todo con el fin de separar de Portugal y de España sus posesiones de América, otorgándoles su independencia para someterlas al dominio económico de Inglaterra.

Plan que se realizó en todos sus puntos, aunque España fuera aliada de Francia. Desde que el débil Carlos IV, rey desde el 14 de diciembre de 1788, totalmente dominado por su esposa, la turbulenta María-Luisa de Parma, había alejado al marqués de Floridablanca, adepto del despotismo ilustrado, pero violentamente hostil a la Revolución francesa, para llamar primero al viejo conde de Aranda, fundador de la Masonería española (del 28 de febrero al 15 de noviembre de 1792), y luego al favorito de la reina, el guardia del Cuerpo Manuel Godoy (de Badajoz, promovido de un golpe ayudante-general, duque de Alcudia y ministro), el conflicto, marcado por la ocupación de Figueras, San Sebastián, Bilbao y Vitoria por los ejércitos revolucionarios en 1794-95, se apaciguó. «Príncipe de la Paz», Godoy, después del tratado de Basilea (22 de julio de 1795), había concluido una alianza con Francia en San Ildefonso (el 18 de agosto de 1796). Alejado por un momento, después de unas disputas con la reina, el 28 de marzo de 1798, había sido sustituido en agosto por el galán de su hermana, Mariano Luis de Urquijo. Oriundo de Bilbao, formado en Francia y de sentimientos masónicos, muy hostil a la Inquisición (cuya abolición pedía), el nuevo secretario de Estado, de regreso de Londres donde había vivido dos años, entre 1795 y 1797, se había destacado por su insistencia en abogar, con el apoyo del ministro de Hacienda, Varela, en favor de acuerdos comerciales con unas casas judías de Holanda y de Alemania, y del regreso a España de judíos ricos y potentes. Combatido entonces, a la vez por el primer cónsul y por el papa, había sido destituido y encarcelado en diciembre de 1800, y Godoy de nuevo en poder apretó los lazos con Francia después de la paz de Lunéville (9 de febrero de 1801), aceptando una ayuda naval (29 de enero-13 de febrero de 1801), obteniendo la Etruria para el infante don Luis el 21 de marzo, obligando a Portugal, durante una corta guerra, llamada «de las naranjas» (del 20 de mayo al 6 de junio de 1801), a cerrar sus puertos a los ingleses, prometiendo luego un subsidio mensual de seis millones, en octubre de 1803, concluyendo el 19 de octubre de 1803 un tratado comercial con París, declarando la guerra a Inglaterra, el 14 de diciembre de 1804, y reforzando la alianza con Francia, antes de adherirse al bloqueo continental, el 19 de febrero de 1807 (compartiendo, sea con Talleyrand, sea con Lucien, embajador en Madrid, los beneficios de estas convenciones).

¿Se podía pedir más? Claro, la derrota de Trafalgar (20 de octubre de 1805) había extendido su sombra sobre la alianza con Francia. Godoy, en vísperas de Iéna, parecía distender estos lazos en un mensaje al pueblo español, y en los papeles cogidos en Potsdam se encontraron huellas de sus tractaciones, de manera que tuvo que dar prendas, mandando a Dinamarca los 15.000 hombres de la división de La Romana. Pero el guión para una intervención en la península, imaginado por Talleyrand (no costaría 12.000 hombres, según prometía a Napoleón) reservaba todavía un papel a Godoy. Firmado

en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807, el plan para conquistar Portugal (enfeudado a Inglaterra desde el tratado de Methuen de 1703), preveía una partición, con el Norte o Lusitania a la infanta María-Luisa (a cambio de la Etruria); el Sur, el Algarve, a Godoy, y el Centro, entre el Tajo y el Duero, a Francia. El negociador de este acuerdo, don Eugenio Izquierdo, director del Gabinete de Historia Natural de Madrid, amigo de Buffon, de Breteuil, de Lavoisier, era un diplomático masónico paralelo que, después de restablecer sus relaciones con Lacépède, presidente del Senado y gran dignatario masónico, en noviembre de 1804, actuaba como intermediario entre Godoy y Napoleón.

Para ejecutar este plan —aunque Portugal haya aceptado el 17 de octubre romper con Inglaterra—, Junot condujo de Bayona, el 28 de octubre, hacia Lisboa, donde llegó el 27 de noviembre con 5.000 hombres, un ejército de reclutas, que al salir contaba 27.000, que tardaron quince días más en reunirse con él: una marcha militar poco reluciente para imponer el respeto a la población. Sin esperar a los invasores, acogidos con los habituales cortejos masónicos de bienvenida, el regente de Portugal, don Pedro, y su esposa, la infanta Carlota de España, habían zarpado para el Brasil. Entretanto un ejército de apoyo, formado en Burdeos y al mando del general Dupont —tan lamentable como el otro—, penetraba en España. De manera que Murat, llegado el 27 de febrero de 1808 para mandarlo, hizo en Madrid el 23 de marzo, con una brillante escolta, una entrada teatral. Como prácticamente, desde el 19, España no tenía soberano, esperaba subir al trono sin dificultad.

Una cuidadosa preparación masónica

Puesto que la Masonería, entretanto, había trabajado muy bien. Refugiados en la residencia real de Aranjuez (a 47 quilómetros de Madrid), los soberanos españoles y Godoy consideraban la conveniencia de zarpar también desde Cádiz para América, cuando, oponiéndose a este proyecto el ministro de Justicia, Caballero, el día antes de su salida, se produjeron en la noche del 17 de marzo, y durante dos días, motines que obligaron a Carlos IV a abdicar en favor de su hijo Fernando, autor de un primer complot, descubierto en El Escorial, el 27 de octubre de 1807 y sancionado el 25 de enero de 1808 por el destierro de sus amigos los duques del Infantado y de San Carlos (19 de marzo de 1808). ¿Quién había montado estas «jornadas» y pagado a los alborotadores que habían asaltado el palacio de Godoy? El «tío Pedro», es decir, el conde de Montijo, sucesor de su protector Aranda como jefe de la Masonería española tradicional. Puesto que entre las logias españolas divididas, otras, más progresistas, habían sido reagrupadas por el ministro de Hacienda, Azanza —para preparar los próximos acontecimientos—, en un Gran Oriente, ligado con el de Francia desde 1804 (fecha de la reanudación de las relaciones entre Izquierdo y Lacépède).

Fue este último (Azanza) quien cargándose el asunto permitió la «trampa» de Bayona donde, sucesivamente «embarcados» por el gendarme de élite Savary, enviado en misión a Madrid el 7 de abril, los miembros de la familia real, acompañados por Godoy (sacado de su cárcel en bastante mala condi-

ción), se encontraron frente a Napoleón, «árbitro» de sus divisiones (llegado desde el 14 de abril). Fernando, arrastrado por su preceptor, el canónigo Escoitquitz, escoltado por los duques (sus cómplices de El Escorial), del inevitable Urquijo y de don Pedro Ceballos (un Talleyrand de pequeño tamaño), llegados el 19, aprende del emperador que su rebelión contra su padre le elimina del trono. Negándose a la compensación que le ofrece el abad de Pradt con el reino de Etruria, renuncia a sus derechos el 6 de mayo y emprende el camino de Valençay, donde el príncipe de Bénévant será el huésped de su exilio dorado. En cuanto a los soberanos, el rey Carlos IV y su esposa, llegados el 30 de abril, siempre en compañía de Godoy, aceptan abdicar mediante 7,5 millones y la disposición de los castillos de Compiègne y de Chambord. El 10 de mayo, José Bonaparte recibe su mutación de Nápoles a Madrid, con el trono de España, sustituyéndole Murat en Nápoles.

Don Miguel José de Azanza, siempre él, presenta el 7 de junio al nuevo soberano los delegados a una asamblea de notables, simulacro de Cortes, designados para legitimar la usurpación, bajo su presidencia, asistido por Urquijo como secretario, aunque de los 150 convocados (incluidos algunos hispanoamericanos) para el 15 de junio, sólo se presentan 65 a la apertura y 95 al final de la sesión (7 de julio). Pero poco importa. Una Constitución de tipo francés (Consejo de Estado, Senado de 24 y Cortes de 112 miembros, etcétera) resulta adoptada el 6 y se forma un gobierno masónico con Urquijo como secretario de Estado, Ceballos, cuñado de Godoy, en Asuntos Exteriores (pasará luego a la Junta y será sucesivamente ministro de las Cortes de Cádiz y finalmente de Fernando VII), O'Farrill en la Guerra, Mazarredo en Marina, Azanza en las Indias (puesto clave si se consideran los planes de la Masonería), Cabarrús (oriundo de Bayona, de gran habilidad, fundador del Banco de San Carlos y padre de Teresa) en Hacienda y Piñuela en Justicia; Jovellanos, por orgullo nacional, se negó a asumir el Interior, por causa de enfermedad. Abierto el camino de Madrid por Bessières y sus 12.000 hombres que dispersaron en Medina de Río Seco, el 14 de julio, los ejércitos de La Cuesta y de Blake (28.000 hombres), todo este equipo entró en Madrid el 20 de julio.

La revuelta contra José Bonaparte, animada por la Francmasonería inglesa

Donde recibió una fría acogida. Irritada por la trampa de Bayona, la población, tratando de oponerse a la salida del infante Francisco, se había sublevado el 2 de mayo contra los «gabachos»; después de apoderarse del parque de Artillería, había opuesto una feroz resistencia a los 30.000 hombres de Murat (con un balance de 145 franceses muertos y 400 insurrectos matados o fusilados). El emperador, tan buen conocedor de la mente italiana como ignorante del carácter español, se imaginó la población atemorizada y no tomó en serio el asunto. Cuando la revuelta, siguiendo el ejemplo de Madrid, se encendía por todas partes, llamando los dirigentes masónicos a los ingleses en su ayuda: los días 9 y 24 de mayo, en Oviedo, en Asturias, donde el marqués de Santa Cruz delegaba al conde de Toreno en Londres para regresar en compañía del mayor general sir Thomas Charles Stewart; en Valladolid, donde el capitán general de La Cuesta se dejó arrastrar; en Sevilla,

el 26 de mayo, donde, a iniciativa del conde de Tilly-Guzmán (aficionado de garitos, pero introductor en España del Supremo Consejo de Charleston, creado el 4 de diciembre de 1802 por el judío Etienne Morin y cinco de sus correligionarios), don Francisco de Saavedra delega al General Castaños a Gibraltar; en Cádiz, donde después de matar al general Solana, que no se había declarado bastante pronto, su sucesor Tomás de Morla, a instigación de Montijo, obliga a la escuadra francesa a rendirse; en Málaga y Granada, donde Martínez de la Rosa sale para Gibraltar; en Badajoz, con don José María Calatrava; en Valencia, donde los hermanos Bertrán de Lis, comerciantes y banqueros, encabezan el movimiento, y donde, después de la matanza de 300 franceses el 5 de junio, se debe reaccionar con 200 ejecuciones contra la anarquía creciente; en Zaragoza, por fin, donde el «tío Jorge» designa a don José de Palafox como capitán general. Con el fin de poner orden a la aparición de tantas juntas, de comités de resistencia, Canning empuja la creación en Aranjuez, el 25 de septiembre de 1808, de una Junta central, presidida por el viejo Floridablanca, asistido por Martín de Garya como secretario.

Con excepción de 70 millones enviados a esta Junta por los países americanos, Inglaterra alimenta y dirige esta resistencia. A final de septiembre ha enviado ya 35 millones en subsidios, 20.000 uniformes, 80.000 fusiles. El 19 de octubre, Benjamin Frère, emisario del rey Jorge, lleva a La Coruña 20 millones de reales. Civiles o militares, hay consejeros técnicos británicos por todas partes: lord William Bentinck en Aranjuez; el coronel Doyle en Madrid; el mayor Coxe en Sevilla; Duff en Cádiz, cerca de las «juntas»; en Galicia, Charles Stewart en La Coruña; en Asturias, Hunter en Gijón; el capitán Patrick en Oviedo; los mayores generales Leith y Broderick en el Norte; el mayor Green en Cataluña; el coronel Graham con el ejército del Ebro; sir Thomas Dyer, el mayor Roche, cerca del general La Cuesta; el capitán Whintingham, con el general Castaños. Lo mismo pasa en Portugal, donde el coronel Brown y sir Robert Wilson organizan en Oporto la legión «lusitana».

La derrota de José, borrada por el Emperador

Recobrando con vigor la dirección de la Masonería, Inglaterra ha conseguido ya dos de sus primeros objetivos: cuando se desencadena el movimiento de independencia de sus posesiones de América, España se encuentra sin gobierno legítimo y dividida entre dos facciones, igualmente masónicas, el Gran Oriente de Azanza, por el lado francés, y por el británico la obediencia tradicional y la del Supremo Consejo de Charleston. Alcanza también un tercer objetivo: abrir un segundo frente y mantener en el avispero de la península una parte importante del Gran Ejército. Puesto que la marcha militar de los reclutas se terminó mal. Adelantándose imprudentemente en Andalucía, Dupont (cuyas tropas habían saqueado Córdoba el 7 de junio, como las de Caulaincourt, Cuenca), atacado por el general Castaños y cortado por Reding de la división Vedel que debía apoyarle, capitula en Bailén con más de 17.000 hombres extenuados, cercados por 30.000 suizos y españoles. Que los generales hayan salvado su botín y permitido que Tilly condene a sus hombres a la sórdida detención en los pontones de Cádiz, sin

respetar la capitulación, añade la vergüenza a la derrota (19 de julio). El 29 de julio, José abandona Madrid, donde Piñuela, Ceballos, los duques del Infantado, del Parque y Hernán Núñez prefieren quedarse; le sigue el ejército el 1 de agosto. Un mes más tarde, Junot, vencido en Vimeiro por los 29.000 ingleses de Wellesley, desembarcados el 1 de abril en el Mondego, capitula por su cuenta en Cintra, el 30 de agosto, con 13.000 hombres; obtiene la repatriación de sus hombres por vía marítima, pero queda perdido Portugal.

José reconoce que el asunto está muy mal enganchado: «Vuestra gloria fracasará en España, escribe a su hermano los días 24 y 25 de julio. Está unánime la nación contra nosotros». Para restablecer la situación se necesita de la intervención del mismo emperador. Con potentes medios militares. Mientras el Senado llama a 160.000 reclutas el 6 de septiembre, el día siguiente, 7 de septiembre de 1808, seis cuerpos, más uno de reserva, incluyendo veteranos, alemanes, polacos, italianos, con dragones y la Guardia, 150.000 hombres en total, viene a reforzar a los 50.000 a 60.000 retirados detrás del Ebro. El 5 de noviembre, el emperador llega a Vitoria. Los días 10 y 11, su derecha, con Victor, maltrata en Espinosa a los 21.000 españoles de Blake; Soult penetra en Burgos y saquea los conventos; el 23, en el centro, Lannes rompe en Tudela las fuerzas de Castaños; el 30, Napoleón manda a los lanceros polacos de su escolta derribar en la niebla las baterías que defienden el puerto de Somosierra. El 4 de diciembre entra en Madrid, donde suprime el Consejo de Castilla (deteniendo a sus miembros), los derechos feudales, la Inquisición, y decreta en Chamartín el cierre de los dos tercios de los conventos (con la ayuda activa del ex-canónigo Llorente, notorio masón). Pero, en el momento de dirigirse hacia Astorga, para desbordar en Salamanca a los 16.000 ingleses de sir John Moore (procedentes de Portugal el 11 de noviembre y reforzados por los hombres de sir David Bair, desembarcados en La Coruña), debe dejar el mando a Soult (2-3 de enero de 1809). Y éste les perseguirá tan blandamente, que, después de perder 7.000 hombres y su general, sus convoyes, su caja y 170 cañones, el resto consiguió embarcar en los 250 transportes del almirante Hope, que les esperaba en La Coruña, entre los días 11 y 16 de enero de 1809.

Talleyrand, al servicio de la coalición

Saliendo al galope de Valladolid el 16 de enero, el emperador llegó a París el 23. Desde la entrevista de Erfürt (27 de septiembre-14 de octubre de 1808) Talleyrand, más y más abiertamente, traicionaba. En casa de la princesa de Tour y Taxis, aconsejó al zar mantenerse firme frente a Napoleón y quitar las cláusulas sobre Austria de la convención, anodina, que iba a firmar el 12 de octubre. En París, a través de Speranski, mantiene el contacto con Nesselrode. Más tarde aconsejó a Alejandro negociar la paz con el turco y prepararse para la guerra en abril de 1812. Ahora bien, en este momento ha sido interceptada una carta muy comprometedora dirigida por él y Fouché a Murat (en Nápoles). Furioso, el emperador convocó el 28 de enero a Cambacérès, Lebrun, Decres y a los dos culpables. Durante una escena de las más violentas, Napoleón dirigió al príncipe de Bénévent, en medio de una andanada de insultos, el célebre apóstrofe «que no es más que m... en unas medias de seda», rompió con él y le quitó sus funciones de gran elector.

Derrota de Austria

Pero he aquí que, obedeciendo las sugestiones de Londres —que le ofrece un subsidio de 40 millones de libras— y creyendo al ejército francés demasiado comprometido en España, el conde de Stadion, ministro de Asuntos Exteriores de Austria, decide reanudar la lucha. El 9 de abril, sin declarar la guerra, manda al archiduque Carlos invadir Baviera con 200.000 hombres, y el 12 firma un nuevo tratado de alianza y de subsidios con Inglaterra. Se entabla dura lucha. Lannes rompe el centro austríaco en Rohr, el 20 de abril, y después Davout se apodera de la meseta de Eckmühl el 22. Perseguido hacia Ratisbona, el archiduque, que perdió 60.000 hombres, consigue sólo reformarse detrás del Danubio. Napoleón entra en Viena el 12 de mayo, y para pasar a la orilla norte del río, escoge como base la isla de Lobau. Los días 21 y 22, 80.000 franceses luchan ferozmente contra 90.000 austríacos para apoderarse de Essling y Aspern, cuando la rotura del puente que enlaza la isla con la orilla derecha obliga al emperador a retirarse (después de perder 16.000 hombres y los austríacos, 27.000). Lannes ha sido muerto, y hay que empezar todo de nuevo. Después de colocar cinco puentes ligeros, por sorpresa, un poco más al este, el 5 de julio, se reanuda la lucha con 150.000 hombres, entre los cuales 26.000 jinetes, apoyados por 550 cañones. Comprometida un momento por una equivocación, oponiendo los italianos de Marmont a los sajones de Bernadotte (todos al servicio de Francia) y luego por el empuje de 60.000 austríacos, tratando de romper los 18.000 hombres de Masséna para cortar los franceses del río, la batalla se restablece con la intervención masiva de 102 piezas y el ataque de Macdonald y Davout, que se apoderan de la meseta de Wagram, en el centro (6 de julio). El archiduque Juan, que regresaba de Italia con los restos de su ejército vencido en Raab el 14 de junio (unos 18.000 hombres de un total de 45.000), llega tres horas demasiado tarde para tomar parte en la acción. El balance de la lucha acusa la pérdida de 26.000 franceses y de 24.600 austríacos (más de 12.000 prisioneros). Constituido por contingentes de «landwehr», el ejército austríaco, así transformado con carácter nacional, luchó con valor. Puede todavía alinear 200.000 hombres, lo que incita a Napoleón a negociar sin dificultad el armisticio de Znaïm (12 de julio) y el tratado de paz de Viena (los días 13-14 de octubre). Esta vez, aunque haya sido objeto de un atentado de Strop en Schoenbrunn, sus condiciones son moderadas: Salzburgo a Baviera, un trozo de Galicia al gran ducado de Varsovia, las provincias de Iliria a Francia y 85 millones de indemnización.

Boda con María-Luisa. Metternich y el equilibrio

Entretanto, y después de largos preparativos, por fin los ingleses han intentado una diversión contra Flesinga y Amberes. Desembarcaron 45.000 hombres en la isla de Walcheren el 29 de julio, para reembarcarlos el 30 de septiembre, después de perder 15.000. Entonces Metternich, llamado desde su embajada en París (donde la guerra le sorprendió) para liquidar el pesado legado de Stadion, trata de acercarse a Francia y de suavizar las condiciones impuestas a su país. A Napoleón, que se ha divorciado civilmente con Josefina el 16 de diciembre de 1809 y obtuvo la anulación de su matrimonio el 12 de enero de 1810, propone a través de Schwarzenberg, su embajador en París,

apoyado por el conde de Laborde, Narbonne, Daru y Maret, como nueva esposa, a la archiduquesa María-Luisa, de manera que, después de la negativa del zar a Caulaincourt de la mano de la gran duquesa Ana de Rusia, demasiado joven, el 6 de febrero de 1810, el contrato puede ser firmado el día siguiente (7 de febrero). El 13 de marzo, el archiduque Carlos, representante del emperador, se «casa» en su nombre con la princesa austríaca, cuyo matrimonio civil y religioso se celebra en Saint-Cloud y París, los días 1 y 2 de abril.

Renano, nacido en Coblenz (el 15 de mayo de 1773), estudiante en Estrasburgo y Maguncia, nutrido de las ideas del historiador Nicolas Vogt en su «República europea», casado el 27 de septiembre de 1795 con la hija del príncipe de Kaunitz, delegado con su padre en Rastadt (2 de diciembre de 1797), indemnizado por la pérdida de sus bienes por el Recez de Ratisbona (25 de febrero de 1803), embajador en Berlín, y luego en París, el canciller austríaco Metternich piensa «europeo» y no es hostil a un acercamiento con Francia. Su más íntimo colaborador, Federico de Gentz (1764-1832), discípulo de Kant en Königsberg y funcionario prusiano de Hacienda, aficionado de los salones judíos de Enriqueta Herz y de Rahel Levin, contrajo en Berlín muy malas costumbres de libertinaje y venalidad. Pero al leer las obras del inglés Burke y del ginebrés Mallet du Pan, se alejó de las ideas revolucionarias destructoras de la sociedad. En 1802, el conde de Stadion le atrajo al servicio de Austria. Deseoso de luchar contra «la tiranía de los sofistas» y «el imperio del dinero» (aunque sea demasiado ligado a los Rothschild), se considera también como un «ciudadano de Europa», anteponiendo a todo el mantenimiento del «equilibrio europeo», y adoptando casi el ideal rosicruciano de fraternidad universal de un Jacob Boehme, por ejemplo. De su viaje a París, para buscar a su esposa y felicitar a María-Luisa, Metternich lleva a Francisco II (a final de marzo de 1810) los primeros frutos de su política: un empréstito de 100 millones, la supresión de la limitación del ejército austríaco a 150.000 hombres y una convención comercial. Rechazando las propuestas del conde Souvalov, firma con Francia, el 14 de marzo de 1812, una convención militar (prometiendo el apoyo de un contingente de 34.000 hombres) y acompaña a Francisco II a Dresden, donde Napoleón aparece, delante de una Corte de reyes, como el emperador de Europa.

Cogido en el engranaje del bloqueo continental, obligado a extender su control aduanero a todo el litoral del continente, Napoleón amplía su Imperio en forma desmedida. Se suceden las anexiones: Génova y la Liguria (10 de junio de 1805); Etruria (23 de noviembre de 1807); los Estados pontificales (17 de mayo de 1809); la Romana (17 de febrero de 1810); Holanda, después de la abdicación de Luis (9 de julio); el Valais (12 de noviembre), y hasta el litoral alemán del Mar del Norte (el 13 de diciembre). La gran Francia cuenta 130 departamentos, 44 millones de habitantes, 62 con los países vasallos, en una Europa de 167 millones.

Lucha feroz en España

Sólo la península ibérica resiste a su autoridad. Si en todas las batallas en regla los ejércitos españoles, mal equipados y mal mandados, ceden el

terreno: en Uclés, donde, el 13 de enero de 1809, Victor derrotó a Venegas, bajo las órdenes del duque del Infantado (cogiendo 6.000 hombres), como en Ciudad Real, el 27 de marzo, Sébastiani contra Cortaojal (3.000 prisioneros), como en Medellín, el 28 de marzo, todavía Victor contra La Cuesta (10.000 muertos por los sables de Lassalle, 4.000 prisioneros), como más tarde en Ocaña (19 de noviembre), como no se comprometen a fondo, no se consideran vencidos, se reagrupan y reanudan la lucha. Y la resistencia popular, respondiendo a la llamada de la Junta (los días 17 de abril y 28-29 de mayo de 1809), se hace feroz. Iniciado por Verdier, el 29 de junio de 1808, el asedio de Zaragoza llega a ser atroz. Animados por una mujer, María Agustína, por los monjes y unos cabecillas de barrios, 30.000 civiles aragoneses compiten en heroísmo con los 30.000 soldados de la guarnición, al mando del brigadier de la Guardia, Palafox. Rechazados los primeros asaltos (29 de junio, 4 de agosto), Lannes, llegado el 22 de enero de 1809, debe volar con minas los conventos transformados en fortalezas (20 de enero, 10 de febrero) para apoderarse del centro de la ciudad, es decir, de un osario, que capitula el 21 de febrero. De un total de 100.000 habitantes, 54.000 han perecido. Lannes, y luego Mac Donald, se marchan, fastidiados. Las tropas aisladas, sin abastecimiento, las estafetas interceptadas, las comunicaciones cortadas, están hostigadas sin cesar, atacadas por 50.000 guerrilleros, cuyas pandillas están distribuidas entre las provincias) (Juan Díaz Porlier, «el marquesito», en Galicia; Francisco Espoz y Mina, en Navarra; Juan Martín, «el Empecinado», un bandolero, entre Aragón y Madrid; el párroco Merino, en Burgos; Juan Palareas, «el médico», alrededor de Toledo; Julián Sánchez, excelente agente de información, entre Ciudad Rodrigo y Salamanca; unos campesinos, como Camilo, «el desesperado», cerca de Talavera, etc.).

Fracasos de Soult y de Masséna

Para acabar con esta lucha, haría falta expulsar al ejército británico y devolver a este país su dinastía nacional. Ahora bien, Soult y Masséna, los dos judíos y hermanos masones, no parecen especialmente calificados para esta tarea. Contra Portugal, donde el embajador inglés Villiers dispone de 30 millones y de un ejército de 10.000 ingleses, 10.000 portugueses, más 50.000 reclutas, al mando del general John Craddock, Soult marchó con 25.000 hombres, vía Tuy y Braga. El 27 de marzo de 1809, se apoderó de Oporto, saqueándola y matando a 8.000 civiles. Luego traficó con los judíos del lugar y preparó su propia entronización como rey de Lusitania (¡Nicolás I!), mientras unos oficiales en su entorno, Fournier-Sarlovèze, los coroneles Donadieu, Lafitte, delegaban al capitán Argenton, para negociar con Viena cerca de Beresford y de Wellesley, ahora duque de Wellington (25 de abril-8 de mayo de 1809). De tal manera que el 12 de mayo, 30.000 ingleses, desembarcados desde hace un mes, sorprendieron la ciudad, y apenas escapó el mariscal abandonando su artillería. Continuando su retirada hacia Astorga y Zamora, expuso a Ney que trataba de apoyarle y le obligó a abandonar Galicia (21 de junio).

Cuando Victor y Sébastiani, a pesar de la amenaza de Venegas sobre Toledo, consiguieron rechazar la vanguardia de La Cuesta en Santa Olalla el 26 y fijar el ejército anglo-español en Talavera, los días 28 y 29 de julio, pero

sin desalojarlo de sus posiciones con costosos ataques frontales (7.500 muertos por cada lado), Soult, frenado por la insubordinación y las vacilaciones de Ney, no llegó a tiempo el 2 de agosto, para cortarle la retirada, vía Trujillo, hacia Badajoz y Portugal, abandonando detrás a 5.000 heridos y enfermos.

La debacle de Venegas frente a la caballería de Sébastiani en Almonacid (4.000 prisioneros) al principio de agosto y la aplastante derrota infligida en Ocaña el 19 de noviembre por 30.000 franceses a los 50.000 hombres de Areizaga (que perdieron 4.000 muertos y 14.000 prisioneros) abrían el camino de Andalucía. Atraído por la conquista de las ricas provincias del Sur, Soult no contribuyó a explotar el éxito de Kellerman en Alba de Tormes (el 28 de noviembre) contra el ejército muy disminuido del duque de El Parque (3.000 muertos y heridos y 9.000 enfermos), rechazado hacia Ciudad Rodrigo, y dejó al ejército inglés volver a Lisboa para reconstituirse, sin molestarle. Pero franqueó la sierra Morena con 70.000 hombres, el 18 de enero de 1810, ocupó Córdoba el 28; mientras Sébastiani penetraba en Granada el 31 y Mortier marchaba sobre Badajoz, él entró en Sevilla con José. Dejando al duque de Alburquerque el tiempo necesario para organizar la defensa de Cádiz, que Victor no consiguió asediar. Entonces, se instaló en su nueva satrapia, coleccionando los Murillos y traficando con los bienes «nacionales», sin que ninguna orden consiguiera sacarle de su nuevo reino.

Y le tocó el turno a Masséna conducir un ejército de unos 60.000 hombres (sobre el papel debían ser 80.000), desprovisto de estado mayor, de servicios y de información, contra los 50.000 ingleses y otros tantos portugueses, que defendían Lisboa. Ocupó Ciudad Rodrigo el 9 de julio, Almeida el 27 de agosto, rechazó, no sin pérdidas, a los ingleses en Busaco el 27 de septiembre, pero sin castigarlos seriamente; y entonces, a través de una zona «quemada» tropezó ciegamente, con 45.000 hombres, sin artillería ni equipajes de puentes, con las triple líneas fortificadas de Torres Vedras (de una amplitud de 12, 10 y 2 leguas), defendidas por 53.000 anglo-portugueses y 10.000 españoles, con 530 cañones, que cerraban el acceso a la península de Lisboa. Allí se quedó sin reacción, entre octubre de 1810 y marzo de 1811, esperando una hipotética intervención de Soult, que, a pesar de las órdenes del emperador, se contentó con asediar a Badajoz (10 de marzo de 1811) para ampliar y proteger su propio principado de Andalucía, en vez de presentarse en el Tajo. De manera que Masséna se retiró el 4 de marzo, abandonando Almeida el 10 y Portugal el 23, para contener a los ingleses en Fuentes de Oñoro el 3 de mayo, y continuar su retirada hacia Salamanca. Muy disminuido mentalmente, quedó finalmente destituido.

Terquedad de Napoleón

Desde el regreso de José a Madrid el 22 de enero de 1809, el emperador acumuló los errores políticos y militares en España. Mientras «Pepe Botella» —apodo dado por sus súbditos al rey José— trataba de complacerles por su amabilidad (al mismo tiempo que liquidaba el último tercio de los conventos) y se exaltaba a causa de las aclamaciones recibidas en Andalucía en enero-febrero de 1810, Napoleón, después de una veleidad de volver a España, a final de noviembre de 1809, había decidido dividir la región al norte del Ebro en distritos militares (Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña), al estilo

de la Marca de Carlomagno, antes de reunirla con el Imperio, el 3 de febrero de 1810. José, asistido por su amigo Jourdan como jefe de estado mayor, al frente del solo ejército del Centro, protestó contra estas medidas y mandó sucesivamente a París a Azanza (entre el 16 de junio y el 5 de diciembre) y al marqués de Almenara (del 24 de agosto al 9 de diciembre) para informar mejor al emperador. Pero éste vaciló, consideró la posibilidad de restablecer a Fernando VII en su trono (casándolo con Carlota, hija de su hermano Luciano, que retirado en Roma y muy hostil, rechazó la propuesta el 4 de junio de 1810). Entonces, ¿cómo salir de este avispero, en el cual se gastaban sin gloria 200.000 hombres de sus mejores tropas, y se habían hundido ya 300 millones? Pero no se atrevió a decidir osadamente, avanzando más tarde como excusa «la fuerza de las cosas». ¿Qué fuerza oculta? ¿Qué clase de consigna secreta le mantiene en la península, donde Talleyrand y los altos dignatarios masónicos le envolvieron tan pérfidamente?

Inglaterra, salvada por el relajamiento del bloqueo

Por su parte, Inglaterra lamentaba la carga de los 25 millones de libras que gastaba anualmente en la península, además de las otras expensas contra las cuales, con Grenville y Grey, protestaba la oposición. Su presupuesto de 1811, alcanzaba, con 2.000 millones de francos, el doble del de Francia. Desde 1809, con un déficit de 20 millones de libras al año, se recurría a la inflación; emitiendo el Banco de Inglaterra billetes por un valor de 21 millones de libras y los de provincias por unos 30 millones. Se lanzaron empréstitos: 23,5 millones en 1811, más 41 a corto plazo; 35 + 45 millones en 1812. Las existencias en caja bajaron de seis millones en 1808 a cuatro en 1809. La cotización de la libra en París cayó de 23 francos a 20,30 y a 17 y 18 en abril de 1811. El índice de precios subió de 100 en 1790 a 176 en 1809, sin que los salarios siguieran. Los acreedores padecieron pérdidas del orden del 30 al 40 %. En 1811, las exportaciones sólo llegaron al 83 % del año anterior. En Manchester se produjeron muchas quiebras. El paro amenazaba. Y la penuria también.

Se debió importar en 1810, 1.600.000 «quarters» de granos. Entre los cuales 1.300.000 se compraron... ¡en Francia! Entonces, ¿a qué servía el bloqueo continental? ¿Y cómo ha sido posible tan grave error? El bloqueo no podía ser total. Se debía consentir licencias de importación para las materias primas necesarias a la industria o para los géneros coloniales. Esta reglamentación, establecida por Crétet en 1808, había sido extendida por Fouché durante su ínterin del Interior (1 de agosto de 1809) y se había beneficiado de ella con sus amigos Ouvrard, Labouchère y Murat. Por su parte, los agricultores se quejaban de sus excedentes de granos, bajando el precio del hectolitro de trigo en 1809 a la mitad del del año XI (24 francos). Autorizando de nuevo exportar a Inglaterra, se quería ayudar a los agricultores... ¡y agotar el oro inglés! Con el mismo pretexto, Mollien había tolerado la transferencia clandestina de los subsidios destinados al mantenimiento de las tropas de Wellington y de sus auxiliares españoles. ¿Con este mismo mercantilismo estrecho, se debe explicar que nunca se organizó en el continente la caza de las letras inglesas, preconizada por el banquero holandés Valckaener? Era desconocer por completo el punto vulnerable de los insu-

lares: si el Banco de Inglaterra y la «City», deslizados del patrón-oro, podían hasta cierto punto seguir sin metálico ni divisas (5), ¿podía el pueblo inglés privarse también de pan? En muchos otros puntos, el bloqueo continental, torpemente aplicado, había decepcionado. Promulgados el 5 de agosto de 1810, los decretos de liberalización de Trianon provocaron un resbalón de los precios de los géneros coloniales y muchas quiebras en cadena: Rodda en Lübeck, Desmet en Amsterdam, Simons en Bruselas, Fould y otras 37 casas en París. En enero de 1811, le tocó el turno al famoso Bidermann y a otros 60. Debieron intervenir las Finanzas, para socorrer a Tourton en Ruan, a Ramel. a Hottinguer en París. El año 1812 fue marcado por el relajamiento del bloqueo, a la vez en Inglaterra y en Francia, con la concesión de 800 licencias.

Preparativos de Rusia

¿Cómo exigir de los otros el respeto absoluto de restricciones que no observaban o que se modificaban a gusto (por ejemplo, con la liquidación, mediante un derecho de 50 %, de los stocks de géneros coloniales de Holanda el 2 de julio de 1810)? Contra el bloqueo continental el primero en reaccionar fue el zar. Como la economía rusa padecía especialmente por la falta de productos manufacturados ingleses, abrió en agosto de 1810 los puertos del Báltico a un convoy de 1.200 buques seudo-neutrales, escoltados por veinte barcos de guerra, llevando mercancías británicas (que en sus dos terceras partes no habían podido ser vendidas en América del Sur). Lo mejor es que unos 700 carros rusos llevaron una parte hasta Leipzig. Alentado quizá por los fracasos de los lugartenientes de Napoleón en la periferia del Imperio, de Murat en Sicilia en septiembre y de Masséna en Torres Vedras en octubre, el zar se atrevió a replicar a la anexión de los puertos hanseáticos y del ducado de Oldenburgo (que resentía personalmente, puesto que el duque era el marido de la gran duquesa Catalina), el 13 de diciembre, por un ucase, prohibiendo sencillamente la entrada de los productos franceses. Y, disponiéndose a la guerra, trató de constituir un partido favorable a su causa en Polonia, alrededor de los Czartoriski y de los Potocki, encargó al coronel Tchernitcheff la misión de asegurarse de los sentimientos hostiles al emperador de Bernadotte (designado como sucesor de Carlos III de Suecia por la Dieta el 21 de agosto) y de ganarse inteligencias en París, donde contrató los servicios del coronel suizo Jomini, estratega famoso. También se beneficiaba de los consejos de Talleyrand (aunque se había negado a ayudarle, cuando se encontraba en apuros después de la quiebra de Simons, con el 1,5 millón que le había pedido, a través de Bethmann de Francfort el 15 de septiembre de 1810). Y Talleyrand le advertía que los acontecimientos tenían que precipitarse. Pero los preparativos del zar, que movilizaba a 250.000 hombres y mandaba fortificar posiciones en el Niémen, no pasaron inadvertidos del emperador. que incrementó de 30.000 a 80.000 hombres el ejército de Davout en Alemania. Como Metternich se negaba a una alianza al precio del trueque de la Galicia oriental contra Serbia, Moldavia y Valaquia hasta el Sereth (provincias que los rusos acababan de conquistar a los turcos. o a cambio

(5) La onza de oro pasó de cuatro libras a 5,5. El economista Ricardo alertó a la opinión. Pero el imposible retorno al patrón-oro, propuesto por el «Bullion Committee», fue rechazado el 10 de mayo de 1811.

de una promesa vaga de la Silesia prusiana (13 de febrero de 1811), Alejandro prefirió temporizar.

Pero, durante el verano de 1811, acogió en sus puertos otro convoy de 150 buques ingleses, lo que le valió a su embajador. el príncipe Kurakin, una violenta amonestación del emperador (15 de agosto). Luego, para proteger sus flancos, negoció con Suecia, descontenta con la ocupación de Pomerania por los franceses (19 de enero de 1812) y prometió Noruega a Bernadotte (5 de abril). Concluyó en Bucarest, el 28 de mayo, la paz con los turcos, para librar los ejércitos rusos de los Balcanes. El 8 de abril remitió a Francia un ultimátum, exigiendo la evacuación de Prusia y de Pomerania. Por su parte, Napoleón, a pesar del doble juego practicado por Scharnhorst en San Petersburgo, ha concluido una convención militar con Hardenberg, prometiéndole el concurso de un cuerpo prusiano de 20.000 hombres, al mando de York, que formará su ala izquierda (24 de diciembre de 1811-25 de febrero de 1812) y firmado un acuerdo con Austria (el 14 de marzo de 1812), que le prometía la ayuda de Schwarzenberg y de 34.000 hombres, formando su ala derecha. Los días 8 y 10 de febrero concentró en el Niémen 400.000 hombres (entre los cuales 60.000 polacos, 125.000 alemanes de la Confederación del Rhin, 80.000 italianos), con 1.000 cañones y convocó a los soberanos en Dresden (del 17 al 28 de mayo).

Moscú, objetivo ilusorio

Con un retraso de seis semanas, se inició la campaña de Rusia. Ya advertido —por el ejemplo de España, por la sublevación de Andreas Hofer en el Tirol, por la acción de los 6.000 partidarios del mayor prusiano von Schill, cerca de Magdeburgo en 1809, como por las informaciones de su hermano Jerónimo (5 de diciembre de 1811) y del jefe de la policía en Roma— que la primera derrota daría la señal, detrás del ejército, de una insurrección general, ya planeada por las sociedades secretas (particularmente en Prusia como lo veremos más abajo), sabiendo por otra parte, gracias a las confidencias del zar a Caulaincourt, que para vencerle Rusia confiaba sobre todo en la inmensidad de sus estepas y en la rudeza de su invierno, parece que el emperador pensó primero limitar su primera campaña en conquistar Polonia, Lituania y la línea Dwina-Vilna-Niémen, para esperar allí a los rusos el año siguiente, y sólo entonces atacarlos más allá, si fuera necesario. Así lo aconsejaba la prudencia; pero los acontecimientos decidieron de otro modo. Aprovechándose de la falta de enlace entre los dos ejércitos rusos, el de Barclay de Tolly en el Norte y el de Bagration en el Sur, el Gran Ejército pasó el Niémen en Tilsitt, Kovno y Grodno y se quedó unos veinte días en Vilna para reagruparse.

Algo decepcionado por la acogida de Lituania, Napoleón vaciló en proclamar, delante de la Dieta polaca, reunida el 28 de junio en Varsovia, la independencia del país, que, comprometido a fondo con él hubiera reforzado considerablemente su base de acción. De todos modos, como los ejércitos rusos seguían sustrayéndose, Bagration, rechazado de Mohilev por Davout hacia los pantanos de Minsk, y Barclay, que Jerónimo había dejado escapar el 10 de julio, abandonando sin combatir en Drissa el 17 las posiciones fortifi-

cadas en la Dwina y el 28 de julio, Vitebsk, allí se reagrupó de nuevo el ejército, muy cansado por el calor, reducido a 255.000 hombres y a 14.000 caballos (de un total de 22.000). Pasando el Dnieper en Orcha, los días 13 y 14 de agosto, penetró el 18 en Smolensk, cuyos suburbios habían sido ferozmente disputados. ¿Se invernaría allí o se continuaría la marcha? Murat, lanzado en persecución del enemigo, arrastró el ejército hacia Moscú. El 26 de agosto reanudó su progresión en el barro, atravesando una zona de tierra quemada y Wiazma destruida. Por fin, en los altos de Borodino, cubriendo la Moskova, Kutusov, con 140.000 rusos hizo frente a los 128.000 franceses. Sus reductos conquistados, perdió 45.000 hombres, y los franceses, 9.000 muertos y 14.000 heridos (6-7 de septiembre). El 15 el emperador entró en Moscú, desierto, y a pesar del incendio provocado por el gobernador Rostopchin, que consumió las tres cuartas partes de la ciudad, esperó durante veintiséis días que el zar solicite la paz. En vano. Siendo Moscú nada más que una ciudad santa, el inmenso imperio de las estepas conservaba su capital Petersburgo y sus ejércitos, aunque disminuidos, su libertad de maniobra.

Un abismo para el Gran Ejército

Iniciada sólo el 19 de octubre, ¿podrá la retirada efectuarse por otro itinerario que el primeramente seguido? ¿Abriéndose la carretera de Kaluga, más al Sur, el 23 con el violento combate de Malo-Iaroslavetz? Pues no, porque amenazado por el empuje de 60.000 rusos, Schwarzenberg tuvo que despejar Minsk para retirarse hasta Varsovia, mientras que en el Norte Gouvion debió abandonar la Duna y Polotsk bajo la presión de 45.000 rusos y suecos. Padeciendo hambre y un frío cada vez más mordaz, hostigado en su retaguardia (Davout y luego Ney) por 60.000 rusos, el ejército, a través de Wiazma (1 de noviembre) y Smolensk (8 de noviembre), intentó escapar de estos dos cuerpos que convergían inexorablemente para cortarle el paso en el puente de Borosov. Forzó su camino en Krasnoé entre el 14 y el 18, y frustrando la vigilancia del enemigo, 40.000 hombres todavía organizados y unos diez millares desbandados consiguieron pasar la Beresina, los días 28 y 29 de noviembre, en el vado de Studienka, abandonando sólo a 8.000 rezagados. Pero el frío, bajando a los —20 y hasta —30 grados, diezmó en la carretera de Vilna los restos del ejército, y saqueados los depósitos, Murat abandonó la ciudad (9-10 de diciembre). A Kovno, el 12, desertó, dejando el mando al príncipe Eugène, que regresó con 70.000 hombres casi desprovistos de caballería y de artillería (sin contar con los cuerpos prusiano de York y austríaco de Schwarzenberg).

El 5 el emperador, informado de una reciente conjura del general Malet, se apresuró a volver a París, a donde llegó el 19. Peligroso agitador, Malet, detenido por Dubois y salvado por Fouché después de su primera intentona de 1808, internado por Savary en una casa de salud, había estado a punto de realizar con éxito, el 22 de octubre, una loca empresa, inspirada por su compañero de detención el abad Lafon, de Burdeos. Propagando la falsa noticia de la muerte del emperador, el general Lahorie, ex-jefe de Estado Mayor de Moreau, había conseguido, con el apoyo de una cohorte de la Guardia nacional, apoderarse del prefecto de Policía Pasquier, del ministro Savary y del jefe de la policía política Desmarets; sin protestar, el prefecto Frochot

había puesto el Hotel de Ville a disposición de los conjurados; sólo el general Hulin, gobernador de París, y sus ayudantes, menos crédulos, reaccionaron y dominaron a Malet. Lo raro es que, en estas circunstancias, nadie había pensado en el rey de Roma, nacido el 20 de marzo de 1811. Se preveía la formación de un gobierno provisional, reagrupando con Fouché las dos oposiciones, jacobina y realista, con La Fayette al mando de la Guardia nacional y Masséna al de la guarnición de París. El 29 de octubre, una comisión militar liquidó el asunto con catorce sentencias a muerte.

Derrota y repliegue en España

Contra el águila herida, por todas partes, las sociedades secretas, animando las reacciones nacionales, apoyadas por la Alta Banca, desde Prusia hasta España, preparaban el último asalto. Con excepción de las brillantes conquistas del ejército de Cataluña, al mando de Gouvion Saint-Cyr y de Suchet, la de Gerona, después de ocho meses de asedio (el 11 de diciembre de 1809), de Lérida (4 de mayo de 1810), de Tortosa, de Tarragona (donde los refuerzos ingleses no se atrevieron a desembarcar el 28 de junio de 1811) y finalmente de Valencia, que capituló el 9 de enero de 1812 (con 18.000 prisioneros), a falta de un mando único y enérgico, en la península la guerra se había pudrido y la situación no cesó de empeorarse. José, de viaje en París para el bautismo del rey de Roma (de quien fue padrino), ofreció su abdicación al emperador, que tuvo la debilidad de no aceptar (26 de mayo de 1811). Entonces, de regreso el 15 de julio, trató de defender su trono, negociando, a través de su ministro O'Farrill, con el canónigo Tomás la Peña y los masones de la «Junta», buscando un acercamiento con ellos, hasta el 18 de septiembre de 1811.

Organismo supremo de la resistencia, la Junta, replegada primero de Aranjuez a Badajoz (en enero de 1809), y luego, de Sevilla (en enero de 1810) a la isla de León, en Cádiz, estaba muy dividida. El 14 de enero de 1809, firmó con Inglaterra un tratado de ayuda, reconociendo los derechos de Fernando VII, y, a instancia del embajador británico Frère, llamó en las Cortes, convocadas para el 24 de septiembre de 1810, representantes de la América española (22 de enero de 1809). Luego nombró un Consejo de Regencia, integrado por cinco miembros, el obispo de Orense, el general Castaños, Saavedra, el hispanoamericano Lardizábal (31 de enero de 1810), luego por tres, con poderes restringidos, el general Blake, el almirante Ciscar, el capitán de fragata Agar (16 de enero de 1811), y otra vez por cinco, el duque del Infantado, Mosquera, Villavicencio, Rodríguez Rivas, el conde de la Bisbal. Reunidas el 24 de febrero de 1811, las Cortes proclamaron la soberanía nacional —juntamente con la de Fernando VII—, luego abolieron la tortura y los derechos señoriales (1 de julio de 1811), adoptaron el 18 de marzo una Constitución de tipo 1791 (soberano sin responsabilidad, Cortes con un diputado para 70.000 habitantes, Consejo de Estado de 40 miembros, milicia nacional, libertad de prensa, etc.), declararon el catolicismo religión del Estado, aunque suprimieron la Inquisición (8 de diciembre de 1812). Integradas por 104 delegados (entre los cuales una tercera parte eran hispanoamericanos), estas Cortes, hondamente divididas entre constitucionalistas (cardenal Iguenza, duque del Infantado, Palafox el hermano, conde Montijo), moderados de tipo

Jovellanos (apoyados por la Junta local de Cádiz) y radicales, de tipo Argüelles, futuro G. M. de la Masonería española que tuvo un papel determinante en los debates... estas Cortes se gastaron en vanas palabrerías.

Pero las operaciones militares, enérgicamente dirigidas por Wellington, que disponía entonces de 40.000 ingleses, 20.000 portugueses y 50.000 españoles entrenados y bien encuadrados, salían mal para los franceses. A pesar del regreso de 25.000 veteranos, de la Guardia y polacos, estos últimos cuentan todavía 230.000 hombres en la península, pero entre sus cinco cuerpos, cuatro quedan inmovilizados por tareas de ocupación y mandados por jefes que, bajo la autoridad inexistente de José, se envidian y actúan cada uno en su propio beneficio, de manera que uno solo, el de Marmont, se carga con la lucha... y es el menos numeroso. En tales condiciones, Wellington, obligado a abandonar el asedio de Badajoz (13-14 de junio de 1811), no tuvo dificultad en apoderarse de Ciudad Rodrigo (18 de enero de 1812) y luego en ocupar Badajoz (cercado el 19 de marzo y saqueado el 7 de abril). Entre el 16 y el 28 de junio estuvo en Salamanca y, después de un violento y costoso encuentro en Arapiles (el 22 de julio de 1812), donde Marmont y Clauzel cometieron la imprudencia de entablar la lucha sin esperar los refuerzos de la caballería de Caffarelli y de 14.000 hombres del ejército del Centro, y cayeron heridos, marchó hacia Madrid donde penetró el 12 de agosto, pisando los talones de José, replegado con 12.000 personas hacia Valencia (cuando desde el 11 de mayo proyectaba reunir las Cortes en la capital). Pero los madrileños, hartos de la arrogancia de los ingleses, no lamentaron la retirada de Wellington, otra vez en Salamanca (el 21), después de un duro fracaso frente a Burgos (19 de septiembre-19 de octubre), regresando José a Madrid el 2 de noviembre.

El jefe inglés, en mala postura esta vez en los Arapiles con 70.000 hombres (entre los cuales sólo 4.000 jinetes) contra 80.000 franceses (entre los cuales 12.000 jinetes), donde perdió 5.000 hombres, será salvado una vez más por Soult —obligado a abandonar Andalucía el 25 de agosto, con sus furgones, sus traficantes y sus amantes—, que le dejó escapar hacia Ciudad Rodrigo y Portugal. Y será él quien ganará, en 1813, la última batalla, con 45.000 ingleses, 25.000 portugueses y 30.000 españoles, contra 86.000 franceses (sin incluir el cuerpo de Suchet en Cataluña). Estos últimos, debilitados por la salida de 30.000 hombres llamados volver por el emperador, y sin el apoyo del cuerpo de Clauzel (ocupado en la pacificación de Navarra), siempre amenazados en su flanco derecho, que desborda el general Graham, se retiran detrás del Ebro, abandonando Madrid el 27 de mayo, y casi sin combatir, Valladolid, la línea del Duero, la del Tormes, Burgos el 13 de junio, el desfiladero de Pancorbo, el 15, para dejarse acorralar en el circo de Vitoria (cuyas afueras ni siquiera han reconocido ni fortificado), con 57.000 hombres contra 80.000 (los días 19-21 de junio). Dejando en el terreno 8.000 hombres y entre las manos del enemigo (que tuvo 5.000 muertos y heridos) 18.000 prisioneros, su artillería y su precioso convoy, José huye hacia Pamplona. Ya está España perdida, pero hará falta esperar el fracaso de Leipzig para que Napoleón se dé cuenta de la necesidad de devolverle su rey (12-18 de noviembre), firmando el tratado de Valençay (8-11 de diciembre). España necesitará más de un siglo para reponerse de los cinco años de incubación masónica que acaba de padecer.

Levantamiento nacionalista en Alemania

En Alemania, desde Iéna, se preparaba la revancha. Informado de los manejos del barón von Stein, Napoleón había exigido su destitución del gabinete prusiano el 6 de agosto de 1808. Pero las sociedades secretas, inspiradas por los Iluminados, habían reanudado su actividad. La «Tugendbund» (Unión de la Virtud), reconstituida en Königsberg en 1808, había federado las sociedades estudiantiles, «Amicistas» de Iéna, «Constantistas», «Unicistas» de Halle, «Hermanos negros» o «Harmonistas» y otras sectas aparentadas a la Orden de los «Evergetas» de Silesia o a la «Santa Vehme», que las policías napoleónica y sajona consideradaban como emanaciones de la Orden de Weishaupt, y vigilaban muy de cerca. Antes de ser disuelta por Napoleón, el 31 de diciembre de 1809, la «Tugendbund», apoyada por la Madre Logia inglesa de Hanover y por el príncipe Guillermo de Hesse (que era gran dignatario), había contribuido mucho a la formación de cuerpos francos y a la reanudación de las hostilidades en 1809. Profesor en Iéna, Fichte es el pensador de esta generación alemana, nacionalista a la vez y muy avanzada en el terreno social. Discípulo de Kant y de Rousseau, considerado al principio como un jacobino (porque era hostil a todo privilegio de clase), refugiado un momento en Berlín bajo la protección de Dohm (el amigo de Mendellsohn), ha encontrado en Erhard, Maïmon y Feuerbach los elementos de su doctrina sobre el papel eminente del Estado sobre la economía. Como no reconoce otra propiedad legítima sino sobre el producto del trabajo personal, se le aparentó a Babeuf. Pero el programa que expone en su «Estado comercial cerrado», corresponde más bien a los proyectos del ministro Struensee: autarquía, economía dirigida, monopolio del comercio exterior, moneda fundada en el valor del trigo. Evolucionando bajo la influencia de los acontecimientos, sus «Discursos a la Nación alemana» (1807-1808) despiertan en la Europa central un eco comparable a los panfletos más violentos de Lutero.

Cuando el ejército imperial, por primera vez derrotado, refluye hacia Alemania, otra vez ha tocado la hora de Stein, que, por otra parte, nunca interrumpió sus actividades. Refugiado en Bohemia en 1809, reagrupó a los aristócratas austríacos más hostiles a Francia —sus aliados de mañana—, doce «hermanos» y catorce «hermanas» (entre las cuales la duquesa de Sagan, la princesa Bagration, la princesa de Hohenzollern, la duquesa de Acerenzo, la condesa Kolowrat, nacida Kinsky, etc.) en una logia mixta, llamada de las «damas romanas», ligada a la «Tugendbund» y presidida por el conde Kolowrat («Numénius» entre los Iluminados). Ahora, el joven príncipe Ernesto de Hesse-Philipstahl le conduce a Vilna cerca del zar, que debe convencer, como lo hacen por su parte Mme. de Staël y Bernadotte, de la conveniencia de proseguir la guerra más allá de sus propias fronteras, para liberar Alemania. Cuando Metternich desconfía de Stein, que considera como «el hombre de las sectas», Alejandro I, que ha recibido de su preceptor, el enciclopedista valdés La Harpe, una cierta inclinación hacia el misticismo y «las nubes», impondrá al varón prusiano en Leipzig, el 19 de octubre de 1813, como «presidente del Consejo de los países alemanes reconquistados», en compensación del nombramiento del mariscal Schwarzenberg como comandante supremo de las fuerzas aliadas.

Prusia vuelve a entrar en liza

Puesto que la coalición, claro, se reformó sola. El 30 de diciembre de 1812, el general prusiano York, en contacto con Clausewitz, ha firmado un convenio con los rusos; el 5 de febrero de 1813, el Landtag de Prusia lanzó un llamamiento para reclutar voluntarios. Entonces Prusia, que ha movilizado 134.000 hombres con 264 cañones, firmó una convención con Inglaterra —comprometiéndose Bernadotte por su parte, el 3 de marzo, a alinear a 30.000 suecos, mediante un subsidio de un millón de libras— y luego el 1 de marzo en Kalich un tratado de alianza con Rusia (que dispondrá de 190.000 hombres y de 500 cañones) antes de declarar la guerra a Francia, el 17 de marzo.

Pero el Aguila, aunque herido, era todavía temible. Retrocediendo del Niémen a la Vístula, después de Königsberg evacuó Berlín el 4 de marzo y reagrupó sobre el Elba 230.000 hombres (con sólo 15.000 jinetes) y 600 cañones. Para reconstituir este ejército, debió incorporar en octubre de 1812, 140.000 conscritos de 1813, llamar a 100.000 guardias nacionales (entre los veintidós y los veintisiete años), a 100.000 exentos de las clases 1809-1812, anticipar la incorporación de la clase de 1814 (150.000 reclutas): una severa punción. Los primeros encuentros no fueron muy favorables a los coaligados. Despedazado al salir del pueblo de Lützen (el 2 de mayo), Blücher consiguió salvar a su ejército, después de una dura lucha (que le costó 20.000 hombres y a los franceses 18.000). Escapó también, los días 20-21 de mayo, en Bautzen, sobre la alta Spree, pero desbordado por Ney, que pasó el río más abajo, dejó entre las manos de los franceses 15.000 prisioneros y su artillería, antes de retirarse hacia el Oder. Pero, desprovisto de caballería, Napoleón no pudo acorralar, como lo intentaba, al ejército prusiano al pie de los montes de Bohemia. No obstante, expulsados de Dresden el 8 de mayo y de Silesia, los aliados, para reagruparse, solicitaron en Pleiswitz un armisticio, válido del 4 de junio al 20 de julio, que el emperador aceptó, con la esperanza de reconstituir su caballería.

Fracaso de la mediación de Metternich

Si este armisticio fue militarmente un error, hubiera podido ser una última oportunidad de paz. Antes de todo, deseoso de mantener el equilibrio entre las potencias, Metternich trató de utilizar esta pausa para imponer su mediación propuesta ya a Maret en Vilna, el 28 de noviembre de 1812. Por todas partes sus agentes negociaban con Francia (Bubna en París, el 31 de diciembre de 1812; Narbonne en Viena, el 7 de abril de 1813; Schwarzenber en Saint-Cloud, el 9 de abril; Bubna en Dresden, el 16 de mayo)... con Rusia, que firmó en Zeycz el 30 de enero un armisticio con Austria (Lebzeltern en Kalisch, el 5 de marzo)... con Inglaterra (Weissenberg en Londres, el 31 de marzo), cuyo representante, lord Cathcart, firmó en Reichenbach el 15 de junio con los coaligados una convención para un subsidio de 1,5 millones de libras y la emisión de un empréstito de cinco millones de cuya mitad se cargaba Inglaterra. Y por fin Stadion participó en Opponstcha, el 18 de junio, en las conversaciones entre Hardenberg y Nesselrode para estudiar las condiciones de paz de los aliados. Sin embargo, la presión en favor de la intervención austríaca se hacía más fuerte en Viena. Con el

apoyo financiero de John Harcourt King, el archiduque Juan conspiraba contra Metternich. La duquesa de Sagan, después de recibir al zar en su casa de Nochod, arregló un encuentro con él el 16 de junio.

Durante una entrevista decisiva en Dresden, el 26 de junio, Metternich se empeñó durante ocho horas en hacer entrar en razón al emperador. Pero Napoleón, perdiendo el control de sí mismo, le reprochó el acuerdo de Reichenbach, le acusó de venderse a Inglaterra, se negó a discutir las propuestas que se le hacían (supresión del gran ducado de Varsovia, Dantzig a Prusia, evacuación de Holanda, devolución de las anexiones de 1811 [ciudades hanseáticas, etc.] y de las provincias de Iliria a Austria) y pretendió imponer el «statu quo» como base de negociación. Su orgullo de corso, su instinto de jugador, su fe inquebrantable en su estrella, le conducían a negarse ciegamente en ceder de buen grado lo que ha perdido ya moralmente, obligando así al adversario a arrebatarlo por la fuerza, destruyendo todo el edificio. ¿Cómo no ha pensado entonces —como debía escribirlo más tarde en Santa Elena— que puesto que no se podía mantener por la fuerza la Europa imperial, no quedaba «otro gran equilibrio posible que la confederación de los pueblos»? Una vez decaída su ira, consintió el 30 de junio en prorrogar el armisticio hasta el 20 de agosto y en convocar un congreso en Praga el 20 de julio. Después de tergiversar sobre las condiciones comunicadas a Caulaincourt el 7 de agosto (pidiendo que Dantzig fuera mantenida como ciudad libre, y que se le conservara el protectorado sobre el Confederación del Rhin, para contentarse finalmente, pero demasiado tarde, con Triesta, Hamburgo y Lübeck), hasta el cierre del congreso, ha dejado pasar la oportunidad de coger a los aliados por su palabra y de convencer de sus disposiciones pacíficas a la opinión pública, tanto en Francia como en el extranjero.

Las naciones contra Francia: Liepzig

Con la declaración de guerra de Austria a Francia, el 11 de agosto (antes de concluir el 9 de septiembre el pacto de Toeplitz con Rusia y Prusia) se reanudaron las hostilidades. El 16 de agosto, Blücher perdió 8.000 hombres y se retiró al este del Elba. Los días 26 y 27, frente a Dresden, 120.000 franceses repelieron el ataque de 180.000 aliados, maltrando a los austríacos en la meseta y arrojándolos a los barrancos (con 8.000 franceses, pero 27.000 coaligados fuera de combate, y más de 12.000 prisioneros): un franco éxito, pero sin consecuencias. Siguiendo los avisos de Bernadotte (que no ha obtenido el mando conjunto de los aliados), de Moreau (muerto por una granada en Dresden) y de Jomini, los aliados, que disponen ahora de una aplastante superioridad (250.000 austro-prusianos en Bohemia, bajo Schwarzenberg; 96.000 ruso-prusianos en el Centro, al mando de Blücher, y 150.000 prusianos, rusos y suecos, bajo Bernadotte, en el Norte), evitan la lucha contra Napoleón para encarnizarse contra sus lugartenientes, menos temibles. Así Vandamme, en el Sur (después de dejar escapar en Pirna a los prófugos de Dresden), acorralado entre dos cuerpos enemigos en Kulm, pierde 5.000 hombres y 48 cañones (el 30 de agosto) y se hace coger con 7.000. El día anterior, en el Centro, MacDonald ha sido roto por Blücher en la Kaltzbach, mientras en el Norte, Oudinot, progresando hacia Berlín con 64.000 hombres, ha sido rechazado

por los 90.000 hombres de Bernadotte y de Bülow, en Grosbeeren, el 28 de agosto, y Ney, que le sucede, no tiene más suerte en Deunevitz, el 6 de septiembre.

Entonces, 320.000 coaligados convergen hacia Leipzig, y mientras 180.000, procedentes del Sur (que los 40.000 hombres de MacDonald no han conseguido detener), se precipitan el 18 de octubre contra 83.000 franceses que les rechazan delante de la ciudad con grandes pérdidas, Blücher y Bernadotte, aprovechándose de que la resistencia de Marmont y de Ney (70.000 hombres) ha sido disminuida, a causa de la defección de la caballería de Würtenberg y la media vuelta de 10.000 sajones, desembocan del norte y se reúnen con Schwarzenberg, los franceses, que han contenido al enemigo todo el día (perdiendo 30.000 hombres contra 60.000), tienen que descolgarse durante la noche. Franquean el Elba, dejando a 15.000 de los suyos, cortados por el derrumbamiento de un puente. La campaña ha fracasado. Por doquier los contingentes alemanes se reúnen con los aliados; ejerciéndose la presión masónica sobre el general Thieleman en Torgau; en Grosbeeren, 10.000 sajones se pasan al enemigo, como sajones y bávaros en Deunevitz, como otros sajones en Leipzig. Retirándose, el ejército debe bombardear y romper a los bávaros de Wrede, que intentan cortarle el camino en Hanau, el 30 de octubre. Desde el 8 de octubre, su rey se ha adherido a la coalición. Una fina cortina de 60.000 hombres, conducidos a Maguncia el 4 de noviembre, cubre la línea del Rhin. Mantenido expuesto y aislado en Dresden, en la vana esperanza de una contraofensiva victoriosa, Gouvion Saint-Cyr tiene que capitular con 30.000 hombres, sin poder recoger las guarniciones que se mantienen dentro de siete plazas alemanas, de manera que se pierden 190.000 hombres para la defensa del Rhin. Su ausencia, como la de los 80.000 todavía en los Pirineos y de los 36.000 estacionados en Italia con el príncipe Eugène, sobre el Tagliamento, luego sobre el Adigio, se hará duramente sentir en la campaña de Francia.

Por suerte, Schwarzenberg, decepcionando a Blücher, detiene sus 140.000 hombres en el límite de las fronteras naturales, para permitir a Metternich reanudar la negociación en Francfort. Como el emperador parece más dispuesto a conceder lo que tiene ya irremediablemente perdido (Holanda, sublevada entre los días 15 y 25 de noviembre, ha recobrado su independencia el 11 de diciembre), los aliados, con la presencia de lord Aberdeen, confían a Saint-Aignan la misión de ofrecerle la paz sobre la base del tratado de Lunéville. Pero Castlereagh, que no quiere tolerar la presencia de los franceses en Amberes, desautoriza a su emisario, y como Napoleón espera hasta el último momento para contestar, su aceptación en principio de un congreso en Mannheim, dirigida el 1 de diciembre, no llega a manos de Metternich hasta el 5, cuando este último ha lanzado el 4, a espaldas de Napoleón, una llamada al pueblo francés, su declaración de Francfort, con fecha del 1.

Un callejón sin salida: la campaña de Francia

Para resistir el asalto de Europa, Francia, repelida hacia el interior de sus fronteras, moviliza sus últimos recursos. Con el desastre de Rusia, se han hundido las finanzas: la renta bajó de 74,73 en agosto de 1813, a 70-68 en sep-

tiembre, 52,75 el 30 de octubre, para caer a 45,25 el 29 de marzo de 1814. Desaparecieron los ingresos exteriores; la invasión paralizará la recaudación de los impuestos. Napoleón, que tiene costumbre de economizar la mitad de su dotación civil, posee un tesoro de guerra de unos 30 millones, del cual saca dinero en 1813. Del «dominio extraordinario» (2.000 millones en capital, 38 a 40 millones de renta), que alimenta las pensiones de los mariscales, de los grandes dependientes del régimen, se obtienen entre 12 y 15 millones. Decidida el 20 de marzo de 1813, la alienación de 370 millones de bienes comunales, que brindará unos 53 millones en cinco meses, será utilizada como garantía de la emisión de 131 millones de bonos por la Caja de Amortización. Como el presupuesto de 1814 preveía 1.176 millones de gastos contra 853 de ingresos, se pide el resto a unos céntimos adicionales, 30, y luego 50, el 9 de enero de 1814. Pero mucho más penoso aparece el esfuerzo militar exigido del país. El ejército, desprovisto de sus contingentes extranjeros, tiene que ser enteramente reconstituido, y si los héroes están cansados, la población está fastidiada por veintidós años de guerras continuas. Se intensifica la conscripción: se llaman de nuevo a 120.000 hombres de las clases de 1810 a 1812, a los exentos de las clases entre 1803 y 1813, y a los reclutas de la clase 1815. Pero cuando una llamada anterior (de las clases entre 1808 y 1814) había proporcionado 184.000 en vez de 160.000 hombres, ahora en vez de 160.000, sólo 63.000 contestan a su convocación; se produce un déficit total de 237.000 hombres, y se esconden unos 50.000 insumisos. Un síntoma muy grave de cansancio, en un pueblo que, entre 1800 y 1814, proporcionó 1.600.000 reclutas a los ejército del Consulado y del Imperio.

Sin embargo, el valor de los «María-Luisa» (así llaman a los reclutas) permitirá al emperador realizar la hazaña de la campaña de Francia. Con 130.000 hombres, contra los 155.000 de Bernadotte (rusos, prusianos, ingleses, suecos), que ocupan Holanda y Bélgica, los 47.000 ruso-prusianos de Blücher, alineados desde Coblentz hacia Mannheim, y los 200.000 austríacos de Schwarzenberg, dispuestos más al sur, que franqueando el Rhin en Basilea (el 21 de diciembre de 1813 —violando la neutralidad suiza—) desbordan la defensa del río, mientras Victor se repliega a toda velocidad, sin defender la línea de los Vosgos, ni la de la Mosa. Después de dos duras «correcciones» infligidas a los prusianos en Brienne (30 de enero) y a los austríacos en La Rothière (1 de febrero), Napoleón, maniobrando desde Châlons en sus líneas interiores, corta en trozos en el norte las columnas de Blücher, bajando la Marna con 60.000 hombres, rompiendo su centro en Champaubert (el 10 de febrero) para aplastar su vanguardia en Montmirail el día siguiente, y su retaguardia el 14 en Vauchamps. Blücher, que ha perdido la mitad de sus efectivos, reagrupa a 48.000 hombres sobre el Aisne, y salvado por la capitulación de Soissons, el 4 de marzo, resiste en el Camino de las Damas, el 7, en la meseta de Craonne y en Laon, los días 9 y 10 de marzo, a los violentos asaltos del emperador. Pierde 15.000 hombres, y los franceses 12.000; pero será pronto reforzado y dispondrá de 90.000, mientras sus adversarios serán reducidos a 40.000.

Después de un fuerte empuje contra Reims, el 13 de marzo, donde 8.000 franceses obligan a los rusos a abandonar la ciudad después de perder 3.000 hombres más 3.000 prisioneros, Napoleón se vuelve al Sur, contra los austríacos. Estos últimos, después de los fracasos de los rusos en Mormant (el 17 de febrero) y de los de Würtenberg en Montereau (el 18), progresan lentamente,

repeliendo a MacDonald y Oudinot en Bar-sur-Aube el 27 de febrero y avanzando hacia Provins, en vez de retirarse hacia Langres (porque Blücher y Alejandro I les obligan a proseguir su marcha hacia París). El emperador quisiera desbordarlos ampliamente cerca de Vitry, pero, creyendo sorprender a uno de sus cuerpos en Arcis-sur-Aube el 20 de marzo, tropieza contra un grueso de 90.000 hombres reagrupados por Schwarzenberg, prudente. Se libra difícilmente el 21 e intenta continuar su maniobra en dirección a Langres para renunciar y retroceder el 22. Pero esta vez los aliados, siguiendo los consejos del realista Vitrolles y dando media vuelta el 24, se abalanzan sobre París, derriban a Marmont y Mortier en La Fère-Champenoise el 25 (a pesar de la resistencia heroica de los guardias nacionales en los pantanos de Saint-Gond) y pisando sus talones llegan con 150.000 hombres delante de la capital. Con 40.000 hombres (entre los cuales sólo 25.000 entrenados) Marmont hace frente a los rusos, el 30, en la meseta de Romainville y los altos de Belleville, y Mortier a los prusianos, en Montmartre y La Villette. Y obedeciendo las instrucciones de José de no defender el recinto para no dañar a la capital, Marmont capitula en la noche del 30 al 31 y se retira con sus tropas.

En los otros frentes también se quebrantó la resistencia. Soult, replegado sobre el Adour, rechazado por Wellington en Orthez, el 27 de febrero, se retiró hacia Tolosa, dejando Aquitania al descubierto. Augereau, con 12.000 hombres no se movió de Lyon, hasta que los austríacos de Bubna, después de vencerle en Poligny el 4 de marzo, le desalojaron de la ciudad el 21. Eugène de Beauharnais no se reunió con él, porque el emperador le autorizó el 18 de febrero a quedarse con 60.000 hombres en Italia, donde Murat, después de nutrir el sueño de formar un estado independiente en la península (25 de diciembre), concluyó finalmente un acuerdo con el conde de Neipperg el 31 de diciembre, y con Graham, emisario de lord Bentinck, el 4 de enero de 1814, antes de adherirse a la coalición (el 11 de enero con Austria y el 3 de febrero con Inglaterra). Siguiendo el ejemplo de Bernadotte, se pasó al enemigo. En Fontainebleau, les toca el turno a los mariscales de abandonar al emperador. Cediendo a las instancias de Ney, Lefebvre, Oudinot y Moncey, Napoleón abdica el 4 de abril en favor del rey de Roma. El 7, como Marmont ha desertado con su cuerpo y el zar se ha negado a instituir una Regencia, firma una abdicación sin condición. El tratado del 11 de abril le concede, con una pensión de dos millones al año, la soberanía de la isla de Elba, y un principado, Parma, a María-Luisa. En consecuencia, el emperador intenta envenenarse.

Desde ahora en adelante, los diplomáticos aliados tienen la palabra, y todavía más, los intrigantes. Los primeros, en Francfort, habían ofrecido a Francia, sino sus fronteras naturales, al menos «una extensión territorial que nunca conoció bajo sus reyes». Fórmula voluntariamente vaga y ambigua, calculada para atraer al interlocutor, pero también para ocultar sus profundas divergencias. Después de confirmar su coalición por el protocolo de Langres (el 26 de enero), intentaron ponerse de acuerdo en Châtillon-sur-Seine, entre el 5 de febrero y el 19 de marzo. Metternich, representado por Stadion, quería temporizar, frenando la ofensiva aliada, ofreciendo a través de Schwarzenberg un armisticio el 18 de febrero, pero él sólo consideraba la posibilidad de negociar con Napoleón, cuyo régimen de orden y de paz respetaba y admiraba («He querido disminuirle, pero conservarle», escribirá

a la condesa Bagration), o de mantener la Regencia de María-Luisa. Pero los prusianos, Hardenberg y su plenipotenciario Humboldt, sólo querían vengarse, y los ingleses, Aberdeen, asistido por lord Cathcart, y pronto por lord Castlereagh en persona, manifestaban su intransigencia, hasta el punto de amenazar quitar su garantía a los empréstitos austríacos, para imponer la solución exigida por lord Liverpool: el regreso de los Borbones. Por fin, el 14, Metternich arrastró al zar, deseoso antes de todo de lavar la afrenta sufrida por el Kremlin por una entrada triunfal en París, condiciones firmes: vuelta a las fronteras de 1791 y libertad para Francia de escoger su propio gobierno. Propuestas rechazadas por Napoleón, que escribió a su suegro, pidiendo que se vuelva a las ofertas «verbales» hechas a Saint-Aignan en Francfort. Pero Francisco II y Metternich, en la imposibilidad de hacer prevalecer su opinión, se quedaron en Dijon, del 19 de marzo al 10 de abril, apartándose voluntariamente de las intrigas de París, dirigidas por Talleyrand.

Talleyrand gana al zar para la Restauración

El príncipe de Benevento, asistido por su equipo favorito, el barón Louis, el abad de Pradt, arzobispo de Malinas (desgraciadamente enviado por Napoleón a Varsovia, durante la campaña de Rusia), el duque Dalberg, sobrino del príncipe-primado («peligroso agente internacional», como le define Louis Madelin), Jaucourt (ex-chambelán del rey José en España), al principio vaciló entre tres soluciones: Regencia de María-Luisa, llamada al duque de Orléans (futuro Luis-Felipe, que había ofrecido sus servicios a las Cortes de Cádiz), o regreso del conde de Provenza, Luis XVIII. Personalmente, por rencor y por miedo, descartaba la primera. Prefería la segunda: ¿no abogó siempre en favor de la institución en Francia de un régimen de estilo orangista, del tipo inglés de 1688? Sin embargo, se adhirió finalmente a la tercera, después de obtener previamente sólidas garantías para la preservación de la ideología masónica y liberal que representaba, en provecho de sus amigos, los «nantis», y de los banqueros internacionales, de los cuales es el agente. Lo que explica el papel decisivo del Senado en la transmisión de los poderes a la monarquía restaurada.

También tomó sus propias precauciones. Desde el fracaso de la conjuración de Malet, que le hubiera promovido con Fouché al rango de cónsul, se preparaba a ejercer sus ex-funciones de (vice) Gran-Elector, escogiendo un soberano para Francia, y para preparar el camino, se recordó de que su viejo tío, arzobispo de Reims, vivía exiliado en Hartwell cerca del «conde de Lila». En casa de Mme. de Vaudémont se reunió con Aimée de Coigny (la «joven cautiva» de Chénier) que fue casada con Montrond, y con Vitrolles, agente de los príncipes, y recibió en su casa a su colega el abad de Montesquiou, ex-agente general del Clero, y Caulaincourt (con el cual comunicaba con su «cifra»), que intentaba atraer a sus designios, en vísperas del congreso de Châtillon. Tranquilizado sobre las intenciones del Pretendiente (cuya proclama del 2 de enero de 1814 le había sido previamente comunicada) y sobre su propio futuro por una carta redactada por Bruno de Boisgelin, en la cual su concurso parecía indispensable, informado, por otra parte, sobre las disposiciones de los aliados (bastante decepcionantes), por las gestiones de Vitrolles (con una carta de Dalberg) en Châtillon (10 de marzo) y Troyes (16 de

marzo) cerca de Nesselrode, Alejandro I, Stadion, Metternich, Castlereagh y Hardenberg, y luego cerca del conde de Artois en Nancy (23 de marzo), se adhirió finalmente a la fórmula de una «Carta real», completada con unas palabras agradables para el oído de los ex-revolucionarios.

Iniciando la ejecución de su plan, mientras José (según las instrucciones del emperador y del Consejo de Regencia) enviaba el 28 de marzo a María-Luisa y su hijo a Rambouillet, y luego a Blois, antes de abandonar París con los ministros el día siguiente, Talleyrand arregló con Mme. de Rémusat y el prefecto de Policía Pasquier una estratagema que le permitiría, al ser detenido en las puertas de la capital por los guardias nacionales de Mr. de Rémusat, quedarse en París. Así, tuvo las manos libres para conversar con el delegado del zar, coronel Orlov, en casa de Marmont (durante la noche del 30 al 31 de marzo), y para convocar en su propia casa el día siguiente, calle Saint-Florentin, una decisiva conferencia que preparó, con la presencia de Alejandro I y de Nesselrode, una declaración de los aliados que el rey de Prusia Federico-Guillermo III y el embajador de Austria Schwarzenberg, ratificaron luego. Descartando toda negociación con Bonaparte y su familia, esta declaración prometía una paz generosa, dejaba a Francia la libertad de escoger sus propias instituciones, pero confiaba el poder a un gobierno provisional nombrado por el Senado. Dóciles, 63 senadores, de un total de 141, reunidos el 1 de abril, designaron a Talleyrand y sus acólitos: Dalberg, Jaucourt, Beurnonville, con el abad de Montesquiou, representante de los príncipes, y, a propuesta de Lambrecht, pronunciaron el día siguiente la destitución del emperador, mientras el Consejo general del departamento de Sena y el Consejo municipal de París (con 14 presentes de un total de 64) pedían la restauración de Luis XVIII. El zar renunció a la candidatura de su protegido Bernadotte y se negó a recibir a Caulaincourt y a los mariscales Ney, MacDonald y Marmont, intentando una última gestión en favor de la Regencia, durante la noche del 4 al 5 de abril.

Entonces el príncipe de Benevento podía regocijarse: ex-gran chambelán, se le encargaba con el privilegio de abrir las puertas a la monarquía restablecida. Tanto más, que según su buena costumbre, su bolsa se encontraba bien con esta solución. De los 46 millones de gastos de la restauración, puso en su bolsillo 12 «para disponer bien los espíritus» y tres «para mejorar la renta». Y descontó las dos terceras partes de los 16 millones realizados especulando sobre los fondos puestos a disposición del gobierno provisional. Maubreuil, detenido después de robar 100.000 francos oro y cuatro a cinco millones de diamantes a la princesa de Würtenberg, esposa del ex-rey Jerónimo, pretendía que la había incitado a matar a Napoleón. Del saqueo del equipaje de María-Luisa por seudo-cosacos, recibió 2,8 millones y del producto de malversaciones con Doumère y Bernard cerca de cuatro millones, o sea en total 28 millones. Se explica entonces que Mme. de Staël le saludó, azotándole con estas duras palabras: «¡No, señor... no puede jactarse de sus opiniones... si no tuvo nunca más que intereses!»

Los realistas conquistan el poder

Si «tolera la restauración como una necesidad», como lo nota Vitrolles, es que también los ingleses la apoyan y que los realistas están a punto de

imponerla por sí solos. Exiliado en Hartwell, bajo el nombre de conde de Lila, y viviendo con una pobre pensión de 600.000 francos (6.000 libras de Inglaterra y 150.000 rublos del zar), el conde de Provenza, después de la ejecución de unos veinte agentes suyos en 1809-1810, prácticamente había perdido el contacto con Francia. Lo reanudó sólo después de la conjuración del general Malet, gracias al joven Alexis de Noailles, en la primavera de 1812. Este último mantenía lazos con Mathieu de Montmorency y los hijos de Bertier de Sauvigny, que, después de un intento de penetración dentro de la Masonería y aprovechándose de la emoción de los católicos provocada por la excomunión del régimen, decidieron reclutar, especialmente entre los miembros de la Congregación de Nuestra Señora (creada por el P. Delpuit en 1801, siendo, Mathieu de Montmorency su prefecto desde 1809), una Sociedad secreta con tres grados: asociados de Caridad, Caballeros hospitaleros y Caballeros de la Fe, dirigidos por un capítulo de nueve miembros, cuyo Gran Maestre era precisamente Montmorency.

Dándose cuenta de que los aliados no les remitirían automáticamente la administración de las regiones ocupadas por sus tropas, si no se apoderaban ellos mismos de la autoridad, los monárquicos, encuadrados por las «Banderas de Francia» trataban de reconquistar el país. Desde el 16 de diciembre de 1813, Fruchard sublevó a unos refractarios en Flandes. Los Bertier «trabajaban» el Mediodía. Desde Jersey, el duque de Berry preparaba para el 11 de abril una insurrección en el Oeste. Pero estalló el movimiento en Burdeos, que sufrió mucho del bloqueo, bajando su población de 100.000 a 70.000 almas. Tres grupos realistas: los antiguos elementos del «Instituto filantrópico», una bandera local y ocho compañías de «Guardia real» apoyaron la acción del alcalde, conde Lynch. Después de ocupar la ciudad Beresford con 10.000 ingleses, el duque de Angulema, que, desde San Juan de Luz acompañaba a Wellington, proclamó al rey el 12 de marzo y publicó el 15 un manifiesto garantizando las libertades esenciales y hasta la propiedad de los bienes «nacionales». Se nombró prefecto al abogado Joaquín de Sèze, que había pedido en una dura diatriba al Cuerpo legislativo, el 29 de diciembre de 1813, el abandono de las conquistas y el restablecimiento de las libertades.

En el Senado, Merlin de Thionville puso un cuerpo franco a disposición del conde de Provenza. El general Dessoles estaba dispuesto para tomar el mando de la Guardia nacional en París. Desde Vesoul y Nancy, el conde de Artois, después de rechazar un primer proyecto de constitución, al estilo de 1791, propuesto por el Senado el 6 de abril, obtuvo de esta asamblea el 12 confirmación de su título de teniente general del reino. Al regresar a París, pronunció palabras de apaciguamiento: «Nada más divisiones: la paz y Francia. ¡Por fin la encuentro otra vez!» Y «¡nada ha cambiado, a no ser que se encuentra aquí un francés más!» La declaración real de Saint-Cloud, inspirada en los principios de la constitución inglesa, mantenía este mismo tono.

El 3 de mayo, Luis XVIII hizo su entrada en París. La monarquía restaurada, que recibe del Imperio una estructura administrativa completamente renovada, brinda a Francia la paz, y en una gran proporción el beneficio de las libertades, que la Revolución había prometido, sin tolerar nunca que se ejercieran, a una población que había oprimido sin piedad.

BIBLIOGRAFIA

PRIMERA PARTE

Aguado Bleye: «Manual de Historia de España». Barcelona, Espasa Calpe, 1954.
Amador de los Ríos: «Historia de los Hebreos españoles».
Ambroise (G.): «Les Moines au Moyen Age».
Andreades (A.): «Les Juifs dans l'Empire byzantin».
— «Essai sur la fondation et l'histoire de la Banque d'Angleterre». Paris, 1901.
Angebert: «Histoire et tradition cathares». Paris, Laffont, 1971.
Anthony (K.): «La reine Elisabeth». Paris, Payot, 1952.
Arcy (Ph.): «Hoënê Wroncki, philosophe de la Création». Seghers, 1971.
Arnold (Paul): «Histoire des Rose-Croix». Mercure de France, 1953.
— «La Rose-Croix et la F. M.». Maison et Larose, 1970.
Avenel (Georges d'): «Histoire économique (1200-1800). 4 vol. Imp. nat., 1894-98.
Avermaete (Roger): «Guillaume le Taciturne». Paris, Payot, 1939.
Azevedo (J. Luc.): «O marques de Pombal». Lisboa, 1922.
— «Historia de Portugal». 5 vol., 1939-44.
Babinger (F.): «Mahomet II». Paris, Payot, 1954.
Bacon (Francis): «Nova Atlantis».
Bailly (Auguste): «Byzance». Paris, Fayard, 1939.
— «Richelieu». Paris, Fayard, 1934.
— «Mazarin». Paris, Fayard, 1935.
— «La Florence des Médicis». Paris, Hachette, 1942.
— «La Sérenissime République de Venise». Paris, Fayard, 1946.
— «Le Règne de Louis XIV». Paris, Flammarion, 1946.
— «François Ier». Paris, Fayard, 1954.
Baron (S. W.): «Histoire d'Israël». 5 vol. Paris, P. U. F., 1961-64.
Barroux (Robert): «Dagobert, roi des Francs». Paris, Payot, 1938.
Bastide: «John Locke, ses théories politiques». Paris, 1907.
Bense: «Anglo-Dutch Relations».
Bertrand (Louis): «Louis XIV». Paris, Fayard, 1923.
Bieler (André): «La pensée économique et sociale de Calvin». Genève, Georg, 1959.
Blaze de Bury (Yetta): «Un divorce royal: Anne Boleyn». Paris, Perrin, 1890.
Boisset (J.): «Calvin». Paris, Seghers, 1964.
Boissonade (P.): «Le travail dans l'Europe chrét. au M. A.». Paris, Alcan, 1930.
Bonald (Vic. de): «Samuel Bernard, banquier du Trésor royal».
Booth (Edwin): «Luther». Paris, Payot, 1934.
Bordonove (G.): «Les Templiers». Paris, Fayard, 1963.
Bouthoul (Betty): «Le Vieux de la Montagne (G. M. des Assassins)». A. Colin, 1936.
Bouvier-Ajam (Maurice): «Histoire du Travail en France, des origines à la Révolution». Paris, Libairie gle. de Droit.
Brandl (Karl): «Charles-Quint et son temps». Paris, Payot, 1938.
Brehier: «Histoire de la Philosophie», t. III. Paris, Alcan, 1932.
Brion (Marcel): «Frédéric II de Hohenstaufen». Paris, Tallandier, 1978.
Broglie (Isabelle de): «Beaufort, roi des Halles». Paris, Fasquelle, 1958.

Browne (Lewis): «La Vie des Juifs». Paris, N. R. F., 1937.
Burckhardt (Jacob): «La Civilisation de la Renaissance en Italie». Plon, 1958.
Burgon: «Life and times of Thomas Gresham».

Canu (Jean): «Louis XIII et Richelieu». Paris, Fayard, 1945.
Carlavilla (Mauricio): «Los Sabios de Sión, Protocolos», pról. Mgr. Jouin «Nos», 1963.
Carlyle (Th.): «Olivier Cromwell: Correspondance, Discours». 3. vol. Paris, Mercure de France, 1910-14.
Cartier (J. P.): «La Croisade contre les Albigeois». Paris, Grasset, 1968.
Charpentier (John): «L'Ordre des Templiers». Vieux Colombier, 1944.
Chastenet (Jacques): «Elisabeth Ière». Paris, Fayard, 1953.
Cheneviere (Marc): «La Pensée politique de Calvin». Genève, 1937.
Chesterton: «Petite Histoire d'Angleterre».
Chevalier (Jacques): «Les Deux Réformes», dans «Etudes sur la réforme».
Chochod (Louis): «Histoire de la magie». Paris, Payot, 1949.
Cohen (G.): «Les écrivains français en Hollande». Paris, 1920.
Coissac: «Histoire des Stuarts». Paris, 1930.
Collison-Morley (L.): «Histoire des Borgia». Paris, Payot, 1951.
— «Histoire des Sforza». Paris, Payot, 1951.
Cordier: «Pic de la Mirandole».
Cousin (Victor): «Philosophie de Locke».
Cresson (A.): «Francis Bacon, sa vie, son oeuvre». Paris, 1948.

Daniel-Rops: «Histoire de l'Eglise», vol. Paris, Fayard, 1945-60.
Darmestetter: «Les Prophètes d'Israël». Paris, Cal. Lévy, 1892.
Dauphin-Meunier (A.): »La Banque à travers les Ages». 2 vol. Paris, «Banque», 1937.
Dedieu (abbé Joseph): «Le rôle politique des protestants fr. (1685-1715)». 1920.
Defrance: «Catherine de Médicis, ses astrologues...».
Delamare (G.): «Le maréchal d'Ancre». Paris, Fayard, 1946.
Delvolve (J.): «Essai sur Pierre Bayle». Paris, 1906.
Deschamps (chanoine N.) et Claudio Jannet: «Les Sociétés secrètes et la Société». 3 volumes. Paris, 1883.
«Dictionnaire des Papes», de Kuhner, Hans. Paris, Buchet-Chastel, 1958.

Ehrem (Rechid): «Kaireddine Barberousse».
Encausse (dr. Gérard o Papus): «La Cabbale». Paris, Chacornac, 1903.
«Enciclopedia Judaica». México, 1948.
Erlanger (Ph.): «Marguerite d'Anjou».
— «Louis XIII». Paris, Gallimard, 1946.
— «Le Régent». Paris, Gallimard, 1949.
— «G. Villiers, duc de Buckingham». Paris, Gallimard, 1951.
— «Diane de Poitiers». Lib. gle. fr., 1958.

Fairfax (Downey): «Soliman le Magnifique». Paris, Payot.
Febvre (Lucien): «La religion de Rabelais». Paris, A. Michel, 1947.
— «Un destin: Martin Luther». Paris, 1952.
Fliche (Augustin): «Histoire de l'Eglise», en 8 vol. (sur Réforme grégorienne, t. I, et sur Hildebrand, dans «Moyen Age», 2ème série, t. XXI, 1919). Paris, Bloud et Gay.
Fornairon: «Le mystère cathare». Paris, Flammarion, 1964.
Francis (John): «Histoire de la Bourse d'Angleterre». Paris, 1854.
Funck-Brentano (Frank): «La Renaissance». Paris, Fayard, 1949-50.

Gagnebin (B.): «Olivier Cromwell». Genève, Labor, 1941.
Gaillard: «Histoire de François Ier». 6 vol. Genève, 1766-69.
Galahad (Sir): «Byzance». Genève, Payot, 1949.
Gautier-Vignal (L.): «Erasme». Genève, Payot, 1936.
— «Pic de la Mirandole». Genève, Grasset, 1938.
Gautier-Walter (André): «La Chevalerie et les aspects secrets de l'Histoire». La Table ronde, 1966.
Gilles (René): «Les Templiers sont-ils coupables?».
Gonnard (René): «Histoire des Doctrines monétaires». Paris, 1935.
Goyau (Georges): «Une Ville-Eglise: Genève». 2 vol. Paris, 1919.

Graetz (dr. Hirsch): «Histoire des Juifs», trad. Wogue et Bloch, tomes IV, V et VI. Paris, A. Lévy, 1882-97.
Grani: «La Gnose». Paris, Le Seuil, 1964.
Grousset (René): «Histoire des Croisades». 3 vol. Paris, Plon, 1934-36.
Guenon (René): «Etudes sur la F. M. et le compagnonnage». Edit. trad., 1964.
Guiraud (J.): «Histoire de l'Inquisition au M. A.». Paris, Picard, 1935.

Hackett (Francis): «François Ier». Paris, Payot, 1937.
— «Henry VIII». Le Club du Meilleur Livre, 1960.
Hammer (Joseph): «Histoire de l'Ordre des Assassins». Club fr. du Livre, 1961.
Hanotaux (Gabriel): «Le cardinal de Richelieu». 3 vol. Paris, Firmin-Didot, 1893-1903.
Heindel (Aug. et Max): «Histoire des Rose-Croix et des origines de la F. M.». Diffusion J. E. P., 1966.
Hauser (Henri): «Les débuts du capitalisme». Paris, 1931.
Henderson (Daniel): «La reine Marie Tudor». Paris, Payot, 1934.
Henriques: «The Return of the Jews to England».
Henry-Bordeaux (Paule): «Louise de Savoie». Paris, Plon, 1954.
Heritier (Jean): «Catherine de Médicis». Paris. Fayard, 1940.
Hyamson: «The Jews in England». London, Methuen, 1928.

Imbart de la Tour: «Les origines de la Réforme». 4. vol. Paris, 1905-35.
— «Luther et l'Allemagne», dans «Etudes sur la réforme».

Janon (L.): «Histoire des Tribunaux de l'Inquisition».
The «Jewish Encyclopedia». 12 vol. N. York-London, 1901-06.
Jullian (Camille): «Histoire de Bordeaux». Bordeaux, 1895.

Kayserling (M.): «Christopher Colombus». N. York, Longmann, 1894.

Lapie (P.): «Olivier Cromwell». Paris, Flammarion, 1949.
La Jonquiere (A. de): «Histoire de l'Empire ottoman». 2 vol. Paris, Hachette, 1914.
Lavisse (Ernest): «H. de France depuis les origines jusqu'à la Révolution».
Lavisse et Rambaud: «Histoire générale». Paris, Hachette, 1909.
Leisegang (P.): «La Gnose». Paris, Payot, 1951.
Leonard (Em. G.): «Histoire du Protestantisme». Paris, P. U. F., 1960.
Lesourd: «Guillermo III d'Orange».
Levis-Mirepoix: «François Ier». Paris. Amiot-Dumont, 1953.
Lods: Israel.
Lorris (Pierre): «La Fronde». Paris, A. Michel, 1961.
Loth (D.): «Philippe II». Paris, Payot, 1933.
Lucas-Dubreton (J.): «Les Borgia». Paris, Fayard, 1952.
— «La Renaissance italienne». Paris, Amiot-Dumont, 1953.
Luthy (Herbert): «La Banque protestante en France». 2 vol. SEVPEN, 1959.

Madaule (Jacques): «Le drame albigeois». Paris, Grasset, 1968.
Malo (Henri): «Le grand Condé». Paris, A. Michel, 1937.
Malvezin (Th.): «Histoire des Juifs à Bordeaux».
Marion: «François Ier et Soliman». 1853.
Marques-Riviere (G.): «Histoire des Doctrines ésotériques. Paris, Payot, 1940.
— «Les Rituels secrets de la F. M.». Paris, 1941.
Martin (G.): «Histoire du Crédit en France sous le règne de Louis XIV». 1913.
— «La grande industrie sous Louis XIV». 1899.
Martin (Ollivier): «Les Cours de Droit», 1928-29 et...
Martin-Saint Leon: «Histoire du Compagnonnage». Paris, A. Colin, 1901.
— «Histoire des Corporations de Métiers». Alcan, 1922, P. U. F., 1961.
Maulde La Claviere (René de): «Les Origines de la Révol. fr. au XVIe s.». Leroux, 1889.
Menasseh ben Israel's: «Mission to Oliver Cromwell», by Lucien Wolf. London, 1901.
Mesnard: «L'essor de la Philosophie politique au XVIème siècle».
Michelet (V. E.): «Le Secret de la Chevalerie». Brosse, 1928.
Mongredien (Georges): «Le grand Condé». Paris, Hachette, 1959.
— «Colbert». Paris, Hachette, 1963.
— «Louis XIV». Paris, A. Michel, 1963.

Naudon (Paul): «Les Origines relig. et corp. de la F. M.». Paris, Dervy, 1953.
— «Les Loges de Saint-Jean». Paris, Dervy, 1958.

Olague (Ignacio): «Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne». Paris, Flammarion, 1969.
Ostrogorsky (Georges): «Histoire de l'Etat byzantin». Paris, Payot, 1956.

Pagel Walter): «Paracelse». Arthaud, 1963.
Palmer: «Les "anabaptistes"», dans «Etudes sur la réforme».
Pastor (Ludwig): «Histoire des Papes». Plon d'Argences, 1962.
Pfandl (Ludwig): «Philippe II». Paris, Hachette, 1942.
Pinay: «Complot contra la Iglesia». México, 1968.
Pirenne (Henri): «Histoire de Belgique». 7 vol. Bruxelles, 1920-32.
Pirenne (Jacques): «Les grands courants de l'Histoire universelle». 7 vol. Neuchâtel, 1944-56.
Plattard (Jean): «François Rabelais». Paris, Boivin, 1932.
Poliakov (Leon): «Les banquiers juifs et la Saint-Siège, du XIIIe au XVIIe s.». C. Lévy.
Pollitzer (Marcel): «Les Amazones de la Fronde».
Probst-Biraben (J. M.): «Les mystères des Templiers» (idoles, alphabet secret, dans «Mercure de France», 15-II-39). Nice, 1947.

Quillet (Jean): «Les clefs du pouvoir au M. Age». Paris. Flammarion, 1972.

Reuben Reicher: «L'Ordre des Assassins». SGRADI, 1967.
Richings (M. G.): «Le Service Secret de la Couronne». Paris, Payot, 1935.
Rilliet (Jean): «Calvin». Paris, Fayard, 1963.
Romier (Lucien): «Les orig. polit. des guerres de Religion». 2. vol. Perrin, 1913-14.
— «Le royaume de Catherine de Médicis». Perrin, 1922.
Roth (Cecil): «A short history of the Jewish people». London, 1935.
Rougier (Louis): «La Réforme et le Capitalisme moderne». (Rev. de Paris, sept. 1928).

Saint-Aulaire (Aug. de): «Richelieu». Paris, Dunod, 1932.
— «Louis XIV». Paris, Fayard.
Saint-Yvres d'Alveydre: «Mission des Juifs». Paris, Calm.-Lévy, 1884.
— «Mission des Français». Paris, 1887.
— «La France vraie».
Sayous (Edouard): «Les deux révolutions d'Angleterre». Paris, May, 1891.
Sedir (Paul o Leloup (Yvon): «Histoire et Doctrine des Rose-Croix». Bihorel (Rouen), 1932.
Schick (Léon): ««Jacob Fugger...». Paris, 1957.
Schnurer (Gustave): «L'Eglise et la Civilisation au M. Age». 3 vol. Paris, Payot, 1933-38.
See (Henri): «Histoire économique de la France». 1948.
— «Le XVIème siècle». Paris, 1950.
— «Les idées politiques au XVIIème siècle».
Serbanesco (Gérard): «Histoire de l'Ordre du Temple». Byblos.
— «Histoire des Templiers et des Croisades». Byblos», 1971.
Sieveking (Heinrich): «Die Hamburger Bank». La Haya, 1934.
Sirtena de Gravestins: «Guillaume III et Louis XIV». 8 vol. Paris, 1868.
Sombart (Werner): «Les juifs et la Vie économique». (Leipzig, 1918). Paris, 1923.
Stairling Taylor: «Cromwell». Paris, Payot, 1934.
Strohl (Henri): «L'évolution religieuse de Luther».
— «Luther, sa vie et sa pensée». Strasbourg, Oberlin, 1954.
Swarte (Victor de): «Samuel Bernard». 1893.

Tawney (R. H.): «La religion et l'esssor du capitalisme». Paris, 1951.
Terrasse (Ch.): «François Ier». 3 vol. Paris, Grasset, 1971.
Themanlys (Pascal): «Grands d'Israël», cap. XXVI: «Manasseh ben Israël».
Trevelyan (G. M.): «Histoire sociale de l'Angleterre». Paris, Payot, 1956.
Truc (Gonzague): «Florence et les Médicis». Paris, Grasset, 1936.

Vaissiere (Pierre): «Henri IV». Paris, Fayard, 1928.
Valdeón (Julio): «Los judíos de Castilla y la Revolución Trastamara». Valladolid, 1968.
— «El reino de Castilla en la Edad Media». Madrid, 1968.
Van Dillen (J. F.): «The Bank of Amsterdam».
Van Gelder: «Histoire des Pays-Bas».
Vassiliev (A.): «Histoire de l'Empire byzantin». 2 vol. Paris, Picard, 1932.

Vigne (Marcellin): «La Banque à Lyon, du XVIe au XVIIe siècles». Lyon, 1903.
Vieux (Marcelle): «Anne de Boleyn». Paris, Fayard, 1966.
Vicéns Vives: «Historia económica y social de España». 1972.

Wade: «John Pym».
Walsh: «Isabelle la Catholique». Paris, Payot.
Walter (Gérard): «La révolution anglaise (1640-61)». Paris, A. Michel, 1963.
Watson: «Le protestantisme en Angleterre», dans «Etudes sur la réforme».
Weber (Max): «Sur les Origines puritaines du capitalisme». Tubingen, 1904-05.
Welter (Gérard): «La ruine de Byzance». Paris, M. Michel, 1958.
Whiteside: «Paracelse». Paris, Table ronde, 1966.

Young: «Constantinople, des origines à nos jours». Paris, Payot.

Zakarias (Hanna): «De Moïse à Mohamed, l'Islam, entreprise juive». 2 vol. Cahors, 1957.
— «Voici le vrai Mohamed et le faux Coran». Nlles. ed. lat., 1961.

SEGUNDA PARTE

Anchel (R.): «Napoléon et les Juifs». Paris, 1928.
Aubry (Octave): «La Révolution française». Flammarion», 1933.
— «La Révolution et l'Empire». Flammarion, 1934.
— «Napoléon». Flammarion, 1961.

Bainville (Jacques): «Louis XVI». Plon, 1939.
— Bonaparte en Egypte». Flammarion, 1933.
— Le Dix-Huit Brumaire». Hachette, 1925
— «Napoléon». 2 vol. Plon, 1933.
— «L'Allemagne». 2 vol. Plon, 1939.
Baron (H. S.): «Haym Salomon». New-York, Bloch, 1929.
Barruel (abbé): «Mémoires pour servir à l'Histoire du Jacobisme». 5 vol. Hambourg, Fauche, 1798-99 et 1803.
Barthou (Louis): «Danton». A. Michel, 1932.
— «Mirabeau». Hachette.
Bastid (Paul): «Sieyes et sa pensée». Hachette, 1939.
Bellesort (André): «Voltaire». Paris. Perrin, 1926.
Berteloot (J.) (S. J.): «Les Franc-Maçons devant l'Histoire». Monde nouveau, 1949.
Bibl (V.): «Metternicha». 1935.
Bigo (Robert): «Les Bases historiques de la Finance moderne». A. Colin, 1948.
Billy (André): «Diderot». Fayard, 1932.
Blavatsky (H. P. B.): «Les Origines du rituel de l'Eglise et la Maçonnerie». Adyar.
— «La Doctrine secrète». 5 vol. Adyar, 1955-71.
Bonneville (Nicolas): «Les Jésuites chassés...».
— y Pritchard: «Masonry disected...». London, 1788.
Bord (G.): «La F. M. en France, des origines à 1815», t. I. Libr. nat., 1908.
Bouchary: «Les manieurs d'argent à Paris, à la fin du XVIIIe siècle». 3 vol.
— «Les Compagnies financières». 3 vol. 1940-42.

Carcassonne (E.): «Montesquieu». P. U. F.
Calish: «The Jewsh who stood by Washington». Cincinnati, 1936.
Cartier (Raymond): «Pierre le Grand». Hachette, 1963.
Castelnau (Jacques): «Le Club des Jacobins». Hachette, 1948.
Castelot (André): «Varennes». Perrin, 1951.
Chastenet (Jacques): «William Pitt». Fayard, 1941.
Cherel (Albert): «Ramsay». Paris, 1926.
Chevalier (J. J.): «Barnave - Mirabeau». Hachette, 1947.
Clavel (F. T. B.): «Histoire pittoresque de la F. M.». Paguerre, 1843.
Cohen (Georges): «The Jews in the Making of America». Boston, Stratford, 1924.
Cresson (André): «Diderot». P. U. F., 1949.
— «Voltaire». 1948.

Doubnov (Simon): «Histoire moderne du Peuble juif». 2 vol. Payot, 1933. (Original ruso y trad. alemana, 10 vol., desde los orígenes.)
Douvez (Jacques): «De quoi vivait Voltaire?». Deux-Rives, 1949.
Droz (Jacques): «L'Allemagne et la révolution française». P. U. F., 1949.

Eckert (Ch.): «La F. M....». **Trad. del alemán. Liège, 1854.**

Faucher-Ricker: «Histoire de la F. M. en France». Nlles. edit. lat., 1967.
Fay (Bernard): «L'esprit révolutionnaire en France et aux E. U. au XVIIIe siècle». Champion, 1925, y N. York, 1927.
— «Franklin». Boston, Little Brown, 1929.
— «The two Franklin». Boston, 1933.
— «Washington». Boston, Houghton Mifflin, 1931.
— «Louis XVI ou la fin d'un monde». Amiot-Dumont, 1955.
— «La F. M. et la révolution intellectuelle...». Libr. fr., 1961.
Ferval (Claude): «Le Jeunesse de Mirabeau».
Fleichsman (Hector): «Napoléon et la F. M.». Paris, 1908.
Friedman (Lee M.): «Early American Jews (Haym Salomon)». Harvard, 1934.
Frost (Thomas): «The Secret Societies of the European Revolution 1776-1876». London, Tinsley, 1876.

Gaston-Martin: «La F. M. française et la préparation de la révolution». P. U. F., 1926.
— «Manuel d'Histoire de la F. M. française». P. U. F., 1932.
Gaxotte (Pierre): «Louis XV». Plon, 1938.
— «Le Siècle de Louis XV». Fayard, 1933.
— «Frédéric II». Fayard, 1938.
— «La Révolution française». Fayard, 1933.
— «Histoire de l'Allemagne». Flammarion, 1963.
Gignoux (C. J.): «Turgot». Fayard.
Godechot (Jacques): «Les Révolutions, 1770-1799». P. U. F., 1963.
— «La grande nation». 2 vol. Aubier, 1956.
— «Le Directoire».
— «L'expansion française».
— «La Contre-Révolution». P. U. F., 1961.
Gougenot des Mousseaux: «Le Juif». Plon, 1886.
Craham-Summer (William): «The Financiers of the American Revolution». 2 vol. 1891.

Hauterive «La Police secrète du Premier Empire». Clavereuil.
Houssaye (Henri): «1814». Perrin, 1916.
— «1815». Flammarion, 1919.

Jolly: «Turgot». Oeuvres fr., 1944.

Keim: «Diderot». Laffitte, 1913.

Lacour-Gayet (G.): «Talleyrand». 4 vol. Payot, 1933-34.
Lacourt-Gayet (Rob.): «Calonne». Hachette, 1963.
Lafuye (Maurice de): «La Fayette». Amiot-Dumont, 1963.
Lantoine (Albert): «La F. M. chez elle». Nourry, 1925.
— «Le Rite écossais ancien et accepté». Nourry, 1930.
— «La F. M. dans l'Etat». Nourry, 1935.
Lavaquery (E.): «Necker, fourrier de la Révolution». Plon, 1933.
Lebeson (Anita Libman): «Jewish Pioneers (1492-1848)». N. York, Behrman's, 1931.
Lefebvre (G.): «La Révolution française». P. U. F., 1963.
Le Forestier (R.): «Les plus secrets Mystères des Hauts Grades dévoilés». Dorbon, 1913.
— «Les Illuminés de Bavière». 1914-21.
Leroy (Max): «Histoire des Idées sociales en France». 2 vol. Gallimard, 1946.
Levinger (Lee J.): «A History of the Jews of the U. S.». Cincinnati, Un. of Amer. Hebr. Congregations, 1930.
Lucas-Dubreton (J.): «Napoléon». Fayard, 1942.
— «Napoléon devant l'Espagne». Fayard, 1946.
Ludwig (Emil): «Napoléon». Club du Libr., 1961.
Luquet (G. M.): «La F. M. et l'Etat en France au XVIIIe siècle». Vitano, 1963.

Madelin (Louis): «Histoire du Consulat et de l'Empire».
— «Fouché».
Maistre (Joseph de): «Mémoire au duc de Brunswick (1782)», publ. por Dermenghem.
Marion (Marcel): «Histoire financière de la France depuis 1715», 6 vol. «Rousseau», 1914-31.
Martin (Claude): «José Napoleón I», Madrid, Ed. nac., 1969.
Mathiez (Albert): «La Révolution française». 3 vol. A. Colin, 1922-30.
— «La Rév. fr. et les étrangers».
— «La réaction thermidorienne». A. Colin, 1929.
— «Etudes sur Robespierre». Ed. Soc., 1958.
Maurois (André): «Histoire de l'Angleterre». 2 vol. Fayard, 1963.
— «Histoire des Etats-Unis». 2 vol. Fayard.
Missoffe (Michel): «Metternich». Fayard, 1959.
Montesquieu: «De l'Esprit des Lois», texte établi par Gonzague Truc.
Moura (Jean): «Saint-Germain», dans Revue hebdomadaire, 11-18 août 1934.

Naudon (Paul): «Histoire des Hauts grades maçon: le rite écossais». Dervy, 1966.
Naville (P.): «Paul Thiry d'Holbach». Gallimard, 1943.

Payard: «Le financier Ouvrard». Acad. de Reims, 1921.
Pascal (P.): «Histoire de la Russie jusqu'en 1917». P. U. F., 1963.

Rain (Pierre): «La Diplomatie française». 2 vol. Plon, 1950.
Rat (Maurice): «Christine de Suède». Del Duca, 1958.
Robison (J.): «Proofs of a Conspiracy» (Philadelphia, 1798), reed. The Britons.
Roland (Mme.): «Mémoires».
Roux (J. Paul): «La Turquie». Payot, 1953.

Sack (Benjamin): «The Jews in Canada». Can. Jew. Congress, Montreal, 1945.
Schapps (Morris V.): «The Jews in the U. S. 1654-1875». N. York, The Citadel Press, 1950.
— «The Jews in the U. S. 1654-1958». 1958.
Serbanesco (Gérard): «Histoire de la F. M. Universelle». 5 vol. Dervy-Livres, 1963-1970.
Soboul: «La F. M. et la Révolution française». Soc. Etudes robespier., 1969.
Sorel (Albert): «L'Europe et la Révolution française». 8. vol. Plon.
Spinoza (Baruch): «Traité théologico-politique».
Sumner (W. G.): «The financiers... of the American Revolution». 2 vol. 1891.

Valloton (Henry): «Catherine II». Fayard.
— «Pierre le Grand». Fayard.
— «Marie-Thérèse». Fayard, 1963.
Vandal (Albert): «L'avénement de Bonaparte». 2 vol. Nelson.
Vivent (Jacques): «Talleyrand». Hachette.
Vintila (Horia): «Dictionnaire des Papes». France-Empire, 1963.

Walter (Gérard): «Marat». A. Michel, 1933.
— «Robespierre». 2 vol. A. Michel, 1946.
— «Les Origines du Communisme».
Webster (Nesta H.): «Secret Societies and subversive Movements». N. York, Datton, 1924.
— «World Revolutions».